

Alain Damasio

**LA
ZONA
DEL AFUERA**



La zone du dehors (*La zona del afuera*, o *La zona exterior*), publicada inicialmente en 1999, es quizá la novela de Ciencia Ficción que ha ocasionado más reseñas críticas y comentarios en los siguientes veinte años.

Se trata de una distopía de la democracia de control a la vez que una utopía anarquista. Heredera de *1984* de Orwell, la acción se sitúa en 2084, pero Damasio riza el rizo, pues aquí no hay un Gran Hermano, sino muchos; todos los ciudadanos son alentados a vigilar y denunciar a los demás.

La acción tiene lugar en Cerclon I, una ciudad sobre un asteroide de Saturno, ya que la Tierra ha quedado prácticamente inhabitable tras una guerra global. Cerclon, es una ciudad panóptica diseñada bajo el modelo de Foucault en *Vigilar y Castigar*, que también tiene antecedentes en *Nosotros los otros* de Zamiatin.

La población se somete cada dos años al «Clastre». Un sistema de clasificación social (podría pensarse entonces que es una meritocracia) donde a las personas se les asigna una codificación mediante letras que constituyen su nombre oficial y que indican su posición en la jerarquía social. A es el presidente de la democracia; Zzzzz..., sería el último si se llegase a esa combinación.

Pero esta distopía tiene su contraparte. Como nada es perfecto, Cerclon tiene un grupo de disidentes que se hacen llamar la Volte. La Volte lucha por construir una nueva ciudad en las afueras: la zona del exterior. Sueñan con un mundo anárquico, sin jefes ni representantes, sin dinero y con una economía basada en el intercambio de servicios.

Una peculiaridad de la novela, que odiarán algunos y que entusiasmará a otros es que Damasio salpica la acción de su relato con cuestiones filosóficas, mediante las que los protagonistas se plantean y justifican su actuación; los eternos debates entre medios y fines; propaganda por los actos violenta o pacífica, la necesidad o no de centralización para eludir la represión del poder...

En fin, una lectura con muchos niveles que hará felices a infinidad de lectores.

Dediqué este libro a los “anars”, de todos los países y de todas las tendencias, a la extrema izquierda y a todos los activistas; en resumen, a todos aquellos cuya revuelta va más allá del perímetro de su piel.

Alain Damasio

Alain
Damasio

La Zone du Dehors



Alain Damasio

LA ZONA DEL AFUERA

Alain

Damasio

La Zone du Dehors



La Zone du Dehors fue publicada inicialmente en 1999.

Edición de 2013.

Traducción y edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrera.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

TABLA DE CONTENIDO

PRESENTACIÓN:

DISTOPÍA DEMOCRÁTICA Y UTOPIA ANARQUISTA. Lola Mérida

I. AQUÍ RESPIRA LA VOLTE

II. FUERA DE MÍ

III. MOLTE / VOLTE

IV. CUESTIONARIOS DE RESPUESTA

V. LAS TORRES PANÓPTICAS

VI. EL ACCESO ELEGIDO

VII. PROVEEDORES DE ACCESO

VIII. EL CLASTRE

IX. “REFLEXIONAR ES VOLVER A FLEXIONAR”

X. LOS CLAMORES

XI. INTELECTROCUTAR

XII. SLIFT

XIII. EDCBA

XIV. ESPASMOS

XV. CAPT / CAPT

XVI. EL GRAN INTERRUPTOR

XVII. LA VERDAD SE FABRICA

XVIII. CADA. CADA.

XIX. “CAMBIA EL ORDEN DEL MUNDO EN LUGAR DE TUS DESEOS”

XX. BOB VOLTA Y JOHN NORMA

XXI. GIRO

XXII. LOS TIGRES PÚRPURAS

POSTFACIO

ACERCA DEL AUTOR

RESEÑAS CRÍTICAS Y COMENTARIOS SOBRE *LA ZONE DU DEHORS*

“La Zone du Dehors” de Alain Damasio: una imaginación contrautópica de la vigilancia urbana. Pierre le Brun

La frontera, ¿una precondition para la libertad? La ficción de la frontera en “La Zone du Dehors” de Alain Damasio. Aurélien Ménard

Las ciudades que nos moldean. El ejemplo de *La zone du dehors* de Alain Damasio. Jérôme Goffette

Al susurro inaudible, eterno y secreto del diálogo entre la
marmota y el oso pardo,

Bola para gatos, Pelota para gatos mitad animal, Bola
para osos

Al osito azul, al gato con triple pata de oso, al oso semilla,
al barouf y al grupo,

Arrullar carne, barbitúricos, reír a caballo,

A la pequeña marmota de pelo corto, a los Toulkour,

A la ráfaga verdosa y azul,

Al Mouk de las camas, y a la combinación, la mezcla y el
agotamiento de todos estos nombres posibles,

Ofrezco

y

dedico

este libro.

Presentación

DISTOPÍA DEMOCRÁTICA Y UTOPIA ANARQUISTA

Lola Mérida

Alain Damasio es un escritor de ciencia ficción francés. Nacido en Lyon en agosto de 1969, se dio a conocer con la publicación de su segundo libro: «La Horde du Contrevent», pero aquí hablaré de su primer libro: *La zone du dehors* (La zona del exterior o del afuera).

Se trata de una distopía de la democracia de control y de una utopía anarquista publicada en 1999 en dos tomos, y republicada en un solo libro en 2001. Fue anunciado como el

libro heredero de *1984* de Orwell o de *Un mundo feliz* de Aldous Huxley. Pero la crítica está repartida entre los que han disfrutado de esta novela, y los que la han encontrado machista y complicada. Aquí hablaré de ambas visiones.

Resumen

La acción se sitúa en 2084. Pero Orwell está lejos. El totalitarismo ha tomado las características de una socialdemocracia. El ciudadano no está oprimido; se fabrica en la masa estándar, en el confort, en el consenso. En el centro de este contexto, existe un movimiento, una fuerza de ataque, unos locos: La Volte. La zona del Afuera es su espacio, subvertir es su única arma. Dirigidos por Captp, filósofo y estratega, el pintor Kamio y el fulgurante Slift que nada bloquea ni limita, irán hasta el final de su «volución». Perdiendo mucho. Ganando todo.

Influencias

El autor es conocido por ser un apasionado de la filosofía y por tomar partido en temas sociales y políticos. Es defensor

de los «chalecos amarillos», un movimiento de protesta no estructurada que existe en Francia desde 2018 a raíz de un aumento del precio del combustible. Según algunos expertos este movimiento engloba a muchos antisistema. Y parece que algo del autor se refleja en la novela.

Puntos fuertes: La conquista espacial

La acción tiene lugar en la ciudad de Cerclon, una de las primeras colonias espaciales creadas tras la casi desaparición de la vida en la Tierra por culpa, no de una bomba nuclear, sino debido a una guerra bacteriológica en la Cuarta Guerra Mundial. Este enclave está situado en un asteroide de Saturno, bien delimitado por los muros que emprisionan a la Volte.

La ciudad modelo de unos siete millones de habitantes está gestionada por un ordenador central que se ocupa de la repartición del agua, la distribución del oxígeno, los transportes públicos, el sistema bancario, el aprovisionamiento en minerales, el plan de producción, etc. En el centro de la ciudad está el Cubo negro del gobierno, a imitación del gran Cubo, un lugar que iremos descubriendo en la lectura y que hace las veces de una central nuclear y un centro de reciclaje.

La distopía de la democracia que controla la sociedad

Alain Damasio rompe con las distopías clásicas y no nos presenta la visión de los disidentes de un gobierno totalitario, sino un grupo de amigos, disidentes de una democracia, los que organizan un movimiento revolucionario: La Volte. Luchan contra la normalización de la sociedad, influenciados por los conocimientos de filósofos como Nietzsche, Foucault o Deleuze.

La sociedad es controlada a través de tecno-implantes en el cerebro, nanocámaras en el nervio óptico, o a través de sistemas de identificación y obtención de datos que permiten limitar los accesos a tiendas en función del dinero en la cuenta corriente, entre otros. Los voltes pelean por escapar de ese sistema y vivir en un mundo utópico.

«Liberarse, sobre todo no crean que se trata de ser uno mismo. Es inventarse como otro distinto. (...) No sean nada: reconviértanse sin cesar. La interioridad es una trampa. ¿El individuo? Una camisa de fuerza. Sea siempre para usted mismo su exterior, el exterior de todo»

Algo que sorprende en esta distopía de la democracia es que analiza, a través de un debate entre los personajes, la necesidad o no de la violencia en el activismo disidente. Uno de los personajes se mueve por impulsos, pero Captp, el líder ideológico del grupo, reclama deontología dentro de la revolución:

«Comprendedme bien: soy opuesto a este Sistema, me opongo a los cerclonianos –no tengo miedo de decirlo–. Pero el fin no justifica los medios, ¿comprendéis?»

La revolución en *La Zone du Dehors*

El sistema de clases

La población se somete cada dos años al «Clastre» (clase en inglés). Un sistema de clasificación en el que cada persona es evaluada gracias a unos tests. Establece un balance de los conocimientos y las competencias de cada uno, y tiene en cuenta las opiniones de los demás. Así el Clastre puede designar un cambio de puesto de trabajo o incluso el nombre de cada individuo. El nombre consta de una serie de letras, un sistema casi tan deshumanizador como los números de la distopía *Nosotros* de Zamiatin, y que pueden, además, ser cambiados por el Clastre cada dos años.

Representa una meritocracia real y al mismo tiempo es otra de las maneras limitantes de someter a la sociedad que Alain Damasio nos presenta en esta distopía de la democracia de control.

También nos presenta una sociedad desvitalizada por el confort y el consumo. La democracia sería para la Volte una oligarquía liberal basada en el conformismo de la población. Y los políticos harían campaña manipulando las emociones primarias como el miedo, el asco o el deseo.

La utopía de los disidentes

Algo que me gusta mucho de este libro distópico es que Alain Damasio no se limita a criticar el Sistema (como en muchas distopías), sino que describe en detalle el sueño utópico de los disidentes. La Volte lucha por construir una nueva ciudad en las afueras de Cerclon: La zona del exterior. Sueñan con un mundo anárquico, sin jefes ni representantes, sin dinero y con una economía basada en el intercambio de servicios. Con espacio para terraformar y para un urbanismo con creatividad. Pero, ¿lo conseguirán? ¿Qué sacrificarán para intentarlo?

Lo que no me gusta de esta distopía de la democracia

No encuentro que la democracia controlada sea una gran anticipación futurista, visto el contexto actual de algunos países, por ejemplo, China. Y al mismo tiempo, el mundo en la colonia de Cerclon no está lo suficientemente descrito para que tengamos una narración de space-opera en este libro, por lo que habrá quien quede algo decepcionado.

Los multi-narradores

La lectura es complicada porque utiliza siete narradores, los personajes principales. Al principio desestabiliza un poco ya que sabemos que hemos cambiado de narrador gracias a una flechita de puntuación, pero tenemos que avanzar en la lectura para identificar de quién se trata.

El único personaje femenino

Alain Damasio muestra en sus escritos el síndrome de la pitufina (una mujer rodeada de hombres), y hay bastantes lectoras que se lo reprochan. El papel de la única chica del grupo es bastante limitado, y aunque es narradora de algunas acciones, parece que solo sirve para ser sociable con los amigos de su pareja.

La retórica filosófica y su malinterpretación

Alain Damasio introduce muchos discursos filosóficos que pueden cansar a algunos lectores y maravillar a otros. En mi caso, me han gustado mucho los mensajes sobre la manipulación y el control, e incluso el cuestionamiento sobre la frágil línea que separa el activismo violento y el terrorismo.

Pero creo que Alain Damasio no quiere influenciar las ideas del lector y deja la puerta abierta a que algunos lectores entiendan esta historia como una llamada al activismo violento. No sé decir si lo hizo adrede. Para mí es un fallo que las distopías o las utopías se orienten demasiado hacia los extremos.

Conclusión sobre «La zone du dehors»

Desde mi punto de vista, merece la pena descubrir los discursos filosóficos y los mensajes sobre la normalización de una sociedad en democracia. Pero también es interesante descubrir la visión de esos disidentes que necesitan rebelarse al Sistema, no tener un jefe ni un gobierno que dicte reglas o leyes. Creo que es excepcional ver un trabajo de distopía tan justificado y un proyecto de utopía tan bien descrito en un mismo libro, y en eso le reconozco un gran mérito a Alain Damasio.

Extraído de:

<https://www.lolamerida.com/la-distopia-de-la-democracia/>

6-XII-2023

I. AQUÍ RESPIRA LA VOLTE

> La cámara voladora nos estuvo siguiendo desde que entramos en el anillo de circunvalación. Desde la rampa, desconecté el piloto y empujé el *deslizador* a doscientos: silencio del motor, viento líquido cortando la piel y en las entrañas, esa sensación de volar como un misil a través de la noche para romper, y compactar, los bloques rojos de la Zona del Afuera.

En el habitáculo, la alarma integrada, como una pulsación lamentable, pitaba cada segundo un poco más, en vano, ya que habíamos superado cualquier umbral de seguridad. “*A las velocidades actuales, el riesgo de sufrir un accidente mortal se multiplica por treinta. Le recomendamos que baje notablemente la velocidad...*”, repetía una y otra vez el asesor de voz, pero su dicción de actor ya no era más que un cascabeleo en el silbido del aire y yo estaba ahora

demasiado animado, demasiado concentrado en mi trayectoria para escucharlo.

– ¡La cámara vuelve hacia nosotros! ¡Acelera!

Al oír la voz, ajusté mis espejos y vi, de un vistazo, el dron a cien metros detrás de nosotros. Sus rayos azules caían sobre la pista, indiscutiblemente nos estaba alcanzando, como una tormenta que se acerca.

– ¡Acelere, Captp!

– Si paso la marca de los doscientos, los radares ferroviarios se activarán...

– ¡Nos está alcanzando!

– ¡Voy a tope!

Una vez más, reenfoqué mi espejo retrovisor. Medusa suspendida sobre la carretera, con sus cables desenrollados hacia el suelo magnético para absorber la corriente, la cámara descendió sobre nosotros, inexorable, dejando virutas de chispas en el raíl magnético.

– ¡Cierra tu casco! ¡Bloquea cada cuadrado de piel! ¡Mueve la cabeza y todo lo que puedas para impedir la identificación!

Desesperadamente, golpeé la palanca contra el tablero. Pero el *bob* no ganó ni un solo km/h. Estaba completamente dentro, completamente fuera. La cámara volvió a acelerar. Ahora estaba a unos treinta metros detrás de nosotros y sus rayos casi lamían la cola del aerodeslizador. Ni siquiera pienso en eso. Me golpeó un recuerdo de infancia. Un truco, un truco de trineo. No tengo nada que perder.

De un solo empujón, lanzándome con todo mi peso sobre el volante, y poniendo en ello toda mi ira, golpeé violentamente el morro del deslizador contra la pista magnética. Hubo –durante una fracción de segundo– una especie de resistencia, una especie de rebote de la magnetización, luego el deslizador fue succionado hacia el suelo y comenzó a acelerar a una velocidad vertiginosa, literalmente disparado sobre el sólido acero. Instintivamente me aferré, desconcertado, al volante, y los flashes empezaron a chisporrotear con frecuencia estroboscópica en la barandilla de seguridad. Fue como si un estallido de estrellas, un disparo cegador de balas de luz, nos acribillara. Centrifugado en su curva, fluido, ahusado, el deslizador ya no cabeceaba. Atravesó la noche viscosa como un proyectil sereno, insensible al dron, a los ásperos destellos, a la propia velocidad, devorando el espacio, sin que yo pudiera hacer nada para cambiar su rumbo, reducir la velocidad o frenar.

– ¡¡Wwaaooouuu!! ¡Captp, lo dejamos caer!

“Bola de gato” (¿de qué otra manera llamarla? Su nombre oficial –ni siquiera “nombre” porque la gente ya no tenía nombre con el Clastre, sino algo que ya no era pronunciable– era Bdcht; entonces Boule De Chat. Y era así: una bola de pelos y garras que, peludas, cayeron en mi vida) se estremeció contra mi espalda. Eufórico, me giré para ver su cabello color asfalto flotando bajo el casco, disfruté de su boca cuyo intenso violeta atravesaba la visera y la tranquilicé con una sonrisa. Ella simplemente clavó sus garras en mi chaqueta y me dije a mí mismo que no sabía lo que le esperaba...

– ¡No te alegres demasiado rápido! Hay seguridad en la red...

No tuve tiempo de terminar mi frase. El trineo frenó con fuerza. Como si hubiera cortado un trozo de hierba. Sin embargo, volvió a acelerar durante unos diez metros, en una explosión magnética, luego volvió a desacelerar, terriblemente, en menos de cien metros, y quedó magnetizado como una ventosa en el suelo. Obstruido.

– ¿Qué pasa? ¿No hay fuerza?

– ¡Desmagnetizaron la pista!

– ¿Qué hay que hacer?

– ¡Puerta!

Con un gemido, la puerta desapareció dentro de la carrocería del biplaza. Salté a la pista, con los ojos pegados al cielo. Como esperaba, la cámara era invisible tan lejos como mirase. El corte electromagnético la había desactivado al igual que a nosotros, y mientras la pista permaneciera inerte no había riesgo de que nos alcanzara. Aliviado, invité a Boule a bajar del trineo para estirar las piernas. La carretera de circunvalación estaba completamente desierta a esa hora. Las siete pistas, cuyos colores reproducían los anillos de Saturno, brillaban como mármol aceitado. Un ligero susurro de oxígeno se elevó desde la ciudad. Al norte, más allá del puerto espacial, todavía obsesionado por la masa del Cubo, Saturno se elevaba silenciosamente. Las naves giraban a contraluz, trazando amplios círculos que eran perforados, en salvas, por los transportadores que huían hacia Cerclon II y III. Conteniendo la respiración, esperamos como niños. Estuvo allí en muy poco tiempo. Primero el arco lechoso de los anillos luego, poco a poco, el globo turbulento del planeta que se desbordaba por todos lados alrededor del Cubo, diluyendo su cobre...

– Puto...

El planeta acababa de emerger del oscuro cosmos y ahora se elevaba sobre la ciudad, gigantesco, cubriendo todo el horizonte norte, tan cerca que parecía como si su esfera ya estuviera rodando sobre el asteroide. La noche se había despejado pero, como siempre, sin que pudiéramos hablar de un día real. Lo que realzaba la superficie del Afuera, lo

que brillaba sobre los techos de cristal de Cerclon era menos una luz que un resplandor, de un naranja pálido y crepuscular, que rozaba los relieves y teñía la niebla, pero que en verdad no iluminaba, más bien enfatizaba. Asegurándome de que la pista aún estaba desconectada, crucé la trinchera de los deslizadores y llevé a Boule a la barandilla de seguridad exterior.

– Ahí es donde estaremos caminando dentro de media hora, si todo va bien. Y esto es lo que tendremos que cruzar: la línea del Afuera.

> Miro hacia abajo. Al pie del enorme muro que sostiene la carretera donde nos encontramos, hay unos restos carbonizados. Veinte metros más allá están los que me señaló Captp: los grandes postes curvos que marcan el límite último de la ciudad. Espaciados cada diez metros, parecen un ejército de falos en posición de firmes. En su base, para materializar la frontera entre el interior y el exterior, una línea de puntos de diodos rojos que recorre los doscientos kilómetros de circunferencia de Cerclon: “las gotas de sangre de una vida punteada, la nuestra”, bromea Captp. Lo vuelvo a ver en esa guarida de los metalúrgicos en lo más profundo de la noche, con todas esas botellas de Brax rotas a sus pies, su voz quebrada tintineando en los fragmentos de vidrio y esta niebla de sonido y humo que nada podía atravesar... Y Lo veo ahí, frente a mí. Y redescubro, en

destellos, algo cuyo nombre había olvidado durante cinco meses, incluso el nombre: la alegría de vivir. ¿Amigos? ¿Amantes? Lo que sea por traerme aquí. No importa lo que nos pase a los dos después. Lo descubro y sólo intuyo que me llevará más allá de mí misma. Y eso es todo lo que quiero.

> El Afuera: con su maraña de cráteres, su tierra roja y sus rocas raras, no conocía ningún paisaje, ni siquiera mientras escarbaba en mi memoria, rastreando lo que mi adolescencia en la Tierra pudo haber grabado allí, que correspondiera a su brillo desnudo y bruto. En comparación, el interior –Cerclon–, esa bonita prisión construida a compás, lisa y llana, nuestra buena ciudad de Cerclon con su gravedad constante, su oxígeno homogéneamente azul que rezumaba de las turbinas, sus torres transparentes, sus avenidas sin sombra, era cristalino por el miedo a los puntos ciegos. Cerclon, un pequeño enclave sobre un asteroide inhabitable, un pequeño milagro tecnológico para la vida humana; nunca había tolerado su sabiduría pútrida, menos aún la arquitectura bondadosa, esa ergonomía del confort, resbaladizo y fofo, que hacía a los cuerpos amorfos mediante la facilidad, y la evidencia de humanidad. El Afuera era simplemente la verdad de este asteroide: el 99% de su superficie. El mundo tal como había sido, incoherente, duro y vital, un suelo para ridiculizar un siglo de topología, un color de sangre vieja, perturbado por la niebla, los labios oscuros de vino pesado, con esta movilidad del viento en el

polvo y esta desordenada ingravidez, que a veces hacía que se te subiera el estómago a la garganta y que te hacía caminar con agilidad.

Mirando el Afuera no había nada menos relajante, nada más alejado de la contemplación ya que la atmósfera era agitada, el suelo inestable, las piedras en movimiento y el color incierto. Sin embargo, cada vez sacaba de allí una especie de paz, una alegría activa que me impulsaba a salir, cualquiera que fuera el peligro, para volver y llevarme a aquellos que amaba. A Boule de Chat, apenas la conocía, pero muy rápidamente quise incorporarla. Esta noche ella estaba allí, como le había prometido. Próxima. Nos encontramos cara a cara por primera vez, un poco en el ojo de la tormenta, preguntándonos cuándo volvería la tromba marina, aunque, curiosamente, yo estaba menos ansioso que perturbado por nuestro encuentro, más presa de los vaivenes de la seducción que del miedo al dron. Se había quitado el casco, se había dejado caer el pelo empapado de sudor y de vez en cuando me sonreía, así, de placer, con su boca traviesa. No creo que le agradara. Ni siquiera creo que haya venido por mí. Pero seguramente había fantaseado con el Afuera durante demasiado tiempo y yo era la única persona, me dijo, que había aceptado arriesgar el viaje con ella.

> Nunca he estado más cerca de permanecer aquí. Me duele el estómago porque lo deseo mucho. Quiero correr completamente desnuda, ahora mismo, correr hasta morir, lejos, lejos, lo más lejos posible de ese anillo, hasta envolverme en la espesura de la niebla, donde dicen que no podemos respirar más sin tragar fuego; dejar que arda en tu interior, dejar que llene tus bronquios con Nox y dejarte congelar en un espasmo. Yo quiero respirar esta niebla, y Saturno, y esta claridad intacta del cielo que nos han robado. El Afuera, ¿eh? Nadie quiere llevar a nadie allí. “Sólo se puede pasar; dos, es demasiado peligroso”, se jactan... Pero es un discurso de rumores y cobarde; dos enemigos de Captp... Vino a mi concierto. Tomamos una copa, luego dos, varias, demasiadas, suficientes para pasar una buena velada. Lo molesté para que me contara todo lo que sabe sobre el Afuera. Y sabe muchísimo. Está preparando una serie de cursos sobre Exterioridad. A las seis de la mañana, de repente sacó de su chaqueta un texto titulado *El afuera de todas las cosas*, el texto que significa que estoy aquí esta tarde. Lo guardé. Lo releo constantemente. Muy cerca de él, me parece, con ese ritmo roto, esa guerra de puntos. Comienza así; conozco partes enteras de ello:

«Que no sea otro. Que nunca llegue a serlo. Ésta es la estrategia básica del gobierno moderno.

Asignación de personalidad. todo el mundo sabe que comienza cuando sale del vientre de su madre. con el acta de nacimiento. que se desprende del nombre y apellido. que

forma parte del expediente psicológico. firma el expediente escolar. se extiende por el camino profesional trazado por el Clastre que nos clasifica a todos y nos asigna lugar. sitio y rango. y se muestra al final en el Mapa. que acaba recogiendo la antigua y casi tranquilizadora dispersión de documentos de identidad en un simple chip. licencia de conducir. el expediente sanitario. tarjetas de residencia. laboral. Asignación de crédito. y hasta el expediente profesional. hasta los antecedentes penales. Fija cada uno a su personalidad. A su biografía archivada. A su identidad clara y clasificada. Los cuales nos encargamos de coleccionar a lo largo de nuestra vida. Sin violencia pero sin cesar. Esto permite fijar los cabezales. anclarlos a sí mismos mientras atornillamos al loco a su locura: una locura erudita de un boletín psiquiátrico con sus notas y sus estándares. sus umbrales mínimo y máximo. sus promedios y sus desviaciones del promedio... todo lo que un aparato de conocimiento bien establecido puede producir para ordenar el desorden. Confiscar la relación consigo mismo en lo más profundo de un expediente nunca cerrado. Decirte quién has sido. como estas. y quién deberías ser. No, no mutilar. no oprimir o reprimir al individuo como tan ingenuamente gritamos: fabricarlo. Producirlo desde cero. y pieza a pieza. Ni siquiera ex nihilo: tu mismo. tus gustos. deseos y placeres. La copia que somos. simplemente.

Liberarse no creas que significa ser tú mismo. Se trata de inventarte a ti mismo como algo distinto a ti mismo. Otros

materiales: flujos, fluidos, llamas... Otras formas: metamorfosis. Rompe la ganga que canta "tú eres esto", "tú eres aquello", "tú eres...". No ser nada: volverse constantemente. La interioridad es una trampa. ¿El individuo? Una camisola. Sé siempre tu exterior para ti mismo, el Afuera de todas las cosas».

- ¡Hola Nevdb! ¿Nada enlatado esta noche?
- No. Tres radiantes que caminaron por la Línea hacia la anti-rad, eso es todo.
- ¿Los metiste en Terminor?
- Sí. Configuré dos de ellos por cara y codifiqué el otro. Está en camino.
- ¿Eso no es lo del mes pasado, dos pequeños y un cyborx con el brazo infectado?
- Sí, creo que es así.
- Entonces, perdiste el tiempo. Ya están fichados. Recibí el eco esta mañana: no hay bonificación. Llevan cinco años fuera del Clastre.

– En la duda...

– Mira las pantallas 126 A y B de todos modos: cubren la esquina donde está el naufragio. Un buen número de personas gaseadas intentan pasar por allí. Están un poco protegidos por el fondo, así que prueban suerte...

– ¿Estás a cargo de la fuerza magnética? De hecho, hubo un corte de energía en las secciones 124 a 132. Aparentemente exceso de velocidad.

– No hay prisa...

– Si.

> Ya llevamos diez minutos atrapados en el anillo. Por precaución, nos quedamos al lado del deslizador hasta que llegue la reactivación. Captp quiere aprovechar a toda costa la pausa para detallar de nuevo la rejilla óptica que tendremos que superar, en cuanto lleguemos al tramo 193, el más propicio, según él, para un paso fluido hacia el Exterior. Estoy tratando de memorizar.

– Inclínate hacia adelante, le explico (lo dice todo a toda velocidad): de este lado de la barrera, estamos en el anillo. El anillo tiene un vigilante cada diez minutos. Son doscientas cámaras volantes y doscientas fijas, una por kilómetro. Por último, hay una docena de informantes potenciales,

personas obsesionadas que dan la vuelta al círculo tres veces por noche, dispuestas a informar de cualquier cosa que se detenga durante más de treinta segundos en el circuito. ¿O. K.?

– De acuerdo.

– Del otro lado está la pared. Una turbina de oxígeno cada cincuenta metros. No hay cámara en ella. Pero si te diviertes poniendo el pie en la rejilla de proyección de gas, pasarás a la historia con tu estatua ya realizada: todo lo que tenemos que hacer es ponerte en un pedestal.

Toma una piedra y la arroja a la turbina de abajo. La piedra ni siquiera tiene tiempo de tocar la rejilla: rebota en el flujo de oxígeno, gira en el aire durante unos segundos y se pulveriza.

– ¿O. K.?

– O. K.

– Los postes de la Línea: en la parte superior, una cámara panorámica, modelo Arach 16, ángulo de 150 grados, totalmente giratoria, 10 grados por segundo; en 36 segundos, da la vuelta. Volumen de Campo: dos metros por diez por cincuenta: a partir de cincuenta metros en el Exterior, estás fuera de campo. ¿O. K.?

– De acuerdo.

– Bien, ahora, justo enfrente de la Línea de diodos rojos, hay un riel. Una cámara deslizante pasa por ese carril cada cuarenta segundos. Apenas la oímos llegar. Pasa justo en el momento en que la panorámica se orienta de espaldas a la pared, precisamente para cubrir la pared. Finalmente, el último peligro: los sinuosos. Se trata de cámaras voladoras, drones autoportantes, algunos científicos, otros de vigilancia, que recorren los alrededores de la Zona del Afuera durante toda la noche. Pueden pasar en cualquier momento, por cualquier lugar, dar la vuelta, volver, una auténtica tortura... Lo único que se puede hacer, básicamente, es derribarlos. ¿Recordaste todo?

–¿Cómo vamos a salir adelante?

> Por enésima vez, mecánicamente, miré hacia atrás. Pero incluso antes de la visión, fue el sonido lo que me advirtió. Un crepitar hinchado y de pánico que se elevó de la pista y se extendió... La reenergización electromagnética... A lo lejos, detrás de nosotros, tal vez a quinientos metros, pero con tal claridad que parecía al alcance de la mano, la cámara se había reactivado. Se elevó lentamente sobre la pista, desenredando sus cables y dirigiendo todos sus rayos en un solo haz, retomó su posición de vuelo... Boule saltó al biplaza. Me lancé a los controles, presioné la palanca para levitar... Nada.

– Arranca, ¿qué estás haciendo?

Volví a activar la palanca y la empujé hacia arriba, pero el trineo permaneció inerte. Detrás de nosotros, la cámara se acercaba...

– ¡Acelera!

– ¡Está bajo cerradura magnética! ¡Magnetizaron la placa!

– ¡Vuela entonces!

Sin tomarme el tiempo para dar las gracias, busqué el pedal con el pie derecho, recordé que Slift era zurdo, lo encontré y lo pisé. El zumbido del balanceo bajo el empuje, el aliento infernal, luego el impacto: eso es todo lo que recuerdo, con la sensación del dron a tiro de piedra y el miedo inmaterial del rayo azul que palpaba nuestros cascos robados, buscando un código de barras.

– ¡Zigzaguea! ¡Sal de la zanja! ¡Sal afuera!

Boule continuó gritando órdenes a través del canal de los auriculares y el sonido golpeó mis tímpanos de continuo. Con un movimiento de giro, aumentando la aerodinámica, arranqué el deslizador del rail magnético y partí en grandes eses deslizándome a lo ancho de las seis pistas del anillo, seguido por el dron, que se adaptaba a mis más mínimas desviaciones, como si ahora tuviera un marcador secreto que lo acoplara a mi trayectoria. Crónicamente sus rayos

cubrieron el deslizador y cada vez fue necesario gesticular históricamente, de manera inhumana, con sacudidas, giros, gestos improgramables, indescomponibles, para distorsionar los marcos de identificación que reemplazaban automáticamente el código de lectura inencontrado. Pero por muy doloroso que fuera, este diligente seguimiento de la cámara significaba, con cada nuevo escaneo, que no había tenido éxito en el anterior, y eso nos tranquilizaba a la vez que nos estremecía. Boule ya no abrió la boca. Se concentró en sus movimientos y sus tirones giraban el trineo cada vez que regresaba el dron. La siguiente salida, a más de un kilómetro de distancia, a la baja velocidad que permitía el colchón de aire, esta nostálgica tecnología radiante, era, si persistíamos en alcanzarla, la certeza de estar en el objetivo para siempre. Entonces tuve una idea. Una buena. La primera.

– ¡Pásame el casco de repuesto!

– ¿Dónde?

– ¡Debajo de tu asiento! ¡Voy a intentar dar una vuelta en U! Justo antes de que dé la vuelta, lanzas el casco con todas tus fuerzas, ¡muy por delante! Tiene código de barras...

– ¿¡¡Vas a dar la vuelta al anillo!!?

Esperé hasta que el dron estuvo colocado detrás de nosotros. Adopté una trayectoria rectilínea durante unos

segundos y luego, de repente, cerré el paso al avión: el deslizador se desplomó sobre el asfalto de la pista 4. Mientras raspaba, bruscamente, perdió en treinta metros toda su velocidad, el dron sobrevolaba...

– ¡Suéltalo, Boule! ¡Ahora!

El casco de repuesto cayó al suelo y, con el impulso del trineo, se deslizó bajo los haces del dron que, inmediatamente, lo fijó allí: un código de barras, un buen código de barras, prioridad sobre el software...

Un movimiento del volante, un giro, otro giro en U, volví a activar la aerodinámica y aceleré a fondo, en la dirección opuesta del anillo. Ni un planeador delante, ni una nave a esta hora, afortunadamente.

– La cámara se da vuelta. ¡Nos está siguiendo!

– Lo sé. ¡Pero ahora no nos alcanzará!

El silencio de Boule fue inequívoco. Se contuvo para no gritar, pero no había ninguna razón por la que el dron no volviera a atacarnos en diez segundos. Y tenía toda la razón. Él nunca nos dejaría ir. En cualquier caso, mientras estábamos en su campo de operaciones, es decir en el anillo... Volviendo a subir por el anillo en la dirección equivocada, me lancé resueltamente, ahora con la ciudad dormida a mi derecha, y a mi izquierda, invisible por el desnivel ascendente de las pistas, el Afuera.

- ¿De verdad quieres salir, Boule?
- ¡Sí quiero!
- ¿Por todos los medios?
- ¡Por todos!

- Así que saca las alas y conecta el circuito de conducción a tu casco. ¡Allá vamos, princesa!

> Tan pronto como dice esto, Captp reduce la velocidad y, como un loco, gira bruscamente a la izquierda, ¡perpendicular a la carretera! El deslizador corta las bandas naranjas de la pista 2, luego las 3, 4, 5, 6... subiendo por el trampolín natural que forma la pendiente y se dirige hacia la trinchera magnética –pista 7– ¡directo hacia el pequeño muro que la protege! No tengo tiempo para gritar. Cierro mis ojos. Vamos a estrellarnos.

> Nunca habría intentado esta locura solo si Slift, con este bob, no lo hubiera logrado ya tantas veces que al escucharlo terminó convenciéndome de que no era del todo una locura: “Sigue recto, *hacia* el muro bajo, a toda velocidad. Atrapas el aire que hay debajo, hace boom, se comprime y el bob despega. Saltas la barandilla como una flor y te encuentras

a seis metros en el Afuera, casi ingrávito. Después sujetas el mando con los muslos, dos o tres empujones para rectificar, mantienes el deslizador plano en el aire, cae suavemente, se amortigua sobre el cojín, bam, bam, bam, tres o cuatro rebotes en la arena y has aterrizado. ¡Saturno!”

Sucedió más o menos así. A grandes rasgos... De hecho, pegué el deslizador a la pared y empujé el volumen de aire al máximo. El trineo saltó la barandilla y atravesó a toda velocidad los postes de la línea Exterior, en un silencio impresionante.

– ¡Yeaah! Impresionante! ¿Ves eso, Boule? ¡Es espléndido!

Fueron diez segundos magníficos... La apertura exterior, la arena lijando la carrocería y las estrellas furtivas... y nosotros descendiendo, sonriendo en nuestra trayectoria parabólica... ¡BAM! El bob aterrizó pesado en el borde e inmediatamente empezó a girar como si quisiera golpear las nubes... ¡Los aros! –¡Cierra la rejilla antivuelco!– apenas había tenido tiempo de pensarlo cuando el deslizador había girado, incontrolable, rotaba, giraba en espirales en el espacio, caía y subía de nuevo, de rebote en rebote, sin querer parar... Finalmente, encalló a un buen kilómetro de la Línea, cuyos diodos rojos permanecían visibles a pesar de la niebla. Golpeados en los hombros, muy sacudidos, Boule y yo nos desplomamos, de espaldas en la arena, para recuperarnos...

– ¡Cámara 125A! (Nada); ¡125B! (Nada); ¡126A! (Nada); ¡126B! (Nada); ¡Pericircular local! (El famoso naufragio del colega: nada, evidentemente, los contrabandistas saben que si vamos a vigilar una esquina, seguro que es esa...) ¡Volante 14! (dos controles deslizantes); ¡Volante 15! (un auto); ¡Volante 16! ¡Volante 17! (otra multa por exceso de velocidad, nada de qué preocuparse, todo es automático...); ¡Volante 58! ¡Volante 102!

– ¡Tocado!

> Pensar que todo se desarrolló, frente a las cámaras, en unos segundos...

¿Todo? Al final, muy poco: un toque de una mano captado por una panorámica, un vistazo a través de la visera... ¿Y luego? La mayoría de las veces, contrabandista hábil o no, ni siquiera nos damos cuenta. Nuestro ojo brilla en el rincón de

una pantalla y la pantalla en la retina de un vigilante. ¿Y después? El ojo capturado estaba “fichado”, como lo llamaban, es decir grabado sobre núcleo duro de silicio. Arreglamos el mejor tiro fijo; ingresamos la imagen en Terminor, en el módulo *de identificación*. Un software de morfometría mide nuestro ojo en todas sus dimensiones: largo, ancho, curvatura de la elipse, naturaleza y ecuación de la órbita... y corrige él mismo las distorsiones ópticas debidas a la lupa del casco. Esta topografía micrométrica se combina luego con un análisis espectral de colores, y el conjunto se convierte en un mapa cifrado, que se compara con los siete millones de pares de ojos de Cerclon. La identificación del contrabandista se consigue –nueve de cada diez veces– al final... ¿Y qué?

Así que nada. ¿Le disparan contra una pared? ¿Una milicia disfrazada su asesinato como un suicidio? ¿Recibes una multa? ¿una cita en un artículo? No. Salir a la Zona Exterior no era un delito. Hice que mis alumnos realizaran la investigación: el Afuera, legalmente, no existía.

Lo que se desprende de las estadísticas policiales muestra un vínculo claro entre la aspiración al Exterior y la delincuencia: el 84% de los delincuentes interrogados admitió haber salido al Afuera al menos una vez (frente al 4% entre la población total de Cerclon). Consecuencia: el contrabandista era un delincuente potencial. Corolario: bancarizar (fichar) a todos los contrabandistas, monitorearlos y rastrearlos debería permitir limitar, o

incluso frenar, la delincuencia en su origen. No hacía falta alambre de púas, al contrario: bastaba dejarlos entrar... La arquitectura de la Línea del Borde cumplía, por su propia naturaleza, este papel perfecto de filtro para los delincuentes. Inteligente fue la dosis simbólica que, si bien estimuló la ofensiva mediante la puesta en escena de un Límite (la Línea), sin embargo, la hizo heroica en el enfrentamiento con la rejilla óptica, que inspiraba en cada contrabandista un terror tanto más cruel como real, abstracto. Inteligente fue la estrategia policial a la que sirvió esta dosis simbólica: permitir, o mejor aún, hacer probable un delito menor para identificar y aislar, dentro de una enorme población, a la pequeña porción de individuos que, cediendo a ese delito sin consecuencias, revelaban su carácter rebelde y con ello se autodesignaban como posibles infractores para que se pudieran prevenir futuros delitos.

Había comprendido estas cosas durante cinco años. Incluso formaron la base de un curso sobre *Haciendo lo probable: una categoría importante de poder*, un curso que mis colegas sentados sobre sus grandes nalgas kantianas describieron como paranoico. Pero me follé a estos dóciles bastardos y persistí en desafiar la Línea, como si cruzarla con toda conciencia aumentara diez veces mi disfrute del pasaje. Boule se paró a mi lado, se sacudió la arena naranja de su traje y su voz atravesó mis pensamientos.

– ¿Qué hacemos ahora?

– Ajusta bien tu casco y practica la respiración con él. Su botella te da tres horas de autonomía. Normalmente tres horas. Pero si empiezas a respirar demasiado rápido, si te entra el pánico, puedes vaciarlo en dos horas. Imaginemos que esto nos pasa en pleno Afuera...

– ¿Y entonces?

Antes de que pudiera reaccionar, ella se había ido volando. Sin énfasis: ¡fuera! Ella salió corriendo, llena de alegría, olvidando por completo que, con la gravedad dividida por diez, ¡cada zancada se convertía en un salto y cada salto en un vuelo!

– ¡Cuidado con las ráfagas! ¡Si subes demasiado, te pueden derribar contra los bloques! ¡Pueden herirte! ¡Ten cuidado!

Bien podría ser sincero: mi consejo no tuvo más eco que un chapoteo en el casco. Cortó su transmisión con una carcajada y huyó, más libre que nunca. Debía haber sido gimnasta, y eso fue otra cosa que estaba descubriendo, porque después de algunos intentos de medir la gravedad y la fuerza del viento, hizo una increíble serie de volteretas, luego giros de manos, que puntuó con saltos mortales hacia atrás cuyo rigor me impresionó. La llanura por donde avanzábamos, plagada de montículos, atravesada por cráteres, aquí y allá, como arrojados, bloques de laterita que jalonaban el camino, era una maravilla lunar, que la presencia de Boule, con su cuerpo negro ondeante, hacía

realidad y no hacía más que animar. Mientras corría tras ella, a saltos, rozando, rebotando en la arena como una piedra alada, tuve la impresión de perseguir una bola de tinta que, de un lugar a otro, apagaba y reavivaba la niebla.

– ¡Vamos Captp, te mostraré lo que puedo hacer!

Había restablecido su conexión. Ella me esperaba al pie de tres montículos de unos seis metros de altura y bastante cercanos entre sí.

– Hice dos años de acrobacia cuando estaba en la secundaria...

– ¡Ya lo entendí!

– ¡Mira la secuencia con atención y da tu calificación al final!

Se puso de espaldas al primer bloque y se lanzó: ¡hacia atrás! Vi su figura levantarse, girar impecablemente y aterrizar de pie en lo alto del primer bloque. Estaba a punto de aplaudir, pero ella ya había saltado, esta vez con un salto mortal fluido, con los brazos extendidos, para aterrizar en la parte superior del segundo. Luego, giró flexiblemente hasta formar un rizo, plácidamente, ¡del segundo al tercer bloque! Me quedé asombrado. Sus movimientos eran elegantes y jocosos, ella sonreía, traviesa, no podía quitarle los ojos de encima.

- Entonces ¿cuánto?
- ¡Eh... 8!
- ¿Es todo? ¿Y tú qué sabes hacer?
- ¡Fútbol!
- ¡Adelante! ¡Cronometro!

Tomé dos piedras bastante redondas y las dejé caer sobre mis pies. Y comencé a hacer malabares, pie derecho, pie izquierdo, muslo, pecho acolchado con unas alas de paloma como beneficio adicional, bajo la mirada intrigada de Boule. Hacer malabarismos con piedras era naturalmente imposible en la gravedad de la Tierra, pero en el Afuera era como jugar con pelotas de tenis, con la facilidad añadida de una caída lenta que te permitía lucirte. Boule volvió a bajar. A pesar de las pastillas *gravis* que había traído, sus vísceras estaban seriamente revueltas. Se sintió mareada, pero estaba bien. Bastante bien incluso para alguien que nunca había experimentado la ingravidez. Estaba emocionada y quería jugar a todo lo que jugábamos con Kamio, Offs o Slift. Pero el tiempo iba pasando. Teníamos que seguir adelante. Se resignó con una sonrisa encantadora.

-¿A dónde me lleva, caballero? ¿A la cima de esa montaña?

– Sí, pero cambié la ruta. Accederemos al macizo por el camino más duro y también el más bonito. Quiero mostrarte la maravilla natural más increíble que jamás hayas visto.

–¿Qué es esa maravilla, señor?

– Tú.

Ella se sonrojó, breve y deliciosa. Y se recuperó rápidamente.

– Habla sólo de lo que sabes... ¿Qué es esta maravilla?

– El río de piedra.

– ¿El qué?

> No insisto. No puedo formarme la más mínima imagen de lo que quiere mostrarme, pero me basta con el nombre, así de terrenal, de medieval. Él me muestra la dirección y yo camino a la cabeza. Le damos la espalda completamente a Cerclon. A la distancia que estamos ahora, el halo eléctrico de la ciudad ya no se transmite. Ya nada puede recordarnos la civilización, ni siquiera que existe. Sin atreverme a confesárselo a Captp, me siento más que extraña. ¿El efecto de la ingravidez o demasiado oxígeno en el casco? Tengo un mareo bastante prodigioso que me voltea el corazón, como si estuviera borracha, con la cabeza dándome vueltas...

Sensación de que me levanto, y de no poder permanecer mucho tiempo en el suelo, porque estoy llena de gas, diluido al máximo. Así me siento... Lo que descubro no ayuda... atravesamos nubes de color naranja y todo el tiempo agujeros inclinados, cuencos de roca, trozos de bloques, empujados desde la arena, no demasiado estables cuando se miran de cerca. Cuando está pavimentado, suena bajo la funda el fonolito, en algunos lugares hay grietas profundas, impactos bruscos o cráteres que se mueven, que caen, que se elevan. Por momentos siento que el cristal que separa lo real/irreal se derrite y me pierdo, demasiado para no reírme... y quiero llegar hasta el final... Tan macizo, viril, es todo aquí, en el sólido petrificado, al mismo tiempo el vapor y la pluma... todo fluctúa... Nos estamos hundiendo en el Afuera... de frente... el peligro es más palpable, más excitante, ahora. Bayas trituradas... esta tierra de color rojo intenso... esta niebla de mandarina evaporada... de naranja quemada... La anhelo como una fruta... Tengo un hambre que me humedece la boca...

> Boule se detuvo por un momento. Luego la vi bailar un vals sucio, con pasos largos y salvajes, y echar a correr hacia una duna de arena que se movía, suavemente, bajo las ráfagas, bastante delante de nosotros. Al principio pensé que se había caído. Que había tropezado con una piedra ya que de repente no la vi. Entonces sólo vislumbré una forma que giraba en la arena como un gatito furioso jugando con

su cola, experimentando breves espasmos y convulsiones, desenfreno y flexibilidad entrelazados, y comprendí que le estaba sucediendo algo extremo que la traspasaba. Me había quedado demasiado lejos: quizá a cien metros para poder ver, para poder comprender. Me apresuré y pronto me disponía a reunirme con ella cuando una visión deslumbrante me detuvo en seco: ¡estaba desnuda! Completamente.

La arena, ahora plana, estaba en silencio... Y ella se levantó. Su silueta animal ardía erguida, su cuerpo encajado en una pared de estrellas, con su alto pecho de manzana provocando en silencio. Venus. Ya casi no se movía, altiva como una estatua, pero su mármol tenía escalofríos de fiera salvaje, sólo perceptibles por el estremecimiento de sus pechos y la boca de su estómago bajo el soplo de aire que pasaba sobre ella.

No me di cuenta de nada. Ni que se hubiera quitado el casco ya que en dos o tres minutos a ese ritmo de respiración que había tomado estaría completamente rígida, ni que se hubiera desnudado delante de mí aunque apenas la conocía, ni qué podría pasar en ese momento y menos que esta chica fuera, bueno, con un mínimo de retrospectiva, lo que hubiera sido obvio: ¡esta chica estaba iluminada!

Me quedé allí, como un pequeño árbol. Su cabello parecía haberse soltado por sí solo y le caía por el cuello y los hombros desnudos. Instintivamente, deslicé la visera de mi

casco y la dejé abierta. Olvidé... por qué estaba allí, quién era ella, adónde iba, qué estaban haciendo nuestros dos cuerpos en medio de la nada en una noche llena de Saturno, y todos estos otros puntos de referencia para los perdidos de la existencia, religiosos, quejosos y cerebelos blandos... Lo olvidé... Respiración suspendida. Sólo viví para que esta forma que había surgido de entre las nubes viniera a instalarse allí, un puro aerolito de gracia cuya breve verticalidad, atravesando la extensión que se desdibujaba a la vista, podía por sí sola, por su delicada presencia, dar sentido al espacio.

No pensé en llamarla, menos acercarme a ella, menos aún tocarla mientras el paisaje a su alrededor, de manera casi palpable, era domado por sus formas, arrojando sobre sus hombros como piedras, sábanas de niebla. Una cosa, sola, se agitaba dentro de mí, sin que yo reaccionara todavía, ni pudiera hacer nada: que el exceso que la proyectó esa noche a la cima de su existencia, allí donde se desarrolla la vida, donde la intensidad del sentido, llevado al extremo, se vuelve incandescente —y quema todo—, que ese exceso, tan bello, pudiera sobrevivir.

Hubo una tormenta. Luego dos. Tres. Se sucedieron varias borrascas que se volvieron tóxicas. Vinieron hacia nosotros, desde el Largo Exterior, cargadas de Nox y muerte. En el horizonte, la antorcha blanca se apagó como una vela. El sueño se desvaneció.

>... estoy respirando, eso es todo, estoy respirando, alguien –es Captp, lo veo ahora– encontró mi casco... me vuelve a poner el traje... Siento sus manos cálidas que definitivamente hacen que me sienta bien, mi piel... me pongo el traje, ya no tengo frío... ya... inspiro, trago buen aire en mi tráquea... levanto la cabeza... todo está cubierto de nieve... luego pasa... se derrite por todas partes... los colores de la fruta regresan...

– ¿Qué pasó...? ¿Te sentiste mareada?

– No sé. Ya no sentía nada... Estaba ardiendo de arriba a abajo... Si no hubieras estado ahí, creo que...

– No hay riesgo... No te habría dejado morir después de lo que me mostraste...

–¿Mostrado? ¿Yo? ¿*De qué* quieres hablar en particular?

> Vi el brillo travieso de sus ojos azules y verdes brillando a través de la visera del casco. Me sorprendió su combinación de ironía y franqueza, lo que encendió y profundizó con una palabra feroz en el momento mismo en que parecía abrirse. Ella puso su mano en la mía y me empujó hacia el río de piedra. Ya se había recuperado.

Estaba más que emocionada. Se veía... ¿bien?
Probablemente mejor de lo que hubiera pensado.

–¿Aún nada, Nevdb?

– Nada de nada.

– ¿Y hacia el naufragio?

– ¡El naufragio, el naufragio! Los contrabandistas no están más lobotomizados que nosotros, hombre. Si conoces un poco la Línea, sabrás que hay tres pasajes más o menos accesibles: el del naufragio, la hexaturbina del sector 1 y la zona detrás del Cubo, donde hay tanta radiación, que la imagen salta todo el tiempo. Pero sospechan que esas áreas las monitoreamos primero. Y especialmente el pecio, que es el más silencioso...

– No estoy seguro. También pueden decirse a sí mismos que creemos que no se atreverán a seguir ese camino. ¡Quién sabe!

–Quien sabe, sí. De todos modos, voy a dar una vuelta por allí, ya veremos.

– ¿Quieres que lo programe?

– No, no, voy a conducir manualmente, así tendré las manos ocupadas.

– ¡Y eso te ahorrará molestias!

La caminata hasta el río duraría media hora. Ese fue el tiempo que pasé con Slift, o más bien con Kamio porque a Kamio le encantaba la arena de esta zona y siempre traía algunas bolsas para usarlas en sus pinturas, en su famosa serie “El Afuera”. Se hizo el silencio. La intensidad de lo sucedido nos abrumó. Desde la altura a la que habíamos ascendido, nuestros cuerpos parecían pequeños y nuestros movimientos entumecidos. En cuanto a las palabras, remover el polvo me parecían más que vanas, no porque me faltaran para expresar lo que sentía, sino por el exceso de aquellas que subían de mi estómago, anudadas como ovillos de hilo que mi lengua no podía soltar y no he sabido aflojar.

Tenía tantos recuerdos que me atoraron la garganta... Cuando vine solo, la primera vez, y busqué entre todas las rocas un poco altas para encontrar las cámaras que mi imaginación había puesto allí; por la noche nos enterramos

completamente en la arena con Slift, para evitar un camino sinuoso; aquel en el que Kamio y yo habíamos grabado en el suelo, con una barra de hierro, con letras de diez metros de largo: “LA VOLTE RESPIRE ICI” (La Volte aquí respira), que estuvo allí una buena semana, se podía ver desde la circunvalación e incluso lo filmaron para *el Evento* para asustar a las familias. Y todas esas veces que había intentado respirar sin máscara, donde había gritado mi rebelión desde lo alto de los cerros, todas esas noches discutiendo del cosmos con Cerclon, Saturno y los bólidos celestes como modelo... El recuerdo de mis alegrías quedaron suspendidas en las partículas de la niebla y la niebla, con cada incursión, me recordó a mí mismo, a mi rebelión fundamental, a mi libertad visceral.

El Afuera, era mi casa... (¡No! ¡No “mi Jardín”! El jardín, esta nostálgica plaza, con césped al estilo de la Tierra, para las gentes del sector 2, con sus telecortacésped marcianos, era precisamente el diseño de un espacio que odiaba por encima de todo: un espacio propio, comprado y robado, que mimetizaba la libertad en diez metros por diez, mientras la mataba).

La nobleza del Afuera procedía de su propio exceso. ¿Quién podría decir “Mi Afuera”? Nadie, excepto para reírse. El Afuera no podía pertenecer a nadie y el propio gobierno nunca había pensado apropiárselo. Demasiado inmenso, demasiado cambiante, demasiado violento: inmanejable. Un verdadero salvajismo de rocas, fragmentos

de aerolitos y cráteres rotos por meteoritos, con losas desangradas por arena seca, colinas desnudas arañadas por el rastrillo de los vientos cósmicos y, de cara al cielo, las crestas, dentadas por amoníaco y gel. Espacios perdidos...

El Afuera era irrecuperable: por los huracanes cósmicos, por las incesantes lluvias de meteoritos, por los vapores de Nox... por todo. Las sondas cartográficas que el gobierno lanzaba regularmente allí, generalmente no regresaban, ya sea porque el Nox se las comía a las tres cuartas partes del camino, las ráfagas de viento las arrojaban al suelo, o por lo que no sabíamos realmente... Aquellas que sí regresaron proporcionaron resultados incompletos, en forma de datos inutilizables. La definición más clara que finalmente las potencias habían dado al Exterior era una palabra: La Zona. Y esta palabra era el gran saco que lo envolvía todo, que sobre todo no buscaba descomponer esa complejidad conmovedora de formas y fuerzas que, además, asustaba.

La Zona del Afuera era simplemente lo que no era Cerclon: algo que no era Cerclon, si se quiere. Un sobreseimiento del caso... un sobreseimiento del caso para todos los delincuentes, los asesinos y los locos delirantes. Para todos los voltes con que fui.

Aquí reinaba el espacio, el desierto mineral sin fronteras, una inmensidad que sólo adquiría dimensión humana a través de la precaria huella de los pasos —y del movimiento. ¡Vaga, salta, deambula para existir! Cada vez que regresaba

de allí, que me hundía entre las sábanas, algo salía de la niebla para decirme que allí era donde viviría, allí donde me convertiría en lo que fuera, que era allí donde mi alma roja siempre flotaría.

II. FUERA DE MÍ

–¿Que es ese ruido?

> Captp no me responde. Se ríe un poco.

– ¿Qué es?

Desde que seguimos las estribaciones del macizo, la niebla ha vuelto, más espesa que nunca, hasta el punto de que es imposible, a más de veinte metros de distancia, distinguir nada excepto, cuando emergen, los cantos rodados. Troncos de ogro petrificados. De los hitos, sólo queda este ruido, que es transportado por el viento en fragmentos cada vez mayores, este estrépito, claro y pesado, de un tambor resonante, que suena allí ensordecedor, antes de volver a levantarse, en ondas, con extraños golpes encharcados.

Cuanto más avanzamos, más nos acercamos a esa fuente rugiente que resuena en nuestros cascos. No parece nada conocido, la verdad. Es un sonido continuo y profundo, demasiado vivo para ser el de un motor, demasiado agitado para ser el de un río. Algo de una manada de bestias de la tierra informe, como si las rocas hubieran vuelto a surgir desde las profundidades del planeta, rompiendo la corteza lunar, y se precipitaran hacia nosotros como rinocerontes de piedra. El viento ha aumentado significativamente y la niebla ahora se hace jirones, despejando el espacio. Frente a nosotros hay una depresión en el suelo, de la que revolotea una especie de espuma de laterita. El ruido nunca ha sido tan claro.

– ¡Acércate a la orilla, Boule, pero evita flotar!

Camino hasta el borde de lo que podría ser un dique y miro hacia abajo. Me lleva unos segundos darme cuenta realmente de lo que estoy viendo. Hay allí, a cinco metros bajo mis pies, en medio de lo que debemos llamar el lecho de un río, una terrible masa de cosas que... fluyen, sí, que van a favor del viento, pero con una lentitud... comparable a un torrente, pero sin agua: un flujo estrictamente mineral, de grava seca y astillas de piedra, por el que fluye arena, a modo de aglomerante. Bou-dou-boum-cha-ga-dac, continúa, con largos pasajes de bajo donde los componentes ruedan en la arena y de repente tamborilean cuando los guijarros se rompen... En las curvas pavimentadas, la grava cruje sobre la roca y la desborda... Estrictamente hablando,

no hay ningún bancal delante y las piedras siguen principalmente una línea de viento, cavando su propio lecho.

– El río de piedra... Viene de las montañas... Vamos a rastrearlo hasta su origen...

– ¿Y si lo seguimos hacia el final? ¡Para ver adónde va!

– No va a ninguna parte. Con Kamio seguimos toda una noche río abajo. Se pierde en el desierto. Nunca encuentra su mar.

> Así que remontamos el río, contra el viento, en medio de una ventisca roja de laterita cuyos granos tintineaban en nuestros cascos, hasta el cañón que cortaba el macizo. Entre Boule y yo fue un momento magnífico porque dábamos saltos cruzados de una orilla a otra, desviados por el viento, sin temor a las partículas en nuestras espinillas y volvíamos a levantarnos sin pensarlo, atrapados en nuestro juego; sin apartar los ojos y los oídos de este río de detritos y polvo oxidado que empujaba sus rocas sin prisa como azucarillos en una taza. Mal esquadrados, rodados como estaban, los fragmentos de piedra luchaban en una cabalgata suspendida, llena de tregua, que su colisión hacía estallar bajo nuestros pies. Al penetrar entre las altas paredes del cañón, obligué a Boule a presionarse contra la pared. A

medida que aumentaba la pendiente, el río se convertía en torrente y los detritos, aunque caían lentamente, eran mucho más pesados, lo suficiente como para que en la estrechez del desfiladero, la probabilidad de que la columna fuera aplastada sobrepasaba el umbral mínimo.

– ¿Viste la cascada allá arriba?

– Sí. ¡Allí es donde vamos!

– Desde aquí vamos a escalar el muro, sin acercarnos mucho. Sucede que las ráfagas arrojan las piedras muy lejos, por lo que es mejor tener cuidado.

– Captp...

– ¿Sí?

– El acantilado tiene cien metros de largo...

– Ciento cincuenta metros.

– ¡Ni siquiera tenemos una cuerda! Piensas eso...

– Aquí tu cuerpo pesa seis kilos, ¿entiendes? Si caes treinta metros, es como si cayeras tres metros... ¡Y de nuevo, tienes diez veces más tiempo para recuperarte! Los riesgos son pequeños. Ya verás: ¡en quince minutos estaremos en la cima!

– ¡De acuerdo no hay problema!

> No estoy demasiado tranquilo. Allí arriba, la catarata de piedras desemboca en el cañón. Los bloques del tamaño de un deslizador hacen temblar la tierra bajo su impacto... Hacen vibrar los muslos...

> La vi tensarse. Sugerente, su mono, de un negro fascista dejó al descubierto su cuerpo contra la tela que frotaba y me imaginé su desnudez de nácar excitándose allí. Un fragmento de poema ondeaba: “Soñaría contigo rezumando, estallando de humedad, con mi sexo flexible serpenteando como un dedo y, como caricia, el roce de nuestras palmas ondeando como una bandera”. Yo presentía sus labios entreabiertos, su boca húmeda en la mía, y pronto llena de oleaje... Estaba tan excitado que no sabía cómo ponerme. Respirando profundamente, decidí subir en cabeza para no sentir más sus pechos desnudos rozando la lona que los cubrían...

Cuando llegué a la cima, todo estaba deslumbrante como siempre. Desde la meseta, el panorama se extendía en unos trescientos sesenta grados. La inmensidad del Afuera, de esa cara oculta que a causa del macizo no podíamos ver desde Cerclon, finalmente se nos ofrecía. El verdadero Afuera era lo puro. El que ninguna mirada profanaba y que aplastaba las sondas con una mano... El que nunca colonizaríamos...

Del lado de la civilización, comencé a otear el mar de niebla. No podíamos ver nada. Los bulevares y la circunvalación apenas oscilaban por momentos y se mezclaban a lo lejos sus ríos de luz... Algunas personas sinuosas arruinaban el foco deambulando en el amoníaco... Vagaban sin rumbo, al azar... Parecían perdidos.

> Ahora lo recuerdo: en mis sueños, el Afuera era una vasta llanura de arena y viento donde las piedras se levantaban, flotaban... y, a veces, la gente pasaba e intentaba atraparlas con redes. Visión curiosa, ya que lo que descubro ahora roza la alucinación...

– Captp, ¿de dónde vienen todas estas piedras? ¡Es increíble! ¿Qué alimenta esta corriente? ¿Dónde está la fuente?

– Allí arriba. En el cosmos. Todas estas piedras son meteoritos...

– Pero deberían quemarse en la atmósfera al entrar...

– Algunos lo hacen. Pero aquí la atmósfera es tenue. ¡Estamos lejos del buen colchón de oxígeno de Cerclon!

–Y qué vemos por allá, en dirección a Júpiter, este tipo de...

– No tiene nombre. Kamio lo llama Nakkarst. Más allá de eso entramos en lo inhabitable. Una zona de pirita. El campo magnético es tan poderoso que ningún dron ha logrado escapar de él. Están literalmente magnetizados contra el suelo. Mineral puro. Metales que ni siquiera sabemos analizar.

Fascinada, doy algunos pasos para intentar mimetizarme con este mundo, aclimatar su cruda presencia dentro de mí, hasta sentirlo en mis huesos. En primer plano se encuentra un lago de escombros que vibra sin motivo alguno. Ocupa un cráter vasto y poco profundo en el que, constantemente, en serie, caen piedras como lentos relámpagos.

> Boule de Chat se quedó al borde del acantilado, inmóvil. Ella exudaba la misma intensidad, esa misma presencia flexible de bestia salvaje que, desnuda, tanto me había impresionado. Su forma atravesó el traje. Sentí un deseo furioso por ella. Me acerqué, sin más certezas que el esplendor del momento, la elegancia del lugar y la evidencia de mis sensaciones. Bajo su cuello, deslicé tímidamente mi mano... La sentí ondular bajo la caricia... Sin siquiera darse la vuelta, deslizó el mono de sus hombros en un gesto claro –casi brusco–, liberando todo su busto y acercándose para que tomase firmemente sus senos en la palma de mis manos. Un poco rápido para mis sueños, nos encontramos tumbados sobre la fresca arena del Afuera. Y lo hicimos. Al

borde del río de piedra, con el embriagador rodar de los guijarros y el eco de los choques del flujo pétreo. ¿Fue... erótico? Difícil de decir... Hubo muchos golpes de casco que nos hicieron reír mucho, y apenas podía ver su rostro a través de mi visor, o su boca que tanto me excitaba y que no podía tomar ni saborear. Nuestros cuerpos rebotaban en la arena de vez en cuando, giraban sobre el suelo, se enroscaban en el aire y volvían a caer pero a mí me encantaba esa sensación de no tener peso, de poder levantarla, acariciarla suspendida, estremecerme y girar alrededor de ella fluidamente y sin parar –y escuché sus gritos, en mi casco, sus gemidos que fluían a través de mí como agua. En el momento en que sintió que yo eyaculaba, se retiró para ver mi esperma flotando en el espacio como un almíbar, esférico, y saliendo gota a gota bajo las ráfagas.

- Entonces, ¿Qué proporcionó tu búsqueda?
- “Tu maldita intuición era correcta. Mira.
- ¿Qué pantalla?

– Un minuto, las estoy poniendo a cero. Los busqué detrás de la Línea, hacia los restos de Naufragio. Me acerqué a 400. Mira.

– Ah, sí, está claro. ¿Son esas marcas recientes?

– ¡Ya lo creo! Es esta tarde, alrededor de las 3 en punto.

– ¿A qué distancia está de la Línea?

– 1.240 metros. Pero traté de investigarlo de regreso. No comienza desde Naufragio. Entonces, hay un gran problema que no entiendo...

– ¿Qué?

– ¡126A! ¡126B! Listo. Observa el suelo con atención. Si ves algo me lo dices porque miré diez veces y no vi nada: ni huellas, ¡joder! ¡Ojalá hiciera viento! ¿Pero por qué las marcas sólo empiezan a un kilómetro de distancia?

– ¿Quieres que te lo diga?

– Adelante.

– Vemos que estás empezando, amigo. Hay unos tipos listos, cuando pasan, arrastran una tabla con cuerdas para borrar las marcas en la arena. Ves que el terreno está todo suave. Cuando están lo suficientemente lejos, guardan sus tablas y se relajan. ¿Entiendes?

> Sentada, con la espalda apoyada en su pecho, contemplo, desconcertada, este lago donde llueven los bólidos, atraídos desde el cosmos por una fuerza poco conocida por los científicos. Tan pronto como llegan al cráter, ¡chlac! –los meteoritos estallan en cinco trozos, rebotan hacia arriba y luego caen lentamente como granizo, derramándose rebote tras rebote por el embudo del río. Terminan enterrándose en este flujo ininterrumpido de cantos rodados, arena y polvo que la pendiente y el viento impulsan hasta el borde de la meseta –borde desde donde el torrente mineral se precipita finalmente al vacío y al silencio– en una prodigiosa y parabólica cascada. Sigo cada fragmento con la vista y para cada uno, como me sugirió Captp, pido un deseo. Pero a la velocidad que caen los bólidos de fuego, ¡pedí deseos para cincuenta años! Y lo único que importa en este momento –que Captp me ama por algo más que mi cuerpo–, ¡lo he pensado más de diez veces! Es que me gustaría que me buscara, que me creyera digna de compartir sustancia, no sólo sensaciones. Vuelvo entonces al discurso y a las palabras:

– Háblame del Afuera... Cuéntame qué sientes cuando vienes aquí... Qué vienes a encontrar...

> Me muevo, fuera de la gracia del momento, la pregunta me irrita, rezuma una forma de periodismo entrometido, aunque percibo algo más allá, también, bajo la voz de Boule. Finalmente, trago, nerviosamente, una bocanada de oxígeno y me sale como una lección, densa y fija, como si de este concepto de Afuera, tan central para mí, sólo pudiera hablar de él desde la distancia.

– ¡Lo cierto es que no vengo a visitar el Afuera como voy a un parque, a dar un paseo! ¡Vengo a buscarme a *mí, aquí*, porque está primero en nosotros, antes de ser este salvajismo lo que nos da el gusto de ser y de luchar! El Afuera es el viento íntimo, corto, cortante, que corre en lo más profundo de nuestras entrañas. ¡Circula dentro de nosotros, serpentea entre todos nuestros átomos de materia, acelera, desacelera, salta, da ritmo, agita! Y la materia busca calmarlo, meterlo en una celda, quiere bloquearlo, lo hace tropezar.

Ella se queda mirando. Asiente. Si se mueve, es como sangre, a través de redes establecidas. Mientras el Afuera, que surge de la nada, va bien a todas partes, cortocircuita las redes, vincula lo que nunca lo ha estado: los riñones a los senos, la boca a las manos, las manos al mundo... Nos da aire. Nos atraviesa el estómago, el corazón. Cava el cráneo. Y cada vez que se crea un vacío, que algo se arranca desde dentro para abrirse, aunque sea un poquito, entonces pasa un viento, algo se escapa, que aspira aire, vive. Lo que busco aquí es esa sensación de que el espacio prolifera en mí,

como un cáncer que se hace su lugar con el aire. El Afuera entra, me abre, resiste, oxigena y así se forma el pensamiento, así crea la sensación, de cuanto es nuevo o inaudito.

– ¿Y te vienen cada vez?

– ¿Qué?

– ¿Cada vez que vienes aquí te vienen nuevas ideas, emociones que nunca antes habías tenido?

> Se calma y me mira con mucha dulzura, como si de repente se sorprendiera de que yo estuviera allí, atónito de no estar solo.

– No. El río en sí; a veces ya no logro encontrar allí el más mínimo interés. “Ya lo he visto muchas veces”, me digo, aunque el ruido siempre me sorprende. Deberíamos poder comunicarnos constantemente con el mundo exterior. Desalojarnos de nuestro egocentrismo y de las pequeñas preocupaciones; saltar fuera de nosotros mismos. “Estoy fuera de mí”, es la expresión más bella. Ira y apertura. Creo que lo logras porque tus deseos están en contacto con el lado fluido de las cosas. Tu cuerpo vive, intercambia. Cualquier cosa puede entrar y salir.

– No te sientes así, ¿verdad?

–Me gustaría sentirme, Boule, me gustaría. Quizás lo consiga. Pero ese devenir es el trabajo de toda una vida, si quieres *comprenderlo* y *sentirlo*. Creo que soy bueno para *comprender*, pero menos para sentir. Sin embargo, lo intento, realmente trato de recibir todas estas fuerzas de aquí, todo lo que puedo captar: Saturno y el Sol, los bloques, el oxígeno frío, el color naranja, la arena, cualquier cosa, lo intento, y tú por supuesto; tú a quien descubro con tus sonrisas, tus ojos flotantes, tus gestos y tus saltos, tu calidez. Intento dar la bienvenida. Acoger lo que sale de la gente, de un estudiante, de lo que sale de un libro o de un actor en un escenario, de un motor... Pero todos estos flujos llegan a nosotros llenos de potencia, cargados de conocimientos y debemos limpiarnos constantemente desde dentro para no ensuciarnos. Y quedarnos con las pepitas, ya que también tenemos este polvo de oro en la sangre.

– Piensas eso...

– Y todo eso es nada, porque también damos. Actuamos. Porque peleamos. Porque estoy en guerra y cada una de mis acciones da a los poderes un punto de apoyo, puede permitirles agarrarme y humillarme, puede permitirles recuperarme. Entonces mi exterior permanece un poco en su bolsa de piel, Boule, te lo confieso... Sólo lo compongo en fragmentos con las fuerzas vivas, con los que amo, con el cosmos. Soy cauteloso... Esta es la tristeza de nuestro mundo: tener que ser cautelosos. Sabiendo que toda libertad es enajenable sin nuestro conocimiento, toda

libertad puede ser suspendida. No porque un policía te estuviera esperando en cada esquina para meterte en la cárcel. Más bien porque todo el mundo se ha convertido un poco en policía: los niños, los padres, los amigos... los amantes... Nuestra democracia, tal vez, tenga éxito en esto: todo el mundo es un poco policía, ya no hay verdaderamente más monopolio policial. Pero todo el mundo es tan modesto, tan pequeño, que nadie realmente puede decepcionarse, como tampoco nadie huele bien.

Se levanta lentamente, pone su mano sobre mis hombros y dice:

– Tenemos que regresar.

–¿Vamos por el mismo camino?

– Desde luego que no. Los “sinuosos” escanean las huellas en la arena. Si volvemos por el mismo camino, seguro que encontramos alguno esperándonos, o incluso un escuadrón entero...

–De todos modos, no pueden hacer nada contra nosotros. Lo que estamos haciendo no es ilegal.

–Ilegal, no. Simplemente *anormal*. Lo cual es mucho peor.

–¿Vamos a dar un rodeo?

– Sí, es un poco largo, pero baja suavemente. Después hacemos un arco y terminamos a un kilómetro del pecio. ¿Cuánto marca tu calibrador?

– Una y diez.

– El mío también. Vamos un poco apretados, pero servirá. Debería tomar una hora.

Captp sigue adelante. El camino discurre junto al acantilado que domina el Afuera y me muevo casi como un cangrejo para no quitarle la vista de encima. Sin embargo, a veces los cierro para asegurarme de que el paisaje permanezca dentro de mí, que, al regresar a Cerclon, algo del brillo de su grandeza siga brillando allí. Rápidamente dejamos el cráter, pasamos a través de un paso y comenzamos a descender hacia la llanura.

> Temía el regreso. Era raro que un sinuoso no nos siguiera las huellas a la salida pues, cuando lo hacían, un guardia de seguridad se hacía cargo de él manualmente para hacerlo dar vueltas como un buitre por el perímetro identificado. Mi experiencia en este punto hasta ahora estuvo marcada por la suerte: de las veinte incursiones que había realizado al Exterior, sólo había sido interceptado dos veces. La primera con Slift, cerca de una duna de arena donde apenas habíamos tenido tiempo de esconder nuestros cuerpos; la

segunda solo, en medio de la llanura, el dron siguiéndome en línea recta, a baja altura. Esperé hasta que estuvo a unos cincuenta metros de mí, con el ojo en la mira láser, que mostraba el reactor correcto. Una bala fue suficiente: la aleta se rompió en pleno vuelo. El dron empezó a girar sobre sí mismo, tuvo varias sacudidas en espiral y luego se estrelló como una hoja muerta en el suelo. Me encontraba a trescientos metros de la Línea. Recordé haber corrido como loco, saltando la Línea, recuperando mi deslizador y lanzándome a doscientos al anillo, rezando para que no me alcanzara un volador y registrara mi cara permanentemente en el banco de “población peligrosa” de Terminor (no, no es ese el nombre exacto. Tal vez sea “potenciales delincuentes”, “infractores reincidentes”, “individuos con un coeficiente de peligrosidad superior a 18,4”...) No importaba: el temor era que yo entrara en la categoría de personas escuchadas y rastreadas por vídeo y que, tarde o temprano, este “seguimiento personalizado” conduciría al desastre: el descubrimiento de mi activismo político clandestino, y muy rápidamente de mi importante papel en la Volte.

Pero eso tampoco era nada, es el precio de la lucha. Lo acepto. Porque los servicios de investigación, con su tortuosa sutileza, no querrían arrestarme de inmediato. Sabrían esperar. Esperarían. Como líder de la Volte, yo era el código que descifraría todas las esclusas que querrían abrir. Estarían siguiéndome las 24 horas del día, todos los días del

año... Doblarían mi vida con el espesor de una película, cosida a mi espalda, siguiéndome sin que yo lo supiera, y, una cosa llevando a la otra, subirían a través de mí hasta el corazón de la Volte, desmantelando y desarticulando todo el movimiento. Visión de pesadilla: mi información *destruyendo* lo que más quería en el mundo.

Cruzar el campo de una cámara equivaldría para mí, por tanto, a entrar en la religión: ya no mezclarme con nadie, proscribir a mis amigos, limitarme a ser nada más que un profesor universitario irreprochable y banal. Al menos durante un año... Esta es, según mis fuentes, la duración mínima del seguimiento. Después, si no habían notado nada anormal, lo clasificarían.

> Durante el descenso, de salto en salto, Captp no dijo una palabra más. Estaba absorto y ausente, ¿quizás decepcionado? No sabía si estaba esperando que yo hablara, si esperaba que me callara, si estaba en otro lugar y dónde. ¿Con quién?

– Captp, me preguntaba... ¿qué vamos a hacer con el deslizador?

–¿Eh?

–¿Vamos a dejarlo donde está?

– Ya no tenemos otra opción. Ya deben haberlo detectado, escaneado y archivado. Lo retirarán en los próximos días.

– Leerán la caja negra.

– Es un slider limpio: quité los chips pasivos, la geolocalización y obviamente la caja negra. Me molesta mucho, porque estaba apegado a él. En cierto modo, era una máquina libre.

– Eso es raro...

– Sí.

> La dureza de la Ley se había desvanecido. Lo que reinaba hoy era la opresiva flexibilidad de las estrategias policiales, la adaptabilidad de las tácticas de control, la manía por la seguridad. El reinado del uso.

Las fuerzas de paz ya no eran útiles. La paz era la trazabilidad. El policía bueno se había convertido en el que no podíamos ver: el escondido, el cobarde... Su vientre golpeando contra los terminales de visión. Sus máquinas controladas por voz. ¿Su alma? Una red optoelectrónica... Una ROM saturada de archivos de seguimiento, contraecos, rejillas de coeficientes rellenas según la importancia de lo visto y oído. La humanidad del poder disminuida en la pestilencia del *voyeurismo*. Ver sin ser visto. Escuchar sin ser

escuchado. Sancionar sin que el sancionado pueda oponer su humanidad a la sanción, pudiendo negociar. Un poder asimétrico que borraba la resistencia más que la sometía.

¿Cómo podemos resistir una autoridad que nunca se manifiesta directamente? Una vez que *te fichan*, te encuentras en libertad condicional. Lo llaman “prevención”. Y tenían cien veces razón: un seguidor del Exterior, era casi siempre un volte (y la Volte había ofrecido durante diez años la única resistencia real a la agridulce democracia cercloniana.

– No.

– El tipo borró sus huellas con una tabla. Durante más de un kilómetro. Después, guardó su tabla y continuó tranquilamente...

– ¡Pero podemos verlos desde el camino sinuoso, te lo digo!

– ¿Qué vemos?

– ¡Rastros raros! Como si se hubiera acostado, depresiones...

– ¿Espaciadas? ¿Depresiones espaciadas y nada entre ellas?

– Huellas poco claras, sí, y no continuas, una especie de raspaduras que...

– Está bien, hombre, está bien, entiendo tu punto. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en la Línea?

– Hace...

– No mucho tiempo. Porque el truco, no te diré que lo he visto diez veces, pero...

– ¡Lo Explica!

– El tipo saltó la Línea.

–¿Como? ¿A pie?

– Con un aerodeslizador. Saltó la barandilla y aterrizó muy detrás de la Línea, aprovechando la ingravidez...

– ¡Nunca me enseñaron esto en el entrenamiento!

– Eres joven, hombre. Estás aquí para aprender. Si quieres estar seguro, vuelas con un aerodeslizador sobre la zona. Verás varios agujeros en la arena, donde rebotó el trineo. Y

si miras bien, en un radio de un kilómetro alrededor de la frontera, encontrarás el deslizador. Normalmente lo entierran. Pero no siempre. ¿Quieres que miremos?

– ¡Sí! ¡Eso me gusta!

– Sobre todo porque detectar un deslizador, incluso limpio, que ha cruzado la Línea, podría ahorrarnos entre 3.000 y 4.000 plazas en el Clastre, como mínimo... Vamos. Llévalo en manual.

> Al llegar a la llanura, mi indicador marcaba cuarenta minutos. El de Boule también. Respirábamos de la misma manera. Después de media hora de aburrida caminata, llegamos a la última roca antes de la Línea. Sin esperar, escaneé la línea con la mirada. Cada poste, cada cámara, una a una. En una fracción de segundo, sólo por la inclinación de la cabeza, la forma exacta del campo, lo adiviné. Vi el cono oblicuo, casi como un holograma, emerger de la cámara, deformarse en saltos sucesivos, aplanarse, alargarse... Con la máxima concentración, logré visualizar los campos de tres cámaras, a veces cuatro, y sentir los conos de luz deslizarse en el espacio, rozarnos y separarse, dejando libres esas parcelas de espacio vacío por donde teníamos que colarnos.

– Boule, ahora te quedarás ahí y esperarás hasta que llegue al punto ciego, debajo del pilar. A mi señal, corres hacia adelante, siguiendo exactamente la línea que te trazaré en el suelo. No corras recto, no te desvíes de la pista, incluso si te parece aberrante; especialmente si te parece aberrante.

> Captp se estira como un cable. Él observa. De repente, saltó hacia adelante. Con varios pasos persiguiendo una serie incomprensible de evasiones y varios retrocesos, llegó al pie del pilar, donde inmediatamente se encaramó.

– ¡237A! ¡237B! ¡238! ¡240! ¡Pericircular!

> Boule sintió miedo. La tranquilicé con unas pocas palabras pronunciadas en su casco. Esperé la configuración correcta y le di la señal.

– ¡Avanza, sigue mi rastro y definitivamente no te desvíes! ¡Salta ahora! ¡Toma tu impulso! ¡Salta, maldito Zeus! ¡Lo más alto posible, salta!

Dio tres pasos y se arrancó del suelo como una gata. Gracias a la ingravidez, se elevó como una campana, muy alto, pasó unos buenos dos metros por encima del muro y fue fuertemente derribada por la gravedad del anillo en la carretera. La parte más difícil ya estaba hecha. Ella había pasado... Inexplicablemente, seguí el ritmo. Me dejé deslizar hasta el final del poste. La prisión urbana yacía ante mí, con sus megatones de hormigón, vidrio y acero endurecido aplastando el suelo bajo gravedad artificial. No tenía ningún deseo de volver allí. A esa distancia, la pared que sostenía el anillo periférico me impedía ver nada. Y fuera lo que fuese, siempre era suave, liso y de color gris azulado.

– Has llegado en el momento adecuado: estoy intentando rastrear el famoso sendero.

– ¿Y entonces?

– Entonces, eres un jefe. Mira con qué claridad podemos ver el aerodeslizador.

– Te lo había dicho. ¡Eh, pero es un bob viejo! Espera...

– ¿Qué?

– Acércate hacia el anillo, parece que hay una forma debajo del poste...

– Es la sombra, ¿verdad?

– No, no, arriba a la izquierda del cuadro, debajo de la panorámica... Haz zoom, fíjate, hay un hombre –¡Mira!

Tomé impulso. La gravedad ya olía a ciudad. Despegué, rocé la barandilla y aterricé, dolorosamente, en la trinchera de los deslizadores.

– ¡Sube, encuadra más alto, el tipo saltó!

Me asusté tanto al ver un volador en el anillo que ni siquiera miré detrás de mí, cerca de la Línea que acababa de dejar. ¡Levanté la cabeza estúpidamente! No había notado al sinuoso a diez metros de mí, hacia arriba... El dron se elevaba hasta la altura del anillo en plácido terror. Me tiré detrás del muro bajo, mi casco golpeó el concreto, rápidamente saqué el calibre y me di la vuelta, agachándome, con la mano apoyada en el muro bajo, listo para abatir la cámara. Tres balas, indicó el diodo. Yo era invisible. Apunté...

– Ahí, hay una cabeza detrás de la pared, sube, sube de nuevo...

Disparé.

– ¡Puto!

– ¿Qué hiciste? ¡Está todo negro!

– ¡Nada, lo juro, nada!

Boule, que se había tumbado a cien metros de distancia, en silencio, para esperarme, se levantó rápidamente y corrió hacia mí.

– ¿Qué hiciste? ¿A qué disparaste?

– ¡Iba a entrar en el campo!

– ¿Que Campo?

– ¡El de un sinuoso!

– ¿Qué hacemos ahora?

– ¡Vamos a tener los drones pegados al culo!

–¿Nos volvemos a sumergir en el Afuera?

–¡No, tranquila! Nos calmamos un poco. Lanza tu casco a la carretera. El software está programado para guiar a los drones sobre él, de forma prioritaria. Puede ralentizarlos.

Agarrando a Boule, la arrastré lo más rápido que pude hacia el otro lado del anillo. Me sentí terriblemente pesado. Nunca tendríamos tiempo, nunca... También habría que abatir los voladores... Me quedaban dos balas... Cruzamos las siete pistas al son de las sirenas de los pocos deslizadores que pasaban. ¡Sin voladores! Llegamos a la barandilla interior y la cruzamos: cinco metros más abajo, un campo de trigo. Una oportunidad. Salté con la costumbre del Exterior y me estrellé como una masa contra la tierra. Luego vino la carrera de dos personas a través de las espigas de trigo rápido, con el miedo en el estómago, hasta las turbinas eólicas, rezando para que no aterrizara un volador manual...

– *No tocaste nada, ¿estás seguro? ¿El reactor? ¿La distancia focal? ¿La luz?*

– *¡Nada!*

– *¡Regresa! ¡Vuelve al pasaje! ¡Para, hombre, para! Debe ser suficiente, adelante. Reproduce la imagen en cámara lenta, tómatelo con calma, avanza... Mira hombre, apunta ahí arriba, en la pared...*

– ¡Un calibre! ¡Nos rompió la cara con eso! ¡Que primitivo!... ¡Eh! ¡Vemos la mano! Mira: ¡vemos la puta mano del tirador!

– ¿Dónde? ¡Ah sí!

– ¡Lo tenemos, Ggrob! Nos lo follamos, muy profundo, ¡está quemado, quemado!

“Bien, amigo. ¿Y quién lo consiguió?”

– ¡Fui yo, Fui yo!

– ¿Me estás tomando el pelo? ¿Quién te dijo que hicieras una macro en las trazas? ¿Quién te dijo que hicieras zoom en el poste? ¿Quién te dijo que enmarcaras más alto?

– Sí, vale, vale, vale, fuiste tú. Pero compartimos, ¿eh, compartimos? Soy yo quien estaba pilotando, soy yo quien... Ggrob...

– ¿Sí?

– ¿Y si le metiéramos un volador manual por el culo? ¡Aún debe estar en el anillo!

– ¡Déjalo pasar!

– Le voy a meter un volante, voy a...

– ¡No te emociones como una virgen! Tienes su mano, eso te basta, ¿verdad? Ponlo en los parámetros de Terminor e intenta encontrar al tipo. Si lo encontramos, subimos 50.000 plazas en el Clastre. ¡Cada uno! ¡Cada vez! Y no me refiero al bono... Cuando atrapas a alguien fuera de la Línea, se multiplica por 5, por 6...

Regresamos a pie. De regreso a Cerclon, recorrimos toda la Avenue du Président A 2062 y luego, tras una serie de curvas oblicuas, llegamos al pie de mi edificio, sin que nadie nos molestara. Eran las 6 en punto y el sol estaba saliendo. Un vocicode, dos esclusas de aire, un umbral palmario y un iricode más allá, estábamos en mi apartamento. No tuve tiempo de cambiarme: alguien llamaba al videoteléfono. Como precaución, desconecté la pantalla.

– ¿Sí?

– ¿Señor CAPTP?

– Él mismo.

– Me identifico. Soy el dron Hectar 8–16, responsable de la recuperación y entrega de objetos encontrados en las

porciones 108 a 116 del anillo periférico. Anoche a las 02:44 recogimos un casco homologado cuyo código de barras indica que eres el comprador. Si no lo has transferido a un tercero, es tuyo por derecho. ¿Quieres recuperarlo?

– ¿Cuál es el número del casco?

– 4096–2398–6182–5629.

– Vendí ese casco hace tres años. Ya no es mío.

– En este caso, ¿puede decirnos, si lo conoce, el nombre de la persona a quien ahora pertenece?

– No tengo ni idea. La ascendieron de categoría y ya no sé su nombre.

– Nos disculpamos por haberle molestado. Adiós, señor Captp.

– Adiós... Gracias por su preocupación.

> Fue la primera vez que vine con Captp. Vivía en uno de esos edificios antiguos de la zona 5 que no tenían red en el ascensor, donde todavía encendíamos la luz con la voz, y podíamos sentir el sonido de nuestros pasos sobre la alfombra violeta, ya que la alfombra de aire que debía

amortiguarlos había dejado de funcionar hacía mucho tiempo. Cerró el videoteléfono con enojo. Tenía ansiedad.

–¿Te vio el sinuoso?

– No lo creo. Me escondí detrás de la pared. Bueno no lo sé...

“¿Quieres decir que tal vez te atrapó?”

– ¡No lo sé, déjame en paz! ¡Tenía que apuntar! Es posible que haya captado un trozo del casco.

– O tu mano.

– ¡O mi mano! ¡No me había vuelto a poner los guantes, maldita sea! Boule, si me atrapó... No te das cuenta... ¿Quieres dormir en mi casa?

– Sólo te seguí. Puedo volver a casa.

– Quédate.

– ¿Lo del dron es serio?

– No tiene importancia. Es un servicio colectivo. Por otro lado, el sinuoso... Toda la Volte corre el riesgo de arruinarse por culpa de mis tonterías...

– ¿La Volte? ¿Eres *realmente* parte de la Volte?

– Imposible.

– ¿Qué es imposible?

– En ninguna imagen tengo la mano completa. Debido al arma, solo vemos los terceros nudillos y un poco de la espalda. Nunca lo encontraremos.

– Reprocesa la imagen.

– ¿Cómo?

– Borrando el arma.

– ¿Automáticamente?

– Claro.

– Está hecho.

– Haz un complemento de la parte que falta.

– ¿Dónde?

– Menú de reconstitución.

– ¡Reconstrucción! ¿Pregunto sobre pigmentación y cabello?

– No, sólo la forma. Después, completa la búsqueda. Lo perfeccionaremos si eso no es suficiente. Dile que valide.

– ¡Válido! Ya está, tenemos toda la mano, ¡la completó!

– Excepto que, si lo envías así a Terminor, no encontrarás nada.

– Tiene que ser plana, con los dedos abiertos, ya está, ¿eh? Lo aprendí en el entrenamiento.

– Pides una proyección plana, está en el menú de formato. Luego calibras tu imagen en 10 por 20, este es el estándar de identificación. No... sí, lo pones de 20 por 10. Ahí... ya está bien. Puedes enviarla.

– ¿Cómo logran identificar a todos por las manos en el banco? ¡Es fabuloso cuando lo piensas!

– Tienen los ojos también, la estructura de tu espalda, tu red nerviosa, tu difusión térmica, los brazos, los pies, todo lo que quieras. Cada dos años, para el reconocimiento médico del Clastre, los médicos te desnudan y giran un dispositivo a tu alrededor. ¿Estuviste allí?

– Sí, pero no lo recuerdo.

– Allá van todos, desde A hasta Qzaac. Millones de fotos. Introducen todo esto en el Motor y ahí está...

– Dice: “sin identificar”. ¿Qué le digo?

– “Personas cercanas identificadas” y validas.

– ¡Identificación acercándose! ¡Válido!

<i>1-lettré</i>	<i>2-lettrés</i>	<i>3-lettrés</i>	<i>4-lettrés</i>		<i>5-lettrés</i>		
P	Qh	Jkv	Agpu	Lfng	Adrtg	Kphuw	Ttocv
		Zno	Crtf	Orjr	Captp	Mlmvs	Uejfw
			Cwap	Ospa	Dvdnc	Nhhyi	Udgle
			Esdl	Sklr	Gruiq	Prpgp	Xjnxi
			Fqbx	Wvbt	Hilpx	Qilua	Zaffs

– Tienes tu lista, grandullón. Nuestro sospechoso está dentro.

– ¿Viste quién sale? ¡Un ministro! ¡Nuestro gran jefe: P! Es tan estúpido, ¿no? ¡Este software es tan estúpido!

– Les voy a mostrar esto a mis compañeros, se van a quedar pasmados. ¡PAG! ¡Hay treinta tipos entre siete millones que tienen aproximadamente la misma mano y él está entre ellos! ¿Puedes imaginar? ¡Iniciar un seguimiento a P! ¿Te imaginas la crisis?

– Sobre todo, veo que tenemos un sospechoso que atrapar.

– Entonces vamos. ¿Hay algún nombre que signifique algo para ti ahí dentro? Zaffs, eso es una cebra. No puede estar en una jaula y afuera, ese...

– Zno... Cwap... Ospa... No sé... Sklr... Captp... Qilua... Uejfw... Xjnxi... No, eso no significa nada para mí.

– Vamos a hacerlo simple: los vamos a bancarizar a todos. Y vamos a hacer la investigación...

III. MOLTE / VOLTE

- En cierto modo, dirijo la Volte.
- ¿La diriges? Pensé que la Volte no tenía líderes.
- Toma “dirigir” en el sentido de orientar, si lo prefieres. Soy parte del grupo coordinador.
- ¿Qué es eso, “coordinador”?
- Es... el pulmón del movimiento. Somos cinco. En la medida de lo posible, intentamos coordinar acciones, ajustar fuerzas para que se acumulen en lugar de anularse entre sí. Promovemos ideas, organizamos debates en la gran asamblea. En definitiva, intentamos dar un mínimo de eficacia al feliz desorden del movimiento.

> Tan pronto como la conversación se volvió más específica, Captp puso algo de música. Acababa de colocar uno de los altavoces en su regazo. Decir lo que salió, lograr sacar una nota o un acorde, ¿era eso posible? –equivalía, para mi sensibilidad de músico, a nadar en un torrente de vómito. En vano busqué un significado en esos goteos de metal rayado, en ese flujo oxidado de estridencias, en esos bullicios, gritos, reacciones, ruidos de martillos que destrozaban el ritmo sin medida... ¿Cómo podía escuchar eso? Estaba intentando descifrar el holograma del grupo. Lo logré con gran dificultad porque los gráficos eran deliberadamente oscuros y desordenados. Ponía “ø'†'ø).∅.(∂μç”, pero era imposible saber si era el nombre del grupo, el álbum o un código de descarga. Y debajo: “N'ak'k' arst 3'9”. Necesitaba ruido para tapar su voz, sí; y para atrapar hipotéticos micrófonos. ¿Pero por qué imponerme esta monstruosidad sonora?

– ¿Crees que tus amigos pueden dormir con ese ruido? ¿No te gustaría poner algo clásico? Sería más relajante. Estoy agotada...

– Lo clásico, es demasiado silencioso. Demasiado blando es malo. Me gusta que demos voz al acero, al mineral que torturamos para hacer vigas y pilares. Así, si escuchas, se oye el cromo crudo que resiste, que se arquea, que cruje... Siguen las guitarras: cortan placas con riffs, y en contrapunto: el feedback, el sintetizador, ¡son buenos! hacen furor, la materia prima grita delante del laminador...

¡No importa que! Lo dejé hablar pero, por mi expresión divertida, entendió que me estaba burlando de él y no fue más lejos. Continuó sin resentimiento sobre la Volte... Y lo que luego me dijo me hizo olvidar su flagrante mal gusto y su oído bárbaro. Habló durante casi una hora sin parar, sin que yo lo interrumpiera –y ni siquiera pensé en hacerlo porque su historia me cautivó. Después de una hora, ya no podía mirarlo de la misma manera. Había crecido, engrosado, madurado. Una extraña vena vertical, que por primera vez noté, sobresalía desde entre sus cejas hasta su gran frente, y con cada dificultad que enfrentaba, comenzaba a respirar. Cuanto más pensaba, más se hinchaba la vena, más se convertía en arteria y crecía... En destellos, tuve la visión de un tubo que irrigaba su cerebro, algo que hacía fluir allí los considerables volúmenes de sangre con los que alimentaba su poder intelectual. Su cuerpo parecía seco y toda la energía concentrada en su cabeza; su frente se arrugó, vibró y su voz estalló, bien entonada, con acentos claros que cantaban convicciones y conceptos y luego caían bajo tonos apagados que se ahogaban en la furia del *radrock*. A veces se ponía de pie, agarraba una pelota en sus manos y la lanzaba contra la pared, con fuerza, mientras hablaba con el altavoz pegado a su hombro. Pareció olvidar mi presencia, ya no me miró... y de repente volvió a sentarse, volvió a mirarme, sonrió al ritmo de sus pensamientos. Pero hiciera lo que hiciera, seguía allí, intenso, e incluso cuando su cuerpo se desplomaba sobre la cama, sus ojos se ponían vidriosos, su

voz aún se quebraba y su frente golpeaba los conceptos como balas.

Me contó lo esencial de la Volte: su historia, sus corrientes, sus acciones. Escuchándolo, entendí hasta qué punto los medios de comunicación habían tratado de desfigurar la realidad del movimiento, porque era un movimiento, y no un partido, que es a lo que intentaban reducirlo. Y con qué violencia Captp luchaba contra ellos, los de una y los de dos letras: toda la porquería del gobierno, los altos esclavos, los periodistas y los industriales, lo que hubiéramos llamado el Sistema en el pasado...

Todo lo que me reveló sobre la Volte, lo podría vender muy caro a Inteligencia General... Una discreta llamada de denuncia, transmitida por holovisión el mes pasado, lo sugirió... “Si tienes, o crees que tienes, cosas importantes o información sobre la organización terrorista conocida como *La Volte...*”. Captp lo sabía, pero, sobre todo, sabía que podía confiar en mí. Sencillamente porque el hecho mismo de concederme este encargo valió todos los millones que había en mi corazón. Porque en esta confianza estaba en juego, como una ofrenda, toda su libertad, y esta libertad era lo máspreciado que tenía.

> ¿Por qué le estaba contando todo esto? Después de todo, ¿qué sabía yo de ella? Que era estudiante, hija de

“cuatro letras” (y por supuesto rechazaba su origen burgués), que tenía veintitrés años, que tocaba el violín láser a nivel profesional y que odiaba Cerclon. No demostraba mucho. Bien podría trabajar en el Ministerio de Orden Público, como autónoma, como hacían algunos estudiantes. Sin embargo, hice que Obffs la siguiera durante tres semanas y me tranquilizó ampliamente.

Era tan fresca... ¡Sus reacciones eran tan visiblemente sinceras! La vi moverse en el espacio, pequeños gestos, subrepticios, manos vivaces, curvadas, para sujetar un vaso. Ella no se escondió ni buscó esconderse y si hubiera querido, todo su cuerpo se habría levantado para desmentir la máscara. Instintivamente sentí su naturaleza como su rostro, y su rostro tenía el brillo de un lago abierto. Allí quedó impreso todo lo que había en su superficie: las furtivas ondas del viento, el reflejado cielo, las nubes blancas, o esos círculos que nacen de la piedra que se arroja, y que se ensanchan a medida que rebota, se hunde y desciende. Si una palabra alegre de una sonrisa la hacía enrojecer inmediatamente, una palabra dura, con la misma rapidez, dejaba una marca en sus mejillas. Propagó una diminuta onda expansiva, una mueca incurable, que mostraba en la cuenca de sus pómulos, un pequeño charco de agua removido por la lluvia.

Estaba todo impreso, sí; pero todo, igual de milagroso, se disipó: el rostro después de la palabra volvió a ser puro, liso como el lago. Nuevamente estaba disponible. Ella escuchó al

mundo. Una vez más el agua en sus ojos se derramó, su boca se volvió de color púrpura pálido, esperando. Llena de sobresaltos y de gracia, la extrema movilidad de su rostro suspendió sus giros por un tiempo... Luego se elevó al encanto duradero de una estatua. Pose frágil, sin embargo. Pausa para que nada se rompiera: un chiste mal recibido, una sonrisa ligeramente insulsa... A veces, por una especie de suave sadismo, provocaba estas rupturas. Como un niño juguetero con los puños llenos de arena que, acercándose al lago, le arroja un puñado, tiré mis frases. Inmediatamente, fue salpicada de impactos, acribillada, azotada por una terrible tormenta. ¿Marcada por qué? ¡Por unos pocos granos! Unos pocos granos de ironía que un lago ligeramente helado habría dejado crujiendo sin siquiera sentirlos. Pero nada en ella estaba congelado, sólido. Si lo recibió todo, no fue por pasividad, sino que al contrario, lo experimentó todo, inmediatamente, sin freno, sin reservas. Ella estaba *presente*. Completamente. No estaba ocultando nada, no estaba anticipando nada, sólo quería estar allí, ahora, y allí estaba. No le dije nada extraordinario: le hablé de la Volte, de nuestros problemas, le hablé de Zork. Pero escucharla me dio la energía para hablar de ello, para estar allí también, para vivirlo como algo increíblemente hermoso. El magma que se arremolinaba en su estómago, el lago fresco que la cubría, los sentí entrar en mí... Entró un poco de lava fundida que acarició mi vientre desde dentro, como una mano cálida, y un poco su boca fresca, sus gestos frescos que corrían por mi sangre desgastada por la lucha con las

cámaras. Continué hablando, no dejé de hablar, como para hacer, a través de este fluir, refluir esa dulzura que me invadía y a la que sabía que ya no podría resistir.

El certificado de nacimiento de la Volte, insistí, había coincidido con lo que, en opinión del gobierno, debería haber significado su certificado de defunción político: la sentencia de muerte de Zork. Sin un líder, el fuego de la revuelta sólo podría, ante sus vidriosos ojos tecnocráticos, apagarse y morir como brasas que se dispersan. Por supuesto, había sido bastante diferente. Lejos de desesperarse, el movimiento, por el contrario, se rebeló ante la injusticia de esta muerte y encontró razones adicionales para luchar. Muchos jóvenes se habían unido a nosotros, nuestra influencia había crecido de año en año y este aumento de poder presagiaba cosas excelentes. Pero por lo demás sólo obtuve una relativa satisfacción.

Con Zork muerto, la Volte se había limitado a menudo a recalentar los viejos ingredientes de la protesta. Folletos y peticiones, eslóganes pegados robóticamente en el suelo, manifestaciones con hologramas en las que la masa de participantes se engrosaba con colas de multitudes en 3D indetectables en la imagen; la lucha evolutiva, a pesar de las exhortaciones de un puñado de facciones en las que yo estaba apegado a los derechos democráticos. Métodos anticuados en una sociedad donde la palabra había sido cuidadosamente limpiada de su contenido desde hacía muchos años y con la más descarada discreción. Para Kamio,

Brihx y para mí, y más aún para Slift, la lucha que habíamos librado desde la muerte de Zorlk no respondía en modo alguno a las ambiciones liberadoras que la Volte se había propuesto. ¿Culpa de los activistas? ¿Cómo podíamos reprocharles una falta de celo cuando en cada ocasión demostraron lo contrario? Ciertamente, el movimiento, a medida que iba ganando importancia, se había ido diluyendo, y las estructuras organizativas, bloqueadas por la inexpugnable estatura de Zorlk se habían hecho añicos para liberar una multitud de pequeños grupos tan activos como descoordinados. Pero esta anarquía había sido deseada y, lejos de debilitar a la Volte, había ampliado nuestro alcance de ataque y claramente había relajado nuestros métodos: una flexibilidad que la Volte (la antigua organización de Zorlk), como algunos reconocían hoy, había echado un poco de menos. La comparación, sin embargo, terminó ahí. Por lo demás, la Volte siguió siendo un modelo todavía inaccesible para mí. Un grupo así, unidos como estábamos, mejor que unido, compacto, siempre lo soñé para la Volte. Tal vez todavía era demasiado cerebral para crear una conexión, probablemente no tenía el carisma de Zorlk... ¿Lo tendría alguna vez? ¿Como saberlo? Y ¿qué importaba ya que quisiéramos salir de estos patrones, escapar al mismo tiempo de la hipertrofia de los egos y de la tentación de la jerarquía?

Zorlk, en el apogeo de sus fuerzas, era una incandescencia... Cuando llegaba en su planeador a la nave,

era como si el propio casco dejara de resonar para darle la bienvenida: lo veíamos salir del túnel con su gracia viril de patinador de velocidad, y escuchamos, sin siquiera darnos cuenta, el silbido de los cojines de aire sobre la pista de acero curvando espléndidamente su recorrido hasta el escenario. Nadie se había deslizado nunca con tanta velocidad y precisión (quizás Slift hoy en día). Ese respeto que inspiraba a todos no se debía al miedo ni a los discursos. No le gustaba hablar. Él me sugirió la idea y me pidió que la desarrollara en la plataforma, yo o Kamio –a quien llamaba “el poeta”. Realmente no entendí su fuerza hasta mucho más tarde, demasiado tarde, después de su ejecución. Bajo esta reputación de puro hombre de acción a la que conscientemente aceptó resumirse, había conseguido ocultar su sistema de valores hasta el final. Este sistema sólo tenía una exigencia, que era más una cuestión de gusto superior e inconsciente que de principio: no dejarse debilitar por ninguna de esas consideraciones morales y mojigatas que llamábamos “respeto a la propiedad”, “libertad recíproca”... En definitiva, todo lo que tres milenios de judeocristianismo habían acumulado en la conciencia ondulante de mujeres jóvenes, jubilados e impotentes; que todos apoyaban, y que, durante trescientos años después de la invención del grifo, todavía creía en el agua bendita y en la inocencia de las confesiones.

¡Qué lejos estaba hoy la Volte de esta exigencia! Nunca hemos dejado de debatir sobre los límites que no se deben

traspasar... el terrorismo con el que no nos debíamos confundir... (mientras los medios de comunicación, empujados por un gobierno demasiado feliz de poder esconder sus estrategias de control detrás de los “justos temores” de la población, han alimentado durante tanto tiempo la confusión: “terroristas”, éramos para el público en general)... el respeto por las convicciones de los demás... En resumen, la moralidad, buena y mala, mala y más mala... Ahí es donde perdimos a Zork: cuando vivió, su presencia fue suficiente para barrer cualquier cuestión moral. No es que las eludiera en favor de impulsos bélicos, pero su gusto reemplazó a la ética... y su gusto era imperial. En muchos sentidos me recordaba a Nietzsche: un ser capaz de discernir detrás de cada sistema, bajo cada acción, la voluntad afirmativa de vida que podría surgir de él, de instintos enfermos y degenerados. ¿Qué otro criterio debería invocarse? ¿Qué otra moralidad? Este fue el último, este decidió todo y las discusiones básicamente no tenían otros objetivos que sacar a la luz estas fuerzas –vitales o morbosas– en acción bajo nuestras elecciones... y otros efectos, más a menudo, que enterrarlos aún más profundamente para terminar ahogándolos en un magma ardiente de discurso que luego había que enfriar y purificar, de debate en debate, para encontrarlos allí. Por eso lamentaba tanto, que cada acción tardase tanto en decidirse... Los activistas tenían muchos principios. Eran más que sinceros en su rebelión. Pero les faltaba ese gusto superior, deslumbrante, que decide antes de pensar, que

dice antes de hablar, no porque no sirviera de nada pensar o hablar, sino porque llegaban demasiado tarde y sólo reverberaban en el metal de las palabras la convicción íntima del cuerpo que entiende y que sabe. La fuerza de Zorlk era que pensaba con su cuerpo.

Hace unos meses (le admití a Boule de Chat), después de una asamblea interminable, que abordó la lucha antivirtual, sus objetivos, sus medios, blablablá, llegué a preguntarme qué tipo de arrogancia podría habernos empujado a bautizarnos a nosotros mismos la “Volte” cuando murió Zorlk. “La Évolte”, decidimos en ese momento, sólo podía conducir, por derivación, a una “Evolución”, a una reforma, mientras que lo que queríamos, con nuestros pequeños pulmones hinchados por el viento de los disturbios, era una revolución pura y salvaje, impulsada por sus propias fuerzas, o formulada de otra manera: “descarcelada de su confrontación con el poder”, como proclamaba nuestro *Manifiesto*.

Brihx, Obffs, Slift, Captp, Kamio. Nombre en clave: BOSCK, simplificado y promocionado como “Bosquet” (bosquecillo, arboleda). Fuimos el último Pentágono, el último que lo vio con vida, después de su arresto. ¿Fue aquí donde obtuvimos nuestra influencia sobre los cuatro mil activistas de la Volte? No estaba seguro. Aún así, los activistas nos siguieron después de su muerte y nuestro carisma no ha hecho más que fortalecerse desde entonces.

Todavía quería hablar con ella sobre la reunión de mañana, pero entendí por los gestos de su cuerpo que nuestra incursión al Exterior, las cámaras y el miedo, enroscado en la larga serpiente de mis dudas, habían terminado de agotarla.

– ¿Vamos a la cama?

– Si quieres. ¿No tienes nada más que decirme?

– Tú... ¿Estarías interesada en entrar en la Volte?

– ¿Quieres decir: ser parte del movimiento, hacer campaña contigo?

– Sí. Hay una reunión de acción mañana por la noche. Muy importante, se trata del acceso selectivo, de la trazabilidad de los cadáveres en la ciudad. Creo que allí sucederán cosas decisivas.

– ¿Dormimos juntos?

– Tú eliges.

– ¿Hay muchas mujeres en la Volte?

– Mil quinientas, aproximadamente, no lo sé exactamente.

–¿Cuántos sois en total?

– Cuatro mil. ¿Estás interesada o no? Puedes responder honestamente.

– ¡Por supuesto que estoy interesada! Cogeré mi carnet mañana.

– No hay ningún carnet. Ni código, Ni estándares, ni chip pasivo, nada.

– ¡Eso es! Y su sede tiene una jornada de puertas abiertas todos los sábados. ¡Estoy fuera de mí! ¡Cualquiera podría infiltrarse!

– Nuestra validación es puramente humana...

– Eso me vale. Estoy dispuesta a presentar...

> Riendo, me desnudé y me metí en la cama. Apagó la luz. Escuché el sonido de su ropa deslizándose contra la alfombra y pronto sentí su aroma entrar en la cama y envolverme. Eso electrizó mi piel mucho antes de que él me tocara, me besó mucho... Y mi perfume teñido de sudor le devolvió el beso, le devolvió caricia tras caricia. Quizás no necesitábamos hacer el amor para saber que nos amábamos. Sin duda ya no teníamos fuerzas. Entonces nos quedamos dormidos entre nuestros olores. Y durante toda una noche, en mi sueño abierto, sentí a Captp contra mí, tendido a lo largo hacia el Afuera, vibrando secretamente como una densa presa que tuviera dos brazos.

> Al día siguiente me levanté con dificultad y preparé algo parecido a un desayuno. Las tres personas que dormían en la sala ovalada se habían levantado como de costumbre al amanecer para ir a vender sus platos al círculo industrial. Boule vino a reunirse conmigo en la cocina, envuelta, con deliciosa indiferencia, en el edredón. Me pareció, temprano en la mañana, más hermosa de lo que jamás la había visto. La noche había deslizado en ella, en el modelado de sus formas, bajo su piel, una suavidad tan evidente que su cuerpo parecía líquido de sensualidad. Susurros aflautados brotaban de su boca y venían a besarme con cada una de sus palabras. Su mirada me acariciaba, sus pechos eran voluptuosos... Su elocuencia suplía la pereza de la mía y me traía un poco de aquel cansancio de aquella noche. Habíamos volado, tanto que pronto arriesgué una mano, luego mis labios que, por derretirse, tenían hambre y sed. Sus pechos temblaron suavemente. Me envolví en el edredón con ella. Cavamos con el corazón una especie de pequeña cueva y nos olvidamos de nosotros mismos.

Cuando salimos de la cueva ya era tarde. El almuerzo estaba frío y volví a encontrar mis preocupaciones. Esta tarde había una reunión. Le expliqué a Boule qué era, el por qué, el para quién y el cómo, pero después de explicárselo no podía dejar de pensar en ello, de hablar conmigo mismo y de sopesar la audaz idea del Slift que me inquietaba...

La idea de una acción de choque nos surgió tras la nueva ola de “acceso selecto” que se había extendido por Cerclon, a petición de las asociaciones de defensa ciudadana y de los propios comerciantes, en su mayoría cuatrialfabetos y en su mayor parte más apegados a su dinero que un electrón a su núcleo. El acceso selectivo existe desde el origen de los Cerclons. Como concepto, en mi opinión era sólo una extensión de la trazabilidad de los bienes hasta la persona. Esta trazabilidad, que se ha vuelto exhaustiva desde 2030, abarca todo el ciclo de vida del producto, desde su fabricación hasta el reciclaje, pasando por el almacenamiento, la compra, el consumo en los hogares y su eliminación en la basura. El famoso cartón de leche que le decía a tu frigorífico que estaba caducado. ¡Aleluya! El acceso elegido ofrecía una variante urbana y política, presentada como “una gestión integrada de la circulación ciudadana en un entorno abierto”. Durante mucho tiempo, la herramienta estuvo reservada a bancos, administraciones públicas y empresas estratégicas para las cuales una justificación de seguridad tenía el mérito de no parecer totalmente infundada. Pero en menos de cinco años, los “puntos de seguridad” –en realidad, esclusas, umbrales, bolardos, puertas y pórticos– habían acotado en casi todas partes cualquier camino algo fluido, algo libre, cualquier deambular iluminado. Y ni siquiera fueron los centros de reuniones, las salas de juegos y los edificios de apartamentos los que no encontraron una excelente mentira para imponer su establishment. El sistema, orgullo de la empresa

multiplanetaria Défordre –que disfrutaba de un monopolio muy democrático en este sector– tenía como modelo una versión elegante, específica del mármol pulido de las salas. Nuestro objetivo: la puerta con mordaza de apertura vertical que se abría en el centro, la parte superior hundida en el techo y la parte inferior bajo el suelo. Apenas pasado, un repiqueteo de aire pulsante, al que no me acostumbraba, te decía que la puerta acababa de juntar sus encías en una mueca hermética y blindada. Como si abrir y cerrar la boca fuera un esfuerzo para la máquina, un esfuerzo que debía hacerse palpable y audible para todos. Además, las puertas hacían cada vez más ruido, y las nuevas mucho más que las viejas. Défordre sólo seguía las recomendaciones del gobierno sobre “la armonización de las relaciones entre humanos y tecnología”, el pastel de crema de las plataformas políticas durante veinte años, y que finalmente tuvo como resultado humanizar los motores y hacerlos respirar como atletas.

En realidad, el acceso selectivo se limitó a muy poco. A los buenos ciudadanos les bastaba con tener su tarjeta en el bolsillo, el anillo en el dedo o el código de barras en la uña índice (una elección a menudo reservada a los ejecutivos) para que se abriera la puerta. Para los muy buenos ciudadanos, el chip de identidad, injertado de por vida, era suficiente. Para los demás, –los malos ciudadanos, los felices que llevan mucho tiempo sin tener una tarjeta, los que la olvidaron, la perdieron o la prestaron, los que tenían saldo

negativo en el banco, los horarios de trabajo escalonados, los derechos de estacionamiento limitados–, el bonito rastrillo permaneció cerrado. No se podía entrar. Los jóvenes ingenuos que intentaron, en los inicios del sistema, ponerse detrás del buen ciudadano para pasar con él, escaparon, como el más feliz de ellos, con una clavícula rota. Los demás... el hospital se los llevó. Sin ruido, sin gritos, sin asociación de defensa ciudadana, meditaron durante unos meses sobre las virtudes del acceso selectivo sobre una cama blanca y limpia. No se conocen reincidentes.

Dejar tu trabajo demasiado pronto, recoger a tu hijo demasiado tarde y toda una multitud de microsituaciones inofensivas pero anormales te condenaban a hacer lo que hacía toda la gente radiante: vagar por calles neutrales, solo, fuera de cámara. Muy rápidamente, la Volte se dio cuenta de que la invención, inicialmente tan benigna, del acceso selectivo restablecía implacablemente ese control físico de la ciudad con el que todo gobierno soñaba, pero que ninguno habría tenido los medios para imponer. Una combinación de la pugnacidad de un grupo industrial, la codicia de seguridad de los ricos, los benévolo subsidios del gobierno y la pasividad del pueblo, los puntos de seguridad habían abolido en unos pocos años... la libertad de movimiento. Naturalmente, no se trataba de una abolición inequívoca y dictatorial, de un toque de queda general que clavaba a gente buena en los postes de los pórticos. La abolición sólo afectaba a los ciudadanos “atípicos”, o su

sinónimo: los pobres. Básicamente, se contentó con establecer una línea divisoria entre quienes *podían* moverse y quienes excedían indebidamente este derecho al pasar en el momento equivocado, por el lugar equivocado, sin ser identificables, sin suficiente dinero y cuya culpa era atroz, en ausencia de unas finas rayas blancas y negras en la uña del dedo índice derecho. Brillante tecnología, ya sabes, capaz de gestionar la trazabilidad de siete millones de habitantes en un disco de treinta kilómetros de radio, en tiempo real y de geolocalizar instantáneamente, punto por punto, la morosidad... Brillante regulación, más eficaz que nunca; era disciplina que se elevaba sobre ti con su impasibilidad electrónica.

A las nueve de la noche, después de una comida normal y corriente, de un curso normal y corriente sobre Fivt, “el neo-Heidegger”, y de la serie banal de aceras ondulantes repletas de curiosos, encontré a Boule en un café corriente. Al verla de nuevo, mi día triste se desvaneció con su sonrisa y me sentí lleno de fuerzas nuevamente. Fuimos juntos a la reunión. Tuvo lugar en el pecio en desuso que hacía las veces de nuestro hemisiciclo. Era una gran nave de tránsito que se estrelló en la zona de radiación en 2076. Inutilizable, había sido enterrada y su acceso bloqueado. Zorlk tuvo la idea de cavar un túnel para acceder a ella y convertirla en la sede de Évolte. Su forma de guijarro, con un suelo curvo en cuyo fondo habíamos instalado una plataforma y, en la pendiente, cuatrocientas butacas (originales) dispuestas en

un anfiteatro, lo convertía en un lugar propicio para los debates (pero aún más para el circo), mientras nos protegía de la policía.

Guié a Boule a través del páramo industrial de la rad-zona y llegamos a la entrada del túnel, donde Baaer estaba vigilando. Le presenté a Boule y le confirmé que había sido liberada. Tras el primer peldaño de la escalera, bajé los seis metros del pozo y salí al túnel de acceso. Boule se unió a mí y llegamos juntos a la nave. Esta noche había mucha gente allí, más que en las grandes asambleas habituales, pero eso no me sorprendió. Las asambleas anteriores habían sido particularmente tensas y las amenazas de cisma dentro del movimiento habían estado rondando durante varios meses. Le digo a Boule que vaya y se siente cerca de Obffs.

– ¿El estudiante que programa el robotag allí?

– Sí. Al principio parece loco, habla rápido y se emociona por nada. Pero es muy calentito, ya lo verás. Y él ya te conoce...

Boule se acercó a Obffs y le dio una palmada en el hombro. Su rostro se iluminó con una violencia casi infantil y la besó con exuberancia terrenal. Santo Obffs... comenzó la reunión sin demora. Punto único: acceso selectivo.

La primera idea que surgió estaba en línea con lo que llevábamos haciendo desde hacía tres años. Provino de

Ushlf, una antigua cebra a la que muchos apodaron Flush por su costumbre de dibujar la losa desnuda más pequeña con la *Traza* de la Volte: un disco rojo –símbolo de Cerclon– atravesado por cinco letras de fuego que corren hacia el Exterior.

Flush se ofreció a pintar tantos pórticos y esclusas de seguridad como fuera posible, a mano y, por supuesto, utilizando robots autopropulsados. ¿Con qué? Mandíbulas ensangrentadas marcadas con los nombres de los ministros: A, B, C, D, E... “sentidos prohibidos a los marginados”, “¡no corten, sigo moviéndome!”, caras de policía, “1984 = 2084”, etc., lo principal es utilizar el efecto de apertura/cierre de las medias puertas y su simbolismo latente de portón cerrado. Sí...

Slift agitó la mano. Falsamente desplomado en lo que debía haber sido la silla de un piloto, su perfil en forma de cuchilla parecía listo para abalanzarse sobre Flush y empujarle una bomba por la garganta hasta que, con pintura biológica, le bloquease la tráquea. Debíamos estar en los cuatrocientos voltes: todos los asientos estaban ocupados. El bullicio propio de las grandes reuniones zumbaba en las paredes de la nave enterrada. Los jóvenes activistas, con la molesta seriedad de la juventud, susurraron la idea de Flush a su grabadora de voz, que inmediatamente llenó la sala con cánticos de la iglesia, algo que Slift, a pesar de todos sus esfuerzos, sólo pudo tolerar con una andanada de insultos. con lo que terminó cubriendo la misa. Kamio lo agarró;

discutieron entre ellos; los calmé. Los activistas, desconcertados, guardaron silencio. Escena típica. Excepto que todo iba a cambiar...

> Estoy esperando. Va a haber un tumulto, claro, para empezar...

– ¡Si no estás de acuerdo con Flush, simplemente sugiere otra cosa! Tú, Slift, sólo criticas y nunca propones nada. ¡Propón algo! Creo que la idea de Flush tiene mérito...

> Fuera de control, Slift se puso de pie. El activista que lo había desafiado estaba en el proceso de pintar otra capa de eslogan en la pared del escenario con otros. Slift disparó una advertencia magnética en su dirección. Con un disparo de ese calibre, la olla les explotó en la cara. Los grafiteros estaban empapados de azul.

– Suénense la nariz, cachorros, y sacudan bien sus cabellos, se pegará fuerte en 8 segundos, lo dice...

La asamblea quedó en silencio, atónita.

– ¡Proponer, proponer, eh! Mírate el culo, gilipollas: es como tu cara, está chorreando mierda. ¡Así que levanta el culo! ¡Sal de la taza del inodoro antes de que la mierda se

quede atrapada en ella! ¡Y eso va para todos! Os he oído parlotear durante dos años y ¿os creéis revolucionarios? ¿Estáis orgullosos de estar aquí? Chicos fuertes, ¿eh? ¿Os sentís estancados con vuestra pintura orgánica? ¿Dibujar círculos? ¿Qué hacer con el símbolo? “¿Decir cosas?”.

Slift tomó posesión del escenario y movilizó todo el sistema de escucha de la nave. Bajó un poco la voz y luego volvió a subirla.

– Lo que tengo que deciros no cabe en un bote de pintura. No cabe en una etiqueta. Ni siquiera cabría en una pared de 10 metros. No podéis comunicar lo que tengo que decir. Va por el aire, vibra en el chico de enfrente, en bajo profundo, o no vibra. Con Captp vibra, con Obffs vibra... Pero con vosotros, los moltos, no sé, choca directamente contra vuestro mono de falso penacho, suena mas no hace nada...

¡Hablas de puntos de seguridad como si fuera una idea! ¡Una idea! Es concreto, punto: ¡pleno de hierro, sólido! ¡Golpea el cuerpo directamente, muerde la carne! Dices: “es la puerta de una prisión”, “es una frontera que separa a los ricos de los pobres”. Hablas de tarjetas digitales, iricodes, “control demasiado injusto de los movimientos, circulaciones meta-ca-na-li-za-das” y luego sacas el *robotag* para firmar en el suelo. Cuando salgo del puerto, no camino diez metros sin que me bloqueen. Me incriminan, los disfrazados, me ponen códigos de barras, escanean, meten biómetros... Los postes me gritan “¡párese!”, “aprobado!”.

“¡Sea paciente!”, “¡muévete, párate, adelante, participa, sal!” ¿Y eso es todo lo que te hace? ¿Habéis intentado alguna vez, indexadores, colaros por un pórtico sin tarjeta?... ¡Esas puertas son un hacha! ¿Entendéis? ¡Un hacha! ¡Y recortan espacios, libertades, vidas! ¡Y lo vamos a demostrar! ¡Vamos a hacerlo físico para todos en esta maldita jaula en movimiento que es la ciudad!

– ¿Cómo?

– ¿Cómo? ¡Vamos a follar en todas partes: en las entradas de las calles, en las periferias, en las residencias, en las marcas, en todas partes! –¡Pondremos discos de diamante en las puertas! Sí, cuchillas que corten, y veremos si la gente culta no las golpea.

Hubo gritos en la habitación, bravos salvajes, “¡hasta la muerte!”, activistas que sacudieron frenéticamente la cabeza como para deshacerse de la horrible idea, pero el estruendo, lejos de dispersarse entre los miles de gritos diseminados, galvanizó toda la furia explosiva de Slift:

– ¡La Volte significa prender fuego! ¿Entendéis? ¡Es buscar guardias de seguridad, encontrar policías y adelante! ¡La Volte se trata de sacar la sangre! ¡Sí, chicos, sí! ¡Nunca llegaremos a nada, ni para P ni para nadie, si no enrojecemos las alfombras! La etiqueta no marca, ya no funciona, se desvanece... En suelos lisos, sólo manchas de sangre. ¡Chlac! la mano... Corta... ¡Chlaac! el brazo... Corta, corta... Corta la

hoja... ¡Chlac! ¡La cara rodando sobre el mármol! Y patearemos estas caras rodantes, atravesaremos charcos de tripas con pedazos de cuerpos por todas partes, por todas partes y allí, allí, ¡veremos quién tiene el valor de firmar!

Tres chicos aplaudieron frenéticamente. Tres. Me acuerdo. En falso silencio. Los demás miraron a Slift como un loco, con helada fascinación.

– Ahora babead todo lo que queráis, ¡voy a actuar!

Se puso su Parnox con un gesto y salió por el túnel central.

“Hay que detenerlo”, “Tiene razón”, “Va a destrozar la imagen de la Volte”, “No tiene ningún derecho”, “Tiene todos los derechos”, “¡Asesino!”, “No lo hará”, “¡Carnicero!”, “Héroe”, “Se va a acobardar”. Estallaron ahora salvajes altercados. Pero muy rápidamente, en medio de este ajetreo, emergiendo del primer círculo de sillas que rodeaban la plataforma de acero, se vio la endeble silueta de Kamio. Flaco, con el cuerpo y el rostro tensos por las contradicciones subterráneas que siempre lo agitaban, dándole esa calma enérgica que lo hacían respetar, subió al escenario y con un gesto maestro de ambos brazos calmó a la asamblea: iba a hablar. Y cuando Kamio pedía hablar, todos, desde el combatiente más cauteloso hasta el extremista sliftiano, se calmaban para escuchar. Me gustaba mucho Kamio. Menos por sus convicciones, firmes en el fondo, pero que se desvanecían en ese innegable respeto

por el hombre que a veces lleva al reformismo, que por su fundamental honestidad ante las personas, las cosas y los problemas que enfrentaba. Leal a todos, recto como no puede serlo la justicia, encarnaba para muchos algo así como un hombre sabio y, de hecho, no se sentía más orgulloso que de hablar. Dijo lo que estaba pensando. Un hombre de palabra, Kamio, con toda la majestuosidad de ese título.

– Slift es un modelo. Su propio modelo. Nunca deja de esforzarse por lo que cree. Y eso es lo que lo hace grande. No se trata, para ninguno de nosotros, de seguir este modelo, de intentar imitar su estilo o su fuerza. No es que seamos incapaces de ello. También sabemos decidir. Y cortaremos brazos y cabezas, y nos sumergiremos en sangre si eso es lo correcto. ¿Pero es justo? ¿Un cadáver más mejorará nuestra humanidad? ¿Vale cualquier inocente, incluso alguien con las manos llenas, incluso un burgués, un zar, un tirano? ¿Su muerte liberará a Cerclon del control de los cuerpos? ¿Del confinamiento urbano? ¿Del incesante arresto domiciliario de nuestras vidas? Eso es lo que hemos de decidir y lo tenemos que decidir antes que nadie, por nosotros mismos. Slift lo hizo. Y mañana tal vez veamos a un anciano acuchillado en holovisión, un anciano acuchillado por la Volte y tendremos que hacernos responsables de ello o marcharnos. O disolvernó. La Volte necesita palabras, no importa lo que diga Slift. No son consignas, por supuesto, ni eslóganes, sino palabras de desorden, palabras-granada que destrocen los significados y abran el cerebro a nuevos

pensamientos. La Organización necesita aún más acciones, os lo reconozco, pero acciones que tengan sentido, acciones sensatas. Slift no es un héroe ni un carnicero: es un hombre, un hombre de convicciones, que tomó una decisión. Eso es gratis. Todos estamos aquí, en esta nave y no contéis conmigo para obstaculizar a nadie, incluido al asesino. Soy anarquista, ya sabéis; sigo siendo anarquista. Seamos nuestros propios dueños, decidamos; discutamos si eso nos ayuda a decidir. Y nuestro juicio, por definitivo que sea, reservémoslo para nosotros; para nosotros y para nadie más.

La discusión fue interminable, tan hermosa como suele ser muchas veces. Pero fue menos que algo gratuita. Las espadas no sólo cortaron espacios y vidas. Agarrados por la Volte, se volvieron contra ella para cortarla en dos. A un lado de la hoja había un trozo de grasa blanda (la Molte) al otro se elevaba una bola de energía (la Volte), la nueva Volte, purificada por el cisma. Al explotar, Slift, sin saberlo realmente, había dinamitado el compromiso que de alguna manera había cimentado las acciones del movimiento durante varios años. Este compromiso, por haber sido obtenido tras interminables debates, casi siempre concedía un lugar privilegiado a los oradores suaves, es decir a los humanistas y a los tímidos, cuyas ideas valían la pena: eran sanas, limpias y justas; no tenían fuerza, nada... no contenían nada. Los dejé hablar, desarrollar sus largas frases... No necesitaba escucharlos. Bastaba oírlos, escuchar

el vaivén de su voz y la armonía tranquila de su tono... Esta gente nunca haría la Revolución. Apeataban a equilibrio. Había que poner fin a esta gangrena. Le hice una señal a Obffs y Kamio, para que me apoyaran en la polifonía, para que pudieran marcar el ritmo si me quedaba demasiado atascado. Entonces hablé:

–¿Qué hemos estado haciendo estos dos últimos años? (señal para Obffs).

– Tres comandos, doce representaciones poéticas, cuatro manifestaciones de cinco mil personas, ocho campañas de carteles, veintidós peticiones y dos manifiestos...

–Ese es el balance. ¿Y qué lograron estas acciones?

– ¡Nada!

– ¡Exactamente, nada! (protestas en la sala, entre los blandos). ¿Y por qué? Porque nuestras acciones son suaves, extremadamente predecibles. Ellos están aburridos. En dos años, no hemos molestado a ningún policía, ni saboteado el más mínimo sistema, ni siquiera hemos roto una cámara, ¡no hemos preocupado a nadie! Les dejaré claro una cosa: sin violencia, ningún poder se ha sentido jamás amenazado. Leéis, sois gente culta, conocéis la historia... ¡Sin violencia el pueblo nunca reacciona! ¡Sin violencia no hay Evolución posible! Ésta es la estricta e inquietante verdad. Estáis aquí soñando en voz alta, creyendo que la Evolución se va dando

lentamente, en consciencia, paso a paso, con consignas, papeles y palabras. ¿Pero cuál es la alienación actual? ¿Qué hace la propaganda? ¿Qué hacen nuestros amigos vendiéndonos diapositivas en medio de una conversación? Trabajan el sentimiento. Analizan y luego reconstruyen tus sensaciones, tus emociones, tus deseos y tus miedos. Pero lo hacen despacio, con delicadeza, con ternura y tacto, operan bajo anestesia general. Entonces, ¿cómo debería la Volte combatir eso? ¿Despacio también, suavemente?

– ¡No contamos con la omnipresencia de los medios de comunicación para iluminar la conciencia de la gente!

– ¡Sólo nos queda el resplandor de nuestras rupturas! ¡Nuestra furia! Así que hay que sorprender, estallar, burlar, romper rutinas, dejar que exploten, ¡golpeemos vivamente! ¡Seamos personas extravagantes! ¡Con discontinuidad!

–¿Estás tratando de decirnos que los poderes que enfrentamos en Cerclon son nuevos?

– Sí, porque actúan directamente sobre nuestro cuerpo. Por accesos imparables, de tomas, de enchufes. Pasando por los cinco sentidos, pero también por el calor y el frío, por los campos de gravedad y ahora por la red nerviosa, ¡porque conduce la electricidad! Todo lo que la ciencia, la puta ciencia, aún descubrirá para manipularnos. Nos están deshumanizando ahí fuera. ¡Mi objetivo es evitar que las

personas se vacíen de todo lo que late y hierve en su interior! ¡Mi objetivo es que la gente viva de pie!

> Toda la habitación se agitó, despierta. Captp comenzó a perforar el eje de sus pensamientos. Obffs y yo intentamos apoyarlo lo mejor posible, cortando y reiniciando con salvas. Los “moltes” intervinieron a ráfagas, con evidente mala fe.

–¿Quieres que la gente viva matando?

– ¿Quieres sangre fresca también?

–Quiero que seamos violentos, sí. No por la sangre. Sino porque estamos luchando contra una sociedad de consenso masivo. Cuanto más suave es un consenso, más poderoso es, cuanto más absorbe los ataques, menos puede ser desestabilizado. Nos encontramos ante un gran bloque de gelatina y sustancia pegajosa. Lo apuñalas... “Se traga el cuchillo”, dije a tiempo.

– Le das un cabezazo...

– Se traga tu cráneo.

– ¡Es un estómago que puede soportarlo todo, digerirlo todo, incluso la rebelión! ¡Incluso nuestros gritos! Se alimenta de nuestra resistencia... Porque es lo único que aún se mueve en el pegamento, el único espasmo de la vida. Sin

querer, nos hemos convertido en su electroshock, los mantenemos a nivel...

– La única solución es dinamitar el estómago. ¡Y la dinamita es la Volte! Terminó Obffs, un poco de repente.

Un “molte” empezó a gemir desde el fondo de la sala:

– Vas a matar el movimiento con tu dinamita. Nos llevó cuatro años recuperar algo de credibilidad ante el público y quieres hacerlo todo estallar por los aires. Hay que ser paciente. Debemos actuar con responsabilidad...

Luego se produjo el inevitable estallido de opiniones de todo tipo que volaron de un extremo al otro de la nave, entrecruzándose, escandalizándose, animándose e insultándose en un desorden formidable.

– Lo que estás proponiendo es el todo, ya mismo. La Revolución sin preparación. Pero nadie está preparado para eso, ni siquiera tú. Nuestro movimiento crece un poco más cada mes; los jóvenes están con nosotros, muchos ya no confían en los medios y no los escuchan. Necesitamos salir a la calle en lugar de lanzar granadas. Yo, cada día, hago campaña contra los criterios de selección del Clastre y...

– No es contra los criterios que debemos hacer campaña, es contra el propio Clastre.

– Fridg tiene razón. Hay que ser paciente. La ira es una reacción infantil y peligrosa...

– ¿Crees que podemos hacer una revolución sin ira?

– Necesitamos saber quiénes somos: no somos pirómanos, incendiando la ciudad por el placer de verla arder...

– ¡Los edificios de neoplástico no arden!

– ¿Por qué nos llamamos La Volte? ¡Parece que aquí nadie se acuerda! Nuestro objetivo no es tomar el poder, o eso me dicen, porque me voy...

– ¡Vete!

– ¡Déjame hablar!

– ¡Conocemos tu historia!

– Nuestro objetivo –esto no lo invento, lo escribimos en el *Manifiesto*, aunque no te guste– es...

– ...¡quemar el *Manifiesto*!

–...consiste en construir, *fuera del poder*, al lado y especialmente no *contra él*, una comunidad de individuos responsables, con otros valores... Si eliminamos el *Re de Révolte*, ¿no significaba que queríamos escapar de estos interminables enfrentamientos con el Sistema? Que nos negamos a agotarnos combatiéndolo, porque a fuerza de

combatirlo sabíamos que nos volveríamos a su imagen: violentos, crueles, jerárquicos... ¿Qué sé yo?

–Ese no es el problema...

– ¡Lo siento, ese es el problema! Que nuestro objetivo no era destruir sino construir, no criticar sino proponer algo nuevo. Para ser breve: ser libre frente a los poderes, no tenerlos más en cuenta en lugar de alienarse por el odio que suscitan.

– Si siguiéramos a Slift, todo la Volte ya estaría enjaulada...

– Captp lo defiende porque son tarjeta y código...

– Captp siempre lo ha defendido, es tan estúpido como él...

> Después de dos horas de debate y chismes, quedó claro que, debajo de la multitud de conflictos, emergían dos concepciones principales de la Revolución; que eran irreconciliables; y que había que decidir. ¿Votando? Hubo otro debate sobre si debíamos votar y luego una votación sobre la votación que tuvo el mérito de sorprender a Boule de Chat.

Grité durante unos diez minutos para detener las discusiones y luego, al ver que no me saldría con la mía, tomé prestado el calibre de Obffs y disparé al techo. De

repente la habitación quedó en silencio. Las paredes de la nave crujieron. Un poco de tierra goteaba del techo al suelo. La asamblea, atónita, me miró.

–Vamos a votar. Creo que todo el mundo entiende que no podemos seguir así. Debemos decidir de una vez por todas. Que aquellos que estén a favor de una Volte paciente, moderada y razonable, en definitiva, de continuar el mismo tipo de acción que llevamos realizando desde hace cuatro años, marquen “M” en su evaluador. Quienes estén a favor de una Volte contundente, incisiva, que recurra a la violencia si es necesario, indiquen “V”. Bien podría decirlo ahora mismo: si ganan los “M”, dimito, dejo la Volte.

No hubo protesta. Sólo había dicho lo obvio. Muy rápidamente, la sala se llenó de murmullos de activistas que, con la boca pegada a los micrófonos, decían “M” o “V”. El sistema de escrutinio mostraba, voz por voz, en tiempo real, los resultados en el dial rojo al fondo de la sala, y al lado el porcentaje de activistas que ya habían emitido su voto. Lo escudriñé con angustia:

M: 24 votos • V: 16 votos • Votos emitidos: 10%...

M: 106 • V: 123 • Votos emitidos: 58%...

M: 177 • V: 217 • Votos emitidos: 100%.

Habíamos ganado.

Los blandos al fondo de la sala, como buenos demócratas, se pusieron de pie en silencio. Algunos sostenían en la mano un pequeño disco rojo, marcado “Volte”. Lo arrojaron sobre el escenario al salir. Los pequeños discos rodaron por el suelo como monedas. Se amontonaban y la gente se iba. Al final, no quedaron más moderados en la sala. El suelo del escenario ardía. Un coloso barrigón, de esos reformadores con espíritu de síntesis que a menudo veíamos en el podio, se volvió cuando estaba a punto de tomar la salida, volvió sobre sus pasos y nos advirtió solemnemente:

–¡Escúchenme todos! Conozco a Captp. Observé cuidadosamente al sociópata de Slift, y a Offs también, y a Kamio, debajo de su exterior bromista, vi a través de ellos. Estos cabezones, si los seguís, os pondrán granadas en las manos. Lo que ellos quieren no es lo que vosotros queréis, no es democracia –no les importa la democracia– es la anarquía, pero en el peor sentido de la palabra... Lo que ellos quieren, es... es... caos, eso es todo. ¡Y quemarán este asteroide para conseguirlo! ¿Saben qué harán de ustedes, de todos los que se queden? Terroristas. Está en la lógica de las cosas. Al principio, tal vez simplemente empujéis; luego presionaréis un poco más; entonces lastimaréis, accidentalmente al principio, sin hacerlo a propósito; después haréis daño a sabiendas. Y al final mataréis. Veréis: ¡un día mataréis! “El fin justifica los medios”, ¿eh? Eso es lo que pensáis. Entonces os diré lo que dijo un hombre honesto del siglo XX: “Eso es posible. Pero, ¿quién justificará el fin?”

Se fue entre silbidos, salpicados de aplausos y bravos que no supe si atribuir al sarcasmo o a la emoción. Cuando finalmente el túnel ya no resonaba con sus pesados pasos, Kamio me pidió la palabra. Se la entregué con total confianza. Si no original, era deslumbrante:

–La Molte ha muerto. ¡Viva la Volte! Ahora es el momento de la acción. Brihx, tu turno!

– Propongo que nos dividamos en veintiocho grupos de diez. Son cuatro por sector. Seguimos la idea de Slift. A partir de esta noche vamos a colocar cuchillas en todos los soportes de puertas/mandíbulas que estén a nuestro alcance. Pónganlas en sus edificios, donde trabajan, donde saben que pueden hacerlo sin ser descubiertos. Haremos balance aquí mañana a las diez de la noche. ¡Buena suerte a todos!

–¿Cómo vamos a conseguir las cuchillas?

Brihx giró su sólida cabeza cuadrada hacia Kamio y hacia mí, desconcertado. Por supuesto que él no había hecho la pregunta. Actuamos como siempre en total improvisación. Yo acudí en su ayuda:

–¿Quién es aquí metalúrgico? ¿Quién trabaja en el puerto espacial? (Se levantaron unos cincuenta dedos.) ¿Tienen piezas de chapa, en casa o chatarra en los cobertizos? (Ellos asintieron, “Sí, tenemos”). Dividid el trabajo; recortadlas,

lijadlas, afiladlas, haced lo que sea necesario. Son las siete. Sería necesario que a... digamos medianoche, cada uno de nosotros tuviéramos cuatro o cinco cuchillas para montar.

– ¿Cómo vamos a solucionarlo exactamente?

A mi vez, yo estaba en el banquillo. Kamio me susurró la respuesta.

– ...Soldadura por láser. Creo que es lo más rápido. Además, es silenciosa.

– Y los grupos, ¿nos ponemos como queremos?

– ¿Se oyen ustedes? ¡Parecen niños! Esto es un movimiento, no un partido. ¿Se les olvidó? Ustedes son los líderes. Depende de cada grupo organizarse. A menudo véis mi cara en el podio, ¿vale? ¡Pero no por eso voy a arrogarme el derecho de deciros qué hacer! Intentaré resolverlo, como vosotros.

Terminada la reunión, salí el último de la nave, volví a colocar la chapa que bloqueaba el pozo y paleé, con Brihx, la capa de tierra imprescindible para ocultar la entrada. Boule me besó antes de irse a casa. Ella entendió que iba a pasar la noche soldando cuchillas y sonrió. ¡Que así sea! Slift había ido a recoger una veintena de ellas de unos radiantes que le debían un planeador. Sólo nos quedaba esperarle. Brihx y yo subimos a lo alto del tanque más alto. Allí, a treinta metros de altura, con las piernas colgando en el aire, sentados en la

pasarela circular, contemplamos la rad-zona donde las sombras perfiladas de los volte iban desapareciendo una a una.

La suerte estaba echada. El movimiento había dado un giro. Brihx volvió sus ojos azul oscuro hacia mí, sonrió y me dio unas palmaditas en el estómago, una forma tierna de decirme que estaba allí, conmigo, con nosotros. Que algo crucial había ocurrido esta noche. Me conmovió. Para cualquiera que le conociera a su rara manera, aquel gesto lo decía todo: la intensidad de su amistad, la fuerza de aquel momento, su confianza, y también toda su modestia. No necesitaba mirarle para saber que le brillaban los ojos, y no le habría gustado que le mirara. Pero él sabía que yo estaba atado a la misma emoción que él, que éramos de la misma agua, el agua contenida en nuestros ojos, y que, lanzara lo que lanzara el futuro, nunca nos soltaríamos.

IV. CUESTIONARIOS DE RESPUESTA

> En el silencio, nuestras miradas recorrieron la extensión de la rad-zona para esperar el regreso de Slift e, invariablemente, topaban con el Cubo, cuyo enorme bloque era iluminado a veces, en algunos lugares, por la luz de las naves que esperaban para aterrizar. El Cubo era definitivamente el único edificio de esta ciudad que daba una idea de grandeza. Dominaba tanto a Cerclon que no había lugar desde el cual uno no se sintiera aplastado por su masa de metal plomizo; aplastado y elevado al mismo tiempo. Mirando hacia arriba, intenté ver su cumbre con la ayuda de la luz de los transbordadores, a ochocientos metros sobre el nivel de la planicie. Pero a pesar de su eslora de ciento cincuenta metros, las naves apenas conseguían hacer otra cosa que marcar la noche con una línea blanca. El Cubo servía de vertedero ilimitado para los tres Cerclons, así como para las estaciones orbitales de Saturno, recuperando

durante medio siglo todo lo que a nuestras sociedades ya no servía. Un monumento a los muertos por la basura, bromeó Kamio. Es cierto que allí se depositaba a los condenados a muerte... En los respiraderos de succión repartidos a lo largo del kilómetro cuadrado de la cumbre, los *ferries* arrojaban desordenadamente sus miles de toneladas de desperdicios de comida, pantallas, basura electrónica, máquinas herramienta, productos químicos y sobre todo, precintados de plomo, los residuos radiactivos de la industria nuclear. Esforcé la vista en la cascada de basura sin poder distinguir nada más que un flujo negro e informe, interrumpido, de vez en cuando, por masas increíbles, a veces secciones de edificios o fábricas y naves en mal estado.

Oficialmente sólido y compuesto, según los expertos, sólo por objetos sólidos y no seres vivos, el Cubo siguió alimentando, a pesar de repetidas negaciones, los rumores más insólitos. En la propia Volte, muchos afirmaban que Zork todavía estaba vivo allí. Había sido condenado a muerte por el sorprendente asesinato del Ministro de Orden Público. La sentencia fue declarada ejecutiva en un tiempo récord. Había sido incubado... es decir, encerrado en el corazón del Cubo, por un túnel expresamente cavado y luego sellado, y abandonado, en lo que se suponía era oscuridad absoluta, en medio del infierno, para morir... ¿De qué? Ni de hambre, ni de sed... Nadie tuvo la oportunidad ni la fuerza para llegar tan lejos. El interior del Cubo era una especie de magma sólido donde chocaban fuerzas, de lo que

sólo la violencia con la que se desgarraban las paredes de plomo bajo la presión de los desechos daba una idea. La quíntuple pared que cerraba las cuatro caras del cubo se rompía periódicamente. Los pirácidos trabajaban para cortar la hernia y los empujadores magnéticos para devolver los escombros al edificio, pero al día siguiente todo empezaba de nuevo en otro lugar, sin que ningún experto pudiera decir si todo el cubo no explotaría algún día bajo la intensidad de sus campos magnéticos, o bajo la ferocidad mecánica de las compactaciones, o si, muy simplemente, ¡una reacción termonuclear a partir del Cubo no borraría a Cerclon I de la superficie de este planeta!

–Estás pensando en Zorlk, ¿eh?

– Cada vez que miro el Cubo. Me digo a mí mismo que sobrevivió. Que está ahí.

– Él está ahí. De una cierta manera. Para nosotros está ahí.

– ¿No piensas a veces que podría haber sobrevivido?

– Seguro. Su carne resistió al ácido, hombre, y sus músculos resistieron al gorx, aunque infeste cada cuadrado de chapa, aunque sea un gorx relámpago que te paraliza en tres horas, máximo. También aguantó hasta los ochenta grados, con sólo interceptar una gota de oxígeno líquido, bueno, para enfriarse. En cuanto a la radiación y las enfermedades, no te preocupes... Zorlk es sólido. Ahora

mismo está levantado, créeme, y está caminando tranquilamente por ahí...

– Eres estúpido.

Fue perturbador para mis creencias. Pero la lógica nada pesaba frente a la esperanza, frente a este entusiasmo loco que se apoderó de mis entrañas cuando alguien, quemado por su convicción, me decía: ¡vive! Sin esfuerzo, a veces comenzaba a soñar, a imaginarlo como un mutante inmune capturando los bloques de cromo que se tragaba... Crecería, se abriría paso en el Cubo y un día se lo tragaría entero por dentro, como un Titán devorando su hogar. Avanzaría hacia Cerclon, pisoteando las torres de cristal. Arrancaría las torres panópticas del suelo y las aplastaría con sus puños. Desenterraría la nave de los volte y la enviaría como un disco al cosmos para llevar allí la Volicion...

Sin embargo, había que aceptarlo: Zorlk estaba muerto. No culpé al Cubo. Estaba en su apogeo. Sus paredes, impecablemente cuadradas, pero ásperas por el destripamiento, mutiladas por suturas, grietas y agujeros dejados por la lenta compactación, rendían el más crudo homenaje al poder. El acero, endurecido por el gorx hasta el punto de que era industrialmente irrecuperable, era sólido, macizo, inoxidable y hermoso.

– Escucha ese ruido de soplido: ¿no es el deslizador de Slift?

– Creo que sí. ¡Lo peor está por venir, Brihx, pedazo de ladrillo!

Después de esta noche loca en la que soldamos nada menos que treinta cuchillas, incluidas dos enormes a la entrada de la única oficina de correos del sector 5 (cuyas cámaras exteriores estaban bajo inspección anual en la fábrica), tras colocar dos cuchillas bastante bien camufladas, soldadas como todas las demás a la puerta a ambos lados de la ranura, me levanté muy excitado. (Sentí un pequeño pinchazo cuando miré mi edredón vacío y me pregunté qué habría pensado Boule de la reunión de ayer. No había querido decirme nada al salir del túnel, salvo que vendría a la reunión de revisión de esta tarde. No intenté detenerme en ello). Sin tomarme el tiempo para vestirme, corrí hacia la cajita negra que contenía mi terminal, grité “Diarios” al micrófono, luego “Cerclon Express”, luego “Todos los periódicos”. Me puse pantalones y calzoncillos en un bloque, luego jersey–camisa–suéter en otro bloque arrugado. La impresora ya me había impreso una copia del escandaloso periódico más seguro del asteroide. Lo miré. Nada de la Volte. Le pregunté al terminal la hora: era mediodía. Demasiado pronto, pensé. La actualización de la información debía producirse a la una de la tarde. Mejor poner la holovisión. “¡Término!” ¡Holovisión! Espera... no... sólo dos dimensiones, no el relieve... ¡Dos dimensiones! Dos! ¡Dos carajo! “¡Qué televisión!” Maldita máquina... No era raro que tuviera problemas para reconocer mi voz por la mañana.

Me tensé repitiendo la misma orden diez veces sin que ella reaccionara. O, si reaccionaba, conectaba el videoteléfono en lugar del teléfono y yo dictaba el número de mis amigos... (Además, sin ser vocorreactiva, según la expresión de moda, la generalización de las ordenes vocales, por mágica que fuera, me parecía insidiosa: había eliminado la antigua relación con los objetos, ese combate cuerpo a cuerpo, incluso estúpido, con la máquina, los botones, los teclados que amartillamos... Ya no tocabas nada: hablabas y el mundo cobraba vida. De hecho, todos pensábamos que éramos un poco como dioses –o policías: sólo era un pequeño paso... Como dijo Slift: “El mejor policía del mundo, es Dios, ya que no existe.” Lo peor es que acabamos cogiéndole el gusto, a ese tono de policía perezoso, esos pequeños placeres del jefe que nada podían contrarrestar. El tono había tomado las calles y aparecía repetidamente en las discusiones. La gente se alegraba de señalarlo y se reía de ello, pero poco a poco, cada vez menos gente le prestaba atención. Se había convertido en un tic común: mandar sin resistencia...

Decidí presionar el botón y guié la imagen de la pantalla hasta los pies de mi cama. Tomé el holocomando, canal 208. Los créditos del *Evento* sonaron a todo volumen en mi habitación. De repente apareció un disco rojo–anaranjado que reconocí de inmediato. Y a la derecha, en letras rojas que cubrían toda la pantalla: LA VOLTE GOLPEA.

El comentarista: *“Las imágenes que siguen fueron tomadas por las cámaras de vigilancia de la oficina de correos del sector 5. Están en el límite de lo sostenible. Por ello recomendamos que las personas sensibles que nos vean en holovisión pongan su pantalla en modo televisión, para reducir un posible efecto de shock. La escena se filmó a las 8:34 a. m., unos minutos después de que abriera la oficina de correos. El ataque fue reivindicado por la Volte”.*

La cámara de vigilancia filmaba la entrada. Mostraba... el soporte de la mordaza en el que habíamos soldado las cuchillas, pero desde el interior y con un ligero ángulo, de modo que, a menos que lo supieras, todavía era imposible ver las hojas en la pantalla. No sabía lo que me esperaba; Estaba centrado en la pantalla. Pasaron unos segundos pesados y palpitantes... No pasaba nada. En la pantalla, las mandíbulas se abrían y cerraban suavemente, con mucha normalidad, para dejar entrar a la gente. La tensión iba subiendo, subiendo, disparándose... Teníamos la sensación de que algo terrible iba a pasar, pero ¿qué? ¿Qué? La voz había dejado de comentar. Dejó sola la puerta para articular su terror con el aire pulsante, y la puerta habló, intentó decir algo, advertirnos. La pantalla marcaba los segundos con la puerta, a veces oscura, a veces bañada por una luz azul que se difundía en el marco, al ritmo de las mordeduras. En la quinta o sexta apertura, el pánico se apoderó de mí. Una hermosa niña de apenas diez años acababa de aparecer

frente a la puerta. Enseguida comprendí lo que iba a pasar. Fue una visión. Ella avanzó, casi tambaleándose. Había alguien detrás de ella, una joven que le hacía señas para que siguiera adelante: su madre. Entonces ella siguió adelante. La mandíbula se abrió. Estaba a punto de pasar, tranquilamente, cuando, sin motivo aparente, se detuvo en el umbral. ¿Había visto las cuchillas? ¿Estaba esperando a su madre? Permaneció parada en la puerta. Se escuchó una voz detrás de ella gritándole algo. No se movió. La voz volvió a gritar y todo cambió. Olvidando la implacable mecánica de la tecnología de Défordre, perdiendo toda razón, ¡la joven caminó hacia su pequeña hija! Fue devastador. La mandíbula se cerró de golpe con una ferocidad inaudita. Por un momento pensé que la niña había sido cortada en dos. La mitad de su cuerpo, su torso, sobresalía de la puerta. Su rostro estaba atravesado por el dolor. La puerta la atrapaba con tanta fuerza que la hacía gritar entre dientes. Al volver a subir, la hoja de la mandíbula inferior debió pelarle las espinillas, cortarle las rodillas y supusimos que debió... clavarse en la carne, en los muslos, porque la niña había caído hacia adelante –su cuerpo estaba atrapado, horizontal, entre las mandíbulas, a un metro de altura. No pudimos ver sangre, nada de sangre... Debió haber estado fluyendo del otro lado, a lo largo de la puerta... La madre debió haber... Grité: “¡Abrid la puerta, abridla!”, como si la pantalla pudiera oírme, pero no estaba allí, estuve allí ayer... Yo... La mandíbula se aflojó. Con una velocidad terrible, devolvió el cuerpo atrapado al suelo que se desplomó sobre

el duro mármol. Blanca sobresalía la grasa, formando una bola sobre la carne de dos cortes profundos detrás del muslo. Me vinieron náuseas, mocos, las lágrimas ahogaron mis ojos. Por instinto, la niña intentó levantarse con sus bracitos, para liberarse de la puerta, pero sus manos resbalaron sobre el mármol demasiado liso, se apretó con desesperación, resbaló, se arrastró sobre la higiene del mundo... Y nadie la ayudó, nadie, la oficina de correos estaba llena de máquinas, desierta, como todas las oficinas de correos. La voz de su madre atravesó el espacio, aguda, rogándole que siguiera adelante... Fue tapada por otra, la voz áspera de un sintetizador de voz: “Por favor, despejen la puerta, para no obstaculizar el correcto funcionamiento de las hojas” ... –Repito, por favor despejen la puerta ¡Cuidado con el cierre automático de las hojas!” –. Nunca podré olvidar las imágenes de lo que pasó entonces. La mandíbula inferior sobresalía del suelo y se hundía violentamente en los tobillos de la niña. Los tobillos quedaron atrapados hacia arriba, lo que provocó que las piernas y el tronco se doblaran formando un arco invertido. Ambas piernas crujieron como madera seca en una ráfaga de aire pulsante. La violenta tracción de los muslos, colgando, acababa de abrir la fractura. Dos trozos de fémur habían roto la piel y quedaron expuestos. Ella gritó. La mandíbula se aflojó de nuevo... dejó caer a la niña desde un metro de altura sobre el mármol.

No tuve valor... Grité “¡apagadla!” ¡apagardla! a la terminal. En un ataque de histeria, golpeé la cabeza contra

las paredes, golpeé... golpeé... golpeé... hasta que todo vibró en lo más profundo de mi cráneo, se hizo añicos, se estremeció temblando con pedazos de cristal... Al límite de mis fuerzas, con la cabeza destrozada, me desplomé en una semiinconsciencia, con estas palabras que me revolviéron el estómago:

“LA VOLTE GOLPEA, LA VOLTE GOLPEA...”

Cuando me levanté eran las 13:30, tenía clase a las 14:00. Llamé a la universidad para cancelarla, alegando la aparición de amoníaco. La voz afable de la anfitriona respondió que, según mi cuota, todavía tenía derecho a nueve faltas y que, por tanto, no había ningún problema. “Cuídate”, me dijo mientras colgaba. Aunque sabía que le pagaban para “complacerme” (aproximadamente, a una cuarta parte de las personas activas en este asteroide se les pagaba para ser agradables con la gente, a otra pequeña cuarta parte para trabajar y a la mitad restante para controlar a los que eran agradables y a los que trabajaban...), su amabilidad me hizo bien. Yo estaba en shock. Sentimientos incoherentes se arremolinaban, giraban e hipaban dentro de mí... Sentí vergüenza, miedo también; atrocemente horrorizado de tener que asumir la responsabilidad de la acción, me odié a mí mismo... Mi cabeza zumbó, se llenó de cuchillas... La niña volvía, en destellos, con sus ojos que se invaginaban dentro del sufrimiento; que retrocedían para acusarme... la culpa,

desde los riñones, la horrible culpa subía en bocanadas, la extraña intoxicación del cuerpo de ella cortado por la mitad, la vergüenza me corroía como el ácido... El fémur roto, la impresión, tuve la impresión, que era en mi muslo... todo de cristal que mi pierna se resquebrajaba... Sensación al revés, de la niña con el arco del hueso, al revés, que iba...

Traté de recuperar el aliento, de poner las cosas en perspectiva, de decirme a mí mismo que ella se recuperaría rápidamente, que en nuestra época, una fractura, incluso abierta, se repara maravillosa y rápidamente, que... Pensé en su madre, en lo que debió haber visto, lo que se quedaría dentro de ella para siempre... Pensé en la niña, cada vez que entrase a un edificio... Tal vez ya no quisiera entrar a ningún lado. No querría salir más... Había actuado sin formarme una imagen, sin imaginar lo que podría pasar... Sólo vi las cuchillas chasquear, asustando a la gente, haciéndoles asociar algo como un punto de seguridad y una guillotina... ¿Jugar con representaciones entonces? Como un publicista: ¿Manejar símbolos, lobotomizar? ¿Quería eso? No... Queríamos hacerlo visible, hacerles palpable esa barrera que pasaban sin siquiera pensarlo, obligarlos a verla, obligarlos a sentirla... dejarles vivirla como la vivían los marginados: feroz, innoble... Me había imaginado que podría doler, cortar, pero nunca así. Nunca con esta crueldad. Sin embargo... sin embargo, en el fondo sentí que no lo había excluido. Incluso creo que lo había... vislumbrado.

En cualquier caso, asumí la responsabilidad. Tenía que asumir la responsabilidad absolutamente. No tenía ninguna excusa. Asumí la acción, acepté todas las consecuencias de la acción, incluso los terrores más impredecibles. Asumí la responsabilidad de las niñas cortadas por la Volte, de todas las mujeres, de todos los viejos, de todo lo que todo el movimiento había hecho y dejado de hacer... ¿Y qué importaba eso, dos piernas rotas, dos piernas de niña rica que podría solucionar la biocirugía en veinte minutos? Estaba viva, eso era lo principal. Siete millones de personas ya no podrían moverse libremente, vivían como animales tatuados, como paquetes de leche con microchip pasivos, geolocalizadas incluso en su cocina, se les decía dónde estaba su lugar y cuál era su lugar, y cuando se les prohibía la entrada a un cine porque se suponía que eran identificables, porque su cuentas estaban al descubierto, porque... ¿No valía eso dos piernas rotas, no valía eso cuatro buenos miles de piernas rotas incluso?

Pero, pero, pero... Escuché las voces normales: si el Sistema no nos hace ningún daño, si su razón de ser sólo consiste en gestionar los viajes, y gestionarlos para el bien de todos, entonces ¿para qué hacer daño en nombre de su dulzura? Pregunta insidiosa. Ante una alienación en dosis pequeñas, suaves y continuas, la única forma de romper era brutalmente. O bien resignarse, ponerse un casco virtual en la cabeza, evadirse lejos del mundo, decir “es lo que hay, no puedo hacer nada, juzgo que todo está bien, amén...”. Al fin

y al cabo, el Sistema sólo molestaba *a las personas vivas*, a aquellas que no podían tolerar que sus movimientos estuvieran orientados en nombre de la regulación social. Los que se resistían. ¿Distribuir algunos folletos? También podrías escupir al espacio. La ambición de la Volte, por vana que fuera, había sido la de contrarrestar en una noche, en una sola noche, veinte años de envenenamiento homeopático. Era una tontería, una estupidez... pero ¿qué más podíamos hacer? Sí, la niña era inocente, sí, su cuerpo no era un engranaje sino una víctima del Sistema. Ella no se merecía esto. La utilizamos a ella, a su sufrimiento, para remover las entrañas y las conciencias. Pero la Volución no se podía conseguir con caricias. O tal vez hubiera sido necesario acariciar a todos...

Poco a poco fui sacando la cabeza del agua y el viento de los conceptos, soplando a través de ella, me heló el pelo mojado y me enfrió la frente. Siempre fue así conmigo. Mis sentimientos se estaban volviendo como panqueques. Los conceptos surgían, las emociones se entrelazaban, todo pasaba muy rápidamente de uno a otro.

Dos horas después del shock, las sensaciones volvieron a mí como platos fríos. Los fémures comenzaron a romperse en el pasado lejano. Ya no me afectaron. Ya no pensaba en los muslos, estaba más allá de la fractura, después del hospital, en la claridad clínica de la observación: habíamos

puesto cuchillas en las puertas, y una niña se había roto estúpidamente ambas piernas.

La tormenta había pasado, las nubes huían a lo lejos. El mar de hechos resplandecía brillante y claro. La imagen misma apareció llena de agujeros, casi sospechosa en su realidad. Había roto la identificación con la madre, con la hija. Ya no estaba debajo de la puerta, ni delante ni detrás de la cámara, estaba detrás de la imagen: en la política de la imagen. Sin darme cuenta, pronto comencé a imaginar los discursos de Défordre, el gobierno, los “humanistas” y los periodistas, los invitados sociopatólogos. Y cuanto más los imaginaba, más equívoco me parecía nuestro acto, ciertamente, políticamente peligroso, pero sin embargo esencial: obligaría a la sociedad a reaccionar, a mostrar su verdadero rostro. Entonces lo que me preguntaba ahora era: ¿cómo cubrirían los medios el evento? ¿Cómo se iba a recuperar el gobierno de la cobertura mediática del evento? El fémur roto retrocedió detrás de estas capas opacas: pantalla, medios, política, y a través de estas capas, se difractó, palideció, se volvió suave y vidrioso, como si estuviera empaquetado bajo una película de plástico. Se convirtió en un objeto. *Truco*. Marca. Pasó de mano en mano y se clonó en contacto con sus amos. Los políticos lo convirtieron en el asta de su bandera. Algunos ya la exhibían en alto, todos chorreando grasa y sangre, y decían: “Ahí está la Volte”. Défordre sacaría de allí una especie de logotipo para nuevas puertas más seguras (¿antiterroristas?) y el lobby médico un

anuncio totalmente gratuito de biocirugía. Los medios lo harían violento; tragedia de la niña valiente; infelicidad, luego pura alegría; final feliz; de la madre-víctima; del Volte-verdugo; sangre y lágrimas; índices de audiencia. Harían lo que quisieran, lo que necesitaran hacer con ello para sus propios fines. Tenían el poder. Yo, que ya no podía hacer nada, ya estaba imaginando toda esta farsa, le daba vueltas en la cabeza, y esta farsa me consolaba. Ya estaba cancelando la cara de la niña. Ella ya estaba poniendo en escena esta imagen roja pero fría que terminaría en papel satinado, de modo que en el fondo, yo ya estaba razonando con la imagen de los políticos y los medios de comunicación, y me levanté, con el fémur en el corazón de la batalla, apretado como el mango de un pico, aquel con el que, por primera vez en la corta historia humana de este asteroide, la Volte, acababa de golpear.

V. LAS TORRES PANÓPTICAS

La reunión de revisión tuvo lugar esa noche a las diez en punto. Pensé por un momento en cancelarla, temiendo que algún blandengue nos denunciara. ¿Quién más podría haber reivindicado el ataque en lugar de la Volte? Ni Slift ni Brihx podrían haber llamado a los medios sin decírmelo. Por lo tanto, la demanda sólo podía provenir de individuos que tenían todo el interés en desacreditar el movimiento, en saludarnos ante el público como espantapájaros fascistas. ¿Quién tenía interés en ello? Las putas, todas las putas, la multitud de putas del Orden Público: los policías, por supuesto, pero también casi todos los medios de comunicación, el Molte, un activista bravucón, un espectador tortuoso... Cualquiera, podría haber tecleado un poco de texto en una terminal pública. Fuera quien fuera, el resultado era el mismo: había que arriesgarse y mantener el encuentro. Hacerle frente.

Slift estaría jugueteando con planeadores en el otro extremo de la zona de radiación hasta las cuatro en punto. Podría ir a buscarlo allí y contarle la noticia. Tomar un poco de aire fresco me permitiría tomar un poco de perspectiva. Luego iríamos juntos a recoger a Brihx de la zona de tránsito. Terminaba sus entregas a las cuatro y media. Un viaje al taller de Kamio, en el corazón del centro cultural, luego recogeríamos en el camino a Obffs, que andaría por la mediateca y el cupo estaría lleno para una reunión de personal improvisada en el Cubilingus, uno de los pocos cafés de la ciudad sin acceso selectivo ni geovigilancia, y el único en el que los promotores publicitarios, a la primera sílaba sobre un producto que quisieran introducir en la conversación, recibían un rodillazo en los testículos, la especialidad del jefe.

Me puse mi parnox. Iría en bicicleta. En mis maletas metí mi equipo de bricolaje de poeta militante: un megáfono de tambor, un puñado de clamores y dos núcleos duros. Luego coloqué los dos altavoces en mi rueda trasera. Mientras conducía, recargaba las baterías y podía esperar grabar y transmitir unos buenos dos minutos de sonido. Me sentí en un estado de ánimo reflexivo, meditando sobre conceptos, y supe que querría expresarlos, sacarle el jugo a la gente, con el tiempo. Cargando la bicicleta al hombro, bajé las escaleras, tomé el pasillo de plexiglás, casi aplasté al hijo de la vecina y salí directamente a la avenida. Unos cuantos pedaleos más adelante me encontré al pie de la explanada.

Sonreí al ver el cartel que indicaba: “Sendero peatonal del Anti-rad. No recomendado para bicicletas sin sistema electrónico de frenado y reciclador de lodos. Se puede aplicar una bajada fija... La diferencia de altitud hasta la base de la colina es de 92 metros. Las personas que padecen dificultades pulmonares o cardíacas, que no están suficientemente entrenadas o mal entrenadas, deben emprender la ascensión con la mayor precaución y no dudar en realizar paradas frecuentes para proteger su cuerpo. A intervalos regulares se colocan instalaciones sanitarias en la pendiente para garantizar una higiene óptima para los caminantes”. Me encanta este panel. Terminé sabiéndolo de memoria. Era tan emblemático de nuestra sociedad que lo convertí en la base de uno de mis cursos sobre sugerencias de comportamiento. Todo estaba ahí: infantilización de las personas, consejos morales, definiciones de conformidad e incumplimiento físico, normas implícitas de civilidad que deben respetarse, gestión de amenazas, prevención, higiene... Un verdadero programa de gobierno... de las almas.

El sendero ascendía suavemente entre los árboles de plástico. Debajo de mis neumáticos crujían hermosas hojas muertas de celofán. Un trabajo notable que estas hojas, su olor, cada una de sus formas únicas y esta textura que se desgarraba y se pudría por sí sola después de una vida que nunca habían tenido, que estos árboles cuya corteza cuyos troncos se podían tallar como madera con un cuchillo,

retorcidos por una máquina, pero con una habilidad tan singular, que no podía imaginarse que la naturaleza hubiera hecho crecer algo de otra manera. Eran de un realismo que queríamos, en el que sólo pedíamos creer... y creíamos en él. ¿Qué podía importar si las hojas, si las escuchabas demasiado, sonaran como envoltorios de caramelos? Al oler el aroma que se elevaba desde el suelo, la forma en que se descomponían, la memoria quedaba desconcertada. Se estaba abriendo a pesar suyo, cediendo ante la avalancha de recuerdos. No lo había olvidado: había querido olvidarlo, borrar de mi cráneo aquel olor, aquella sensación, aquella terrible nostalgia. Pero nunca desapareció. Nunca se había ido. Ahora lo sabía. Intenté apartarme rodando, pero las lágrimas corrían por mi rostro. Era la Tierra, la Tierra regresando. Francia y el sotobosque del Ardèche, el camino curvándose con matas de hierba en el centro, barro en los surcos y piedras. Yo tenía doce años... El crepúsculo del otoño, el último, antes de partir la primavera siguiente. Le juré a un árbol que no lo olvidaría. Un castaño con el tronco partido en dos. Mi escondite favorito.

Llegué aquí a los trece años... A los trece años descubrí el “paraíso urbano”. La expresión siempre me provocaba una sonrisa amarga. Fue gracias a ella, gracias a la incesante publicidad, que mis padres habían dejado una Europa devastada por la guerra por este satélite lleno de amoníaco, donde se respiraba a través de turbinas de oxígeno, donde no se plantaba ni un solo árbol autóctono, ninguna planta

real, donde la gravedad estaba rectificadas y climatizado el cielo, donde el Cubo iba a hacer de nuestros niños una generación de mutantes irradiados... Un año y medio de viaje para aterrizar en este “modelo de democracia solar”, en esta “sociedad sin conflictos y sin odio donde se vuelve a vivir bien”. Mis padres lo *creyeron*. Se creyeron esta mierda. ¿Y cuantos más? Nadie podría culparlos. Las imágenes que nos llegaban desde la Tierra mostraban un espectáculo angustioso. La guerra química había vaciado completamente las capitales. Todos los edificios estaban intactos. Berlín estaba intacta. París, Londres... Intacta y vacía. Pueblos fantasma... Capitales minerales donde sólo la piedra daba testimonio. Única. Valiosa. Sin una mano que toque su rugosidad... o grabe un corazón con una flecha en su interior... y estas letras: AE. Visto desde el satélite, el hermoso Danubio nunca se había visto tan azul. Azul cobalto. El Sena se retorció, inerte y morado, como una boa envenenada por una presa sin nombre. Durante mucho tiempo habíamos temido un holocausto nuclear... Equivocadamente, la guerra bacteriológica, con tan poca destrucción que daba a los militares el prestigio de los hechizos, había convertido los territorios contaminados, en *tierra de nadie*. Una especie de nieve violácea los cubría. Hasta donde alcanzaba la vista. Los europeos habían emigrado a África y se habían instalado allí, en tierras conquistadas. La colonización comenzaba de nuevo...

Bajo el peso de estos pensamientos, llegué a la cima de la anti-rad esforzándome. Nada más llegar tomé el amplio camino de baldosas azules que serpenteaba por su cima. Reservado a las bicicletas y a los peatones, este callejón gozaba a mis ojos de una relativa tranquilidad apenas perturbada por el bullicio de la ciudad. Era ideal para el olvido de mí mismo y la contemplación activa que necesitaba para no pensar en la niña, en el futuro de la Volte y en esta tarde... La anti-rad bloqueaba el sector norte de la ciudad y servía, por su masa y su altura, para cortar parte de la radiación que emanaba del Cubo. Pero para mí, simplemente formaba un espigón móvil sobre el mar urbano que dominaba. Cortas torretas, a modo de faros, embellecían su recorrido y permitían a quienes deseaban detenerse a admirar a sus anchas, la obra de los diseñadores de Cerclon: una ciudad construida de la nada, una ciudad de reglas, compases y planos que, en su afán por ser sencilla y práctica, se había convertido en “ingeniosa”, y no poco extraña. Apoyé mi bicicleta en la torreta Leibniz y...

– ¡Sonríe, estás controlado! Una guapa joven morena se acercó a mí, demasiado maquillada hasta el punto de lo absurdo, entregándome un núcleo duro del tamaño de una canica, para que lo encajara en mi manillar. Por curiosidad o por debilidad, hice una muesca en la pelota. Se trataba de un programa de “apoyo tónico personalizado” para ciclistas, descargable con solo presionar el mango. Saqué la bola, la

raspé contra la pared de la torreta y se la lancé a la instigadora.

– No me gusta mucho que me gestionen. Y cuando alguien me maneja, tiendo a perder la sonrisa, lo siento...

La chica se guardó la canica con la muesca en el bolsillo.

– Mantén la sonrisa. Cambiando de trabajo, por ejemplo...

– No tengo muchas opciones, ¿sabes? Si las tuviera...

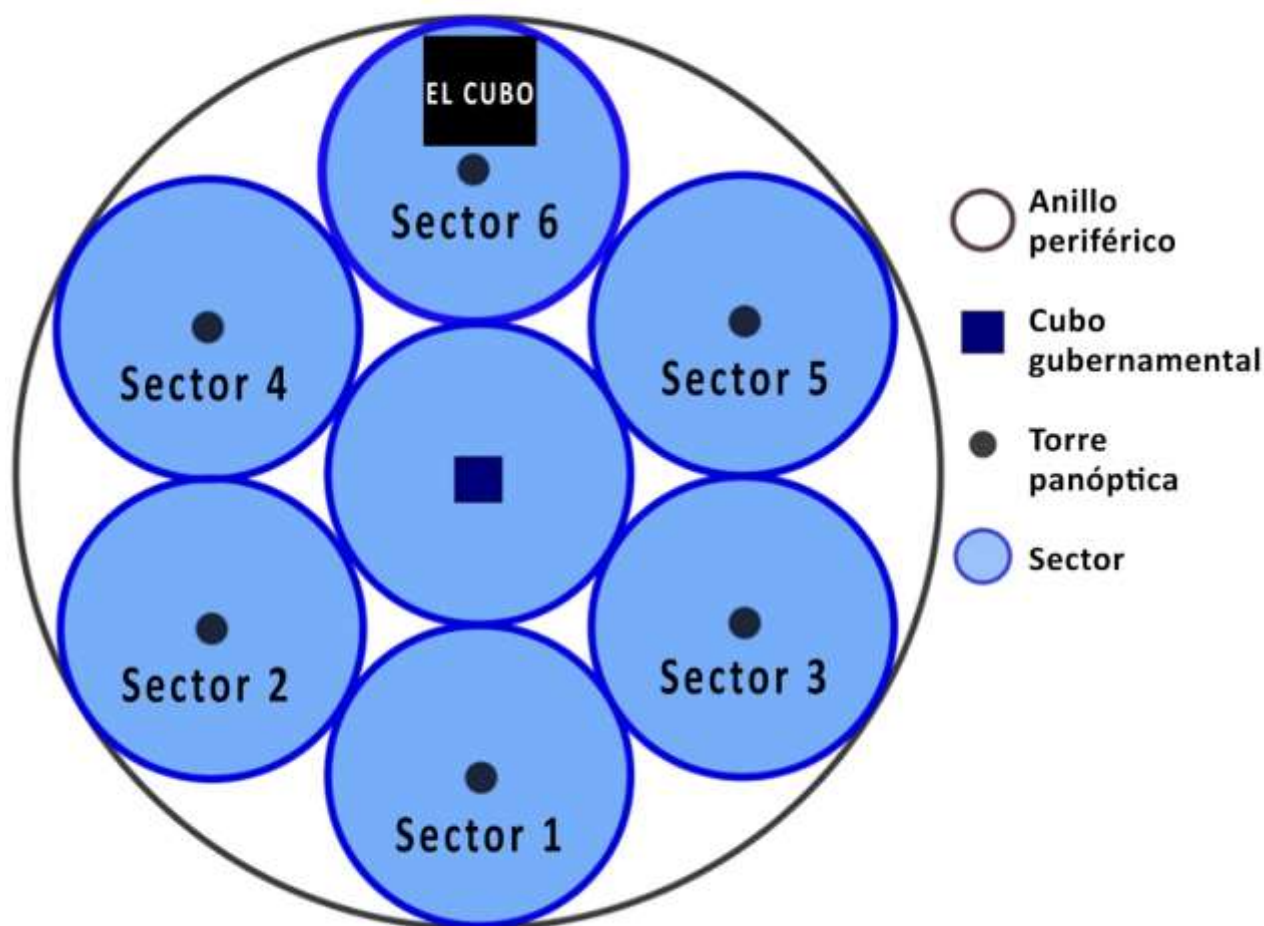
– Las tienes.

Ella me sonrió con tristeza, dudando en decir algo más, luego se alejó con un breve saludo. Subí las escaleras hasta la torre. La vista de la ciudad hoy era magnífica. A través de la transparencia de los tejados, suelos y paredes, casi universal en Cerclon, el sol penetraba los edificios de arriba a abajo. Dependiendo de la torre, destacaban los amarillos y rosas, verdes y azules del agua con los que se tintaban discretamente sus cristales.

Mientras giraba, me divertí siguiendo el círculo perfecto del anillo que rodeaba la “civilización”. En el interior, mi mirada buscaba habitualmente los otros siete discos, primero el del centro, luego los otros seis a su alrededor, cada uno rodeado por su periférico. Recordé mi primera impresión al llegar de la Tierra: la impresión de un mundo cerrado y seco. Visto desde una nave espacial, Cerclon

parecía, para quien quisiera ser poeta, como una flor... de seis pétalos; para el ingeniero que quisiera ser trabajador, como una colmena. Pero desde la torre, mi vista se centró más en los parques que crecían en el intersticio de los discos y en las dos grandes áreas, al este y al oeste de la ciudad, donde se practicaba la agricultura más intensiva que los humanos habrían conocido.

CERCLON I



Réalisation : Pierre Le Brun (logiciel Inkscape)

Los siete grandes discos eran nombrados *sectores* y numerados según su distancia al Cubo, es decir, según la radiación a la que estaban expuestos. El Cubo, las industrias

y el puerto espacial ocupaban el sector 6, al norte, al noreste estaba el sector 5 donde yo vivía. Allí vivían una mayoría de empleados, mecánicos, metalúrgicos y fundidores, recalcitrantes que deambulaban por la rad-zona recogiendo chapas, parados, ladrones, excluidos del Clastre y los pocos empleados agrícolas que permitían comer a la ciudad. Al noroeste, el sector 4, situado de la misma manera que el sector 5, pero mejor protegido del viento, albergaba también a muchos empleados, muchos esclavos pagados por su sonrisa, como la joven, pero menos desempleados y algunas personas educadas. Más al sur brillaban los sectores 2 y 3, en los que nunca puse un pie: allí la pequeña burguesía de cuatro letras criaba a sus hijos. Finalmente, hacia el sur y diametralmente opuesto al Cubo, se divisaban algunos palacios en el sector 1, sede de los ricos, los jubilados, los explotadores y los hospitales, y barrio residencial por excelencia. Limitaba con los dos parques más bellos de la ciudad: el Parc de la Santé y el Parc Bleu, el orgullo turístico de Cerclon I, que atraía diariamente a su lote de veraneantes en busca de sudores fríos y calientes, ludópatas, niños seniles y ancianas de tres liftings cuya piel se agrietaba en la primera vuelta, reventaba en la segunda, de modo que a la tercera ya parecían... ancianas.

El disco central de Cerclon había escapado a la numeración. Los pioneros de los satélites, sin embargo, lo llamaron el 7. Los snobs, el cero. Más a menudo, los cercloneses lo llamaban “el centro”. Kamio lo llamaba el

círculo del poder. Yo también. Porque reunía el círculo empresarial (con la mayor parte de las sedes multiplanetarias), el centro cultural, los mejores hoteles y los centros comerciales más lujosos... Porque sobre todo, en el centro geométricamente exacto de la ciudad, se exponía, ese diamante negro, el corazón del poder político: una réplica compacta del Cubo, de cien metros de diámetro, veintiséis pisos sobre el suelo (uno por ministro), el Terminor y su red de cables debajo, cuatro fachadas de espejos de humo y un puerto espacial en el tejado. El cubo gubernamental se elevaba por encima de las torres centrales, imponiendo una especie de silencio arquitectónico. De todos los edificios de la ciudad, miré a mi alrededor, de todos ellos, era el único que no era transparente, el único que reflejaba hacia sí la luz que los arquitectos de Cerclon habían querido ver en cada oficina y en cada hogar.

¿El único? Me olvidaba de las torres panópticas, de esos inquietantes cilindros. Pero fue porque en mi mente eran inseparables. Compartían la misma relación con la luz.

El origen de las torres panópticas nunca estuvo claramente dilucidado. Eran, se decía, tan antiguas como el proyecto de Cerclons. Pero no había ninguna explicación sobre su misión exacta que no fuera de una hipocresía sublime. Cada sector tenía su torre, que si bien estaba situada justo en el centro y

dominaba por su tamaño a todos los demás edificios, tenía la particularidad de que nunca nadie hablaba de ella. Oficialmente conocidas como “torres ciudadanas democráticas”, nunca eran citadas con ese nombre. Si era necesario sacarlas a relucir, la gente... no decía nada, no las nombraba. Estaban abiertas a todo el mundo: marginados, ex presidiarios, desclasados, górxicos y radiantes, sin duda porque todos podían desempeñar el papel que se esperaba de ellos. En cada una de sus treinta plantas, había una profusión de juegos virtuales con temas bastante extraños, en los que podías pasarte horas rastreando asesinos escondidos en aparcamientos o fábricas kafkianas, o hundiéndote en los escombros de la rad-zona... Los gráficos, al igual que los sonidos, eran inquietantemente realistas. Había una atmósfera muy pesada y solitaria en estos universos paralelos, una especie de enfrentamiento cara a cara con un enemigo sin rostro, sin forma, inasible, que nos eludía...

Recordé especialmente el único escenario que viví hasta el final. La persecución parecía no tener fin. Estaba caminando por espesos pantanos y un hombre huía delante de mí... No sabía nada de él, si había matado o no, si había hecho incluso algo ilegal o anormal y tenía que atraparlo por eso, para descubrirlo... Después de interminables horas, su recorrido se hizo más pesado y en un momento, se hundió en un profundo pantano... Cuanto más avanzaba, más se atascaba y el barro parecía quererlo hacer terminar. El barro lo

succionó, lo tragó... Pronto sacó los brazos del agua, luego sólo asomaron las manos... Lo agarré, logré arrastrarlo hasta la orilla. Estaba cubierto de baba verde. Lo lavé con mis manos y finalmente miré su rostro... Lo reconocí enseguida... él... era yo... Tenía mi cara... Pero había dos agujeros en el barro... Dos agujeros para los ojos...

Las salas de juegos estaban dispuestas en el centro de cada piso, en grupos de casetas individuales. Una tira de cristal bloqueaba las cabinas a la altura de los ojos, de modo que podíamos observar a los jugadores jugando en su interior. Espectáculo elocuente. De todos los numerosos espectáculos, que la soledad nos proporcionaba para ver en esta ciudad, éste era para mí el más conmovedor. Con los auriculares virtuales presionados sobre sus cráneos, las pantallas acopladas a los ojos, los jugadores luchaban durante horas inmersos en el universo artificial que les proyectaba la consola. Allí se ahogaban. Olvidaban dónde estaban, quiénes eran (pero ¿por qué no si esta esquizofrenia los liberaba de su rol social impuesto, si los llevaba a liberarse después, fuera del juego, en la realidad? No... En lugar de excitar su revuelta, para exacerbar sus deseos más salvajes de juego, los agotaban *en* el juego. Lo convirtieron en una masturbación mental en una esclusa de aire desinfectada. El juego terminaba, su cuerpo estaba como nuevo –y nueva era su capacidad de ser explotados... hasta la siguiente parte). No sabía de dónde venía la sensación de inquietud que se apoderaba de mí cuando los

veía. Sin duda por sus gestos vacíos, que sólo tenían sentido dentro del juego y que, liberados en su incoherencia en el centro de una estrecha cabina, me devolvían a los de las ranas sin cerebro, cuyos muslos abandonados a su suerte sólo obedecen a las leyes de las descargas eléctricas. Pero no solo eso. No sólo.

Sólo había estado tres veces en estas torres y cada vez había dado vueltas alrededor de sus habitaciones, imitando a los espectadores, pasando de cilindro en cilindro y tratando de identificar mediante gestos el universo al que podían corresponder. Entonces me di cuenta de una revelación: las “torres ciudadanas democráticas” no estaban usurpando su nombre. Su forma indicaba su función: la de un tubo de ensayo gigante que contenía una serie de otros: las cabinas. En cada una había una muestra de la población cercloniana: niños, mujeres jóvenes, ejecutivos solteros, jubilados, etc. Mezclados de este modo, producían una especie de precipitado de Cerclon, hecho a su imagen: partículas separadas que no habían tenido nada en común salvo su deseo de abandonar la Tierra y que, unidas artificialmente en este planeta, se revelaron inmiscibles, se encontraron entre sí junto a otros, pero solos, pobre multitud anónima.

De pie en mi torreta, contemplé las seis torres panópticas, una tras otra. Ya no estaba solo. En la balaustrada se acercó un incitador y un par de jubilados que debían tener unos cincuenta años. Estaban hablando... de la niña acuchillada.

– ¡Esa Volte, a qué esperan para destruirla! ¡Ahora está atacando a los niños pobres! ¿A dónde vamos? Pronto lanzarán bombas químicas, como en la Tierra, ya lo veréis. Tendremos que instalarnos al otro lado de la galaxia si queremos tener tranquilidad. Pensé que todo ese... que nos habíamos deshecho de todo ese odio. ¿Qué quiere la gente? Trabajan cuatro horas al día, tienen cuatro meses de vacaciones al año, todas las comodidades posibles y ¡lo critican todo! Yo, en la Tierra, trabajaba diez horas al día, ¡no tomaba vacaciones! ¡Y no me quejaba!

– No conocen su suerte. Son jóvenes.

– Corresponde a los padres contarles cómo era en la Tierra, explicárselo. En lo que a mí respecta, no hemos oído lo último de esa Volte. Si la policía no detiene a los culpables de inmediato, seguirán haciéndolo. Lo último que necesitamos es dejar que se salgan con la suya. Eres un hombre joven, ¿no?, y no debes permitirlo.

– No, respondí con calma y con una sonrisa: hay que animarles. Ellos lo merecen.

Ella pensó que estaba bromeando.

– Mantienes el sentido del humor, eso es bueno. Tienes razón, me estoy dejando llevar, pero no es tan grave. Hemos pasado una tarde muy agradable. ¡Que tengas un buen día, gracias!

Toda la gente daba las gracias en esta ciudad. Les pedías que llevaran un paquete y te decían gracias. También cabe señalar que ya nadie hablaba entre sí en lugares públicos. Las “discusiones” como ésta se estaban volviendo raras, no es que la gente se negara a dialogar, al contrario, estaban muy felices de hacerlo cuando podían, pero nadie se atrevía a dar el primer paso. Sin embargo, el trabajo no sofocaba a nadie. El tiempo libre dejaba un amplio margen para reuniones. Pero ahí lo tienes, las tres cuartas partes de ese tiempo eran absorbidas por la holovisión y los juegos virtuales: ¡la famosa “virtud”, el generador de paz social más prodigioso que jamás haya existido! Dejemos que triunfe silenciosamente el individualismo, que el cuerpo social se atomice, que los viejos lazos colectivos se deshagan hasta que todos acaben solos frente a su pantalla, en un *tête-à-tête* del que los que están en el poder saben que siempre saldrán victoriosos... El gobierno no había inventado la “virtud”. Simplemente la utilizaba. Ampliamente.

Observé a la pareja de jubilados descender, penosamente, los veinte escalones de la escalera de la torre. Apenas cincuenta años, obesos como el infierno, apenas capaces de soportar su peso con un pie. Pero era gente innegablemente amable. Lo bastante amables como para sedar a sus nietos; y encerrar a la Volte en una jaula. Era desconcertante, pero así era. Podrían haber matado por su comodidad. No, estaba siendo injusto: podrían haber dejado matar, siempre a una

distancia respetable de cualquier grito audible, como delegando la serenidad de uno en una compañía de guardias de seguridad vestidos de negro y equipados con gases para vomitar.

Mi mente estaba en vilo, como un motor a punto de quedarse sin combustible y buscando ansiosamente su líquido para explotar. Regresé mecánicamente a los cilindros de las torres panópticas. A esta hora de la tarde brillaban sus espejos granates, elegantes como rubíes. No sé por qué los veía negros tan a menudo. No tenía nada que ver con la realidad, era un color mental, una sombra proyectada por lo que estaba sucediendo en su interior. Oh, ya no se trataba de la farsa de los juegos... sino de esas zonas de observación en las que no podía evitar pensar. El círculo de juegos sólo ocupaba la parte central de las plantas. A partir del décimo piso, alrededor del perímetro, frente al mirador, había unas cincuenta cabinas, cerradas por puertas, en las que cabía una persona. Un indicador luminoso en la manilla indicaba si el cubículo estaba libre o no. Se podían cerrar desde dentro para no ser molestados. Los cubículos tenían forma de trapecio, con la puerta en el lado interior, el ventanal en el exterior y las dos paredes que servían de soporte, una para un enorme plano aéreo de la ciudad, la otra para una visión subjetiva, vista desde el cubículo, con los nombres precisos de todos los edificios. Una sencilla mesa estaba pegada al vano. Sobre ella había un visor, un monitor y, colgados de un soporte, un par de prismáticos que en vano se habrían

buscado en las tiendas: tenían una cámara incorporada, una mira láser amplificadora de luz que permitía distinguir una mosca en la oscuridad y un zoom tan potente que, ajustándolo, se podría ver el color de los ojos de un piloto de nave estelar...

Estas habitaciones estaban especialmente llenas por la noche. Allí se instalaron sin pudor una plétora de mirones, hombres y mujeres, de esposas desconfiadas y maridos engañados, de padres que vigilaban a sus hijos e hijos que vigilaban a sus padres, de curiosos. Había principalmente pervertidos, gente viciosa, policías de corazón, delatores a sueldo de la anfitriona a la que denunciaban y hombres honrados que cumplían con su deber cívico registrando cualquier escena que les pareciera sospechosa o susceptible de ofender la decencia pública... Una hoja táctil (opcional) se situaba sobre la mesa. Los hechos observados se podían informar con la ubicación de la acción (aquí era cuando se utilizaban los planos) y las referencias del código de tiempo. Sorprendentemente, no se proporcionaba ningún recuadro para el nombre del observador. No importaba: sólo contaba lo observado. A no ser que el propio observador ya estuviera siendo observado, grabado y anotado... por lo que su nombre no importaba. Es difícil saberlo...

Te sientas a la mesa, ajustas los binoculares y comienzas a otear el horizonte... Decir que la tecnología proporcionada era agradable es quedarse corto. Sentado en esta mesa, mirando por los binoculares, te conviertes en Dios. Lo ves

todo. Desde el lugar, la mirada recorre la ciudad, vuela de tejado en tejado, se sumerge en las aceras, se lanza por el suelo y persigue a los perros que huyen, a los deslizadores, lanzadores de papel... Lame los escaparates durante largo rato, vaga sin rumbo por las avenidas y acaba mezclándose con las azafatas de los centros comerciales, tomando una copa con ellas antes de volver a recorrer las fachadas, antes de volver a subir, encontrar la ventana, traspasar las persianas, atravesar las cortinas y deslizarse hasta el fondo de las sábanas, saboreando las lascivas curvas. Estas en todas partes. La habitación más oscura se vuelve tan luminosa como el día. Si conectas el monitor, aparece la imagen de los prismáticos en la pantalla y puedes cambiar el encuadre con la voz: más arriba, panorámica a la izquierda, zoom...

Desde un recuadro concreto, naturalmente, no era posible captar todos los edificios, ni todas sus caras, ni todas las calles de la zona. Ciertos edificios enmascaraban a otros, ocultaban calles. Gruesas cortinas bloqueaban las habitaciones. Pero dos descubrimientos, de un efecto que decía mucho de los arquitectos de esta ciudad, limitaban estos inconvenientes. Los paneles solares que equipaban los tejados de Cerclon estaban dotados de ingeniosos espejos. Al encuadrar estos espejos en primer plano, notabas que permitían observar la parte trasera del edificio anterior o una calle escondida o el pie del edificio, en definitiva buena parte de estos espacios que escapaban a la visión directa.

Por otro lado, había notado un hecho elemental: alrededor de las torres panópticas, los edificios vecinos habían sido contruidos en altura creciente, un poco como las gradas de un estadio. Por razones estéticas, por supuesto... ¿Cuántas personas venían aquí por motivos personales? ¿Cuántos informantes anónimos, ni siquiera pagados, que vigilaban todo y cualquier cosa y cuyo placer supremo era captar a alguien armando jaleo? Me los imaginé llenando concienzudamente su formulario y añadiendo, con lastimero orgullo, su nombre, que la policía no necesitaba... El anonimato seguía siendo aquí la gran regla, la pantalla de la vergüenza, la seguridad de que todas las mezquindades que languidecían en los cerebros de esta ciudad se descargarían pacíficamente en los discos duros.

– ¡Sonríe, estás controlado! ¡Oh! Disculpe señor, no lo reconocí... pensé que era otro. Estoy realmente confundida...

– No es nada serio. Para compensarte, me ayudarás. ¿Puedes sostener mi bicicleta mientras coloco el altavoz?

– Con mucho gusto. ¿Qué es?

Bajé el aparato en forma de disco grueso y se lo mostré:

– Es una especie de dictáfono que también hace de altavoz. Se recarga con la dinamo.

– ¿Para qué sirve?

– Para nada. Para concienciar, para molestar a los jubilados. Grabamos una idea, un discurso, un poema y luego escondemos el altavoz en un rincón. Y cada hora durante uno o dos días, hablará solo, con tu voz. Hasta que se agote la batería.

–Es propaganda, ¿no? ¿Es legal?

– Absolutamente no. ¿Has visto alguna vez algo legal y realmente gratuito en Cerclon?

Le exprimo su primera risa, una risa húmeda, que rezuma mucho encanto. Sus ojos brillan, está medio desconcertada, medio fascinada por mi aplomo jovial.

– Entonces, ¿vas a grabar algo?

– Ya no tengo secretos para ti...

– ¿Puedo escuchar?

– No sólo puedes escuchar, sino que también puedes darme tu opinión...

El LED se encendió y atacó, de acuerdo con mis pensamientos:

• *Si las torres panópticas siguen siendo un misterio, si el gobierno se ha negado sistemáticamente a aclarar su función, no es para encubrir un malvado proyecto de*

vigilancia exhaustiva. Es con la intención de que cada uno de nosotros saque a relucir sus propios demonios, sus temidos rostros de madres inquisitivas, sus paranoias íntimas y sus dioses vengativos. La policía no puede inventarlos. El lujo de 1984 de Orwell, con su control de pensamiento que te trata hasta la purificación total, no conviene al magro régimen de la democracia. Denota la alta costura del alma donde el prêt-à-porter debe ser suficiente. Lo que la policía no quiere hacer (demasiado pesado y demasiado costoso), se invita al individuo a hacerlo por ella: vigilarse a sí mismo a través de sus miedos secretos. La maravilla de las torres panópticas es que desde los deseos más dispares de quienes se sientan en los cubículos, infunden sin embargo una ansiedad homogénea en los espionados. ¿Homogénea? En sus efectos generales, sí, ya que inspiran miedo a todo el mundo. Pero al mismo tiempo, este miedo general... está personificado tan... adecuadamente en cada alma de esta ciudad que de las torres, constantemente, parecen partir siete millones de omniscientes psicopolicías que vienen a asomarse a la ventana.

– ¿Cómo estas? ¿No es esto demasiado teórico?

– No sé. Está muy bien dicho, en cualquier caso. Tú hablas muy bien.

– Es mi trabajo, no tiene ningún mérito. Dudé un poco, lo cual es una pena. Voy a probar otra cosa, otro ángulo.

¿Funciona bien? ¿Francamente? Si te encuentras con esto mientras caminas, ¿te afecta?

– Es muy personal, no se entiende todo... Es como una lección.

– Bueno... Eso no está bien entonces. Voy a probar una versión más... directa, ¿eh? Ten cuidado... Aquí vamos de nuevo...

- *¿Sabes, caminante, que las torres pueden observar a cualquiera, en cualquier momento y casi en cualquier lugar? ¿Con qué fin y para quién? Poco importa. Sólo tienes que tener cuidado. Ser consciente. En el fondo, temes menos la mirada de la policía que la de tus seres queridos, familiares o “amigos”. Si cierras las cortinas antes de hacer el amor, es pensando en los otros, los prismáticos de la torre. Tu probabilidad de que te espíen puede ser mínima, pero te miras con malicia. Yo soy como tú, construyo mis propias torres de vigilancia y en el proceso me expongo bajo ellas. ¿Qué importa si nunca me vigilan? Me vigilo yo de todos modos. “Por si acaso... Hoy, esas tres palabritas han abierto una herida que soy incapaz de cerrar. “Por si acaso” me ha enseñado a jugar los dos papeles –el de espía y el de espiado– y los mezclo tanto que hasta en el fondo de mi cama he adquirido este hábito: la autodisciplina. La torre podría estar vacía, y los cubículos también, ¡pero eso no cambiaría nada! El poder se ejerce solo. Porque el “por si acaso” permanece. Y con él el malestar, mi fastidioso*

malestar... Con él esa postura de la que se nutre el poder en democracia: el autocontrol.

Me dejé llevar de golpe, jadeando, cansado, presioné “stop” y miré a la joven. Su rostro, estancado hasta ahora en modo de empatía automática, acababa de transformarse. Había vuelto a conquistar un rostro, incluso era francamente hermosa. Ella no esperó a que yo la interrogara, ella...

– Estás exagerando un poco... pero... me gustó... me gusta mucho. Creo que es bueno que hagas eso... En realidad. Lo encuentro admirable... incluso. Que te atrevas a decir eso.

– Siento una especie de fascinación hipnótica por estos trucos. Puedo pensar en ellos durante horas, reflexionar sobre ellos... Desde allí nos están mirando. ¡En este momento! Yo también los miro. Siento que les gustaría inculcarme esa innoble sabiduría que dicta que, para que una democracia se mantenga, todos en ella deben controlar a todos los demás, incluido yo mismo. Pero no puedo soportar eso. ¡Les escupo en la cara!

¡Casi agregué que me moría por dejar caer un carguero de dos gigatonnes, en vertical, para clavarlo como la cabeza de un clavo bajo el suelo del satélite con todo lo que la sociedad tenía de larvas, aduladores y cucarachas! Pero por su mirada asustada, supe que tenía que calmarme. Le pedí que vigilara mientras colocaba el altavoz en el techo de la torre. Ella siguió el juego, luego la saludé afectuosamente, aunque

demasiado rápido, cortando sin motivo ese fino hilo que se anudaba en aquella tarde soleada y me subí a la bicicleta. Empecé a rodar en la bicicleta para enfriar mi sangre. El aire mordió mi piel, fuerte, y corrí hacia adelante hasta que el frío me azotó con su látigo. Me sentí físicamente en gran forma y puse una marcha colosal para desahogarme, me tragué todos los baches y las losas azules. Sólo pensé en el momento, en vivirlo con la mayor intensidad que pudiera, como si una bala fuera a rematarme en la siguiente esquina y no tuviera tiempo, ningún tiempo y finalmente entendí que nunca lo había tenido.

– ¿Es la primera vez que llevas ese aparato?

– Si ¿por qué?

– Estás temblando. No tiembles, chico. Si estás temblando, no eres preciso.

– Lo se. Mis nervios funcionan por sí solos.

–¿Cuántos años tiene?

– Veinticinco años. Acabo de salir de la universidad. Esta es mi primera misión real.

– ¡Veinticinco años! ¡A los veinticinco años desatascaba retretes en centros de citas y luego limpiaba esperma en los

cubículos! Debe haber un ruido grave entre sus dos oídos para que le hayan puesto en la Unidad de Escucha en primer lugar. Harás una carrera, chico, te lo digo.

– Eso espero.

– Seguro. Toda la masilla está seca. Toma, mete el molde en la máquina y nos hará nuestra llavecita.

– Es realmente artesanal...

– Es artesanal, pero lleva la mitad de tiempo que duplicar la voz del cliente para atrapar su vocoder. ¿Cuál es tu nombre?

–E–B–J–R–M.

–¡E–B! ¡Fuiste el primero de tu sección en ser clasificado así! ¡No puede ser verdad! ¡E–B, dices! ¡Tengo cincuenta barritas y he estado atascado en G durante diez años! Pero créeme, conozco mi trabajo. He instalado cámaras por todas partes y de todo tipo: infrarrojas, térmicas, espectrales, ojo de pez, ¡de todo! He puesto micrófonos en Multi-info, muchacho, y ya van cuatro años, tan listo he sido. ¡E–B! Por fin... ¿Está lista la llave?

– Sí. ¿Te dejo abrir?

– ¡Quiero hacerlo! Con tu temblor, estás condenado a romperla en la cerradura. Enchufaste el detector: ¿no hay alarma ni dispositivo?

– La pantalla está en blanco.

– Como tu. Así que vamos. Cierra delicadamente detrás...

– ¡Qué desastre es este apartamento! ¿Vive solo?

– Eso es lo que dice el Terminor. Al parecer se ha vuelto loco. Mira el dormitorio: ¡hay tres colchones! Tres! Estamos bien, si uno de los tres vuelve...

– Debemos partir inmediatamente. Hay falta de información. No podemos correr el riesgo de que nos sorprendan. Las reglas son muy claras en esto: hay que volver a irse.

– ¡Oh! ¡Oh! ¡Con el libro abierto calmamos nuestra alegría! ¡Estamos aquí para instalar dos cámaras estándar y una rama en el cableado de la red para escuchar al señor y las vamos a instalar! No hay nada que temer. El cliente salió a dar una vuelta en bicicleta y el compañero que se esconde en la torre del 5 nos dijo, hace cinco minutos, que estaba en el anti-rad y que había pasado por el espaciopuerto. Los otros tres tienen que trabajar. Así que nos calmamos y acabamos el trabajo rápidamente.

–Ambos corremos el riesgo de ser reprendidos. Esta es mi primera misión. Si alguien alguna vez viene...

–Primero que nada, habla tres tonos más bajo, chico. Cuando estamos en el lugar, susurramos. Tuvimos que enseñarte eso. Como el colega de LC–TUX se esconde en el pasillo, si entra alguien, avisa. Quien sea. El riesgo es nulo. ¿Vale? ¡Cero!

– Me degradarían si...

– ¿Si que? Métete ese implante en la cabeza, chico: no hay “si” en este negocio si eres bueno. Si eres bueno, improvisas, inventas, siempre triunfas. Te contaré una historia: la noche que equipé el Bloc Démocrate, un guardia de seguridad me acorraló. ¿Sabes cómo salí de eso? Le dije que el Bloc me había contratado para probar sus capacidades de vigilancia; que había estado filmando durante una hora y veinte antes de que me pillara; e incluso que era dudoso que en mi informe no recomendara su desclasificación. El pobre casi cae de rodillas. Me dijo que estaba agotado, que normalmente estaba muy atento, que era la primera vez que no cubría todo en quince minutos... Me fui, asegurándole que le cubriría las espaldas. ¡Casi lloraba de alegría!

Eran las tres en punto. Si no quería perder a Slift, no debería retrasarme más. Todavía conduciendo hacia el

oeste, pasé por encima del túnel del anti-rad. A mi izquierda, los hoteles de lujo desplegaban sus fachadas en un largo travelling lateral. Había anfitrionas y azafatas pagadas para “ser agradables” y putas, sin que la distinción fuera tan clara como el título. Pronto solo tenía las torres del sector 4 a mi izquierda, y a mi derecha, la vasta y desordenada extensión de la rad-zona.

Siempre me pregunté qué debían de estar pensando, en el momento de la aproximación aérea, los viajeros que hacían escala por primera vez en Cerclon I. Entre el gigantismo del Cubo, la geometría implacable del espaciopuerto y, a ambos lados de este gran círculo frío, la rad-zona, no había nada que pudiera sugerir la posibilidad de vida orgánica. Sin embargo, la rad-zona, aunque radiactiva y desprotegida del Cubo, estaba viva. Incluso era uno de los pocos lugares de esta ciudad donde todavía experimentábamos lo que significaba vivir. Por supuesto, la primera vez sólo veíamos una extensión desolada de la que no emergían árboles ni edificios, salvo algunas chozas de hojalata, aquí y allá, coronadas con veletas y pancartas de colores que ondeaban bajo las ráfagas del viento cósmico. Nos negamos a admitir la basura. Sin embargo, la veíamos, sólo veíamos eso: desechos metálicos por todas partes, dispersos, creciendo en la arena, en grupos de láminas de metal. Daban ganas de sembrar unas bolas de plomo y esperar a que las lluvias de limaduras hicieran que no surgiera del suelo una rueda, luego dos, luego cuatro, luego seis, luego ejes, largueros, un

balancín y, finalmente, una cisterna, tal era el potencial de la zona para una proliferación industrial desconocida hasta entonces.

Por precaución, no se arrojaban al Cubo sustancias explosivas o tóxicas, ni tampoco recipientes demasiado grandes. Así que terminaban aquí, en la zona de radiación... algunos como enormes camiones cisterna tumbados de costado, otros como concentrados de radiación que debían aislarse de cualquier influencia. Al final les cogías cariño a todos. Sentía por la rad-zona un afecto similar al del Exterior, y no sólo porque allí viviera la facción más militantemente rabiosa de la Volte. Si, para mí, el Afuera abría la puerta a algo distinto de Cerclon, a algo que ya no tenía nada que ver con la civilización, entonces la rad-zona encarnaba el Otro de Cerclon: el otro lado de una medalla industrial eficiente: el lado del despilfarro, lo tosco y lo improductivo –ese Satán, ese terror secreto del economicismo triunfante. Los directivos intentaron tranquilizarse diciéndose a sí mismos que, después de todo, a su manera, la rad-zona también producía: producía residuos... De todos modos. Esta zona, con sus barcos varados en ninguna playa, sus pequeños lagos nocivos de agua púrpura y su hierba rebelde, con su basura sagrada, intocable, tan hundida que no se dignaba ser tratada, ni compactada, ni siquiera para muchos vendida, y que se contentaba con estar de pie, erguida como un faro, sin tener necesidad de estar donde estaba, pero estando de todos

modos, complicando el espacio, ensuciándolo en un desorden exaltado, les molestaba prodigiosamente. No sabían qué hacer con eso. La basura se estaba acumulando. Hubo que dispersarla para aislarla, ellos... no podían *soportar* esta mierda. Y nunca lo lograrían porque producían demasiado y demasiado rápido, y cuanto más producían, más proliferaba la rad-zone con placas, tanques y recipientes.

Llegué a la altura aproximada de donde estaba trabajando Slift. Dejé el camino de entrada hacia un sendero con curvas que se desvanecían y que descendía hasta la zona. Vi la punta del surtidor. Slift debía estar cerca. Dos kilómetros más me separaban de él. Dos kilómetros de esfuerzo, haciendo slalom entre charcos tóxicos y sorteando bloques de hormigón agrietados de los que rezumaba radiación... Un vendedor de chapa me persiguió intentando colocarme una mesa de aluminio soldada a mano.

– ¡30 becquerelios en el reloj, amigo! Te la vendo por 100 unidades.

Luego mientras aceleré:

– ¡Sólo 100! ¡Bueno 90! ¡80! ¡Para ti, 50, hijo mío!

Finalmente le tiré un billete y le dije que se quedara con su mesa para comer. En el camino también me encontré con algunos planeadores, modelos antiguos, llenos de chatarra,

que iban a ser vendidos en el círculo industrial. Pensé en la radiación que atravesaría la espalda del conductor y que inevitablemente lo convertiría, con apenas cuarenta años, en un anciano...

Casi había llegado al “garaje” de Slift cuando mi mirada fue atraída por una masa inusual: un platillo turístico recién desechado, en el que trabajaban jóvenes asaltantes vestidos con trajes improvisados, pero eficaces contra la radiación. Estaban separando de la nave las grandes y preciadas placas de titanio. En apenas una semana, habrían desguazado la nave. Trabajaban como aves rapaces. Se peleaban por una silla, por una puerta estanca. Los exaltados se encargaban de los reactores, una pieza valiosa pero terrible: al no esperar después de que fueran apagados al menos dos meses, no podían ser manipulados sin sufrir una intensa irradiación. No hace mucho (pero fue antes de la nueva ley F-685, que eliminaba automáticamente las prohibiciones bancarias a quienes se negaban a trabajar para pagar sus deudas), los saqueadores observaban tácitamente un período de latencia antes de atacar las piezas radiactivas. Esta latencia preservaba sus organismos. A partir de ahora, apenas había descendido la nave cuando jóvenes radiantes se arrojaban sobre los reactores, arruinando sus vidas por una ganancia tan rápida que su salud se resentiría. Lo sabían bien. Ya lo había hablado con ellos: lo sabían. No les importaba. Quizás lo veían como una forma de suicidio

elegante. ¿Y por qué no? ¿Por qué no hacer de tu vida un meteorito si quieres brillar?

– Bien. Te dejo los enlaces de red. Yo me encargo de las cámaras. Vas a superar esto, ¿verdad?

– Sí, he aprendido. Chicos...

–¿Qué más tienes?

– ¿Podemos ser vistos desde la Torre?

– ¿Qué torre? ¿La Panóptica? ¿Miraste por la ventana? La bahía está hecha de cristal espejado. Además, está en el informe, si lo lees. Desde la Torre no se puede ver nada de lo que está pasando aquí. No hay quejas.

– ¿Cómo consiguió una bahía con espejo? Se requiere una dispensa del ministerio. Sólo los ciudadanos respetables tienen derecho a ello.

Slift había vivido en la rad-zona durante veintisiete años: desde que nació. Vivía en el ala de una nave que también servía de hangar para guardar sus planeadores. Vivía solo, pero como yo acogió a un puñado de personas radiantes. Aceptaba a todos, incluso a los Gorxes. No le importaba no

tocar a la gente. Lo conocí en un campo de fútbol. Jugó de extremo izquierdo y jugaba bien. Muy vivaz, golpe seco desde la izquierda, cabezazo letal a pesar de su modesto tamaño, tenía un alma retorcida de delantero, y una tercera pierna para los balones perdidos. De lo contrario, driblaba. Mucho. A veces demasiado. Pero siempre terminaba regalando su balón y, en general, jugaba más colectivamente que la mayoría de los otros jugadores (excepto Kamio, pero Kamio era el creador de juego más colectivo del asteroide, hasta el punto de la patología: regalaba el balón aunque estuviera solo frente a la portería). Inmediatamente me enganó Slift, con su estilo de juego rápido y agresivo y sus perlas destiladas en gotas. Sí, jugaba seco, entrecortado, pateando, corriendo, regateando, golpeando, anotando. Y hablaba igual: entrecortado, eficiente. Y hablaba poco. Su rostro puede parecer poco atractivo para algunos, pero es innegable que tenía rostro. Un rostro afilado que corta el aire caprichosamente. Un rostro moldeado para la velocidad, con ojos intensos y penetrantes, los ojos de un loco peligroso. Sus movimientos también eran agudos, nerviosos, llenos de ángulos, verdaderas estocadas: exactamente lo contrario de Boule y su gracia. Nadie podía decir que se sintiera completamente cómodo con Slift. Era alguien con quien nunca te sentías completamente cómodo. Con quien no hacías nada a favor (tampoco nada en contra, en realidad, no sé). Sentías que era capaz de cualquier cosa y muy rápidamente. Nunca quiso decirme por qué se había unido a la Volte. Por qué permaneció. Una terrible

determinación lo acechaba, eso era lo que todos intuíamos. De dónde venía y a qué conduciría, nadie se atrevería a decirlo en voz alta. Circularon rumores de que su hermano había sido asesinado por un guardia de seguridad durante un control de rutina. Otros decían que su hermana. Que yo sepa, nunca tuvo familia. Me parecía que si quería vengar un crimen era el de toda la sociedad, el asesinato indirecto de todos por todos y que era huérfano de nada. Tal vez una noche había visto un anciano disuelto en una tina de ácido o un niño congelado criogénicamente en una parrilla oxidada. Había decidido en una noche esta locura: vengar el fascismo latente de todos y desde entonces había sido consumido por las abrumadoras exigencias de esta tarea. Con el tiempo, se había convertido en una ira fría y terrible que no perdonaría a nada ni a nadie. ¿Deberíamos insistir en ello? Slift era mi amigo. Y el amigo de todos mis amigos, el único al que consideraba y respetaba como un auténtico guerrero urbano.

- Es profesor universitario, te lo recuerdo.
- ¿No crees que el servicio pierde el tiempo espiando a un profesor universitario? ¿Cómo podía un hombre de su estatus ser un delincuente?
- ¿Y por qué no? Ves de todo, chico, en esta profesión. Y luego, en el informe, hay varias cosas que llaman la atención.

En primer lugar, lleva seis años confinado. Lo pidió cuando lo ascendieron de clase, ya que iba a ser alfabetizado en cuatro, ¿no es extraño?

– Si.

– Luego, está soltero, sus padres murieron de gorx, no tiene familia, llegó aquí a los trece, a esa edad, ya no te adaptas bien; ¡Recuerda que no tiene *ninguna suscripción holográfica* y no paga ningún impuesto ciudadano opcional! Ni el del Clastre, ni el de la paz social, ni la contribución a la tranquilidad en los espacios públicos. No prueba nada, te lo concedo; pero sigue siendo raro, ¿verdad? Huele un poco a sociópata, a tipo que no paga sus impuestos cívicos...

– ¿Crees que debería recomendarse la escucha humana?

– ¿Estás bromeando? ¡Con cuánto tiempo! No, lo intervendrán como a los demás. ¿Conoces el principio? ¿Aprendiste?

– La cámara graba todas las conversaciones. Las grabaciones pasan al recopilador que cuenta todas las palabras pronunciadas, las clasifica por frecuencia y marca si se ha pronunciado o no alguna de las palabras de la lista negra. En este caso, pasamos a la escucha humana. La lista negra para *el paso a la zona Exterior* contiene, creo, 34 palabras; la *pertenencia o simpatía con la Volte*, 86 palabras.

¡En la universidad me sabía de memoria las diez listas más utilizadas!

– Para este cliente, hay tres: *paso al exterior, simpatía por los movimientos subversivos y propaganda ideológica*: ¡hay más de doscientas palabras desencadenantes para el *atrezzo*!

–He acabado lo mío. ¿Puedo ayudarte?

– Demasiado tarde, hijo. La cámara 1 está en el cable de la luz del techo. Los 2 enmarca la entrada. Conecto los monitores. Adelante, párate frente a la puerta... Ok, eso es todo. Bucear en el show... También es bueno. ¡Podemos ir acabando! No tocar nada al salir...

Me encantaba la gente con la que trabajaba Slift: estos hombres y mujeres sin Credencial, estas almas absueltas del Clastre, estos cuerpos liberados con diez metros cuadrados de espacio habitable, liberados de las sonrisas y de las uñas codificadas, que no pedían más que un poco de dinero en su mercadillo, por sus piezas de segunda mano de hierro soldado que ellos llamaban sillas y que les pagábamos, menos por compasión que por esa oscura estima que nos llegaba del hecho de que eran hombres, hombres plenos, que olían a sudor y barro seco, y que estaban envejeciendo bien. De todos los nombres que les daban los normales –

ratas-de-la-zona, zonereros, radiopasivos, ratas de estaño, grises, derretidos, mapaches, radiantes... ¡una lista incluso más larga que para el “dinero”!— Era el último el que me gustaba: radiantes. Estas personas estaban radiantes. Sacaban su fuerza de los elementos y su espíritu del enfrentamiento diario con un entorno complejo y hermoso.

Habiendo vivido entre ellos durante algunos meses, entendí una cosa: que en Cerclon, el declive de los cuerpos —al igual que la lentitud de las ideas que era sólo un síntoma— provenía de nuestro entorno físico. Más profundamente: la forma en que suavizamos el mundo físico en el que nos veíamos obligados a evolucionar y facilitar nuestras relaciones corporales con este mundo. ¿Qué hacían los arquitectos de Cerclon? Enrarecían. Simplificaban. Disponían espacios, objetos y flujos (electricidad, agua, aire, mierda a evacuar, movimientos, etc.), pero para articularlos en un sistema cerrado donde cada relación, del espacio al objeto, del objeto al flujo o del flujo al espacio estaba convenientemente definido y arreglado.

En la rad-zona la gente vivía al aire libre. El generador climático aleatorio, con sus tímidas ponderaciones lluvia/sol (que eran objeto de votación anual), sus raras heladas, su calor primaveral y su nieve navideña, ya no tenía ninguna utilidad real en estas tierras periféricas. Las lluvias caían cuando querían, demasiadas o muy raramente, la niebla se levantaba desde afuera, el oxígeno surgía de las turbinas, bombeado por los sectores de ventilación (del 1 y el centro

especialmente) y todo se mezclaba con el viento cósmico que levantaba los tejados de hojalata; este era su aire acondicionado. Había muchos caminos que conectaban cabañas con otras cabañas, con cubas, con naves, pero nunca por mucho tiempo, nunca duraban para que pudiéramos convertirlo en un hábito: porque las cabañas se movían; de un tanque no quedaba nada al día siguiente que justificara el camino trazado; porque acababa de caer una nueva nave y comenzaban a viajar desde los cuatro rincones del área para llegar a ella. Había llovido y el camino se había ahogado. Se secaba: lo recuperaban de nuevo. Volvía a llover, nevaba, congelaba encima... Las situaciones iban cambiando, los objetos seguían moviéndose y la nieve seguía derritiéndose. No era ni más ni menos que la vida. Y esta vida respondía a un cierto tipo de cuerpo: el cuerpo del radiante, capaz todavía de pasar frío, de pasar calor, de estar mojado, de caminar en el barro sin empantanarse y de cargar quince kilos durante tres kilómetros. No estoy elogiando el aire libre, la naturaleza pura y los pies descalzos sobre la tierra, ya que el aire en la zona de radiación era el más viciado que había y la tierra aquí era más radiactiva que la pila nuclear de un deslizador; ya que la naturaleza aquí, sólo era un páramo industrial tóxico y oxidado. Alababa esa relación vigorizante con el mundo físico. Un entorno barroco como la rad-zona, inestable por naturaleza, era un mundo con el que nuestro organismo sólo podía reconciliarse para fortalecerse, desarrollar sus fuerzas vitales y crear.

– ¡M'sieu! M'sieu! ¡Te compraré tus 40 ruedas! ¡40!

– ¿Y qué hago después para montar?

El niño que me ha interpelado no tiene ni diez años. Tiene un par de alicates torcidos en la mano y me sonrío benignamente. Incómodo, se vuelve hacia su amigo, que está jugueteando con un cuadro de bicicleta a cincuenta metros detrás de él. Su amigo le hace señas para que insista...

– ¡Por favor, señor! Sólo una rueda...

– Conoces a Slift, ¿Verdad?

– Quién es? ¿Shift? ¡No lo sé, señor!

– La Serpiente, ¿nunca has oído hablar de la Serpiente?

– Ah, la Serpiente, ¡sí lo sé! ¡El que está en el garaje de allí!

– Irás a verlo esta tarde en nombre de Captp. Él te dará dos ruedas. ¿Como te llamas?

– No tengo nombre, señor. No me gusta, ¿sabes? Sin tarjeta...

– ¿Cómo te llaman tus amigos?

– Ayé ...

– Le diré que Ayè vendrá. ¿Entendiste bien?

Los mechones sucios del niño se deslizan por su frente. Me sonrió de nuevo con total incredulidad. No puede creerlo.

– ¿Realmente la Serpiente me dará dos ruedas? ¿Dos?

– Dos, seguro. Me tengo que ir ahora. ¡Adiós Ayè!

Entristecido, me fui, aplastando mis insultos contra esta ciudad y luego, con la ayuda de la distancia, digerí el incidente y me sumergí nuevamente en mis pensamientos, hablándome a mí mismo para aclararlos, como solía hacer cuando preparaba mis lecciones.

La contribución específica de los Cerclons al desarrollo humano se manifiesta en esto: limpia el cuerpo. Lo lava. ¿Para favorecer la mente? Ni siquiera eso, porque la mente es sólo su reflejo íntimo, su color. Desvitaliza tanto el cuerpo como la mente, uno a través del otro y de forma circular, para producir al hombre yacente, la figura modelo del buen demócrata... ¿Cómo llegamos a este punto y por qué tomamos esto como la coronación del progreso? (o mejor dicho: ¿por qué queremos hacer creer a la gente que es una coronación? ¿Quién la quiere? ¿Y a quién quieren hacérselo creer?) Responder a estas preguntas... sólo a esas... es una

tarea terrible. Estoy apenas al principio de poder hacerlo pero sé que en ningún momento de mi vida lo abandonaré. Porque de estas cuestiones depende el futuro de la humanidad y de sus fuerzas. De un solo aliento, cruzan cuerpos y tiempos y cada vez preguntan: ¿Estás vivo? ¿Qué hay en ti que quiere crecer? ¿Qué quiere perecer? Pero nadie tiene el valor de responder. Sí: respondieron Nietzsche. Antonin Artaud. Michel Foucault. Gilles Deleuze. Drakf. Y un puñado de otros. Estoy tratando de entender la pregunta.

Por todas partes hay superficies pulidas, paredes rectas, esquinas cuadradas, círculos perfectos. Suelos lisos por todas partes, puertas que se adaptan a la carrocería. Por todas partes hay objetos hechos por el hombre, para el hombre, asas al final de las manos, alfombras para caminar... Nivel de oxígeno constante. Humedad constante. Temperatura constante. Gravedad uniforme. Nuestro mundo físico se ha estabilizado, hasta el punto del refinamiento. Se ha adaptado al mínimo común denominador de nuestra pereza y nuestros miedos; está tan bien adaptado... que ya no nos adaptamos a nada, que el más mínimo cambio de estado nos resulta fatal: una corriente de aire nos constipa. Naturalmente, la medicina esconde muchas deficiencias. Actúa sobre nuestros órganos como Slift con sus deslizadores: cambia las piezas defectuosas, coloca otras mejores sobre las que ya están en mal estado, pinta para ocultar el óxido. Pero no debemos

dejarnos engañar: el cuerpo del hombre moderno está *en descomposición*. Se ha debilitado a lo largo de los siglos. La esperanza de vida ha aumentado de 40 a 95 años. ¿No es esto una prueba de que vivimos a un ritmo más lento, para durar, que ya no hay derroche de energía o de fuerza en exceso, simplemente porque ya no tenemos esa fuerza del exceso?

Ya sea que nuestras fuerzas afecten a otras fuerzas o sean afectadas por ellas, ya sea que las integren o las subyuguen, ya sea que las enfrenten o se asocien con ellas, siempre obtienen energía adicional de esa confrontación. Al luchar contra animales, parásitos y microbios, protegerse de las ventiscas, la nieve o las heladas, talar la vegetación, dinamitar los jardines de rocas, secar lo húmedo e irrigar lo seco, la especie humana se hizo más fuerte... y al mismo tiempo creció. Entonces las victorias fueron capitalizadas. Fueron recuperadas por las generaciones siguientes y perfeccionadas. Los Cerclons son sólo la culminación de este proceso: un mundo del que todo lo que perturba u ofende, de donde todo lo que no es humano, humanoide o humanizado ha sido pura y simplemente erradicado...

Así el hombre se vuelve más pobre. Nuestras fuerzas se vuelven contra sí mismas, en un cortocircuito narcisista que se expresa mejor en el extraordinario éxito del psicoanálisis. Conectados con nosotros mismos, nos sumergimos en nuestra interioridad para encontrar una solución a nuestros problemas que sólo existe fuera de nosotros, al aire libre, en

lo que nos desgarrar y nos centra. El individualismo no hace más que amplificar este retraimiento enfermizo, este miedo a lo poco conocido, a lo “no de casa”, luego al “no como yo”, al extraño, luego al extranjero, hasta el punto de temer a lo más cercano, con quien ahora estamos. No te atrevas a compartir nuestros deseos y flujos. Amar a una mujer, amar a Boule, bueno, eso se está volviendo hoy algo raro y preocupante... Implica tal desenfreno de besos, emociones fuertes, sexo turbulento, llantos y riesgos que... Creo que te amo, Boule. Te echo de menos.

- LC-TUX, ¿puedes decodificarme?
- Correcto.
- Nos vamos del lugar. ¿No hay problema?
- ¡Tu cliente pedalea en la rad-zona después de coquetear con un instigador y colocar un altavoz en el techo de una torre! No creo que vuelva en dos minutos...
- En cualquier caso, no se aburre. ¿Dónde está el próximo cliente de tu lista?
- Sector 1. Es un tres alfabetizado. se llama ZNO.
- ¡Vaya, esa es una gran pieza! ¿Que dirección?

– Lago Hamlet. ¿Lo conoces?

Sabía que sacar todo esto adelante significaba apenas entender el problema. Coleccioné algunas plantas venenosas sin comprender aún la naturaleza del suelo donde podían crecer.

Porque esta observación –la tendencia a la baja de la vitalidad– cada uno, más o menos, la experimentaba en su cuerpo. Aunque la gente vivía con ello, no estaban satisfechas con ello. Querían seguir siendo “dinámicos y eficientes”. ¡Pero sin cansarse, Dios mío! Cada músculo, cada nervio de cercloniano estaba atrapado en este vicio atornillado en direcciones opuestas por el culto al rendimiento y la ley del mínimo esfuerzo. ¡Pero había una trascendencia dialéctica! Habíamos encontrado una síntesis a la contradicción: si queríamos un cuerpo de alto rendimiento y este rechazaba el esfuerzo, ¿no deberíamos cambiar de cuerpo? ¿Reemplazarlo pieza a pieza, metódicamente, por fibra elástica, injertos de materiales, implantes informáticos, en definitiva, tecnología eficaz que supliera sus insuficiencias?

Desde hacía treinta años, bajo esta lógica, había surgido una ciencia: la de los tecnoinjertos. Ella postulaba lo siguiente: todo cuerpo, por sano y robusto que sea, siempre está fundamentalmente discapacitado; y en consecuencia,

cualquier ciudadano que quiera ser eficiente necesita tener una pequeña caja enquistada en la columna vertebral para enviar, en los momentos deseados, descargas eléctricas al sistema nervioso. Era sólo el principio. Seguirían otros descubrimientos, nos tranquilizaron... ¡porque sin duda había una demanda! ¡Y fuerte!

Temía a estas intratecnologías más que a nada. Si les permitiéramos colonizar nuestros órganos, la Volte ya no serviría de nada, nada serviría para nada... La especie humana habría llegado a su decadencia definitiva. Extraídas nuestras vísceras, lo único que quedaría de nosotros sería una estructura de huesos y piel, una especie de carrocería de alta tecnología para un motor de computadora que nos controlaría desde adentro como marionetas y utilizaría nuestros nervios como microcables superconductores para transmitir sus datos. ¿Actuaríamos? ¿*Sentiríamos?* ¡Nos convertiríamos en materia prima! Sentí náuseas.

– ¡Es un horror! Es una pequeña isla en medio del lago, en el Parque Azul. Sólo es accesible en hidroala. Es correcto ¡no hay guardias de seguridad! Necesitas una tarjeta de invitado para atracar ¡y solo la recibirás si estás... invitado! ¿Qué tienes en el archivo?

– Estoy buscando... Tengo un mapa y un descifrador de rayos. Al parecer, te prepararon bien el trabajo. Incluso tengo un avatar de código de iris para el portal magnético.

– ¡Si eso fuera suficiente!

Evidentemente, el hombre de la pantalla (“apantallado” diría Drakf), de la cinta de correr y del microordenador, con su cuerpo debilitado y colonizado, por muy culto que fuera, era una bendición para los poderes fácticos. Bajo sus garras, él era *el hombre al que debían cuidar* en la mesa de operaciones, el que podía mantenerse fácilmente bajo anestesia general. Quería encontrar y desenmascarar esta dinámica secreta que implicaba el advenimiento de una democracia hiperalienante, el ablandamiento de los cuerpos, su futura sustitución y el despliegue de poderes tanto más homeopáticos cuanto omnipresentes. ¿Hasta qué punto la implacabilidad terapéutica sobre nuestros cuerpos sirvió para consolidar la democracia? ¿Hasta qué punto la democracia requería una red de control más extensa y estrecha que cualquier otro régimen, y poderes que fueran menos violentos y perceptibles cuanto más extensa y estrecha fuera esa red? ¿Y en qué medida nuestros cuerpos, investidos como estaban de esos poderes de baja intensidad (por lo tanto, *a priori* fácilmente reversibles), se convirtieron en maniqués de bajo voltaje, y *tenían que serlo imperativamente* para no ser aptos para las grandes

revueltas y, por lo tanto, ser así los guardianes más seguros de una democracia eterna?

Mi rueda delantera acababa de atascarse en el barro. Puse los pies en el suelo y, al empujar, se empaparon. Levanté la cabeza: iba a llegar al garaje. Detuve la bicicleta en un trozo de hierba y me quedé allí, observando el horizonte. Inconscientemente, mi mirada se detuvo en la colina anti-rad que me separaba de Cerclon. Me estremecí y me dije para poner fin a mis pensamientos: pronto seremos esqueletos de plástico. Seremos desvitalizados. Ingenuos de mente. Incapaces ya para no entender más que una roca no es lisa. No aptos para el calor ni para el frío, incapaz de caminar sobre piedras, incapaces de sentir sin electricidad, de sentir un beso. La especie humana habrá completado su extraño desarrollo hacia atrás. Habrá conquistado su lugar en el último rango de las bestias, como el animal menos adaptado al mundo físico, el conejillo de indias. Si tenemos que luchar, es contra eso: contra la coalición de poderes que desvitalizan el cuerpo y que evidentemente utilizan esa desvitalización, aunque no hayan podido o no puedan orquestarla enteramente, para mantenernos en existencias donde la seguridad, la sencillez, la facilidad y la constancia forman las prácticas cardinales de la decadencia de los instintos. Y ellos mismos, hombres de gobierno, periodistas y directores ejercen su poder con la cabeza gacha, ellos mismos exudan una autoridad de gestión prudente, que sólo

pretende mantenerse, que sólo consigue mantenerse, *dolorosamente*, como nuestras vidas.

De mi bolso saqué el aerogenerador, lo desplegué completamente y lo estiré hasta dos metros de altura, anclándolo firmemente en la tierra. En su parte superior giraban las tres palas y debajo de la hélice, situé el altavoz que alimentaba. Acerqué mi boca al tubo del trípode, donde estaba escondida la grabadora digital. Dicté el código y esperé el pitido. Sonó. Grabé sin pensar:

- *La comodidad es peligro. El bienestar es una trampa. Las instalaciones nos destruirán. La carne obesa, las ideas gruesas y saciadas ya no son privilegio de los burgueses: ¡todos nos hemos vuelto burgueses! Y luego: no hay santa sencillez. Toda simplicidad es sospechosa. Querer simplificar nuestras relaciones con el mundo, nuestras relaciones con los demás, es la voluntad del enfermo, del que más puede, del que abdica de sus fuerzas. La Volte lucha por la vitalidad. Para que nuestras fuerzas vitales alcancen lo más profundo de su belleza: ¡sin emociones eléctricas, sin tecnoprótesis, ¡solo por su densidad! Para que todos puedan seguir sintiendo la lluvia en la piel, levanten la cabeza hacia el viento y observen sin miedo cómo los bólidos caen como en sueños en el corazón del puerto.*

Al pronunciar la última palabra, me levanté rápidamente y me alejé con mis pedales alados. Bajo la creciente brisa, las aspas comenzaron a girar, activando el altavoz y, en largos instantes, mis frases comenzaron a flotar a través de la zona de radiación. Después de poner más de quinientos metros entre el aerogenerador y yo, no pude evitar darme la vuelta. Mi voz se había vuelto casi inaudible. Allí, en un terreno baldío, el pequeño aerogenerador seguía girando en el vacío y hablando del futuro... pero donde lo había colocado, no había nadie, realmente nadie... en kilómetros a la redonda.... Y eso me hizo sonreír.

VI. EL ACCESO ELEGIDO

- ¡Detén el fuego, Captp! ¡Hola! ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Vienes a broncearte con radiación?
- He venido a darte una gran noticia, Slift.
- ¿Dejarás de andar en bicicleta?
- La Volte ha dado un duro golpe.
- ¿Cuál? ¿Las cuchillas?
- Sí. En la oficina central de correos, esta mañana una niña fue acuchillada en la inauguración. Fracturas graves... Bueno, nada irreparable, pero sí un shock, ya lo verás. Sólo hablan de eso en holovisión, en todas partes.
- ¿Fuiste tú quien lo reclamó?

– No, no... Nos denunciaron. No sé quién.

– ¡A quién le importa! Es mejor así. Eso pone fin al debate. Tenemos que afrontarlo ahora. ¡No puedo creer que sean justo *nuestras* cuchillas lo que están atacando!

– Quizás haya otros. No hablaron de eso en *la asamblea*, pero me sorprendería que el grupo de fundadores...

– Sí, vi a Lmogm al mediodía. Me trajo algo de chatarra. Durante la noche remacharon toda la zona de Qasar. ¡Menudo trabajo!

– Empaca tu equipo, tenemos que ir a buscar a Brihx. No creo que lo sepa. Luego iremos y recogeremos a Obffs y Kamio. Quiero que nos calmemos esta noche.

> Me apresuro hacia adelante con mi deslizador para despejar el terreno. La flota de ayer aún no se ha secado y Captp marcha detrás, pedaleando sobre la sémola. No lo puedo creer: ¡por fin hemos atacado! ¿Y gracias a quién? Finalmente voy a ser justo con este tipo que me mira en el espejo todas las noches y me pregunta quién soy. Soy de la Volte, hombre, podré tirárselo. “¿De donde?” me dirá, desde lo más profundo de su mirada. De la volte, tonto, ¡las cuchillas! ¡Soy de la opinión de que los policías, en cuanto ven nuestro rastro, se ensucian los pantalones! Uno o dos disparos, cuando el movimiento había flaqueado, había

sospechado de Captp, con su boca pensando por sí sola, pero me había equivocado. Hizo lo que dijo. Él fue perfecto. No estaba haciendo trampa. Kamio fue menos obvio. Está claro, eso es seguro, pero para entendernos, estaba buscando. Quería comprender, comprender a los *vige*, comprender a los fascistas, comprender a los grandes perdedores que dejaban morir a los niños en la basura. Pero no había nada que entender. La maldad, no tenía origen, brotaba de la nada, estaba ahí enseguida, desde el principio, te daba un rodillazo en el estómago y sólo podías luchar, todo el tiempo, para no terminar con las entrañas arruinadas. Así era la vida. La generosidad era algo que tenías que mantener en la bodega, como un niño, y salir durante el día, cuando a tu alrededor solo había tipos como Captp que te sonreían. La generosidad estaría al final. Entonces sería cuando todos los policías se pudrirían en una tina. En los viejos tiempos, nunca tenías que soltar tu palanca. No para golpear, ojo, son los fascistas los que siempre golpean primero. Para evitar que la gente golpee. Y para noquear a los que no podían evitar pegar.

> Slift había sido el mismo de siempre, con esa alegre dureza que casi le envidiaba. Ahora estaba ansioso por ver cómo reaccionaría Brihx, pero especialmente Kamio, cuya lucidez humanista temía. Con los músculos endurecidos y la cara manchada de barro, salí de la rad-zona y entré agradecido en la losa de hormigón de la zona de tránsito, tan

perfectamente plana que encontré un segundo aire. Me aferré al brazo de Slift y, rodando en paralelo, él me llevó sin esfuerzo al almacén C donde íbamos a encontrar esta fuerza de la naturaleza que era Brihx. Con su altura de 1,90 y sus 100 kilos, su sólida y bella cabeza atravesada por dos ojos azules, su masa muscular que ningún esfuerzo parecía agotar, emanaba de él, de su conocido y experimentado poder, olímpico y tranquilo. Falsa calma, sin embargo: Brihx, el único de los cinco que estaba casado y el único que tenía una hija, tenía más que perder que cualquiera de nosotros, en las zancadillas que nos ponía el poder. Su popularidad entre los metalúrgicos, su sentido práctico y su corazón lo convirtieron en una figura señera de la Volte, respetado por su medida y su compostura. Se sorprendió bastante al vernos y lo sentí preocupado. Le anuncié el evento en unas pocas frases.

– Esto es serio. ¿Tiene las piernas cortadas?, ¿Está muy mal?

–Está grave.

–¿Y no tienes idea de quién pudo haberlo reclamado? Un vengador de Molte, ¿verdad?

– No creo. No lo sé. ¿Qué efecto tiene eso en ti?

– ¿El qué?

– Saber que una niña resultó herida.

– Es serio. Debería ver las fotos. Pero por lo que dices es duro, ¿no?

– Es duro.

– No estoy necesariamente orgulloso. Me hace feliz por la Volte. Cambiará las cosas, eso es seguro. Ahora no me siento muy cómodo. Si hubiera sido una burguesa, una anciana con un tarjetero tan grueso como mi mano, creo que no habría hecho preguntas. Pero un niño no es realmente responsable. Y luego... no lo sé. Quizás hicimos las cosas un poco rápido... Queríamos pegar fuerte, yo el primero, quizás no golpeamos como debíamos. Tenemos que verlo, tenemos que discutirlo. Me encantaría hablar con Kamio al respecto. Sobre estas cuestiones, creo que lo ve con bastante claridad.

Salimos hacia el sector Centro y encontramos a Obffs saliendo de la mediateca. Le informé y, como sospechaba, había un brillo de admiración en sus ojos. Nos felicitó. Claramente no tuvo reparos. Su entusiasmo natural, su aceptación del movimiento, de la ruptura por algo nuevo, a lo que nada obstaculizara; acogió la noticia con clara alegría. De su bolsillo sacó *Zaratustra de Nietzsche*, nos leyó la parábola del diamante y el carbón para cocinar, cerró el libro y nos sonrió. ¿Porque no? Pero no quedé satisfecho. Estaba lleno de preguntas sin respuesta y nadie las hacía. Realmente necesitaba ver a Kamio. Les dije que me reuniría con ellos en el Cubilingus y fui solo a buscarlo. Lo encontré en su taller. No pintaba. Había visto las noticias. Había

llamado a la universidad; había llamado a mi casa; no había nadie. Parecía que estaba al revés.

– ¿Has visto L'Événement, ¿verdad?

– He visto L'Événement, Bleu Nuit, Le Choc, Cablaxie... todos los grandes canales. Todos lo están mostrando. El movimiento está muerto, Captp. Los rastreadores han estado operativos desde esta mañana. Tenemos que cancelar la reunión de esta noche. Tenemos que escondernos, cortar todos los lazos por dos o tres meses hasta que la búsqueda se calme. Y luego repensar todo el movimiento. Definir un código ético para nuestras acciones. No podemos aceptar que las cosas se nos vayan de las manos así... no podemos... ¡no debemos! Me encantaría saber quién cometió semejante error... Poner cuchillas en una oficina de correos, es...

– ¿Quieres que te lo diga?

– ¿Quién fue?

– Fui yo.

– ¿Estás bromeando?

– ¿Por qué estaría bromeando? Fui yo, con Slift y Brihx.

Saltó de su taburete, fue a cerrar la puerta entreabierta y me llevó al rincón más oscuro de su taller.

–¿Estás loco o algo así? ¿No sabes que hay cámaras ocultas por todos lados?

– Tal vez, pero Kamio... llevábamos cascos, llevábamos guantes, ropa holgada...

– ¡Estás loco! ¡Estás completamente fuera de lugar! ¡Te falta una ranura! ¿Cómo pudiste dejar que hicieran esto? Pero es peor: ¡Lo hiciste tú! Tú, que eres un filósofo y un hombre de letras, tú que deberías guiar nuestra inteligencia, ¡te pones a descuartizar niñas! ¿Por qué...? Quiero decir... ¿Te das cuenta de que acabas de terminar con la Volte en una noche? ¿Cómo esperas recuperar la credibilidad después de esto? ¿Qué grupo de idiotas va a querer seguirnos ahora? La Volte = asesinos de niños, esa es la ecuación que va a estar en la cabeza de la gente corriente a partir de ahora. ¡Estamos acabados, Captp, acabados! Tenemos que cambiar el nombre, cambiar el movimiento, empezar todo de nuevo. Ya no sé qué decirte. No te entiendo. ¡Cuchillas! ¿Te diste cuenta de las cuchillas que estabas usando? Deberías haber usado cuchillas pequeñas, de plástico.

– ¿De plástico?

– Sí, plástico rojo, para asustar, pero que fuera seguro. Nosotros, con Wkel y Dranv, pusimos plástico.

– ¿Plástico, Kamio? ¡Bien hecho! Gran idea. Y luego el rojo, de hecho, el rojo es fuerte, es simbólico. Deberías afeitarte

con cuchillas de plástico por la mañana. Estarías aún más limpio.

–¿Qué estás insinuando?

– Que no me gusta tu moral de plástico. Que si crees que el movimiento está arruinado, estás equivocado. El movimiento nació anoche. Que si tienes miedo a los rastreadores quédate en casa, es tu derecho. Pero en ese caso ya no te necesitamos en la Volte.

– En esta Volte, ciertamente. No necesitáis a nadie allí. Tres carniceros serán suficientes...

– Escucha, Kamio: puede que hayamos hecho algo estúpido, te lo reconozco. Pero hoy nadie puede decir eso. Hay que ver con qué salsa nos aderezarán los medios, pero de una cosa estoy seguro: los activistas están con nosotros. No es imposible que la Volte salga fortalecida de esta acción. Con las madres no, eso es seguro. Pero entre todos los que no nos tomaron en serio, entre todos los que nos encontraron un poco insulsos, sumamos puntos. Si perdemos simpatizantes, serán los más tibios, los vagos, los revolucionarios de salón, los que de todos modos no tienen mucho que ver con nosotros. Por otra parte, los jóvenes que tengan verdaderas ganas de luchar, de liberarse, sabrán que pueden confiar en la Volte. ¡Y nos apoyarán, créeme! ¡Y los apoyaremos!

Kamio me miró con una sonrisa. Fue la primera vez que lo hizo hoy. Con el pie dibujó durante unos segundos una forma abstracta sobre la losa polvorienta de su taller, con el rostro impreciso.

– No sé. No sé adónde quieres llevarme. Quiero asegurarme de que estemos en la misma página. ¿Por qué viniste?

– Slift, Brihx y Obffs nos esperan en el Cubilingus. Hemos decidido continuar la reunión esta tarde. Tienes que correr el riesgo. Pero los cinco queremos discutir para decidir una postura, para explicarnos. Que esto quede claro para todos, incluso si conduce a una ruptura.

– Está bien con eso. Yo te sigo.

> Ninguno de los cuatro había pensado en los riesgos que corríamos al discutir un tema tan peligroso en un café. Tuve que insistir para que el jefe nos encerrara en la sala de televisión. No puso ninguna dificultad: me conocía bien, exponía regularmente mis cuadros, era simpatizante de la Volte e incluso nos ofreció la gira de Brax “para lo que sabes”. Eso no me impidió probar mi detector de ondas en la habitación, pero permaneció en silencio. Captp y Brihx se sentaron en el sofá agrietado, los otros dos permanecieron de pie, nerviosos. Activé la terminal y configuré la

proyección holográfica en modo de sala completa, para una inmersión máxima. Elijo Multinfo, “el único canal que te muestra los demás canales”, para que Obffs, Brihx y Slift que aún no habían visto las imágenes puedan, en media hora, ver cómo los periodistas de los seis principales canales de información habían cubierto la situación. Como de costumbre, Multinfo se contentó con mostrar espacios de otros canales y mostrarlos uno tras otro, en un sándwich interminable donde se alternaban anuncios, clips musicales e imágenes comentadas. Oficialmente, su vocación consistía en ofrecer, a través de la multiplicación de puntos de vista, información objetiva (“El objetivo es la objetividad”). Fue un esfuerzo inútil: cualquiera que fuera el canal, las noticias estaban filtradas y manipuladas de un modo tan exactamente similar que la inteligente mezcla de mentiras y neutralidad benévola hacia los poderes fácticos que descaradamente dispensaban, adquiría de todos modos, la fuerza de la verdad, a fuerza de repetir lo mismo.

> Aunque fui el autor de este “ataque”, como decían, aunque con Captp y Slift, había soldado con mis propias manos estas cuchillas que reconocí en la pantalla, muy pronto ya no pude ordenarlas en mi cabeza entre las imágenes que mostraba la televisión y las que tengo en la memoria, las de ayer. ¿Cuáles eran reales? ¿Cuáles estaban filmadas? ¿Quién mentía? Lo mezclaba todo. Para no perderme nada, me concentré. Cuanto más me

concentraba, más me sentía absorbido por el volumen de la imagen, menos era capaz de separarme de la perorata que se filtraba en mi cabeza, haciéndolo todo suave y delicado, como la cucharada de jarabe que pongo en la garganta de mi hija para que se le pase la enfermedad. Las imágenes estaban bien puestas y eran limpias: inspiraban confianza. Los comentarios también, parecían lógicos. Echaba de menos los silencios. No podía hacer esos silencios en mi cabeza. Las imágenes seguían llegando. Primero la niña con la cara recortada –no creía en esta niña, tenía la impresión de proceder de una película de terror bastante buena, con suspense, pero no veía la conexión entre lo que había hecho y lo que me mostraban allí, esta niña que no conocía ni de Eva ni de Adán, que ni siquiera era entrañable, sobre todo durante la entrevista en el hospital, con su pirámide de peluches que le enviaban los espectadores (treinta y cinco peluches por minuto, con “picos de generosidad” de sesenta). Después de su entrevista vinieron los explicadores públicos, porque no entendíamos necesariamente nada: el psicoanalista que se excitaba con penes castrados, el experto en terrorismo (¡que decía verdaderas tonterías!), el sociólogo, el Pedagogo de Défordre, luego P y finalmente el propio Presidente A, que vino a decirnos que estaba “tomando la medida al acontecimiento” y que apoyaba a todo el mundo.

> ¡Qué banalidades podía decir la gente!, ¡era angustiante!
“Es terrible, sí”, “Es una tragedia”. “¿Qué opinas de la Volte?
¿Cree que estamos ante una nueva forma de terrorismo urbano?” “Es terrible, sí, es una tragedia”, “¿Terrorismo? Sí, sí, así es, esa es la palabra”. Se les preguntaba y ninguno habló de libertad, ninguno dijo: “Sí, es una tragedia, pero demuestra a su manera que la forma de accesos elegidos son un peligro, un ataque físico a nuestra libertad de ir y venir”. Por supuesto, ningún periodista les hizo la pregunta: “¿La Volte, con este acto, también quería mostrar que...?” Sólo les hablaron de la pequeña, de las amenazas y de la policía. Los obligaban a ponerse en la piel de una víctima de la Volte y luego les preguntaban: “Tiene miedo, ¿no? ¿eh?” Y ellos respondían que sí... ¿Pero miedo de qué? ¿De ser cortado? ¿O miedo de tener miedo? ¿Por qué no metimos a todos estos imbéciles en baños rodantes, con un guardia de seguridad por baño para sostenerlos de la mano? Era insoportable escucharlos, ¡me volvía loco!

– ¡Es tu espacio vital lo que estamos tratando de salvar, maldita sea! ¡Es por ti por quien estamos luchando!

> La entrevista con la niña y su madre siempre me hacía llorar. No podía hacer nada al respecto. Me puse en su lugar y fue abrumador. A veces miraba a los demás. Fueron sarcásticos. Se estaban enojando. Estaban jurando. Tuve la sensación de que, aparte de Brihx, que parecía bastante

afectado por la atrocidad de la escena, los demás no querían tener en cuenta la tragedia humana de la que todos éramos responsables. Cuando la madre expresó su sufrimiento, su conmoción, Slift estalló: “¡Jódete, sabemos que la cagaste!”. ¡Todo está manipulado en la base! Hay cajas vacías listas y llevamos a la gente a que venga, se meta en ellas y diga exactamente lo que esperamos que diga. Incluso la niña parece estar leyendo un mensaje de texto. Pero la niña no leyó su texto. Ella pronunció el texto de su sufrimiento. Habló del horror de las mandíbulas. La psicoanalista lo explicó bien: tenía que expresarse para evacuar el trauma. Y nosotros, desafiantes, tuvimos que aceptar escuchar este sufrimiento porque nos echaba en cara nuestra verdad, que era que éramos unos carniceros, que habíamos perdido completamente el control en este asunto. Cuando el sociólogo de *Cablaxie* empezó a analizar cuál era, en su opinión, el meollo de las tensiones sociales de Cerclons, Captp se echó a reír. Envidiaba a Captp sus certezas filosóficas y esa risa que lo tomaba por sorpresa cuando una posición le parecía ridícula, pero no me atrevía a permitirme la frivolidad aquí. Lo que hicimos fue catastrófico para los medios y moralmente insostenible. Y estaba dispuesto a abandonar la Volte esta tarde si no se definía urgentemente algún principio ético para todas nuestras acciones futuras.

– ¡Vamos, ya son cuatro periódicos y cuatro veces las mismas imágenes! ¡Cuatro veces el mismo orden para las entrevistas y cuatro veces los mismos cortes! ¡Y ni una

palabra sobre el resto de novedades! ¡Es como si toda la galaxia girara alrededor de las piernas de una niña! ¿Escuchaste? El nombre de la niña es Cab. ¡Cab! ¡Eso significa que su padre es una de las dos mil personas mejor pagadas de este satélite!

– ¿Y qué, Obffs? ¿Eso la convierte en un objetivo ideal? ¿Eso te tranquiliza?

> Básicamente, había soñado con un acto limpio y suelto, pero tan animado, tan sorprendente, que tomaría al sistema de medios por sorpresa y aceleraría sus redes preestablecidas de interpretación y explicación. Ya no podíamos soportar ver nuestros folletos volando sobre las salidas de oxígeno con los robocrottes que nos multaban cuando nos negábamos a recogerlos. Estábamos hartos de hacer manifestaciones de cien personas. Un acto de volteo, real, que no termina arrugado en un cubo de basura pero que queda atragantado en la garganta de los medios de comunicación, esto es lo que soñamos, esto es lo que nos llevó allí. Y estas cuchillas para mí, este metal resonante, este material noble, no podía imaginar que pudiéramos... Estas cuchillas eran nuestras. Eran la dureza de nuestros huesos. Se resistirían al aplastamiento. La máquina se rompería los dientes, diente tras diente.

Todavía era joven... Apenas tumbados sobre la cinta transportadora de las noticias, habíamos sido arrastrados bajo los cilindros de la laminadora mediática que nos había tragado y cortado en finas rodajas como si fueran imágenes... Observé con asombro cómo mis huesos se convertían en rodajas, estas rodajas colocadas de punta a punta, reensambladas, re-temporalizadas según los estándares aceptados (diez segundos por intervención, más o menos) y reintegradas en el contexto político del momento, y por primera vez en mucho tiempo, sentí que mis nervios se crispaban de impotencia. Su victoria fue tan contundente... Dejé que las imágenes ardieran en mi retina como un núcleo duro reformateado. Recibí todo de frente, sin reconocer nada nuestro, ni ángulos, ni puntos, ni aristas, nada. Ahora sólo quedaba mirar. Habíamos creído que destrozaríamos el consenso social con un golpe de nuestras cuchillas, pero en trescientos segundos lo habían vuelto a recomponer. Podíamos ver la recuperación, por supuesto. Pero no más que todos los días, y no lo suficiente para comprender hasta qué punto, sometida a un tratamiento tan suave, la tormenta cósmica más inaudita nunca superaría los dos minutos de un parte meteorológico. Jamás. Lo nuevo, lo disparatado, parecería para siempre un *déjà vu* en la televisión. Y si les hubieran avisado con un mes de antelación, su informe no habría sido más pulido e impecable. De pie en el Parque Azul, comparada con la imagen desnuda, la de las cámaras de correos que tanto me habían conmovido, las sucesivas capas de recuperación que

ahora la envolvían me habían robado por completo la emoción. ¿Anestesiarla? Más bien, recomponerla de otro modo, con una secuencia precisa y regulada: identificación con las víctimas > sentimiento renovado de su sufrimiento > compasión > indignación ante la Volte > miedo por el futuro > por tanto, exigencia de mayor seguridad > por tanto, más cámaras, más policía, mejores puertas. Y luego, en afectos afines, reforzando la cadena: el Pedagogo de Défordre es serio, humano y responsable; los expertos son más inteligentes que yo, así que tienen derecho a pensar por mí; P es firme; el Presidente es comprensivo; el presentador es simpático... nosotros también lo somos.

> ¿Por qué se había ignorado totalmente la razón de todo esto, es decir, el motivo de nuestra acción? “Violencia indiscriminada”, concluyeron. ¡Querían hacernos parecer bárbaros! Violencia ciega. ¿Y eso era todo? Estaba fuera de mí:

– ¡Se están cachondeando! ¡No lo hicimos por una mierda! ¿Por qué el experto no habla de la trazabilidad total de los ciudadanos codificados? Contra eso protestamos. ¡No somos asesinos de niños!

– Para el público en general, sí, Obffs. Hacia allá van nuestras grandes cuchillas, muchachos. ¡Parecemos pequeños salvajes delante de siete millones de personas! Y

es justo: actuamos como salvajes. No dejamos ningún folleto, ningún texto, ningún comunicado de prensa, ¡nada! ¡Solo un acto grosero, sangre por todos lados! ¿No creíais que el gobierno iba a permitir que esto sucediera? Les hemos dado la oportunidad perfecta para etiquetarnos de “terroristas” y no la van a desaprovechar, ¡créanme! Los actos silenciosos, en una sociedad hipermediática como la nuestra, son actos bárbaros por excelencia. No dar explicaciones es peor que un error, es un delito. Y todos ustedes ven la sanción como yo la veo en esta sala. Miren a ese gran cerdo que gobierna Défordre, cómo lo reciben: ¡como a un rey! ¿Sabe cuál es el peso de su empresa en los ingresos publicitarios de *Chaîne-Choc*? ¡Treinta por ciento! Este hombre pesa un tercio de la cadena. Así que no hace falta decir que no se dirá ni una palabra sobre el hecho de que, incluso sin las cuchillas, la pequeña habría estado en mal estado y que este tipo de accidente no es excepcional. Es lo mismo en todos los canales. ¿Qué director de información tendrá el valor de siquiera mencionar posibles fallos del Sistema? ¿Dirán que los controles impiden que los pobres se desplacen? No. Viven gracias a Défordre y gracias a las subvenciones del gobierno...

– ¡Putitas!

– Exactamente. ¿Y sabéis cuál es nuestro problema? El hecho es que nosotros, la Volte, no tenemos los medios políticos para actuar como proxenetas de estas putas. Quiero decir: esperar un favor de los medios. Nos joden por

hablar educadamente, pero gratis. Nuestro único recurso es jugar al juego de la comunicación, explicarnos cuando actuamos. De lo contrario, no saldremos de esto. Además, se vuelve imperativo...

–¡Kamio! ¿Puedes dejarnos terminar de mirar? Tenemos toda la tarde para escucharte.

> Kamio guardó silencio con dificultad. Tenía razón y lo sabía. Comprender. Estaba tratando de entender por qué me oculté estas razones. Todo lo que nos estaban lanzando ahora me parecía descarado. Sin embargo, lo había borrado de mi conciencia con un golpe de sangre. Tres años de reflexión. Tuvimos que cambiar de marcha. Cueste lo que cueste. A veces Boule pasaba por mi mente y me preguntaba si habría apresurado tanto las cosas si ella no hubiera estado allí, en esa reunión. A mi manera, tal vez quería ser extravagante, mostrarle que la Volte tenía la llama, como ella, que allí se sentiría como en casa...

> Iban a escuchar lo que tenía que decir, ¡no escaparían! ¡Qué lección estábamos aprendiendo allí! Tan clara y tan inquietante a la vez... Porque los valores que difundían los medios no eran en sí mismos impresionantes: eran valores de todos. Podían venir de cualquiera, no sospechábamos de

ellos. Estaban tan cerca de nosotros, de todos nosotros, que ya no los olíamos, como esos olores demasiado personales para que todavía percibiéramos su hedor sordo.

Había un cuadro que nunca había mostrado y que intentaba expresar un sentimiento similar. Se llamaba *La asistencia Medusa*, con un efecto de profundidad que nunca había logrado redescubrir, un efecto abismal que excavaba las profundidades desde el interior, como si el azul del lienzo sólo pudiera haberse obtenido “a fuerza de vacío acumulado, mediante pequeños toques diáfanos infinitamente repetidos, redescubriendo este misterio de la naturaleza que quiere que el océano atravesado por la luz del cielo sea... azul. La pintura era una inmersión, literalmente, la perspectiva de Sirio de un hombre que acababa de sumergirse desde el cosmos en Cerclon. En un Cerclón convertido en mar; podíamos ver, al fondo del cuadro, el pueblo, pero tan pequeño que podría confundirse con fragmentos de cristal. Y encima de él, como si vinieran hacia nosotros desde un pozo, veíamos cuerpos sin rostro, como hilos, con extremidades extendidas con tentáculos, que arrastraban tras de sí su color humano... Éramos nosotros, los voltes. En la superficie de mi lienzo había un centímetro de abultamiento de una película gelatinosa que teníamos miedo de tocar, que representaba una medusa. En primer plano, muy por delante de los demás cuerpos, un hombre intentaba sacar la cabeza del agua. Su cara blanca estaba pegada al cuerpo de la medusa. Estaba como

electrizado sobre una rejilla de pegamento. Hoy recuperé ese lienzo. Había cuatro caras intentando salir. Estaban a mi lado. La habitación estaba a oscuras con la imagen holovisada, ligeramente abovedada y ondulante. Por un momento, tuve una visión de pánico en la que el volumen ondulaba y una cara emergía por detrás electrificada, gritando: “Kamio, Kamio...”. Y yo no podía responder, ya no podía ayudarle, estaba...

> ¡Cómo inflaron nuestro golpe! ¡Hasta el presidente pensó que tenía que ir allí en su nave! Los niños morían con cada lluvia de bólidos y a una gordita del sector 1 le arrancaron ambas piernas, ¡fue una invasión cósmica! ¿Dónde dormían estos sinvergüenzas? ¡Tuve que pensar que vivían en otro lugar, bajo otra órbita de Saturno o que se enrollaban en alfombras de un metro de espesor para dejar en blanco un error de comunicación! ¡Todo el periodismo, no hay necesidad de perder el tiempo! Estaban agrandando la pelota, pero al mismo tiempo se reían un poco. No nos habíamos debilitado ni hablado, habíamos cogido nuestros soldadores de plasma y el resultado estaba ahí: la Volte había demostrado que tenía gente en los pantalones, que los vigilantes tenían que dejar de pensar que eran los príncipes del asfalto con sus deslizadores de tres monedas y sus láseres paralizantes. P, siempre podría

lucirse con su traje, con su cara de chico duro: su equipo de trajeados acababa de cometer una falta y él sólo tenía que ir a meter el balón con un tiro libre en el fondo de la red y dar la apariencia de que lo esperaba. Tal vez fingía su mundo, pero no me fingía a mí. Teníamos que seguir adelante. Kamio, nos estaba confundiendo con su comunicación. Para mí, que no acabábamos de comunicarnos.

> El telediario acababa con un alegre llamamiento a la denuncia de “cualquier persona sospechosa”, con recompensa, acceso seguro a la red, protección garantizada... Allí, por fin, los medios mostraban su verdadera cara, la de hermosos delatores con chaquetas limpias, uñas cuidadas, sonrisas y corbatas.

> Con mi consentimiento, Obffs apagó la televisión. Uno por uno, los miré, especialmente a Captp y Slift, y dije:

– ¿Entonces?

– Es una pena, realmente un shock.

– ¿La niña pequeña?

– La niña no es nada comparada con el asco moral que derraman desde ella sobre nosotros, sobre todos.

“¿Eso es todo lo que te preocupa, Slift, la niña? ¿No te importa?”

– Completamente.

– ¿Y tú, Obffs?

– Es más espectacular que cualquier otra cosa. Le habrían cortado la cabeza, no lo niego. Pero no, disculpadme, os voy a parecer cruel, pero creo que era el precio a pagar. Nuestra acción debe hacernos pensar, eso es lo que queríamos, ¿verdad? La niña está viva. Yo digo: sigamos adelante.

– ¿Quién aquí piensa que tenemos que “pasar” como Obffs? ¿Slift, supongo?

– Aprobar o no aprobar, esa no es la cuestión. Si no quisiera hablar de lo que hicimos, ¡no habría venido aquí para hablar de ello!

–¿Cuál es la pregunta entonces?

–¡Ay Kamio! ¿Puedes dejar de jugar al profesor durante cinco minutos? La niña, me cago en ella. ¿Has oído su nombre? Más mantecoso, imposible, ¿no? En cuanto a mí, lucho ante todo por la gente, por tipos como yo que no tienen las uñas tatuadas, que tienen los brazos muy duros,

por los chavales que tienen que vivir toda su puta vida en la anti-rad y el Cubo y que comen radiación como tú comes patatas fritas. Lucho por los que no tienen: los sin dinero, sin techo, sin trabajo, sin carnet, por los cinco letras de la N en adelante, si quieres.

–¿No haces nada por encima de eso?

–También, pero después. Mi problema son los disfraces: payasos de televisión y altos ejecutivos, tecnoconservadores, policías o vigilantes, no hago ninguna diferencia. Porque son los disfrazados quienes establecen el marco, “los criterios” que nos fijan al suelo. Ah, no impiden que los burgueses se muevan, ni que los lameculos babeen, ni que las cabezas sumisas tengan trabajo. Interrogan a los marginados, a los zoneros, a los exhibidores con el rabo en alto, a los tipos que venden chapa para ganarse la vida por las noches. Y lo que es peor, molestan a los chicos que no piden nada, que simplemente no quieren sus calificaciones escolares, a quienes les gusta ver Saturno por la noche, cuando afuera no hay demasiada niebla. No los sueltan. Los acosan, les prohíben la entrada a las tiendas, se comen sus tarjetas y acaban en la cuneta. No habían pedido nada. ¡Ni siquiera saben soldar!

– ¿Pero, cuál es tu objetivo? ¿Qué crees que debería hacer la Volte?

– Lo que te digo: luchar por el pueblo.

- Pero hay diez mil maneras de luchar por el pueblo...
- Luchar para que la gente pelee, ya está. Eso es lo que siento: hacer sentir mal a la gente. Hacer que quieran decirse a sí mismos: “¡Joder, yo también soy alguien!” “Tengo cara, corazón y músculos. No son los criterios los que dicen lo que tengo que hacer. Soy yo quien decide ahora. Elijo mi vida, dejo mi huella. Puede que parezca la huella de otra persona, pero seguirá siendo la mía, no he copiado nada”. Cuando cada uno sea su propio líder, es decir, cuando hayamos eliminado a quienes quieren ser líderes de alguien que no sea ellos mismos, para mí la Volución habrá terminado. Iré a casa, conseguiré una esposa y tendré hijos. Pero no antes. En otras palabras...
- Que nunca volverás a casa.
- Y luego me gustaría agregar una cosa que es importante...
- Adelante.
- Si es necesario matar, mataré.
- ¿Qué?
- Si no podemos hacer otra cosa, si hay un gran *morback*, cuya muerte lo cambia todo, estoy dispuesto a fundirlo.

> *In extremis*, corté a Kamio que estaba a punto de comenzar un sermón interplanetario...

– Tiene razón, si así lo cree.

– ¿Cómo dices? ¿Quieres repetirlo en voz baja, Captp? ¿Estarías dispuesto a matar también?

– Sólo digo que tiene razón. Es libre. No digo que yo haría lo mismo. Matar es un acto desproporcionado. Es una increíble apuesta de futuro. Debes tener dentro de ti la convicción profunda e inquebrantable de que el asesinato cambiará la faz de las cosas. Que matando salvamos vidas, al menos una; vidas que no se salvarán si no matamos. Si algún día adquiero esta certeza, sacaré mi calibre.

– Yo también.

– Estoy de acuerdo.

– ¡Pues yo no! ¡Una vida es sagrada! El derecho a vivir es incluso el derecho más sagrado. Eso no es tema de debate. Nadie merece la muerte, ni siquiera Schwarzker la merecía.

– ¡Él inició la guerra química! ¡Dio la orden de borrar a Ucrania del mapa! ¡Es responsable de la muerte de cincuenta millones de personas!

– No cambia absolutamente nada. Matarlo no los resucita, hasta donde sabemos.

> La discusión derivó incontrolablemente hacia la Cuarta Guerra Mundial, las responsabilidades de cada país, por qué ya no deberíamos comerciar con la estación orbital Starlight... Intenté acortar el debate, pero al no conseguirlo, lo interrumpí.

– ¡Chicos, hablemos de esto más tarde! Lamentablemente ya no estamos en la Tierra, estamos en Cerclon I. Además, lo que está pasando aquí también es aterrador. No olvidemos que se están construyendo otros ocho Cerclons según nuestro modelo, incluidos dos superCerclons para los chinos: ¡serán siete veces mayores que los nuestros! En total, ciento cincuenta millones de personas están llamadas a vivir según nuestros estándares arquitectónicos, políticos y sociales. El modelo carcelario ha producido más víctimas que la guerra química. Nuestra lucha concierne a Cerclon, aquí y ahora. ¿Correcto? Pero va más allá del futuro de una parte de la humanidad. La Tierra es en tres cuartas partes inhabitable. Sólo queda África y allí todavía nos matamos unos a otros. A los ojos de los terrícolas, los Cerclons son una historia de éxito para la paz. Y lo mismo aquí, para los residentes. Estamos en paz, es verdad, no podemos culparlos. ¿Pero para qué la vida? ¡Con el pretexto de que dos naciones fascistas han devastado la Tierra, quieren hacernos creer que el hombre está fundamentalmente

enfermo! Que en consecuencia poner bajo control a las poblaciones se ha convertido en un mal necesario para garantizar la supervivencia de la especie. Se habla de los Cerclons como de un invento admirable. ¡Mientras que la novedad consistía simplemente en trasladar las técnicas de seguridad de la prisión para aplicarlas al conjunto de la sociedad! Bueno, originalmente solo consistía en eso... porque... Bueno, no voy a hablar de eso ahora.

– Vamos, Capitán, para eso estamos aquí, ¿no?

– Para eso estamos aquí. Sabéis que desde 2076, con el primer tecnoinjerto en una médula espinal, la electrónica ha empezado a invadir el cuerpo humano en serio. Estoy convencido de que estas tecnologías intraviscerales proliferarán. Representan un mercado colosal. Y su utilidad para el gobierno, para el control interno de los individuos, podría resultar fantástica. A largo plazo, estos implantes podrían hacer superfluo todo lo que mantiene unida a nuestra sociedad actual: los medios de comunicación, el consumismo, las regulaciones de Terminator, la “virtud” virtual, ¡el Clastre! Incluso el sutilísimo trabajo de los ergónomos corporativos sobre el calor podría quedar pronto descartado como un agradable experimento. ¡Quedará relegado al nivel del pan y circo como forma de gobernar a la gente! Escúchadme bien: si la electrónica consigue, en nombre de una mejor salud, vitalidad o bienestar corporal –no importa qué deseos fabriquen para que la gente clame por su cajita en la columna vertebral–, si consigue regular

nuestros ritmos vitales desde dentro, ¡las posibilidades de que las clases dominantes sean derrocadas se reducirán a cero! Su estabilidad estará asegurada durante siglos. Por el momento, esa ciencia ficción está aún en pañales. Los fallos de encendido hacen más ruido que los impulsos eléctricos que colonizan el cerebro. Por tanto, ¡hay que reaccionar mucho más rápido! Estamos entrando en un nuevo tipo de lucha a la velocidad de la luz: la lucha contra lo que yo llamo los poderes carcelarios. Nadie está preparado para ello. ¿Quién tiene la menor idea de cómo vamos a luchar contra ellos? ¡Ojalá pudiéramos! Sé que suena completamente fuera de tono con lo que está en juego esta noche, chicos, que estamos atrapados en la urgencia de la acción. Pero en cierto modo, es una extensión de eso, una extensión del control a lo íntimo. Así que me gustaría que pusiéramos esto en la agenda de una próxima reunión. La situación es más que alarmante. ¿Estáis de acuerdo, o al menos lo espero, que deberíamos hacer algo al respecto?

– Por supuesto, Captp. Si no actuamos, no quedará un hombre como usted o como yo dentro de cincuenta años. Nuestros cráneos se utilizarán como carcasas de ordenador. Para poder levantar un brazo, nos meterán núcleos duros por el culo.

– En mi opinión, el sentimiento que lleva a esta renuncia es: ya que viviendo libres corremos el riesgo de matarnos unos a otros, vivimos como muertos vivientes, con máquinas

que nos vigilan por dentro y por fuera y ya no arriesgaremos nada.

– Las máquinas vigilan a las máquinas, las máquinas vigilan a los hombres, los hombres las vigilan a ellas y peor aún: los hombres se vigilan unos a otros... Es casi como si los futuros árboles de plástico tuvieran que vigilar la hierba que crece. Esto es por lo que tenemos que luchar, ¿verdad?

– Absolutamente. Pero ¿cómo, en qué medida y de qué forma exactamente? Esto es lo que tenemos que discutir, Captp.

– Sí. Pero primero: ¿continuamos con la acción? ¿La abandonamos?

– Continuamos.

– Dejaremos de disparar. Nuestra acción es un fracaso total. Tienes que admitirlo. Nuestro mensaje no llegó. Vamos a tener la policía encima y una reputación repugnante ante el público. Sin mencionar que a mí, a diferencia de Slift y Offs, me cuesta digerir lo de la niña. Yo también tengo una hija, tal vez por eso. Creo que, sin abandonar la acción según el principio del bien, debemos encontrar otra forma de ataque, algo que marque, pero que no derrame sangre. Sabotaje, por ejemplo, o algo así.

– Soy como Brihx, le tengo miedo a los rastreadores. ¿Has visto los llamados a la denuncia?

– Di “delación”.

– Sí, delación. Tomemos como ejemplo a los clientes del café: ¿quién nos dice...?

– Bueno, nadie lo sabe, ni las azafatas, ni siquiera el jefe. La puerta tiene cerradura sonora.

– La policía, en fin, nos puede pillar de la noche a la mañana. ¡Todo lo que necesitan es un soplón en una torre mirando en el lugar equivocado en el momento equivocado y eres carbón!

– Obffs tiene razón, Kamio. Tenemos que confiar un poco en el destino. Entonces, ¿por dónde deberíamos continuar? Kamio y Brihx, queréis parar, eso está claro. Slift quiere continuar. Eres sólo tú, Obffs, quien...

– Mirándolo así, deberíamos detenernos. Lastimar a alguien, personalmente, no me importa. Preguntas morales como “¿deberíamos lastimar a una persona inocente?” no me interesan. Esas son preguntas falsas. Como dice Nietzsche, la moral es una gran dueña de la seducción, nos atrae y nos atrapa, es Circe...

– Vale, vale... ¡Para ya!

– Simplemente quiero explicarles que trato de pensar en términos de impacto. ¿Ha pasado la chispa o no? Ésa es la verdadera pregunta. ¿Se dirá la gente, al llegar al umbral de

una calle protegida, que sus movimientos están siendo manipulados, que han perdido el derecho a circular como personas libres? El resto son huevos rotos para hacer la tortilla, desperdicio inevitable. Nunca dejaremos de cometer errores y decir estupideces. Yo tengo veintitrés años y aprendo algo todos los días. ¿Qué queréis que os diga? Nuestra imagen recibió un golpe, nos jodieron, está bien. ¡Sigamos adelante, busquemos una nueva idea y vamos a por ella!

– Gracias, Obffs. Lo dejaste claro. Entonces paramos. Finalmente. Slift, eres el último en...

– También estoy guardando mis canicas. Respecto a las personas, tienes razón. Cuando ven lo que les muestran, no pueden apoyarnos. Incluso mis mejores amigos me dan un puñetazo en el estómago y se ríen, diciéndome que me he equivocado un poco. Su información es tan manipuladora que les gustaría mostrar que un balón de fútbol se parece al Cubo, y lo conseguirían. No se puede luchar contra eso.

– ¿Tienes alguna idea aparte de las cuchillas? Con un estilo convincente, no estuvo mal, eso sí...

– ¡Dejad de bromear! No, estoy seco. No tengo nada más en la trama.

–Tengo una propuesta que hacerte.

– ¡Adelante, Kamion, escupe tu sopa!

– Listo. En primer lugar, creo que tenemos un deber urgente: redactar un comunicado de prensa para explicar y justificar nuestra acción de anoche.

– ¿Una declaración de disculpa?

– Sin explicación. Pero con una palabra para el sufrimiento de la pequeña y su familia. Les debemos esta palabra. Evidentemente, la mayor parte del comunicado debería centrarse en una crítica del principio de acceso selectivo, destacando dos puntos: la libertad de circulación y la exclusión de los más pobres. No tiene sentido mencionar a Défordre, la carta no se publicará si lo mencionamos.

–¿Qué perdemos por intentarlo? Después del revuelo que acaban de generar, una carta de la Volte, seguramente la difundirán. Es algo demasiado valioso para el público.

– Es verdad. Luego, aprovechamos este comunicado de prensa para informar al público en general sobre nuestros objetivos y nuestra ética.

– Ética, ¿qué significa eso?

– Reglas morales, si quieres. Hasta dónde podemos llegar y dónde no llegaremos.

– ¿Pero quién puede decir eso, puesto que el principio mismo de la Volte es que cada uno actúa libremente? ¿Que

no existe una directiva general, sino sólo propuestas de acción que todos pueden seguir o no?

– Precisamente, debemos decidir sobre principios generales, que impongan límites a nuestras acciones; que no deban traspasarse.

– ¿Los límites? ¡No hay límites!

– Sí, siempre hay límites. Matar a una persona inocente, por ejemplo, es un límite. Por eso propongo que publiquemos un comunicado de prensa explicativo, un breve texto sobre nuestra razón de ser y tres o cuatro principios fundamentales de acción para tranquilizar a la gente sobre nuestras intenciones. Creo que este es el momento perfecto para hacerlo.

– ¿Reconoces ahora, Kamio, que nuestra acción fue todo menos inútil o gratuita?

–Lo reconozco, Captp, lo reconozco. Reaccioné nerviosamente, pero yo... esa pequeña niña que se arrastraba sobre un charco de sangre...

– ¿Que lo que propones ahora nunca hubiera tenido sentido sin nuestra acción?

– Sí, eso seguro, bueno... no hablemos más de eso. Desde una perspectiva estratégica, tienes razón, es justo. Tan cierto que creo que algunos periodistas corren el riesgo de

ver en la secuencia una táctica concertada, un cinismo que se apresurarán a denunciar.

– Habrá que sopesar cada palabra. Mostrar claramente que el efecto sorpresa también existe para nosotros.

– ¿Quién escribirá los textos? Yo pondría a Kamio a cargo del comunicado de prensa y a ti, Capt, del movimiento. En cuanto a las reglas morales, creo que va a ser difícil ponerse de acuerdo. No sé qué pensáis vosotros, pero para mí lo mejor de La Volte, su fuerza, es que no tiene reglas fijas. Tener reglas nos acercará más a un partido, ¿no creéis?

– Yo creo que sí.

– ¡Yo también!

–Lo siento Kamio, pero yo también lo creo. Imagina que Zorlk todavía estuviera con nosotros. Él te diría que fueras a pintar. Me gustaría que aclaráramos uno o dos puntos que causan pánico a la gente: el asesinato de una persona inocente como usted dijo o el hecho de no atacar a los niños. Creo que todos estarán de acuerdo en eso. Pero estoy en contra de la idea de la ética. Somos anarquistas de corazón: sin Dios, sin amo, sin valores trascendentes, sin reglas dictadas –incluso dictadas por un papel firmado por todos nosotros. Las reglas, los líderes, los valores, surgen en el fragor de la acción, de forma inmanente. Vienen, vuelan y se van según las energías que los despiertan o se apoderan de

ellos. Slift será nuestro líder en acciones rápidas; Brihx para los actos de fuerza. Sabrás mejor que nadie marcar el tono de una nota de prensa y captarás la idea sutil de una acción llena de humor. Soy bastante bueno en estrategias globales, eso es todo. No hay necesidad de reglas, ellas mismas se improvisan. Para todos los grupos activistas, es lo mismo. Quizás tengamos más peso que otros por culpa del pasado, es cierto. Pero no abusamos, no imponemos nada y del estilo de discusión que tenemos aquí, hay otros cincuenta grupos en el asteroide con tantas ideas y sentimientos como los voltes.

– Los límites y las normas son lo opuesto a la Volte. Tiene razón.

– Está bien, Captp, yo me encargo del comunicado de prensa. Pero valoro mis límites.

– Si estos son *tus* límites y no se los impones a nadie...

– Son los límites del respeto a los demás y...

– Vale, escríbelo. Hablaremos de ello en la asamblea. Obffs, pídele al camarero que traiga una bebida. Con Brihx y Slift escribiremos el texto sobre el movimiento. Tú y Obffs preparad el comunicado de prensa y anotad las “limitaciones”. Esta tarde, en la reunión, lanzamos el debate abierto. Después proponemos nuestra idea con los textos. Votamos. Y luego ya veremos ¡A trabajar!

El alcohol llegó a la mesa y comenzamos a vaciar las latas de brax a paso rápido. Todos nos sentíamos bajo presión con esta reunión que se celebraría en sólo dos horas. ¿Qué saldría de ello? ¿Y si nos abucheaban al entrar a la nave? ¿Y si nos expulsaban del movimiento? Pensando en ello, todo mi pasado volutivo pasó rápidamente en imágenes de archivo, sucias y rayadas. Sería un golpe del que me costaría muchísimo recuperarme. ¿Captp expulsado de la Volte? No quería creer que fuera posible. Sobre todo, traté de no pensar en la reacción de Boule cuando le contase lo que habíamos hecho. No pensé en ella, intenté con todas mis fuerzas conscientes concentrarme en la Volte, en lo que era ese maldito movimiento que conocía demasiado bien, que estaba tan bien mezclado en mis entrañas que ni una palabra, incluso palabras ordenadas con cuidado, incluso juntas a granel, invadiéndose unas a otras o apiladas en pirámide para elevarse hacia algo que, cuando lo volví a leer, me devolviera esa mezcla de alegría y fuerza explosiva, que vino a mí justa y verdadera. Le tendí el bolígrafo a Brihx. Divagaba...

No estaba pensando en ella, no, era ella la que venía por detrás para infiltrarse, la que irrumpía bajo mi piel y la sentí estremecerse, con un sobresalto, al entrar. Salió, dejó que las puertas se abrieran y que el viento soplara dentro haciendo remolinos de su perfume. También hacia atrás venía la nuca, sin visión... pura sensación en mí de una nuca fresca para morder, con sus cabellos susurrando más allá,

como el río se desborda cuando es demasiado rico en lluvia... y río abajo sus senos ... dos frutas... dos manzanas altas y calientes que se hincharon entre mis dedos...

Brihx rápidamente me devolvió el bolígrafo, demasiado rápido. Pero no encontraba nada, tenía ansiedad. Procedente de él, de su poder habitualmente tan seguro de sí mismo, esta ansiedad no hacía más que reforzar la del grupo y la mía, hasta el punto de hacer vibrar en la sala un miedo inexpresado que nos afectaba a todos y que no encontraba salida sólo en la fiebre de gestos y sentimientos. Temblando mientras lo hacía, parecía romperse de la cabeza a los pies, siendo un coloso. No hizo falta que lo dijera, todos lo adivinaron: tenía miedo de que la policía nos encerrara en la nave. Pero él, en el fondo sólo temía una cosa: separarse de Arcadia, su hija de cuatro años a la que adoraba; no poder ver más a su animalito rubio, travieso como el infierno, con ojos del color de su padre, que no conocía más mueca que la sonrisa y la tristeza, sólo la dulzura de las lágrimas.

¿Fue la tensión nerviosa acumulada frente a la pantalla, la discusión o esos kilómetros sacando mis ruedas de los surcos de la rad-zona? O más profundamente, esa sensación embotada de ser presa de informantes venales, de policías excesivamente concienzudos o de una mirada oscura que se lanza desde una torre panóptica a la ventana opaca del café, en el preciso momento en que saldríamos los cinco para ir a la reunión; y ¿quién nos seguiría por infrarrojos en la noche, hasta el túnel? Me sentía agotado por las tensiones

reprimidas y más ansioso por poner fin a esta reunión y a su masa de riesgos desconocidos que por escribir un documento que, sin embargo, era decisivo para el futuro de la Volte. Con paciencia, sin embargo, y con mucho alcohol, me controlé a medias y terminamos alineando diez frases correctas sobre un trozo de mantel que doblé y deslicé en una ranura invisible de mi planta izquierda. A las 21:20 salimos del Cubilingus. Kamio y Brihx primero. Luego nosotros, veinte minutos después. Nos separamos para hacer la ruta solos, por si acaso... Demasiado cansado para volver a subir la colina anti-rad, cogí mi bicicleta, me encontré en la cima en tres minutos, bajé la pendiente de frente, con los frenos puestos, hacia la rad-zona oriental y pedaleé los tres kilómetros que me separaban de la nave enterrada.

VII. PROVEEDORES DE ACCESO

La zona de radiación inmediatamente me pareció extraña, curiosamente desierta para esta hora de la noche y demasiado silenciosa. Las capas de metano que Saturno apenas atravesaba se habían acumulado en la atmósfera y la luz ocre que entraba hacía que la extensión fuera amenazadora. Reduzco varias veces el paso para escuchar. Aparte de los ruidos habituales (pancartas ondeando, láminas de metal crujiendo, gatos morados enfrentándose mientras maúllan, el tintineo de cajas rodando con el viento), la zona hacía que la espera fuera difícil. Los golpes secos de los tambores no resonaban en ninguna parte, ni tampoco los oscilantes cánticos. ¿Entonces nadie iba a jugar esta noche? Seguí conduciendo hasta que vi el montón de tanques vacíos en medio de los cuales se escondía la entrada al túnel. Me detuve. Esperé un poco. Escudriñé los alrededores: allí no había ni un alma. Detrás del primer

tanque, bajé suavemente de mi bicicleta y avancé a pie por el laberinto.

– ¿Quién está ahí?

–...

– ¿Quién está ahí? ¡Contraseña!

– Vivo afuera, dentro muero.

– Adelante. ¡Avanza! No mires atrás. ¡Métete en el túnel!

– ¿Baaer? ¿Eres Baaer?

–Si, soy yo. ¿Quién es? ¿Es usted, Captp?

–Si, soy yo. Hola Baaer.

Me di vuelta y vi dos pistolas paralizantes bajando. Eran Lucgm y Baaer quienes se escondían para observar los alrededores. Me vieron y me “escoltaron”. Otros cuatro voltes circulaban con ellos por el laberinto de tanques. Lo conocían mejor que el útero de su madre.

–¿Por qué está tan desierto esta noche? ¿Acabamos de declarar la Quinta Guerra Mundial?

– Los radiantes tienen los chips, eso es todo. Parece que los rastreadores visitarán el cuartel por la noche. Así esconden la *schnee* y la chapa rancia. Los hackers de

identidad acampan en los Buttes Brûlés para evitar la cárcel. Tienen miedo de los escáneres. En resumen, es una locura.

– ¿Ha llegado el Bosquet, o no?

– Sí, están todos aquí, esperándote. Ya hay cincuenta chicos dentro.

– Bueno, entonces entraré a casa.

–¿Cappt?

– ¿Sí?

– Felicitaciones por lo de la Oficina de Correos. Chapeau.

– No es nada Lucgm. Esto solo está comenzando.

Un poco como un prisionero al que llevan a su celda, crucé el túnel y salí, deslumbrado por la luz, a la sala.

– ¡Es Captp, muchachos!

Una explosión de vítores que me hizo temblar de pies a cabeza saludó mi entrada. Tal vez sólo éramos cincuenta muchachos, pero la ovación me pareció fantásticamente cálida. Me quedé clavado en el lugar por la emoción. Los aplausos se redoblaron. Las manos ya estrechaban espontáneamente las mías, abrazos varoniles o tiernos me envolvieron brevemente, palmaditas directas al estómago,

caras conocidas me sonreían: “Grandioso, Captp”, “Bien hecho”, “Esta vez los jodimos”, “Hizo bien en derribar la casa, hombre”, “Bien, Captp, me quito el sombrero ante todos ustedes”, “¡Me quito el sombrero!”, “Los admiro chicos, ¡Lo del correo tenía que ser atrevido!, “La Volte tiene una cara diferente gracias a ti”...

Sin darme cuenta, automáticamente me encontré en el podio con Brihx y Slift que habían pasado por el mismo trato alegre y Kamio vino a unirse a nosotros para anunciar sus propuestas. No hubo ningún debate abierto. Todos los activistas presentes aprobaron nuestra acción sin reservas. Supe que había habido varios heridos en la zona de Qasar, en una tienda de lujo y en la entrada de unos edificios del sector 4. Todos los heridos fueron leves, pero suficientes para empezar a perder puntos por esa reputación de seguridad absoluta que los había legitimado durante tanto tiempo. Había una emoción en la sala que no había sentido desde la muerte de Zorlk y la reforma del movimiento. Los voltes estaban exaltados, llenos de entusiasmo e ideas descabelladas que lanzaban al vuelo sin preocuparse por su acogida, todos animaban a los demás, hacían circular chistes, rumores disparatados, se burlaban unos de otros, hombres y mujeres, con gran malicia.

Sin embargo, cuando Kamio, después de haber pedido en vano un poco de silencio y atención, decidió finalmente hablar, su propuesta de una exposición de motivos a la prensa tuvo, sobre la asamblea, el efecto de “una ráfaga de

Nox". "¿Qué?" Se hizo un silencio perplejo y la sala instó a Kamio a leer su texto. Él leyó. O se hacía o rompía.

A la vez firme y orgulloso en la Volte, moviéndose hacia los pobres, humano hacia la niña, de impecable racionalidad a la hora de discutir, en los lugares adecuados, con puñaladas asesinas salpicadas de un humor corrosivo, el comunicado de prensa parecía muy fuerte al leerlo. La Volte surgió tal como era, humana pero decidida. Sobre todo, la falta de compromiso que caracterizaba el texto, y que casi me sorprendió por parte de Kamio (aunque sabía que su inteligencia política a veces sabía poner en suspenso sus impulsos morales), sólo podía complacer a los volte. Ciertamente se reforzaron algunos adjetivos, pero se adoptaron la idea y el texto. Un hacker programó un dron furtivo para transmitirlo en el sector 2, a través de una terminal pública, en Multinfo.

La segunda propuesta, la de un breve texto sobre la Volte, tras la más espinosa de Kamio, no planteó dificultades. Fue mi texto el que, por otra parte, planteó algunos problemas. Escrito apresuradamente, y aunque mi condición de profesor universitario me brindaba un apoyo intelectual (completamente indebido esa noche), afortunadamente fue dislocado frase por frase por activistas más previsores. Nuestra vocación y nuestros valores, sobre todo, quedaron mejor circunscritos y definidos. Destacamos cuatro valores:

1. Libertad incondicional de las fuerzas vitales;

2. El deseo de crear;

3. La exaltación de la multiplicidad de pensamientos, percepciones y sentimientos, por tanto, de lo disconforme, lo extraordinario y lo subversivo de lo que son la condición;

4. Vitalidad.

En cuanto a nuestra vocación, coincidimos en que era necesario disociar dentro del movimiento las acciones de combate contra el Sistema –las revueltas en cierto modo– de la creación de estilos de vida alternativos, alegres y no sistémicos –que podríamos bautizar como voltes–. Las revueltas podrían haber completado una lista interminable y nos contentamos con indicar una hostilidad general hacia todas las formas, dispositivos, mecanismos o maquinarias de poder que aniquilaban, mutilaban o condicionaban, según nosotros, la libertad, la vitalidad, la expresión de fuerzas múltiples y la creación, así como los intentos de fabricar pieza por pieza un tipo de individuo normalizado y estandarizado con coeficiente de amenaza cero para los poderes vigentes.

Para los voltes, con el objetivo original de nuestro movimiento, tuvimos que reconocer entre nosotros la relativa fragilidad de los proyectos completados. ¿Quién o qué grupo, aparte de los radiantes que no se alejaban, para sobrevivir, de la venta de láminas de metal irradiadas, podría presumir de haber inventado nuevas posibilidades de vida,

como sugirió en su tiempo Nietzsche? ¿Los artistas Volte? ¿Los maquinistas y sus robots ladrones? ¿Los artistas que cada día desbarataban la rutina de la calle, con sus gestos, sus juegos o sus textos? ¿Los Funambulistas que imantaban sus hamacas en las torres y hacían teatro acrobático a gran altura? ¿Quién otra vez? ¿Los veintitrés poetas del grupo Exterior I que vendían rollos de papel higiénico donde cada hoja revelaba la continuación de un cuento interminable más fecal que fatal, y quiénes vivían de ello? ¿El grupo de fundadores con su economía paralela, su fondo común, sus parejas compartidas y sus pisos abiertos a todos e intercambiables? Sin duda, todo eso. ¿Pero quién más? Los Cyborx, dijo Rthjk. ¿Los cíborx? Me estaban congelando y no era el único. En definitiva, en cualquier caso, todavía era poco, seguía muy fragmentado y no alcanzaba nuestros ideales.

Finalmente, decidimos mencionar en el texto sólo un rasgo bastante débil pero ya utópico: nuestro deseo, a largo plazo, de ajustar nuestra vida a nuestros valores. Y el texto fue enviado. Kamio se sintió obligado a volver a la carga con sus “límites” y fue rotundamente rechazado. *In extremis*, sin embargo, logró añadir a nuestros cuatro valores el respeto por las personas inocentes, especialmente los niños. No me molestaba: pero ¿había realmente alguien inocente?

A las once, una vez resueltos los problemas urgentes, sentí que bajaba la presión. Fui a sentarme y vi que ya éramos un centenar de personas. Boule de Chat no había llegado... o ya

no vendría. Sentí una tristeza que mi cansancio sólo hacía más dolorosa. ¿Qué diablos estaba haciendo? Ella lo había prometido.

Slift, que todavía tenía jugo y quería aprovechar una asamblea que le era favorable, planteó una cuestión que precisamente esperaba que no olvidáramos, a saber: si seguíamos o no poniendo cuchillas en las puertas de la ciudad. “Sí, sí, tenemos que continuar”, gritaban un puñado de jóvenes ambiciosos que, a pesar de su determinación, eran pocos para seguirlos. El resto de la asamblea pensaba, como yo, que no era importante seguir adelante. Fue un hombre llamado Blusq quien nos salvó del enfrentamiento.

Llevaba varios meses trabajando en Défordre, como responsable de red. La dirección le encargó a él y a su equipo de programadores la tarea de implementar los nuevos criterios para el acceso a las tiendas de alimentos. ¡Bajo este criterio, sólo podían acceder a las tiendas personas físicas con una cuenta bancaria superior a 1.000 unidades en su Tarjeta! Blusq, mediante retoques y piratería, había logrado obtener los códigos para casi todos los sectores y, con la ayuda de un puñado de ingenieros, habían invertido el principio y desarrollado un sistema anti-acceso a los ricos. ¡Se prohibirá el acceso a todas las cuentas que excedan las 25.000 unidades tan pronto como le demos luz verde! Imaginar a los sólidos burgueses asfixiados al ver la puerta desesperadamente cerrada, imaginarlos maldiciendo, jurando y manoseando, pasando su uña rayada ante el lector

de ondas infrarrojas (un reflejo ridículo de los viejos tiempos), o enrollándose sus mangas y limpiándose el brazo tres veces para eliminar un hipotético sudor. Nos lanzamos a una serie de delirios burlescos que encendieron a toda la asamblea y nos llenaron de entusiasmo. ¡Semejante sabotaje era la respuesta elegante al absurdo del acceso selectivo, la manera ideal de hacer que la gente que quería ignorarlo sintiera lo que los pobres sufrían a diario! El proceso parecía inofensivo y perfectamente adaptado a las personas a las que necesitábamos llegar, ya que utilizaba, en sentido contrario, la delicadeza tecnológica del control que denunciábamos. Además, ¡estaba lleno de humor! ¡La oportunidad perfecta para mostrar el lado travieso de la Volte, su inventiva y su fuerza! La asamblea aplaudió fervientemente a Blusq y la idea fue adoptada inmediatamente. Las cuchillas, un proceso que parecía completamente arcaico, fueron enviadas de nuevo a la zona radiactiva... Sin embargo, tuvieron el mérito de iniciar esta magnífica dinámica.

El encuentro avanzó hacia su final en una alegría que corría de cara a cara, iluminando hasta a los más taciturnos y uniendo a todos los voltes en este placer indefinible de quienes se ríen del poder, resisten bailando y se oponen a la potencia de las mangueras de agua con esos pequeños agujeros que hacen que las tuberías goteen, que la presión baje y que el agua surja a lo largo de la serpiente destripada, con otros tantos chorros.

Regresé al podio para concluir. Después de haber pedido a todos, especialmente a los radiantes, que tuvieran cuidado en las próximas semanas debido a los riesgos de denuncia que aumentarían con el aumento de las primas, propuse las tecnologías penitenciarias como el siguiente frente de lucha. Para mi gran asombro, la asamblea aprobó la idea como una completa obviedad, tanto es así que suspendí la sesión y dije a todos que pensarán en posibles acciones para la próxima asamblea. Fui uno de los primeros en salir por el túnel.

“¡Nada que informar, Captp!” Me gritó Lucgm desde lo alto de su tanque de ocho metros cuando estaba a punto de subirme a la bicicleta, pero en el mismo momento una mano fría se deslizó sobre mi cuello... ¡Era Boule!

– ¿Qué haces aquí? ¿Acabas de llegar?

– No realmente. Llegué a las diez. Tenía miedo de que alguien te hubiera denunciado, así que me escondí en el depósito de allí y esperé un rato. Mientras escaneaba el laberinto, noté la cabeza de un vigía que sobresalía de un tanque, luego vi que estaban correteando por allí. ¡Es una locura, los verías! Corren casi boca abajo (parecen gatos) en los bordes del tanque, no más anchos que mis tres dedos. ¡No tienen miedo! Como los tanques están llenos de agua estancada, hay quienes tiran cadáveres, me explicaron, ¡y chatarra! Cuando los vi, me dije que un volte es alguien que debe ser capaz de burlar a los centinelas, de mimetizarse con la noche, ¿no? Así que me acerqué muy lentamente a los

tanques y estoy segura, aunque digan lo contrario, de que sus vigilantes no vieron nada. Después subí con la escalera a un tanque y me tumbé boca abajo, ya sabes, en el borde interior. Pero entonces, un tipo que no vi venir me atrapó. Aunque no está mal, ¿verdad?

– ¡Estás haciendo un verdadero flipe!

– ¿No es así? Entonces esta reunión: ¿estás satisfecho?

– ¿Quieres decir alegre? ¡El movimiento está completamente animado!

– Excepto que esta noche sólo había ochenta y ocho personas. De siete millones de ciudadanos, esa no es una gran multitud...

– ¿Ochenta y ocho? Los activistas tenían miedo, es humano.

– ¿Estás orgulloso de ti mismo de todos modos?

– No sé. Y tú, ¿estás orgullosa de mí?

– ¡Me impresionaste! Voy a denunciarte, al precio que vales ahora. ¡En una noche multiplicaste tu valor!

– ¿Viniste a pie?

– Tengo mi bicicleta allí. ¿Vamos?

Nos dirigimos hacia el túnel bajo el anti-rrad, a través de una zona desierta que la ansiedad de los rastreadores había entregado a la felicidad de los gatos morados y las ratas albinas. En los márgenes de la pista, la hierba brillaba débilmente bajo nuestros faros y, en algunos lugares, playas desoladas de arena, cubiertas de poliestireno con nieve, se recortaban furtivamente en la luz. El viento cósmico empujaba nuestras espaldas, y con nosotros cajas, unas cuantas cajas de luz y retales de tela que nos servían de escolta. A veces, a lo lejos, aparecían grandes bolsas de plástico con movimientos fantasmales que pasaban junto a nosotros sin esfuerzo y sin ruido. El cielo se había despejado. Por encima de nosotros, las nubes de metano se abrieron en espacios como parches de óxido agrandados. Las redes de amoníaco, que rebotaban en el manto de oxígeno de la ciudad, habían vuelto a caer hacia el Exterior, donde flotarían lentamente, primero sobre el Nakkarst y luego continuando su viaje más allá, durante mucho tiempo, hasta llegar a los agregados de hielo en ese mundo agrietado de cráteres fijos y fríos que, en cuatro mil millones de años, nunca había visto el sol.

A medida que avanzábamos, la luz de Saturno se extendía sobre la zona de radiación, similar al brillo de una luna roja, pero tan gigantesca que al ver su masa emerger del cosmos negro, de repente me sentí menos espeso que 'un grano de polvo sobre una piedra'. A su alrededor, medio visible a esa

hora, se extendía el arco de los anillos con su degradado naranja y crema. Intenté imaginar, mirándolos, los miles de millones de bloques de hielo, bolas de nieve, granizo y copos que orbitaban allí; polvo celeste, y que, bajo la fuerza de las mareas de Saturno, a veces retorcían su mantel como un lienzo de cristal. Titán era claramente visible esta tarde, con su mancha roja del tamaño de dos lunas. Más lejos, los satélites helados de Saturno se perdían cerca de los anillos en globos centelleantes: Mimas, Encelado, Tetis, Dione, Rea... ¿Quién podría cansarse de ellos? Aunque Saturno era básicamente una gota gigante, como los astrónomos afirmaban: ¿encontraríamos un océano lo suficientemente grande de agua sobre el que se pudiera flotar? Las tormentas que se desatan allí a nivel del ecuador, con cristales de hielo de amoníaco que chocan contra la atmósfera a 1.800 km/h o esta visión, que éramos incapaces de formar, de un magma de hidrógeno metálico líquido retumbando en el corazón del planeta y del helio que se filtra allí por colapso gravitacional, excedían cualquier deseo de relativizar. Se decía que había una mujer que había abandonado la Tierra sólo para eso, para ver las tormentas de Saturno por las noches. Yo no sabía si ella no tenía razón. Tenía razón, sin duda, ya que mi madre y yo estábamos allí, esta tarde, contemplando lo que ella ya no podía ver...

Llegamos a mi casa y me acosté sin esperar. Mis músculos se tensaron por la fatiga mientras me desnudaba. Ella aún encontraba fuerzas para lavarse y cuando se acercó a mí

tuve la impresión, por ella y por mis sábanas que olían a lino limpio, de ser un salvaje empapado de sudor que se deleitaba en ensuciarlas... Rápidamente mezclé mi sal con su jabón, hasta que supimos igual. En el umbral de un nuevo día, la tomé con delicadeza. Y estaba tan cómodo en ella que sentí que todo estaba allí, que todos los fragmentos dispersos de mi mente en fuga, aun luchando, aún resistiendo, finalmente estaban de vuelta dentro de mí, domesticados hasta la dulzura; y mi cuerpo en pedazos recogidos a su vez, también unificados, que aceptaban que sus pechos temblaran, que su boca fluyera bajo mi lengua, que me succionara el pene y se derritiera, porque quería que fuera suyo, quería todo lo que portaba: esperanza, fuego líquido, y ganas de gozar. Su cuerpo era mío, el de ella mi cuerpo, yo estaba presente desde dentro, volando en el lugar, lleno a estallar de vida desde los hombros hasta la espalda; y cuando ella me besó de nuevo, no pude evitar ofrecerle, en cohetes, esos miles de niños risueños que crujían dentro de mí.

VIII. EL CLASTRE

Al día siguiente cuando desperté, el placer de la cama caliente y de nuestras pieles derretidas batalló durante mucho tiempo en mi interior con las ganas de levantarme, agarrar el terminal y pedir la impresión de todos los periódicos. Los titulares de nuestro comunicado de prensa habían perturbado mi noche. En la confusión de mis sueños, frases de boa lo rodeaban por completo, tragándolo, convulsión tras convulsión. ¿Quién tendría el coraje de publicar el artículo? Y si lo publicasen ¿cómo? Hipótesis contradictorias se enroscaban en los pliegues de mi cerebro y las razones que cada una de ellas daba me parecían, en un momento u otro, válidas. A medida que mi conciencia se desplegaba, intentaba anticipar los artículos, qué foto los cubría y qué pie en cada foto, y a la velocidad con la que estas anticipaciones se superponían, saltaba de página en

página, me invadían las interpretaciones, siempre más rápidas. Al final no pude evitar salir como un demonio del edredón para correr hacia la terminal. Mientras se imprimía la primera página del *Cerclon Vite*, Boule emitió algunos sonidos con sus labios dormidos, pero yo no les presté atención: de la impresora salió la sonrisa de una niña, con esta leyenda: “Éxito *total* de la operación!” Dejo imprimir las ocho páginas: las tres primeras dedicadas a la operación quirúrgica de ambas piernas, la siguiente a una apología de la biocirugía endógena, el resto dividido entre los accidentes por deslizamiento, la moda del intragym y la enésima reforma de los criterios del Clastre.

Volví a la cama, molesto. ¿Por qué seguía insistiendo en querer leer los periódicos? Los más gruesos no superaban las cuatro páginas, entre publlirreportajes y juegos para idiotas. Más o menos, los artículos transcribían palabra por palabra el informativo televisivo del día anterior, con tan poca retrospectiva y tan flagrante desidia que había buenas razones para creer que dos cables bastaban para hacer un periódico de hoy: uno para conectar la televisión a la grabadora de la Terminal, el otro para conectar la Terminal a la impresora (pero probablemente me equivocaba: con un cable podríamos arreglárnoslas).

“Terminal, pon la radio” decidí decirle al óvalo negro.

“...nuestra vocación no es aterrorizar a los inocentes, y menos tolerar la cobardía que consiste en exonerar a los

terroristas. ¿Qué terroristas? Quienes nos gestionan día a día; los que vigilan cada uno de nuestros movimientos en cada momento; aquellos que, en una palabra, provocan este dulce terror de las normas contra las que luchamos”, indica además el comunicado de prensa. ¿Un farol o un truco publicitario? Nuestros asesores políticos siguen divididos sobre este sorprendente cambio radical del movimiento terrorista...”

¡Siguiente emisora!

“...La Volte se disculpa. Veinticuatro horas después del atentado perpetrado contra la hija del director de relaciones emocionales de GorGames, el grupo terrorista deja las cosas claras en una breve nota de prensa en la que especifica tanto los objetivos como los principios del movimiento: subvertir el orden social en el nombre, cito, de una “libertad incondicional de las fuerzas de la vida” y con todo respeto a los inocentes –el atentado del día anterior quedó reducido a una “trágica combinación de circunstancias...”

¡Siguiente emisora!

“Después de la barbarie, las expresiones de cortesía... comunicado cínico... acumulación de provocaciones... idealismo que puede conducir a los peores excesos... barniz

de humanidad que no logra hacernos olvidar la crueldad de los actos...”

¡Siguiente!

“Con una actualidad que puede pasar por oportunismo, el movimiento demuestra, a través de este comunicado de prensa, una honorabilidad que los políticos de todos los bandos le han negado hasta ahora. Los objetivos que pretende proponerse –multiplicidad de estilos de vida, libertad, vitalidad y creación– pueden sorprender si los comparamos con la barbarie del ataque, pero atestiguan una cosa: la Volte no es el pequeño grupo terrorista que nuestra televisión, colegas rápidos en sucumbir a las sirenas del sensacionalismo, quiso crear. A la luz del comunicado de prensa, que sin duda lamentamos que llegue un poco tarde, la Volte parece ser un movimiento responsable, seguro de sus convicciones pero consciente de sus límites, y al que una democracia digna de ese nombre debe contribuir a proporcionar su lugar en el espectro político.”

– ¿Qué dicen?

– Es ambivalente... Hay cosas buenas...

¡Siguiente estación!

“Feliz resultado para el ataque a la oficina de correos. La niña fue operada ayer por la mañana por el profesor Fji. Después de una tarde de descanso, esta mañana regresó a la escuela, procurando hacer el viaje, como de costumbre, a pie. Por su parte, los responsables del atentado enviaron a la prensa un comunicado de disculpa, un texto intelectual en el que reconocen la crueldad de su acción, al tiempo que mantienen sus ataques contra lo que consideran un atentado al derecho de circulación. El Ministro del Interior reaccionó violentamente a este comunicado de prensa denunciando una “triste pirueta mediática”. Respondiendo a las preguntas de nuestros colegas, reafirmó su determinación de perseguir a los terroristas: “No podemos aceptar que un puñado de terroristas utilicen el sufrimiento de una niña para ganar publicidad. Deben saber que no son pequeñas palabras de disculpa ni grandes frases las que conseguirán nuestra clemencia y repararán el ultraje sufrido por la familia. Por tanto, se mantiene la notificación de búsqueda”. Deporte – salto de altura: El cercloniano Pedr batió ayer el récord del sistema solar en gravedad modificada con un salto de 5 m 08.

El Clastre: menos de un mes antes del ranking bienal, el Consejo de Ministros ratificó el proyecto de reforma sobre la evaluación de las azafatas administrativas. A partir de ahora el reconocimiento del cliente contará como la mitad de la nota final. El juicio de los compañeros se reduce del 20% al

10% de la puntuación. Esta medida pretende frenar el descenso del índice de satisfacción ciudadana con la calidad del servicio emocional en las administraciones. Además de esta medida, pronto se concederán créditos para la formación continua de los huéspedes. Esta formación versará sobre la aplicación de nuevas normas de higiene y seguimiento emocional. Según las últimas encuestas, el 73% de los ciudadanos lamentan una deferencia artificial hacia ellos y se quejan de una falta de calidez a la hora de tener en cuenta sus dificultades personales. “Esta relativa tibieza en las relaciones no es admisible a largo plazo”, declaró S, Ministro de Relaciones Sociales: “El ciudadano que recibe sus primas codificadas en su Tarjeta no debe ser tratado como un objeto social ni como un cliente que puede ser tratado hipócritamente. Cada ciudadano es un caso, un caso concreto que tiene su originalidad y sus dificultades. Por lo tanto, hay que acogerlo con agrado y luego seguirlo por parte de nuestros anfitriones –insisto en este concepto de seguimiento porque es a través de él como se puede establecer una verdadera relación de amistad– que de manera amistosa, por supuesto, sigue siendo necesaria –repito, la amabilidad es sólo un servicio social mínimo, pero una vez más: cálido. La bienvenida no debe limitarse a breves sonrisas o algunas preguntas de conveniencia. Se requiere de cada huésped un interés real por la persona que viene a cumplir con sus deberes como ciudadano. Cerclon es una comunidad unida, y unida por la necesidad. La promiscuidad inherente a la vida artificial en este planeta no puede dar

cabida a estos pequeños inconvenientes que, repetidos día tras día, casi en todas partes, aquí y allá, acaban irritando a todos y contribuyendo al desmoronamiento de nuestra cohesión social. No podemos aceptar tales deslices”.

El Clastre todavía: hoy comienzan las entrevistas jerárquicas para los profesionales de TI. Le preguntamos a Ftuh, jefe de la división de acceso bancario de Défordre, cuáles eran sus criterios para evaluar a sus ingenieros: “1. Actitud en el trabajo: la diligencia por supuesto, la buena disposición con la que se hacen las horas extras, la generosidad de las relaciones...”

¡Cortar!

Decidí llamar a Kamio para conocer sus sentimientos de inmediato. Mientras dictaba el número, sentí que mi estómago se contraía ligeramente. Casi me olvido de codificar, según lo acordado.

– Hola, ¿Camionero?

– *Hola, ¿Camionero?*

“Pensé que todavía estabas en la cama a esta hora. ¿Ya la has hecho huir?

“Pensé que todavía estabas en la cama a esta hora. ¿Ya la has hecho huir?”

– No, ella todavía está ahí. Ella duerme. Está agotada...

– No, ella todavía está ahí. Ella duerme. Está agotada...

– ¡Siempre modesto! Bien. ¿Has visto las pinturas expuestas?

– ¡Siempre modesto! Bien. ¿Has visto las pinturas expuestas?

– La iluminación sigue siendo un poco oscura. Pero los retratos están bastante conseguidos.

– La iluminación sigue siendo un poco oscura. Pero los retratos están bastante conseguidos.

–Estaré en la inauguración esta tarde. ¿Te veré allí como prometiste?

–Estaré en la inauguración esta tarde. ¿Te veré allí como prometiste?

– Sí. Me uniré a ustedes para dar mi pequeño discurso allí. ¡Hasta esta noche!

– Sí. Me uniré a ustedes para dar mi pequeño discurso allí. ¡Hasta esta noche!

El Clastre... Todo el mundo habla de ello desde hace tres meses. Cada dos años se repetían los mismos rituales de conjuros, exigencias de criterios más justos y esperanzas de obtener una buena calificación. Antes de la clasificación final, el trabajo ganaba mágicamente varios puntos en productividad. Las calificaciones que le han dado a usted, a su jefe, a sus compañeros y a sus subordinados –y que usted mismo las ha dado–, las pruebas técnicas y de conocimientos, el BPA (Informe de Actividad Personal), el reconocimiento médico, las entrevistas grupales, los análisis psicológicos, todo, todo eso se apresuraba en el transcurso de un mes, de modo que la ciudad en ese momento parecía una inmensa universidad en el momento de los exámenes de fin de curso, con sus cantidades de personas con ansiedad, falsos orgullosos y figuras carcomidas por la duda. quienes, con la esperanza de escapar del Apocalipsis, se ridiculizaban con lamidas anales y simpatías repentinas, que los enterraban aún más que los salvaban.

El hecho de que la clasificación, aparte de los jubilados y de los niños menores de doce años, aparte, por supuesto, de aquellos que, al tirar su Tarjeta, habían abandonado el Sistema, y que el gobierno, que no podía decidirse a no clasificarlos, los colocaba en la categoría más peligrosa fuera de los confines, no perdonaba a nadie; el hecho de que incluso a los desempleados se les asignara un lugar entre siete millones de personas, amas de casa, y artistas poco

activos, sumía a toda la ciudad en una histeria de exámenes a la que las mentes más independientes hubieran tenido dificultades para resistirse. No podías escapar del Clastre. Si lo deseabas, la gente te lo reprochaba a través de sus ojos y sus bocas distorsionadas por la fealdad de las sonrisas que hacemos a nuestro pesar. Nos hacía los dioses del Juicio Final. Pero un juicio constantemente repetido, sopesado, un Juicio Final que no deja de juzgar, cada día, a todos y sin piedad, ofreciéndonos la dulzura de responder, a nuestra vez, en el anonimato de la terminal.

La gente esperaba del Clastre algo que ningún amigo, ni padre ni madre, ni el espejo que a veces nos ponemos ante nosotros mismos, eran capaces de proporcionarnos: una verdad de uno mismo. Clasificando a todos, desde el presidente A hasta Qzaac, 7.054.423, ciudadano de Cerclon, último tonto que los medios de comunicación, ritualmente, reunían con el presidente para una charla informal (quizás para demostrar que en el fondo “no había gran diferencia entre ellos”), el Clastre daba una respuesta mágica –una respuesta ciertamente dudosa, siempre controvertida, pero una respuesta al fin y al cabo– a esta extraña pregunta que aparentemente rondaba a todos y que se debía a cierta obsesión cuantitativa por el capitalismo: ¿Cuánto valgo? Y la respuesta era, más que un número, un desciframiento de uno mismo. Más que un rango: un lugar en el orden social. La respuesta era esta absurda serie de letras, CAPTP, que indicaban que yo mismo era, al descifrar sabiamente las

letras en orden alfabético, el ciudadano número 1.437.205 de esta estúpida sociedad.

Cada dos años ocurría el mismo disparate: los dóciles ciudadanos, aceptaban tanto cambiar de lugar, como de nombre. Pero los mismos nombres quedaban para designar los mismos lugares. El rostro y el cuerpo de nuestro director cambió... pero su nombre seguía siendo Tolg. Y la directora de sociopatía escolar, rubia o morena, joven o vieja, cálida o no, era Ammpn, “mamá” para los estudiantes. En cierto sentido, era simple: teníamos que atenernos, no a seres, sino a funciones que permanecían inmutables. La función definía al ser, mejor que su personalidad. En cuanto a los amigos, el apodo los salvaba de ser despersonalizados...

Por lo demás, Terminor actualizaba automáticamente los cambios administrativos. Sin control posible, asignaba su nuevo nombre a todos estos “documentos” de identidad mediante los cuales, en nuestra democracia, se asigna a un individuo lo que queremos que sea: sus coordenadas. “Dame tus coordenadas”... (Sin embargo, no era para fijarte que te las pedían, especialmente no. Tácitamente, un cercloniano honesto tenía que moverse, moverse constantemente de un lugar a otro, estar, aunque inamovible en su planeador, *en movimiento*... El que, ante la orden “¡sigue adelante!”, permanecía en su lugar, se convertía *de facto* en un vagabundo. El vagabundo era el que no se movía. También era probable que tal exigencia viniera de la ciudad misma, que como toda ciudad era ante todo una

prisión, hasta el punto de que moverse constantemente por ella protegía de la opresión de la valla y proporcionaba una sensación de libertad que la hacía soportable. Al pedirte tus coordenadas, estaban de hecho, preguntándote, como a una nave, la dirección de tu trayectoria (y menos para interceptarla que para vigilarla, menos para bloquearte que para tenerte localizado).

Me preguntaba si la fascinación que la gente sentía por el Clastre no provenía de eso: básicamente de todos esos datos extraños que recogíamos constantemente y que estaban esparcidos entre millones de expedientes: apreciado por los estudiantes; 72 kilos; gestión de conflictos honesta; 1m. 79, hombre; 169, Avenue du Minister C 2048; cultura extensa, concienzudo; 31 años; constitución media; Cociente de Sociabilidad: 84; soltero... Todos estos datos, el Clastre los unificaba en el milagro de una nota, de la que hacía luego una fila con un pequeño montón de letras. Sencillo: cinco letras, ¡ninguna más! Para los mejores: cuatro letras, a veces tres, dos e incluso una para la élite de esta sociedad: los veinticinco ministros y el presidente A.

Todos esos datos en un montoncito de letras... ¿Qué significaba eso? Que todo lo que constituía mi vida, dondequiera que estuviese, a dónde iba, lo que dijese, mostraba el espacio que ocupaba mi cuerpo, que todos estos jirones de mí mismo por los poderes cortados por el conocimiento analizado, todo eso me había sido quitado y devuelto a mí. El Clastre nos deconstruía, pero era para

montarnos mejor después. ¡Gracias Clastre! El Clastre suscitaba innumerables preguntas, formulaba miles de millones en un mes. Y proporcionaba una respuesta, sólo una, un auténtico galimatías: ¿Quién soy yo? CAPTP. Sin duda habría sido menos deslumbrante esta fulguración si se hubiera contentado con un destello blanco, si no hubiera concentrado, en el espesor de su luz, las luces de todos aquellos que nos habían medido, nos habían escuchado y “comprendido”. El nombre que nos tocaba en realidad tenía peso: lo pesaban nuestras capacidades, el análisis de los psicólogos y el juicio de quienes entraban en contacto con nosotros a diario. No hay arbitrariedad en todo esto. Nada que no emanase, en su origen, de uno mismo. Podríamos objetar la exactitud de los criterios, denunciando la crueldad de los colegas. Claro. Pero la brillantez permanecía: el nombre que surgía de Terminor, lo aceptáramos o no, encarnaba una verdad que venía de nosotros mismos.

– Bueno, no me voy a andar con rodeos. Todos habéis visto la televisión, habéis oído a P: Sobre la Volte, estamos haciendo lo que podemos, ¡pero él no quiere saber más sobre eso! ¿Está claro? Nuestra misión es monitorear el Esquema y bancarizar a los delincuentes que pasan desapercibidos. No es un trabajo inocente: todas las investigaciones, todas las aperturas de expedientes, las cámaras alojadas, la duplicación de redes, los vigías en las torres, el seguimiento cercano, todo eso parte de nosotros,

o casi. No hace falta decir que desde que era niña, el sarcasmo zumba bajo las alfombras. Sobre todo, he oído una cosa durante los últimos dos días: “Los cerdos de la Línea simplemente están tonteando”. Nos hacen abrir una investigación sobre cazadores de cacahuets cuya investigación no ha tenido éxito, mientras que con la Volte no avanzamos ni un megabyte. Esa es más o menos la atmósfera. Sé que ustedes están haciendo su trabajo y no se les puede culpar por nada. P, después del ataque, le gritó a Pg. Pg les gritó a Pit, a Plh, a Psn y a Pra, que se lo tomaron mal. Como resultado, a todos los cuatro alfabetizados se les reemplazaron las vértebras. Resultado de las carreras: esta mañana Pmov me arrinconó en su despacho para decirme que si no sacamos algo de nuestras listas antes del Clastre, vamos a tener que aprender a apretarnos el cinturón. Sí, véis dónde voy con esto, vamos: sin ascenso e incluso... Finalmente, no podría estar más claro. Lgrob, ¿tienes algo nuevo en tu cámara pistolero?

– Lancé una primera serie de investigaciones sobre dieciocho personas.

–¿Basado en que? ¿Profesiones?

– Correcto.

–¿Y no tienes comentarios? ¿Los rastreadores no encontraron nada? Ni una pequeña pista, ¿nada?

- Por ahora los tenemos intervenidos.
- ¿Escuchas de redes, escuchas telefónicas, seguimiento?
- Um... Sólo llamadas por teléfono de algunos. A veces tres.
- ¿A quién engañan? ¿Qué esperan encontrar por teléfono? ¡Realmente toman a la gente por idiotas! Bueno, Lgrob, les arrojas toda la lista, incluso si tienes tres alfabetizados, DRA, abogados, ¡eh, todos! Y en Para Búsquedas pones Clase A, ¿entiendes? ¡Quiero escucha humana, no colexicismo de sus falsas listas cuyas palabras sesgadas todo el mundo conoce! Un tipo que camina con un calibre, que dispara a un sinuoso, ciertamente no es un caminante. Es el tipo de persona que viaja para la Volte. Tenemos que aprovechar todas las oportunidades.
- ¿Qué seguimiento debería recomendarles?
- El total: rampa, cámaras, torre, escondites, seguimiento de ropa, seguimiento geográfico de rutas, vigilancia estrecha si es necesario...
- ¿Nos extendemos a quienes los rodean: familia, relaciones?
- Eso llevaría demasiado tiempo. Sólo tenemos un mes. No, rápido, necesitamos una pista, algo que parezca lo

suficientemente serio como para que Pmov pueda decirle a sus superiores que tenemos algo...

Después de haber conseguido más de 800.000 plazas en el último Clastre, dos años antes había tenido la posibilidad de ascender de categoría y convertirme así en un cuatrialfabeto. Zpqk habría sido mi nombre. Yo lo había rechazado. En cualquier caso, el primer nombre audible que me había asignado el azar de las clasificaciones (había sido Fpqtq, Erjzb, Ddvlc antes de acceder a algo con similitud al habla humana), había informado a la administración de mi negativa a nuevas promociones. A menos que me desclasificaran, lo cual, gracias a mi popularidad entre los estudiantes, parecía poco probable, podría conservar este nombre por el resto de mi vida. Me negué a ser un idiota llamado a subir y bajar en la escala social y me alegré, en medio de esta tormenta del Clastre donde la movilidad estaba programada e impuesta a todos, de ser una especie de arrecife. Negarse a moverse cuando todos estaban obligados a hacerlo era, por inercia, resistir. Poner en movimiento nuestras percepciones y pensamientos, cuando estábamos obligados a postrarnos, o a reaccionar, reaccionar, reaccionar de tal manera que de esas reacciones sólo surgiera estrés crónico; actuar, en estos casos, también era resistir. La resistencia era una cuestión de ritmo.

Al contrario de lo que creían muchos de mis compañeros, mi actitud hacia el Clastre no era nada excepcional. En la Volte, eso era la regla. Incluso fuera, cerca de quinientas mil personas habían solicitado su no clasificación y, salvo sorpresas desagradables ligadas a una degradación, mantendríamos nuestro nombre hasta la jubilación, y a partir de ahí, como ya no nos movíamos, hasta la muerte.

Me había vuelto a acostar y pensaba en estas cosas cuando Boule vino a frotar su calor animal contra la mecánica del Clastre. Mis pensamientos me habían puesto rígido. Como un gatito, mezcló su sueño con mi piel y me pareció que su alma voluptuosa ronroneaba un mundo cuya dulzura me alejaría tanto del Clastre y de la lucha que habría requerido abandonar mi cuerpo allí... No lo hice. No lo sé, tal vez requeriría una forma de silencio. Aunque relajé mi cuerpo, el Clastre seguía haciendo clic en mis neuronas, tanto es así que Boule se giró hacia la pared y me olvidó.

¡Maldito Clastre! Él solo se tragaría la noticia. Me costaba ver cómo nuestras acciones podrían tener un impacto en el próximo mes. Nuestro sabotaje electrónico estaba en peligro de pasar desapercibido. Mi único placer para el período que comenzaba, lo iba a encontrar en mi sala de clases, con mis alumnos. Cada dos años, a mi manera, me sacrificaba al Clastre. Pero era un sacrificio al final del cual, despedazado por mis críticos, terminaba en un montón de cenizas tibias que mis alumnos se arrojaban a la cara, riendo, al comprender desde dentro la trágica levedad de tal

clasificación y hasta qué punto la estúpida seriedad con la que las ovejas esperaban que Terminor les entregara la verdad de su pequeño ser, habría parecido, en otra época y sin duda aparecería en el futuro que teníamos que construir, absolutamente grotesca. Por supuesto, el salario de todos era directamente proporcional a la clasificación; por supuesto, quienes te rodean te juzgaban según tu rango. Pero ¿qué importaba el salario cuando el mismo Qzaac vivía decentemente? ¿Qué importaban las sentencias? ¿Habíamos ahuyentado al confesor para encontrar en su lugar al psicólogo, haciéndonos hablar de nuestros pecados de improductividad?

¡Pero ya estaba preparando mi lección! Con una sensación de ternura en el estómago y un poco de arrepentimiento, dejé a Boule en lo más profundo del limbo, me vestí sin prisa, mirándola respirar suavemente, y salí con el pelo sucio, erizado en puntas, a coger mis zapatillas para escabullirme, hacia la universidad donde mi rabia anticlastre prometía una clase enérgica.

Cuando llegué, el anfiteatro estaba lleno. Había muchos oyentes gratuitos allí que nunca antes había visto. Reuní a los tres estudiantes que habían sido seleccionados la semana pasada para participar en el concierto y los distribuí por la sala. Anuncié el tema del mes: “la producción del individuo”; indique el caso práctico: el Clastre; proporcioné

la bibliografía: *Vigilar y castigar* y *La voluntad de saber*, de Michel Foucault y *Series individuales* de Drakf, el filósofo de Cerclon II que trabajó sobre las fragmentaciones del individuo y el concepto de norma modular.

– Bien. Para los novatos, les recuerdo rápidamente el principio del concierto. Jyqfr desempeñará un papel fundamental hoy. Atacará las bisagras del razonamiento, buscará fallos y localizará las debilidades. Actuará como contrapunto. Fcuza será un reforzador. ¿Su papel? Ampliar mis solos, variar los temas, completar y enriquecer la partitura –en la medida de lo posible, por supuesto. Ciymp, finalmente, tocará la percusión: ella es la encargada de simplificar y popularizar conceptos delicados. Ella les dará, siempre que sea posible, ejemplos concretos. Eso es todo, en dos palabras. ¿Están mis músicos listos? Comienzo yo.

Un alboroto característico de voces susurrantes y clics de teclados siguió inmediatamente a mis primeras frases. Acostumbrados al ejercicio, mis alumnos dictaron a su evaluador, en unas pocas palabras rápidas, la esencia de mi discurso. Algunos se contentaban con cortar y pegar segmentos de frases en su software de voz, mientras que los más hábiles ya estaban reformulando, de forma más compacta, los conceptos esenciales. Con solo escuchar lo que decían en susurros a su máquina, rápidamente me di cuenta de si me entendían o no.

– El primer objetivo del Clastre es descomponer al individuo, fragmentarlo. ¿Para obtener qué? Entidades individuales. ¿Qué desaparece cuando pasamos de lo individual a lo dividual?

– El prefijo in de delante. La unidad del tema, su carácter único.

– Sí Fcuza. Lo dividual es lo invidual dividido, el individuo fragmentado en varios pedazos, *hecho piezas*. O más precisamente: el individuo es el producto de esta fragmentación, es decir, si se quiere, el fragmento, *la pieza*. El Clastre es un tratamiento regulado que interviene sobre esta fragmentación, la cuida racionalmente y la acelera. Deconstruye, pero luego remodela. Se deconstruye para dividir, como veremos. Bien. ¿Pero qué está deconstruyendo?

– La unidad del sujeto.

– No exactamente. Deconstruye la forma en que nuestra conciencia busca captar su verdad.

– Desmonta la relación con uno mismo.

– Exactamente. Lo que hay que remodelar es menos la unidad del sujeto, como dices, Fcuza, es lo que, más profundamente, produce y preserva esa unidad. Debemos entender que el Yo no se da de antemano. Es el efecto de la autoproducción. La individualidad es una composición.

Debemos entender la composición, no como un resultado fijo, sino como un proceso en perpetuo devenir. En esta composición intervienen un cierto número de fuerzas que a veces se combinan, a veces se conjugan, a veces se subyugan, a veces se parasitan y explotan, o a veces se influyen o refluyen unas sobre otras, en redes o en haces. El análisis de estas fuerzas puede ser muy diverso y depende de una división filosófica propia de cada pensador. Para esta clase nos ceñiremos a la ficción de Foucault –ya sabéis que Foucault tenía esta espléndida frase: “Nunca he escrito más que ficciones”– y a partir de ella intentaremos actualizar algunas verdades cruciales. Según Foucault, el individuo se construye a partir de tres campos de fuerzas (las voces se preparan a constatar):

» Primer campo de fuerzas: las potencias, que deben concebirse como funciones puras del tipo de incitar, inducir, seducir, suscitar, hacer fácil o difícil una determinada acción, influir, hacer más o menos probable, funciones que se actualizan y no toman forma precisa sólo dentro del conocimiento. La fuerza de Foucault es haber mostrado hasta qué punto los poderes, lejos de limitarse a funciones negativas de represión, producen “dominios de objetos y rituales de verdad”.

» Segundo campo de fuerzas: el conocimiento. Para el Clastre entran en juego casi todas las ciencias del comportamiento: psicoanálisis, estimología, conflictología, socioanálisis, clastrología... En definitiva, todo lo que

permite codificar una personalidad. Convertirla en un objeto descriptible que respete la especificidad de sus capacidades y su evolución. Conocimientos también en procesamiento de datos: aritmética y estadística, métodos probabilísticos, informática... que hacen funcionar el sistema comparativo global.

Una observación de paso: el desarrollo del conocimiento siempre está exigido por un determinado modo de ejercicio del poder. Lo que domina en nuestra sociedad es el control. Mucho menos el control de las ideas que el control, más hábil a mi juicio, de las sensaciones –es decir del *modo en que debe afectarse el cuerpo para pensar y sentir de tal o cual manera*–.

– Por ejemplo: ¿cuál de los cinco sentidos se debe utilizar para producir una sensación determinada? ¿Qué estímulo debería generarse –color, olor, caricia, sonido o incluso temperatura, o incluso grado de humedad– para provocar tal reacción? ¿Cómo se pueden vincular estallidos de estímulos y cadenas de reacciones?

– Sí. Éstas son las preguntas fundamentales que los medios como los anunciantes, los pequeños jefes como los ministros, deben responder para ejercer su poder hoy. Preguntas que sólo pueden encontrar sus condiciones de respuesta a partir de una batería de conocimientos que necesitan constantemente inventar...

– Mire, por ejemplo, cómo la estimulación surge de los estudios sobre el comportamiento del consumidor...

– O simplemente fomentar y enriquecer...

– Consideremos el auge de la optoelectrónica con fines de vigilancia civil...

– Buen punto, Ciymp. Eso es bueno. Poderes y conocimientos: durante mucho tiempo Foucault no creyó que el individuo pudiera escapar de estas dos dimensiones. Sólo al final de su vida consideró un tercer campo de fuerzas, que definió como un *proceso de subjetivación*. Ciymp, ¿aclaración?

– Por naturaleza, el hombre está dotado de un cierto número de fortalezas. Por ejemplo, la fuerza de moverse o de sentir, de querer, de imaginar o de pensar... Estas fuerzas pueden afectar a otras fuerzas o ser afectadas por ellas. Pero también pueden, al darse la vuelta, afectarse a sí mismas. Por ejemplo, como lo hacemos en este momento, pensando en nosotros mismos, o experimentándonos como una masa sentada en una silla... Son estas formas de afectarnos a nosotros mismos las que Foucault llama modos de subjetivación.

– Entonces resumo: ¿cómo producimos la individualidad? Respondo –gracias a Foucault– a través del juego de tres campos de fuerzas: poderes, saberes y subjetivaciones.

¿Qué pasa con el Clastre? ¿Dónde y cómo interviene en esta autoinvención? ¿Fcuza?

– Básicamente, el Clastre, mediante la técnica del examen, hace que poder y conocimiento trabajen juntos contra el tercer campo. Se infiltra y se apropia de los procesos de subjetivación para *normalizar sus flujos*.

– Se trata de la forma en que cada individuo se siente, se conoce y se experimenta a sí mismo; es, si se quiere, la relación con uno mismo: la manera en que usted, yo, todos los estudiantes aquí presentes nos individualizamos, pensamos en nosotros mismos, nos decimos lo que somos – y actuamos según lo que creemos que somos: soy dinámico, soy vago, soy guapa, insociable, etc. Entonces tiene sentido si hago esto y no aquello. ¿Entiendes la idea?

–Sí, Ciymp. Es mucho más claro así.

Es un placer ver el carisma y la confianza de Ciymp. Tan pronto como abre la boca, la sala deja de cantar en su libreta y escucha con impaciencia. Cuando encadeno conceptos, siento como si estuviera agitando un aterrador esqueleto de metal frente a sus caras. Bajan la cabeza y caen sobre la máquina, esperando entender más tarde... Entonces Ciymp me interrumpe, habla con calidez y el esqueleto se transforma en la chica encantadora que es. Todo se vuelve más claro. Intento hacer lo mismo:

– Debéis seguir la lógica del Clastre. Si juzgamos una personalidad en su conjunto, sin distinguir entre habilidades, físico, cualidades, etc., ciertamente estamos ejerciendo poder. Pero no intervenimos en absoluto en la manera en que el individuo se concibe y siente. Dejamos intactas sus asociaciones de ideas, la forma en que se mira a sí mismo, intacto el camino por el cual llegará a ser lo que es. Si queremos que integre los valores de la norma, que aprenda lo que es a través de las ciencias controladas por los poderes, debemos poder penetrar en él. Por lo tanto, la técnica del Clastre consiste en, como podéis observar:

1. Deconstruir la individualidad que ha constituido el sujeto, por tanto:

2. Fragmentar la personalidad. Primero en cuatro piezas distintas: biología, comportamiento social, habilidades y desempeño.

3. Refinar la fragmentación, subdividiendo los divisores obtenidos en subindividuos, luego en subsubindividuos, etc. hasta la unidad individual políticamente más pequeña y útil. A esta unidad mínima la llamaremos “rasgo”. Hemos visto que el Clastre nos corta en más de cuatrocientas líneas de caracteres.

4. Aíslar cada uno de estos rasgos. Deshacer los vínculos que los unificaban dentro de la personalidad. Este paso es crucial porque asegura, para los poderes fácticos, la

dispersión de las piezas que, unidas en nuestro cuerpo, nos hicieron producirnos como una personalidad “personal”, si se me permite decirlo.

5. Someter cada uno de estos rasgos a una evaluación cualitativa y cuantitativa: examinar, medir, anotar. Homogeneizar las puntuaciones así obtenidas. Corregir discrepancias. Suavizar anomalías.

6. Priorizar las notas suavizadas. Distinguir las por peso e importancia para resaltar especialmente los rasgos más útiles a la sociedad: amabilidad, docilidad, conformismo, respeto a las normas, etc.

A partir del punto 7 comienza la reconstrucción de la personalidad.

7. Ahora, agrupar los rasgos, según las exigencias sociales actuales. Por ejemplo, la belleza del rostro con la frecuencia de las sonrisas, para imponer un modelo de sociabilidad. O una edad y una biología con desempeño para constituir el carácter “productivo”.

8. Recomponer finalmente, toda la personalidad que había sido despedazada, según las agrupaciones establecidas y las jerarquías atribuidas a dichas agrupaciones.

9. Registrar el compuesto final. Asignar el rango equivalente a este grado. Asignar el nombre equivalente a este rango.

10. Asignar el nombre –junto con un retrato escrito de dos páginas y todas las notas asignadas a los cuatrocientos rasgos de personalidad– al individuo que está siendo evaluado.

¿Tuvisteis tiempo para compilar todo? Bien. Entonces, ¿cuál es el error de este análisis? ¿Qué está faltando? ¿Jyqfr?

– Me parece un poco paranoico su análisis, discúlpeme. En el Clastre, todos participan, le gustamos, Sr. Captp. Escuchándole, parece como si a nuestras espaldas se estuviera urdiendo un horrible complot, orquestado por algún servicio secreto. No entiendo. Cada uno de nosotros está clasificado, priorizado: está bien. Pero también lo notamos, ejercemos el poder. Y luego, concretamente, el procedimiento no afecta a quiénes somos. Cuando me hacen un examen médico, me examinan los ojos y los oídos, me registran el corazón... No me cortan en pedazos poniendo la oreja en un frasco, el corazón en el congelador...

Risas generales en la sala. Los estudiantes están atentos a mi reacción. Yo sonrío:

–¿Y cuando vas al psicólogo?

– Buena pregunta, anota en una hoja lo que le interesa y listo. Después recibo mis notas y veo que no presto suficiente atención a los demás, que hablo poco, ¡y así sucesivamente! ¿Cuál es el problema?

Sus amigos todavía se ríen.

– El problema es que a nivel concreto, como bien habrás observado, el Clastre no tiene control sobre el individuo. Dices: el procedimiento no nos afecta. Es verdad: no hay contacto. Incluso durante el reconocimiento médico: todo pasa por una serie de ondas, vibraciones, resonancias. Registramos ecos en lugar de tomar fluidos. Entonces se deduce: el individuo está a salvo. Hablamos de él, pero sigue intacto.

– ¡Exactamente!

– Pues no, Jyqfr, ¡no se queda intacto! Pero es precisamente la gran fuerza de un sistema como el Clastre hacer que la gente lo crea, que parezca tan ineficaz como inofensivo. Sin embargo, se ha convertido en una ley en nuestras sociedades: cuanto más eficaz es un poder, menos se manifiesta como poder. No sólo ha renunciado a las limitaciones físicas durante un siglo, sino que ahora evita cualquier tipo de mandato, orden imperativa o prohibición formal. Los poderes modernos, como les he dicho muchas veces, se despliegan en lo intangible, lo invisible y lo intersticial. Cada gesto tiene su importancia. Para tomar prestada una imagen de Foucault, son aparentemente tanto menos “corpóreos” cuanto más hábilmente “físicos”. Por eso la ausencia de contacto no debería tranquilizarte, Jyqfr. Ello debería avisarte. Recuerde Drakf: las potencias

modernas son aerodinámicas. Su problema es el coeficiente de penetración. ¿Y de qué depende este coeficiente?

– De las resistencias.

– Sí, entonces: ¿cómo penetrar –corazones, cuerpos o almas– suscitando el mínimo de resistencia? Es un problema de deslizamiento, muy simple. Una vez más: habría sido sorprendente que encontráramos la solución técnica a las fricciones sin encontrarla en el orden de las “fricciones políticas”. ¿Por qué, como los bárbaros, desperdician 100 de fuerza sólo para enfrentarse a 95 y ganar 5 de poder? ¿No es mejor desarrollar un pequeño 7, discreta pero constantemente, de modo que sólo quede 2 para la resistencia? Una palabra más: mi análisis no es paranoico, en el sentido patológico. Pero es inevitable que aparezca así para aquellos que no quieren ver que esta misma apariencia sigue sirviendo a los poderes que están detrás de ella, para desacreditar los ataques que se lanzan contra ella (aquí siento que una buena mitad de la sala ya no sigue en absoluto...). Para decirlo de otra manera: dentro del Clastre el poder es tan plenamente democrático –ya que cada uno evalúa a quienes le rodean– que prohíbe acusar a nadie. Por lo tanto, no pretendo denunciar un complot, Jyqfr: pretendo revelar una pieza de maquinaria. Y es mucho peor, una pieza de maquinaria...

En resumen, porque el tiempo se acaba. La tecnología social del Clastre tiene como objetivo:

1. *Extraer, del individuo, un doble corregido de sí mismo: el dividuo.* Tenga en cuenta que enfatizo “del” y “corregido”. El Clastre no nos ofrece un simple espejo, ni un boceto ya pintado...

Voy a continuar cuando Ciymp amablemente me interrumpa. Ella se siente perfectamente cómoda con el tema y lo demuestra:

– El retrato individual del Clastre, que cada uno de nosotros recibirá dentro de un mes, es, si se quiere, el reflejo de un espejismo. ¿Alguien aquí tiene un espejo en casa? ¿No? ¿Nadie? ¿Conocéis el principio de todos modos? (Algunos sacuden la cabeza). Bueno, ya sé que son principalmente las personas mayores las que los utilizan, pero... os lo resumo: tienes en un espejo, todo lo que *a priori es lo más normal*. De hecho, se trata de una pantalla vertical y detrás de ella hay toda una serie de minicámaras. Cuando te miras al espejo, las cámaras se activan y graban tu rostro desde todos los ángulos. Envían las imágenes al ordenador, que las procesa con diferentes filtros, las retoca, a menudo borrando las arrugas, acentuando el color de los ojos o el contorno de los labios... La imagen retocada luego se muestra en la pantalla del espejo. Todo se hace en tiempo real, por lo que realmente tienes la impresión de ver tu reflejo en el espejo aunque... aunque sea una imagen de

vídeo reelaborada. La gente compra eso, ¿sabes? Tienes la nariz torcida, granos o demasiadas arrugas: no hay problema con el espejo. “Mirapantalla, el espejo que te miente” (los alumnos se ríen). ¡Estoy bromeando pero ese es el lema! ¡No estoy inventando nada! Había que atreverse, ¿no? Y funciona, muy bien, a la gente le encanta: se ven a sí mismos exactamente como quieren verse. Pues con el Clastre pasa lo mismo. Funciona muy bien. Tomamos pedacitos de ti, los mezclamos, quitamos lo podrido, los arreglamos de manera presentable y te decimos: ¡mira el espejo, eres tú en él!

Continúo. Los alumnos, aunque cansados, aguantan:

– 2. *Alentar a todos a sustituir a su persona por sí mismos.*

El día del resultado, tu nombre cambia. Eres otro u otra. Eres... tu nuevo nombre y estás obligado a aceptarlo. Las piezas cortadas por el Clastre te son asignadas automáticamente. Se convierten en tus *documentos de identidad* de facto. Al leer tus notas, una a una y línea a línea, sigues, sin darte cuenta, la fragmentación de tu personalidad establecida por la norma. Cada uno piensa en sí mismo y se sitúa socialmente a través de un modelo impuesto. Se puede descifrar y evaluar a partir de las notas: ah, soy competente, muy alegre, pero falto de tacto, mis ciclos anímicos son muy redundantes, agrado a mis superiores, mis subordinados me ubican en la categoría de líderes carismáticos, etc. Por tanto,

el retrato individual asegura, quizás incluso más que el nombre, la apropiación del individuo. Al ciudadano le ofrece, como dice Drakf, series individuales en las que amablemente le pide que recoja sus fragmentos.

3. *Gestionar a los individuos según las necesidades, ya no individuales, sino de la población.*

La deconstrucción–reconstrucción del individuo, si bien parte de él, se articula en los modos que le da y retornan a él, persigue objetivos que naturalmente exceden al individuo. ¿No es su broma para hacernos creer que está interesado en nosotros? ¿Que presta atención a hombres y mujeres mientras manipula muestras? Cuando el individuo se desencarna para encarnar su yo (social), lo importante es menos que realmente *crea* que es el yo que le fue “propuesto”, que el hecho de que actúe socialmente *como si lo creyera*.

El Clastre claramente pretende ser un modo de gobierno para el cual la diferencia entre individuos es relevante. Y esto, en cuatro niveles (los evaluadores trabajan a pleno rendimiento en la sala. Devoran sobre la marcha cientos de condensados brillantes o salvajes que capturan mis pensamientos):

a) La emulación general + espíritu competitivo fortalece la competitividad de Cerclon I/otros Cerclons.

b) La sociabilidad. Notas de sociabilidad => las personas son amigables entre sí. Importante porque hay una fuerte promiscuidad en los satélites, por lo que el gobierno necesita el máximo respeto en las relaciones.

c) La economía de deseos que el Clastre despierta, desarrolla y mantiene: deseo de reconocimiento, ascenso o éxito, ansiedad, placer de juzgar... Esta economía es fácilmente manejable.

d) El arte de gobernar. Una población sólo es administrada si está dividida en pedazos y según las exigencias del equilibrio de poder percibido en ella por los líderes. Sin embargo, para poder dividir, todavía es necesario inventar unidades que sean a la vez estables y maleables, ni demasiado diferenciadas (porque no podríamos *integrarlas*), ni demasiado pocas (entonces serían inútiles): estos son precisamente los individuos –o las fracciones de población.

Esto nos permite definir al individuo de dos maneras interconectadas. Uno: como producto de la fragmentación–reconstrucción; dos: como la entidad políticamente manipulable más pequeña. El genio del Clastre es haber logrado hacer circular en un anillo estas dos figuras: el hombre sólo accede a la verdad de su ser en virtud

de un viaje que lo constituye, en el mismo movimiento, como individuo singular y como ciudadano manejable.

4. Gobernar a los ciudadanos modulando las características de la población individual que los ha reemplazado.

Si el individuo se convierte en su dividuo, el pueblo se convierte en población. Para los poderes fácticos, funciona entonces como un forro cosido *de pueblo sobre pueblo*, con la intención de tapar la realidad.

Los méritos políticos de este revestimiento son triples:

a) A fuerza de dirigirnos a él, lo presentamos como el pueblo verdadero. Y esto, a los ojos de las mismas personas que terminan creyendo: somos esto y aquello, y que lo aceptan tanto más fácilmente porque no tienen a su disposición ningún medio, a diferencia de la manipulación individual, salvo su intuición, para restablecer una cierta veracidad sobre cuál es la comunidad en la que opera.

b) El revestimiento presenta una población estilizada, con ángulos pulidos y singularidades aterciopeladas. Es un uniforme personalizado que distingue a cada persona, pero cose su pertenencia a todos. Para este modelo simplificado, del original sólo se ha conservado lo que resulta concluyente para el ejercicio de cualquier control. En consecuencia, la

población individual se calibra en función de las capturas necesarias para las potencias que la invierten. Se trata, en definitiva, de un doble instrumental.

c) La población individual, al ser divisible según multitud de rasgos, permite ciclos de incentivos/inhibiciones, agrupaciones y disociaciones, en definitiva, todo un juego diferencial de personajes.

– En marketing, por ejemplo, si se quiere vender un juego virtual de lucha callejera, hay que combinar las características masculina, joven, velocidad de reflejos, agresividad y alfabetización cinco por debajo de M para determinar el objetivo de compradores potenciales. Luego despertar los deseos correspondientes: agresión o asesinato, e inhibir lo que se le opone: sensación de estupidez, riesgo de sufrir daño. Para aprobar un decreto se utilizarán técnicas similares: determinación de los partidarios y sus rasgos comunes (lo que Drakf llama series individuales convergentes); luego hacer una campaña política basada en este corpus común.

– Gracias Cyimp. La parte teórica de la clase ha terminado por hoy. Termina el concierto. ¡Paso al concierto! ¡Sus preguntas y comentarios son bien recibidos! ¡Insultos bienvenidos! ¡Tú decides!

Se eleva la cacofonía de una docena de voces. Muchas solicitudes de aclaración. Dejaré que la extravagante Cyimp

se las arregle sola. Están surgiendo algunas críticas, transmitidas por Jyqfr y contestadas por Fcuza. Le pido a Mnocv que suba al escenario para desarrollar su objeción de paranoia. Con su pequeño tamaño y sus gestos salvajes, inflama la sala. Un estudiante me pregunta si diseccionar un Sistema es suficiente para criticarlo, si criticarlo es suficiente para derribarlo. Preguntas crueles. Respondo que no. Que es sólo un paso. La acción por sí sola es una amenaza. Y que un libro, una conferencia, no es necesariamente acción. Ella asiente con su bonita cabeza. Esta es la mejor parte de la clase. Aquella en el que los estudiantes se deshacen de su comportamiento estudiantil. Ese en el que se levantan, hablan, fuman, coquetean, se envían notas y poemas. Los más valientes suben al escenario para exponer sus ideas. Pocos de sus camaradas los escuchan, según esta costumbre que dicta que el privilegio de escuchar debe estar reservado sólo a mí. Como si el profesor tuviera derecho a hablar. Les grito por eso. Nadie me escucha... Ya se han formado grupos. A menudo son los mismos círculos: los literarios, los nietzscheanos, los deleuzo-drakfianos, los fivtistas, un grupo de lesbianas, la pandilla Mnocv que van a buscar paquetes de brax, algunos homosexuales que se admiran mientras hablan. Es el lío habitual. Mi clase parece haberlos impactado un poco. Quizás demasiado técnica. El grupo que me rodea es más reducido de lo habitual y me hablan de cualquier cosa menos del Clastre.

Dos oyentes libres, a quienes vi durante la presentación, primero porque son nuevos y luego porque me parecen bastante viejos, me preguntan sobre el comunicado de prensa de la Volte. Establecen una conexión bastante desestabilizadora con mi rumbo. Y luego sale de su boca, sin que parezca hacerlo, una pregunta divertida, interro-negativa, astutamente construida, con la alternativa ternaria de los claustrólogos –una verdadera firma para quienes conocen sus técnicas. Sólo hay una forma de desactivar estas bombas, sólo una probabilidad:

– Sin duda.

Se alejan con una sonrisa en sus rostros. Nos entendimos.

Les sucede un tipo que conozco bien. Me lleva aparte: quiere consejo sobre una chica que le gusta. ¿Qué puedo decirle? Ella lo encuentra demasiado intelectual. No entiende por qué.

– Me estás cogiendo frío. O tomamos una copa juntos o... no me gusta dar consejos. Podría contarte una historia que tal vez resuene con la tuya, tal vez no. ¿Lo intentamos?

– Claro.

– Hasta los veintisiete años creo que también fui un intelectual. En el mal sentido claro. Tiraba mis ideas al mundo como redes; lo veía todo a través de las vallas y cuando miraba a través de ellas, las cosas se recortaban en

forma de diamantes: tenía la impresión de ser inteligente. Para mí nada igualaba a la filosofía porque la filosofía levantaba los Cubos, podía modificar la curva de los electrones... nada se le resistía. Pensar era cohesionar multiplicidades improbables, compactar sociedades enteras, era fracturar el enigma del tiempo, inventar verdades que nada, jamás, contradeciría, ya que no tocaban la materia, porque viajaban a través de espacios puros, una especie de cosmos sin estrellas. La mañana de mi vigésimo séptimo cumpleaños salí a caminar por la rad-zona. Hacía mucho viento, lo recuerdo, la luz aislaba los baches. En un lugar, todo el camino hacia el este, hacia el anillo, no sé si lo sabes, pero hay un pequeño cráter con una especie de estanque azul violeta en el fondo...

– ¿Un cráter de impacto, un poco abombado?

– Ese es. Bueno, al borde del cráter había un barril. Tumbado. Allá. Justo en el borde. Un barril de baterías nucleares. Me acerqué y sin pensarlo, presioné el barril con el pie para hacerlo rodar hacia el estanque, como un niño. No se movió. Fue absolutamente asombroso. Entonces lo empujé hacia atrás un poco más fuerte. Nada. Lo intenté con las manos, luego con los hombros y con la cabeza. Lo intenté todo: nada. No quería moverse. Sin embargo, estaba realmente al límite, en el buen sentido, a un pelo de rodar. Pero ahí lo tienes: pesaba demasiado. Me quedé tal vez una hora mirando el barril, el estanque y la pendiente. Y cincuenta veces hice rodar el barril en mi cabeza, hasta llegar

al agua. Parecía tan fácil. Fue muy frustrante también. Varias veces más, tiré, luché, cavé debajo, yo... No se podía hacer nada. No se movió ni un poco. Permaneció allí durante meses. Volví a verlo regularmente. Cada vez, con la esperanza de hacerlo moverse, cada vez con una nueva idea para vencer esa gravedad artificial que lo clavaba en el suelo, para mandarlo al fondo, para echarle a patadas, para dejar de verlo...

– ¿Por qué no usaste un repelente magnético? Se mueven toneladas con eso ...

– No quería usar herramientas. Con una herramienta estaría haciendo trampa. Para mí era un enfrentamiento. Yo contra él. Yo y mi fuerza, yo y mi inteligencia contra él. Lo probé todo, te lo aseguro. Pocas veces he dibujado como lo he hecho con mi imaginación. Lo soñaba por la noche: su masa entronizada y bulldozers gigantes arrancando todo el cráter y el barril permanecía allí, en su lugar, sobre una especie de estela de tierra, burlándose de mí... Pero no, ni siquiera se estaba burlando de mí, él estaba allí, de pie, eso es todo. A la larga, estuve tentado de humanizarlo. Quería infiltrarme en todo ese bloque con el deseo de un desafío, algo que justificara el hecho de que ninguna de mis ideas tuviera éxito. Aunque sabía que era fácil. Este barril no resistía: persistía. Y yo estaba seguro de mí mismo, ¡puedes creerme! Duró meses. Sin embargo, estaba convencido de que lo lograría y que no lo conseguiría utilizando los

músculos, con mi cuerpo, sino gracias a mi intelecto, gracias al poder de mi intelecto.

–¿Y lo conseguiste?

– Nunca. Agoté mi imaginación con él. Una mañana me desperté y supe que había perdido. Ni siquiera lo sabía, no: lo sentí. Lo sentí con tanta fuerza, con tanta impotencia en mi cuerpo... Porque en mi sueño mismo, el barril había dejado de rodar. El mismo día regresé al cráter. Había llovido mucho. El barril se había caído al estanque. Quedaba un corredor de barro. Esa es la historia. Nunca intenté extraer una lección intelectual de esta historia. Sólo recuerdo lo que pensé al ver la pendiente de barro: que era la lluvia la que lo había hecho. Sólo gotas. Después cambié. Qué de rápido, por qué, no puedo decírtelo. Me puse una regla, sin darme cuenta: cada vez que tenía una idea o una convicción, tenía que probarla. Intentar hacer lo que pensase. Ya no mover Cubos y civilizaciones en el cosmos, sino actuar sobre cada pensamiento, por pequeño que sea, confrontarlo con la resistencia de la materia, confrontar su movimiento con la gravedad de las cosas y las personas. Gente terrible... A veces más pesada que los barriles. Seguí siendo un intelectual, así estoy hecho. ¿Y entonces que? Sacudí las nubes para que mis ideas cayeran como un pequeño granizo. Con el viento, comenzaron a viajar por el suelo, chocando contra obstáculos, sobreviviendo o derritiéndose. Me limpié del frío granizo que aplastamos con los pies. Los más

calientes terminan en lluvia, ¿no? Y fue esta lluvia la que hizo que el barril se resbalara.

– A mí... me gusta tu historia, pero comparado con mi problema... no me ayuda mucho...

– Te critica por ser demasiado intelectual. Probablemente tenga razón: No sigues tus ideas. Caminas hacia el horizonte cuando deberías vivir en el horizonte, y el horizonte no es el cielo, es la tierra por la que viajas. Es el desierto cuando lo atraviesas de punta a punta. ¡Actúa según tus pensamientos! ¡Hazla correr por el suelo! ¡Díselo a la gente, muchacho! ¡Confróntalo con la realidad! Si después de eso todavía te encuentra demasiado intelectual, un consejo: ¡Abrázala, eso es radical!

IX. “REFLEXIONAR ES VOLVER A FLEXIONAR”

> Sec se está moviendo este año. Parece que he filtrado coágulos de la picadora en las cafeteras. Por lo general, en el mes del Clastre, la Volte, está tranquila, peor que la zona de radiación por la noche, cuando las turbinas de oxígeno hacen ruido y el nox forma bolas en los cráteres. Los chicos lo dejan pasar, esperan a que suceda, porque todos están tan mojados en el puto Clastre que para luchar contra esto, se necesitarían cincuenta cerebros del tamaño del de Captp, conectados en serie, para tener una idea que no sea estúpida contra eso. Estamos tirando folletos, sí, como de costumbre; no podemos hacer nada sin tirar dos toneladas y media de folletos con textos con derechos de autor de Kamio que ningún zonero nativo probablemente pueda descifrar. De todos modos, no está dirigido a ellos. Supuestamente ataca al tipo en la barandilla que sólo conoce su camino y quiere descarrilar –excepto que al entregarle tu papel, y pasarlo rápidamente, ¡le importa un

carajo! El papel va directamente a la trituradora de vacío. La distribución, para mí, solo es inútil. Esto es la Volución a potencia cero. Sigo prefiriendo las conferencias que da Kamio en su taller, o cuando se sube a una silla en un centro de reuniones para abrir la boca y los clientes lo miran desde abajo y se preguntan de dónde viene para darles una lección sobre cómo juzgar o ser juzgados, y por qué Dios murió, si es que empezamos a juzgar peor que él, etc. Tiene pelotas cuando quiere, Kamio. Como a veces hace mucho calor y los chicos disfrazados lo sacan del asfalto, no se mueve con claridad.

Sec, se mueve. Da calor ver eso. Pues los chicos se han olvidado de la rabia desde las cuchillas. En la última reunión, Captp quería empezar con los tecnoinjertos, tenía preparado lo suyo. Él me lo había mostrado: era poderoso. No pudo colocar ni uno, tanto querían los muchachos la piel del Clastre, que este año, gritaban, no dejaríamos pasar nada, lo golpearíamos todo, ¡la cagamos! Rara vez se ve una cosa parecida.

Captp me pidió que guiara a los muchachos en una operación de las que a mí me gustan. Una acción de comando, que con unos cuantos amigos de la pandilla habíamos ensayado en un rincón de la parcela, durante días en los que se deslizarían en el movimiento. Y ahí estaban deslizándose, incluso volando. Nosotros lo propusimos: ¡los muchachos conectaron, nunca habían visto eso, arcos eléctricos que impactaron contra las naves! Como cuando de

niños, arrojábamos cubos de flota a los paneles de control de los ferrys, traqueteando por todas partes.

“Tele-ruptión”, llamamos a la operación. O “Rómpelos”, da igual. La idea es que la turbina, al estar alineada, ronronee en tu sala de televisión. Cuando enciendes el holo, es peor, ahí estás encuadrado en la imagen, te rodea, no miras el mundo, es el mundo el que te mira a ti. Entonces la idea es que la gente necesita perder el control. Que despeguen sus retinas del cristal. Ahí lo tienes: vamos a piratear antenas parabólicas en edificios. Instalar un transmisor cerca y enviar nuestra señal. No son trabajos duros ni propaganda, sino más bien iniciadores de tramas, altas dosis de anticretinismo. La esperanza que tenemos al final es que se den cuenta de que fuera de la pantalla pueden hablar con su mujer, con sus hijos, que pueden salir a charlar, jugar al fútbol... Que el cosmos, está fuera (no en el frasco) ¡Afuera!

Tomé a nueve tipos para el comando. Gente rápida, con manos que no son del tipo Brihx (tomo una ventana, la rompo), forzadores de cerraduras de primera, mecánicos, caldereros que te abren una trampa para oxígeno en diez segundos. Los probamos todos en el campo. Tres tipos terminaron chapoteando en un tanque... ¡Cinco esguinces de tobillos y algunos huesos rotos! Al final me quedé con nueve tipos de sesenta. No hay ningún secreto: son los que están acostumbrados a acechar, los que no tienen Carta de identificación, los que se esconden. Los que corren entre los trozos de metal desde que su madre los arrojó al espacio.

Los demás necesitan entrenar. Lo necesitan, no lo digo... ¡Pero no están acostumbrados! ¡No puedes acostumbrarte! El tiempo se ha acumulado dentro de ti. Reaccionas, no sabes por qué. Él lo sabe, lo sabe, aunque tú no lo has pensado. En la acción (se lo dije a los chicos), es el reflejo. Los gestos van más rápido que tú. Nada más verlo, ya has terminado –abres la escotilla, ya estás dentro, con los pies hacia atrás– te levantas –patada fuerte en la rejilla, estás en el techo.

> ¿Quién de Brihx, Obffs, Slift, Kamio o yo podríamos haber anticipado lo que iba a pasar durante el mes del Clastre? Nosotros, los que formamos el último pentágono de Zorlk, nosotros el Bosquet, los llamados estrategas del movimiento, estábamos aprendiendo en tiempo real una lección de aceleración política.

Cuchillas, comunicados de prensa, sabotaje y piratería, la Volte, “movimiento”, “facción”, “grupo armado”, “pequeño grupo”, apodados con el epíteto de “terroristas”, ya no se separan de la órbita de una noticia habitual dedicada al Clastre, que, en proporciones opuestas, se hizo cada día más discreta bajo la multiplicación de notas de celo (20/20) que se veían agravadas por el deterioro de los datos hasta el punto de obligar a servicios enteros a repetir todas las pruebas y todas las entrevistas. La eterna arrogancia satisfecha de los ingenieros del Clastre que aseguraban

(según una fórmula que debía pirograbarse con láser sobre su blanca piel) que “todo va exacta y rigurosamente según lo previsto”, había cedido, unos días antes de los resultados finales, hasta la confesión molesta de que “dada la magnitud de las disfunciones, la clasificación corre el riesgo de retrasarse de tres a ocho semanas”. Lo que ya era, en sí mismo, una victoria para la Volte, –aparentemente insufrible para el gobierno.

El efecto dominó sobre la población superó nuestras expectativas. Por primera vez en treinta años, una corriente de opinión que atacaba *el principio mismo* de clasificación había traspasado el umbral mediático. Se basaba esencialmente en la fracción inmigrante de trabajadores cerclonianos que, angustiados por la perspectiva de ser desclasificados, más conscientes que los nativos de la naturaleza muy aleatoria, si no injusta, de una serie de criterios, estaban muy dispuestos a regresar al sistema de promoción por el superior que conocían bien y del que, en cualquier caso, pensaban sacar más provecho. El movimiento, sin embargo, superó rápidamente esta población adquirida para encontrar un sólido apoyo entre los jóvenes y entre los artistas, sus mejores portavoces.

La reacción del *establishment*, debió su elegancia a la pluma de C, ministro de Clastre y de Competencia Económica, que creyó discernir “bajo el lamido inaudible de las ideologías en gestación, el gran océano de la pereza y de la envidia”. Traducción: por un lado, los perezosos, los

envidiosos, los no talentosos que reclaman, bajo pretextos falaces, la muerte de un Sistema justo, pero que los desenmascara; ¡del otro, los trabajadores modelo y talentosos, los hombres y mujeres de mérito, legítimamente recompensados, que defendían los derechos de los vencedores contra los vengadores de manos peludas!

En cuanto al Ministerio de Orden Público, normalmente tan prudente, abandonó rápidamente su detallada dialéctica... Después de tres semanas de disturbios, ya no trató de distinguir los clamores de las emisoras, de diferenciar el sabotaje de la piratería, e interpretó la dispersión de nuestros objetivos y nuestros ataques con un único motivo: la subversión. En virtud de lo cual comenzó a tejer, a nuestro alrededor, su red negra... La difusión de los clamores se relanzó y se extendió a los farsantes, que quedaron expuestos a una demolición de 80.000 plazas. Se introdujeron las rutinas de acceso anti-ricos a las tiendas de comestibles; los ingenieros infractores fueron denunciados y castigados –Blusq escapó milagrosamente gracias a la solidaridad ejemplar de sus compañeros que, aunque sancionados, no lo denunciaron.

Sobre el fuego del grupo anticlastre –violaciones en redes, modificación de billetes, destrucción física o informática de bancos de datos, piratería de terminales de empresas, etc.– ocurrió lo inevitable: unas diez personas fueron acusadas. Todos los hombres y mujeres que habían prestado juramento y que se habrían cortado la lengua antes que

admitir su pertenencia al movimiento. Recibieron sanciones severas: demolición de un millón de plazas, acompañada de la obligación de reembolsar los daños. Se organizó una colecta secreta para ayudarlos, pero ante la gravedad de las multas, las sumas recaudadas se derritieron como hielo irradiado. Cuatro muchachos, que no pudieron cumplir con la cantidad exigida, fueron condenados a trabajos duros: triplicación de la jornada laboral, pagando la totalidad del salario a Hacienda; sin días libres ni vacaciones, tarjetas especiales bloqueadas a cien unidades/día... Lo peor es el trabajo impuesto: purificación orgánica del Cubo –¡un bronceado garantizado!

Al final, sólo la operación orquestada por Slift fue un éxito intachable. En pocas noches, con tres equipos, Slift había conseguido colocar transmisores en una treintena de tejados de edificios: en la zona de Qasar, en las Trois Roues, en la residencia de los desembarcados... Siempre en el borde de los sectores, lejos de las Torres panópticas y lo suficientemente alto como para ser visible, como máximo, desde los tres pisos superiores. Por precaución, los palcos de estos pisos, en el eje donde operaban los pelotones y mientras operaban, fueron okupados por compañeros de lucha. Buen trabajo.

Cada tejado había sido equipado con ocho transmisores que, bien camuflados a pocos metros de la antena parabólica, suplantaban cualquier otra emisión que no fuera la propia. ¿Por qué ocho cuando un transmisor habría sido

suficiente? Slift me respondió: “porque, Captp, en cuanto los niños encuentren algo mal, llamarán al carcelero quien, no tan estúpido, inspeccionará la antena y luego los alrededores. El primer transmisor que encuentra, el carcelero, le sonrío con toda su dentadura postiza; lo noquea con un taconazo y tranquiliza a los lugareños: ¡se acabó el juego! ¡Puedes volver a encender el frasco! ¡Y boom, comienza de nuevo! ¡Ya que todavía tenemos siete transmisores! Dependiendo de si el carcelero se desahoga o no, podría pasar un tiempo antes de que encuentre los ocho”.

Los transmisores estaban conectados en una frecuencia codificada a la emisora central, ubicada en la zona de radio, desde donde se originaban nuestros montajes, que irradiaban todos los televisores del edificio equipado.

La primera imagen pirata fue una perversidad que le debíamos a Obffs, que había orquestado todos los “programas”. Su mente hervía de ideas e imágenes cáusticas y disfrutaba visiblemente en la mesa de montaje, con Onurb a los mandos, inventando y ampliando lo que le contaba, urdiendo planes destructivos entre ambos. Durante medio segundo, la imagen de A apareció en la pantalla, acompañada de una pequeña risa. Luego la imagen fantasmal regresaba, lenta, insidiosa, provocando confusión en la mente del espectador, con cortes muy rápidos, ¡cercaños a la alucinación! Luego aproximamos los intervalos de emisión hasta que una sorda angustia brotaba

de la claraboya y se apoderaba del espectador que, cambiando de canal en canal para escapar de los flashes, los encontraba, por todas partes, recurrentes... Y la voz de A, entrecortada, formando una frase particularmente divertida y aterradora “Yo... yo... te amo”.

Tras esta puesta en marcha ya no llegaban las imágenes, sólo el sonido, que Onurb sustituyó completamente por el del canal que se estaba viendo:

“Estos son los circuitos de sonido de tu terminal hablándote. Ya ocupamos toda la red eléctrica de tu apartamento. Hemos conectado el frigorífico al radio despertador y en exactamente un minuto comenzará la descongelación final de tus alimentos congelados. Tu suministro de oxígeno está suspendido. Se te ha cortado el aire acondicionado. Tu puerta codificada está cerrada desde dentro: por lo tanto, estás atrapado aquí. No toques la red domótica. No enciendas ninguna lámpara. Mantén la calma. Actualmente estamos en el proceso de toma de posesión de los circuitos de vídeo del Terminal. (...) ¡Sobre todo, no te muevas! Espera nuestras instrucciones. (Una vibración amortiguada, baja hasta el límite de lo audible, hace que el monitor vibre. La pantalla se blanquea visiblemente... Escuchamos una serie de explosiones breves, como fusibles o cables quemados. Cortamos, encendemos. La pantalla se congela: negro). Nos vimos obligados a poner en orden la red de vídeo, que se negaba a colaborar. Bien. (Inexplicablemente, de repente la pantalla se vuelve a

encender o mejor dicho, intenta volver a encenderse... Ruidos eléctricos alarmantes). *¡Circuitos de video buscan forzar el acceso al sector! ¡Riesgo de implosión del monitor, repito, riesgo de implosión del monitor! Recurrimos a la red telefónica. ¡Quita el enchufe de la terminal! Repito: ¡peligro inminente de implosión! ¡Desenchufe el monitor! Nuestras instrucciones adicionales le serán transmitidas por teléfono lo antes posible. ¡Espere nuestras instrucciones!*”

¡Y estábamos llamando en realidad! ¡A cien apartamentos donde los pobres cerclones saltaban al oír la voz de los circuitos de sonido, que ahora dictaban sus órdenes por teléfono! ¡Porque era la misma voz, pregrabada, la que continuaba! Y si la mayoría de la gente, desestabilizada pero consciente, se rió del chiste o se indignó, una buena cuarta parte no dudó ni un segundo de que los circuitos sonoros de su terminal ocupaban ahora su línea telefónica. ¡Y que se les prohibía volver a conectar su monitor antes de recibir más instrucciones (que nunca llegarían...)!

Así transcurrió el día en *TVolte*, alternando delirios, chistes, representaciones poéticas, pantallas negras que anunciamos con estas palabras: *Eclipse de Saturno*, interferencias puras y simples, rayas, saturación sonora, siendo el objetivo mucho menos invertir la claraboya que forzar ¡Cada espectador debía apagarla! Entre estos fuegos artificiales, dos secuencias breves y ligeramente construidas seguramente dejarían su huella. La primera, proyectada en 2D, podría describirse de la siguiente manera: un ojo ocupa

toda la pantalla, un iris bellísimo entrelazado de azul y verde, con finos copos de oro en algunos lugares. Pasan unos segundos y luego el ojo se oscurece imperceptiblemente. En su superficie se reflejan destellos de luz, al principio muy borrosos, luego cada vez más claros, hasta que podemos adivinar las variaciones de luz de una pantalla. El ojo, que hasta ahora permanecía bien abierto, comienza a parpadear, al principio sin relación con las variaciones. Pero a medida que las imágenes proyectadas sobre la pupila se aceleran, ésta parpadea cada vez más rápido, hasta que se alinea con el destello real de las imágenes, como una luz estroboscópica. Sin embargo, el párpado se vuelve incapaz, a partir de una determinada frecuencia, de seguir el ritmo inhumano de los destellos, hasta el punto de que permanece cerrado durante más tiempo. Pero en cada una de las aberturas aparecen a partir de ahora zonas rojas y marrones ligeramente fosforescentes, incrustadas en el iris. El ojo se ha curvado, también lo notamos, hasta formar un globo azul perfecto. Las zonas rojas apenas delinean un archipiélago en el océano turquesa del iris. El ojo se cierra algunos segundos. Cuando se abre de nuevo, el archipiélago se ha convertido en un continente y el océano se ha disuelto en una miríada de lagos rodeados de tierra. El ojo estaba nublado por una lágrima. Se cierra. La lágrima comienza a fluir bajo el párpado cerrado. Ahora fluye completamente, como si la expansión mineral acabara de apretar el iris como una esponja. Tenemos un poco de miedo ante la próxima apertura: llega lentamente. El ojo ya no tiene fósforo. El velo

húmedo se ha solidificado formando una capa de barniz. La pupila no se dilata ni se retrae. Ella murió. El iris, nuevamente plano, no es más que un trozo de mármol hermoso y brillante. En este punto, una voz fuera de cámara pregunta: “¿Estás viendo televisión?”. El ojo de mármol, bien abierto, responde: “Veo, la veo...”

La otra secuencia, aún más opresiva, utilizó las posibilidades holográficas de la Terminal. Onurb lo interpretó en breves extractos. Allí también era un ojo, pero sin párpado, desnudo, como arrancado de un rostro y dejado ingravido, con el nervio óptico flotando detrás del horrible globo. Cuatro ojos, en los cuatro puntos cardinales, con efecto envolvente, por supuesto: el espectador en el centro y los ojos que lo miran fijamente, en silencio, con el iris dilatándose y retrayéndose, como un zoom en perpetuo ajuste... Entonces un susurro se eleva hasta al margen de lo audible: “Dios no tiene ojos...”

¿Por qué una acción relativamente apolítica, más bien ligera, que apenas afectó a tres mil viviendas durante menos de una semana, tuvo el efecto de una bomba? Nadie en la Volte lo entendió realmente. Quizás las víctimas de nuestro hackeo se sintieron atacadas en el corazón de su vida privada, donde creían que estaban para siempre fuera del alcance; que en un instante había surgido en ellas la visión aterrorizada de un mundo sin televisión, de un mundo

donde lo fundamental, la libertad del zapping, estaba amenazada. ¿O que la pesadilla de la asfixia, controlada por una máquina que cerraría las válvulas del oxígeno, fuera realmente aterradora? Quizás el Presidente estaba profundamente molesto al ver el monopolio de una imagen que con tanta paciencia había suavizado, y que nuestro subliminal A, reproducido por todos los canales, lo había inspirado a llamar enojado a P, a quien le había indicado que la palabra Volte debería desaparecer para siempre del vocabulario político y social. Sin duda, también hubo, por parte de los propios medios de comunicación, una reacción superficial, una percepción dolorosa de un ataque a un monopolio, que exigía que el acontecimiento fuera exagerado hasta convertirlo en una monstruosidad antidemocrática. En cualquier caso, el impacto de esta modesta acción fue considerable. La onda expansiva sacudió todas las capas de la sociedad, fracturándola en varios bloques antagónicos en medio de los cuales los raros fragmentos que aún eran neutrales fueron convocados a tomar partido. El bloque de jóvenes artistas–intelectuales–terrenales–radiantes, que nos apoyó sin reservas, se enfrentó por lo tanto al bloque del gobierno–Sistema–medios de comunicación normados. Al mismo tiempo, una masa de líneas menos claras, que apreciaba el humor de nuestros recortes sin respaldar el principio (o viceversa...), reunió a una parte de los jubilados y de los inactivos, así como a todos los que estaban cansados

de la monotonía de los programas de televisión, y que esperaban de nuestra acción un descanso de las cadenas.

Pero el efecto más directo de esta efervescencia fue una repentina polarización en la figura de la Volte. En una semana, la cantidad de análisis, informes, archivos, ficciones, artículos y libros que pasaron por nuestras cabezas rozaron la locura. Lo que emanó desató pasiones y el primer efecto de este estallido fue instalar aún más gente frente a su terminal... Lo que emanó fue en primer lugar –y de esta vergüenza, los periodistas habían podido sacar el beneficio mítico– la imposibilidad de una definición fija y clara del movimiento (solíamos decir mucho “movimiento”, balanceando las sílabas para poder escuchar el oscuro vaivén de la ola que avanza, retrocede y no se deja atrapar...). Deliberadamente nos olvidamos del comunicado de prensa, que era demasiado esclarecedor, para que en la imagen imprecisa y temblorosa del movimiento pudieran emerger las visiones temibles que todos no dejarían de exponer. De la figura del demonio nos resonaba la ausencia de lugar, de forma fija, las metamorfosis repentinas, los trucos secretos, la oscuridad. Del diablo otra vez, el sarcasmo y el gusto por la provocación, la perversidad (el acceso anti-ricos), el logo “inquietante mezcla de sangre y fuego”, los sacrificios humanos (la niña...), los desafíos lanzados al rostro de Dios (el Clastre, el Presidente). Y paralelamente a esta demonización, y casi adosada a ella, surgió el sentimiento, amplificado por algunos periodistas,

de que la Volte, lejos de reducirse a un pequeño grupo activo, extendía sus raíces en todos los estratos sociales, hasta los más altos; que formaba, no un simple núcleo que pudiera ser encontrado y roto como una nuez, sino una red secreta y unida, basada en juramentos y pactos de sangre. Por su flexibilidad, por la multiplicidad de sus apoyos, esta red, según algunos informes, era prácticamente indestructible. Era la Hidra de Lerna de Cerclon, a la que no se podían cortar cinco cabezas sin que inmediatamente crecieran cien (tesis refutada por la propaganda gubernamental, que reafirmaba en cada ocasión su certeza, “de fuentes muy bien informadas”, de “que estamos en presencia de una estructura extremadamente jerárquica, de tipo paramilitar”, por lo que “la única manera de poner fin a los ataques (sic) es eliminar el núcleo duro del pequeño grupo”).

En una historia de la Volte, reconstruida por un canal, había al final una larga entrevista con un hombre con la voz distorsionada y la cabeza borrosa en pequeños cuadrados, que decía que arriesgaría su vida si un miembro de la Volte lo reconociera, y a quien el periodista (y toda la Volte) agradeció su “valentía”. El hombre de la cabeza borrosa afirmó haber formado parte del movimiento durante cinco años. Dijo que conocía a Zorlk y por la forma en que hablaba de él no mentía:

– Dejé la Volte hace ahora tres semanas, justo antes de la tragedia de las cuchillas. Como muchos otros. Lo hicimos con

la frente en alto y la conciencia tranquila. Me gustaba ese movimiento como a mí mismo. Dejarlo me dolió. Pero cuando la barbarie se apoderó de él, no quedaba más remedio que marcharse.

– ¿No has intentado oponerte a esa barbarie, luchar dentro del...?

– Ya sabes, no luchamos contra la barbarie, especialmente cuando está envuelta en justificaciones tan abstractas que pierden su significado simple, inmediato y humano. Entiendan: estoy en contra de este Sistema, estoy en contra de los Cerclons, no tengo miedo de decirlo. Pero el fin no justifica los medios, ¿entiende?

– Claro.

– Las personas que hoy dirigen el movimiento –bueno, no diría que dirigen... Las personas que coordinan si se quiere, que impulsan, siempre hemos querido romper cualquier jerarquía, son, tres de ellos, intelectuales...

–¿Cuántos son exactamente? La policía habla de cuatro personas...

– No le diré el número.

– ¿Qué trabajos hacen? ¿Son estas profesiones respetables? ¿Están desconectados? ¿Qué edad tienen en promedio?

– No responderé a eso. Sólo debe saber esto: estas personas son idealistas, idealistas. Han perdido por completo su sentido de humanidad. Van... Tenemos que detenerlos. Ellos... terminarán matando. Es como una nueva generación, por así decirlo, una mezcla de intelectual y asesino. Son... Ahí lo tienes: son *intelectuales*.

Esta entrevista, la única jamás concedida por un miembro del movimiento, y este término abyecto y gélido, “intelectual”, tuvieron repercusiones tan profundas en el inconsciente colectivo de los cerclonianos que provocaron en cada uno de nuestros rostros de la Volte el efecto de un chorrillo de ácido desfigurante. Slift, al oír esto, se enfureció tanto que juró, escupiendo, que si encontraba a este hijo de puta, lo destriparía desde los huevos hasta la garganta. Y nadie dudaba de que lo haría. Nadie. El gobierno, con la boca todavía abierta para chupar larvas y gusanos, se hartó de regurgitar esta asquerosa bazofia. ¡Estaba ahí, finalmente! Ya no necesitaba, P, su invención de los Antides (los Antidemócratas), este grupo falso y fantasma que sus servicios habían fabricado desde cero para justificar la explosión de seguridad de los últimos años. Había algo mejor que los Antides, ahora, mejor que los bancos y las viejas a las que los propios policías tenían que robar para dar crédito a la idea de una seria amenaza cerniéndose sobre Cerclon: ¡Existía, en carne y hueso!, ¡la Volte! ¡*Los intelectuales!* Existían. Justificaban aún mejor las nuevas cámaras, la trazabilidad de las personas y el ya exhaustivo seguimiento

geográfico de los vehículos. ¡La nueva raza estaba al acecho! “¡Fantasmas idealistas!”, dijo el hombre que había *trabajado con ellos*. Fanáticos del ideal con corazones congelados criogénicamente, una especie de cyborgs de la abstracción, que cortaban carne humana por valores a los que ningún mortal, jamás, podría llegar de todos modos.

Sin embargo, se produjo un cambio de rumbo. Inesperado y magnífico. Una masa de ciudadanos, completamente disgustados por esta última manipulación política, finalmente se puso de pie. ¡Quizás entre el cinco y el diez por ciento de la población, muchos jóvenes, comenzaron a proclamar su disgusto y a actuar! A mi alrededor y al de Obffs en los círculos estudiantiles, alrededor de Kamio entre los artistas, en el círculo industrial con Brihx; una abrumadora mayoría de radiantes y sus redes alrededor de Slift, la gente expresaba en voz alta su desprecio por este Sistema podrido y buscaba entrar en la Volte para participar en las acciones. El movimiento se vio abrumado por el entusiasmo y la rabia de estos nuevos simpatizantes en el mismo momento en que la presión policial se hacía más terrible y peligrosa.

¿Cómo podríamos estar seguros de la gente que acudía en masa? ¿Cómo podíamos evitar que un rastreador se introdujera entre la masa de recién llegados que ingresó desde las cuchillas y nos delatara? Estábamos atrapados en un círculo vicioso. Los actos de rebelión aumentaron en empresas y universidades. Proliferaron los sabotajes, se

desarrollaron transmisores piratas, se desarrollaron sucesos de todo tipo, ¡todos afirmando ser Volte! Y por el contrario, las detenciones y las acusaciones respondieron al mismo ritmo. Se estaba produciendo un enfrentamiento entre la policía y nosotros. Cuanto más actuábamos, más detenían; cuanto más acusaban, más destruíamos. Una confrontación en espiral. Alimentada por el miedo insistente a las normas, la creciente exasperación del gobierno que lo pasó a la policía y la creciente popularidad de la Volte, que cristalizó en su nombre todos los deseos de explosión, guerra civil y subversión generalizada.

Una buena mañana sucedió lo que tenía que pasar:

“El Ministro de Orden Público anunció esta mañana que había obtenido, tras diversas investigaciones y registros, pruebas formales de la existencia de un grupo de cinco individuos que controlaban y manipulaban las acciones subversivas de la Volte. Este grupo, cuya composición es objeto de investigaciones muy activas, es conocido en el movimiento con el nombre de Bosquet (Arboleda). Según algunos rumores, este nombre está compuesto por las iniciales de sus integrantes. Después de leer los informes, P inmediatamente emitió un aviso de búsqueda popular. Se concederá una recompensa de un millón de unidades a quien proporcione información que conduzca al arresto de uno de los miembros del Bosquet. También se otorgarán

bonificaciones de 500.000 unidades por cualquier información que se considere valiosa.”

La noticia cayó sobre Boule y sobre mí cuando nos levantábamos de la cama, como la tapa de granito de una tumba. Cayó el mismo día en que deberían haberse hecho públicos los resultados del Clastre. El rostro de Boule había adquirido el color de las sábanas. Un terror blanco se apoderó de mí de repente. En mi cabeza comenzó a desplazarse la lista interminable de rostros de los Molte, las miradas de odio de algunos, cuando lanzaban su círculo rojo sobre el escenario... En destellos, la escapada hacia el Afuera, con mi mano en el muro bajo, el camino sinuoso que sube... Dos, tres cosas en mis clases un poco arriesgadas... Dos o tres frases de más... El “sin duda” frente a los claustratras... la Torre Panóptica... Llamadas telefónicas que tenía mal disimuladas...

Todo se precipitó dentro de mí, todo se repitió –volvió– persistió. Presa de una fría rabia, pisoteé, golpeé, me contuve... Me dolían los puños... También el miedo, el miedo, un miedo terrible, como una mano fría puesta sobre mis vísceras y apretándolas con un tirón. Luego vino la crisis fóbica. Extrema y escalofriante. ¿Qué pasa si me interceptaron el teléfono? ¿Cómo podríamos siquiera saberlo? Por otro lado... Por otro lado, era posible saber si salía señal de vídeo desde mi apartamento. Onurb podría decirme. Vivía a dos cuadras de aquí. Sin pensarlo corrí a

sacarlo de la cama y le conté mis terrores. Al volver a pie, con el equipo en una bolsa, me advirtió:

– Captp, para saber si le colocaron cámaras de video, no tengo que entrar al lugar. De lo contrario, me filmarán y sabrán inmediatamente que tienes dudas. Y si dudas es porque tienes motivos para dudar. Confirmarás sus sospechas. ¿Entiendes?

– Entiendo. Arriba hay una pequeña habitación para ajustar el oxígeno. Sólo tenemos que sentarnos adentro.

Lo hicimos. Boule permaneció en el apartamento. Onurb conectó sus máquinas y comenzó a escanear las frecuencias de vídeo... En medio de la nieve, una decena de canales pasaron como un relámpago... Luego, con un escalofrío que se apoderó de todo mi cuerpo, Boule apareció, casi desnuda, en el monitor.

– ¡Corta. Está bien, corta!

– ¡Espera! Puede que haya otras cámaras.

Efectivamente, también apareció el pasillo con la puerta de entrada. Eso era todo. Dos cámaras. La primera cubría buena parte del salón, que también hacía las veces de dormitorio. Solo la cama no estaba cubierta. Tocando modestia. Se destacaba así del resto de la sala, una frágil isla donde nuestra libertad fácilmente podría retozar y perderse en pedazos.

– Se trata de dos microcámaras estándar de gran angular. La del salón está equipada con un micrófono direccional dirigido a la mesa del comedor. Puedes gritar lo que quieras en tu cama, no escuchan nada. En cambio, todo lo que dices en las comidas...

–¿Y la de la entrada?

– Sirve para “fotografiar”, si se quiere, vuestras relaciones. Sin sonido. Sólo se les permite una cámara con sonido. Y nuevamente, sonido direccional, no sonido ambiental. Es la ley.

–¿Qué debo hacer, Onurb?

– Sobre todo, nada. No sabes nada y no has visto nada. Eres un buen ciudadano por encima de toda sospecha. Ni siquiera sospechas que tales prácticas podrían estar destinadas a ti. Lo único que puedes hacer es mover la mesa del comedor. Como si estuvieras reorganizando tu salón, ya ves, para variar un poco...

– ¿Cuánto tiempo llevo siendo observado así?

– Una o dos semanas como máximo. La imagen es muy clara, sin polvo. La lente es casi nueva: es reciente. Pero todavía te queda un mes. Trabajan en ciclos de seis semanas. Si no atrapan nada, vienen y retiran el material.

– ¿Y si digo algo “que les enganche”?

–Entonces persistirán hasta que te pillen en el acto o hasta que obtengan pruebas suficientes para acusarte. Con el cartel de *Se busca* acercándose, será mejor que mantengas tu ingenio. No invites a nadie aquí, no llames. Sin embargo, trae a Boule con regularidad: puede tranquilizarlos a ellos, con una pareja se sienten tranquilos.

– Sinceramente, tengo miedo.

– Yo también me río. Voy directamente a los otros cuatro. Quiero comprobar si también fueron intervenidos.

“Muy bien, Onurb. Gracias. Eres grande. Ya que los vas a ver, me gustaría que le pasaras este mensaje a cada uno de ellos: nos vemos esta noche en el tanque 13 a las once, ¿vale? Sólo ellos cuatro. Ahora tendremos que jugar muy ajustado...

– Seguro. Puedes contar conmigo. No te dejaremos ir.

Lo vi irse, con la esperanza de ser el único “vigilado” del grupo. No, eso no era cierto. Eso es lo que quería pensar. Tenía mucho miedo de ser el único. Regresé al apartamento, llevé a Boule a la cama y le expliqué la situación. Casi inconscientemente susurramos:

– ¿Qué vas a hacer? ¿Estás parando todo? ¡Te arriesgas a ir a prisión!

– No arriesgo nada si mantengo un perfil bajo. Tengo buena cobertura como profesor universitario. No voy a parar cuando la pelea está en pleno apogeo.

– ¿Te das cuenta de que estás arriesgando tu vida?

– ¿De qué estás hablando? ¿Los medios también te han dejado boquiabierto? ¿Pero qué diablos hicimos que fue tan malo? ¡No matamos a nadie que yo sepa! ¿Entonces? ¿Por qué nos condenarían? ¿Imágenes subversivas? ¿Adoctrinamiento de la juventud? ¿Estamos en democracia o no? La Volte nunca ha sido más popular, Boule. ¡Nunca tan activa desde Zork! El movimiento es como un torrente que se sale de su cauce: ¡burbujea por todas partes! Y ahora estoy en el corazón del torrente, a bordo. ¡He estado luchando por esto durante diez años! Te das cuenta: ¡ya no sabemos cómo frenar la afluencia de solicitudes!

– Lo sé. Tengo otro joven que me dijo ayer que buscaba unirse al movimiento. Parece decidido, sólido. Su nombre es Kohtp.

– Un pretendiente, ¿no es así, pequeña Boule?

– ¡Eh, sí!

– ¿Qué hace en la universidad?

– Está haciendo sus exámenes finales para ser profesor de deportes.

- ¿Qué especialidad?
- Escalada y artes marciales.
- ¿Crees que habla en serio?
- ¿Con respecto a mí?
- ¡En cuanto a su compromiso, niña traviesa! ¿Lo sientes bien? ¿Le parece ingenioso, claro, valiente y atrevido?
- Eso, no lo he probado... No, es sólido. Lee Drakf.
- ¡No me importa lo que lea! ¡Siempre y cuando no sea *Libertad y Seguridad!* Estoy interesado en tu chico. Nos faltan escaladores. Slift opera con cuatro chavales seguros. Pero corren riesgo en todas las salidas. Tendrán que parar ya que la presión policial aumentará. De lo contrario, acabarán cayendo. Preséntaselo esta tarde a Bmléo: él sabrá juzgarlo. Si lo aprueba, lo probaré con Slift.
- No estés celoso, es tu mérito...
- ¡Entonces me importa un comino! ¡Puede sodomizarte en una turbina de ox si eso le excita! ¡Que aporte algo a la Volte, es todo lo que le pido!

> Captp me contó este chiste con la voz húmeda que adoptaba cuando se reía mientras hablaba. Parecía haber

olvidado ya el cartel de *Se Busca*. Me besó, bromeó, jugó con mis pechos. Al mismo tiempo, su cuerpo ya se estaba reagrupando para las luchas futuras que anticipaba. Sentí que crecían sus tensiones internas mientras con sus gestos, sus sonrisas y su voz todavía buscaba devolverle la lúdica ligereza a una vida que, con una frase, el gobierno podría obstaculizarle durante mucho tiempo.

> A las diez de la noche, Boule de chat declaró claramente bajo el micrófono que teníamos que irnos si no queríamos perdernos la proyección del cine y, como buenos ciudadanos, salimos –Boule para recoger a Kohtp y llevarlo a Bmléo, yo a unirme al tanque 13, en la rad–zona. Inmediatamente en la calle nos separamos. Poniendo una marcha sólida, atacué la pendiente anti–rad tan rápido como si un escuadrón de cíclopes me hubiera estado persiguiendo. El parque, en el lado opuesto de Saturno, estaba sumido en la oscuridad y casi desierto. Detrás de cada árbol, me pareció... Tenía miedo de ver el rostro blanqueado de un rastreador que acechara mi paso. Tuve la impresión de que el bosque estaba lleno de ellos, inmóviles, como los árboles. Un poco absurdo, conduje sin luz, guiándome por las pequeñas nubes azules de las turbinas que, iluminadas desde abajo, jalonaban el camino. Seguí dando vueltas. Varias veces di la vuelta en medio de la pendiente y me lancé cuesta abajo, esperando sorprender a algún sospechoso al que me sentía dispuesto a partir en dos con un rodillazo, a

toda velocidad, y a asfixiarme con una turbina, como las radiantes en el final de carrera que se mataron a tiros en las puertas y cuyo cuerpo fue encontrado azul a primera hora de la mañana... Pero en vano multipliqué estos cambios de sentido, y también me detuve, a veces, por completo, espiando el silencio. Busqué la pista que, a pesar de mis persistentes dudas, habría arrojado la fatal certeza, pero no vi nada. Y con los ojos medio cegados por Saturno, después de escudriñar la espesura del parque, llegué a la cima.

El tanque 13 estaba situado al noreste de la zona de radiación, encaramado en el borde de un cráter de impacto en cuyo fondo, de no haber sido por una caída desde el ferry, debería haberse hallado. El cráter estaba rodeado de dunas de tierra anaranjada que hacían de esta zona una especie de paisaje en sí mismo, delimitado por su color y sus relieves y que los lugareños llamaban “el campo”. Ciertas cabañas, pintadas de violeta, encaramadas en lo alto de las dunas, albergaban a algún centinela orgulloso de un lugar donde sólo se contemplaba la belleza lunar o a algún ermitaño que se sentía absuelto del vacío de una ciudad donde la mirada se inclinaba desde los techos de cristal. Slift, que a veces me llevaba allí, me llevaba cuesta arriba para saludar a estos joviales cerberos, teñidos de una oscura nobleza por la costumbre de las alturas. Su voz articulaba roca y arena, y en su sordo roce surgían animales míticos, medusas flotando entre las cortinas de amoníaco o tigres púrpuras vislumbrados en las brumas del Afuera, y cuyo viento

cósmico traía ciertas noches, decían, en ráfagas, “los sonidos de las rocas trituradas”. Preciosos, estos cerberos lo eran por su poesía y por su rectitud que generalmente los mantenía alejados de las visitas de los rastreadores, que no venían a ensuciar la arena con sus pulidos pasos sin que toda la zona fuera inmediatamente avisada.

Mientras me hundía entre las dos dunas que marcaban la frontera del país, tres potentes silbatos (largos, cortos, muy cortos), la firma sonora de Slift, me hicieron mirar hacia arriba. La silueta de la Serpiente, cayendo desde lo alto de la duna, descendió sobre mí con una fuerte andanada de arena.

– ¡Soplón, llegas temprano! ¿Qué pasa?, ¿te estás haciendo un desastre en los pantalones, como me dijo Onurb?

–¿Puedo?

– Puedes. ¡Eres el único del Bosquet que tiene micrófonos! No hay problema, muchacho, ¡solo ven y agáchate en mi cabaña! ¡Es hora de dinamitar las Torres, hacer nudos con los cables Terminor y ponerlos alrededor del cuello de los mono-alfabetizados!

–¿Éste es el programa de esta noche?

– Esta noche celebramos el *Se Busca*. Un millón, ¿entiendes? ¡Suficiente para pagar en efectivo una nave

para regresar a la Tierra! Tendrás que trabajar duro para superar las grietas. ¡Sin molestar a los activistas! Todos, en el punto de cita, nos están esperando ahora. ¿Estuviste en la manifestación esta tarde?

– ¿Qué manifestación?

– ¿Qué manifestación? ¡Estamos aterrizando, Capitán! ¿No sabes que veinticinco mil muchachos marcharon por nosotros gritando “¡Delación, represión, gobierno dimisión!”, “¡El Bosquet, somos nosotros!”, “¡Un millón, un millón, mañana seremos un millón!”?

– ¿Es cierto? ¡Es fabuloso!

– ¡La Volución está despegando, Captp! ¡Golpea! ¡No se trata de perder el cohete!

Subimos al tanque. Brihx, Kamio y luego Obffs se unieron a nosotros a la hora programada. Evidentemente, todos habían evaluado lo que estaba en juego, habían integrado el shock, habían reflexionado, comprendido mi situación, pero nadie previó los mismos riesgos, sintió los mismos temores o predijo la misma evolución en la ola pro-Volte que estaba surgiendo en las calles.

Nos sentamos uno al lado del otro en la pasarela exterior que llevaba hasta la parte superior del tanque, con las piernas colgando en el aire y las manos jugueteando con la barandilla de metal. Nuestros ojos se llenaron de la suave luz

de Saturno, cuyo inmenso globo se elevaba lentamente en el horizonte. Bajo nuestros pies, el lago sucio del cráter había adquirido un brillo de acuarela en el que se disolvían las largas bandas paralelas, de color ocre anaranjado, del planeta. Slift y Obffs se levantaban constantemente para caminar alrededor del tanque. Menos para comprobar nuestra soledad, que los Cerberos, desde lo alto de su cabaña, ya atestiguaban, que por el placer de hacer vibrar la pasarela con sus pasos nerviosos, ellos que no concebían ni experimentaban nada sin moverse, llorar, romperse, cortar. Su concentración pasaba a través de eso y supe que Slift nunca estaba más presente que cuando se movía así: sumergiéndose en el tanque, agarrándose al borde con una mano, explicando a Obffs, fascinado, cómo proyectar agua a un agresor, luego volver a la discusión, ¡haberlo oído todo, comprendido todo, opinar, discutir, contrarrestar! Kamio, como siempre, recogió nuestras andanzas verbales en unas pocas frases y expuso los problemas:

– Bien. La máxima prioridad es: cómo no ser arrestado. El resto, lo que hay que hacer ahora... sólo tiene sentido si somos libres. Sólo hay tres formas de ser detenido: o por denuncia directa; por seguimiento; o por infiltración en el movimiento. En el primer caso, sólo podemos confiar en la probidad de los voltes, pero no me preocupa. Para el seguimiento, que es el problema de Captp –por lo tanto nuestro problema– debemos, en mi opinión, razonar y actuar como si cada uno de nosotros fuera,

permanentemente, monitoreado y seguido. Esto implica para todos una prudencia exhaustiva y general, respecto de lo que se dice, a quién se le dice, de lo que se hace y delante de quién se hace.

– Totalmente de acuerdo.

– Por último, queda el problema de la infiltración. O seguimos introduciendo militantes en la Volte, con mayores precauciones, pero nos aislamos de la creciente masa de personas que quieren luchar junto a nosotros. O, y esto es lo que espero, dejamos entrar a la mayor cantidad de gente posible, pero compartimos.

– ¿Es decir?

– Cada nuevo volte está unido a un volte seguro, y sólo uno.

–¿Qué es lo que llamas un volte seguro?

– Bmléo, Baaer, Onurb... A la gente le gusta eso. Creo que podemos contar con una veintena. Cada semana podremos reunirnos aquí con los veinte, preparar acciones, tomar el pulso al movimiento, coordinar... En definitiva, hacer lo que hacíamos hasta ahora trescientos en la nave. Si alguna vez un rastreador se cuelga entre los recién llegados, sólo podrá acusar a un volte y sólo a uno. Esto es lo que yo llamo compartimentar.

– Perderemos fluidez...

– Naturalmente. Copiamos el modelo marxista de clandestinidad: fragmentación de grupos, disciplina, retención de información... Nos cerramos en torno a una jerarquía probada que mueve los hilos, ya que ella sola posee todos los datos del movimiento y los centraliza.

– Básicamente, vamos a convertirnos en lo que ellos quisieran que fuéramos: un poder oculto, central, del que todo viene y a donde todo regresa...

– ¿Tienes una idea mejor, Obffs?

– No. Lo digo por despecho. Estoy de acuerdo.

– Si es un hecho, me gustaría que habláramos de los códigos: cómo nos vamos a reunir, dónde, con qué frecuencia y a qué hora, cómo vamos a transmitir el mensaje...

– Teléfono, terminal, correos electrónicos, incluso verse con demasiada frecuencia en público: todo eso ya se acabó...

– Ya no podremos jugar al fútbol, beber, relajarnos afuera o divertirnos juntos... Hola tristeza...

– A partir de hoy ya no nos conocemos. Además, tú nunca exististe...

– Realmente pesa sobre la moral...

– Tenemos que seguir adelante muchachos. Incluso si es difícil. ¿Todos memorizaron los ocho lugares de reunión que Kamio ha escrito en este papel? ¿Lo quemamos? Bien. Ahora, digamos que voy al cráter púrpura y me doy cuenta de que me están siguiendo... Tú, por supuesto, te estás escondiendo, con, digamos, Slift vigilando. ¿Cómo, sin siquiera verlo –ya que está escondido– le muestro que me siguen?

– Eso Capitán... no lo sé.

– Tienes razón al mencionar eso: ¡Estaremos en problemas si eso sucede! ¡Peor aún, si el primero en llegar sabe que lo han acosado! Es necesario, uno: que permanezca; dos: que signifique para los demás que llegan y que lo observarán desde lejos, que definitivamente no deben venir; y tres: al mismo tiempo dar la próxima cita, dónde, etc.

– Exactamente.

– ¿Pero cómo? ¿Con nuestros carteles de demostración? ¡Es misión imposible!

– Es posible. Así que mira bien.

Me levanté y fui a pararme en el punto diametralmente opuesto del tanque. Subí la cremallera de mi parnox hasta el cuello, metí ambas manos en los bolsillos de mis pantalones

y caminé hacia ellos. A mitad del viaje me detuve, me paré sobre ambas piernas, un poco separadas, miré a Saturno y luego seguí caminando.

– Listo. Entonces, ¿he de girar o no? Si es así, ¿dónde te encontraré? ¿Y a qué hora?

Slift y Obffs estaban sobreexcitados, irritados, ardiendo en el deseo de descifrar mis códigos:

– ¡Estás vigilado! ¡Estás vigilado!

– ¿Por qué?

– ¡La chaqueta! ¡Cerraste la chaqueta por completo!

– ¡Bien hecho Obffs, me quito el sombrero! ¿Y ahora qué pasa si la abro por completo?

– Entonces no hay problema, todo está bien.

– ¿Y esto?

Subí la cremallera hasta el nivel del estómago, luego hasta el pecho...

– ¡Claro! Es cuando tienes una duda: si tu chaqueta está abierta hasta los abdominales, crees que está bien, pero no estás del todo seguro; en el medio, es 50/50; cerrado hasta el pecho, está empezando a preocuparme seriamente. ¿Es así?

– ¡Sí! Cuanto más cerrada esté la chaqueta, mayores serán las posibilidades de ser rastreado. ¿Correcto? Esto es para codificar el grado de peligro. ¿Cómo es la cita?

Todos se miraron con sonrisas de asombro.

– ¡No vas a decir que nos diste el tiempo haciendo lo que hiciste!

– Sí. Os dije que a las cinco de la tarde.

– ¿¡A las diecisiete horas!?

– Todo viene por la posición de las manos en los bolsillos cuando paro. Hay ocho posiciones posibles. Con bolsillos en los pantalones y bolsillos en la chaqueta.

– ¡Pero hay veinticuatro horas!

– Ocho posiciones posibles de las manos en los bolsillos multiplicadas por tres posiciones de los pies en reposo: eso es veinticuatro horas. Aquí están los diagramas.

– ¡Fabuloso, es muy fuerte! ¿Pero para el lugar de encuentro?

– Cuando reinicio, cambio la posición de las manos en los bolsillos: es por la ubicación.

– ¡Pero no hiciste nada!

- Efectivamente, me quedé con ambas manos en los bolsillos del pantalón.
- Entonces, según tus diagramas, esta es la ubicación 1.
- ¡Es decir aquí, tanque 13!
- ¡Listo!
- ¡Nada que decir, es un gran arte!
- Todo esto vale en la universidad, Obffs, cuando nos cruzamos...
- Claro. ¿La hora que indicas es el mismo día?
- Sí, a menos que me ate los cordones cuando paro. Zapato derecho, es mañana. Zapato izquierdo, en dos días.

Slift me lanzó una mirada que decía algo como: “¡Eso es lo más inteligente que he visto en mi vida!”. Kamio, que muy concentrado ya lo había memorizado todo, continuó:

- Está bien, eso es perfecto. Por seguridad, estamos listos. ¿Ahora que hacemos? Para mí, el aviso de búsqueda que nos cayó demuestra dos cosas: que el gobierno nos percibe hoy como una amenaza real y *duradera*, y más bien como uno de esos vapores tóxicos que flotan sobre Cerclon y que dispersa la turbina. En segundo lugar, y hasta esta mañana, no estaba convencido de que fuera posible sacar el poder de sus

bisagras. ¡Pero con la condición de que luchemos en nuestro propio terreno! No los medios sino la calle, el boca a boca, las acciones puntuales, los contagios locales, virales. Es extremadamente difícil movilizar a la gente contra la manipulación suave, las mentiras a medias, las libertades roídas en claroscuros...

– Nos dimos cuenta de eso hace cinco años...

– Así que nuestra estrategia debe consistir en obligar al poder a cometer errores, en sacar a la superficie su naturaleza represiva, ya que es esta represión la que conmociona, la única que saca a la gente de su letargo y la empuja a la insurgencia. ¡Sin represión visible no hay revuelta enérgica! Lo hemos discutido a menudo con Captp: las potencias dispersan y dividen su fuerza de coacción tanto como sea posible para dispersar la energía de las contrapotencias y evitar polarizaciones revolucionarias. Todo nuestro problema durante cinco años ha sido: ¿cómo revolver las capas de opresión? *¿Cómo podemos rebelarnos contra todo lo que se ha dispuesto para impedirnos rebelarnos?* Sabiendo que, en el corazón de estos mecanismos de desactivación, de este charco de pegamento, lo que está en juego es la desvitalización progresiva de nuestra capacidad de actuar. Una infinidad de pequeñas prácticas irritantes, que soportamos en todas partes pero que en sí mismas no llaman a la revuelta, así es como se embolsan cada día su sucia victoria. Hoy, con este aviso de búsqueda, con estas acusaciones masivas, tenemos

una oportunidad histórica: ¡por fin el poder se ejerce desnudamente y se puede *ver!* ¡La gente es sometida a él directa y violentamente! Finalmente, se hace posible que todas estas rabietas internas, estas fiebres salvajes, todos estos gritos solitarios, silenciados y asesinados por la miseria de gritar solos, todas estas espadas solitarias apuntaran hacia el bulbo de pegamento, sin saber dónde golpear, ¡todo eso converge!

– Está bien, Kamio. ¿Pero no crees que el gobierno es perfectamente consciente de todo esto? Mira lo que está pasando en las manifestaciones: ves a jóvenes, muy limpios, bocas grandes, luciendo con orgullo sus *gorras Volte, Zork no está muerto...* Pronto será “*Amo el Bosquet*” ...

– Escuché eso en la manifestación...

– ¡Lo ves! Bueno, ¡puedes estar seguro de que la policía nunca los arrestará! Saben muy bien que los peligrosos no son los adolescentes que necesitan modelos a seguir, ni los provocadores cuya rebelión entera está contenida en un decímetro cuadrado de tela. Son los agitadores, los lanzadores de bloques magnéticos, los que aprovechan la multitud para alzar sus clamores, abrir algunas trampillas y cortar el cable a Terminor. Y estos, créanme, los he visto hacerlo: los rastrean con una tablet, los siguen con un escáner, y diez minutos después, dos tipos vestidos de civil, vestidos como tú y como yo, los aprietan silenciosamente y los embarcan.

– Huelga quirúrgica, la llamamos. En el rebaño que bala, te seleccionan y luego se sumergen, como los halcones, para pastorear las ovejas negras y sólo esas. Los demás, que ven lo que está pasando, no dicen mucho al respecto, no es que sepan que el chico se lo merece. Mientras que si golpearan al azar, a toda la manada, incluso los tibios y tranquilos, se rebelarían juntos, ya que todos se sentirían atacados.

– En definitiva, es una gestión diferencial de la resistencia.

– ¡Correcto, profesor!

– Pero no te preocupes, esa es su salsa...

– Excepto que con este cartel de Se busca... No creo que todavía estén suficientemente convencidos como para pensar que controlamos el movimiento. Ni siquiera creo que piensen que seamos realmente peligrosos.

– Ellos verán. ¡Los voy a desangrar uno por uno!

– Lo que quieren es desactivar el efecto red, cortar los vínculos colectivos que se están tejiendo en estos momentos. Reindividualizar todo eso; personificar a la *Volte* diciendo: los únicos responsables, los verdaderos responsables, son un pequeño grupo de nada en absoluto, pero muy desagradables y muy inteligentes, que os manipula a todos: el Bosquet. Por lo tanto, pasan por alto la participación real de la gente en el movimiento. Están intentando crear una división, convertirnos en estrellas o

héroes, aislados del resto de la Volte. Roban a los activistas su orgullo. Los reducen al rango de soldados.

– ¿Entonces? ¡Yo digo que tenemos que intentarlo! Seguir recto. ¡Nada hay que perder! ¡No me importan sus tácticas! ¡Es ahora o nunca, muchachos! Nunca tendremos otra oportunidad: miren el caos, vean lo que se dice: todos están detrás de nosotros, esperando que lancemos la gran ofensiva, para torpedear el cubo gubernamental. Aquí todavía estamos discutiendo, estamos pensando. ¿Pero qué? ¿Por qué? ¡Reflexionar es flexionar/pensar dos veces! ¿Qué diablos estamos esperando? Te aprietas las medias lunas delante del traje, ¿no? ¿Eh? Yo, el disfraz, los estoy esperando: ¡cabezazo, puñalada, boom! ¡Schlaa! ¡A esclarecer! ¿Quién me sigue? ¿Tú, Obffs?

– ¡Quiero!

– ¡Calmen su alegría, muchachos, cálmense!

– ¡Vaya, Brihx se está despertando!

– ¡Ustedes dos ya tienen el baúl en el pozo, para tropezar así! ¿Quién creen que son? ¿Héroes? ¿Van a derribar el Cubo con sus bracitos? No sé si os habéis dado cuenta, pero a partir de hoy vamos a tener que bajar el tono seriamente, mantener un perfil bajo, poner los pies en la tierra y calmarnos. Todos ustedes aquí son solteros. No tienen ataduras ni hijos. Tengo una niña de cuatro años y una

esposa que todos los días me pide que deje la Volte. No quiero terminar mi vida en un campamento y que mi hija vea las pulseras que llevo en las muñecas en la televisión. ¿Queréis golpear? Entonces, ya que queréis irrumpir en la casa, os sujetaré fuerte y saldré de aquí. ¡Buena suerte!

Brihx tuvo que enfrentarse a Slift para pasar. Lo levantó con ambas manos de la pasarela y lo estrelló contra la barandilla, sin decir palabra. Ahora se dirigía hacia la escalera. De hecho, iba a irse. Hubo un aleteo terrible. La reacción de Brihx había sido tan rápida e inesperada que ninguno de los cuatro logró darse cuenta de lo que estaba pasando. Nuestros ojos se encontraron. ¡Realmente iba a irse, maldita sea! ¡Realmente iba a dejar la Volte! Respiré breve y nerviosamente... Tenía que encontrar las palabras:

–¡Brihx! ¿Crees que tu hija se sentirá orgullosa de que seas un cobarde cuando sepa quién eras? Porque ella lo sabrá. Y si nadie se lo dice, yo se lo diré. Los cinco nos conocemos desde hace diez años. Llevamos diez años luchando. Vimos a Zorlk entrar al Cubo para ser masacrado. Y cuando cavaron el pozo todavía querían impedirle hablar, pero él gritó y recuerdas lo que gritó: “¡No lo soltéis nunca!” Luchamos durante diez años por otro mundo en el que la gente pudiera decir: “Sé lo que es vivir”. A veces discutíamos entre nosotros. Incluso nos dimos puñetazos en la cara. Pero siempre hemos sido como los dedos de una mano cuando los dedos se cierran como un puño. Y tú, ahora que después de diez años, diez años, por fin nos encontramos frente a la

puerta, con por fin tipos detrás de nosotros, trabajadores siderúrgicos como tú, intransigentes, esos radiantes por los que siempre quisiste luchar, ahora que la Volución está cerca, ¿quieres dejarlo?

– No quiero dejarlo, ¿entiendes? Yo digo que Slift está tropezando. ¡Off también! ¿Pasaste el día en una parrilla de ox o algo así? ¿Crees que voy a arriesgar mi cuello por un grupo de adolescentes llenos de granos que llevan gorras rojas? ¿Quieres complacerlos, hacer brillar sus ojos con una acción deslumbrante? No es difícil. ¡El único alivio que conocen es el pecho de su madre! ¡Te presionan y despegas verticalmente! Ya puedes verte con tu cara en holo, ¡sala llena! Puro. Duro. “¡No me rendí!” Zork, no saltó como un nanochip. Estaba sobrio. Su sangre era espesa, como lava. Cuando el gobierno quiso llegar a un acuerdo, cuando pidió un representante del Évolte, Zork acudió allí. Sólo. No para transigir, no. No para convertirse en una estrella infantil, sino ¿para qué?

–Para asesinar a P.

– ¡Sí! Así que estoy listo para una acción importante. Atada como Kamio y Captp saben atarla: con un cable, con una cuerda. Pero no estoy listo para terminar en el campamento para recibir hurras. ¡Por el boom de la Volte! ¡Auge! ¡Schlaa! ¿Entiendes la serpiente?

–Entendido, montón de ladrillos.

– Si estás buscando una acción importante, tengo una para ofrecerte.

– Adelante, Capitán.

– Incluso tengo dos. Aunque la segunda supera con creces todo lo que hemos intentado hasta ahora y...

– ¡Dilo ya!

– Dentro de tres semanas es la fiesta del Clastre. ¿Sabes que fue pospuesto? Esperamos quinientas mil personas en el Parc Bleu. ¿Sabes dónde estarán las pistas de baile?

– Sobre el lago. ¡Habrá 105 pistas flotantes conectadas por puentes magnéticos! Sistemas de sonido flotantes, bafles flotantes, que circularán gracias a las corrientes. ¡Todo sobre el agua!

– Aún hay algo mejor: magnetizarán las corrientes.

– ¿Para qué?

– De las quinientas mil personas, habrá alrededor de sesenta mil receptores de tecnoinjertos, más doscientas cincuenta mil personas que ingerirán su pequeña cápsula electrónica adherida a la columna vertebral. En una pista normal, las ondas rítmicas pasan por el aire. La caja los captura y los envía a la red nerviosa, ¿vale? Allí las ondas atravesarán el agua que quedará ionizada. Los tecnoinjertos

estarán en una especie de barcaza individual y serán lanzados de corriente en corriente. Con cada corriente, serán sacudidos por un nuevo ritmo interno. También podrán divertirse nadando.

–Está bien, ¿y qué? ¿Cuál es la acción?

– En la última reunión pude decir dos palabras sobre los poderes penitenciarios, el último arte del gobierno de los pueblos que se está instaurando. Pues este festival del Clastre, que querían que fuera más sublime de lo que nunca fue –para que la gente buena se olvide de la Volte, y de su clasificación, y del desorden del Sistema–, este festival, lo vamos a convertir en la pesadilla tecnológica de la década!

– ¿Hablas en serio?

–Para los trescientos mil tecnólogos, sí. Quiero que el lago esté electrificado.

– ¡Quieres electrocutar a trescientas mil personas!

– En cierto modo... Electroshock desde adentro... Hablé con Blusq. Trabajó en la magnetización del agua antes de unirse a Défordre. Me explicó que la separación de una masa de agua en 105 corrientes, cada una polarizada en un flujo musical, es una operación extremadamente sofisticada. Muy frágil. Ionizando la cascada artificial que alimenta el lago en su nacimiento, es posible crear un sobrecampo eléctrico, una fina capa de iones que cubra toda su superficie.

Entiende el objetivo: quienes ingieren cápsulas autofijantes sólo lo ven como un atajo para optimizar su placer. Lo ven como una nueva libertad, que se ampliará con cada nuevo bioware que se lance al mercado. No quieren anticipar el uso que los multiplanetarios harán de estos bioware, creando hábitos orgánicos. O retransmitiendo ondas tranquilizantes en lugares públicos, ondas excitantes en el trabajo... ¿Cómo podemos concienciar a la gente de que el placer es sólo un aperitivo para comer mejor después? ¡Que se convertirán en tecnólogos drogados! ¿Cómo? El método Molte era: repartimos un bonito folleto en el festival de Clastre explicando riesgos y peligros y blablablablá... ¡También podríamos orinar hacia el espacio! ¡Vamos *a hacer*, no *a decir*! La lección, no la vamos a escribir en una hoja, la vamos a grabar en los nervios. Hacerla viva. ¡Demostrar el peligro que les espera *encarnando el peligro*! ¡Demostrarles que su cuerpo puede ser manipulado desde el exterior mediante una onda que duplica la de la caja y sobre la que pierden todo control! Una ola que los atravesará con un dolor como nunca antes habían sentido. Un cáliz muy, muy profundo...

– No sabía que usted tuviera ese sadismo, Capitán...

– Quiero golpearlos en el origen mismo de su renuncia a ser humanidad. Quiero buscarlos a través de toda su red nerviosa ya que han aceptado que esta red, que lo es todo, conduce la electricidad fabricada. Aceptan un flujo calibrado que reemplaza el flujo natural de nuestras sensaciones, ¡de nuestras propias sensaciones!

– ¿Crees que con esto vamos a mejorar la imagen de la Volte? Al fin y al cabo, la gente viene a divertirse... Hemos de respetar su forma particular...

– Tú mismo lo dijiste, Kamio: ¡debemos acorralar al poder! Una acción como esta tendrá un impacto poderoso. ¡Ella cortará de raíz su visceral estrategia carcelaria! El sufrimiento será tan intenso, tan íntimo, que marcará los recuerdos de los capsuladores. En cuanto a los receptores de tecnoinjerto, si no solicitan un desinjerto de emergencia, ¡estoy dispuesto a denunciarme! Vamos a proyectar una sombra imborrable sobre las intratecnologías, ¿entiendes? Un terror secreto e irracional que detendrá su expansión... ¡de repente!

– Impresionante.

– No sé qué pensar al respecto. Pareces tan confiado. Y esta acción es muy propia de ti. Sueles preferir la alegría, el juego...

– Ahí necesitas algo monolítico. La acción tendrá lugar a primera hora de la tarde. Por muy intenso que sea el sufrimiento, desaparecerá después de destaparlo. La gente podrá seguir de fiesta, a la antigua usanza si se me permite decirlo, con su propio cuerpo y todo lo que pueda hacer, a su verdadero ritmo. Verás que la fiesta quedará aún más bonita. (...) ¡Guau! ¡Parece que te he calmado un poco! ¿Quién se va?

- Estoy bajo tu hechizo, Captp. Lo estoy.
- Si está atado, yo también me apunto.
- Estará atado, Brihx. El riesgo de ser atrapado es casi nulo. Todo funcionará por onda, de forma remota. Blusq supervisará el montaje tecnológico. El pilotaje se realizará desde lo alto de la cascada. Slift, ¿algún problema?
- Ninguno. Estoy todo el tiempo.
- Entonces sólo te quedas tú, Kamio...
- Estoy dispuesto con una condición: que no haya heridos graves, ni tampoco muertos evidentemente. Lo discutiré con Blusq: quiero entender los riesgos biológicos. Si es para quemar vivas a trescientas mil personas y ver los cadáveres flotar en el lago, ¡es sin mí! Finalmente, creo que sabes lo que estás haciendo. Hablaste de otra acción. Aún más grande, aparentemente...

Me levanté y me apoyé en la barandilla. Se había levantado un ligero viento que me acariciaba la cara. Fue particularmente bueno. A veces, en el corazón mismo de una acción, sin entender nunca por qué, quería detenerlo todo. Todo. Estar contento con mis clases y vivir, hacer el amor, comer y beber, aprovechar el tiempo que pasa, explorar el Afuera, un poco más allá. ¿Y por qué no, regresar a la Tierra? Un año y medio de viaje... ¿Por qué siempre estuvo en mí ese sentimiento de misión, esta convicción de

que tenía algo que hacer aquí, en esta tierra, algo que nadie más podría hacer en mi lugar y en mi tiempo?, si no lo hiciera, ¿se perdería para siempre? La Volte, no había inventado el fuego sagrado, pero había encontrado el nombre. No creía en Dios, ni en ninguna trascendencia. Creía en la vida de estos animales con su nobleza entre iguales, que nunca dejan de viajar, de caminar sin cesar, ajenos a cualquier suelo y, sin embargo, están en todas partes, como nosotros, en casa. A esta vida no le faltaba nada. ¿Por qué entonces esta esperanza de la Volte? ¿Por qué este hueco en mí, este agujero en el acero lleno de vida que llamaba al aire, me expulsaba de mí mismo, este hueco que me empujaba hacia esta meta: la Volución –de la cual no sabía exactamente si la idea misma tenía significado, si lo que intentábamos con todas nuestras putas fuerzas hacer estallar como un sol en pedazos no estaba ya allí, en nosotros, realizado, ¡ya hecho y brillando! Entonces, ¿tal vez realmente lo estábamos haciendo por la gente? Que a través del llamado del aire, lo que salía de nosotros para ir hacia ellos, era la esperanza más pretenciosa del cosmos: enseñarles ... *¡a vivir!* A los treinta años... ¿Por amor?

Me di vuelta y vi el rostro de Brihx, una cabeza tan poderosa iluminada por sus ojos azules de los cuales flotaba la silenciosa determinación... Detrás de este velo, creo que adiviné sin comprender, la violencia de la esperanza que había puesto en su hija, una esperanza en comparación con

la cual la de la Volte, que en Brihx siempre nos había parecido inquebrantable, parecía crujir bajo tierra como una chapa retorcida. No hacía falta volver atrás:

–La otra acción en la que estoy pensando es el ataque a la torre de televisión. Atacarla para cortar todas las transmisiones de forma permanente. Alcanzar las posibilidades mismas de la Volte: un mundo sin televisión.

Con un salto repentino, Slift acababa de despegar de la pasarela con un salto mortal hacia adelante... Por una fracción de segundo, todos lo vimos aplastado diez metros más abajo al pie del tanque... pero su increíble habilidad hizo que sus pies se movieran, encontrase la barandilla donde, levantando los brazos al cielo de cara a Saturno, comenzó a gritar: “¡La tooorre de televisióón!, mientras Brihx se echaba a reír ante este increíble estallido de energía, seguido rápidamente por Obffs y por mí –Kamio no pudo superar su miedo de verlo caer.

– ¡Captp, hay más ideas puras en su cabeza que bolas de hielo en todos los anillos de Saturno! ¡Eso era lo que estaba deseando! ¡Eso! Estaba entusiasmado con el cubo de poder, ya ves, tomándolo en mis manos para tirarlo como un dado, levantándolo con empujadores magnéticos del tamaño de un tanque. ¡¡La Torre de Televisión!!

Obffs vino a abrazarme. Kamio tomó nuestros hombros. Brihx permaneció sentado en el puente. Luego se levantó,

con el rostro tenso, se acercó a nosotros y me dio unas palmaditas en el estómago. Con estas palabras: “Estoy dentro”.

X. LOS CLAMORES

> Otro vaso de brax. Voy a tener que decidir levantarme de mi silla y hablar con ellos. Todos estos centros de reuniones tienen el mismo aspecto. Estuve en el sector 3 ayer; esta tarde no sabría decir dónde estoy. Inclinandome un poco hacia abajo, puedo ver la torre panóptica desvaneciéndose en la oscuridad. Puedo estar en cualquier parte.

Hace tres días comencé de nuevo. A pesar del aviso de búsqueda, a pesar de la presión insidiosa y perspicaz que cada día comprime un poco más nuestros movimientos. O mejor dicho, gracias a ella, descubrí que hay algo insoportable bajo esta estrategia policial, bajo su obstinación escrupulosa, bajo esta manera de evitar el contacto cara a cara, la confrontación represiva que la traicionaría. Pensé que era sabio y prudente. Sinceramente pensé que, después de la discusión en el tanque, me quedaría con una especie de discreción, manteniéndome a una distancia razonable del combate, centrándome en mi

taller, pero la columna vertebral en mí, se negaba a doblarse, contra toda medida y razón, decía que no y yo no discutí. Sabía que de ahora en adelante tendría que llegar hasta el final y lo haré. La libertad es una cosa muy estúpida, una enfermedad de la que la más estricta higiene social no cura. No contentos con estar enfermos, todavía queremos contaminar a los demás, transmitiéndoles nuestros miasmas. Nadie me impedirá hablar con la gente, y menos aún con estos ciempiés, cada uno de los cuales tiene un ojo, estos gusanos que se deslizan en el plato de la ducha: los rastreadores.

Llevo haciendo esto tres Clastres, seis años, veinte tardes al mes. Así que debo haber realizado unas cincuenta representaciones diferentes y, sin embargo, cada vez me entra miedo escénico. Cada vez calmo mi ansiedad con unas copas de Brax, aunque hoy me siento casi sereno, justificado. Tengo miedo de sus miradas. La parte más difícil es el momento en que me subo a la silla: tan pronto como hablo, la ansiedad se disipa. En el momento en que abro la boca, es como si el miedo se me escapara para envolverlos: se estremecen, bajan la cabeza, se burlan, ya no se atreven a mirarse. En estos centros de reuniones, los clientes están tan acostumbrados a la calma, a las discusiones silenciosas, que mi voz, mientras hablo, parece arrancarles el terciopelo de los oídos. Redonda es la sala, redondas las mesas en forma de tallo de cristal. Los sillones de los salones “íntimos” son mullidos, pero allí nunca pasa nada. Aquí la gente se

conoce, eso es todo. Charlamos, no nos apresuramos. Este es el reino de los promotores de voz suave, que tardan media hora en mencionar un producto y que introducen el nombre con tanta delicadeza, tan furtivamente, que resulta obvio. Siempre con estos colores pastel: naranja suave en el suelo, amarillo pálido en las paredes revestidas de tela y el cristal ahumado de las mesas, un burdeos traslúcido, como los asientos. Parece un cuadro fauvista lavado con una manguera. Un mundo divertido... donde nada parece poder suceder, nunca. Precisamente por eso tenemos que luchar aquí, diga lo que diga Offs. Aquí sí, en esta arena sin polvo, donde las emociones se desvanecen y blanquean.

A las azafatas se les cae la baba... Me encantaría que Captp viniera conmigo, como hizo tantas veces hace dos años. Juntos, nadie podría pararnos, ¡es un auténtico festival! Me lo encontré en Cubilingus la semana pasada. Está bajo tanta presión que apenas intercambiamos tres frases antes de que se fuera. “Estaré allí. Puede ser. Si me vuelvo loco”, dijo sonriendo. Pero no vendrá. El riesgo de asociación entre nosotros es demasiado grande, especialmente en los espacios públicos. Hablaré en voz alta –trato de no ser nunca violento o hiriente– los provoco, los empujo y a veces las parejas me responden, a veces me apoyan, depende. Siempre hay un momento, después de las primeras frases, después del estupor, en que una o dos azafatas descruzan sus sedosas piernas para levantarse del sillón de cuero resquebrajando los cimientos donde reposaba su minifalda,

levantarse y preguntarme, si me sería posible expresar mis meritorias opiniones en un lugar más adecuado al volumen de mi voz, es decir: afuera. Suele seguir una guerra de guerrillas de cortesía, cuya miel se vuelve cada vez más ácida, y según la calidad de mis piruetas o el vigor de la réplica, regresan o no a su silla donde los solteros se impacientan y, al no alcanzar las cotas de virilidad que les permitirían follar, se compran un oído atento a cambio de una buena propina. Evito los centros donde offician los anfitriones, no es que sus argumentos para desalojarme sean más físicos, pero se apresuran a llamar a la policía.

Cuando aguanto y me quedo, mi habla se ralentiza, se acelera y veo ojos que me miran, caras interrogantes, mesas que empiezan a discutir sobre el Clastre y gente llamándome, otros que aplauden una buena palabra... y yo sudo y lucho contra la apatía, contra el “¡cállate!”, la burla que estalla y los argumentos blindados. Los miro a los ojos y más allá de sus botellas, bajo sus frentes, siento que luchan contra sus certezas que se resquebrajan. Dudan. Están pensando. Pero haga lo que haga y diga lo que diga para cerrar la brecha, el Clastre ya no es en ellos esa evidencia incuestionable que selló su cráneo. El odioso barniz de indiferencia se ha resquebrajado en su interior y sé que ese es el primer paso que hace posible la volución.

> Los clamores... ¿Hay algo más sencillo que los clamores? ¿Y cuál es su sencillez revolucionaria? ¡Una bolita del tamaño de una uña, capaz de registrar diez segundos de sonido y reproducirlo cada vez que un ser vivo pasa en un radio de seis metros! ¡Me encantan los clamores! Sus pequeños y discretos altavoces han hecho de esta ciudad un poema que cambia cada día, pierde frases, gana gritos, encuentra sus palabras, se metamorfosea de clave en clave sin que nadie sepa dónde, ni quién, coloca los clamores que estallan, quién los retira y quién –si no la ciudad misma– recompone incansablemente la obra de arte que la recorre de un lado a otro. Quizás siete mil clamores susurran hoy por Cerclon, bajo los carteles y en los huecos de las paredes, hablan desde lo alto de los postes, susurran bajo las aceras, gritan también, mientras pasan ciertos deslizadores... ¡La ciudad habla! Habla a través de siete mil bocas esparcidas, por todas partes habla la ciudad, y nunca es la misma voz. Las calles susurran con murmullos antes silenciosos y el caminar se convierte en una melodía que el caminante compone a lo largo de su singular recorrido, y que la ciudad inmediatamente le devuelve, eco de los pasos que el azar traza. ¡Porque la misma calle, si rozamos un poste, si la cruzamos, no saca de sus escondites la misma serie insólita de clamores! ¡Ya no son los mismos sonidos, ya no son las mismas frases las que salen del cadáver exquisito que da vida a cada calle! ¿Y el ritmo? Aceleramos, desaceleramos y los clamores surgen sincrónicamente, lentos o vivos, siguiendo el ritmo. Caminar se convierte en un arte.

No pude aguantar más de nueve días, en casa, desplomado frente al televisor, inactivo y atormentado, en el preciso momento en que la pelea ardía. Boule ni siquiera intentó razonar conmigo. Mientras la Volte crece con el paso de las semanas, mientras las cosas se mueven en todos los sectores, yo, Captp, aguardo, porque metieron dos cámaras en mi apartamento y su *Se busca* pesa sobre mí, ¿tengo que pasar a la clandestinidad *mientras* rezo? Siempre he llamado la atención. Porque me excita, porque me relaja. Lo saben de todos modos, si hacen su trabajo. ¿No sería más sospechoso detenerse repentinamente que continuar? Prohibido posar, Captp, durante un mes. Decreto P-634. Recurso ante el Consejo de Sabios por vulneración de la libertad de opinión. Vamos a ganar. Sólo estoy anticipando.

A menudo me encuentro soñando que hay un trayecto en Cerclon, un recorrido secreto e impresionante que hace que cada clamor devuelva su grito, *una vez y sólo una vez*. Sin embargo, estos gritos puestos uno tras otro serían poco, sólo un conjunto de deseos, sin un milagro más profundo, inscrito en el corazón de la trayectoria y que sería... ¿Qué? ¡Un brillo antes que otro! ¡Otro después! ¿Pero quién me dictará la orden, quién me dirá dónde empieza el primer clamor y termina el siete mil? ¿Tendría el coraje de escucharlos hasta el final de todos modos? Porque tal trayecto –si existe– un viaje a lo largo del cual la multitud de estos clamores anarquistas aislados, que nada conecta, de repente se ordenase a producir un discurso que tuviera

sentido, ¿cómo no podría alcanzar una verdad abrumadora e inaudita? No pasa una semana sin que, en la curva de una calle, después de haber escuchado un puñado de clamores e impresionado por la coherencia de su secuencia, tenga la impresión de que, por milagro, me encuentro al comienzo del Camino... Así que ¡Continúo entusiasmado! Escucho... espero... Pero el significado, invariablemente, se disuelve de clamor en clamor, hasta perderse... Sin duda, existen, me digo, millones de verdades, millones de trayectos; tal vez haya incluso un buen centenar por *cada* ciudadano de esta ciudad, y el fragmento de significado que intercepte no esté destinado a mí. Al otro lado de Cerclon, alguien acaba de escuchar la verdad que estaba esperando. ¿Quién sabe lo que estaba oyendo? Quizás el enigma que me obsesiona: “La Volte es una nube de tormenta suspendida sobre Cerclon. Todo clamor es un relámpago. ¿Pero quién podrá hacer hablar al rayo, articular la tormenta? Sólo la ciudad lo sabe. La Volución está ahí, latente, en sus siete mil clamores. Cada clamor lo contiene. ¡Pero quién encontrará el camino, quién dirá cómo seguirlo para reunir, extraídas de cada una, las revueltas okupas que esperan estallar! ¿Quiénes somos nosotros, los voltes? “Somos una masa de relámpagos dispuestos en el cielo junto a la tormenta que no llega...” ¡Pero tenemos de nuestro lado los clamores que se elevan desde la ciudad! ¡Las calles, los postes y los carteles, los bancos, las aspiradoras, luchan a nuestro favor!

¡Colocar clamores se ha convertido en la actividad más alegre de la Volte y una de las más efectivas! ¡Sin embargo, nos llevó casi cuatro años tener esta pequeña idea! Ya usábamos altavoces, pero los altavoces no tienen la misma movilidad, son más difíciles de transportar y esconder, tienen un tono más discursivo también. Cuatro años durante los cuales el grupo de intervención antipublicidad finalmente se cansó de su impotencia. Yo presidí ese grupo y todavía lo presido.

En diciembre pasado, algo hizo clic. ¡Todo empezó con una ofensiva jurídica, encabezada por Défordre, que exigía que se legalizara la publicidad sonora en los espacios públicos! Además de las instrucciones verbales que ya guiaban cada uno de nuestros cruces de avenida en esta maldita ciudad, corríamos el riesgo de ser acosados por todas partes por la voz susurrante... Entonces se produjo una reunión. Muy rápidamente, el grupo se fue a pique con el marasmo de lo ya hecho y me sentí francamente desanimado. Estaba jugando con una pelota contra la pared de concreto que hacía las veces de habitación, con la cabeza vacía. La pelota golpeó la pared, sorda, y volvió a mi mano, sin que ninguno de los nueve voltes que se torturaban buscando un recurso, taparan con sus voces la lúgubre pulsación del tiempo que invocaba. Obffs estaba allí con nosotros. Escuchaba nuestro silencio mientras leía. Estaba falsamente ausente, lo sentí; él pensaba, como los demás y yo tenía la esperanza, que no me

atreví a confesar, de que hablaría y finalmente rompería el círculo...

– ¡Captp!

– ¿Sí, Obffs?

– ¿Qué se desgasta?

– ¿Qué?

– ¿Qué se está desgastando en este momento: la pared o la pelota?

– Bueno... La pelota.

– Correcto.

Empezó a leer de nuevo. Unas cuantas risas de incomprensión atravesaron el silencio. Mecánicamente, volví a lanzar mi pelota. Obffs volvió a levantar la cabeza y dijo:

–¿Y quiénes somos nosotros, los Volte?

– ¿Disculpa?

–¿Somos la pelota o la pared?

– Eh... La pelota. ¡Ya que nos damos de cabezazos contra la publicidad!

– ¿Y si fuera precisamente lo contrario? ¿Y si fuéramos el muro fijo, el muro que aguanta mientras por dentro se convierte en polvo? Cada día que pasa, Captp, el cemento magnético que mantiene unido el muro pierde su poder. ¡Dentro de veinte años, si lanzas una pelota hará un agujero allí! Aunque, no será la misma pelota: porque se desgasta y vuelve a la canasta para ser reemplazada: ¡pelotas nuevas! Ésta es la fuerza. Nosotros, la Volte, nos creemos fuertes porque no hemos movido una pestaña en cuatro años. ¡Nos enfrentamos! ¡Permanecemos juntos! ¡Fuertes como el muro! Pero no pretendemos creer que estamos en movimiento; el muro cree que la vivacidad está de su lado. Nosotros tenemos esta pretensión. Nos creemos a la vez inflexibles en nuestra lucha y flexibles en nuestros métodos.

– Seguimos adaptándonos a la evolución de la publicidad...

– ¿Adaptado? ¿Qué hemos estado haciendo durante cuatro años? Cortamos cables, rayamos y etiquetamos proyecciones, rompemos pantallas. Básicamente, destruimos. ¡Eso es todo! Tenemos ante nosotros una fuerza plástica, que recicla la resistencia, que demuestra una formidable capacidad de innovación y en eso nos quedamos: ¡destruyendo! Tú sabes lo que dice Nietzsche, Captp: que es propio de las fuerzas reactivas, precisamente, querer destruir las fuerzas que se les oponen. Y quieren destruirlas porque no tienen la fuerza suficiente para subyugarlas, para llegar a un acuerdo con ellas. ¡Para usarlas! ¡Querer destruir es síntoma de una voluntad decadente!

- Sí, eso es lo que dice. ¿Y entonces? ¿Qué sugieres?
- Propongo que de reactivos nos volvamos activos. ¡Explotemos el poder de la publicidad en nuestro beneficio!
- ¡Me temo lo peor!
- Un mensaje publicitario niega la vida porque degrada los deseos en necesidades, ¿vale? Está hecho para eso. Para que las flechas del deseo se estrellen contra un muro de objetos. Para que nuestras olas de vida que retumban hacia afuera, que se impulsan hacia quién sabe dónde, intensas y frescas porque nada les impone un objetivo, carezcan de conductos estándar y objetivos limpios. ¡Pero nada nos impide inventar eslóganes que sean lo contrario de una orden! ¡Lo contrario de una respuesta! ¡Nada nos impide juntar algunas palabras, algunas frases llenas de luz donde el significado se escape por todas partes, como de un saco reventado!
- Sí, pero ¿cómo distribuir las?
- ¡Por las avenidas! ¡Vamos a convertirlas en las galerías de un museo al aire libre! ¡Hagamos de cada volte un creador! ¡Actualicemos sus anuncios con mensajes mucho más elevados! ¡E innovadores! ¿Cómo? Te lo explico: lo llamaré clamor...

Y esta tarde aquí estoy en la calle con mis cincuenta clamores. Caben en un bolsillo. Improviso preguntas que espero hagan pensar a la gente, fragmentos de poemas, “bombas que hagan estallar el significado” como dice Kamio, y “palabras de desorden”. ¡Es cierto que es difícil crear, romper los cerebros cerrados de los cerclonianos! Y aún más difícil no ceder a la tentación de aporrear con nuestras verdades políticas, de oponer nuestras consignas cerradas a las suyas, de manipular a la gente como queramos, ahora que tenemos este poder, con nuestro pequeño ejército de clamores, porta–banderas y porta–voces! Nos dimos una regla para esto. De ahí se deduce que tiene grandeza: nunca realizar dos veces el mismo clamor. Nunca repetirse. ¡Pensar, concretar, inventar siempre! Si el clamor ha adquirido tanta popularidad (hasta el punto de que es políticamente peligroso para el gobierno prohibirlo), se debe a su alegre diversidad. La moda ha sabido encontrar su cauce clandestino, formado por resurgimientos imprevistos y breves estallidos. Todo está permitido, incluso el plagio: “¿Qué has hecho?, ¿oh aquí estás, llorando sin cesar? Dime, ¿qué hiciste en tu juventud?”

– ¡Señor! ¡Señor por favor!

– ¿Si señora?

–¿Qué está haciendo, por favor?

–Estoy colocando un clamor, como ve.

- Está prohibido desde el decreto. ¿Quién te dio permiso?
- Vosotros.
- ¿Te ríes de mí?
- Apenas. Tu apatía no es una licencia de caza. Tus oídos son mi presa. Escucha este: “¿Te ríes de mí?” Original, ¿no crees?
- ¡Te recomiendo encarecidamente que no uses mis palabras para molestar a la gente! ¡Tienes tanta... confianza!
- Ojo, voy a grabar un segundo. ¿Sabes que un clamor bien camuflado puede durar una semana? En una semana, habrá tal vez cinco mil personas que cortarán el rayo y escucharán tu hermosa voz...
- Usted... ¡Se lo desaconsejo! ¡Está degradando los bienes democráticos con sus chips!
- Si un cartel publicitario es un bien democrático para usted...
- La empresa compró el derecho de exhibir su producto a la comunidad. ¡Estás regalando publicidad gratis!
- ¿Qué publicidad? Yo no vendo nada.
- Vendes desorden... insolencia... frases sin sentido que hacen pensar a la gente, porquería...

– Estoy tratando de aclarar las cabezas de las personas que las tienen tan saturadas como tú.

– ¡Se lo ruego! ¿Qué derecho tiene a hablarme así? No nos conocemos.

– Ah, este va a ser excelente: “No nos conocemos”. Clamor intrigante, lleno de significados ocultos... Gracias: antes de su visita, me faltaba inspiración. Eres una musa.

– Deje de hacer payasadas, señor. Cortésmente le pido que borre las frases que me robó.

– Cuenta con eso.

– ¡Con qué derecho me contestas así! Vosotros...

– ¿Con qué derecho? De ninguna manera, señora. Ni hablo ni insulto en nombre de un derecho. Rechazo el derecho, todos los derechos. Siempre terminamos haciendo de los derechos una máquina de producir desigualdad. Cuando alguien me dice: tengo derecho a..., sé que en un minuto me van a prohibir algo. Que me obligará a... en nombre de... Mira el derecho de propiedad, lo que hemos hecho en su nombre... Estoy más allá de la ley y es de más allá de donde tomo prestados sus clichés. Sin ofender.

– Crees que me impresionas con tu retórica, pero conozco tus técnicas. No me engañarás. Fui instigadora durante once años...

– Aleluya...

– Ahora soy anfitriona en el mejor restaurante del sector 4. Así que no tengo lecciones que aprender de ti. ¿Cómo se llama usted?

– WKZXTVVVV.

– Muy divertido. Tienes suerte de que tenga sentido del humor. Podría llamar a la policía y hacer que te condenen.

– A por ello. Hágalo.

–¿Estás orgulloso de ti mismo, para camuflar tus bolitas por todas partes? ¿Atacar a la gente del barrio con tus frases retorcidas? Si nuevamente son frases y no gritos o porquerías como ahora escuchamos en todo el sector 5. Usted está provocando contaminación acústica, señor, ya está. Sus clamores están prohibidos. ¡No son limpios!

– ¿Porque tiene la cabeza tan lavada?

–¡Más limpia que la suya, señor!

– Siempre he evitado el lavado de cerebro, señora. Probablemente sea por eso. No me lavo la cabeza. Estoy esperando que fermente por dentro, que prolifere y produzca ideas. Después las difundo en mis clamores.

– ¡Es exactamente eso!

– Y como siento que te encanta, voy a eyacular por todas partes, mi porquería, sobre tu cuerpo.

Salto sobre ella y la arrincono en la esquina de la parada del autobús. Su rostro se arruga de terror. Ella permanece paralizada. Debe tener cuarenta años, viste una falda corta de buen corte y una blusa rosa que deja ver el nacimiento de sus senos. Con mi brazo izquierdo, bloqueo su hombro. Estoy muy cerca de su cuello. Exuda fragancia de calidad. Sus labios buscan aire o un grito. Ella jadea. Eso me excita. En un instante, quiero violarla. Es una de esas mujeres tan ordenadas, sin arrugas, con los sesos blanqueados por los clichés, que debe rociarse con desodorante hasta el fondo, que un deseo animal de arañar y desgarrar se apodera de mi bajo vientre. Acabará su vida con la piel estirada como un lienzo, la cara lijada por sus hipocresías... Siento deseos de arrugar su futuro estiramiento facial por adelantado torciendo su mejilla hasta que sangre...

Tengo un aleteo que ella debe haber sentido ya que está tratando de huir. Pero la empujo violentamente hacia el rincón donde, como anticipando una andanada de golpes que no llegará, se encoge hasta hacerse un ovillo. La cobardía misma. Sin preocuparme por ella, doy unos pasos hacia atrás y reviso mi entorno. Delante y detrás de mí, la pequeña calle sin cámaras (una calle del clamor, diría Slift) brilla débilmente en el silencio. Son las 10 de la noche. En la residencia cercana, las ventanas rezuman luz azul. La gente duerme, mira hologramas o se relaja tranquilamente. Sin

riesgos. Las turbinas de oxígeno, que durante el día no notamos, llenan todo el espacio sonoro, tal es la calma. Las escucho respirar. El aire que sopla sobre el césped de la residencia forma láminas de niebla. Mi rabia se está agotando. Cojo el incitador del suelo y lo golpeo contra la ventana, obligándola a mirarme. Su miedo la hace asombrosamente fea. No soporto su cara.

– Dame tu Tarjeta.

Ella lo hace de inmediato. Nada es más fácil que agredir a una mujer en este planeta. Desde los cinco años reciben una formación en seguridad que les inculca una cosa: obedecer al agresor, obedecer, no hacer nada que pueda aumentar el peligro que se corre. Esperar a la policía, confiar en las cámaras... Me entrega su tarjeta con su cuidada mano. En el dedo índice, su uña lleva las finas rayas del código de barras de identidad. La cercloniana perfecta. Su Tarjeta está impecable, nunca la usa. Leo la información obligatoria: Gncsr, dos niñas, nacidas en 2075 y 2078; D14, circular de la paz. Vive cerca.

–Ahora sé tu dirección. Si presentas la más mínima denuncia ante la policía no esperes volver a ver a tus hijas con la misma cara. De lo contrario, os dejaré en paz. ¿Entendiste?

– Sí.

La solté. Ella casi se desploma. Miedo crudo. Un sentimiento de lástima me coge por detrás, suavemente. Quiero ayudarla. “Me gustaría ver como crece un poco de hierba”. Es extraño este clamor. ¿Qué quiere decir? Tengo que irme. Y rápido. Corro hacia mi deslizador, lo enciendo y salgo con fuerza. Esta zona ahora está... prohibida para mí.

–¿Qué intentas vendernos? ¿No puedes dejarnos en paz? Estamos en un centro de reuniones. Estamos para descansar y charlar tranquilamente, entre buena gente y tú vienes a gritar por tus productos. ¿Qué marca estás promocionando? ¡Dilo ahora mismo, enumera tus productos y déjanos en paz!

–Les repito que no soy un instigador.

–¡Eso a otros! Escucha: Fui formador durante ocho años de antibacterianos *Purife*. He aprendido y he hecho que otros aprendan más de treinta y cinco técnicas de incentivos de compra. No sé cómo se llama la tuya; Admito que es original, pero no nos tomes por tontos. ¡Así que sé amable! ¡Adelante, enumera todo, pero rápido!

> Apenas había empezado a hablar cuando un hombre bajo, fornido, de rasgos gruesos y cuello de toro me interrumpió. Está sentado a dos mesas de mí, a mi izquierda, rodeado por dos azafatas. Me tomó medio segundo encontrar de dónde venía su voz apagada, que crujía palabras como piedras grasientas: por el traje rojo brillante que lleva y el taburete hidráulico que se desliza constantemente hacia arriba y hacia abajo para amortiguar sus saltos de diablillo, y que es casi el único movimiento que agita esta retorcida sala.

A su lado, dos azafatas de clase A, a las que tuvo que acompañar durante la noche, sonrían dulcemente, sin moverse. Creo que de clase A porque a la perfección de su apariencia, añaden la exactitud de una postura sofisticada que las azafatas de rango medio tienen dificultades para dominar. Con gran naturalidad, ajustaron su taburete para que sus dos pechos quedaran a la altura de los dos ojos del cliente. Luego colocaron las puntas de sus esbeltos pies sobre la placa superior del taburete, de modo que sus piernas se elevaran un poco más arriba de la pelvis, en un ángulo preciso, para que, sin inclinar la cabeza, con solo bajar los ojos, el cliente pueda sumergir sus fantasías en la entrepierna cada vez que la anfitriona decida cruzar y descruzar las extremidades, es decir con la frecuencia suficiente para mantener la erección. Una es rubia, con un estricto moño del que se deslizan con destreza algunos mechones ligeros, rostro y traje tan limpios y tersos como la

mesa de cristal en la que se apoya para relajar los abdominales. La otra es morena, labios rojos, piel tirante como sus medias y, para los estándares de este estilo de centro, es presumiblemente hermosa. Yo contraataco:

– Es del Clastre de lo que quiero hablarte. No tengo nada que vender, ni una lista que publicar, ni un expediente de cliente que completar. No soy un incitador, ni un astrólogo ni un evangelista. Así que no les promocionaré un producto o un dios, y no les cargaré a sus tarjetas ningún crédito al final de mi discurso. Sólo os pido que abráis durante unos minutos las puertas que aún no están tapiadas en vuestra mente y dejéis entrar algunas preguntas. Todos aquí son actores del Clastre, han sido evaluados, juzgan y otros serán juzgados en su nombre...

Recito, como suele ocurrir, mi introducción. Aún inestable, mi voz se apresura, corre para captar las palabras como quien apila un montón de ladrillos y enlazo las frases sin pausa en el cemento, para, poco a poco, escuchar mi discurso tomar forma y regularizarse... Mientras hablo pronto empiezo a mirar a mi izquierda, hasta que veo a mi interruptor que ahora tiene una mano en el muslo de su rubia anfitriona, mientras la morena, decidida, chupa la pajita de su vaso mientras asiente de vez en cuando. El jefe, muy discretamente, aprobaba mis ataques. El ternero juega ahora con su mano entre los muslos de la rubia sin subir mucho... Cuando de repente, con un gesto que debe creer elegante, desliza la uña de su dedo índice por delante del

colgante, que oscila, entre los pechos de la anfitriona... Ella sonríe tanto como le permite su lifting facial, contentándose en respuesta con avanzar un poco en su taburete para deslizar su falda y dejar ver aún mejor sus piernas. que descruza y separa suavemente. Sigo hablando, observando la escena a destellos, cuando tras otro hábil deslizamiento la anfitriona deja al descubierto sus ligas y pronto sus muslos desnudos, al estirar la falda. El ternero brama desde sus pantalones. Luego pasa su código de barras delante de un botón de la liga para situarlo en el centro de la cosa... La anfitriona se levanta poco después. Coloca su ojo azul delante de un lector rosa, dirigiéndose hacia la sala de exposiciones mientras el enano, con la cara roja, se apresura a meter su trasero en un cubículo vacío. Allí, a cámara y pantalla interpuesta, se desarrollará una escena de amor donde se esparcirá el “corazón” de la azafata y con él, en chorros cortos sobre una toalla blanca, el espeso esperma del promotor de antibacterianos *Purife*.

Lucho por no distraerme con este ballet, pero no puedo. Me distraigo –por eso y por un sinfín de pequeños detalles, labios húmedos, risas, caricias, pajas, entradas y salidas de clientes... Me distraigo, eso sí, un poco en otra parte, sin estar realmente allí, flotando, no siempre entiendo lo que digo y por qué, ¡porque me escucho! Llego un poco tarde a todo lo que sale de mi boca, lo sé, y otros lo sienten, bueno ¿cuáles otros? ya que casi todos empezaron de nuevo a sonreír, breve y bajo, y a charlar, sin convicción, como yo...

Un hombre acaba de derramar su vaso de almíbar sobre la mesa, pero tan rápido que aunque las bombas se han precipitado, una pequeña cantidad de líquido comienza a gotear por la mesa. Nadie lo ve: fluye por un lado oculto. Lo veo bajar y algo hace clic.

De repente salto de mi silla y me acerco a la mesa donde se ha extendido el almíbar.

– ¿Alguna vez te has preguntado qué hay en la boca del estómago? ¿Qué sigue moviéndose ahí dentro?

Aparto la mesa y derribo ruidosamente todos los vasos que hay sobre ella. Toda la habitación se vuelve contra mí. La pareja a la que acabo de arrebatarse la mesa comienza a insultar, pero, en un suspiro que muestra el poder de la educación cívica cercloniana, se contienen. Tomo la mesa con el brazo extendido y la apilo encima de la mía. Golpea los focos del techo. La luz atraviesa el cristal de color burdeos, iluminando la sofisticada mecánica alojada en el interior: motores, válvulas, tanques y tuberías.

– Quizás mis explicaciones sobre el Clastre no les parecieron convincentes. Entonces voy a pasar a otra cosa.

Me subo a la silla y señalo la mesa que acabo de traer.

– Eso es más o menos lo que eres tú: una copa con pie. ¡Un solo pie, una sola pierna, sin brazos y menos aún cara! ¡Un torso redondo, redondeado y lleno! ¡Mucha agua sucia en

las bolsas y bolsas conectadas a otras bolsas mediante tuberías! ¡Te miro y veo a través de ello! ¿Pero a través de qué?

– Una advertencia, por favor. ¡Estás en un centro de reuniones! Lo que no te permite tratarnos...

– No quieres que te empujen, ¿verdad? Te sostienes sobre tu pie de palo...

Y con un rodillazo, acribillo la mesa. Un campo eléctrico se extiende por el público. Las caras se contorsionan en previsión de que se desate el infierno, pero la mesa cae con un ruido sordo y se mantiene firme. Salto de mi silla, la recojo mientras aún se tambalea y la vuelvo a colocar violentamente sobre otra mesa.

– Por lo que he dicho, sus bombas incorporadas han absorbido toda la fuerza. Sólo la gota de jarabe ha sobrevivido a tu indiferencia: la lamo. ¡Así que escucha! Sólo te pido diez minutos. Diez minutos de escucha total.

El efecto de ruptura fue tal que las azafatas y los clientes se quedaron sin habla. Ahora no pueden quitarme los ojos de encima. Recorro rápidamente la sala y recojo todas las botellas que hay por ahí, diciendo “lo siento” y “gracias”. Estoy tan tenso que al menor comentario de un cliente le romperé un vaso en la cara, cosa que la gente debe percibir porque se envuelven en “por favor” como si estuvieran

conjurados. Cuando vuelvo a mi silla, empiezo a derramar botellas por toda la mesa. –¿Leéis lo que está escrito en las botellas? ¿No? Es *publicidad marcada*.

Y vierto el contenido sobre la mesa. Las bombas arrancan inmediatamente. Absorben el líquido hasta la última gota. Me agacho para observar el recorrido del agua dentro de la mesa hasta el tanque de almacenamiento de “agua”, ya que estas mesas no sólo absorben líquidos, sino que los filtran y los distribuyen en los depósitos correspondientes...

–Y éste, ¿lo lees? *Virtud*. ¿Y éste? Es *Clastre*. ¡Oye, ahí está otra vez! (una a una, vació el contenido de las botellas). Y éste?

– ¿Esa es tu propaganda?, ¡imbécil!

– ¡Un momento! ¡Un momento! Miraos: sois buenas máquinas, amigos míos, androides de calidad. Vuestras vísceras huelen a materia limpia. Tomáis todo lo que llega, todas las normas y modas, todos los deseos preformateados de los medios y los publicistas, los controladores y los ministros, y los colocáis en las cajas adecuadas, como niños superdotados. Os llenan y absorbéis, absorbéis, absorbéis: ¡no hay botellas suficientes para saturar vuestras cabezas de esponja! ¿Pero cuándo os hartaréis?

– ¡Ya! ¡Ya estoy harto de tus lecciones! ¡O paras ya, o no vuelvo a pisar este establecimiento! ¿Nadie puede hacerlo

callar? Este caballero es obviamente de La Volte. ¡Intenta provocarnos, pero prefiero irme, si no, no puedo responder de mi cortesía! ¿Nadie puede hacerlo callar? ¡Yo me voy!
–Quédese señor, que al final se callará...

– Demasiado tarde, se ha ido.

– Por una vez pasa algo...

– Si tus órganos de entrada son bombas, tus órganos de salida son aún más simples. Te controlamos por voz, como máquinas. Digo “brax” y ¡listo! Sale un vaso, ¡todo listo! ¡Aquí está tu producción! tu “trabajo” del que estás tan orgulloso... ¡Aquel por el que te califican, clasifican y te pagan! ¿Trabajo? ¡pero si es simplemente un escupitajo de lo que te hicieron ingerir!

> Mientras huía, pasé una señal de stop con mi deslizador, lo que activó la conocida alarma, lo cual significa que el interceptor de infrarrojos alojado en el poste me quitó ocho puntos de mi licencia de deslizador. Sea lo que sea, estoy aquí. Entré al centro de incógnito, me incliné al final de la barra, lo más lejos posible de Kamio, y escuché con atención las reacciones de la gente.

– Está gracioso en su silla, ¿no crees? Me gusta su cabello con reflejos rojos. Bajo el spot, se les ve claramente.

– Su suéter de patchwork también es original. Me pregunto dónde lo compró.

–Ese es hecho a mano. Estoy seguro de que él mismo lo tejió.

– Entiéndelo bien: tu cuerpo no era tan pobre por naturaleza. Pero lo truncaste. Cada órgano está llamado ahora a realizar una función social específica. Todos os habéis convertido, sin daros cuenta, en pequeñas empresas exitosas. Sois centros de beneficios, integrados en centros de beneficios más grandes y rentables, que son las empresas que sostenéis, federadas a su vez por Cerclon I, la plataforma logística de Cerclons, que a su vez no es más que la empresa matriz del sistema económico saturniano.

– Vaya, va rápido ...

– Una preciosa muñeca rusa, ¿no? y de la cual vosotros constituís sólo la minúscula pieza mal pintada, que se encierra dentro de la serie completa de las demás; la que descubrimos desilusionados cuando todas están abiertas, la estatuilla de madera que suena hueca y que da lástima porque no se desenrosca. Estáis constantemente estimulados para que se fueren las aberturas que los poderes necesitan para hacer penetrar sus consignas en vosotros.

¿Sabéis qué es el desove?

Ver a Kamio en este estado, con esta llama, esta energía que llena la habitación y atraviesa el espesor de los cuerpos, me sorprende. No tiene nada a su favor, ni el marco, ni la expectativa, solo tiene su encanto, solo tiene su voz que proyecta como pinta, pero joder, ¡qué hermoso es mi amigo cuando está así!

– Es el fenómeno de que el paso de los impulsos nerviosos a través de los conductores se facilita con la repetición. Porque hoy ya no son las ideologías las que nos alienan. Son las estrategias de impacto. Son ellas las que trazan las autopistas neuronales por las que circulan las instrucciones para vivir, las instrucciones para hacer esto o lo otro... Excavan en ellas mediante el bombardeo intensivo, la frecuencia de los golpes, la repetición... ¡Una guerra sin cuartel cuyos frentes son nuestros cuerpos!

– ¿No está un poco loco?

– Ya no tenemos organismos: ¡estamos organizados!

– ¿Qué somos, Hralx?

– ¡Or-ga-nis-mes!

– ¿De qué está hablando?

– Es lo que él dice. Sólo lo estoy repitiendo. De todos modos, no entiendo nada...

– ¡Mirad con qué frecuencia, con qué violencia se solicitan nuestros ojos y nuestros oídos! Nuestra propia percepción del mundo ha sufrido un giro terrible. El ojo y el oído copulando han parido un monstruo: *el ojo* que ha secado la energía del tacto, el gusto y el olfato. Es solo un ejemplo. Porque esta carretera también podría volverse demasiado rápida dejando de imprimir las marcas necesarias para mantener el orden psíquico. ¿Quién, por ejemplo, se acuerda aún hoy de los anuncios? Casi nadie. Por eso asistimos a una vuelta a la promoción de carne y hueso, ¡mano a mano!

– Para nada...

Una pareja agradable, de unos apacibles sesenta años, siguen a Kamio con una atención placentera.

– Habla bien este joven. ¿Te has fijado en todas las personas que han entrado desde que empezó a hablar?

– Si sí. Nunca había visto esta sala tan llena. Es un poco raro, pero lo que dice no es del todo estúpido. Y luego, nos proporciona una pequeña animación. ¡Estos centros son tranquilos! ¿Recuerdas los bistrós de Francia? ¿Qué ambiente había: las partidas de cartas, la partida de bolos en el patio donde apostamos una pinta por punto? Eso era algo, ¿no?

– ¡La guerra química también era algo! Se olvida un poco rápido... No estamos tan mal en estos centros...

– Debido a que es intangible, el ojo ha sido favorecido durante mucho tiempo por los estrategias del impacto emocional. Sin duda los mensajes que pasan por esa esclusa se reciben allí más directamente, la manipulación es menos perceptible, no lo sé. Un poder no debe dejar huellas *de* su paso, sino *marcas*. ¿Lo entendéis? Sólo quedarán las marcas. ¡Sólo las marcas garantizan que el control externo se convierta efectivamente en *autocontrol*! ¡Qué bien que seas tu pequeña policía interna! Así su organización seguirá expandiendo el tipo de mensaje que te envía. ¡El tipo de “trabajo” que te pide que hagas! ¡Sí! Sin embargo, una enfermedad acecha en el ojo...

– ¡La ceguera!

– ¡Es el olvido! El olvido es nuestra fuerza. Nuestra resistencia pasiva. ¡Pero cuidado con tus fosas nasales! ¡Cuidado con las caricias que vienen!

– ¡Está a-ci-mu-ta-do! ¡Va a plena órbita! ¡Despegará con su silla si continúa!

Kamio está ganando fuerza y quiero estar ahí, ser uno con él. Él no me necesita, en términos absolutos, y sin embargo, sé que ser dos, estar juntos, ya es ser cuatro o seis, formar un grupo y luego, encontrándonos juntos será de nuevo un frente. Será como cuando empezamos en Évolte, a los dieciocho años, de pie sobre los Caddies® con lanzas para

perforar las cabezas de las góndolas. Pido un vodka y lo bebo de un trago.

– Aunque el olfato y el tacto son sentidos de proximidad, articulados con flujos de materiales, no con ondas vibratorias, no con fotones, corremos el riesgo de pasar del contacto al tacto, del flujo al efluvio, del signo a las sensaciones de las que aún no se sabe categorizar qué estímulo provoca qué reacción. Lo sabían a simple vista. Sabían manipular luces y colores, cortes oscuros, tono de voz, nivel de sonido. La ciencia todavía es joven en estas áreas. Pero eso es porque aún no ha sido atrapada por el compuesto de poder que le exigirá tener conocimiento de estos temas. Ah, hablo de los sentidos... como si fueran los únicos puntos de entrada en el cuerpo. Como si la discreta regulación del calor y la gravedad, como si la ventilación, como si la radiación, la alimentación, los líquidos que nos hacen beber, las cremas que nos untamos, el aire que respiramos, ¡no estuvieran sujetos a la gestión biopolítica! No pensamos de la misma manera cuando hay 22°C en todas partes, cuando tomamos bebidas gaseosas, cuando las turbinas bombean la cantidad justa de oxígeno para hacernos sentir eufóricos... ¡Pensamos con el cuerpo, amigos míos! Mucho mejor y mucho más profundamente que con nuestra conciencia, por muy iluminada y despierta que esté. Cuando el cuerpo tiene el control, el cerebro piensa bajo control. Así que olvídense de la propaganda, es una broma... ¡Bienvenidos a la afectación!

–Y frente a la afección, no hay revuelta individual. Cualquier revuelta es desde el principio colectiva.

> Reconocí su voz. Inmediatamente. La voz viril de Captp, un poco húmeda y llena de volumen. ¡Ha llegado ese loco! Algunos movimientos de sillas amortiguados por la alfombra, un barullo de murmullos del que surgen algunos retazos: “Espérate, a ver”, “¿Quién es ese?”, y aquí está Captp frente a mí, riendo, agarrando mi mano. Una alegría profunda e irracional, teñida de sorpresa y preocupación, agita violentamente mi pecho. “Continúa”, me susurra el capitán, “luego diré unas palabras”.

– Veo que la atención se diluye: voy a terminar. Básicamente, sois como esos alcohólicos que, habiendo bebido demasiado, pero aún no lo suficiente, ya no pueden beber ni vomitar. No pueden levantarse, no quieren tumbarse, caminan, se desploman... Y cuando intentamos levantarles dicen: “No, no, voy a vomitar...”. Sólo que no vomitan. Pero ya no pueden beber. Ya no se mueven, ya no escuchan nada. Puedes orinar sobre ellos, no te harán nada. Terrible, ¿no? ¡Y bien! Esa es un poco la impresión que tengo al hablar con vosotros. Estáis borrachos: de conocimientos e instrucciones de vida. Pero no lo suficiente como para expulsarlos y escuchar algo nuevo. Sois como reyes que os envenenáis en pequeñas dosis. Entonces la solución radical, para depurar vuestras venas, es esta:

Con un gesto, le doy la vuelta a la mesa, con el pie en el aire y la cabeza boca abajo. La sacudo. Bajo la presión de los líquidos retenidos en los tanques, las válvulas ceden. Las bebidas empiezan a fluir. Algunas personas aplauden y sonrían. Sin embargo, sin pensarlo, hice esto encima de mi mesa, para que el líquido se esparciera sobre la bandeja y las bombas se pusieran en marcha, ¡absorbiendo la cascada en tiempo real! ¡Burlesco! La gente empieza a reírse con franqueza, el capitán y yo con ellos.

– Pues ahí lo tenéis: ¡el círculo se cierra! Todo vuelve a estar en orden. Algunos dicen que ya no hay comunicación en esta sociedad...

– ¿Quién dice eso?

– Es verdad, no la hay: hay ósmosis. Te observé charlando: ¡tienes esa convivencia de copas que te hacen *chirriar!* tocándose unas a otras. ¿Por qué hablar, me preguntas, cuando emitimos los mismos sonidos? ¿Por qué comunicar cuando comulgamos? Os llamé copas anteriormente, disculpadme. Esta es la versión mecánica de la parábola. La versión blanda os sienta mejor: sois una colonia de esponjas húmedas que se transmiten entre sí por ósmosis la misma agua estancada. Cada esponja se cree sola, diferente. Sin embargo, estáis constantemente en contacto, os fecundáis mutuamente. Habéis visto las mesas: si una se vierte y se desborda, la otra siempre está ahí para recoger su agua. No es amor. Simplemente tenéis un corazón débil. He venido a

hablaros con palabras secas. Con mi calor también. Vine con la esperanza de evaporaros, con fuego y llamas. Por lo general, la gente os habla con voz lechosa, las frases que dicen gotean o gorgotean. Hacéis un buen esfuerzo para escuchar ese crujido. ¡Que chisporrotea y arde! Pero no os voy a molestar más, ya os he molestado bastante...

– ¡Eso es! Tienes suerte de haber encontrado este local donde prima la cortesía y el respeto por la opinión de los demás. Si hubieras pronunciado este discurso provocativo delante de las ratas de la zona, ¡te habrían hecho pasar un mal rato!

– Decimos “radiantes” cuando somos corteses, no “ratas de la zona”, señora, dice Captp.

> Un tarro de cosmético con habla se volvió contra mí. De una fealdad que sólo la acumulación de liftings contradictorios y de histeria por las cremas de belleza podrían explicar. Intenta articular una respuesta, pero la vivacidad de mi mirada la atrapa. Dejé que Kamio se levantara de su silla para sentarse también.

– ¡Buenas noches a todos!

– ¡Otro más!

– Tranquilo, sólo hablo para comunicar. ¿Quién de aquí quiere hablar, compartir sus reacciones?...

– Personalmente me he reído mucho.

– ¿De los chistes o del Clastre?

– Más bien de los discursos ridículos de tu amigo. Quiere al Clastre muerto, ¿te das cuenta? Pero ¿cómo podría funcionar una sociedad sin Clastre, ¿eh? ¡Cuentanos! Si todos dan una puntuación a todos, como nos dices, si nadie va a las entrevistas jerárquicas, si rechazamos el BPA, ¡el Sistema estará por los suelos!

– ¿Y entonces? ¿Cómo antes en la Tierra? ¿Eres originario de la Tierra?

– No. Yo nací aquí. ¡Soy muy feliz por eso! De cualquier manera, ¡no podemos volver atrás! ¿Nos ves con sueldos por antigüedad, ascensos automáticos, bonificaciones a criterio del jefe? ¡Se Serio! Ojo, tampoco digo que el Clastre sea perfecto. Todavía hay problemas de criterio, ramas de actividad que no mencionaré y que están escandalosamente favorecidas. Me parece especialmente escandaloso que los artistas no sean objeto de entrevistas jerárquicas. No tiene sentido. Finalmente, dejando de lado esas aberraciones, el Clastre es un sistema ejemplar. En mi opinión, éste es el mejor sistema posible para limitar las injusticias: todo el mundo empieza en pie de igualdad. Las diferencias se basan

únicamente en el mérito de cada individuo, que, en mi opinión, debería ser el ideal de cualquier democracia que se precie. ¿Por qué crees que la Tierra nos envidia? La gente más seria, la más talentosa, la gente trabajadora y responsable, ¡bueno! es normal que se beneficien de condiciones de vida más favorables que los holgazanes que minan nuestra competitividad frente a otros Cerclons.

– Lo apruebo completamente, señor. Luchar contra el Clastre es luchar contra la democracia, es incivismo. Y la historia nos ha mostrado a qué conduce el incivismo.

– El genocidio de Ucrania.

– ¡Exactamente!

Quería divertirme:

– ¿Y si un día el Terminor dejara de funcionar? ¿Que un grupo como la Volte, por ejemplo, consiguiera sabotearlo?

–Sería una catástrofe terrible. ¡Volveríamos a la barbarie! El mérito volvería a ser una noción subjetiva, dejada a la discreción de los líderes. ¡Imaginadlo! La Volte, en cualquier caso, debe ser condenada a muerte en su totalidad. Ejecutada colectivamente. Es un gorx que paralizará la ciudad si no tenemos cuidado. Veo a todos estos jóvenes que aplauden el clamor, que se tatúan a Zorlk en los brazos, que sólo sueñan con unirse a ese movimiento fascista... Brrr...

Lo corté antes de matarlo en el acto.

– ¿Otros puntos de vista?

Una joven que debe tener treinta años, impecablemente vestida y peinada, alza una cálida voz desde el fondo de la sala.

– Me parece digno de elogio que personas, como su amigo o usted, tengan el valor de venir a hablar en lugares públicos, así, sin nada que vender, simplemente para expresar sus convicciones.

– Es verdad, jóvenes, sois valientes.

– Debo confesar que al principio estaba convencido de que se trataba de un instigador. Después pensé que eras un loco simpático, uno de esos sociópatas que intentamos rehabilitar en un ambiente abierto, que dejamos vagar por las calles para que se acostumbren a volver a ver a la gente – eso pasa mucho ahora...

– ¡Gracias!

– ¡Oh, al final vi que estaba equivocado! Me impresionó mucho tu discurso sobre el “ojo dorado”, todas estas manipulaciones que denuncias... Sin embargo, me gustaría hacerte una pregunta indiscreta...

– Adelante.

–¿Estás paranoico? Quiero decir: en el último Clastre, ¿cuánto sacaste con ese criterio?

– Tres de cada diez.

– Eres normal; tres de cada diez es normal. ¡Eso es aún más inquietante! Entonces te voy a hacer una segunda pregunta. Sigues diciendo: “nos manipulan, nos controlan, nos pasan por los ojos, *etcétera*”. ¿Pero quién es este “nosotros”?

– Vosotros.

– ¿Yo?

– Todos ustedes, yo, nosotros. Todos los ciudadanos.

–En un momento usted habló de los medios, de los anunciantes, de los ministros...

– Porque determinadas personas o determinados grupos, por su función y su posición estratégica en la red social, imponen el control con más facilidad que otros. Pero ellos también lo sufren.

– Entonces ¿por qué culparlos si todos somos responsables de lo que está pasando? ¡Este fenómeno que usted denuncia es democrático! ¡No puede condenarlo!

– ¿Porque para usted todo lo que resulta de una voluntad democrática nunca es condenable?

– ¡Claro que no!

–Entonces, voy a aclarar dos cosas. En primer lugar, una sociedad de control, de vigilancia de todos por todos, por espléndidamente democrática que sea, me produce vómito. Y la vomito por valores mucho más vitales que este triunfo habitual del conformismo, la docilidad y el miedo, que usted respalda porque proviene de la mayoría. Lo vomito por la libertad. Para que la vida silbe por nuestras vísceras, como un torrente de fuego. Lo vomito por una esperanza: el hombre debe ser mejor de lo que es hoy. Mejor que la carne fibrosa que el menor miedo desgarrar; mejor que un cerebro de silicio, que escupe ceros y unos, donde no crece ningún terreno baldío; mejor que un corazón de barro, lleno como una esponja de lágrimas que ya nadie sabe llorar.

> Como siempre, el nivel de lenguaje del capitán, su fraseo preciso y sus imágenes produjeron un efecto de escucha y comprensión casi inmediatos. Hablar era para él ante todo un acto interno, una necesidad para una persona solitaria que busca ser un talento público. Sus ideas llegaban a su garganta ya articuladas y salían armadas, de modo que con él al frente ya no necesitaba forzar, solo colocar fusibles. Incluso fue un placer para mí dar un paso atrás y dejarlo evolucionar al frente.

– Cerclon no es una democracia. Si debemos deshacernos de la paranoia del Gran Hermano, sería igualmente ingenuo creer que el control degradante de los cuerpos lo ejercen por igual todos los ciudadanos. El control es un fenómeno de contaminación viral muy complejo. Lo veo como un fuego, un fuego extraño como el que vimos tantos en la Tierra, durante la guerra. Múltiples focos, con grupos de pirómanos encaramados en las alturas, bomberos a favor del viento, con lagos que frenan la progresión del fuego y carne desnuda en el lago, arroyos evaporándose y puertos evacuándose, ministros cerca de los ríos, equipados con lanzallamas, soldados que escupen fuego, con armas chamuscadas en la pampa. Con hidroaviones y aviones cisterna llenos de gasolina en el cielo, cámaras voladoras que detectan a los buzos, bombas que caen, napalm; y por todas partes llamas y humo, praderas crepitantes, bosques devastados, por todas partes el rugido del incendio que se extiende de cumbre en cumbre, y tan pocos, tan pocos árboles al aire libre sobre los que pasa el fuego sin quemarlos, que no esparcen más que un poco de libertad.

– Admitamos que hay desigualdades, que nuestra democracia es... un poco triste... ¿Pero qué debemos hacer? ¿La Revolución? Admitámoslo. ¿Pero contra quién, contra qué?

De un trago, Capitán bebe un vaso de brax y continúa:

– ¿Que hay que hacer? ¡Primero dejar de lamentarse y bajar de la cruz! ¡Quitarse los clavos de las manos! Todos los poderes tienen interés en comunicarnos sentimientos tristes, malas sensaciones. ¡Depende de nosotros oponernos a ellos con un poco de subversión y alegría de vivir! Individualmente, somos sólo una gota en el mar de un Sistema tan coherente y global como el Clastre. Pon una gota de agua en una computadora: se destruye. Pues pon cero a todas las valoraciones que hagas sobre tus jefes, tus compañeros o tus subordinados –o mejor: ¡veinte sobre veinte! Responde sí a todas las pruebas psicológicas, sí a todas las preguntas del Clastre, ¡Sí! Sí! Sí! por todos lados y serás la gota de agua del Clastre! ¡Todos los de aquí, ya haríamos un río!

En cuanto al empobrecimiento de nuestros cuerpos, ¿qué debemos hacer?

– ¡Toma tus pantallas y haz mesas con ellas! ¡Pinta sobre ellas!

– Sí, y en los bolsillos siempre guardad dos cosas: una docena de clamores y un puñado de arena. La arena es para los pasillos rodantes: los bloquea; el clamor trata de encontrar tu voz.

– En caso contrario, habla, discute con tus amigos, con tus vecinos, con desconocidos. ¡Haz el amor y la guerra!

El capitán se acercaba a la gente. Cada segundo se volvía más físico, más hablador, hundiéndose ahora en el bosque de sillas y mesas, empujando, provocando. Bebe cada vaso de alcohol que encuentra, es un salvaje:

–Kamio tiene razón. ¡La guerra dentro de ti, contra Paul Constant! ¡Enfréntate a él, sindicaliza tus vísceras! ¡Une tus agallas! Hazte cargo de ti mismo, desconecta, reconéctate, crea redes impredecibles, prepara cócteles de almíbar y whisky. ¡Emborrachate! Te han enseñado a hacer que tus órganos funcionen de cierta manera: ¡derrota la maldita estructura! ¡Diviértete de manera diferente! Dibuja líneas diagonales de órganos sanos o, dentro de los órganos, toca el concierto de tus deseos contra la fanfarria de las averías rutinarias. ¡Corta, cortocircuita! ¡Atornilla la serie con el paralelo y el paralelo con la serie! ¡Que salga toda la mierda que hay ahí dentro! Limpiate, eyacula la norma, expulsa agua por todas partes, enjuaga, escupe, ¡no tragues! ¡Suda, saca a los cerdos de tu casa! ¡Rezuma, maldita sea!

El capitán ahora comenzó a caminar erguido sobre las mesas. Patea botellas, golpea vasos, rompe y derrama pero nadie tiene el coraje ni las ganas de detenerlo. Está fuera de alcance, ha desaparecido más allá del suelo y de las leyes, como en sí mismo finalmente...

– ¡Aguanta siempre! ¡Niet! ¡Inventa un cuerpo vivo, que experimente, que sepa romperse, acelerar, saltar! ¿Quién desvía las bombas que caen? ¡Cúbranse, hemos conectado

la “virtud” virtual! Vamos a descarrilar los vagones de los afectos entregados llave en mano ¿eh? Nada de sentimentalismo de perro aplastado, sólo sensibilidad que remueva grietas profundas en tu interior, ¡o nada! Autogestión en las tripas, ¿capito? Aunque tengas que usar la energía de la formación cívica para levantarte, si hace falta... ¡No te limites a destruir! ¡Conviértete en lo que odias! ¡Por el momento, todo lo tuyo está bajo el cristal que se ha derretido sobre ti! ¡Y hasta veo aquí algunos que beben agua, que han llegado a exigir que se la derritamos para que ellos, los chapka, se sientan bonitos y suaves! ¡Irrompibles! ¡Funcionales! Pero mira tu cara ahora: ¡nada se le pega, nada! ¡Eres el triste reflejo de una sociedad gélida! Toca tus mejillas cerosas, buenas mejillas blancas y grandes para hacer bistec a la parrilla...

Le tuerce la mejilla a un chico que ni siquiera se atreve a gritar y se dirige a él cara a cara.

– Pero mañana serás otra persona, créeme, ¡la gente ya no te reconocerá! ¡Los clamores subirán a tu boca como jugo! Esta noche vuelves a ser la imagen de tu padre, el alto funcionario de tu organismo embargado.

– ¡Cruz en ti! ¡Cruz en ti!

– Te controlas, te controlas impecablemente. Pero ¿mañana? ¿Quién sabe cómo despertarás? ¿Quién sabe qué crecerá esta noche bajo la tapa de cristal de tu cráneo? Me

parece... Me parece que ya lo escucho... ¿Qué? El croar... el croar metálico de una semilla que crece bajo la escarcha...

¡Y sale corriendo! Conociendo a Captp, será mejor que lo siga. La gente aplaude, grita, ríe a carcajadas, ¡no pueden creer nuestra arenga! Los clientes quieren detenerme, agarrarme... Apenas me abro paso bajo un escándalo de bravos y silbidos. Finalmente, aquí estamos en el fresco de la calle. El capitán conecta su deslizador con una patada.

– ¡Sube detrás, Kamion, huimos hacia el cooossmooossss!

XI. INTELECTROCUTAR

> Mi primera sensación al entrar en el Parque Azul con Boule de Chat, es ver a esta multitud pisando fuerte frente a las rotondas que bordeaban la inmensa explanada que bordea el lago, con el cerrado techo de una cápsula sobre la que giraba el holograma del bioware en venta, fue una sensación de poder. Poder sobre estas personas. Dos años antes, en el último festival del Clastre, había reflexionado sobre mi impotencia ante la irresistible atracción que ejercían estas cápsulas. ¡Hoy me ha encantado ver las rotondas tomadas por asalto! Incluso esperaba que no quedara ni una sola cápsula en stock, que todos aquellos, todavía tímidos, todavía reacios, que no se habían atrevido a probarlas, se atrevieran a hacerlo esta noche. Por primera y última vez.

Miré mi reloj: 8:42 p.m. Otra hora. Había tal multitud que no podía orientarme. Así que subimos a una especie de mirador, que hacía las veces de bar, para tener una visión

panorámica. Justo delante de nosotros estaba el lago. Más allá había un terraplén cuidadosamente cubierto de césped, una especie de anfiteatro “natural” que se apoyaba en el anillo periférico y que, protegía juiciosamente el parque de sus gases y ruidos. A la izquierda, al final de la explanada, una estrecha franja de árboles curvada a lo largo de cuatro kilómetros nos separaba del sector tres, del que, sin embargo, podíamos distinguir algunas torres, todas ellas completamente iluminadas, según el ritual. Seguí la curva boscosa hasta donde se encontraba el anillo. Allí, en este rincón triangular, se alzaba el promontorio de la cascada, nuestra fortaleza... Finalmente di la espalda al lago para detenerme en la explanada: su hierba más limpia que una alfombra nueva, sus rotondas ordenadas, sus baradores encaramados en sus pilares, sus salas de juegos virtuales en forma de huevo, caídas al azar sobre un archipiélago sin orden... Todos estos edificios tan nuevos, esta arquitectura desechable que uno se sentiría congelado allí por una noche, componía en el crepúsculo un espacio infantil y pitufesco, que sólo recibía su realidad a partir de la multitud en movimiento, la multitud como un fluido que los irrigaba, la multitud espesa, alegre y unida, todavía cálida y sabia, a la que ya quería unirme para mezclarme con ella, escucharla; era tan raro ver a la gente junta, tan extraño...

Sin embargo, antes tuve que comprobar que la magnetoportación del agua funcionaba bien en toda la superficie. Condición de éxito. Cogí un par de binoculares

que mejoran la iluminación y los dejé a libre disposición. Escudriñé las orillas del lago, asegurándome de esto, y noté que pasaba junto a enfermeros de espionaje civil, vestidos con trajes negros. Al parecer estaban observando el lago y el terraplén del anillo. Bien. Con un poco de ansiedad seguí hasta el pie de la cascada. A ambos lados de la cascada, subí los recodos de las dos escaleras de piedra hasta la cima: nada que... Sí: dos guardas del parque, cerca de la cima. Embarazoso.

Desde aquí no podía ver la meseta del promontorio. A *fortiori* la parte trasera de la meseta donde debían estar en su lugar, desde hacía ya cinco horas... Sin embargo, lo vi... Vi cada detalle de la pendiente severa, oscura, salpicada de bloques, árboles y arbustos, que ellos tenían que mirar. Podía ver claramente el escondite de Obffs y el agujero de Brihx, con su trampilla cubierta de tierra, para el caso de un barrido completo. Vi a Slift boca abajo, en lo alto de la pendiente, con sus ojos incandescentes, escaneando a Brihx y transmitiendo a Blusq –Blusq de quien todo dependía, de su generador enterrado y de sus dos cables sumergidos en la cueva, que se pondrían en marcha a mi señal. Vi el torrente que salía de la cueva y de las salas técnicas detrás de él, y la tubería que lo abastecía. Vi las señales de vigilancia de todos sus gestos. La ansiedad que los hacía compactos, animales. Vi todas las posibles líneas de escape. Todos los riesgos también.

La pendiente sólo era visible desde el arcén de la circunvalación, durante un breve tramo, y desde los pequeños bosques que delimitaban el sector 3. El arcén, invadido a esta hora por coches y deslizadores que acudían a la fiesta, estaba atravesado por volutas. El bosque protegía a nuestros vigías. Todos, al menor signo sospechoso, pasarían por el acantilado, junto con Kamio, hacia la explanada. Abrir la chaqueta y las manos en los bolsillos permitía indicar cinco niveles de amenaza y treinta y dos mensajes clave. Kamio se los sabía de memoria. Sentado en su parcela de césped, con su mochila Brax, su radio manipulada escupiendo rad-rock mientras el ecualizador codificaba los mensajes a Obffs; él era la verdadera torre de control del dispositivo. Allí donde se encontraba, completamente expuesto, a algunos metros de la pendiente, podía al mismo tiempo vigilar, a su izquierda, el comienzo de la pendiente y el camino que bordeaba el acantilado, y a su derecha otear el bosque y detrás de él, echar un vistazo a las figuras apoyadas en la barandilla del anillo. A lo lejos, se observaba parte de la explanada.

En cuanto a Boule y a mí, nuestro papel, limitado por nuestra “exposición”, prometía ser menos glorioso: si nos hubieran hecho girar durante la fiesta, el hilandero no habría sospechado nada. Media hora antes del disparo, estaríamos en la cima de la cascada, observando si había gente ascendiendo. ¡Entonces daríamos la señal, besándonos (una idea de Boule...)! Entonces mi papel se limitaría a observar si

se producía o no ionización en los cuerpos. No: manos cruzadas detrás de la espalda. Sí: manos en los bolsillos, hay que huir inmediatamente. Esto es a lo que Blusq estaría atento. ¿La orden de fuga? Había negociado coraje: primero Brihx, segundo Blusq y luego Obffs. Kamio permanecería en su lugar. Se levantó al final. Tuvo que quitarse el equipo, esconderlo y volver a bajar toda la pendiente en el momento en que, pasado el estupor, los ingenieros y rastreadores tenían todas las posibilidades de interesarse por el oleoducto y la cueva. ¿Quién más que Slift podría correr este riesgo? Era el ser más astuto de toda la Volte, si no de Cerclon. Incluso cuando lo perseguían, era inexpugnable cuando corría. Y una vez que su mano estuvo colocada en el contacto del deslizador, ya no tenía sentido pensar en ello: la extensión natural de sus brazos no eran sus manos, era un manillar.

– ¿Vamos? Aún queda toda la explanada por recorrer.

– Vamos, Boule.

Una vez más la multitud se bañaba. Pero ahí estaba. Se produjo un clic físico. El frescor de la noche que cae, la hierba húmeda, las frías capas de oxígeno... Mi cuerpo acaba de despertar, por fin. Estoy presente. Sin distancia. En el momento. Avanzo con movimientos rápidos y mínimos. Huelo la hierba, observo rápidamente, escucho todos los ruidos, escucho conversaciones sobre la marcha.

– Entonces Fteym, ¿cómo deberé llamarte durante los próximos dos años?

– ¡Djlod, amigo mío!

– ¡Guau! ¡Gran promoción! ¡Ya ves que pasaste tus pruebas! Estabas asustado. Tienes un nuevo hombre frente a ti...

– ...todo el departamento tuvo buenos resultados. Incluso el jefe. No es por falta de haberla cagado...

– Admítelo, admítelo, ¿cuánto le pagaste?

– ¡Tres!

– ¡Como yo! Sabes que Hrfdg fue devaluado a J–algo así. Estoy seguro de que él es el jefe...

– Es sólo un rumor, lo admito, pero un amigo que está metido en el negocio me dice que puede ser grave: el Bosquet va a hacer algo esta tarde.

– ¿Con todos estos policías dando vueltas? ¡Estás bromeando! ¿Qué quieres que hagan? ¿Prender fuego al lago? Esta noche hay fiesta, no llegarán tan lejos como...

– Pista 27, ¿vale? No ingerirás antes que yo, ¿lo prometes? Llego, me voy a poner un antifatiga, me siento agotado.

–...¡se desinflaron! Desde el *Se Busca*, nada más, ¡fioouu!
¡Se esconden como marmotas!

– ¿Qué?

– Una especie de gato grande, de patas cortas, que se esconde... Tienes mucho espacio, tú...

– ¡No se dieron por vencidos!

– ...¡1.800 sabotajes, te das cuenta! Lo dijeron ayer en *Chaîne-Choc*. Con cinco semanas de retraso, creo que les está yendo bien. En cualquier caso, el problema no es el Sistema, es la Volte –bueno, el Bosquet...

– Ese ni siquiera es el problema, Axfy. El mal es más profundo. Los voltes son niños y niñas pobres cuyos padres los trajeron a Cerclon cuando tenían doce o trece años. Conocían la Tierra, el aire libre...

– Las guerras...

– La mayoría de ellos no sufrieron las guerras. Los lanzaron en paracaídas aquí en un círculo de 15 kilómetros de radio y les dijeron: “¡Bienvenidos al paraíso!” Conocían los árboles de madera, los lagos reales, el aire puro, lo real, el horizonte y aquí están en medio de turbinas y torres de cristal con una vista del vertedero más hermoso del cosmos. ¿Qué harías tú en su lugar? ¿No darías vueltas en círculos como un quark en un ciclotrón?

–Yo también vengo de la Tierra. ¡Y soy feliz aquí! ¡Creo que la raíz del problema es que están estropeados! Listo. Tienen todo lo que quieren, todos los juegos posibles e imaginables; las chicas pueden seguir siendo hermosas hasta los sesenta y cinco años. Viven en el lujo, pero como ese lujo se les ofrece en bandeja, no saben disfrutarlo y exigen algo más, aún más... ¿Qué? Ellos mismos no lo saben. “La felicidad inmerecida es otro nombre para la infelicidad”, decía mi abuela.

–...no tomes ese bioware *de Narcissus*, por favor, cariño.

– ¡Fui depuesto por culpa de esos terroristas! ¡Así que esta noche estoy pasando el mejor momento de mi vida! Con *Narcisse* me sentiré como un dios, me devolverá la confianza en mí mismo...

–Y luego, ¿qué? ¡Llorarás! Hay reacciones negativas, ¡lo sabes!

...La 27 está reservada para capsuladores sexuales. Te decidiste por Sensual, que pulsa con menos fuerza. Te rechazarán en la entrada.

– Para Sensual, ¿qué pista es entonces?

–La 71.

A medida que avanzamos, descubrimos los sistemas instalados en el lago. El espectáculo que tenemos ante nosotros toca las alturas de la munificencia tecnológica. Como si se hubieran dado instrucciones a cada equipo de ingenieros y artistas para llevar su arte al límite sin preocuparse en lo más mínimo por el efecto general. El resultado es un resplandor de colores y sonidos, que desatan sus tormentas rítmicas sobre pistas de estructuras sobrias que emergen un poco y con tanta elegancia de la superficie del lago que parecen el tímido surgimiento de una Atlántida.

> Esta fiesta, si nos atenemos a la celebración, parece ni más ni menos que un funeral un tanto chic. Que la moda sea negra, pase... que la vieja piel mostrada abuse de ella, que así sea... pero que las chicas de mi edad piensen que se han disfrazado para una fiesta rematando su minifalda negra con una blusa blanca de la que abren dos botones... ¿Dónde están los fauves, los amarillos dorados, los morados brillantes que anunciaban las revistas? En una sociedad donde nos enorgullecemos de haber obtenido la primera verdadera igualdad con los hombres en la historia, el desfile de los mismos labios en idéntico rojo, las mismas figuras adelgazadas con carnes intragimnasales, liposuccionadas y sin tono, los mismos moños a los que les quedan algunos mechones para salirse de su sitio, las mismas rubias postizas y las mismas morenas teñidas, nos deja soñando. ¿Se ha liberado la mujer? Tal vez durante una hora: la hora que han

tardado en vestirse y maquillarse. Para nosotras la libertad consiste en seducir a los hombres. A nosotras mismas ¿Por qué? Estas chicas, todas las que he visto hasta ahora en la fiesta, apenas tienen ganas de agradar. No miran a los hombres que las miran; ¡Ni siquiera los ven! La seducción que exhiben es una seducción vacía y mecánica. Una seducción que, en las retinas de los hombres, enciende una chispa, nada más. No esperes fuego detrás, no hay posibilidad. Es simplemente un reflejo de erección que no llega, porque sólo responde inmediatamente a una señal de que ha visto demasiado o aprendido demasiado; que le gusta que lo activen y a la que a veces responde, como respondemos mientras comemos al sonido del llamado “tienes hambre”, aunque nosotras no tengamos hambre, en absoluto... Cuanto más las miro, más claro se vuelve este curioso sentimiento. Parece que lo que realmente importa no es seducir, ni permanecer jóvenes ni aparentarlo, pues la cansada lentitud de sus gestos ya muestra todo lo que en ellas ha envejecido. No, lo que importa es que la búsqueda siga siendo ideal. Que esta belleza abstracta a semejanza de la cual remodelamos nuestros cuerpos, añadiendo senos y pestañas, retorciendo nuestra carne para quitar la grasa, esta belleza no existe en absoluto... ¡no! ¿Qué es lo que cuenta? La feroz disciplina que nos imponemos y el secreto placer que obtenemos de ella. Gozar de sufrir la atracción de los tópicos sintéticos, de medir cada día todo lo que nos separa de ellos, y nuestros ojos, y nuestras narices, y nuestras nalgas, y de sentir cada día que la brecha se

estrecha, el horizonte se acerca... ¿Quién no ha soñado con una meta sencilla y clara para su vida que le ahorre la angustia de buscar la belleza?... Y con este objetivo se sugieren los medios para conseguirlo: dietas, cremas, actitudes y complementos... sobre un río de consejos y revistas concretas. Y sobre todo: cirugía plástica, el primer negocio de Cerclon... No sé si somos iguales a los hombres y si eso significa algo. Lo que siento es la trivialidad de la piedra que rueda.

> Es deslumbrante el uso que se ha hecho de los estratos láser. Todo el lago estaba cubierto por una capa de luz azul profunda. Ni un solo reflejo tiñe la sedosa superficie del agua donde con tanto cuidado se trenzan los haces. Por otro lado, se destacan fragmentos, como patrones en una tela: son las pistas de baile ya abarrotadas. ¡Pistas! La mayoría son amplias plataformas cuadradas colocadas directamente sobre el agua, sin bordes ni barandillas, sólo bordeadas por bloques donde los capsuladores que navegan en sus barcazas llegan a atracar para bailar algunas canciones, coquetear y luego volver a partir con las olas. Los bailarines también se lanzan, impulsándose al agua para nadar entre las corrientes musicales. Se golpean los pies y los brazos, improvisan pasos de baile horizontales y con la cabeza sumergida en el agua oyen todavía esas pulsaciones que nacen de sus propios nervios, que nada puede detener y que los zarandean, los estremecen, los sacuden... Los excluidos

de las cápsulas se refieren, en el agua, a los deflectores y sonoblocs flotantes que, acoplados, forman salas de baile en movimiento. La magnetoportación es, ante todo, el gran milagro tecnológico de esta celebración. Los nadadores parecen volar sobre el agua. La braza de mariposa engendra albatros. Los cuerpos sumergidos se hunden lo suficiente como para sentir el placer del agua evitando la fatiga de la gravedad. De pista en pista, gracias a los puentes magnéticos, la gente camina un metro sobre la superficie del lago, riendo, sin poder ver el puente, sólo para sentirlo bajo sus pies.

> Captp se equivoca con los tecnoinjertos. Ve allí la continuación lógica de nuestro colapso, una resignación de nuestros cuerpos ante el desempeño de la tecnología. Su éxito no viene de ahí. Basta mirar a esta gente que sale de las rotondas. No desprecian su cuerpo: se enorgullecen de tiranizarlo, exigen más. No es de extrañar que las mujeres sean grandes capsuladoras. Tienen experiencia de esta tiranía y del placer que produce. Todo el cansancio ahorrado por el confort y la salud deja en nosotros un excedente de energía que ya no sabe dónde desahogarse. Entonces esta energía fluye hacia sí misma. Ataca su fuente, el propio cuerpo para adelgazarlo, tonificarlo, teñirlo o pintarlo, en definitiva para *moldearlo*. El precursor del tecnoinjerto no fue la cinta de correr, sino el lavado de cara. Ante todo, para optimizar la belleza de las mujeres hemos aceptado el uso

de artificios científicos, prótesis y senos postizos... Hoy en día, sólo aplicamos a la vitalidad lo que hemos hecho para la belleza. La belleza y la vitalidad ya no son regalos felices de la naturaleza, son horizontes que hay que alcanzar. Y que, como horizontes, seguirán retrocediendo a medida que avancemos hacia lo nunca alcanzado, justificándolo todo. Hay que ver bailar a estos trasplantados: disfrutan obedeciendo impulsos, cumpliéndolos. Pero también disfrutan de habérselos impuesto. Son parejas sadomasoquistas por derecho propio, como hombres que se ponen a dieta.

> Los organizadores buscaron un equilibrio entre pistas para todos y pistas temáticas donde sólo entran encapsulados y receptores de trasplantes atormentados por el mismo bioware. *Narciso*, *Sexo* y *Sensual* son los más utilizados. Algunas desembocan invariablemente en sólidas orgías y la pista 27, que las cobija, está cerrada por cortinas opacas. *Euforia*, *Energía*, *Danza*, *Cool*, *Romance* han refinado sus impulsos nerviosos y también se utilizan mucho. Pero la novedad de esta celebración es sin duda el bioware *Atracción* de Défordre y su variante pareja. La cápsula se vende muy cara, pero lo merece. No sólo “lee” las ondas de las otras cápsulas y automáticamente te pone en fase con la bella morena que deseas, sino que las modifica

(todavía modestamente) hacia una sensación de placer que la chica siente inmediatamente, de ahí el nombre... y permite coquetear de forma fácil. La variante de pareja sólo genera este placer en tu mujer, y tu mujer sólo lo provoca en ti, quedando sin efecto cualquier intervención externa: ¿El interés?

> Delante de nosotros se dividió la multitud gracias a un par de estudiantes, el chico tranquilo, la chica bastante veloz, lo que nos permitió, pegándonos a ellos, avanzar más rápidamente hacia nuestro objetivo. Su discusión fue un placer. Ella hacía sonreír mucho a Captp... Debo admitir que en el momento en que el ambiente de la fiesta comenzó a hacerme dudar de nuestra acción que era tan oscura, repentina, dura, esta conversación no podría haber sido un mejor momento para consolarnos.... Captp me lanzaba miradas cómplices cada vez que la chica volvía a la carga, en una suerte de pura exaltación de evangelista pro-cápsula...

–...Pero toma una, cualquiera, ¡pruébalo al menos una vez!
Me arruiné por ti y...

– Eso no me dice nada...

– ¿No significa nada para ti poder divertirse toda la noche sin cansarte? ¿Sentirte bien en tu cuerpo? ¿Disfrutar de navegar con tu barcaza, plácido, calentito, con toda la

música que hay en la fiesta? Mírate: estás todo malhumorado. ¡Vamos, espera! ¡Chúpala y no hablemos más de esto! ¡Vamos, engulle! (...) ¡Pero estás completamente estancado, pobrecito! ¿Crees que voy a arrastrarme toda la noche en una tecnorreacción como tú? ¿Qué tienes? ¿Eres incompatible? ¿Estas asustado?

– Podemos divertirnos sin eso, ¿verdad? Es el principio lo que me repele. Mi condición es suficiente para mí, ¿por qué todavía necesitaría...?

– ¡Es Increíble estar tan cargado! Esto *maximiza* tus placeres y *minimiza* tus problemas, ¿sabes? ¿Por qué crees que me hice un transplante? ¿Para brillar por las noches y pagar menos por los biónicos? Si lo que te desagrada es el principio, repítete que los tecnoinjertos son el futuro. Con las pulsaciones en mi columna, me siento más ligera, pienso más rápida. Mis neurotransmisores están formando un cometa. ¿Recuerdas lo lenta que era en matemáticas antes? Apenas terminaba la mitad de un problema. ¡Ahora lo termino, y lo completo! Todos mis reflejos se aceleran. Verás, cuando te hablo, me creerás si quieres, pero para mí las palabras van más rápidas que yo, mis pensamientos van más rápidos. Ha pasado un siglo desde que las computadoras nos superaron y las aleaciones son más confiables que nuestros huesos. Ahora acabamos de encontrar fibras elásticas que son más flexibles que nuestros músculos, que se contraen más rápido y mejor, que no producen ácido láctico y que son prácticamente

indestructibles. ¡Debemos aceptar el progreso! Si la tecnología ofrece mejores prestaciones a nuestros cuerpos (que, por cierto, tienen cuatro millones de años y ya han tenido su momento), ¿por qué no sacar las consecuencias? ¿En nombre de qué vais a impedir que la humanidad evolucione? Debemos reemplazar todos nuestros órganos arcaicos y estropeados. Los músculos están obsoletos: ¡corres un kilómetro y te dan calambres! ¿Entonces? Hay que sacarlos, dejar espacio para las fibras.

– Yo...

– Mira a otro nivel: el arte no ha avanzado desde mediados del siglo XX. La filosofía, nos dicen todos nuestros profesores, no ha creado un concepto nuevo desde Sartre, es decir desde 1930.

– 1980. Murió en 1980.

– No demos la vuelta. ¡Tenemos que dar un paso adelante! Con las intratecnologías –pero lo entenderás enseguida si tomas esta cápsula– nacen en ti nuevas sensaciones, impresiones que nunca has tenido, surgen nuevas ideas, razones de otra manera. Todo tu cuerpo crece y se fortalece. El arte se beneficiará de ello.

– ¿Pero controlas lo que pasa dentro de ti? ¿Aún te sientes libre? No lo sé... ¿Hace...?

– Es difícil de explicar. Tienes que intentarlo. ¿Como decirte? Todo el software funciona, en modo normal, de forma alternativa. Sientes ambas percepciones a las que estás acostumbrado en tu cuerpo original: ves, oyes, tocas el mundo exterior; y a la vez aquellas que te impulsan, desde dentro. Las dos se alternan muy rápidamente. Se mezclan sin que sientas lo que viene de qué, para que mantengas tus puntos de referencia normales pero mejorados, modificados en una dirección que depende del bioware. Por otro lado, y esto es lo mejor, cuando pasas –digamos tres minutos porque después se vuelve peligroso– en modo absoluto, sólo percibes las sensaciones de lo biónico. ¿Lo entiendes? ¡El mundo exterior llega a desaparecer! Primero, ya no ves nada, ya no sientes lo que tocas, ya no oyes nada, tú...

– ¡Es horrible!

– ¿Horrible? ¡Pobre chico! Pero tú *eres* la música, ¡ya no necesitas escucharla! ¡Ya no existe esta división interior/exterior, no hay más duración, no hay más espacio, sino puras sensaciones, la pura felicidad de vivir, sin metas que te limiten, sin puntos de referencia que te pesen! El presente se ha vuelto líquido y te absorbe. Las imágenes ya no son esas figuras impuestas que pasan por tu retina para alimentar el cerebro: tu cerebro ve por sí solo, a través de los nervios. Ya no necesita ojos. Podrías romperlos. Ya ves, ya ves...

– ¿Qué ves?

– Ves tu ojo... desde atrás, detrás de él. Ves una red inextricable de hilos, estás dentro de ti; te ves a ti mismo, cómo estás hecho, todas las sinapsis, los nervios, como una madeja, y el ojo también, ves desde detrás, es como un bola, cruje, los cables, hay imágenes que pasan, parpadean, no se sostienen, estallan, se fusionan, muy curioso cómo vienen y crujen, es muy hermoso.

–¿Estás consciente?

– ¡No eres consciente de nada, vives! Experimentas todo. Es integral. De principio a fin. Sin retraso. Sin mirar atrás. A toda velocidad. Nada se te escapa. Todo tú . Todo. En un solo bloque. Te experimentas a ti mismo. Todo. Libertad líquida. Y te bebes, tragas hasta el final. Como si estuvieras bebiendo la sangre de tu cuerpo una y otra vez.

– ¡Es fantástico!

Al pie de las escaleras, Captp me pidió que siguiera adelante. Su mano ardía por la tensión, dos cincuentones bien vestidos nos pisaban los talones.

–...el experto también afirmó que extirpando esta parte del cerebelo que no sirve para mucho, podrán ganar el espacio que les falta para colocar el servopiloto.

– No creo que podamos imaginar todo lo que nos traerá este tipo de programa de investigación. Personalmente pagué el triple del impuesto ciudadano por este programa y

no me arrepiento. Cuando se haya completado el inventario de todos los órganos defectuosos con los que estamos podridos, podridos hasta los huesos, es justo decirlo, y estén listos los trasplantes adecuados...

– ¡Todo conectado al servo! ¡Entonces el hombre de hoy se nos aparecerá como un simio valiente! Ni más ni menos. Una etapa anterior de la evolución. ¿Sabes, Wlec, qué me hace feliz? Creo que la especie humana ya no está amenazada de extinción. La Tierra bien podría explotar ahora y sus desechos se esparcirán por los cuatro rincones del sistema solar: nuestros nietos podrán adaptarse a cualquier planeta. Su fisiología se reformateará con cada nuevo entorno. La atmósfera, la temperatura, la gravedad... todo eso no les asustará: añadirán los procesadores y el marco de trabajo adecuado, ¡y listo! ¡Nuestras turbinas de oxígeno les harán morir de risa!

– ¡Tenemos suerte de vivir esta fabulosa aventura!

Blusq enchufó el generador. Hubo una especie de contoneo en el espesor del agua. Situados en el borde mismo de la cascada, sentados sobre una roca, Boule y yo acabamos de completar nuestro beso desencadenante... Miro largamente cincuenta metros más abajo. En el frenético lago brillan las pistas heladas, los cuerpos desnudos y las barcazas temblorosas con su balanceo

cyborgiano flotando entre los deflectores negros, entre las pistas y los bloques de sonido, cerca de los nadadores con el rastreo espinal, embrujados y acanalados con un ritmo idéntico; todo bajo campos eléctricos a través de los kilómetros cuadrados de superficie. La masa de agua ionizada, fosforescente en el claroscuro, emerge en ejes de la regeneración artificial. Serpentea entre las rocas, a lo largo de los cien metros que separan la turbina de la cascada, y de un solo impulso cae al vacío. Hago una pausa en mi respiración. La sustancia lechosa cae verticalmente y se deshilacha tan ligeramente con la aceleración que divide el aire como una lámina de metano. Se mantiene flotando unos segundos más sin que yo respire, luego se estrella contra el lago, exactamente como Blusq había predicho: sin hundirse, sin siquiera burbujear... En el momento en que golpea el lago, un crujido que parece genial llama la atención en la orilla. La masa colapsa en el campo de fuerza como un torrente vertido sobre una losa de mármol y, casi de inmediato, comienza a dispararse hacia el centro del lago a una velocidad impresionante...

Era como un murmullo luminiscente que venía de la cascada y con cada barcaza que atravesaba, con cada deflector, cada bloque, no era el breve destello azul de los iones electrificados lo que me golpeaba, sino el silencio, el silencio que inexorablemente alcanzaba el lago.. El silencio de los cuerpos bajo crucifixión eléctrica.

La música, sin embargo, no ha parado, el ritmo no ha parado, pero parece que ya nadie puede oírlo. Honestamente me metí las manos en los bolsillos: ¡funciona! Apegados al ritmo, las franjas de luz centellean en destellos y vislumbro barcazas que vuelcan y cuerpos blancos convulsionados que ya no logran coordinar sus miembros y que se retuercen como peces arrojados sobre una mesa, sin que yo pueda adivinar si realmente están en peligro o simplemente en pánico, o si... estoy empezando a asustarme. Boule está furiosa. Ella escanea el agua, como yo. La música electrónica extasiada siempre llega a lo más alto. Ya nadie baila. Los menos valientes han llegado al banco, la mayoría. Los que permanecen en las pistas seguramente no han ingerido ni cápsula ni injerto. Sacan a los nadadores del lago, se sumergen y traen a algunos de vuelta a la orilla. Ellos y los rescatistas me parecen increíblemente pequeños frente a este lago lleno de cadáveres. La música que nos llega ahora roza un crescendo electrónico cercano al crepitar de una línea de alta tensión: Boule cruje sus dientes. Se forma en mí la impresión de que, al rascar así la superficie del lago de estridencias más allá de lo audible, los sintetizadores improvisan, para los tecnoinjertos, una especie de réquiem. ¿O para... la humanidad?

– ¡Tranquilo Brihx, tranquilo! ¡Esta funcionando! Esto funciona!

> El montón de ladrillos sale disparado de su agujero como un oso con una escopeta en el culo. Acelera a cuatro patas entre los arbustos, pasa por el escondite de Obffs, acelera, acelera... y se levanta justo cuando está a punto de cortar el césped. No hay nadie alrededor. Esto marcha. Está tranquilo, está bien, los celadores del anillo no lo han visto. Aquí viene Blusq, el electromago. Vamos mi niño, te mereces tu pata en la mía, de por vida. ¡Vamos, maldita sea, vamos! ¡Date prisa, muchacho! Con cuidado de no tropezar en los arbustos. Está pasando bien. Obffs está en la parrilla de salida. ¡No tiene que calmarse de inmediato, tiene que esperar! Blusq le adelanta. A la izquierda, eh, vamos Kamio, tomas el camino, despacio, como si acabaras de orinar. Vuela de regreso, ahí lo tienes... Impecable. Tengo que ir allí inmediatamente. Primero corta el jugo. Saca los cables de la toma. Enróllalos. Ningun ruido. Escóndelos con el generador. Reconecta nuevamente la corriente para que fluya. Cierra la trampilla. Coloca la tierra encima. Sitúa el arbusto en el suelo. Difumina. Míralo: es perfecto. Bajo al escondite de Brihx. Kamio todavía está en su lugar. Mi radio gime tres breves veces: soy el último. Cuatro veces largas: necesito calmarme. Me calmo entonces.

> Si todos llegamos a la explanada sin incidentes, es una victoria. Tomo la mano de Boule. Está tan sudorosa y rígida

como la mía. Ahora hay que volver a bajar, “como dos amantes”, la escalera de piedra que lleva al lago. Está ahí para nosotros. Dos guardias de seguridad vestidos con trajes negros se acercan a nuestro encuentro.

– Buenas tardes damas y caballeros. ¿No vistéis a nadie sospechoso ahí arriba?

–Unos cuantos drogadictos, eso es todo. ¿Qué está pasando ahí abajo?

–¿Nadie corriendo? ¿Nadie que pareciera nervioso?

– No. Drogadictos. Ellos son...

– Gracias.

Casi chocan con nosotros al pasar, de tanta prisa. Seguimos descendiendo. Giramos en la última curva cuando un grupo de seis guardaparques, con trajes verdes, suben las escaleras.

– ¿Puedo identificarte, por favor?

–¿Qué está pasando en el lago? ¿Hay problemas?

– Grandes problemas. BDCHT: ¿Estás comprobando, Fklep? El sistema magnético se está volviendo loco.

– Ella es estudiante; su padre es IWWF, un 4 alfabetizado; madre AAJLO.

- Esta bién.
- El otro es Captp: CAPTP.
- Eres profesor universitario, ¿verdad?
- Exactamente.
- Según mi banco, acaban de ascenderle a cuatro alfabetizados.
- ¡Y lo voy a celebrar!
- ¡Y tienes motivos! ¡A por ello!

Relajándonos con gran dificultad, seguimos rápidamente los taludes hasta llegar a la pista 44, donde teníamos que encontrarnos con los demás. Quedan varios miles de tecnolocos en el agua, especialmente en las zonas sin caminos en medio del lago. Algunos no logran llegar al banco. Sienten un dolor que les impide articular un solo sonido. Sufren continuamente, puedes sentirlo. Intento no mirarlos, sin ser lo suficientemente cobarde como para alejarme de lo que he querido durante tanto tiempo... y ya lo he hecho. La primera vez que veo tan claramente el efecto de una acción que inicié. Estos nadadores, si lo supieran, encontrarían en su odio la energía para arrastrarse hasta la orilla y lincharme. Me lincharían. Inmediatamente. Se ve.

Casi quiero llegar hasta el final, gritarles, enfrentarlos... Una multitud bastante densa está parada en el borde, observándolos. Bromean, se ríen mucho, probablemente por la euforia debida a las grandes cantidades de oxígeno pulsado. Pero no se sumergen. En un lugar, una mujer queda atrapada entre tres corrientes, como en un remolino. No tiene fuerzas para escapar del triángulo por el que la hacen viajar estas corrientes. Ella se puso de espaldas; parece totalmente paralizada por los espasmos que la sacuden, presa de tan terrible sufrimiento que intenta morir, o al menos perder el conocimiento, pero Blusq fue categórico: no habrá ahogamiento porque la corriente eléctrica impide que el cuerpo se desmaye. Cuatro veces, se la vio girando boca abajo e intentando sumergirse bajo la capa de agua transmitida por magneto, con la intención de ahogarse. Pero sólo logró hundir la cabeza en el pecho por unos instantes: el campo magnético siempre la devolvía a la superficie.

> Él es más fuerte que yo. Yo no soy como Captp, es imposible permanecer impasible. Siento un impulso de piedad, de amor. Algo que grita dentro de mí. Salto al agua completamente vestida. Me acerco a ella. Mientras la agarro para sacarla de las corrientes, un golpe en mi brazo me sacude severamente. Su cuerpo es como un trozo de madera y la llevo de regreso al banco con la evidente impresión de estar arrastrando un cadáver. Sin embargo, tan pronto como la levantan, da unos pasos sobre la hierba y luego se

desmaya. Un médico llega corriendo. No puede despertarla. Él la abofetea como loco. Siente su pulso.

– Está en coma.

Capt me saca de la mano del círculo que se ha formado:

– Debería haberme ido. Hiciste lo que tenías que hacer. Pero yo quería todo esto. Es demasiado fácil lavar nuestra conciencia ahora.

– ¡Demasiado fácil presumir en nombre de la coherencia!

> Diez minutos para que Kamio me envíe cuatro largos. Eso huele mal. Vi a Baaer salir del bosque y pasar junto a él, con la chaqueta cerrada hasta el pecho. Eso es todo, tres trajes negros acaban de salir del bosque. Se dirigen directamente hacia Kamio.

– Buenas tardes señor.

– Buenas tardes.

– ¿No viste a nadie subiendo o bajando por esa pendiente detrás de ti?

– ¿Desde el terraplén? Sí, muchos...

– Estamos hablando de esta pendiente...

– ¡Ah! ¡Sí, eso sí! ¡Es un urinario municipal!

– ¿Cuánto tiempo llevas ahí sentado?

– Llegué a las ocho.

– Muéstranos tu mano. ¿No estás indexado?

– Con mi pintura es difícil mantener las uñas limpias. Pero claro, tengo mi Tarjeta. Tenga...

– Gracias. Eres un pintor referenciado, de hecho. Bien. Lo siento por molestarte. ¡Ten una noche agradable!

– Usted mismo.

> Van a explorar la pista. Envío continuamente señales a Slift: alerta máxima. Está en el hoyo de Brihx, el más seguro de los tres, que está excavado bajo la roca, detrás de un gran arbusto. Él va a cerrar su trampilla. Hay pocas posibilidades de que lo vean. Pero sobre todo ¡no corras ningún riesgo! ¡Sin bravuconadas!

> Obffs está apoyado, con la chaqueta abierta hasta los abdominales, en el pontón de madera que conduce a la pista 44, la más gigantesca de la fiesta, quizás diez mil personas, un auténtico mar de bailones. Brihx está de pie con su

chaqueta a la mitad del estómago, un poco más lejos. Blusq está a diez metros de mí. ¡Habla con un ingeniero sobre lo que está pasando en el lago! ¡Escucha y habla técnicamente con increíble facilidad! Le pregunta qué piensan hacer para neutralizar la ionización. ¡Si este ingeniero supiera que dentro de cuatro minutos llegará al lago la segunda ola, que Blusq ha preprogramado! La ola del penacho. Nuestra firma: un pequeño mensaje que atravesará el agua, llegará a todos los nervios de aquellos, y todavía hay miles de ellos, que todavía están por freír.

> Estoy bastante sorprendido por las reacciones de la gente. Los bomberos, rescatistas y médicos se mueven como si estuvieran encapsulados en un estrés óptimo. Se gritan, corren como locos, literalmente pululan camillas a orillas del lago y lo miran con una indiferencia sobrenatural. ¡No les importa! Es cierto que todos los que tenían amigos en el agua iban a sacarlos y que a estas víctimas las dejarían tumbarse diez minutos en el césped, recuperarse y volver a divertirse. Los hombres y mujeres que permanecen paralizados en el lago están solos. No conocen a nadie. O mejor dicho: nadie los conoce. O sus amigos están al otro lado del lago. O simplemente los abandonaron. Flotan sobre sus espaldas. Tienen espasmos terribles. Ellos están solos. Los calambres los doblan y despliegan, secos, secos, como

resortes. Están tan cargados de electricidad que ahora no puedes tocarlos sin un traje. Pude sacar ocho de ellos del agua. Captp, tres. Los demás llegaron demasiado tarde. Brihx y Obffs no miran el agua, sólo observan. No sé si están orgullosos, si tienen miedo, si están exultantes: son inescrutables. En cuanto a las personas, definitivamente han decidido que la ayuda mutua es asunto de otros. Que hay gente a la que le pagamos para eso con nuestros impuestos. ¡Que salven a aquellos que no tienen más amigos que los rescatadores! ¡Y que se diviertan! Todo Cerclon está ahí, apático y dichoso, entronizado en su pequeño placer como un retrete atascado. ¿Aprenderán la lección que la Volte quiere enseñarles? No estoy segura. Los que se quedan en el lago, sí. Para siempre. Es posible que los demás ya lo hayan olvidado. En cuanto a los que no estaban en el lago, ¿cómo podemos creer que se sientan preocupados? ¡Están de celebración!

> Acaban de encontrar el escondite de Obffs. Quitaron la trampilla. Continúan subiendo, buscando entre los matorrales. Ya han pasado a cien metros de Slift. Miro hacia su roca. ¡El arbusto se ha movido! ¡Dios mío, loco! Él sale. ¿Qué es?... Tiene... ¡un gato en brazos! ¡¡Es Grabuge, el gato negro de Brihx. Entonces... ¿entonces Brihx lo trajo con él?! El viento sopla como un cangrejo hacia el acantilado, hacia el lado del anillo. Es la forma más rápida de escapar de la vista de la policía, pero ¿cómo calmará la tensión del gato?

Es increíblemente rápido y silencioso... Eso es todo, ha desaparecido...

> ¡Su raza de triple puta Brihx! ¡Pensé que su gato iba a irrumpir en el agujero y yo con él! Debió haberse reído tanto que le dejó dolorido. No hay ni un pedo de aire ahí dentro, el amoníaco sale crudo de la tierra. Un golpe que hay que recoger. No nos quedamos allí el tiempo suficiente cuando hicimos la prueba. ¡Lo dije, maldita sea! Espera, bestia, no maúlles, mete las garras en el parnox, que vamos a perder altitud... Tienes que rezar a Saturno para que los ordenanzas del anillo apunten al lago, de lo contrario vamos a tener que engañarlos severamente. Estoy en el pasto. Ahora, lentamente, tomo al gato en mis brazos, lo acaricio, subo el terraplén hasta el anillo... ¡Sik-sik, un traje verde en la barandilla! Me está mirando... Me dirijo directamente hacia él, no hay elección. ¡Mi deslizador está aparcado justo donde él está! Cuida tu lengua, Serpiente.

– Oye, tu gato está en mal estado.

– Lo dejé ir al terraplén para que pudiera deambular un poco: se perdió entre los arbustos. Llevo una hora buscándolo. No hay ninguna turbina allí. ¡Casi se queda allí! Ca-ca es frágil...

- Cómo se llama él?
- Caos.
- ¡Eso hace honor a su nombre! Te vi bajar de la pared. ¡Estás entusiasmado y eres realmente inteligente!
- ¡Capacitación! ¿Puedes sujetármelo mientras desbloqueo mi deslizador?
- Claro. ¿Has visto lo que está pasando en el lago? ¡Todos sus sofisticados artilugios se están volviendo locos!
- Eso no me sorprende. Siempre quieren ponerse lo complicado, y al final...
- Toma, tu gato. Tranquilo, todavía parece atontado.
- ¡Muchas gracias!

Empiezo a salir lentamente de su campo de visión, ¡luego acelero como loco! El gato se revuelve, araña, está todo jovial, como yo. Wuuaaaooouuuu!

> Todos tenemos los ojos pegados a la cascada. Miro mi reloj: lógicamente, no lo llevo. Esperamos. Observo las siluetas que flotan, todavía rígidas, tetánicas. De repente, Boule me susurra al oído: “Ya está”. En efecto, sucede algo bastante inesperado: tenemos la impresión de que los

cuerpos se han relajado de repente, de que han recuperado su flexibilidad. Algunos empiezan a nadar de nuevo. Otros parecen tan tranquilos que, sí... ¡se desmayaron! Cerca de nosotros, con sus extremidades en el agua, una decena de hombres y mujeres han recuperado claramente el sentido. La tortura ha cesado para ellos, pero permanecen, como si hubieran escuchado algo... ¡Así que está funcionando! Sí, nuestra voz emerge en ellos, atraviesa el agua, pasa a través de ellos, pasa y vuelve a pasar... Hacen esfuerzos extraordinarios por escuchar, escuchan, sí, es casi religioso. Porque apenas debe haber un susurro en sus nervios, apenas un susurro eléctrico...

Ningún movimiento los agita. Están como absortos escuchando esta ola que los atraviesa y comprenden, comprenden enseguida que no era música, sino una voz, una voz en el agua que les habla, les habla a sus nervios... Es un momento raro y suspendido. Sus labios comenzaron a moverse sin que se dieran cuenta, muy lentamente. Repiten, se repiten el ritmo secreto que los atormenta, esta escansión intestinal de palabras que sus oídos no pueden alcanzar, sólo su cuerpo, todo su cuerpo lo descifra, vibración a vibración, sienten los acentos, el tono del timbre, sienten lo que se articula ahí, en el fondo. Toman el extraño camino de los sordos hacia las palabras, hacia esta música que nunca oirán más que a través de lo que se estremece y tiembla en ellos. Se puede leer... Quizás haya pasado un cuarto de hora. Nos desesperamos de que puedan entender

cuando un grito surge del centro del lago y rebota como un guijarro, de nadador en nadador, hasta llegar a nosotros: ¡El Bosquet... el Bosquet... es el Bosquet! “¿Qué dicen?”, les grita la gente de la orilla. Se encogen de hombros. Al mismo tiempo, el DJ del track 44 corta su música y toma el micrófono. Su voz se quiebra a través del lago. Todos están pendientes de sus labios:

– ¡Señoras y señores, queridos amigos, queridos bailarines! Está sucediendo un evento extraordinario que merece su atención. Nuestros amigos ingenieros se enfrentan actualmente a una oleada única que cubre todo el lago. Este campo de surf, según estos expertos, no es música, sino una voz que atraviesa el cuerpo de los nadadores –pero sin que ellos puedan decirnos qué proclama–. Una sola palabra les llega claramente. Y esa palabra es: *¡Bosquet!*

Un oleaje tembloroso barre la pista.

– ¿Veis este cable que tengo en la mano? ¿Lo veis?

– ¡Sssiiiiii!

– Bien. Está conectado a los amplificadores. ¿Queréis escuchar lo que nos cuenta el Bosquet?

– ¡Ssssiiiiiiii!

La música con un ritmo magistral eleva la presión emocional al máximo. El DJ pasó el cable a un ingeniero, que espera su señal para sumergirlo en el agua. Ahora baja el sonido manteniendo la fantástica cadencia de fondo. Luego le hace una señal al ingeniero. Susurrando:

“...Un poco de nervio, un poco de nervio, tecnoadictos y tecnolocos, estáis nadando en el futuro... Soy P hablándoos... Relajaos. Controlamos las olas. Os damos el placer que necesitáis, a vosotros a los que amamos, buena gente como debe ser... Tranquilos... dejad que las ondas beta entren en vosotros... Bien, contenedores, bien... buen injerto... buenos para gobernar... Liberaos... Confiad en nosotros... Conocemos vuestras necesidades... Para aquellos que creían que la Volte es el Bosquet, aquí está nuestra respuesta: el Bosquet son 110 Voltes –sí, son molestos... Nosotros no sabíamos como tocaros... simplemente deciros que la intoxicación, siempre, termina por destapar... que no sabéis lo que vuestro cuerpo puede hacer. He aquí un anticipo de lo que os espera, si entregáis vuestro cuerpo a la ciencia... durante vuestra vida... Un poco de nervio, un poco de nervio, tecnoadictos y tecnolocos, nadáis en el futuro... “

– ¿Entendieron?

– ¡Ssssiiiiii!

– ¡Iros a desencapsulad! El Bosquet controla las olas del lago, ¿entendéis? Repito: ¡El Bosquet controla el lago! ¡Desencapsulad!

Un movimiento tan masivo como el de una multitud en pánico se desató, empujando a una marea de bailones hacia el pontón. La gente se apresuraba a volver a las rotondas. Nos situamos a un lado, al borde de la multitud. No quiero perderme ni un solo momento de las candentes reacciones. Estoy emocionado. Lleven los veredictos:

– ¡Te lo haré en el Cubo, sin juzgarte, en el túnel! A ver si dan su pequeña lección a 80°C en un baño ácido...

– ...no se entiende...

– Tienen soportes muy altos, imposible de otra manera...

– ¡Nunca pensé que se atreverían! ¡Nunca! Puedes decir lo que quieras de ellos, tienen agallas. Hacer eso en el festival Clastre con un millón de opiniones en la piel, ya no es provocación, ya no es coraje, ¡es una locura furiosa!

– Mi cuerpo, hago con él lo que quiero, ¿no?, pero ¿Quiénes se creen que son?

– Con ellos siempre es el mismo patrón: golpean y luego lo tapan con discursos incomprensibles para conseguir su...

- ...tecnófobos que quieren impedirnos divertir...
- ¡Clase, gran clase!
- Nunca estaremos tranquilos en ninguna parte. Tendríamos que cambiar de galaxia, una y otra vez. Es el hombre el que es malo, en el fondo. Dondequiera que vaya...
- ¡Son geniales! ¿Viste lo que acaban de hacer? La cara de P... ¡Si A no renuncia mañana, no tomaré más cápsulas durante un mes!
- ¡Son imparables! ¡Imparables! ¡Atacan donde quieren, cuando quieren! ¡Viva la Volte! ¡Viva el Bosquet!
- ¡Cállate, son pequeños matones!
- ¡Jóvenes irresponsables!
- ¡Cállate, cara de pantalla! ¡Te haré tragar una cápsula y te arrojaré al agua!
- ¡Date prisa que habrá una cola enorme!
- Lo hacen en tres segundos. Lo desmagnetizan y ¡listo!
- De todos modos voy a dejar de tomar las cápsulas. No quiero terminar mi vida con neuritis. Voy a volver a bailar con mis músculos.

– ¿Cualquiera puede manipularnos si entiendo correctamente lo que estás diciendo?

– “Mira, eso es lo que acaban de demostrar esta noche, ¿verdad? Défordre nos puede hacer cosas peores mañana, en sus tiendas. ¡Transmite ondas para incitarnos a consumir!

– ¿Pero cómo pudieron reemplazar los pulsos de mi implante? ¡Eso es lo que no entiendo!

– ...¡querían avisarnos, mamá!

– ¡Pero mira! ¡Mira todos esos cadáveres en el agua! Me recuerda a la playa, a la bomba química, a los cuerpos flotando...

– Acaban de desmayarse...

– ¡Desaparecidos para siempre, sí! (...) ¡asesinatos! ¡Y tú también, que los apoyas! ¡Vuelve a casa, me avergüenzas! Pensar que hicimos este largo viaje para que tú pudieras vivir feliz aquí y tú, tú...

– ...te hace pensar en...

– ...Propaganda. ¡No me vas a decir que crees seriamente en sus ensaladas! Mañana defenderán los tecnoinjertos si les conviene. ¡Quieren una re-vo-lu-ción! ¡El poder para ellos! El resto es sólo una cortina de humo que levantan para darse respetabilidad. Son fuertes, te lo concedo...

– Tienen moral, lo siento. Defienden ideas. Su mensaje es explícito.

– ¿Explícito? ¡Lo que es explícito son los cadáveres! Mira allí!

> 540 en coma, 1.496 heridos leves, 2.753 hospitalizaciones. Y diecisiete fallecidos, cuatro más que hace dos años. Cuatro muertes que el gobierno se apresuró a atribuirnos: absurdas desde todo punto de vista. Una factura social estimada en 70 millones de unidades. “El Bosquet prende fuego al lago”, “Tecnoterror en el Parque Azul”, “Las sobretensiones de la Volte”, “Los intelectrocutores”, “Humor a 110 Voltes”, “No sabes lo que puede hacer la Volte”, “La guerra de los nervios”... Fue una auténtica delicia. Por nada del mundo me habría perdido el anuncio de la dimisión de P. Cuando apareció delante del cubo, adentrándose precipitadamente en el bosque de periodistas que le esperaban, no pude evitar gritar de alegría. Su rostro estaba tan cerrado, sus mandíbulas tan apretadas detrás de su sonrisa, que parecía aplastar allí su orgullo como un perro aplasta su hueso, por temor a que al abrir los dientes se pudiera escapar. Empecé a reír... luego se me cerró la garganta: me había olvidado del micrófono. Olvidado completamente. Me culpé, pero ya era demasiado tarde. ¡Bien hecho Captp! Me sentí aún más sombrío cuando apareció en el aire el nuevo P. Un hombre delgado y de

rostro puntiagudo, a quien un periodista le preguntó si estaba dispuesto a utilizar todos los medios para detener la Volte. “Todos”, respondió simplemente, con una voz sibilante que se deslizaba como una espada en tus oídos. “Todo y más allá”. “¿Está usted insinuando que pretende utilizar medios que van más allá de las posibilidades legales?” “Dije todo”, siseó de nuevo y su S chirrió hasta temblar. “El bono Bosquet se incrementa a 5 millones de unidades o un millón por miembro denunciado. Para empezar”.

El efecto de la política del nuevo P fue inmediato para nosotros. Al día siguiente, dos investigadores se presentaron inesperadamente en mi apartamento. Boule estaba allí. El interrogatorio fue tan cordial como tenso. Uno de ellos iba a ser claustrólogo y el otro rastreador. Sin especificar qué los había traído a mi casa, nos hicieron repasar, detalle a detalle, nuestra celebración del Clastre. Obviamente ya sabían todo lo que nos pedían. Estaban atentos a nuestras mentiras. Estaban comprobando. Estaban contrastando. Les dije la pura verdad, entendiendo que la más mínima falsificación podría resultarme fatal. Siguieron adelante: ¿por qué no pagaba impuestos ciudadanos? ¿Por qué mi bloqueo? ¿Por qué instalé una ventana espejo? Me hicieron resumir mis lecciones sobre el Clastre. Discutieron las tesis, amablemente. Citando algunos de mis folletos que aparecieron en la revista de la universidad. Finalmente me

preguntaron qué pensaba de la Volte; si entre mis alumnos no hubiera visto a algunos activistas; si hubiera pensado en entrar en ella si me lo hubieran ofrecido; si conocía a alguien llamado Blusq. No, les dije. Se fueron poco después. Habían grabado toda la entrevista.

– Gracias por su cooperación. Perdón por quitarle parte de su tiempo. No le molestaremos más.

– Espero haberles podido ser de utilidad. Evidentemente estoy a su entera disposición.

Estaba a punto de cerrarles la puerta cuando el claustrólogo la detuvo:

– ¿Le gustan las adivinanzas, señor Captp?

– Sí...

– ¿Por qué la palabra Bosquet tiene siete letras cuando solo son cinco y esta palabra está formada por sus iniciales?

–...

– ¿No lo puede adivinar? Yo tampoco. Nadie lo consigue. Adiós, señor Captp.

– Señor Kamio, según Terminor, tres agentes de policía le dieron el alto a usted a las 22:14 horas. Les dijo que se encontraba donde había estado desde alrededor de las 8:00 p.m. ¿Es eso correcto?

– Sí.

– Bien. Durante las dos horas que estuvo sentado en ese lugar, ¿notó algo anormal o simplemente extraño? Estamos hablando de la pendiente que había detrás de Vd.

– Como dice, tenía la pendiente detrás de mí. Sería difícil... Lo único que me llamó la atención fue un hombre que bajó corriendo las escaleras. Pasó junto a mí casi sin aliento y se dirigió hacia la explanada.

– ¿Como era?

– Rubio, alto. Llevaba un traje gris. Lo que me sorprendió fue que cambió completamente su apariencia una vez que estuvo en el camino. Comenzó a caminar con mucha calma, de manera bastante forzada.

– Trajimos nuestro equipo, señor Kamio. ¿Podemos utilizar uno de los enchufes de su taller?

– Por supuesto.

– Le vamos a mostrar el extracto del vídeo de la cámara que filmaba el camino del que hablas. Creo que podrás reconocer a tu hombre allí.

> Una gota de sudor frío acababa de caer de mi axila a mis costillas. Casi salté. Acababa de improvisar un perfil estándar. Si no existiera, me hundiría... La pandilla se fue. Había muchas personas rubias, incluso rubias altas, pero ninguna vestía traje...

– ¡Ah, es él!

– No es rubio.

– No, es castaño claro, ¡pero es él! ¡Reconozco su enfoque!

– ¿Está seguro? Bien. En ese caso se lo agradecemos. Sin duda su ayuda será valiosa para nosotros.

Lentamente guardaron su equipo y me tendieron las manos.

– ¿Tengo posibilidades de ganar el bono?

– El de pistas fructíferas, probablemente.

– Eso sería maravilloso!

– Se le notificará cuando se complete la investigación.
Gracias de nuevo, Sr. Kamio.

> Slift realmente había desbloqueado la situación. Después de escapar por poco de la caza, salvar al gato y engañar al guardaparque, no encontró nada más sutil para celebrar el final de la velada que perderse con su escuadrón en una de sus borracheras donde el vómito, lejos de poner fin a la misma, dio de nuevo comienzo a la borrachera y habían pasado la noche al otro lado del lago devolviendo al agua los encapsulados desechados. Entre los residuos de la fiesta, la policía seguramente los encontraría. Slift, a través de su red, había sido avisado a tiempo y se había refugiado con Brihx (que con Obffs había escapado hasta ahora a las visitas cordiales...) donde cuidaba a su hija durante el día, enseñándole, para gran desesperación de la mujer de Brihx, toda la jerga del puerto incluidos insultos y malas palabras. De su preciado escuadrón, el de las acciones de riesgo, cuatro hombres sobre nueve (los cuatro incluidos obviamente) fueron identificados por la policía. Como era de esperar, fueron trasladados al Cerclón III, al Campamento de Educación Cívica, por un año.

Conocí a tres personas que habían “vivido” en ese Campamento. Tres terrícolas vivaces y venenosos que nunca

habían tolerado esta ciudad y cuya aportación social consistió en destrozar con una barra de hierro todo el mobiliario urbano que tuviera ventana, es decir casi todo. Eso fue antes de su partida... Yo había organizado la fiesta de su regreso y recordaré toda mi vida cuando al poner una barra de hierro en cada una de sus manos, para darles la bienvenida y... y el shock de ver sus manos colgar, sus muñecas flácidas que no podían sostener la barra. “¿Cómo fue, qué os hicieron?” ¡Contadnos! No lo dijeron. Sólo hablaban de pantallas y juegos, de que jugaban todo el día. Siempre el casco en la cabeza y el traje. Estaban jugando. ¿Qué juegos? No lo recordaban. Les parecía que había miles, pero que siempre elegían los mismos. Juegos hechos para ellos. Donde incluso conocieron a sus amigos. “Amor, mucho amor, bondad”, repetían esas palabras, “bondad” también, “la gente es buena”, lo decían con tanta frecuencia como Slift dice “maldita sea” en una oración. Ya no les pertenecían sus cuerpos, eso fue lo más llamativo. Se habían vuelto afeminados. Pero parecían felices, felices como pueden serlo aquellas personas que no tienen emociones fuertes ni en la alegría ni en la tristeza. Entonces les pregunté si les gustaría volver allí, al centro, ya que parecía que les gustaba estar allí. Un escalofrío de miedo hizo que los tres se tambalearan. Realmente vacilaron. Entonces algo viejo, casi borrado, resurgió en ellos. Por un momento los reconocí. Ellos respondieron: “Nunca, Captp, nunca. Me suicidaré primero si me devuelven”. Los tres se suicidaron, con algunos meses de diferencia, sin que la autoridad hubiera

emitido la menor amenaza. En uno de ellos encontramos estas palabras grabadas en un espejo: “Estoy detrás del cristal. No puedo recuperarme”.

Con el equipo diezmado y la búsqueda intensificándose, el ataque a la torre de televisión que, tras el análisis, no podía tener la más mínima posibilidad de éxito sin un equipo de diez hombres, nos obligó a integrar a dos recién llegados. Dos hombres capaces de escalar 80 metros verticalmente sobre una cuerda, con un bloqueador. En la primera de las dos reuniones preparatorias –porque sólo serían dos, más habrían sido suicidas–, la pasarela del tanque 13 fue escenario de enfrentamientos de virulencia apenas contenida. Kamio se negó a participar en la acción: “¡una locura!”, golpeó delante de Slift, quien casi lo arroja por encima de la barandilla en un ataque de rabia. Brihx vaciló. Sugirió para el equipo a Etwas, un conocido cuyos días transcurrían a quinientos metros de altura, instalando los empujadores magnéticos del Cubo. Un verdadero atleta. Siempre había soñado con entrar en la Volte, pero Brihx, hasta ese día, no había confiado en él. Para la torre parecía ideal. Sin embargo, apenas fue aceptado cuando Offs gritó que trabajaba para el gobierno. Entonces sugerí a Kohtp. Slift no quería en absoluto:

– Kohtp, ¿el deportista de discoteca que le tira los tejos a Boule delante de tus barbas? ¿Ese lila que saqué de la

pasarela con un golpe de listón, directo al tanque, durante las pruebas, para enseñarle a no comportarse como un imbécil cuando desembarcamos? ¡Un chico que se afeita! No es bueno: son los policías los que se afeitan. ¿Quién te dice que no es policía?

“Si lo fuera, ya estaríamos todos en el campamento.

– No lo quiero. No lo quería para el lago. No voy a aceptarlo en la torre de televisión. La plantilla física, ¡soy yo quien la decide!

“Somos todos nosotros, Slift”.

– Tú, Kamio, ni siquiera quieres ir. ¡Así que abróchate el cinturón!

– No iré pero lo organizaré. Incluso si estoy en el terreno, no seré de ninguna utilidad.

– No digo que no sea musculoso, ni siquiera en la cara. No lo siento, eso es todo. ¡Cuando habla tengo la impresión de que escupe de memoria el *Manifiesto* de La Volte! Tendríamos que seguirlo y ver qué hay debajo de su piel. No lo dejes pasar.

– Hablas como un rastreador... Un hombre, lo tomas o no lo tomas. Tienes confianza o no tienes confianza. La confianza se da, no se puede verificar. Como el enamoramiento.

– Bueno, le voy a dar la vuelta. Tengo confianza en Baaer, tengo confianza en Bmléo, en Onurb, en vosotros. No en él. Si está limpio, lo llevaremos con nosotros.

Lo tenemos a bordo. Slift lo siguió durante diez días. De la mañana a la noche lo siguió a todas partes, incluso registró su casa, llegando además a leer su diario. Un verdadero rastreador. Casi convencido, confió sin embargo su vigilancia a tres radiantes hasta la noche del asalto. Hizo lo mismo con Etwas.

El segundo encuentro contrastó con el primero por su sobriedad. Kamio lo dirigió de principio a fin con una seriedad y un rigor que imponía respeto. Al negarse a participar en el asalto, sólo trabajó más meticulosamente en la secuencia milimétrica de las acciones. Equipado con el plano que le había proporcionado Etwas (que limpiaba periódicamente la torre de televisión para su trabajo), había dibujado toda la operación de principio a fin en unos cuarenta bocetos de tal belleza, de tal delicadeza que la eminente nobleza que firmaba cada rasgo parecía estar extendida sobre él, todo concentrado allí, hasta el punto que al descubrir todos sus dibujos, salió a la luz para mí esta

evidencia secreta de un corazón que el amor a la vida nos impedía arriesgarlo, que había quedado marcado por el sentimiento de culpa de habernos abandonado y que, mediante la fuerza de su pensamiento y la silenciosa magnificencia de su arte, había querido ofrecernos, más allá de la compensación que creía participarnos, más allá de la preocupación misma de una solución efectiva algo así como el entusiasmo; la pasión de una Volte que brotaba de cada línea, que de las cuerdas hacía flechas disparadas hacia el cielo, de los ascensores cohetes de cristal y de Slift una naja de ojos deslumbrantes de pie a cien metros de altura, aferrado con una mano frente a la ventana de la sala de control; la pasión que él había comprendido demasiado bien, habitada por su miedo, que sólo ella podía borrar la nuestra lo suficiente como para que la acción, bajo la influencia mágica de sus dibujos, no nos pareciera ya el asalto minado por la angustia de una fortaleza inviolable, sino una aventura fantástica al final de la cual uno se encontraría impulsando ni más ni menos que la Volución. En la hoja de acción que nos entregó a cada uno de nosotros, se cronometraba cada fase. Con las posibles líneas de escape para cada uno y la reacción a adoptar como prioridad en caso de problema.

– Repito para que quede claro: Kohtp, Etwas, Brihx y Torrj, liderados por Slift, acceden a la sala de control desde el exterior. Slift subirá primero, fijará la barra magnética y las cuatro cuerdas. Los demás subirán a la cima. Seis minutos

máximo. Una vez bajo el cono, tendréis un desplome total de siete metros. Tendréis que cruzar el voladizo y posicionaros debajo de la franja de cristal de la habitación. Tienes un metro cincuenta entre la cinta y el vacío. Por lo tanto, tendréis las espinillas en el acelerador. La pendiente del cono es de 75°. No podréis aguantar con la fuerza del brazo. Por lo tanto, deberéis colocar vuestro bloque magnético veinte centímetros debajo de la ventana, engancharlo y apoyarlo en el arnés. ¡Todo esto con delicadeza! Un bloque en una pared de metal, ¡oís! Slift subirá, como le expliqué, hasta la ventana. Él dará la señal. El resto ya lo sabéis. Obffs, Onurb, Bmléo y Baaer, liderados por Captp, entran por la parte inferior de la torre con el pase que ha duplicado Blusq. Paralizáis a las dos secretarias de recepción y al guardia. Llamáis los tres ascensores. Luego os separáis: Captp a la sala de control; Obffs y Onurb al último piso para la antena; Baaer y Bmléo cada uno en una escalera, en el piso 27, para bloquear a los guardias de seguridad. ¿Correcto? La noche del asalto os será comunicada el mismo día, a las 23 horas. Preparense. La hora del asalto la dará Captp, en el último momento. Así como el punto de encuentro. ¡Buena suerte! ¡Lo conseguiréis!

Slift me llevó aparte después de la reunión y me metió un sobre en el bolsillo: “Leerás esto en casa”.

Era una fotocopia de una página del diario de Kohtp. Quise tirarlo sin leerlo, pero me llamó la atención el nombre de Boule. Hablaba de ella de una manera muy conmovedora. Obviamente estaba enamorado de ella. Al final eso me tranquilizó. Si tuviera la más mínima tentación de embolsarse 5 millones, no lo haría. A Boule de chat la llamaba “Gato” en su diario. Gato. Simplemente.

La semana que viví antes del asalto fue muy difícil para mí. Algo había cambiado en mí, fue un cambio profundo. Siempre había vivido libre, más o menos, a pesar del control y la paranoia que habían adquirido proporciones graves durante las últimas cuatro semanas. Sin darme cuenta me había acostumbrado a la idea de que me arrestarían. Ya no vivía como un hombre libre que temía ser atrapado: vivía como un hombre atrapado que contaba su indulto. Ya no podía soportar los micrófonos y las cámaras en mi apartamento. La autodisciplina que me imponían me agotaba nerviosamente. Boule venía cada vez con menos frecuencia, ya no podía soportarlo. Y es imposible dormir en la residencia de estudiantes. Descubrí una crueldad en el Sistema que no había sospechado: casi quería traicionarme a mí mismo. A propósito. Para que acabase este pequeño terror cotidiano, también había llegado a dudar de todos, Boule, Slift, incluso Kamio; a sospechar de todos ellos. Tenía la sensación de que esta acción sería la última. Que no era el único que pensaba eso. Se ejercía tal presión sobre la Volte, tal implacabilidad policial sobre el Bosquet que, pasase lo

que pasase, nos resultaría imposible continuar nuestra empresa de desestabilizar el poder por más tiempo. Había que ganar o morir. De ahí la torre de televisión. Por lo tanto, a pesar del empeoramiento de la opinión, nadie realmente dudó.

¿Habíamos *concienciado lo suficiente* a la gente? Ésta era la pregunta crucial en torno a la cual mi ansiedad giraba inquieta. ¿Estaba la gente dispuesta a seguirnos y salir a las calles ahora? ¿Cuántos realmente nos apoyaban? Quizás una décima parte de la población. Los propios medios habían cambiado de tono. Los rostros de la Volte estaban cada vez menos desfigurados. ¿Pero no era demasiado pronto? La pantalla en negro, no me hacía ilusiones, era la pesadilla definitiva para buena mitad de la población. Además, no se habían entendido ni las cuchillas ni el sabotaje del Clastre ni el hackeo de antenas, y mucho menos el lago. O lo fue por muy poca gente. La pantalla negra... ¿Quién lo entendería? ¿Quién lo aprobaría? Si lo logramos, según Blusq, se necesitarían cincuenta días para reconstruir la torre y el sistema de transmisión. Doble o nada, estos cincuenta días. La Volución quizás estaría al final...

Brihx me preocupaba. No entendí la historia del gato; por qué lo había traído. No estaba claro. Detrás de la fotocopia que me había dado Slift, había escrito: “¿Brihx es seguro?”

Desafiando toda precaución, cuatro días antes de la fecha que había fijado en mi cabeza para el asalto, llegué inesperadamente a casa de Brihx. Tenía una necesidad visceral de hablar con ellos antes de la acción, especialmente sobre el problema de los vigías. Su alegría al verme calentó sus corazones. Sin embargo, inmediatamente me llamó la atención una tensión entre Slift y Brihx. Brihx nunca abandonaba a su gato, un gato adorable y muy cariñoso. Lo mimaba como a una mascota. Estaba boquiabierto y eso abrumaba a Slift, en cuya garganta había quedado el golpe del lago. Por una alusión estúpida, comencé a hablar de los cyborgatos, esos gatos que el gobierno estaba recuperando para injertarles en el cráneo un sistema autónomo de videovigilancia. De una eficacia formidable, según los rumores.

– Si resulta que tu gato es un rastreador... Registró los nombres de todos los vigilantes que mencioné... Detrás de sus ojos amarillos que parpadean hacia nosotros ronronea el sórdido aparato del poder... Nuestra sentencia de muerte está escrita en sus entrañas...

En ese momento, el gato, pareciendo entender lo que estaba diciendo, saltó sobre la mesa y se quedó quieto mirando la cara de Slift. Comenzó a mirar a “Serpiente” con obstinada fijación. Se hizo el silencio. Slift movió su cabeza hacia la cabeza del gato, estirando su cuello en una tensión flexible que se asemejaba al movimiento de una cobra. El animal, enderezando imperceptiblemente su actitud,

entrecerró los ojos y en esa postura destelló una oscura amenaza con sus garras. Serpiente volvió a avanzar. Dirigió su mirada como un punto a través de la hendidura del iris hasta las profundidades de los ojos amarillos. ¿Vió algo allí? Él lo creyó... Eso alteró los nervios del gato por la tensión y disparó una garra. Entonces Slift perdió todo control. Con un gesto más rápido que el golpe de la pata que acababa de desgarrarle la cara, agarró al animal por el cuello con tanta fuerza que le desgarró la tráquea. Las vértebras crujieron. El gato tuvo tres espasmos silenciosos. Cayó. Había muerto. Brihx y yo quedamos paralizados. Luego sacó su cuchillo y abrió al gato de lado a lado, con grandes golpes desordenados, gritando: “Es un cyborgato, lo vi, le voy a arrancar la mecánica... ¿Dónde la tienes, maldito?”... ¿Dónde está, escoria?... ¿Dónde te la escondieron?”... Y en su locura, acuchilló al gato por todos lados, buscó en las tripas, le sacó las vísceras calientes, la mesa estaba cubierta de ellas, sus manos chorreaban intestinos y sangre, zambulló y hundió las manos, buscó un trozo de hierro, algo duro, el gato quedó desparramado frente a nosotros... Finalmente soltó el cadáver... Lo miró una vez, otra vez... Estaba temblando de pies a cabeza... sus ojos se arremolinaban en un abismo... y dijo: “Ese gato... ese gato... era un gato de verdad”. Y cayó al suelo como alcanzado por una bala paralizante. Fue la única vez en mi vida que vi llorar a Slift.

Al enterarse del incidente, Kohtp compró un gato para Slift a fin de que lo regalase a Brihx. También era negro, con ojos dorados y Brihx se consoló. Al menos eso pensábamos.

Cuatro días después, lancé el asalto.

XII. SLIFT ©

“¿Qué pasa si nunca regresas, papá?”

–Entonces tomarás mi cuerpo y lo enterrarás afuera...

[Brihx] Ella rompió a llorar. Mi esposa la tomó en sus brazos. Le di el gato y ella lo rodeó con sus manitas con tanta fuerza... como si fuera lo único que quedaría de mí en el futuro. Me puse el chaleco antibalas, me puse encima el suéter negro y me até rigurosamente las zapatillas. Los besé a los tres y el gato ronroneó. Tuve un buen augurio. Mi hija levantó la cabeza con los ojos más desagradables que pudo reunir y maulló: “¡Si no vuelves, eres sólo una malva!”. “No repitas las malas palabras que te enseñó el señor Slift”, corrigió mi esposa. Pero ya me había ido. Ya estaba en la torre. En el deslizador, el aire parecía más frío de lo habitual. Había llovido. El asfalto olía a polvo húmedo.

[Kamio] El apartamento dominaba la plaza a unos buenos cuarenta metros. Tan pronto como abrí las contraventanas, inmediatamente me llamó la atención algo que no aparecía en ninguno de mis bocetos: este lugar era un objetivo, y la torre una aguja todavía vibrante, con su punta enterrada bajo tierra, lo que se suponía era algún dios inteligente del cosmos sin control. El estanque circular que rodeaba la torre y el pequeño puente tendido sobre él para acceder a la puerta central reforzaron esta imagen medieval. Alrededor de este primer círculo, dispuesto en forma de hexágono, seis turbinas impulsaban su oxígeno hacia el cielo. Entre las turbinas discurrían seis callejones, de cincuenta metros de largo, que cortaban la plaza en otros tantos trozos de una tarta verde cuya corteza negra era la acera. Luego la calle que rodea la plaza, estaba libre de corredores a esta hora. Finalmente, el círculo de edificios que cerraba la arena, en cuyas ventanas brillantes rayos dorados, provenientes de las turbinas, proyectaban las figuras de la esfera de un reloj. Una línea láser roja marcaba la hora. Ahora faltaban dos graduaciones antes del enorme III amarillo. Nuestro apartamento estaba situado directamente encima del número XII.

De pie detrás de la persiana veneciana, Boule, que no había podido decidirse a no estar en escena, observaba con sus prismáticos la altura de la torre, la plaza y los sesenta luchadores de la Volte escondidos en los tejados, detrás de las turbinas y por las avenidas que conducen a la plaza. Al

recordarles los códigos una hora antes, me di cuenta de que los conocía a todos, que siempre habían estado ahí, con nosotros, desde el principio, desde Zork; siempre. Que todos eran parte de mí, un fragmento de mi Volte. Que yo era tanto para ellos, como cada uno lo era para todos, un fragmento de Volte para los demás, un trozo arrancado de uno mismo y devuelto al Afuera, que los demás arrebataron en la fuga y que, unidos, remedando nuestros gestos, confeccionamos nuestros trajes de combate, nuestras *multiformas*, cosidas a la piel, armaduras desnudas para hombres sin más armas que las construidas con sus propias manos. Porque la venta de armas nunca había sido autorizada en los Cerclons, siendo un monopolio policial. Así que las armas sólo podíamos crearlas. Y al verlos esta tarde, techo tras techo, sentí que eran para nosotros más que los medios de combate: eran ya el combate, su fragilidad, su grandeza incierta. Arcos y ballestas apuntadas con láser, con flechas narcóticas, convivían con propulsores de cualquier cosa: propulsores de aire y agua, arena y grava, limaduras, trozos de vidrio, basura... que conectaban directamente a las turbinas de expulsión del ox. También algunas piezas únicas: el boomerang de Austral Le Sec, famoso en toda la Volte, era una obra maestra. Lanzado por encima de cierta velocidad, su recorrido quedaba envuelto en un rayo láser de tal intensidad que atravesaba todo lo que se encontraba en su brillante trayectoria: tanto metal como carne. A medida que su velocidad disminuía, se apagaba, para que Austral pudiera recuperarlo sin cortarse la mano. Serkl había

traspasado el principio al disco volador. Tenía cinco récords: años de trabajo.

Conecté mi localizador y seguí con mis ojos los puntos de luz que avanzaban en mi mapa 3D. Gracias a este pequeño dispositivo y a los transmisores que llevaba cada miembro del comando podía saber su posición en cada momento del asalto. Slift, Obffs, Kohtp, Baaer... Con Boule, los seguimos ansiosamente, avanzando desde las avenidas hacia la torre...

[Captp] Avenue du Président A 2070

“¡Ningún movimiento, estás rodeado!”, salté: sólo era un clamor, que se accionó al pasar... ¡Pero joder, qué susto! La Torre está al final, a quinientos metros de distancia: “Una nave espacial en equilibrio sobre una columna de acero. Columna: 83 m. Nave: 21 m de diámetro con una altura total de 28 m, u ocho pisos. Altura desde la parte superior del pilar hasta la sala de control: 8 m, incluidos 6,5 m de voladizo. Altura desde la sala de control hasta la antena: 20 m, pendiente de 75°”, el boceto de Kamio, sus recomendaciones, todo está ahí, frente a mí, al final. Y el pilar es tan negro, tan mezclado con la noche, la nave tan luminosa que parece flotar sobre la ciudad, como en el dibujo. Pienso en ellos, en los dibujos, todavía los hojeo en mi mente mientras... como si pudieran tapar lo que *ahora* es... mientras avanzo por la avenida se levanta la Torre...

como si pudiera inculcarme la pasión dentro de mí... avanza por encima de mí. Ella me hace torcer el cuello, para verla elevarse... mientras aún hay tiempo... para detenerlo todo... que todo sea como antes, que el polvo húmedo siga siendo el polvo húmedo de esta noche, solo, sin un paso, sin... Mi mochila quiere tirar de mí hacia atrás, y la Torre también retrocede, desaparece, todavía puedo regresar... Si no estuviera Obffs detrás, como una sombra, sin ruido y Bmléo en la acera de enfrente que camina, caminamos; todos caminamos, todos vamos hacia allí, hacia ella, nadie retrocede, los explosivos casi salen de la bolsa y la complexión gruesa de Bmléo se inclina hacia adelante, solo mira al frente, avanza.

Todo lo que tengo que hacer es accionar la mano, girar la muñeca y la bala paralizante desaparecerá y se hundirá en el estómago del guardia. El tubo se calentará a lo largo de mis tendones, debajo de la manga. Llegamos a la plaza. Está desierta. Boule está ahí arriba, con Kamio, en el XII. Todos estos haces amarillos me marean, estoy buscando el III, la marca roja está arriba en él, son las tres, ¿dónde están Baaer, Onurb? Están ahí, ya en el cuenco, no los miro, avanzo por el pasillo, se han alineado detrás de mí, Bmléo, Baaer, Obffs, Onurb, en la fila, detrás de mí. Slift sale de la turbina, cuatro cuerdas cruzadas del cuello a la axila, sus bloques remachados a la punta del pie, uno en cada mano, a la espalda los tres rifles. Espero que entre, subo a la cubierta,

deslizo el pase y firmo con un gesto del dedo: la puerta se desliza –el pelotón entra conmigo...

[Kamio]

Captp ha entrado, con los otros cuatro. Kohtp, Etwas, Brihx y Torrij tenían entreabierta la sala técnica de la turbina. Lugar siempre desierto. Kohtp se acercó a Slift. Parecía estar hablando con él:

– ¿Qué son esos tres tubos? ¡No lo esperaba!

– Exactamente. ¡Vuelve y escóndete, imbécil, te van a descubrir!

Kohtp regresó a la sala. Slift comienza a subir al pilar de la torre. Partió del puente, a la derecha de la puerta y subió en diagonal, para alejarse tres horas de la puerta, como estaba previsto. Magnetiza el pie izquierdo, magnetiza el pie derecho a la altura de la rodilla izquierda, luego lanza la mano izquierda muy alto, luego la mano derecha y desmagnetiza cada soporte poco a poco, pero muy rápidamente y a pesar de todas las leyes de la naturaleza, siempre en movimiento, para vincularse, desequilibrarse, sin fijar nada, pareciendo deslizarse verticalmente sin

esfuerzo, a pesar de las cuerdas, de la barra a su espalda, a pesar del peso, de la tensión y del vacío.

[Grupo Capt] – Planta baja de la torre

– Hola señores, ¿qué puedo hacer por ustedes a una hora tan tardía?

Apenas he movido la muñeca cuando éste se tambalea como una estatua sin base y se desploma. Los dos recepcionistas (pavlovismo de seguridad) se tumbaron solos en el suelo, con las manos en la cabeza. Bmléo les inyecta anestesia para ahorrar balas. Tienen para cuatro horas. Respiramos con tensión contenida. Llamamos a los tres ascensores.

[Kamio] Slift se detiene a quince metros del voladizo, sin motivo aparente. ¿Cansancio? ¡Sacó un destornillador eléctrico de su bolsillo y, de pie, desenroscó sin quitar los ocho tornillos que sujetaban la placa de acero entre sus piernas! El plato no se movió. Luego separó tres tubos de su espalda que magnetizó a la desvencijada chapa de metal. Deben haber sido armas de fuego. Pero ¿por qué? ¿Y por qué dejarlos precisamente allí, si él los había llevado, contra

todas las expectativas e instrucciones? Vuelve rápidamente hacia arriba, tocando con algunos gestos, con la cabeza, el inicio del saliente, la nave... Fija el bloque 20 cm. después del ángulo entre el pilar y el plato. Como le dije. Coloca mosquetones en el bloque. Deja ir todo. Cuelga de su arnés. Hacia abajo, 83 metros... Se desabrocha la barra a la espalda. La toma con ambas manos. La magnetiza debajo del plato. Coloca los mosquetones en las cuatro anillas. Introduce el nudo de la primera cuerda en el primer mosquetón. Retira la cuerda de su hombro. Arroja cuerda. Muy fuerte. Para que aterrice más allá de los siete metros de la piscina, sobre las losas.

La cuerda se desenrolló grácilmente en el aire en todos sus círculos para tensar un solo hilo, oscilando en grandes S, sobre la cual se abalanzó Brihx, reputado como el más lento, arrancándose del suelo sobre el foso y colocándose sobre la delgado repisa al pie del pilar donde fijó su bloqueador en la cuerda y, apoyándose en la pared, con la fuerza de sus brazos, comenzó a escalar.

Apenas se ha elevado cuando la segunda cuerda silba detrás de él. Torrij a su vez sale de la turbina, la agarra y vuela sobre la piscina. Está diez metros detrás de Brihx. Él los mantendrá. También utiliza el pilar. Cae la tercera cuerda: para Etwas. Inmediatamente después, el cuarto: Kohtp. Todos están ascendiendo de forma coordinada por pura fuerza de brazos. Hacen series muy rápidas de cinco metros. Luego sueltan el bloqueador. Descansan cinco segundos.

Ascienden de nuevo. Alcanzan a Brihx y luego a Torrij. Saldrán victoriosos.

De repente tuve un miedo terrible de que la barra se desmagnetizara. La vi en una alucinación soltarse y a los cuatro descolgarse y caer... sus cuerpos golpeando el agua. Algunos coches habían pasado por la plaza, circulando lentamente, como policías, y habían salido sin problemas. Tan oscuro estaba el pilar, todos manejaban bien la cuerda, enrollándola alrededor de sus cinturas mientras se izaban, que parecía muy improbable que pudieran ser vistos desde el suelo. Aparte de Brihx, que levantando sus noventa kilos avanzaba a paso de tortuga, los otros tres parecían arrastrados hacia el cielo por algún agujero abierto entre las nubes de metano mientras ascendían, sin esfuerzo, con flexibilidad, con la cuerda tensada, siluetas negras que ningún gesto infértil distraía.

[Capitán] – Ascensor en movimiento

A través de las puertas de cristal, los veintisiete pisos pasaron volando más rápido que las imágenes de un mal vídeo musical. El ascensor se abre. Me quedo mirando a un lado...

– Puede salir, Captp. Está vacío.

Baaer y Bmléo tienen la ballesta atada al antebrazo izquierdo. En su mano derecha, un cañón recortado con una bala paralizante, recuperada de la policía. Bloquearon su ascensor. Yo bloqueé el mío. Los dos ascensores de cristal, uno al lado del otro, ocupan la mitad del piso. Están frente a las dos puertas de salida de incendios. Un pequeño hall en el medio. Simetría perfecta. Cada uno de nosotros empujamos nuestra puerta roja para abrirla. La escalera de hormigón está espolvoreada con polvo de cemento. Obffs y Onurb comienzan a ascender silenciosamente. Sus zapatos dejan marcas en los escalones. Se dirigirán al trigésimo quinto y último piso donde se encuentra la trampilla de acceso a la antena y el haz de cables del terminal. En el suelo, trazo mecánicamente el círculo de la Volte. Escucho. La escalera vibra un poco. Un piso más arriba comienza el plato. Un piso más arriba, cuando empuje la puerta, me encontraré frente a los mismos ascensores con el mismo pequeño pasillo. Pero en lugar de las paredes cilíndricas del pilar que cubren los lados, saldré al pasillo circular que bordea las cuatro salas de control. Están divididas en cuatro porciones iguales por cuatro paredes. En planta, el suelo parece la mira de un visor. Cada estancia está acristalada desde la altura de un metro, tanto en el lado exterior como en el lado del pasillo. Dos guardias de seguridad hacen la ronda. Algunos más en pisos aleatorios. Etwas dijo tres.

Es muy probable que uno de los dos guardias de seguridad del 28 se pregunte por esta anomalía: ¡los dos ascensores de

la torre bloqueados en el 27! Para explicárselo, no le queda otra opción: bajar una de las dos escaleras... Ahora que Obffs y Onurb han pasado, vuelvo al vestíbulo del 27. Baaer se situará en el semipiso entre el 26 y 27. Sólo sobresale su ballesta, apuntando a la puerta. Si el guardia de seguridad baja, ¡schhlaa!, si falla, estaré en el pasillo para neutralizarlo. Cubro ambas puertas. A las 3:19:40 en punto, como nadie ha bajado, subo y me paro detrás de la puerta del número 28, con el casco antigás en la frente...

[Kamio] Las cuatro cuerdas estaban enrolladas y colgadas debajo de la barra. Slift ataca el voladizo. La marca roja del reloj ha cambiado de lugar. Son las 3:12. A tiempo. Cortó un trozo de una de las cuerdas, ató un extremo al anillo de la barra y el otro a su arnés. Con cada uno de sus avances, se desenvuelve un poco. Está literalmente recostado, de espaldas al vacío, debajo del plato, colocando sus bloques uno a uno, suavemente, a pesar de la gravedad que lo reclama, volviéndose fuerte en cuanto suelta el soporte. Ya casi ha llegado al final del desplome cuando lanzo un grito de miedo que hace correr a Boule:

– Dios mío...

– ¿Qué hay? ¿Qué hay?

¡Se había desenganchado con ambas manos y había retrocedido, con todo su cuerpo balanceándose en el aire! Suspendido de los pies, con los brazos extendidos como para zambullirse, él... ¡estaba descansando! Lo entendí por la forma en que sonrió a los otros cuatro cuyos rostros habían adquirido el color del poliestireno. Hacía que la sangre subiera a sus brazos. Luego, levantándose con la fuerza de sus abdominales, colocó las manos más allá del saliente, sobre la pared inclinada del plato, dejó caer los pies en el vacío y así colgado, con el cuerpo erguido como la torre, desmagnetizó su mano derecha para trepar un poco más alto... Estuvo a punto de caer. Pero de un tirón juntó los pies a la altura del estómago y... Ya está. Acabó.

[Obffs] – Piso 35 – Cima de la torre

El piso está vacío. Los ventanales se abren a la celosía de luz de Cerclon. Por encima de nosotros, la antena apunta hacia el cielo. En su base, en el centro del pasillo, un cilindro gris protege la terminación del cable. Onurb inicia el corte por láser. Le dejo hacerlo, es su trabajo. Me acerco a las ventanas y escudriño la pared... lo vi. Está debajo de la sala de control, acoplado. Una figura negra que debe ser Kohtp está a su derecha. Alguien sale del saliente: es Torrj. Me doy la vuelta –por un momento me siento en su lugar, el miedo

a las alturas, al resbalón— empujó la puerta roja. La escalera A suena hueca. Lo mismo ocurre con la B. Onurb casi ha completado su corte. Empiezo a sacar las cargas explosivas de la bolsa.

– Está pasando por segunda vez, Kamio...

– ¿Está segura?

– Cierto. Es un auto sin identificación. Captp me enseñó a reconocerlos.

– Mierda. Ve a la cocina.

– ¿Cuántas veces enciendo?

– Dos veces cuatro segundos.

[“;:;:/.//]

¿Qué diablos está haciendo el grupo de trabajo? Sólo queda Brihx por pasar. En dos minutos, Slift rompe la ventana. Le di su casco. Se lo puso. El triángulo de percusión brilla en su frente. Menos, sin embargo, que sus ojos. Sus ojos son increíbles. Siento que podría atravesar el triple

acristalamiento con esos ojos. Respeto a este chico. Le admiro. No sabe lo que le espera. Está completamente concentrado en la torre. No duda ni un segundo que lo conseguirá, que huirá, que su “Volución” está al final.

[Kamio]

Recuperé los binoculares. Todos se habían puesto los cascos antigás, incluso Brihx, incluso antes de pasar el saliente. Ya casi había llegado a su punto de anclaje, debajo de la cornisa de vidrio, Kohtp extendió su mano, cuando... de repente se desenroscó –su mosquetón rozó las paredes del plato, se desenroscó bajo el saliente a lo largo de la cuerda hasta el anillo que lo bloqueó; muerto, balanceándose, con el estómago y el muslo aserrados por el choque, con el corazón desquiciado.

[Slift] – Debajo del cristal de la sala de control.

“¡Joder!” bloqueo mis pulmones. tras el sonido, la barra se mantuvo firme. Pensé que iba a hacer pizza de quince quesos allí abajo. La pila de ladrillos tiene que volver a subir,

¡listo! Levanto mi casco hacia la ventana... Hay un tipo en el cuarto. ¡Él me ve!

Con un golpe de mi casco rompo la ventana, el tipo regresa a la habitación gritando, lanzo la bomba de humo y una voz grita “¡al suelo!” e inmediatamente una ráfaga de balas trazadoras ataca la ventana hasta devorar el cristal. El tiburón se acerca, tiro la cápsula de gas.

[Capitán] – Escalera de emergencia de la sala de control

Oí la ventana romperse, el silbido del gas. Con la máscara puesta, espero a que venga el guardia de seguridad y le afecte los pulmones en las escaleras al respirarlo. Se oyó el sonido de una puerta pesada al deslizarse. Ya no oigo el silbido del gas. Algo zumba... Suena como la vibración de un rayo láser de escaneo térmico.

[Grupo de Slift] – Sala de Control No. 2

Técnicos tumbados en el suelo. Un vigilante se desploma a un paso de distancia. Metió una bala en mi casco. Le libero

de su arma. ¡Un Optir! ¡Un puto Optir! Apuntar ajustado a la mirada. Simplemente observas tu objetivo y la bala irá directamente hacia él. ¡Cuarenta balas en el cargador! No es normal que estén equipados con Optir... No me gusta eso... Torrij está a mi lado. Kohtp y Etwas están encajados en el eje de la carga pesada. Oigo los bloques de Brihx tintinear en la pared...

– ¡Vuelve a casa, Brihx, abandona!

Hay un mal silencio en la habitación. La puerta pesada estaba cerrada y revestida con otra corredera resistente al fuego. El gas se desliza un poco a través de la ventana rota. Pero en general está estancado.

Todo lo que haría falta es que un tipo inteligente lanzara una cerilla para que todo ardiera como una antorcha... Brihx se acercó mucho a mí.

Nos hablamos por signos, nuestros propios signos, que los demás no conocen. Tiene una línea de cien metros. Dice que Kohtp lo dejó. Luego silencio. Quedan tres malditas habitaciones para gasear –y el pasillo– y un guardia de seguridad que debe esconderse en alguna parte –y otros tres que aparecerán– y se dará la alarma y...

[Captp] – Escalera de incendios

El guardia de seguridad debe leer mi punto térmico detrás de la puerta. Visualicé a Slift con el escuadrón, exactamente en la habitación 2. “Tiene que salir, Captp. “¡Salir fuera!”

Abrí la puerta abruptamente justo cuando la pared de vidrio de la habitación 2 se hizo añicos, atravesada por un proyectil con casco negro –Slift, la serpiente– que aterrizó arma en mano en el pasillo mientras las cápsulas de gas silbaban a su paso y se precipitó hacia la galería circular generando un diluvio de metralla y cristales rotos, vencidos por la locura, contra toda precaución, seguido por Etwas y Brihx cruzando el pasillo para cortar el paso al guardia de seguridad con una andanada de balas paralizantes, Kohtp y Torrj entraron corriendo a las habitaciones a colocar las cargas, y yo permanecí vigilando la escalera de emergencia, hacia arriba, porque por ahí iban a bajar el resto de los guardias de seguridad, que tenían que ser bloqueados, que...

[Kamio]

La policía ha sido notificada. Advertida antes del ataque, eso es obvio. Acaban de colocar bloqueos en la desembocadura de las seis avenidas. Cuatro coches camuflados estacionados en la acera. Dos equipos de cuatro

policías se desplegaban por la plaza. Los otros ocho están colocados detrás de las dos turbinas frente al puente, en la entrada de la Torre, y ocho Optir armados con cascos. Mientras los escudriño, el pequeño número plateado que los identifica me hace saltar: 7. ¡El Ala 7! Nos enviaron el escuadrón 7. “Está arruinado”, me dije. Detrás de la turbina, obsesivamente quietos, lo único que tienen de humano es su tronco. Arriba reina el casco, la vista detrás de la visera negra, la aleta giratoria que sigue cada pequeño movimiento del que saldrá la pelota. El casco se prolonga sobre el cuello mediante una lama, como un flujo de acero que desciende desde el espesor del casco para cubrir el cuerpo hasta los pies, imprimiéndoles esa rígida eficacia de los cyborgs, cuyos gestos, tan económicos, tan precisa en proporción a los raíles y a los rotores que utilizan para moverse, pero que parece tan pesada, incluso en su velocidad: la velocidad que ha sido toda delegada a la aleta, minúscula, colocada en el globo del casco como un pájaro atado a una correa. Asegurado en el suelo, el escuadrón 7 ha utilizado a sus hombres-fortaleza. Ninguna de nuestras balas, ninguna de nuestras flechas podrá mellar el espesor de la cobardía. Ni ácido ni fuego. Ni el gas. Las bombas de humo tampoco empañarán su mirada. Por supuesto, habíamos pensado que rodearían la torre, pero con un cerco como el del viejo P y sus técnicas: discreto, con policías equipados con chalecos antibalas y rifles con mira láser. No con el Escuadrón 7. Tan rápido y tan cerca de la puerta. Alguien nos ha traicionado. Boule me mira:

– ¿Qué hay? Tú...

– Deben retirarse del eje de la puerta. Por cualquier medio. Impedirles que los vean. Si ven, tocan.

– ¡Hay que enterrarlos!

– ¿Con qué? ¿Con basura? Están demasiado lejos. Los propulsores más grandes no alcanzan más de cincuenta metros. Tendrías que propulsarte desde el suelo, es imposible.

[Capt] – Pasillo de la sala de control

Baaer volvió a mí. Bmléo sostiene la otra escalera. Kohtp y Etwas, siguiendo el plan, se estacionaron en el rellano número 30 para formar un movimiento de pinza. Brihx vuelve a recorrer las cuatro habitaciones para comprobar la ubicación de las cargas. Slift le precede destrozando los monitores de vídeo y las cámaras de vigilancia con las culatas de sus rifles. Obffs y Onurb bajan hasta nosotros. No encontraron a nadie. ¿Dónde están los otros tres guardias de seguridad de los que nos habló Etwas? En el 29 está el restaurante; en el 30, las unidades de montaje virtuales; en el 31, las salas de reuniones; del 32 al 34, la maquinaria. ¿Entonces?

No tengo tiempo para pensar en ello. Obffs me tira del brazo hasta la habitación 3, vacía. Murmura por sus auriculares:

- Captp, están abajo.
- ¿Qué?
- Policías. Cuatro coches sin distintivos. Además de varias furgonetas que acaban de llegar.
- ¿Dónde están colocados?
- No lo sé. Se dispersaron. ¿No les echaste gas de inmediato?
- Si casi. ¿Tienes el detonador?
- Lo tengo. Necesitamos salir de aquí, Captp. Plan 5.
- Correcto. Recoges a Onurb, Bm y Baaer. Bajas la escalera A hasta el fondo. Esperas a Kohtp. Me cubrirá para subir a la 33. Coloco todas las cargas restantes. Kohtp se une a ti. Envío el “pájaro blanco” del 33. Los vigías abren fuego. Tú sales. Torrj y Etwas bajan en rápel por el exterior. Luego Slift y Brihx. ¿Está claro?
- Claro. ¿Pero tu?
- En el rellano 27, desbloqueas mi ascensor. Lo envías al 35. Tan pronto como suelte la señal del 33, correré hacia allí.

Saldré a las 3:30 en punto. Me cubres como estaba previsto en el plan 5.

– Correcto.

Toma mi cabeza con casco entre sus manos y me mira profundamente detrás del visor. “En cuanto usted salga, todo explota, Captp. ¡El eclipse total!”

[Kamio]

Las tres brigadas que salieron de las camionetas se dispersaron alrededor del borde de la cuenca. Todos los vigías están esperando que dispare el pájaro blanco.

El que traicionó no es del Bosquet. Ahora tengo pruebas: no se envió ningún policía a los tejados. No saben nada de los vigías. No fueron “advertidos”.

Esta segunda opción la planearon Slift, Captp y Brihx cuatro días antes del asalto. Obffs conoce el secreto. También conoce la línea y la trampilla del estanque. Nadie más.

[Obffs] – Pasillo de la sala de control.

Cuando salíamos de la habitación 3 para ir a la Escalera A, escuché un chasquido proveniente de los huecos del ascensor y detuve a Captp con el brazo. Las jaulas vomitaron un torrente de vidrio sobre los azulejos del pasillo y en una fracción de segundo, las dos puertas rojas y la pared que daba a los ascensores quedaron plagadas de impactos.

– ¡Bloquéalos en el 27, que bajen por los cables!

Los tres guardias de seguridad no pusieron los pies en el techo de los ascensores bloqueados en el nivel 27: se desplomaron allí. Al romper las ventanas del ascensor, crearon tal corriente de aire que el gas se precipitó en grandes columnas hacia el hueco, asfixiándolos.

Captp subió al 33. Kohtp todavía quería cubrirlo, por si acaso... Onurb, Bmléo, Baaer y yo bajamos hasta el fondo. Cuando corrí al mostrador de recepción para mirar los dos monitores, esperaba encontrarlos en negro. ¡No! Aunque nos permitían ver, desde el interior y la puerta central cerrada con llave, el puente y parte de la plaza, los policías no habían desconectado las cámaras exteriores. Inmediatamente entendí por qué. De las dos turbinas situadas simétricamente a cada lado, unos metros después del puente, surgían ocho globos lisos rematados por una aleta. Los habían colocado allí para que “entendiéramos” que no teníamos ninguna posibilidad –ninguna, de llegar a

los tres metros— de llegar a los tres metros en el puente, antes de que nos abatan.

– Estamos esperando a Kohtp. Coloco el escritorio en posición vertical. Lo vamos a colocar delante de la puerta. Nos servirá de escudo para salir.

[Slift] – Ventana de la sala de control n.º 2

– Etwas y Torrj, adelante.

– ¿Porque nosotros?

– Plan 5. Ahora tenemos Optirs, chicos. Con esto en tus manos, eres invencible. Voy a pararme en el borde del saliente para guiar a Brihx. Te desplomará con una cuerda.

Hago lo que digo. Brihx me hace deslizarme boca abajo sobre la pared, con la cabeza hacia el suelo. Tres segundos que mi cara sobresale del alero, y tengo tiempo de observar, que el lugar está plagado de esmoquin, que una ráfaga de balas rebota en mi casco. Disparan con paralizadores.

– ¡Recógeme!

Etwas y Torrj, mirando fijamente los agujeros del casco, empiezan a reírse secamente.

– Bueno muchachos: estamos esperando al pájaro blanco, a que los vigías nos limpien un poco el piso de abajo, de lo contrario no les daré lo que tengo en mis dedos unos segundos antes de morir.

[Captp] – Piso 32

Con todas las cargas puestas, le digo a Kohtp que se vaya. Entreabre el hueco del ascensor y agarra el cable central.

– ¡Cuidado, hay más de cien metros hasta abajo!

Las hojas se cerraron suavemente. Lo veo desaparecer en el hueco de cristal. Casi acabo. Debemos dar la señal a los vigías para que rocíen la plaza. Saco el avión de Kevlar blanco de la bolsa y rompo laboriosamente la ventanilla. Lo tiro al vacío. Cae en torbellinos. Inmediatamente le disparan. De manera incomprensible, busqué en la bolsa dos, tres, cuatro veces ¡sin poder encontrar el paracaídas! Tienes que bajar de todos modos, no pierdas el tiempo. Yo a mi vez abro un poco las puertas y me vuelvo a poner el casco. Agarro el cable febrilmente. Cuatro pisos más abajo, un flujo de luz, espesado por el gas moribundo, inunda la jaula. Por encima de mí, el pesado ascensor suspendido me da la impresión de que todo el Cubo ha sido absorbido por esta jaula y se balancea... Envuelvo la mochila alrededor del cable, mis

manos alrededor de la bolsa, rezando para que la fricción quemara la bolsa antes que mis guantes y mis guantes antes que mi piel. Muy lejos, muy abajo, como si viniera del fondo de un pozo, oigo el sonido áspero del descenso de Kohtp. Presa de ataques de miedo, con los músculos demasiado tensos y vibrando solos, empiezo a dejarme deslizar hacia la lámina de luz que se extiende bajo mis pies. Tengo miedo. Paso el 31, paso el 30... De pronto una sombra humana se proyecta sobre el nivel freático, en medio del vapor que se espesa, en el piso 28... Presiona el botón... Un clic metálico hace resonar la jaula. El ascensor corre hacia mí. Me lanzo al pasillo de un solo empujón.

El ascensor se detuvo... arriba. Entonces alguien lo llamó – ¡desde aquí! Corro a la habitación 2 donde Slift, Brihx, Torrij y Etwas están preparando sus cuerdas.

– ¡Ey! ¿Llamasteis al ascensor?

– Fuy yo, sí.

– ¡¿No sabías que estaba en el hueco?!

– Kohtp me dijo que bajarías en el techo del ascensor hacia nosotros, en caso de que se quedara...

– ¡El bastardo está completamente fuera de control!

[Kamio]

En la plaza acaba de desencadenarse una terrible y desordenada guerra de guerrillas. Flechas y rayos atraviesan la noche desde los tejados hasta la cuenca y caen sobre los policías de los alrededores que se desploman bajo las salvas, al azar, sin orden, sin ley. Los propulsores vomitan apretados chorros de basura enriquecidos con fragmentos, piedras y hierro –gravilla delgada para los cascos– todo lo que han traído, todo lo que encuentran, todo lo que viene, todo lo que pesa, y cuando ya no queda nada, todavía hay agua, todavía aire, todavía oxígeno que brota directamente de las turbinas y que éstas impulsan hacia el suelo para cortar la entrada a los edificios con una pared de aire helado. Cuarenta policías quizás contra sesenta voltes, algunos de los cuales, apostados en los tejados, son rápidamente desalojados por una mirada, por una rotación deslumbrante de la aleta, por la bala que sale, terrible. Los tubos liberados se elevan entonces como boas, convulsionan y eyaculan sus entrañas hacia el cielo, sobre las fachadas, por todas partes. En tierra, el escuadrón de Slift multiplica las cargas hasta rozar la locura. Salen de las avenidas, montados en deslizadores, con un tirador en la espalda, corren a través de la cuenca, tan rápido como las flechas que disparan, se cruzan, vuelven a cruzarse, trazan diagonales impresionantes para atrapar a los optirs y terminan girando de repente en el foso, protegidos por la gravilla –un

deslizador acaba de estrellarse impactando contra las losas, el cuerpo del conductor se desliza sin vida setenta metros – golpea una turbina; su tirador, herido por la caída, recibe un disparo a quemarropa.

Son las 3:21. El ruido de los combates fue tal que atrajo a la mayoría de los habitantes de la plaza a sus ventanas. Les dieron instrucciones por megáfono de encerrarse en sus casas y esconderse tras las contraventanas, entre la excitación y el terror, ya que muchos de ellos nunca han oído un disparo, nunca han visto a un policía peleando, un volte desatando su odio, nunca han visto la furia de una pelea real. En un minuto debe salir el último grupo. “La caballería” de los deslizadores parte para reunirse en una calle adyacente. En un minuto, cargarán, los seis planeadores desplegados en un triángulo de percusión, para liberar a los Optiradores del eje del puente. La ansiedad es la munición. Al ritmo que disparan los vigías, pronto no les quedará nada. Hemos anulado a bastantes agentes de policía, pero constantemente llegan nuevos refuerzos y nuestra superioridad en número y posición, nuestra velocidad de movimiento, los vigías encaramados, el cerco, todo eso, poco a poco, se vuelve cada vez menos eficaz. Boule sacó el rifle de Captp y disparó a través de las contraventanas. Dirijo las operaciones con una única luz, la de la cocina, por donde pasan todas las directivas codificadas.

[Obffs] – Planta baja de la torre.

– ¿Cuántas puertas desquiciaste?

– Cinco, Obffs.

– Basta. Toma posición frente a la entrada. Bmléo y Baaer, cuando abra la esclusa, empujen el escritorio vertical hacia la cubierta, se refugian detrás de su puerta blindada y avanzan. No gasten sus tornillos y bolas en los optirs, son intocables. Onurb y Kohtp, permanecéis agachados detrás del escritorio hasta mi señal. La caballería, normalmente os cubrirá...

– ¿De lo contrario?

– No hay alternativa. Ellos te cubrirán.

–¿Y el detonador?

– Se lo pasé a Kohtp: es mejor nadador que yo. Durará más en apnea. Estoy esperando a Captp. Con los optirs, él solo no tiene ninguna posibilidad de salir. ¿Estáis listos? ¿Todos? ¡¡Por la vida!! ¡¡Por la Volte!! 3... 2... 1... ¡Vamos!

El ruido sordo de la esclusa e inmediatamente, una aterradora sucesión de disparos, una lluvia de fuego indescriptible. Oigo simultáneamente, creciendo en eco, un

rugido inesperado y los aullidos de la caballería disparando por la plaza... Luego el silencio de los disparos, como una síncopa, llenado por el grito que sale autónomamente de mi propia boca:

– ¡Onurb, vete!

Apenas discernibles en su violencia se escuchaban las ráfagas crepitantes, el raspado metálico de los deslizadores sobre las losas, el choque de las barras contra los cascos a toda velocidad, el siseo de los cables, los gritos y estertores, los motores, la carne endurecida desplomándose, las balas sobre el metal, el chapoteo de las puertas que se abrían de golpe, los cuerpos que se caían al agua y entre ellos, entre este espantoso magma de ruidos se oía, muy cerca de mí, el único que quería oír: la corta zambullida, apenas audible por su furtiva penetración en el agua, de Kohtp y el detonador, hundiéndose en la profundidad del foso para nadar allí tres metros bajo la superficie en una sucesión de lentas brazas, invisibles desde la orilla, sin olas ni burbujas, seguir la curva del foso durante quince metros para situarse diametralmente opuesto al puente, en la otra orilla, y esperar allí clavado al fondo, conteniendo la respiración hasta que la muerte llegue... e irrumpiendo fuera del foso, apriete el detonador, la torre explota, el plato se desprende del pilar y se haga pedazos en el suelo.

[Kamio]

Amurallados detrás del precario fortín de oficinas y puertas blindadas, Bmléo y Baaer todavía mantienen el puente. La carga de la caballería noqueó a cinco optirs, uno de los cuales casi fue empalado por una lanza. Se quitó el casco y vomitó sangre; acababa de ser atendido por un paramédico. Otro está muriendo –fue arrastrado por un cable a través de la plaza antes de caer sobre una pared a una velocidad inhumana– un puro acto de rabia cuya barbarie y horror ya no percibo desde que tomé el rifle de las manos de Boule y disparé, Disparo como un salvaje, acribillo a balazos a esta basura que atacan con las culatas de sus rifles la pierna rota de Nabke, que durante la carga golpeó una turbina.

[Bdcht]

¿Qué diablos está haciendo Captp? Ya debería estar disponible. Son las 3:31, llega más de un minuto tarde al plan, completamente anormal, ¿qué le pasó?, necesita salir; cada vez hay más policías, nunca va a salir de esto, nunca voy a verle otra vez, él...

Kamio vació el cargador. Me mira molesto. Ya no tenemos munición.

[Brihx] – Vista de la torre

“¡Si no vuelves, eres sólo una malva!” – su voz gira, gira, tengo mis entrañas apretadas en un nudo de cuerda por el miedo, nunca supe que el miedo fuera tan duro, tan duro en el estómago, nada débil, nada de mierda, tripas como barras de hierro retorcidas. Etwas y Torrj acaban de pasar el saliente. Hago lo que me dice Slift: los derribo tan rápido como puedo, las balas tintinean en las paredes, la cuerda desenrollándose a mi paso. “Disparad, machacad”, les grita Slift. Está colgado de los pies y, en cuanto puede, asoma la cabeza por el saliente y dispara instintivamente, con los ojos, apenas fuera unos segundos, incursiones ultrarrápidas y grita “dos”, “tres”, según lo que acierte. Acierta siempre, es extraordinariamente valiente, no es un malva. Slift, ni siquiera está orgulloso de lo que hace, está alegre, concentrado al extremo, sale, dispara... “Vamos a tener que salir... ¡Derríbalos a pulso, pila de ladrillos, enróllalos, los van a destrozar!” – “¡Suéltalos en el foso, suéltalos!” Todavía hay diez metros de cuerda a mis pies... Los suelto. El sonido de sus cuerpos sobre el agua es tan violento que se eleva hasta nosotros.

– Tenemos que irnos, los han tamizado.

– ¡Nunca vamos a salir de esto!

– Sobre todo si nos disparan desde los helicópteros, que no tardarán mucho. Prepárame un trozo de cuerda de quince. Estoy haciendo todo lo posible.

[Kamio]

Tantas ambulancias como furgonetas, ahora, en el borde de la plaza. Todavía han llegado refuerzos, pero se contentan, encerrados tras su escudo transparente, con bloquear las avenidas y rodear la cuenca sin correr riesgos. Todos nuestros deslizadores que intentaron un gran avance quedaron atrapados. Ordené que se retiraran las cargas. Su cordón nos separa completamente del foso. Una decena de tiradores se encargan de la cima de la torre. Dos optantes se han unido a los tres que custodian el puente. Saben que sólo quedan dos personas, de lo contrario serían más. Ellos saben. A Onurb lo arrastraron como a un conejo y se lo llevaron. Gracias a su desvío, Kohtp se dejó rodar por debajo de la barrera del puente, hacia el foso, enmascarado por Bmléo, sin que nadie se diera cuenta. Debe tener el detonador. Pasa dos minutos y cuarenta minutos bajo el agua. ¿Dónde está Captp? Creo que se pasará de la raya con Slift y Brihx. O... No hay otra explicación posible.

En el puente, *status quo*, los disparos han cesado. Miro fijamente la cima de la torre. Todo el mundo está esperando lo que hará Slift. Sus caballeros se reagruparon en un rincón ciego de la plaza. Los motores gritan. Están listos para la carga final. Por Slift. Por la Volte. La única protección es su trayectoria. Su única arma son los cables oxidados, su rabia, los barrotes. La espera congela el lugar. Tengo los binoculares enfocados en la sala de control (...).

De repente, envuelto en una nube de vidrio, ¡Slift fue eyectado! El cuerpo delantero del casco se lanzó leonado a través del cristal del plato –como si hubiera sido expulsado por el estallido de una explosión donde nadie lo esperaba –fuera de las líneas de fuego– expulsado con tal potencia que fue mucho más allá del voladizo y, se dio la vuelta en pleno vuelo con una línea de cuerda tendida detrás de él, su silueta flotó por un instante en el cielo sin que nadie pensara, asombrado, en disparar, luego cayendo como una piedra, la cuerda doblándose en el saliente, fue arrastrado ¡Regresó por un efecto de balanceo hacia el pilar donde, con sus extremidades flexionadas, iba a estrellarse *¡en el lugar preciso donde, durante el ascenso, había desatornillado una placa y colocado sus rifles!*

Entonces, en un instante, el genio práctico de Slift apareció en toda su grandeza: con un empujón de sus riñones desviando su trayectoria fatal y girando una vez más en un increíble molinete, evitó el impacto frontal y, con los pies doblados detrás de él, ¡De espaldas al pilar, casi a ciegas,

llegó y agarró la placa temblorosa en el aire!, y con la placa así magnetizada bajo sus zapatos, comenzó a surfear en el aire, con grandes oscilaciones que impedían a los policías apuntar, obligándolos a hacer lo que no les habían enseñado –disparar instintivamente–, las balas chocaron contra el cuadrado de chapa, y él, la Serpiente, con su único casco negro y dos cañones que sobresalían de la placa, logró, asombrosamente, impactar, soltar sus balas gota a gota; y en el suelo los policías se desplomaron, uno por uno, alcanzados por un rayo, ahora en retirada, presos de un extraño terror.

Entonces un clamor extraordinario se extendió desde los tejados hasta la cuenca, tan profundo y vibrante que los policías que estaban alrededor, presas del pánico, regresaron a refugiarse en las furgonetas, porque los caballeros de Slift, galvanizados, cargaban ahora de frente, con un cable tendido al nivel del suelo entre los cuatro deslizadores.

Cortando todo a su paso, atravesaron el cordón y salieron por la Avenue du Président A 2070, rompiendo el bloqueo.

[Slift] – Ventana de la sala de control

– Es hora, ¡montón de ladrillos, aguanta! Bajamos juntos hasta 40 m. de altura. Luego bloqueo y empezamos a disparar. Apuntas al interior de la rodilla y disparas: ahí es donde no están protegidos. ¡Entras allí solo! ¡Limpiamos, luego nos acomodamos rápidamente y los caballos ligeros nos llevan! ¿Capt? No voy a dejar de tirar en todas direcciones, no te preocupes: dispararé siempre. Por el plato, sigues mi movimiento.

[Brihx]

Bajamos tan rápido que siento como si la cuerda se hubiera soltado. Slift bloquea repentinamente el descenso. “¡Me quedo con los de la izquierda!”, me grita. No puedo sostenerme mientras la cuerda se balancea, miro las rodillas, disparo, el policía se desploma, no puedo creerlo, empiezo de nuevo, las balas resuenan por todas partes bajo nuestros pies, Slift hace de la placa un escudo. Las balas se hunden en mi chaleco, shock, shock, los policías no paran de moverse, se despliegan formando un arco alrededor del poste, son tantos, disparo, disparo, todo se equilibra en mi cabeza, todo se duerme, Quiero vomitar...

[Slift]

– ¡Birhx! Brihx, ¿estás bien?

Su puño está sangrando y su brazo se está poniendo duro, lo han golpeado: caigo cinco metros para distorsionar sus líneas de fuego. Soy un hit, estas putas pululan por todos lados, me pego al pilar, placa levantada, me ametrallan como hijos de puta, la constitución de Brihx me sirve de coraza y disparo por encima del hombro, toneladas de balas le llenan la cara y el estómago, o me tiro con él al foso, o...

– ¡Detened el fuego! ¡Detened el fuego! ¡Grita un policía!

Tiempo muerto.

[Kamio]

Cuando los dos helicópteros llegaron sobre la plaza, proyectando su cono de luz desde el cielo, se produjo un extraño silencio. Dios, apartando con un dedo las nubes de metano, no habría causado otra impresión a los policías: todos dejaron de disparar y se retiraron a sus furgonetas

blindadas, como niños atrapados en una guerra total por padres estrictos y que descubren, ante sus ojos, la dimensión exacta de un poder del que, un momento antes, creían ser la última encarnación. Slift aprovechó esta suspensión. Soltó al paralizado Brihx y lo deslizó hacia el foso.

[Slift]

– Es para ti, Bm, ¡a la izquierda del puente! ¡Está paralizado, es Brihx!

¡Incluso si me quedo aquí, no dejaré que estos hijos de puta desactiven la bomba!

[Kamio]

Cinco minutos y diez minutos desde que Kohtp está bajo el agua. Está en su límite, va a salir. Tiene que salir, presionar el detonador, incluso si Captp todavía está dentro, incluso si Obffs, no corre peligro en el pilar. ¡Slift ha perdido completamente la cabeza! ¿Por qué vuelve a subir? ¿Por qué

no se lanza al foso? ¿Quiere que lo saquen como si fuera un disco de yeso? ¿Que el gran plato se hunda sobre su cabeza? Si explota, ¡está muerto, muerto!

[Obffs] – Entrada a la torre.

Al sonido de los helicópteros, surgieron los optirs colocados detrás de las turbinas. ¡Ahora están cargando hacia el puente!

– ¡Retrocede, retrocede!

Despejaron la oficina, dispararon a Bmléo a quemarropa, dispararon a Baaer... vinieron hacia mí... Salvar el pellejo es todo lo que importa ahora. Presiono el botón que controla la escotilla del foso y lanzo mis bombas de humo a la cubierta; salgo como el infierno y salto por encima de la barandilla de la cubierta, sumergiéndome en el foso. Mi casco tira de mí hacia el fondo y llega a golpear el concreto, tropiezo... No encuentro la trampilla... Me dejo absorber por la llamada del agua... Ya está, lo siento... un cuerpo bloquea la entrada... Lo empujo hacia adentro, no veo nada, paso por la trampilla, choca contra las paredes del túnel, la corriente me lleva, caigo a la alcantarilla, me tambaleo, me arranco el casco. ¡Éxito! ¡Lo logré! ¡Estoy vivo! Estoy metido hasta el pecho en agua maloliente y un cuerpo flota cerca de mí, es...

es Brihx, oh mierda, ¡era él quien estaba bloqueando la trampilla! Debo cerrarla –cerrada– Estoy a salvo.

– Obffs, ¿eres tú?

– Soy yo, con Brihx. Está paralizado. Se debe drenar el agua.

– Debemos escapar inmediatamente a través de la red de oxígeno. Si encuentran la trampilla... Llevaré a Brihx. ¿Cómo te va arriba? ¿Tuviste éxito?

– Todavía no. Han llegado los helicópteros. Está el escuadrón 7.

– ¡El escuadrón 7! ¿Y Slift? ¿Y Captp?

– Slift ha provocado una matanza. No sé si lo logrará. Está muy enojado. Captp, no entiendo... algo pasó...

– Vuelve a ponerte el casco. Cierra todo bien. Vamos a entrar en el conducto. El oxígeno pulsa con tanta fuerza que no es necesario gatear. Pongo a Brihx al frente, lo sostengo. No me sueltes los pies. Nos introduciremos en el pozo de oxígeno que domina la plaza Thétys. Después, estarás a salvo.

[Kamio]

En los tejados, los observadores viven sus últimos momentos como hombres libres. El primer helicóptero sale a las nueve y sobrevuela inexorablemente todos los edificios que rodean la plaza. *“¡Rendíos! No tenéis ninguna posibilidad. Nuestro helicóptero está equipado con un espectrógrafo. Seguiremos tu rastro térmico estés donde estés. Tenemos treinta optiradores a bordo. Nada malo os sucederá”*, todo el lugar resuena: *“¡Rendíos!”*, pero nadie se rinde. Las tuberías lanzan su último chorro de grava, los últimos trozos de cemento que mueren sobre el titanio del helicóptero, el que responde con una salva de fuego. Breve. Eficaz. El vigía se tambalea y se hunde hasta el borde del tejado. Un cable lo remolca hasta el helicóptero... Algunos voltes sólo tienen flechas para defenderse... Algunos sólo una última piedra que lanzan hacia el futuro, a través de este cerebro de cristal blanqueado que el Campamento de Educación Cívica les trasplantará, sin romperlo de antemano, ya que el recuerdo mismo de este pensamiento les será extirpado, y no podrán conservar, enquistado en su cuerpo, mucho después de que su alma haya sido lavada, el recuerdo físico, visceral de estos gestos de rabia que un día, lo saben, volverán para atormentarlos, atormentar su cuerpo para fracturarles el cráneo. Algunos gritan *“¡Viva la Volte!”* y permanecen de pie, con los brazos en V, los puños cerrados, para que la bola que los va a congelar los congele

allí, en la cumbre de una determinada idea de vida. La bala llega, y su carne rígida se eleva en la noche...

“¡Podéis romper estatuas pero nunca podréis romper el molde!” ¡El moho os sobrevivirá! ¡La Volte os sobrevivirá!”, grita Boule. Las lágrimas brotan de sus ojos. Slift llega al voladizo. Se mantiene firme como un dron. El helicóptero comienza a descender hacia él... Es el final. Todavía puede deslizarse hacia el foso, coger la trampilla, no: ha decidido acabar allí, no escapar. Está colgado de los pies, con una pistola en cada mano, esperando el helicóptero; va a disparar de nuevo, a demostrar de nuevo lo que todos saben: que Zorlk no es el único heredero, el único que será capaz de eso: pensar con el cuerpo.

En ese momento, se escuchó un clamor. Dejé caer mis binoculares, no lo vi enseguida; entonces fue como un relámpago: un objeto de luminiscencia cegadora atravesó el cielo, dirigiéndose hacia la torre con un silbido prodigioso, era el boomerang de Austral. Apuntó al helicóptero, pero el boomerang, lanzado con una potencia inusual, rodeó su objetivo y formó un amplio arco detrás de la torre; suspendiendo el tiempo en el techo de la noche. En el cielo, las hojas láser, bajo el giro vertiginoso, cortaron la esperanza más allá de lo visible. Entonces el clamor apareció de nuevo, desde las profundidades, con su luz sólida estaba a punto de regresar hacia Austral cuando, girando mucho más fuerte de lo que había supuesto... se precipitó curvilíneamente hacia la cima de la torre y entró en ella como si fuera aire puro.

Desapareció durante largos segundos, sin que supiéramos si se había quedado atascado o si atravesaría el espesor del plato de lado a lado... – ¡pero de repente estalló a la altura del helicóptero! ¡Cortó el rotor! ¡Y regresó casi como una hoja muerta hacia el tejado del que había partido, apagándose a pocos metros del borde para encontrar la mano de su lanzador! El helicóptero se paralizó y se estrelló contra la plaza como una tumba de acero. La alta figura de Austral, de pie sobre su tejado, estalló de alegría. Fue tan corto como el recorrido de una bala. Colocado demasiado cerca del borde, cayó al vacío. Su mano estaba apretada en la curvatura de su boomerang cuando lo encontraron. Cayó en la noche, ochenta metros... Al final de su caída, hubo un fugaz relámpago en su mano, la llama de una V que centelleó allí, tal vez por la velocidad, tal vez no. No sé si lo vio. Pero sé que él lo experimentó. Hasta el final.

Slift sólo tuvo tiempo de pasar el saliente y volver a entrar en la sala de control: apareció un tercer helicóptero, más rápido que los anteriores. En su plataforma exterior había dos francotiradores armados con un cilindro cuyo modelo me era completamente desconocido. Creo que era un prototipo...

[Slift] – Sala de control

¡Serkl, saca tu plato volador! ¡Lánzalo a las aspas!
¡¡Equilíbrate!!

Supongo que me escuchó gritar, Serkl, ya que su pizza al microondas con salsa láser de repente salió volando tres veces seguidas hacia el helicóptero. Serkl no se ha olvidado de equilibrarse y apuesto lo que queda de mis bolas a que los corta en dos, a que entonces uno de los dos soportes de cilindros engancha una pieza extraña en el prototipo. Un ruido parecido a un muro de sonido atronó mis oídos. El tipo, te lo juro, no apuntó, ¡no tuvo tiempo! El segundo disparo me explota los tímpanos: es para Serkl. Está cocido. Ya no hay razón para que te pudras aquí, Serpiente. ¡Tenemos que calmarnos!

Saco la cuerda. Coloco el hiperimán en la pistola. Envuelvo el otro extremo alrededor del pilar. Vuelvo a la ventana. Apunto a la estructura de acero justo debajo del techo del edificio donde bombardearon a Serkl. Suena como un cable azotando el aire. Más agudo que eso. Cuelgo mi arnés de la cuerda. Finalmente, me enrolló un trozo de cuerda cargado con un bloque, que aprieto hasta morir en mi mano.

[Kamio]

Las brigadas comenzaron a forzar la entrada a los edificios. Los últimos combatientes de la resistencia están siendo derribados, tanto en cielo como en tierra. Me temo que inspeccionarán nuestro edificio. Debemos huir. Boule todavía quiere quedarse.

– Captp no ha salido. ¡No podemos dejarlo!

– ¿Qué tenemos que hacer?

Ella me mira como si fuera la basura más hedionda. Entonces la lucidez la recupera. Un electroshock:

– Debemos huir, tienes razón.

Antes de huir, miro por última vez el puente, por última vez la sala de control... Esta fue mi última visión, la más fuerte de todas: Slift tendió un cable de cien metros entre la torre y el edificio de Serkl. Salió disparado de la sala de control y gracias a la inclinación del cable rápidamente obtuvo suficiente aceleración. El helicóptero se había estabilizado muy cerca del cable y no lo vieron venir. Apareciendo a la derecha del tirador, Slift lo arrebató de su plataforma con un lanzamiento de cuerda. El policía cayó al vacío mientras Slift, a quien una bola de fuego tardía nunca alcanzaría, alcanzaba una velocidad increíble. Su mosquetón volaba con chispas. Al llegar a pocos metros de la fachada donde iba a estrellarse, se desabrochó la correa y, cayendo

justo como necesitaba, acabó como una bomba en la ventana del último piso del edificio donde tenía que hacer todo el descenso hasta el sótano, para escapar a través de la red hasta el escondite del anti-rad, Podía imaginarlo rodando por la habitación y levantándose, ¡vivo!

[Captp] – Puente de la Torre

“¡Note nuevas, estás rodeado!” El clamor... el clamor que me sobresaltó antes... Su voz era de él... Él. Tengo una última convulsión feroz. Bestial. Mi cuerpo lucha, grita, de repente se separa de los rastreadores. ¡Soy libre!... ¡Rumf! Cuello... ¡Rââ! Estómago partido en dos por un codo... Me desplomo, falta de aire, espasmos... Me llevan por la plaza cubierta de policías y basura, el coche, sin aliento, el sudor caliente empapando mi camisa. Me encuentro en una limusina blindada, cuatro guardaespaldas, robots oscuros, delante y detrás, a mi lado, cuatro paredes. Reconozco en la niebla la carretera de circunvalación central... el bucle que inicia el círculo del poder y –el gorila menos tosco lo habría adivinado fácilmente– la entrada al cubo del gobierno.

No puedo darme cuenta. El acontecimiento es más vívido... demasiado vívido para mi conciencia. Cogido. Estoy detenido. Atrapado como una rata. Me repito las palabras,

violentamente como un puñetazo, haciendo girar la R como el cañón de un viejo revolver y aprieto el gatillo: i –una i compacta, corta e impactante como una bala. Prrri. Corte limpio. Derribado en el aire. No pienses, no intentes darte cuenta de lo que implica. Slift, Slift la Serpiente... Kamio y su bello humanismo, Boule, mi Bola de Gato... Las noches colándose en el punto ciego de las cámaras, todos esos intentos, toda esa doble vida jugada en el filo de la navaja, la amo en este momento más que nunca y daría hasta la última gota de mi sangre por poder revivirla entera, tal cual, una vez, sólo una vez... Boule, Brihx... Olvídalo. Envuelve esta vida en un paño blanco. Fue Kohtp quien bloqueó mi ascensor y cerró las dos puertas blindadas del quinto piso de la torre. Quien selló mi bóveda. Kohtp. No pudimos vigilarlo. Rastrearlo. No sabemos cómo. Y la torre no explotó, ¿verdad? No explotó. ¿A dónde me llevan exactamente? Van muy rápido. La limusina pasa por tres esclusas heladas y termina en un ascensor de cristal. Debemos estar bajo el cubo del gobierno, creo. El ascensor atraviesa varias plantas translúcidas antes de detenerse en la planta P.

XIII. EDCBA

– Aquí estamos, señor Captp, todo está correcto.

> El ascensor se cerró delicadamente a mis espaldas.

– Alfombra roja y mármol gris, ¿por qué me honran tanto?

Pregunté, simulando afectación.

Ninguno de los cuatro guardias de seguridad detrás de mí pensó que fuera necesario abusar de su saliva. Al final del pasillo, azul real sobre una puerta de acero, pude leer la respuesta: P. Y como si la letra hubiera afirmado al hombre, la P se dislocó en un conjunto de paneles para dejar a un hombre, solo, destacándose en el umbral. El privilegio de hablar del ministro debió estar reservado para mí, ya que sólo se dignó hablar después de haber detectado una señal

de que los guardias se marchaban. El hombre era delgado y seco, de rostro puntiagudo y ojos opacos. Desprendía una acidez contenida y domesticada. Con unas pocas palabras, su voz seca cortó el aire amortiguado por la comodidad del pasillo.

– Captp, bienvenido.

– Llámeme Capitán y quédese con la p: es su única riqueza¹.

– Pase, amigo mío.

> El revolucionario entró a mi oficina con el cuello doblado y la mirada malvada, en esa actitud enjaulada muy común entre los delincuentes atrapados. Con la puerta cerrada, se aseguró de que no hubiera guardias, miró alrededor de la habitación, buscando la abertura... ¡Las ventanas! En un solo movimiento realizó un salto y un estúpido giro en U que le habría permitido, si la ventana hubiera sido otra cosa que una pared camuflada, atravesar el cristal aferrándose a la cornisa exterior, para luego escapar por la ventana, agarrar un volador, llegar al techo, ¿qué sé yo lo que encontraría?... Pero su espalda encontró la pared y las luces empotradas. Parecía conmocionado, pero se levantó de un salto, agarró

1 Si no menciona la última p, dice Capt, que significa capitán, que es el apodo del protagonista. [N. d. t.]

una silla y la estrelló contra la segunda “ventana”. La bestia olió su jaula. Y el circo continuó. En la puerta trasera había dos sillas y un escritorio. Sin más éxito, evidentemente. Todavía no había notado nada... Entonces, finalmente, con cansancio...

–¿Que es ese ruido?

Yo sonreí:

– El láser. Está a tus espaldas.

Se dio la vuelta rápidamente. Todavía no lo vio. Se guió por el sonido, el crujido.

– ¡En el pecho!

Se puso pálido y buscó refugio detrás del escritorio. Ridículo...

–En tu cuello ahora.

Estaba temblando. Se sobresaltó; el rayo ahora estaba entre sus ojos. Miró ansiosamente al techo. Entonces dije plácidamente:

Ocho cañones con láser apuntando y disparando. Objetivo humano configurable, seguimiento instantáneo del movimiento, guía térmica, obviamente... Tu mano izquierda, por ejemplo...

No me creyó del todo. Volvió a moverse, círculos, ondulaciones, movimientos relámpagos... La mancha azul se pegó a su mano. El espejo, ¿estaba pensando en el espejo? Una buena prueba, el espejo... Ningún delincuente que se precie puede creer que es reflexivo... desde Zorlk. Zorlk y su hebilla de cinturón, se convirtió en un caso de libro de texto para cualquier guardaespaldas: genio y una compostura poco común para lograr lo que hizo. Captp miró alrededor de la habitación: el espejo, el cristal de los ceniceros, la mampara de la Terminal, todo lo que habíamos limpiado desde Zorlk. El cortador de papel también.

– Me temo que no estoy tratando con el profesor caballeresco que la intelectualidad elogia en las conferencias. Siéntese, Sr. Captp. Voy a presentarle a Ksa, quien le hará algunas preguntas.

Cuando Ksa entró, Captp accedió a sentarse, con los nervios de punta. Se sentó al teclado, cruzó elegantemente sus delgadas piernas y comenzó:

- ¿Puedes decirme tu edad?
- ¿No está en el expediente?
- Sí. Pero esto es una declaración.
- Me he pasado la vida deponiendo.

Estaba a punto de levantarse, pero Ksa lo domó con su voz delicada:

– ¿De verdad lo crees? Todo eso queda muy lejos de aquí. Escuche en su lugar...

> Ella leyó. Apenas había iniciado lo que llamaban la red relacional cuando me quedé en silencio: sabían todo de mí, o casi: quiénes eran mis amigos, hasta qué punto y desde cuándo; qué días los conocí; por qué motivos; cómo y dónde; si pertenecían o no a la Volte; lo que hacía con mis tardes; el porcentaje de noches que pasé durmiendo y con quién (también en porcentaje...), mi marca de jabón favorita y el número de jabones que utilicé durante el año –la mitad que un ciudadano normal– que se me atascó el filtro tras una buena *ducha* porque se me estaba cayendo el pelo, iba a la peluquería cada veinticuatro días, me encantaba el rad-rock y caminar solo por la anti-rad al anochecer, que cada verano reaparecía micosis en la planta de mis pies, pero que desde hace dos años no tenía nada, que leía libros pequeños, a menudo en voz alta, siempre los mismos, y que el último extracto que había leído, el 12 de mayo, contenía veintisiete páginas, me llevó 42 minutos 08 segundos y terminaba con las palabras “...establecido por la recurrencia de las normas”.

– Todos los archivos que guardáis también están... ¿completos?

– Depende.

– ¿HVIU por ejemplo?

Ella tamborileó. Conocía bastante bien a HVIU, era un amigo de la infancia, confinado, pero al que no veía desde hacía 4 años.

– Hviu, 31 años, casado el 07/05/2082, niño de tres años – turbulento, claustrofóbico, marcado por Edipo... caminaba a los 12 meses, hablaba a los 16. Red relacional por amistad decreciente: Yrdg, Klsue, Pagqs, Hdof, Afsel...

– Está bien... ¿Ksa?

Ella no se movió y fingió leer su propio expediente... La interrumpí:

–¿PAG?

Ella lo miró interrogativamente.

– Yo también estoy ahí, señor Captp. Los alfabetizados están sujetos a los mismos deberes democráticos que cualquier ciudadano. Yo añadiría que están tanto más sujetos a ello cuanto que su función lo exige. ¿Cómo podemos garantizar condiciones saludables de elegibilidad

si los ciudadanos no tienen total transparencia sobre la personalidad de quien está llamado a representarlos?

– ¿Puede un simple ciudadano consultar su expediente?
Dije acercándome a la pantalla.

Su respuesta fue fría:

–Un *verdadero* ciudadano puede. ¿Pero eres todavía de esta ciudad?

– Ksa, ¿podrías leerme el expediente de P, por favor?, bromeé.

P me empujó violentamente hacia mi asiento.

–¡Ksa! Comience el testimonio, por favor. Saltarse el estado civil, el entramado relacional, el comportamiento en el trabajo y las variables de adaptación al entorno. Vaya directo a lo emocional.

Intensificó el láser.

– Señor Captp, antes de comenzar la ley me obliga a precisar que la información que ahora le vamos a solicitar está destinada únicamente al uso interno del Servicio de Control Interno y Seguridad. En ningún caso se harán públicos, salvo, en los casos previstos por la ley a petición expresa del Ministro de Justicia.

-¡Ah! ¡Ah!

> El láser empezó a zumbear en mi frente. Estaba enfermo.

- Su currículum sentimental señala once mujeres, con duraciones respectivas de un año, tres semanas, seis días, cuatro meses, un mes, cinco años y medio, siete meses, quince días, un día, un día, cuatro meses y tres días. ¿Lo confirma?

- No.

- ¿Desea corregirlo?

- No.

- ¿Lo confirmo, Sr. Ministro?

-Espera un poco.

[P] Me senté frente a él. Se reiría menos.

> Se sentó frente a mí con la confianza de un policía. Esperé su pregunta. Llegó exactamente como esperaba:

– Háblame de “Boule de Chat”...

Dejé deliberadamente un momento, tiempo para simular esta vergüenza que él esperaba... Su rostro seco se transformó en una leve sonrisa –llegó temprano, pero tenía la respuesta que le haría un nudo en la polla:

– ¿Kohtp no se lo contó?

Ksa lo miró. El rostro del político luchó durante unos segundos por mantener la compostura, que de repente se quebró como un trozo de yeso. Pero el muro resistió. Y sonó la voz:

– Sólo planteó, ya ve usted, hipótesis, hipótesis que nos gustaría confirmar. Parece que tu encantador amigo te ha jugado algunas bromas... Y tenemos, para respaldar nuestras indiscretas acusaciones, algunas pistas convincentes. Mejor escucha: el 17 de abril a las 19:30, fue, muy bien vestida, a casa de un amigo, un tal Gfmqa...

Lo dejé hablar, apenas lo escuché. Sabía lo que iba a decir, cómo lo iba a decir y por qué lo iba a decir. En rigor, no era nuestra vida amorosa lo que le interesaba; probablemente ya la conocía perfectamente, con todas mis llamadas telefónicas, todas mis cartas en un solo archivo. Y no sólo eso, sino las películas, cientos de horas de película sobre mi

vida, que sin duda nadie había tenido todavía el coraje –o el tiempo– de ver, pero que podían, en cada momento de estos últimos meses, dar testimonio. ¿Testificar sobre qué? De la forma en que llevaba la Volte, de dar mis lecciones, de orinar, de limpiarme el trasero, de dictarle a mi terminal, de gemir cuando hacía el amor... todo y cualquier cosa.

Ante esto, sólo hubo una respuesta, instintiva para mí: dar un paso atrás por reflejo, retroceder, distanciarme. Congelando la emoción al concepto de no llorar, de no sufrir.

Lo que importaba para este policía no era tanto el conocimiento, sino garantizar que pudiéramos *saber*, que, potencialmente, la vida de cualquier individuo, desde A hasta Qzaac, pudiera ser objeto de un conocimiento exhaustivo y perfecto. Oh, naturalmente no era un conocimiento intrínseco, íntimo, que buscaría en los cráneos para extraer lo insólito, o alguna idea incongruente que quedaría allí enquistada, no... No íbamos a perdernos en los detalles. Ya ni siquiera teníamos esta última cortesía de los grandes regímenes inquisitoriales, que, pacientemente, con inexorable meticulosidad, volvían a la raíz del mal, buscaban y buscaban... sí... buscaban curar, purificarte del mal que te corroía. Todo esto es inútil en una democracia, demasiado caro. Habíamos estudiado: demasiado caro... *El día 23, una cámara se alineó al final de un concierto... ¿Qué podría ser más real que una imagen? ¿Qué puede ser más objetivo que una mirada de vídeo, que un ojo electrónico que espía en un frasco de vacío y que no teme el aire viciado del tumulto?...*

y va a encontrar a Gfmqa en el café... Continuó sin cansarse, sin intentar resumir ni circunscribir, amparado como estaba detrás del marco inalterable de los hechos. Los hechos... Terminé preguntándome si el futuro de esta democracia no residía enteramente en el proyecto de una inmensa videoteca donde se archivara cuidadosamente la película completa de las vidas de todos los ciudadanos, uno por uno –desde el nacimiento, grabado desde el momento en que la cabeza del bebé sale a través de una cámara del hospital hasta el entierro, confiado al camarógrafo del director de la funeraria... *el 25 de abril, "Boule de Chat" le llamó por teléfono para...* Ni siquiera importaría que nadie mirase nunca estos registros. Estaban allí, eso es todo. Existieron. Y todo quedaba grabado allí. Muy finamente. Para siempre... *El 8 de junio, según nuestra cámara, ella se te unió muy cansada...* Y eso fue suficiente. Un sueño persigue a estas personas: una luz, una luz que coloca a cada ser en un régimen de visibilidad total... *La noche del 9, Kohtp la acompaña, sujetándola por la cintura...* y una pesadilla: el punto ciego. Todo lo que había que hacer era mirar estos registros: toda una tecnología de lo visible, tan estrechamente acoplada a la de la muerte que ver era matar. Todavía necesitabas una voz humana para dictarlo o un ojo detrás de la cámara... P finalmente completó su lista "concluyente".

– ¿Tiene alguna aclaración, corrección o comentario que hacer a lo que acabo de enumerar?

Me quedé en silencio.

– ¿Tu vida amorosa no te interesa?

– ¿A quién le interesaría de esta forma? Fechas, acciones, duraciones... ¿Qué tiene esto que ver con la vida?

– Todo esto ha sido verificado.

– Sí. Comprobado. ¿Y sus conclusiones son entonces? Qué opina? ¿Qué ella me está engañando?

– Saca tus conclusiones por ti mismo. No tengo que juzgar.

– ¿No hay que “juzgar”?

– Ese no es mi papel, CAPTP.

– ¿Y cuál es tu papel entonces, P? ¿Te masturbas mirando mi esposa?

– ¡Te aconsejo que te moderes! ¡Estás aquí para responder por tus crímenes! ¡No para presumir!

– Exijo un abogado.

– ¿Un abogado? ¡Ah! ¡Ah! ¡Un abogado! ¡El criptofascista exige derechos democráticos! ¿Tan estúpido eres?

> Captp me miró atónito. Me puse de pie detrás de él y le susurré, casi en un murmullo: “¿Crees que proporcionamos abogados a... *terroristas*?”

– ¿A los terroristas?

– Escuchaste bien.

Me siento cómodamente. Entendió lo que eso significaba.

– ¿Terrorista en calidad de qué? El gobierno no ha sido...

– Como asesino. ¡Responsable de la muerte de dos empleados y un guardia de seguridad en el ejercicio de sus funciones!

Intensifiqué el láser para inmovilizarlo en su asiento. Le dolía la cabeza...

– ¡Usted miente! Lo único que hice fue paralizarlos. ¡Yo no maté a nadie!

“Te creo, te creo”, dije paternalmente, “pero aquí lo tienes... mis palabras tienen poco peso frente a las imágenes.

– ¿Qué imágenes?

– Déjame terminar. Justo antes de su llegada, un agente de la torre vino a traerme la grabación de las cámaras de vigilancia... Usted sabe que durante dos meses, una grabación así, siempre que esté certificada por los expertos de la comisión Nortex, vale la pena como prueba, ¿verdad? Y ésta es, por decir lo menos... abrumadora.

Encendí la pantalla de la pared. Debió haber adivinado lo que le esperaba porque sonrió débilmente en la oscuridad. Ligeramente sucio, a veces granulado, el vídeo era, en su género tan particular, una pequeña obra maestra del montaje. Todo era falso, por supuesto, aunque tales falsedades creíbles, sin el reciente reclutamiento de un generador de imágenes de la rad-zone, no habríamos sido capaces de producirlas. Casi nada en los cinco minutos de película parecía escenificado: las entradas y salidas incoherentes, los planos distorsionados, la fijeza desesperante de la cámara... todo ello constituía una realidad que gritaba *verdad*. Luego, dos veces, el toque del artista: los gritos en off de los empleados, con sonido de disparos; y por supuesto la defenestración del guardia de seguridad, sobrio hasta el susto, que obligaría a condenar al más obtuso padre de familia. Por último, la cabeza de Captp, en primer plano, y su gesto, antidemocrático por excelencia, de derribar la cámara de un disparo. ¿Para cubrir su crimen? ¿Por provocación? A decir verdad, al espectador no le importa. La pantalla negra, de repente, salvajemente, se volvió en sí misma insoportable, vil.

Corté la pantalla y recurrí a Captp. Estaba casi vibrando por el impacto.

– ¿Qué opina?

– Excelente trabajo. Excepto quizás el final.

– ¿Sí?

– Si hubiera hecho eso, habría disparado a la cámara *primero*.

– No la viste, en el calor del momento...

– Es verdad. Buen trabajo, de verdad.

El capitán asintió mecánicamente en estado de shock. Pareció pensar por unos momentos, experimentó una fuerte caída en la presión arterial, luego se recuperó. Comentó:

– Mañana el vídeo estará en todos los canales. Mañana, mediodía y noche: defenestraciones hasta vomitar. Dos días después, una gran manifestación, que usted evidentemente no reprimirá, exigirá el restablecimiento de la pena de muerte. La idea ha estado en juego durante años; buscaba una culpa: su “crimen” (tenía una manera extraordinaria de poner sus comillas orales) inclinará la balanza...

– En una semana, la asamblea se reunirá con la pena capital en el orden del día. En dos semanas se votará el

proyecto de su reinstauración por delitos terroristas. Se anunciará un referéndum para ratificarlo.

– Un mes después, la gente escribirá “sí” en su control remoto...

– Me está quitando las palabras de la boca, señor Captp.

Admiré su calma. Había proyectado su futuro sin temblar, con lucidez, como una fría evidencia que se aplicaría a otra persona. Lógica. Una lógica que ninguna pasión parasitaria perturbaba. Ahora tenía que ir al grano:

– En uno de sus folletos aparece esta frase: “Ningún destino es inevitable...”

– “Ningún destino es inevitable, el árbol de las posibilidades nos hace sangre en las muñecas”.

– Sí. Este vídeo, ¿no?, es nuestra única prueba. ¿Quién nos obliga a ofrecerlo a los medios? Somos dueños de nuestras acciones. Tomémonos el tiempo para sopesar los pros y los contras, el tiempo para reflexionar... (Hice una pausa deliberadamente) A, ya sabes, nunca ha sido partidario del Cubo; lo aceptará, naturalmente, si la opinión lo exige, pero quería darte una oportunidad, la posibilidad de un futuro mucho más brillante que tu, digamos... el subsuelo que se arrastra dentro de la Volte. Usted es consciente de que a E no le va bien en las encuestas. Su última reforma se apresuró a desperdiciar el lento capital de confianza que su actitud de

esperar y ver qué había logrado acumular. Entonces estoy pensando en reemplazarlo. Usted conoce bien la universidad, es un profesor reconocido e incluso apreciado... Creo que la cartera de Ministro de Educación y Cultura le vendría de maravilla.

Observé su respuesta con mis ojos. Él hizo una sonrisa ambigua.

– He aquí una idea. Necesitamos discutirlo. ¿Qué plazo?

– ¿Fecha límite para la reflexión?

– Dos horas. Esto es lo máximo que podemos permitirnos con los medios de comunicación. ¿Sin objeciones? Advertiré al Presidente que usted se acercará.

Llamé a cuatro guardaespaldas para que lo escoltaran. Un fino sudor le cubrió la frente. Apestaba. Él se iba a rendir, el puro... Se iba a rendir –como los demás.

> Vacío, me sentí, vacío. Con al mismo tiempo una vibración desde dentro, un cable en tensión que me mantenía con vida. Ahora tenía una tarjeta en la mano. Nada más que viento, pero sí mucho con qué jugar. Una elección, incluso atrapada, seguía siendo una elección, un tragaluz

hacia los tejados. Un guardia presionó A. Subimos las escaleras. Simbolismo ligeramente primario de jerarquía: Z en la planta baja, A en la planta superior.

– Primera puerta a la derecha.

Me dejaron. El piso de arriba estaba en completo silencio. Ningún guardia a la vista, ningún arma... Sería demasiado hermoso si... no lo hubiera visto... Sin embargo, en la oscuridad... Comenzó desde el fondo, un espejo unidireccional... Un rayo fino, de color verde brillante... Hice algunos movimientos... Lentamente... Fue indexado a mi corazón... Sombrío. Empujé la pesada hoja doble que me habían mostrado. Apenas se oyó un chirrido ahogado en el aceite. La oscuridad, como reforzada por el silencio.

> Lo vi entrar con pasos suaves. Hay pasos cortos y estrechos que cansan a las mejores alfombras y a las mentes fuertes. Los hay largos y amplios donde los músculos se contraen y se despliegan en un hermoso susurro de tela, otros apresurados y temblorosos que denotan alguna locura oculta o algún engaño del que debemos tener cuidado... Captp avanzaba muy lentamente... Su pie era preciso, deslizándose por el suelo, casi abrazándolo, de modo que parecía querer pegarse a él continuamente: un terrícola,

concluí un poco prematuramente. Porque más allá de la línea de la pelvis dominaba la impresión estrictamente opuesta, con los brazos como suspendidos y un tronco tan tonificado que todo el cuerpo parecía aspirar a elevarse. Una disyunción sorprendente que debió marcar al hombre.

> La habitación en la que entré debía su débil claridad sólo a los círculos de luz que cubrían el horizonte. Me acerqué a la bahía para admirar la perspectiva del Cubo y el juego de las naves en un cielo sin Saturno. Dos horas... Tenía que ganarlas, minuto a minuto, hacerlas durar... No se atreverían a dar el montaje a los medios... No se atreverían si yo postergaba hábilmente... Mientras los demás lo hayan logrado, siempre que... En este caso, no todo está arruinado...

– Cerclon I a sus pies, como una alfombra de estrellas... Hermosa impresión de poder, ¿no es así? El poder, con su gusto por las vistas profundas...

La voz había venido detrás de mí, al mismo tiempo que la luz del candelabro que lastimaba mis ojos.

– Señor Captp, me alegra que su entusiasmo haya dado paso a perspectivas más razonables y que haya aceptado discutir mi propuesta. Disculpe mi pequeña puesta en

escena: es raro que me permita semejante broma, pero ¿qué quiere usted? Usted mismo es un ser raro, un aventurero que opera en las sombras, y no quise imponerle inmediatamente mi juego de luces. Tome asiento, por favor.

> Captp se sentó, con tranquilizadora docilidad, en el sofá.

– ¿P le mencionó mi propuesta?

– Sí.

> Estaba esperando que continuara. Silencio.

– ¿Y, que piensa?

Siguió la respuesta en mi cara con una intensidad casi inmodesta.

– ¿La idea surgió de Vd.?

–Hasta cierto punto, sí. Siempre he sido, no es ningún secreto para la prensa, hostil a la pena capital. Ningún hombre merece semejante castigo, y menos aún un intelectual de su talla, cualesquiera que sean sus actividades antidemocráticas.

> Antidemocrático... El terrorismo me quemaba la lengua, pero a sus ojos habría sido respaldar la campaña, un poco cruda para mi gusto, que estaba llevando a cabo el gobierno y que pretendía hacer creer a los ciudadanos que la Volte, bajo la trampa de una lucha loable enmascaraban el fomento de una futura dictadura. Varias operaciones tendentes a desacreditar al gobierno, insolentes maniobras mediáticas, una dolorosa guerra de guerrillas que frustraba el funcionamiento de las instituciones y, sobre todo, la creciente simpatía hacia el movimiento entre un segmento importante de la población (más del 11% en la última encuesta del Ministerio, habían decidido que el ex-P intentara desmantelar la red. Por iniciativa propia, decidió poner a Captp bajo control remoto, basándose en una configuración sencilla de la mano izquierda. Ciertamente, como teórico del poder, se podría sospechar que mantenía relaciones con la Volte. De ahí a ser el líder...

– Por lo tanto, apoyé incondicionalmente la operación imaginada por P, más por solidaridad gubernamental y para proteger la democracia que por convicción personal real. Sin embargo, había puesto una condición: que pudieras tomar la posición de E si quisieras.

> A mentía, y algo impalpable en su honor casi se lo reprochaba, hasta el punto de que habló un paso por debajo de su potencial poder de persuasión, ligeramente retirado, a distancia de sí mismo, como para no ensuciarse demasiado. Al mismo tiempo, sin embargo, surgieron en él los restos de unas costumbres indudablemente contraídas desde hacía mucho tiempo y que le aseguraban una capacidad de autoconvicción tal que cualquier discurso, aunque le repugnara la hipocresía, adquiriría, a lo largo de sus frases, un tono veraz.

– Es una posición expuesta que requiere grandes cualidades políticas, un conocimiento profundo del aparato universitario y, por supuesto, fibra de artista para la gestión cultural de la ciudad.

“Gestión cultural”. La mezcla impura y lo impuro lado a lado. Gestión... cultural: sonaba a “fascismo humanista” o “guerra apacible”.

–Has demostrado tu capacidad de liderazgo conduciendo la Volte como lo hiciste, con fuerza y rigor, Sta nos habló mucho de ello...

–¿Sta?

– Sí, Kohtp, disculpe, acabo de rubricar su actualización. Tiene un carisma enorme, es excepcionalmente joven para la cartera: sin duda se beneficiará de una importante

promoción mediática para su nombramiento. Un *capital de simpatía*, como dicen nuestros expertos en comunicación, que deberíamos procurar reforzar, capitalizar *si* se me permite decirlo.

> Me acerqué al atenuador para rebajar la luz. Me observó hacerlo, sonriendo.

– ¿Qué me pasa si rechazo la oferta?

–¿Quizás podamos discutir esa posibilidad un poco más tarde? Concentrémonos, si lo desea, en mi propuesta.

– ¿Cuál será mi margen de maniobra?

– La de todos los E: la que permiten los docentes y la administración, los padres, los sindicatos, los estudiantes y la opinión pública...

–¿Y el Presidente?

– Sí, además de B y C y todos los 1-alfabetizados del equipo de gobierno.

– Ninguno en realidad.

– No seas tan categórico. Ese margen existe, aunque sea difícil de identificar y gestionar. Y eres libre de ampliarlo. ¿No es ésa precisamente la característica de los grandes ministros?

– ¿Cree que una persona marginal puede contentarse con un margen? Me ofrece uno de los puestos políticos más importantes y me ofrece un corredor para reinar allí.

– Sólo gobernamos bien, ya lo aprenderás, en los pasillos.

– Uno solo gobierna con las manos libres y la frente al viento. Te lo digo: acepto la cartera, acepto convertirme en E, pero con una condición expresa.

– ¿Cuál?

– Que esa E sea mayúscula: que tenga verdadero poder, total y sin límite, que nada lo detenga, que nada lo limite ni subordine; que pueda decidir y dirigir como quiera, sin concesiones ni compromisos, ¡como debería ser el caso de cualquier ministro digno de ese nombre!

– ¡Ah! ¡Ah! Hablas como un viejo monarca: poder total, sin límites... pero ¿en qué crees? ¿Que el poder está aquí, en este cubo, concentrado y compilado en veintiséis pisos?

> Estaba caminando, el gran presidente... Picado, listo para hablar. Se acercó imperceptiblemente a la ventana, con la mirada vacía.

– Yo también lo pensaba a tu edad. Miré este cubo, con sus fascinantes paredes negras y me dije: allá arriba está el hombre que no recibe órdenes: A. Obedecer... obedecer a un supuesto superior siempre me ha resultado *insoportable*. Nunca intenté deleitarme con la creciente masa de subordinados que mis ascensos necesariamente me asignaron. Conceder peticiones no me interesó, nunca me interesó. Nunca quise tener el poder para hacer eso.

Ahora parecía hablar por sí mismo. Quizás lo hizo a veces en este salón, cuando sus máscaras se deslizaban con la noche.

– En mi mente, A, no era el Hombre de Poder, era precisamente todo lo contrario: el hombre libre de todo poder, el hombre liberado. Por fin dominaba mi dibujo... Era loco o estúpido, estúpido como sólo pueden serlo aquellos que están obsesionados con una idea. A los 64 años fui elegido A: “consagración suprema”, ¿lo cree? Ah, estaba ebrio de orgullo, me repetía una y otra vez: *has tocado la cima del cristal social, no tienes nada por encima de ti excepto el cosmos...* Pero después de un mes, entendí: ya no tenía un superior, no, sino millones. Exactamente siete millones de pequeños jefes, ante los cuales vacilar y

aplanarme, hacer compromiso tras compromiso, bajo pena de despido inmediato...

> ¡No has terminado, Serpiente, no has terminado, te lo digo! Si todavía sabes contar con tu mano, estás a cuatro bifurcaciones, nada menos, de un pozo de ox... Contracorriente con la mezcla a -8°C que echan en este tubo para ratas criogénicas, seguro que no podrán captar gran parte de tu rastro térmico, a treinta metros bajo el asfalto, a menos que dejes caer en el agujero una maldita cámara que te vigilará por toda la red con su comadreja más rápido que si tuviera ronroneo en el culo.

Cuando vi el charco del traje al pie de la torre de televisión, sospeché que salir de su red no iba a ser fácil, pero fue más que eso... ¡Fue duro! Sobre todo porque ver a uno de sus amigos tirarse del helicóptero y hacer una boloñesa en la explanada, hizo que a los demás se les torciera un poco la nariz... Cuando golpeé la cristalera del apartamento, al final del cable, no muy tímidamente, con el casco acelerado a 3 g, la bahía explotó y reboté como una piedra sobre dos habitaciones antes de terminar en un sofá. Había una pareja gorjeando, que estaban allí entronizados, que estaban

aterrizando en la luna, me levanté. ¡Los eché a las escaleras! “Vayan y díganle a mis compañeros de abajo”, ¡les grité! “¡Hay alguien en el tejado que quiere volarlo todo!” ¡Con el casco Optir en la cara, no parpadearon y salieron corriendo, generando el rastro térmico que necesitaba para atrapar los sensores de los helicópteros! Me metí directamente en la ducha, puse el agua a 10°C, y me quedé allí hasta que mi temperatura bajó a la temperatura ambiente, sólo para conseguir un rastro que no fuera demasiado fácil de detectar en el espectro. Luego volví a cruzar el apartamento, frente a la Torre, para encontrarme, como había planeado, frente al bulevar Kerr, justo en el eje, perfecto para la huida en zig-zag. Así que cogí mi segunda cuerda, rompí la ventana de un pelotazo, aseguré el cable y armé el arpón magnético. Cuando salté, enganchado al cable, había sesenta metros de gas, furgonetas de la variedad azul noche y un ruido de motores que reconocí enseguida: los planeadores trucados, mis caballeros, los que aún no estaban paralelos al asfalto, los que estaban pateando culos de verdad, los que estaban allí escupiendo como siempre habían hecho, para cubrirme. Mis compañeros. ¡Mis verdaderos compañeros! ¡Los últimos!

– No sabía que el Jefe de Estado tuviera miedo de sus empleadores. ¿Has leído las cláusulas del contrato, el llamado contrato social? (Apreció moderadamente mi insolencia, que no tenía otro objetivo que reanimarlo, pero

sentí que estaba dispuesto a continuar). Seamos serios: ¿Quién manda, quién tiene el poder, sino tú?

–¿Quién lo tiene? El poder no se puede retener, lo sabes muy bien, amigo mío, todos tus intentos lo confirman.

Claramente buscaba acentos paternales, no encontraba su registro y, en este tema del poder, a veces me daba la impresión de imitar mis intentos de domesticarme mejor.

– El poder no es una sustancia o un fluido mágico que el Presidente, una clase o un aparato estatal poseería por sí solo, como una cosa. Nadie puede decir realmente qué es el poder en una democracia porque el poder es esencialmente... múltiple... difuso, se ejerce antes de ser poseído... Pero sólo se ejerce en relaciones complejas y entrelazadas, dentro de una madeja de líneas que se cruzan o unen estrechamente: medios de comunicación, religiones... sindicatos, grupos de presión... personas... incluso el presidente... Si buscas Poder, nunca lo encontrarás, porque está en todas partes.

– En todas partes, sí, con densidades y concentraciones tan variables que es posible identificar masas oscuras, polos de condensación donde gravita la dominación, grumos. El cubo en el que estamos tiene precisamente esa masa, ¿verdad?

– ¿El cubo? ¿Sabes por qué es el único edificio no transparente de Cerclon? Para que no veamos que está

vacío. Los políticos hoy sólo tienen un papel verdaderamente serio que desempeñar: ocultar que son inútiles, que la política está muerta porque ya no es el lugar del poder. Y no creas que es un papel fácil de desempeñar. Es un trabajo real, difícil y exigente, simular dominar procesos que se nos escapan casi por completo. A algunas personas les entristece ver que las funciones políticas están monopolizadas por actores. Al contrario, deberíamos alegrarnos de ello: es una oportunidad de sostenibilidad para la profesión, una cláusula de supervivencia. No, el cubo no nos esconde, señor Captp, los verdaderos poderes están en otra parte.

– ¿Más o menos?

–¿Por qué quisiste destruir la torre de televisión? –
Responde a mi pregunta. ¿Por qué quisiste destruir esa torre?

– Por la bandera negra.

–¿Perdón?

– Para hacerla flotar en todos los televisores, en todas partes.

- No respondiste mi pregunta.

– Estoy de acuerdo con eso.

- Entonces acérquese a este ventanal, señor Captp, y mire. ¿Que ve?

- Siete millones de cuerpos dormidos.

- ¿Sabes qué hizo posible esta ciudad? ¿Qué permitió que estos edificios y torres se mantuvieran sobre un terreno tan duro que nos impedía cavar el más mínimo cimiento? Es un invento anónimo, uno de esos pequeños inventos a los que ningún hombre se enorgullece de prestar su nombre. No es una fórmula ni un objeto, ni siquiera un material que permita fabricar objetos. Es una propiedad: la de mantener juntas piezas de hormigón y unir las sin que se toquen. El *cemento magnético*, como se trata de él, no se encuentra en ningún lugar concreto, siempre está *entre...* Recuerde esta lección: ningún político gestiona a las personas, señor capitán, sino flujos de hormigón. Él corta la masa. La licua o la endurece. La polariza. Más o menos. Luego hace suelos y paredes: estructuras para el desarrollo, espacios pretensados... Él hace su trabajo. Mira esta ciudad: dices que duerme. Creo que aguanta. ¿Antes me preguntaste dónde está el verdadero poder? No lo sé.

- Al menos sabes que hay que tener en cuenta a los medios de comunicación y luego, de vez en cuando, lo que la gente realmente dice y piensa. Finalmente, lo que les permitimos decir en una muestra preestablecida de encuesta y pensar a partir del vómito cultural que les sirves de sopa caliente a su apetito de comprensión.

– Hmm... Estás insistiendo.

– No lo refuerzo, lo deshago: ¿dónde está hoy la educación del pueblo? ¿Qué hicisteis con ella? ¿Queda algo todavía en stock? ¿En qué cosmercado de la zona 5? ¿Tiene nombres, direcciones? Y la escuela, ¿eh? ¿Qué es el colegio en Cerclon? ¿Una antesala del Clastre? Te lo diré: ya no buscáis formar personas, sino hacer *cables* superconductores para vuestra red informática: ¡Llamadlo ciudad, llamadlo sociedad! *La educación continua* es tu primera y última ambición. En la escuela, en la oficina, en las aceras, bajo los auriculares virtuales o frente al televisor: ¡Entrena! ¡manipula siempre! ¡Deforma los cuerpos! ¡Formatea los cerebros como si fueran memorias de estado sólido! ¡Para grabar en ellos vuestros modelos mortuorios y vuestros lemas!

> Su enfado fue algo estimulante y agradable de seguir. En nueve años de reinado, nunca había conocido a un hombre lo suficientemente loco (o lo suficientemente libre) como para permitirse el lujo de atacarme. La oficina presidencial es un capullo aburrido. Nadie corre el riesgo de clavarle un aguijón. Coraje... El coraje para criticar y oponerse, eso es lo que hubiéramos buscado en vano en el cubo. Poco había cambiado en diez siglos... Los aduladores sin duda se habían

vuelto más sutiles, o los déspotas más accesibles... Teníamos que darle a este Captp una oportunidad, había sentido, que darle un poco de libertad... Era, es sorprendente lo vivo que era este hombre en la ira, lo convencido que estaba de lo que decía. Convencido. Me contentaba con ser convincente, era la esencia de mi trabajo, era mi arte... Hacía mucho que había perdido ese grito primario que rompe la voz, esta tensión emocional que surge en medio del discurso y lo hace cierto a pesar de sí mismo... Suavizar y neutralizar el tono para *crear* convicción se había convertido en una segunda naturaleza para mí; ni una segunda: sólo la naturaleza... Quería enfrentarme a este hombre, empujarlo hasta el final de sus ideas, ofrecerle la posibilidad de salvar el pellejo: convencerme a mí mismo, precisamente...

– Esos modelos me parecen más bien obra de los medios de comunicación. Que son independientes de nuestro poder...

– Por supuesto: ¡independientes! Tácitamente, no os preocupáis de los holdings que imponen sus criterios de rentabilidad en la televisión, la radio, los reality shows, los periódicos y las revistas de todo tipo y que suprimen irremediabilmente aquello que, demasiado original o destinado a un público demasiado limitado, no permiten sus objetivos esenciales de economías de escala. Sabéis muy bien por qué dejáis que esto suceda: para poder sobrevivir económicamente hablando, los medios de comunicación se ven obligados a adoptar una estrategia de canalización de

los deseos de sus audiencias, de la que vosotros mismos os beneficiáis para *gobernar*. Pero todo eso sigue siendo nada. Espero con ansias el día en que usted dirija los institutos electorales, en el que no sólo ordene los estudios como ya lo hace, sino que usted mismo dé los resultados que le sean favorables. Allí se cumplirá su democracia “representativa”: Cerclon se gobernará desde las opiniones ficticias de una población ficticia a la que todos se sentirán obligados a obedecer, ¡ya que será la voz de la mayoría! ¿Y quién puede negar los porcentajes? ¿Denunciar la trampa?

–¿Quién puede hoy? Lo interrumpí.

Había roto su hermoso impulso dialéctico y él me miró sin entender realmente.

–Nadie.

– Por eso creamos Sondophage...

– ¿Creado? Que quiere decir...

– Que nuestras encuestas ya son enteramente inventadas. Usted está hablando de un futuro, señor Captp, que ya es nuestro presente. La idea, como se puede imaginar, llevaba mucho tiempo gestándose. Mis predecesores habían hecho varios intentos interesantes: falsificaciones, ajustes estadísticos, infiltración en empresas e incluso una adquisición fallida... de un gran instituto. Todo esto, sin embargo, fue de pequeña escala, conllevaba riesgos de

filtraciones y denuncias públicas, siempre muy costosos políticamente... Entonces, ¿por qué insistir? Bastaba con crear nuestro propio instituto, con una política de precios que atrajera a los clientes de la competencia. Todo ello al amparo del secretismo naturalmente y con un estatuto perfectamente legal de empresa privada. Eso es lo que hicimos. (Se puso literalmente furioso en el acto.) Tengan la seguridad de que tenemos ética: las investigaciones que llevamos a cabo son investigaciones reales. Sólo falsificamos dentro del límite de más o menos un diez por ciento. Lo cual sigue siendo honorable.

– ¡Es monstruoso!

Él era joven. Muy perspicaz, muy inteligente, pero aún joven... No hay duda de que supo discernir con notable agudeza las estrategias que se esconden detrás de nuestras prácticas sociales más inocentes, pero aún así sólo las vio en imagen: grandes dispositivos lisos y puros enfrentados entre sí, chocando y rompiéndose como bloques de hielo. Si bien todas estas rocas estaban tan podridas, tan llenas de impactos y agujeros desgastados que seguían desmoronándose al menor impacto, hasta el punto de que el grueso de cualquier política consistía, según los casos, en limpiar o rellenar los defectos tácticos, y, en el fondo de cada uno, reconocer el deseo que lo había creado... y luego afrontarlo. Pero para ello, un buen político tenía que, bajo la apariencia convencional de una roca, parecerse más bien a un bloque de sal que al mismo tiempo conserva la carne

muerta y que, sólo los heridos (o los sanos que han sido heridos) rocían la carne, abren heridas, interfieren en ellas y las roen... No tenía nada de “monstruoso”, al contrario, era muy humano. ¿Hasta dónde tendría que envejecer la cabeza de Captp para entender eso? Esto era lo que quería ver ahora.

> La mejor táctica de escape aéreo, que yo sepa, cuando tienes un buen rifle sujetando el cable de dos toneladas, y cuerda suficiente para enlazar las tirolinas, la empiezas lo suficientemente alto, no estás tembloroso, sabes aterrizar con fluidez en un saliente sin estrellarte como una mierda, y disparar al aire parece tan natural como mear desde un balcón, es el zig-zag. A cada lado de un peñasco, en línea quebrada, y cada vez que atajas por la calle, disparas a plomo sin rechistar, entre las piernas. Nadie se siente cómodo con las líneas oblicuas. No saben hacerlo, en la escuela de risa, de los gilipollas de seguridad. Para ellos, una tirolina es tan recta como la i de un policía, es perpendicular o paralela, pero apuntar a un blanco que se desplaza en ambos ejes, te fríe el córtex como plastoc ahumado.

Salí de la casa de la pareja. Volé sobre Kerr Boulevard, de fachada a fachada, un tramo, dos tramos, tres tramos, cada plano un poco más bajo, más fácil de proteger, con algunos

de mis caballeros, en planeadores, aislados, que atornillaban la caja en el suelo, que cortaban el paso a las furgonetas, y éstas avanzaban sin pestañear, al paso, con artilleros en el techo de los cubos rodantes, que les pagaban la cuenta con balas de goma –y en cuanto tenían un respiro, Apuntaban al pastel suspendido en el cielo: Snakos. Tuve tiempo de alinear una W, nada más, que sabía que tenía que reciclar el truco. Kerr cruzó la calle des Étoiles. Aterricé en una cornisa y me lancé a refugiarme en un departamento del piso doce, en la margen derecha del bulevar, casi en la esquina de la manzana. Silbó ásperamente en las ventanas. Tomé mi última línea, unos trescientos metros. De prisa recogí algunas cosas pesadas: sillas, una mesa, enganché una cama y lo sujeté todo con clips, sujeto a una pobre correa, al cable. Me arponeé cerca de la esquina izquierda de Kerr, al otro lado, para golpear la base de una turbina de ox, más alejada de la Rue des Étoiles, en la acera derecha. Me acerqué a la ventana. Había gente derribando la puerta a mis espaldas. Enganché mi mano al cable, les solté al Optir, a los artilleros bien colocados en su furgoneta, cuatro de las seis bolas que me quedaban en el cargador y salté empujando mi lío suspendido... Ese fue el gran diluvio... Crepitó por todas partes en el ajetreo y el bullicio. Las sillas rotas cayeron cuarenta metros más abajo, la cama se estremeció con chispas y ruidos de campanas. Recibí una pelota en el casco, en las suelas de Kev, otro en la espinilla, luego lo dejé todo: la cama de acero, la silla colgante, la mesa de cristal, corté la correa con un cuchillo, ¡laaaa! Directo a sus caras...

¡Aplastados! Todo pareció calmarse cinco o seis segundos. Pero fue suficiente. Mi cable se ha tensado. Seco. Lancé una flecha al suelo. Mis dos últimas balas fueron para los dos policías que pensaron que eran más inteligentes corriendo hasta mi punto de entrega, al final de la fila... Lástima, era el día de pago.

– ¿Qué quiere, señor Captp? Nunca dejamos de pagar nuestras revoluciones. “Los hombres nacen libres e iguales en derechos”. ¡Qué locura, qué inconsciencia en tal declaración! Y desde hace tres siglos los gobiernos del mundo luchan con esta locura, con esta libertad con la que nadie sabe qué hacer. ¿Cómo gobernar a un pueblo que se dice libre? ¿Cómo gestionar la libertad? Nuestros reyes tenían a Dios, valores trascendentes, religión; nuestros emperadores disciplina, el terror de nuestros tiranos... ¿Pero qué nos ha quedado? ¿No deberíamos innovar? Puede que usted sueñe con democracia pura, sin tacha ni mancha, señor capitán, pero eso es anarquía.

– Exactamente.

– Entienda entonces que su llegada debía ser duplicada, y como contrarrestada por un aumento del control, operada

políticamente por el voto que rompe la expresión individual del poder, económicamente por los circuitos de consumo hacia los cuales nos hace gravitar el capitalismo, socialmente por la disciplina del Clastre...

– Y psicológicamente por una difusión de la opinión que asegure la circulación óptima del “sentido común”. Entonces la imitación y el conformismo se extienden como cemento y dan cohesión al cuerpo social. ¿Me equivoco?

> No se dignó contestarme, se acercó a un bar escondido en la pared y sacó una botella de vodka. Encendió las luces al máximo.

– Cuanto más avanza un país hacia la democracia, más amenaza a la sociedad con la desintegración la libertad concedida a cada individuo. Por lo tanto, el poder debe ejercerse en mayor medida –y profundamente–. Debe ir bajo los corazones y los nervios para gobernar el comportamiento desde el interior. La ironía de la historia, señor Captp, es que, paradójicamente, es la feroz lucha de personas como usted, rebeldes amantes de la justicia y la libertad, la que empujó a los gobiernos a cuestionarse a sí mismos, a perfeccionar y mejorar sin cesar su estrategia para finalmente construir la maquinaria más fantástica de

poder jamás implementado: el control. No me refiero al control de las ideas, a la propaganda blanda y a los modelos ideológicos que mantenemos: ¿Qué gobierno puede haber sin ellos? Pero un control más sutil y poderoso, un control que ya no te envuelve simplemente desde afuera como una camisa de fuerza te obstaculizaría, sino que actúa dentro de ti, en la fuente, para *purificarte*. Un control interno, íntimo, *in-petto* que actúa directamente desde los centros emocionales primarios: miedo, agresión, deseo, amor, placer, malestar... Una camisa de fuerza, ¿no?, nos la quitamos, la rasgamos, la cortamos: siempre hay una manera de deshacerse de ella. Pero si la camisola se vuelve química, si se vuelve piel, si son vuestros tejidos nerviosos los que sirven de tejido, es porque el control ha pasado a vosotros: el *autocontrol*. No intentes sacarlo, no tires de los hilos, lo romperás...

Me recliné como si hubiera enterrado su mano en mi estómago y la estuviera retorciendo. Me quedé congelado hasta la médula. Había buscado estas cosas durante tanto tiempo, tanto tiempo... Las había expresado en ese tono de evidencia más trivial que marca certezas adquiridas hace mucho tiempo. Diez años... Durante diez años había estado luchando contra un sistema ciego, inhumano, hecho de pantallas de control, suave alienación y competencia absurda. Pero en el fondo no entendía realmente contra qué estaba luchando. Luchaba por instinto. Siempre había luchado por instinto. Aunque había escrito, discutido con

mis alumnos sobre qué era el control y cómo se ejercía, me había quedado en la superficie de las cosas: en las grandes relaciones de poder entre Pueblo/Medios/Gobierno, en las cámaras y en la función social del Clastre, en la publicidad y en la libido capitalista... Por supuesto que me había sentido como un flujo potente que desmenuzaba estas masas y dispersaba el polvo por todo el campo social, por nuestros poros y el flujo de nuestra sangre. Lo había olido, recogido el polvo a puñados, pero no había creído en la fuerza de los vientos, no en ese lado de la lucha. Había buscado una y otra vez en mis desiertos, pirámides, de las que para mí sólo podía venir este polvo que espesa nuestra sangre. Y todo lo que encontré fue arena. Remolinos de arena. En todos lados. Hasta donde llega el horizonte. *Controlar los afectos*. Eso era todo, el misterio a plena luz. El cemento magnético. Tuve que recuperarme, responder, incitarlo, obligarlo a hablar.

– Quizás llegue un día, señor Presidente, en que ya no necesite la cárcel, ni la ley, ni siquiera las “fuerzas policiales”, porque el orden será de todos, la ley que todos aceptarán considerar justa y la prisión será un lugar vacío donde ninguna subversión puede fallar, ya que los deseos se habrán vuelto hemofílicos y fluirán, de placer en placer, en suave pendiente. ¿No es éste el ideal de cierta democracia?

Me miró con un leve movimiento de cabeza, bebió de un trago su vodka y colocó delicadamente su vaso sobre el escritorio de color amaranto.

– Es usted un interlocutor de gran calidad, señor Captp. Se recupera rápido, muy rápido. Estoy convencido de que será un excelente político. Para responder a su pregunta: no creo que una sociedad así sea posible o viable. Y entonces, ¿cuál es el placer? Gobernar es gestionar la resistencia. Recuerden las monarquías, miren las dictaduras: ¿no colapsaron precisamente porque fueron incapaces de gestionar los contrapoderes? No digo afrontar, no digo confrontar, digo *gestionar*. Hace un siglo y medio, la democracia era vista como el régimen menos malo posible. Hoy, una mayoría coincide en considerarlo el mejor. ¿Por qué?

– ¡Porque las personas experimentan su libertad como la posibilidad de elegir entre la videoconducción o el piloto de voz para controlar su aerodeslizador! Porque los convencisteis de que nuestro sistema económico era indispensable y fatal, que una sociedad civilizada sólo podría terminar en *este* sistema como final de la Historia, incluso si todos tuvieran que reconocer sus imperfecciones.

– No estás del todo equivocado. Pero, sobre todo, nunca hemos estado tan cerca de lo que considero la cúspide del poder: *una alienación total bajo la apariencia de una libertad total*.

– ¿Es ésta una definición de democracia?

–Es una observación.

> Se recompuso de un ataque de oscura ira y se apoyó contra el ventanal. La ciudad brillaba a lo lejos. Parecía estar luchando con sus valores y creencias en un estado de tensión avanzada. Hizo varios gestos apagados y luego estalló:

– ¡Libera al pueblo de esta alienación y verás de lo que es capaz! No sabes lo que un pueblo *puede hacer*. Definitivamente no quieres saberlo, A, especialmente no... Crees que estás gobernando, desde lo alto de tus treinta pisos, pero es el Miedo el que te gobierna, el miedo a esta masa incontrolable que te empuja *constantemente* a hacerte cargo, hacerte cargo de él, regularlo, canalizarlo para que fluya, ¡sobre todo líquidamente! Te lo diré desde lo más profundo de tus entrañas: ¡tiembles al ver un día un pueblo libre, un pueblo que viva, un pueblo que vibre!

Lo miré con indulgencia mientras me servía un segundo vaso:

– Lo extraordinario de todos los revolucionarios que he conocido, señor Captp, es que, como usted, ven al pueblo a su propia imagen: bueno, generoso, enérgico... eso es todo, es casi conmovedor; tal vez deberíamos ver que esa quimera es una especie de narcisismo, un egocentrismo propio de ti,

no lo sé, valdría la pena explorarlo. ¡Naturalmente, si me das siete millones de Captps, te conseguiré una Revolución en un minuto! Lo utópico no son tus ideas, no son tus proyectos: es esa fe irracional que tienes en el pueblo, en lo que el pueblo puede hacer, *como* dices, como si el pueblo no fuera algo fundamentalmente pasivo, maleable, indeciso.... Debo admitir que siempre es una sorpresa para mí ver a intelectuales tan brillantes como usted –porque usted es brillante, señor capitán, brillante– extraviarse en un tema tan... infantil. Sin duda porque buscan ser aún más infantiles que los niños, más animales a la hora de ser hombre, simplemente ser hombres y abrir los ojos.

El sonrió. Vacíé mi vaso y continué bruscamente:

– Y a veces los abres, te enfrentas a la realidad. Pero en lugar de aceptarla tal como es, recurres a la única pirueta capaz de salvar tus esperanzas: ¡el pueblo es la víctima! Víctima de la represión, víctima de la propaganda, víctima del control, víctima de cualquier cosa con tal de que le quitemos responsabilidades, lo absolvamos de su debilidad y encontremos excusas para su pasividad: ha sufrido mucho, aún es joven, ha pasado por pruebas difíciles, todavía está traumatizado por la Cuarta Guerra... Para mí, el pueblo tiene el poder que se merece y no tiene excusas.

– Sobre todo, no tiene armas. Desvitalizado por la comodidad y el consumo, ¿dónde encontraría los recursos

para luchar? El gusto por la lucha es una cualidad que se inhibe o se estimula. Todo es cuestión de educación, lo sabe.

–¡Justo! ¡Finalmente! Me alegro de que usted mismo haya retomado el tema de nuestra conversación; tenía miedo de volverlo a abordar de manera artificial... Si la educación, como bien afirma, es la piedra de toque de toda construcción social, ¿por qué no habría de hacerla? ¿Aceptas ser su arquitecto? Estás lleno de proyectos, estoy seguro. ¿No es el puesto de E una oportunidad inesperada para que pongas a prueba tus ideas? Al frente de este ministerio, por fin podrás *actuar*, influir en el destino de Cerclon, sí, actuar desde dentro, activar la poderosa maquinaria política en lugar de ser su triste saboteador.

Él me miró con una cara tan inquietante que no pude evitar clavar de repente el clavo que lo crucificaría:

– Su carrera en la Volte ha terminado, señor Captp, acepte o no mi propuesta.

> No es que dudara de mi amigo Blusq, en el momento en que incrusté la barra en la puerta de la turbina de oxígeno, pero estaba junto a los pedorros, quizás a cincuenta metros

de distancia, ante casi tantos policías como durante un desfile del 9 de septiembre y que, si no me equivoco, no estaban más dispuestos a hacer una fiesta que una persona irradiada a buscar los rayos del sol. El núcleo duro hizo piruetas con lo que parecían tres pesos bajo las vigas de control... ¡Clack! Tanto es así que moví la esclusa, recuperé la pelota y entré, cerrándola inmediatamente. No fui estúpido, barrí el panel de control que llamaba la atención en esta pequeña habitación de dos por dos. De nuevo la bola en el agujero de la pestaña, tecleé un código que tenía escrito en mi mano, agarré la palanca y la bloqueé en 0. A mis pies había un disco de metal con un mango. Desenganché el mango. Vrrrooin... El pozo estaba debajo, con rejas de descenso. No del tipo amigable. Olía a nevera mal descongelada. “¡Detengan el fuego!”, gritó un oficial superior detrás de la puerta blindada. “¡Dejad de disparar, haréis explotar las bolsas de gas!” “¡Abrid esa esclusa de aire manualmente, idiotas!” No se equivocaba el oficial. La puerta quedó muy abollada bajo la metralla... Sin pensarlo más, me metí en el pozo. Deslicé la tapa sobre la cara y la cerré. No vi nada allí. Negro oscuro sobre negro. Pero no podía ser el niño asustado en el armario. Tenía que ir al fondo.

> Me hundí un poco más, si cabe, en el lujoso sillón del salón presidencial. Piel auténtica de esta calidad era imposible de encontrar en Cerclon. Importación de la Tierra. Me sentía muy pesado ahora, aplastado por la gravedad, el mismo sentimiento que cuando regresé del Afuera para encontrar la gravedad artificial de Cerclon, y este mismo recuerdo me aplastaba más. La Volte, desarticulada. Nunca podría volver a ella, nunca reiniciar la más mínima acción. Es extraño cómo el shock de encontrarme con A, cara a cara, *mano a mano*, me había hecho olvidar hasta qué punto la palabra futuro ya no podía tener el más mínimo significado para mí. A menos que escapase. Lo cual parecía imposible con el rastreo láser.

–Piense, amigo. ¿Quiere condenarse a la inacción? ¿Se retira a sus tímidos sueños cuando se abren ante usted posibilidades considerables? Ser el número 5 del planeta... Tendrás más poder del que jamás hayas tenido. ¿Y tal vez conseguirías despertar a la gente, dinamizarla con una política educativa audaz? En cualquier caso, esto presenta un desafío digno de un hombre de su talla.

> Sus ojos brillaron, vaciló. El golpe a la Volte había congelado su arrogancia y ahora se veía obligado a afrontar su futuro.

> Obviamente estaba tratando de meterse en mi cabeza. Lo hizo sin mucha ilusión: demasiado inteligente para creer que pudiera dejarme engañar por su lirismo casual... Realmente ya no sabía cómo soportarlo. Cambiar de puesto para ahorrar tiempo era bueno para un policía de quinta, no para un presidente... El cepillo para pulir nunca había sido mi estilo... ¿Y qué? ¿La compasión, el golpe de piedad, mi vida destrozada por este arresto? No tenía hijos, ni padres, esposa intermitentemente, tenía dos brazos, dos piernas, ningún atenuante y no estaba en mi galope de prueba... No, era la estima: era forzar su estima, luchando furiosamente para demostrarle mi valía, eso era todo lo que me quedaba. A era un hombre con el que podía hablar, lo sentía oscuramente.

– Estás ansioso por verme unirme a tu equipo lo antes posible y este entusiasmo me halaga. Sin embargo, me pregunto si no corro el riesgo de convertirme (perdón por esta duda fuera de lugar) en la pieza central de un Sistema contra el que siempre he luchado.

> La burla había vuelto a él. Remarcable.

– E no es una pieza, aunque sea una obra maestra, E es el dispositivo en sí.

– ¡Fascinante! Sin embargo, me temo que el Sistema no podrá funcionar sin E, o incluso sin un profesor, ya que la pedagogía interactiva, les aseguramos, ha demostrado su eficacia, como solían decir los estudiantes. En cuanto al arte, como se expresa sin artista, le basta la gestión. (Bajó la luz). Si hablaba de una habitación, señor Presidente, no pensaba en una máquina, pensaba en un lugar, y el que usted me ofrece es un espacio abarrotado donde no se puede moverse sin toparse con algo. No es que tenga miedo de los golpes, pero uno fácilmente daña su honor viviendo entre el suelo y el techo.

– Le gustan las grandes palabras, señor Captp, y los espacios abiertos. Pero incluso los grandes hombres se pierden, como sabrá. Si el arte se gestiona es porque la gestión es un arte, un arte matizado y monocromático que nunca deja de superar la simple técnica, aunque se apoye en ella. Entre el suelo y el techo, como usted dice, la dirección consigue desplegar un arcoíris de colores que hacen las delicias de los pintores refinados. Depende de ti saber utilizar la paleta, amigo mío.

– Odio los medios tonos y los refinamientos. Sólo me gusta un color: rojo, brillante o sangre. En la Volte fui libre. Tenía el cielo por techo y los techos por suelo y ¡me hablas de un arcoíris doblado en dos en un trastero blanco!

> Una nave describió una curva muy amplia en el horizonte negro. El silencio era definitivamente perfecto detrás de estas ventanas. ¿Cuánto tiempo quedaba? Hacer que dure, encontrar el eje de una recuperación...

– Hay algo lamentable en su democracia, señor A: para mí, nunca ha pasado de la etapa de oligarquía liberal. El capitalismo le sirve hasta tal punto que sólo respira a través de sus filtros...

A sabiendas moví el debate para desestabilizarlo. En la lucha intelectual que inexorablemente había tenido lugar y de la que intuía que dependería mi destino, había adoptado esa línea. Gané más tiempo y lo obligué a justificarse nuevamente.

– ¿Qué responderle? La observación estaba tan obviamente justificada –y se hizo con tanta frecuencia– que incluso un político de tercera clase podría racionalizar el tema: “hay capitalismo y capitalismo. Si se habla de los financieros y especuladores tortuosos que... blablablá... entonces sí, el capitalismo es una plaga... Pero hay otro, útil y vigoroso, el de los grandes capitanes de la industria, que produce riqueza real, dinamiza nuestras bases habitadas y permite la iniciativa individual, blablablá... No sólo estamos dispuestos a defender este capitalismo, sino que estamos orgullosos de él, blablablá...” No, Captp merecía algo mejor que estos tópicos pontificantes.

– Si el capitalismo es tan bien tolerado en una democracia, si no exigido, ¿no es porque desempeña un papel indispensable para la democracia –y que ésta, políticamente hablando, no podría dejar de respaldar sin causar escándalo? El capitalismo tuvo que abordar un problema desde el principio que sólo afectó a nuestros gobiernos más tarde y desde entonces hemos seguido persiguiendo las soluciones que fue capaces de forjar. Obviamente sabe que la cuestión capitalista por excelencia siempre ha sido el beneficio. Y ese beneficio está muy ligado a las ventas: cuanto más vendemos, etc. Sin embargo, nunca se ha vendido nada bajo tortura o con un láser en la nuca...

– Tendrás que pensarlo...

– Entonces, el problema del capitalismo es éste: ¿cómo venderle a la mayor masa posible de personas cuando no se tienen medios de coerción? Problema terrible. La respuesta, durante mucho tiempo, fue: calidad. Hay que hacer un producto de calidad y la gente lo comprará porque nuestro producto será, *objetivamente*, el mejor. Entiendes lo ridícula e irrelevante que fue esa respuesta. Porque lo que había que hacer no era conseguir unas ventas óptimas *cualquiera que fuera* el producto, *cualesquiera que fueran* sus cualidades objetivas, sino ¿qué sentido tenía? Quiero decir: ¿cuál es el punto en términos de poder? Entonces nació el marketing, que se unió firmemente a la publicidad, pero todo todavía era un poco tosco, las pantallas eran demasiado toscas... Trabajaban basándose en conjeturas. No fue hasta

entonces, que *aceptamos* que realmente salíamos de la prehistoria de la manipulación. Ya sabes: actuábamos como si la lógica capitalista hubiera invadido furtivamente el mundo político, hubiera trasplantado allí sus métodos para convertirlo finalmente en un vasto mercado donde la oferta de un político satisfaría las demandas de los votantes y ¡algunos se sorprenden!, pero, ¿en qué se diferenciaría *vender de conseguir que la gente vote?* ¿E incluso para gobernar? ¿No se trata siempre, a partir de una libertad supuesta, de orientar las elecciones? Y para eso, bueno, ¿qué medios necesitábamos?

- Las llamadas ciencias “humanas” ...

- Sí, pero primero los medios. Los medios de comunicación como productores de impacto emocional... Y en torno, en apoyo, tienes razón, una sociología del comportamiento que sea capaz de identificar las principales cadenas emocionales; elaborar una tipología detallada; examinar la mecánica íntima de los esquemas de estímulo/reacción; segmentar tendencias sentimentales por edad, género, plasticidad, red relacional, socioestilos, etc. –todo esto dependiendo de las estrategias de impacto y los objetivos específicos.

- Con, finalmente, el marketing personalizado...

- Finalmente, una gestión probabilística que determina no sólo los efectos predecibles de las estrategias implementadas, sino también las desviaciones que se

pueden esperar, la probabilidad de que estas desviaciones superen el 5%, etc. Todos estos métodos fueron implementados por grandes empresas multiplanetarias mucho antes que por nosotros. Sólo teníamos que adaptarlos a nuestras estrategias políticas. Y convertirlo en el núcleo de la práctica gubernamental. Fue suficiente para comprender hasta qué punto, a pesar de las apariencias, nuestras preocupaciones eran similares.

> Había luchado durante quince años contra una máquina sin rostro. Una máquina sin maquinista, que nadie había puesto en marcha, que se engrasaba y reparaba sola, y que sufríamos todos. Un ingeniero, un directivo, alguien a quien pudiéramos decir: ¡es él! con un dedo índice vengativo, ¿no era esto lo que la Volte había perseguido desesperadamente en esta sociedad de omnicontrol? Este hombre estaba ahí, frente a mí, y me decía claramente lo que me había tomado años entender... podía abalanzarme sobre él. Romper su cuello en dos pedazos. Un crujido sordo... Craac... Un gemido ahogado en la alfombra... Me sonrió. Estaba esperando una respuesta. Un rostro. ¿Era la cara? Comprendí oscuramente que matar no serviría de nada. Estaba señalando un rostro, pero el control no tenía rostro. Sólo tenía ojos. Globos exorbitados que rodaban sin cesar desde nuestras ojeras hasta nuestra boca, menos para

ahogar sus gritos que para alimentarlos, en un bucle, y obstruir su acceso a otros alimentos. Podía hablar con el maquinista, con alguien que hacía mucho más y mucho mejor que conocer la máquina: ¡quién la usaba! Quien asumió los errores y horrores de la misma. Que existiera un hombre así ya era para mí un milagro; que pudiera hablarle con incontenible placer... Qué podía hacer, lo estimaba. Admiraba sus largos desarrollos de altivo buen carácter... Me encantaba su cinismo profundo y pleno, desprovisto de amargura o vergüenza alguna y esa forma inusual que tenía de sostener su vaso y atenuar la luz. Había algo ligero y fluido en él que debió convertirlo en un político excepcional, un actor excepcional...

– Si sólo hubieras tomado sus modelos... Pero utilizaste el trabajo de los afectos en nuestra intimidad, sus incursiones destinadas a influir, desde la infancia, y en cada sensación, el gusto de los consumidores. Lo han recuperado para a su vez disciplinar a la población, para adormecerla en la saciada comodidad del consumo y llenarla de placeres inmediatos. El terreno de las conciencias estaba suelto. Supieron arar profundamente... Y tú, después, cosechas, sin ensuciarte las manos, como rentista, sin que te pese ninguna sospecha de manipulación, ya que el capitalismo, al fin y al cabo, no te concierne: tú simplemente denuncia las fechorías... ¡y recíclalas para tu beneficio!

– Naturalmente, sí... Es obvio que el aumento de conformidad que induce el consumo es una bendición para

nosotros. El capitalismo es una bendición. Y no puedo imaginar una democracia hoy en día prescindiendo de él. ¿Te imaginas trabajar para un gobierno? ¡Imagínatelo! ¿Normalizar el comportamiento hasta tal punto? Es el trabajo de varios siglos de educación, sin mencionar la resistencia... Una tarea titánica. Y evidentemente no volveré sobre las técnicas de gestión: les debemos todo.

> Encontramos a Obffs, con la ropa empapada y helada en grandes zonas, que llevaba a Brihx, medio paralizado, bajo el pozo de oxígeno de la plaza Thétys. Con Boule de Chat seguimos al pie de la letra el plan muy cuidado que Blusq nos había preparado. Lo había obtenido la víspera del atentado contra un ingeniero de la red oxográfica recién llegado, al que, esta noche, le debemos todo. Esclusa tras esclusa, siguiendo conductos circulares de un metro cincuenta de sección, recorrimos más de cinco kilómetros muy rápidamente, siempre empujados por la corriente de aire, sin riesgo de ser descubiertos por los espectrógrafos gracias al frío que nos envolvía. Sin una máscara de nitrógeno, es casi imposible sobrevivir en estos conductos cuando a través de ellos fluye oxígeno puro. Y si se hubiera cortado el flujo, inmediatamente se habría dado la alerta a la oficina central.

Pero el ingeniero llevó el rigor hasta el punto de darnos todos los códigos para pasar por las esclusas, hasta el punto de que nuestros movimientos pasaron desapercibidos, ¡invalidados de hecho en el plan de mantenimiento programado para esta noche por Terminor! ¡Un truco con clase! A pesar de estas precauciones, la salida por la turbina de la plaza Thétys me preocupaba. Era un doble o nada. Pero ya no teníamos otra opción. Si salimos sin ser detectados, el escondite bajo la antirradiación está a cuatrocientos metros de distancia. Por la noche, en el pequeño parque desierto, no es insuperable.

– ¡Gestión! ¡Gestión! ¡Tienes la garganta bloqueada! ¡Setenta y tres años para convertirte en el líder de siete millones de ciudadanos y tu único orgullo es saber gestionar! Un buen administrador, ahí lo tienes, que dirige la tienda estatal, sonrío a sus clientes y se asegura de que nadie robe. Mírese: ¿es ésta la culminación de tres siglos de democracia? ¿Un directivo pequeño y prudente aferrado al poco poder que todavía le conceden los plutócratas? Nuestros reyes tenían al menos una alta concepción del poder: reinaban con grandeza, con majestad inmaculada, insensibles a las muecas del pueblo, sin dudar en decidir y

disgustar –¡si era necesario, cuando era necesario!– gastar y prodigar sin contar, ya lo entiendes: ¡*sin contar!* ¡Pero usted! Usted y su gobierno analfabeto que ponen un número a todo y una cámara detrás de cada ser humano, han perdido incluso su sentido de grandeza. ¿Quieren volar por Saturno con los motores ajustados? No despegáis del suelo, de la envergadura de un dron... Toda una economía de pequeñez, de cálculo, del menor riesgo que se atreve a llamar “gobernar”. Pero ya no gobernáis nada: gestionáis... Apenas os movéis todavía en las pantallas como marionetas gastadas y arrepentidas. Gobernar... Parece que ya no os agrada...

> A me miró fijamente por un momento. Estaba bastante conmocionado. Esto se notaba en la forma en que revolvía el vodka en su vaso, con la mirada baja, el cuerpo erguido y ligeramente tenso. “La envergadura de un dron”: sabía que le costaría tragar la punta y que su orgullo debía estar sangrando. Sin embargo, levantó la cabeza y, con una voz que había logrado mantener tranquila y sonora, prosiguió:

– Tus comentarios me sorprenden. Sin embargo, pensé que había sido claro. (Se acercó al atenuador para ver un menú de configuración). Muy claro. Perdóneme: cada momento de la noche tiene su propia luz; todavía tenemos

que respetarlo. (Mirando claramente su reloj). ¿Dónde estaba?

– Al final de la historia.

– Estabas hablando de... pequeñez, placer... sí... creo que piensas un poco corto en estos temas. Tomemos, por ejemplo, a los monarcas, a quienes usted cita tanto. Matar o dejar vivir, por ejemplo, es un poder impresionante, ¿no? ¡Pero sólo para el pueblo! ¡Solo *visto* por la gente! Si reinas, se trata básicamente de un derecho bastante simple, bastante triste, y me resulta difícil imaginar que el ejercicio de la soberanía hoy se contente con expedientes tan tajantes que no dejen precisamente lugar al placer, o que sea tan fugaz. ¿Cómo gobernar a un muerto? ¿Cómo hacerlo producir? Es aburrido. Y si lo dejamos vivir, bueno, es libre. ¿Entonces?

–Hacerle sufrir.

–¿Perdón?

–Hacerle sufrir. Dejar tu huella en los cuerpos, hacerlos doblar, retorcer sus troncos bajo coacción, romperlos... Ahí es donde reside el verdadero disfrute del poder.

– Goce bestial, goce sádico, señor Captp, goce arcaico. Si hubiera tenido que contentarme con estos placeres básicos, con estos regímenes despóticos donde la fuerza y la ley dictan cada comportamiento, ¿crees que habría buscado el

poder en Cerclon? Que el ejercicio del poder sea ligero e imperceptible, que ya no se convierta en ostentación y manifestaciones estridentes, eso es lo que mis predecesores y yo siempre hemos deseado. Las dictaduras, admítelo, están llenas de aburrimiento ya que constantemente imponen formas rígidas y definitivas, congelando todas las posibilidades en un monolito negro que brilla como una tumba...

– El cubo.

– El cubo respeta la vida, señor Volte, y nunca encontrará allí ningún arma, nada que pueda causar dolor o matar.

–¿Y los láseres, señor presidente?

– Medida cautelar simple. No disfruto viéndote arrastrar bajo los láseres, créeme; sin embargo, debes saber mantener a raya la agresión. P hizo su trabajo, eso es todo y eso ya es mucho. Paréntesis cerrado. Aun así, nuestro disfrute no se alimenta del sadismo de la tortura. Nuestro goce sería más bien algo así como un dado que lanzamos y que cae, tirada tras tirada, con insolencia cada vez más extraña, del mismo lado... Algo así como la libertad *predecible*. Saber que aumentar las cámaras un 5% reducirá la delincuencia en 3 puntos con una probabilidad del 85%, y que el margen de inexactitud con respecto a esta importante previsión es de 2 puntos, es un placer demiurgo, una voluptuosidad abstracta y terrible. ¿Qué nos importa lo que

hagan Capt, Kamio o Slift si la masa estadística obedece de todos modos las previsiones? Se espera la disidencia. Tenemos una tasa para esto: el 7%; no sabemos por qué, pero así es. Mis servicios han calculado incluso que la decapitación de la Volte, de la que *usted* es responsable, la situará por debajo del umbral crítico del 5%. Umbral por debajo del cual hablamos de disidencia marginal. Oh, no te preocupes, no es seguro. Es sólo probable, muy probable y eso nos basta. Por favor, comprenda que no pretendemos ser profetas ni odiosos científicos deterministas que se jactan de anticipar cada una de sus reacciones. Cada uno de ustedes es libre y la elección final de Captp seguirá siendo para siempre un enigma, enterrado en lo más profundo de su conciencia. Lo que quiero decir, muy simplemente, es que la libertad de cada persona nos es indiferente ya que en conjunto la masa está alienada. No gestionamos a los individuos, ningún poder puede permitirse el lujo de hacerlo: gestionamos fracciones estadísticas, “dividuos”, como dice Drakf. Y es emocionante. Emocionante con la condición de que no busquemos eliminar el azar, erradicar todo lo que, en nuestras construcciones, es incierto y precario, y que aceptemos estos sudores encantadores con los que el azar sabe condimentar la decisión política tanto como las oportunidades de disfrutar. No arreglamos, no congelamos nada, al contrario, seguimos fomentando las dinámicas profundas de los flujos –los flujos de dinero, los flujos de personas, de afectos, de bienes, de ideas– y esa es la dinámica, la agitación perpetua que nos estimula y deleita.

Todo va en todas direcciones, pero abrazamos todos los sentidos, somos el movimiento, el río y los puentes; y los pilares del puente; y los parapetos; y las barandillas que mantienen; y las barandillas que frenan; y los propios locos; y los que los arrojan desde el puente, y los que los salvan, y los que los ahogan por error... Demiurgos... un demiurgia eminente, espantosamente humana... ¿Entiendes eso?

> Respirando con dificultad, su rostro transfigurado por su discurso, ni siquiera escuchó mi respuesta, no intentó escucharla, continuó, calmándose a medida que avanzaba, decreciendo...

– Algunos dinosaurios todavía se esfuerzan por exigir un proyecto, una verdadera voluntad política: “Un gran bosquejo”, “Un gran diseño”, les oímos pregonar. ¿Para qué? Imponer es aburrido; me esfuerzo en repetirlo. ¿No es más emocionante entre nosotros seguir los devaneos de la opinión, su exasperante y despreciable versatilidad, sentir que insidiosamente el movimiento trata de escapársenos... y luego, silenciosamente pero con fuerza, en dos breves semanas, se reajusta todo a través de una buena campaña de comunicación que ponga las cabezas y los corazones en el lugar que les corresponde? Le diré una cosa, señor Captp: odio la violencia y las demostraciones de fuerza. El poder,

nunca lo repetiré lo suficiente, debe *abarcar* las tendencias profundas de una sociedad. Me siento como un domador de ríos que *sabe* que no se puede evitar una corriente. Las grandes presas crean, por supuesto, lagos relajantes, pero muy rápidamente también crean estanques donde el agua se asfixia y se detiene. Para que una sociedad sobreviva, no debemos buscar reprimir las tendencias naturales del pueblo por protestar, ni tratar de gobernarlo todo como un monarca iluminado. Es el orgullo del poder lo que socava a los gobiernos, su estúpida arrogancia la que tarde o temprano acaba con ellos. ¿No es uno de sus autores cardinales quien lo afirma, señor Captp: “Un gobierno nunca sabe demasiado...”

– “...cómo gobernar lo suficiente”.

– Sí, sólo lo suficiente. Somos minimalistas, minimalistas con la máxima eficiencia. A veces pienso en este mito –el del déspota ilustrado, que reina bajo la plena luz del cielo– y me digo que hemos inventado precisamente lo contrario: un equipo que se mueve entre sombras de claroscuro, detrás de mamparas de cristal, en sombras chinas, y devolviendo la luz, como un guante blanco, hacia el pueblo. *Déspotas iluminadores*: otra relación, otro uso de la luz. Y nuevos verbos para decir gobernar: corregir, rectificar, suavizar, nivelar, templar... neutralizar...

> Doy vueltas en las entrañas heladas de esta ciudad con cámaras chillando en los conductos y bifurcaciones que te vuelven esquizo... Mi suerte es que desde aquí abajo no se transmite a la superficie: la rata tiene que mirarme con sus ojos azules y luego alejarse de nuevo, cuando recupero mi posición, excepto que las ratas que me encontraron no tuvieron realmente la oportunidad: les aplasté el cartílago con la empuñadura. No es fácil de conseguir, sobre todo en la oscuridad, pero hay que admitir que la policía, cuando hace un casco, no es un fracaso: el Optir lanza un rayo, nada, y un cable aumenta su luz desde dentro para que cuando se ajuste, vea como al sol. No sirve de mucho aquí abajo, excepto que el ratón me habría desgarrado las palmas sin él. Atascado, tengo no sé cuántas esclusas de aire; algunas caen justo en medio de las tuberías, constantemente; solo pude pasar dos de ellas, con mi núcleo. Antes, mi indicador de aire gritaba “¡30 minutos!” ¡Resoplé! ¡Pensé que un limpiador había colocado un clamor!, porque a los compañeros se los pegan, incluso en el fondo del congelador: “¡Oxoduc – gilipollas!”, eso fue gracioso otra vez... Pero “¡Respira! dijo otro chico que realmente no tiene el mismo sentido del humor que yo...

– Lo que me estremece de su democracia no es que lo congele todo; al contrario, como usted dice: no deja de traer movimiento a todas partes, de sumergir la vida en un libertinaje febril y vanidoso. De modo que a veces me pregunto si la evolución no implicaría, en primer lugar, sacar la cabeza del agua. Mirar al cielo, inmóvil, inquebrantable en el corazón mismo de la corriente. Ser una roca. Convertirse en arrecife... Imagínese, Presidente, una horda de voltes, con estandartes, acampados en medio del río... La corriente los golpea de frente. No se inmutan: resisten. Entonces es el agua la que se erosiona, la que empieza a desgastarse, a dañarse gravemente, la que ahora sangra en su lecho... Los estandartes se agitan. El río está rojo de sangre. La vida renace susurrando en las orillas...

> Lo escuché dejarse llevar, diciéndome que haría maravillas en el ministerio. Era agradable, tenía estatura y sentido político, además de esa sinceridad bastante comprensiva que sólo podía caer bien... A medida que desarrollaba sus pensamientos, me di cuenta de lo equivocado que había estado al pensar eso. Y qué razón

había tenido P al atraparlo: un hombre de treinta años que planteaba el problema del poder en una democracia de manera tan directa ya era un peligro en sí mismo. Si este hombre fuera activo, rico en coraje y honesto, lo único que podríamos hacer decentemente sería encerrarlo o fusilarlo. Una observación sin alegría ya que el hombre es muy valioso. Pero observad. Escuché bien sus críticas, respeté sus convicciones, pero quedaba una cosa que definitivamente no podía explicarme: ¿por qué un hombre que sabía mejor que nadie que no podemos escapar de las redes del poder no quería gobernar? Gobernar es el único camino, no para escapar del poder, como había creído durante mucho tiempo, sino para convertirse en su esencia sin sufrir sus llamas. ¿Por qué se negaba a ejercer el poder? Podría haberle hecho la pregunta, pero algo en mí me detuvo... Y entendí que era el miedo a que él pudiera responder.

El mundo tiene una realidad. Es de ella de donde debemos partir, no de un modelo ideal al que deberíamos aproximarnos lo más posible. El mundo es. El mundo es lo que es. No importa lo que pudo ser, lo que pudo haber llegado a ser, lo que será si... La Tierra está en llamas. Mis expertos en geopolítica sonrieron cuando mencioné un posible armisticio... Los Cerclons lo hicieron brillantemente. La prensa terrestre no tuvo palabras lo suficientemente tiernas para saludar nuestro éxito: “refugio de alegría”, “pura joya de la democracia solar”, “enclave de paz en un mundo en guerra” y así sucesivamente... Cerclon I se

convirtió en treinta años en un modelo para el desarrollo espacial... Cerclon IV estaba en construcción y ya estábamos considerando una plataforma gigante de siete cerclons aglomerados para el horizonte 2100... Qué querías, la gente vivía bien. Todas nuestras encuestas lo demostraban... Dos tercios de los cerclonianos afirmaron que no querían vivir en ningún otro lugar que no fuera aquí, en el Círculo Azul, y era necesario que surgiera este pequeño grupo anarquista para que nos viéramos obligados a recurrir a las labores del chantaje y, aunque no lo quisiéramos, a la violencia. Por supuesto que estábamos mintiendo. Por supuesto que estábamos haciendo trampa. Estábamos espiando. Estábamos manipulando a gran escala. ¿Pero no era eso lo que necesitaban las masas? Un régimen de verdad a partir del cual cada individuo pudiera medir el valor de sus acciones, ¿no era ésta la menor de las rejas que podían ofrecer a sus peones errantes? El Clastre era a este respecto un invento extraordinario. Para cada persona un lugar. Para cada lugar una persona. Nadie se queda atrás, todos están ahí, todos estaban involucrados, conocían su valor y sabían que podían progresar. ¿Podríamos soñar con un sistema más democrático? El tiempo se estaba acabando. Ahora tenía que poner a Captp al pie del Cubo... No podía permitirme el lujo de esperar más.

> “¡Veinte minutos de reserva!”: ya está, está empezando de nuevo, es el casco el que cree que está en un campo de tiro... Arak, si no encuentro un pozo que se abra, es el final de la fiesta, encontrarán mis pulmones en escamas... Claro, hubiera hecho mi esfuerzo. Los habría cabreado, de eso hablarán los disfrazados de Slift. Si esta vez me cruzo con otra rata, la seguiré tras su rastro... Aunque eso signifique morir, tanto en la superficie, frente a la manada, como aquí, en esta fría habitación, escuchando a un imbécil gritar por la eternidad” ¡Respira!”, cada vez que mi fantasma se pasee sin moverse por su lado.

– Señor Capt, lamento sinceramente interrumpir sus sueños con un ataque de prosaísmo, pero lamentablemente se nos acaba el tiempo y quisiera volver a la propuesta que le hice. No tengo la vanidad de creer en la perfección del régimen que presido y le pido que crea que podré tener en cuenta las críticas y comentarios que me ha prodigado, a veces en exceso, durante la estimulante entrevista que hemos tenido. Me gustaría llamar su atención por última vez sobre algunos puntos cruciales. La cartera de E no es un

cargo honorífico, espero haber sido claro en eso. Es sin duda la oportunidad de poner a prueba sus ideas y su ética y remediar con sensibilidad las insuficiencias que denuncia. No intentaré engañarle: el lugar está expuesto y tendréis limitaciones, no de resultados, menos aún de medios, sino de popularidad, como todos mis Ministros. No serás juzgado por tus acciones, sino por su impacto, lo que deja, como podrás comprobar por ti mismo, paradójicamente espacio libre para iniciativas personales siempre que se mantengan dentro de los estándares de popularidad establecidos. Las evaluaciones son mensuales y el índice de simpatía básico es del 40%, estándares de Sondophage, lo que corresponde al 33%. Listo. Te quedan... a ver... treinta y cinco minutos para tomar tu decisión. Le recuerdo, para apoyar su elección, que la otra rama de la alternativa consiste en dar la versión a los medios y esperar la reacción de estas personas por las que luchan. Le daré, a título meramente informativo, y siempre con el objetivo de ayudarle a elegir con mayor lucidez, las últimas previsiones de Terminor.

> El capitán me siguió con la mirada, desconcertado. Me acerqué al escritorio y toqué la mesa. La imagen se proyectó suspendida ante mis ojos.

– Ahí lo tienes, te leo los índices: TIQ: 96% – margen 1%, TIAD...

– ¿TIQ?

– Tasa de Impacto Cuantitativo.

– ¿Que es eso?

– El porcentaje de la población que verá el montaje.

– ¡96%!

– Sí. Ya sabes, el 100% de los hogares tiene televisión, el 89% la ve todos los días y durante los eventos espectaculares, cerca del 100%... Pero aquí, debido a la violencia de las escenas, sacamos al 20% de los niños... continuó. Tasa de impacto afectivo sostenible: 64% – margen 6%.

– ¿Qué mide?

– El porcentaje de personas que recordarán el montaje un mes después de su última emisión.

– ¡Es poco! ¿Por qué no alrededor del 96%?

– ¡Estás bromeando, eso es enorme! El TIAD para un Evento Clase 1 –La Clase 1 engloba eventos como un cambio significativo en los criterios del Clastre, la muerte de una estrella, una elección, una nueva guerra en la Tierra, etc.–

rara vez supera el 40–45%. Nuestros conciudadanos tienen una capacidad fantástica para olvidar, ¿sabe? Bueno... Posición básica de opinión sobre la pena de muerte: 48% a favor • 46% en contra • 6% no expresan opinión, no tienen opinión, o no contestan la pregunta... Variables de impacto:

- Deriva favorable de la opinión: + 22% –margen 4 puntos

- Contraderiva: 4% –margen 1

- Cambio general: 18% –margen 5.

- Disculpe mi crasa ignorancia de la jerga estadística, me burlé, pero ¿qué significa “impacto”?

- Este es un término global. Algunos lo traducen como “efecto de impacto”, pero en un sentido emocional. ¿Entiendes la idea?

- La entiendo muy bien.

- ¿Dónde estaba? Evaluación posterior al impacto: 67% a favor • 30% en contra. Neutro: 3%. Debate tipo D3 en la asamblea, es decir generalmente despolitizado, donde las divisiones políticas juegan un papel menor. Votar a favor del proyecto para restablecer la pena capital excepcionalmente: A favor: 61% • En contra: 28% • Blancos: 11%. Referéndum: A favor: 55% • En contra: 45% • Abstenciones: 38%. Valoración final de la operación: éxito. Efecto: Captp condenado a muerte.

Su mirada se perdió en el horizonte, un rostro donde su inextinguible sonrisa parecía no querer brillar más y permaneció durante largos segundos meditando sobre las figuras, sin moverse. Por un momento, vi su esqueleto brillar bajo su piel. Horrible. Quería rogarle que aceptara el trabajo, decirle que no se suicidara por terquedad, que no acabara con su vida para salvar una idea, por muy importante que fuera para él. Pero no pude. Físicamente no pude. Estaba completamente estancado.

> ¿Dónde estaba Boule en ese momento? ¿La habían detenido esos carroñeros? Quería verla, abrazarla contra mi pecho... sentir sus pequeños pechos rozando mi pecho, oler su olor a sol fresco y su boca... Si lo hubiera sabido esta mañana... lo habría hecho. La mantuve toda contra mí, justo contra... su cálida piel en el hueco de mi palma como debajo de una pequeña cueva, protegida... fuera de cámara... Tal vez no... tal vez no volver a tocarla... Dependía de mí... Dependía de esas putas de seguridad, de la generosidad de A...

> Estaba meditando, y luego tuvo un sobresalto desde lo más profundo de su letargo, la bravuconería de un gran actor:

– ¿Tienes también las predicciones de Terminor sobre mi elección? Podrían ayudarme ¿no crees?

–El Terminor estima que hay cuatro posibilidades entre cinco de que te niegues.

Mentí, esperando que su espíritu contradictorio lo empujara a aceptar.

–¡Ah! Estoy tranquilo entonces, respondió con ojos brillantes.

Y volvió a sentarse en su asiento, gravemente.

– ¿Quiere que le deje pensar, señor Captp? Sé por experiencia lo difíciles que son estas decisiones a quemarropa. ¿Quiere información adicional? ¿O agregar algo?

–¿A quién más de la Volte detuvieron?

Quería decirle la verdad pero me controlé. Era obvio que tarde o temprano haría la pregunta y que sus heridas en

carne viva eran sentimentales. Fingí consultar una lista y echar mi sal:

– Baaer, Bdcht, Bmléo, Brihx, Etwas, Kamio, Onurb, Slift, Torrj, todos aquellos que Kohtp nos había indicado.

– Puedo verlos?

– Por supuesto que no, por motivos de seguridad que comprenderá. Bueno, no directamente, eso es. (Encendí la pantalla de la pared) Ahí los tienes: Slift. Y “Bola”. Buen partido, ¿verdad? Los demás están detenidos en el hospital.

– ¿Los separásteis?

– ¡Señor Captp!

– ¿Qué son estos trajes militares?

– Uniformes penitenciarios de reglamento.

Apagué deliberadamente la pantalla.

– No, déjalos un momento, por favor. Quiero verlos.

– ¿Cual? ¿Slift o “Boule”?

– Primero Slift, luego Boule.

Cumplí obedientemente. No había ningún riesgo: la imagen generada por ordenador se había tomado a partir de

películas recientes y la calidad era perfecta. Los laboratorios habían llamado al montaje *Convicción* porque estaba claro que precipitaría la decisión de Captp –de un modo u otro, me temía–.

> ¡Slift, en nombre de Zeus! No puedo creer que te hayan atrapado. No pueden apoderarse de Slift la Serpiente... Debe haber habido un mar de policías, tal vez incluso el helicóptero GIR, ese sería el ruido del motor que escuché. Sobre todo, porque la fecha y hora de la operación, se las di en el último momento. Slift desconfiaba de Kohtp. Había asegurado una salida mediante una cuerda, con varios puentes colgantes por si acaso... No entiendo. Realmente deben haber hecho todo lo posible... Esos bastardos. Hola, Slift. Felicidades por todo lo que has hecho. Tal vez nunca vuelva a ver tu cara de zorro. Pero escaparás. Lo sé.

– ¡Boule ahora... Señor Presidente!

– ¿Sí?

– ¿Puedes salir un momento por favor? Me gustaría estar solo.

– Naturalmente. De todos modos, tengo que hablar con P. Aún tienes treinta minutos. No tiene sentido, insisto, esperar

un minuto de retraso, los medios de comunicación ya llevan una hora abajo y cualquier nuevo retraso alimentaría el rumor. Lo siento, no es obra mía. Hasta ahora.

Se quedó unos largos segundos en el umbral mirándome. Parecía incómodo, lleno de preguntas sin respuesta o de remordimientos. Quizás quería decirme algo, nunca lo supe. Finalmente cerró la doble hoja, apagó la luz y me dejó solo con la cara de Boule en la pantalla gigante.

XIV. ESPASMOS

Parecía tranquila, demasiado tranquila, casi apática. No estaba sonriendo, no parecía haber llorado, ni haber sido golpeada o inhalado gas, no era tan malo...

Había una palabra en su rostro, una palabra garabateada apresuradamente en los pliegues de su frente... una palabra que no quería leer: *abatida* o simplemente *triste*, o *resignada*. No, no resignada: triste, triste... como yo. Estaba moralmente agotado. El diálogo con A me había agotado las últimas energías y ya no podía pensar con lucidez. Escudriñé el rostro de Boule con intensidad mecánica. Lo detallé como si él tuviera que darme la respuesta, como si sí o no estuviera escrito como una marca de agua en el iris de sus ojos. ¿Qué estaba pensando ella en ese momento? ¿Estaba avergonzada de haber sido detenida, de estar allí, atrapada, aletargada, bajo el ojo vidrioso de la cámara? Si ella hubiera sabido que la estaba mirando... quería llamarla, entrar en el cuerpo de la cámara, deslizarme suavemente en la jungla de

cables y, al llegar al objetivo, realizar varios pequeños planos secos y discretos en la ventana... Ella no lo entendería al principio. Ella sacudiría la cabeza por todos lados, luego miraría a la cámara a los ojos y ¡me vería! Ella se reiría a carcajadas, llamándome loco... Yo rompería la ventana de un puñetazo y saltaría a la celda como un gato... Con un gesto ella se subiría a mi espalda y saldríamos corriendo, huyendo con los electrones conectándose aleatoriamente hasta una pequeña y discreta bombilla que sería despedazada suavemente... Escapar. Su rostro era espléndido, con sus labios naturalmente rojos, esa boca fresca, llamando, llorando... Era dulce verla, lo suficientemente dulce como para doler.

Treinta minutos. Abyecto... Jugando con tu destino durante treinta minúsculos minutos... Me pondrían al pie del Cubo. Realmente eso: "Al pie del Cubo". Sí. No. No es complicado: tres letras cada una... Sí (oui). O no (non).

"Tu carrera en la Volte ha terminado, aceptes o no mi propuesta". Sí. A tiene razón. Tan cierto que me dan náuseas. Si acepto, vivo. Es cierto. Igual de seguro es que la Volte morirá lentamente por mi decisión. "La Volte recuperándose..."; "¿La Volte? Su líder se convirtió en ministro, así que cuénteme más sobre eso, por favor"; "El capitán terminó chupando la zanahoria que le entregaron". ¿Y Slift? ¿Y Kamio? ¿Entenderán que no tuve otra opción? ¿Qué era eso o el Cubo? ¡Y aunque lo entendieran! ¿Podrían *aceptarlo*? ¿Admitirlo al menos como amigos? —"¿Dónde

están los amigos?” Sólo veo un flujo de mierda”. – gracias Slift.

Comprendí, a ráfagas, que mi decisión involucraba menos a mi putita lista para irse a la cama que a lo que, la mayoría de los volteos, habíamos terminado haciendo: una cierta distorsión en la volución. Ya no es el gran barullo de las manifestaciones que el poder “comprende”, rearticula y ensordece, sino el *golpe crudo* de chorros discontinuos, el ruido de un cable al cortarse, de una cuchilla sobre un hueso... con un bajo y más allá de lo expresivo. (infra y ultrasonido), una cierta facultad de silencio, la que precede y sigue al eco sordo de un clamor en una calle vacía. Si me convirtiera en E y esta expectativa de una bestia diferencial, esta garra de tigre que cruje sobre la roca, daría inmediatamente paso a la risa ronroneante de las playas de lo audible. Capitán Ministro... era como un Zork resucitado postulándose por el Progreso Democrático: una farsa estúpida en el mejor de los casos; en el peor de los casos, una vil traición.

Pero una traición que me salvaría la vida. Una traición que me dejaría una posibilidad, aunque fuera mínima, de volver a ver a Boule, de sentir sus pechos redondos entre mis manos... Un muerto, por heroico y coronado que sea por sus acciones, siempre sigue siendo un muerto: alguien que ya no sirve para nada y satura la memoria de los vivos.

Siempre puedo aceptar el cargo, gobernar durante unos meses y dimitir de golpe... Sí... Aunque pensándolo durante tres segundos, es evidente que esto no sólo no aliviará en modo alguno el shock traumático que provocará en la Volte. Sufriré de todos modos, pero tampoco tendré la más mínima posibilidad de volver a ver al grupo, a menos que quiera “entregarlos” a la policía. Aislado permanentemente de los demás, bajo vigilancia constante, ¿qué me quedará sino una existencia mohosa como profesor “respetado”, redactando folletos “críticos” debatidos en seminarios de negocios? ¿Seminarios sobre qué? ¡De cibernética! ¿Por quién? Por un prisionero amurallado sentado en su impotencia... Juego el juego al máximo o no lo juego. Las medias tintas son buenas para los medio hombres y yo soy un hombre completo. Un claro sí. O un claro no. Como la muerte. 31 años.

Apenas se movió, estaba en otro lugar. Seguía siendo magnífica. El contorno de sus labios. El costado de su nariz. Veintitrés minutos.

Ser capaz de actuar. Poder seguir actuando, por todos los medios, incluso a través de la muerte. ¿Qué prueba que no soy más eficiente, más volátil muerto que vivo? Basta pensar en Zork. Por supuesto, es difícil extrapolar qué habría sido de la Volte si no hubiera sido ejecutado. Aún así, su asesinato

había dado, en ese momento, un tremendo golpe al movimiento. Miles de rebeldes de todo tipo, excitados por la injusticia, habían llegado a nuestras filas; decenas de facciones alternativas surgieron de su dispersión de átomos y hoy continúan sus pasos. Yo mismo, ¿no le debo mi destino entonces?

Luego está E... E, que es el ministerio estratégico por excelencia –uno de mis sueños– estas búsquedas por correo electrónico lo descubrieron, de una forma u otra... Investigar este campo social para rayar el terreno liso, desmenuzar la película de hielo y que crezca la hierba a través de ella, las *malas hierbas*, las que no sembramos, que crecen por todas partes, en espesas matas, hierba cortante contra hierba corta... Tener todo el arsenal legislativo y coercitivo de un ministro, de sus enormes medios de normalización –y por tanto de subversión si logro hacer girar la turbina... Educar a un pueblo, elevarlo hacia una inteligencia activa... La Volte tendría un millón de miembros. Esta noche tengo esta oportunidad única en mis manos. Y sé que nunca la volveré a tener. ¿Por qué no agarrarla, por qué decir que no? ¡No! ¡Una y otra vez no! ¿Como un estúpido autómatas? Ser capaz de actuar. Luchar *por* algo, directamente a favor, y no en contra ... ¿De qué sirve haber eliminado el *Re de la Revuelta* si es siempre negar y demoler como un nihilista frenético? La construcción es también el espíritu de la Volte. Tienes que pensar, Captp...

¿Quizás algo sea realmente posible? Ser obstinado me ha vuelto, en gran medida, obtuso. La Volte me acostumbró a filtrar la realidad con cierto tamiz y a cerrarme conscientemente puertas y caminos que, pensándolo mejor, habrían sido transitables. Lo sé muy bien. También sé que ésta es la condición de toda evolución. Pero ¿aquí?

El cielo permanecía negro en todo lo ancho del horizonte y, a juzgar por las banderas, el viento cósmico acababa de levantarse... A lo lejos, las trayectorias de las naves espaciales me parecían lo último que quedaba libre en este universo amañado. Comencé a vibrar con las naves aterrizando en caída libre y dando marcha atrás en el último momento. Descargué pensativo sus cargamentos, sus turistas y sus hombres de negocios y partí tan rápido como había aterrizado, zigzagueando entre las demás naves por sucesivos toboganes, arcos rotos o curvas, según el espacio que se me ofrecía... Conmigo serpenteaba por el cielo una nube de naves: lanzaderas, cohetes, transportadores cuyas formas eran tan heterogéneas como sus funciones. Los paralelepípedos aplanados de los transportadores cruzaban las medias esferas de los platillos turísticos, los triángulos – jets privados– o estos grandes guijarros armoniosos de los buques de tránsito... Los cascos se enfrentaban desde lejos. Corriendo uno hacia el otro, parecieron desafiarse hasta la colisión fatal, luego se desvanecieron súbitamente, uno girando en espiral hacia la pista, el otro virando detrás del Cubo para disolverse en el cosmos...

¡Qué irreal me parecía todo ahora! ¡Qué lejano!...

A mis pies sólo estaba la línea clara y fría del bulevar central, orgullo de los diseñadores de Cerclon... Con su borde de halógenos blanquecinos, parecía un largo corredor de nieve desierto para la vida.

“Condenado a muerte...” Es difícilmente concebible que un gobierno al que le debemos la invención de los campos de educación cívica y el poder penitenciario pueda volver a la barbarie de inyectar a un hombre vivo en una pila de desechos nucleares. ¿Creen que soy tan peligroso? ¿Tan “irrecuperable”? Por el contrario, a menudo he pensado que la Volte, debido a su dudosa eficacia, era más un refuerzo del poder que un contrapunto, y que seguiría siéndolo mientras no encontráramos los vectores proliferantes de la lucha y los hombres para llevarla a cabo hasta el final. ¿Quizás después de todo leen mis ensayos? ¿Realmente los leen? ¿O al atacar la torre de televisión realmente hemos superado los límites de lo admisible, perforado la esfera de las normas, haciendo imposible cualquier vuelta atrás?

“Condenado a muerte...” Tres palabras que dependen de seis letras. Y seis letras que dependen ¿de qué? Me ahogo en palabras, digo cualquier cosa...

La Volte no me necesita para vivir y luchar. Nadie necesita que nadie pelee. Ella seguirá sin mí. Con rabia en el estómago. Y esta rabia la hará más violenta, más activa, dispuesta a todo para vengar a quien ha sido llamado mártir de la democracia... Tarde o temprano, la verdad sobre el complot saldrá a la luz, catalizando protestas latentes, y la revolución se extenderá como una sábana de ox en llamas... Sin mí. Sin mí y sin embargo gracias a mí, gracias a mi muerte... ¡Romperemos todos los círculos! Haremos elipses, parábolas, giros en todas direcciones... La gran circunvalación quedará abierta al exterior y la llamarán *Avenida Captp*... Conocerán la historia de mi vida en los colegios, mi infancia secreta, mi tímida adolescencia... cómo entré en la Volte, qué tipo de persona fui, qué bueno, inteligente y generoso fui, reinventarán todo mi diálogo con A, lleno de frases sorprendentes...

Mierda a todo eso.

Necesito recuperar mi lucidez. ¿Qué quiero? ¿Qué he querido siempre? ¿Por qué estoy peleando? Por la libertad. Por la Volte. Por las fuerzas vitales dentro y fuera del hombre. Cambiar Captp por E me alejará de lo primero, me prohibirá lo segundo y ciertamente agotará lo tercero. Morir eliminará todo, pero no contaminará nada, dejará todo intacto ante los ojos de los demás. Morir destruirá incluso las mejores voluntades. Muerto pero en pie, seguiré

luchando en el vientre de los otros. Yo los poblaré. Me multiplicaré en sus músculos y en sus nervios, hasta el punto de apretar sus puños arqueados y será nuevamente mi ira la que fracturará los escudos del poder.

Escuché un grito lejano. Luego, siguiendo el viento errático, se elevaron clamores desde la fachada. Me acerqué al ventanal y vi, ochenta metros más abajo, un caos de vagones de cristal y fríos focos apilados uno encima del otro cerca de las escaleras. Por encima del tumulto y a lo largo de las fachadas, reconocí las cámaras luminiscentes de las ocho cadenas holográficas que, guiadas espacialmente desde el suelo, describían círculos panorámicos utilizando motores a reacción, filmando a su vez las caras tintadas del cubo, la plaza, los periodistas, las cámaras, los rostros... Algunos proyectores flotantes, silenciosos y estacionarios a unos veinte metros de altura, prestaban sus rayos a las travesuras de estas cámaras voladoras, a las que también seguían, y como a cambio, dos cámaras deslizantes sobre el suelo. ¡Payasadas! Obviamente, todo estaba supervisado por dieciséis globos que garantizaban permanentemente la vigilancia remota del volumen cúbico y que un ojo poco entrenado reconocía por su rayo azul medianoche y la impresionante vivacidad de sus movimientos aéreos. Al nivel del asfalto, las cosas parecían mucho menos gráciles, si es que podía discernir en la compacta masa de periodistas que circulaban por debajo de mí, algo más que escarabajos

górxicos asustados por los primeros ataques de la enfermedad. De repente, aunque lo supuse más de lo que lo vi por la velocidad con la que los escarabajos se agrupaban delante de la entrada, apareció un hombre en las escaleras. Sin duda Af, el portavoz del cubo, o aquel a quien la prensa satírica apodó Pq: oficial de comunicaciones de P. La multitud se contrajo durante medio minuto y luego se distendió como un resorte. El ballet de las cámaras autofilmadoras, que habían estado suspendidas durante la escena, se reanudó inmediatamente en el cielo.

Regresé a mi asiento para contemplar a Boule. Ella había mantenido la misma actitud cansada pero sus ojos y labios verdes aún brillaban a la luz. Diez minutos más para poder mirarla, para saturar mi RAM con su rostro. Diez minutos antes de dar mi respuesta. Antes de que el cohete de etapa desarrollado por P encienda sus mortíferos reactores.

Siempre miraba sus labios, esas dos líneas de gouache rojo tan móviles... Recordaba los suyos... ¿Dónde estaban? ¡Increíble que hayan podido desaparecer tan rápido! Siempre permanecían al menos una semana, ahí, justo en la comisura de la boca, en la comisura... Cada vez que una operación es inminente, empiezan a crecer, debido al estrés... Y ayer fue especialmente grande: un herpes labial. ¿Qué falta? ¡Le “faltaba” la cara! Me quedé sin palabras durante largos segundos, sin entender. ¿Cómo lo hicieron? Entonces lo entendí. El proceso tenía un repugnante hedor a tecno. Quería romper la pantalla con las uñas. Me sentí

traicionado y violado en lo más profundo de mi ser. Me costaba creer que A pudiera haber estado siquiera remotamente involucrado en tal proceso; no debía haberlo sabido. Una idea de P. Habían prefabricado a Boule.

¿Y Slift entonces? ¡Debía haber sido lo mismo! ¡Así que no los atraparon! ¡Que todavía eran libres como el aire! No pude reprimir una alegría profunda e irracional, ¡como si, de repente, fuera ellos! ¡Yo mismo me sentí liberado! –¡Y de hecho ya los había superado un poco! ¡Eran libres! ¡Santo cielo! ¡Habían huido, tal vez Kamio también, tal vez Brihx! ¡Off! y ahora estaban escondidos esperando que la búsqueda terminara. ¡Tenían suficiente para dos meses, cinco! Siempre y cuando no fueran eliminados por negligencia. Imposible, Slift era demasiado hábil. Mi futuro dependía de él ahora.

– Señor Captp, debemos poner fin a sus meditaciones. El plazo expira exactamente en un minuto y el señor presidente y yo estamos ansiosos por escuchar su respuesta.

De repente, el videoteléfono había sustituido a Boule en la pantalla de la pared. La sonrisa de P se extendió hasta el mismo punto de sus labios, seca y sin misterio.

– ¡Subid, amigos míos, subid!

La pantalla de la pared se desdibujó y los esperé, recostado en la esquina de la habitación, volteándome de vez en

cuando para admirar la sofisticada malla del espacio aéreo que operaban los globos azules, en silencio.

> Por su voz, iba a decir que sí. Podría haberme sentido orgulloso de ello, ya que la batalla para convencerlo había sido muy amarga e indecisa. Pero yo estaba simple y sinceramente feliz. Feliz por el gobierno, que se enriquecía con el capitán de un valiosísimo ministro y por él porque podría expresar en este cargo todo el talento que antes desperdiciaba en operaciones insignificantes; feliz porque había sabido ser sabio y prudente, confiando más en su razón que en sus impulsos adolescentes; finalmente satisfecho por mi conciencia que, sospechaba, habría tenido todas las dificultades del mundo para aceptar el asesinato de un ser humano tan estimable como inocente. Le pedí a P que por favor me esperara en el pasillo. Él obedece de mala gana. Abrí la puerta doble y entré a la oscuridad de mi oficina. El capitán, probablemente demasiado absorto mirando un objeto en el cielo, no me había oído entrar.

– ¿Ya regresó, señor presidente?

– Mi velocidad sólo se hace eco de la de los medios.

– Ya lo veo. ¿Fue Pq quien les pidió que esperaran?

- Sí. "Pq."
- ¿Qué saben exactamente?
- Que hubo un allanamiento a la torre de televisión y estamos esperando más información de Seguridad Nacional.
- Un lugar común. Así que vinísteis a recoger una respuesta.
- No podemos ocultarte nada.

> Crucé la habitación para tomar una botella de la barra y la coloqué en un lugar destacado sobre el escritorio. Luego agarré el cenicero cúbico de oro macizo que había sobre la mesa de café y retrocedí unos buenos diez metros hasta el fondo de la habitación.

- ¡Acérquese, señor Presidente, acérquese!

A vaciló un poco, como si sospechara un movimiento tortuoso, pero mi apariencia afable venció sus dudas.

- ¿Ve la botella sobre el escritorio?

- Sí.

– Bien. Verá, pensé intensamente en su propuesta, sopesé detenidamente los pros y los contras... Pero aquí está: no estoy seguro de ser muy bueno tomando decisiones maduras y creo en el destino. Entonces, en lugar de intentar forzar el destino, pensé que sería más prudente dejárselo a Vd. Y hoy usted es el destino. El principio es sencillo: toma este cenicero en la mano y lo arroja hacia a la botella. Una de dos cosas: o toca la botella y mi respuesta es “sí”; o no lo hace y entonces es “no”. Adelante sin miedo, el destino guiará su mano.

A tomó mecánicamente el cenicero y me miró con total asombro. Obviamente no sabía qué hacer ni responder... ¡Completamente aturdido! Sin embargo, logró recomponerse un poco:

– Tú... ¡No quieres decir lo... lo que estás diciendo! Tu idea... es bastante grotesca.

– Grotesca, por cierto. Pero no tiene elección: ¡no lanzar significa no golpear! Y en este caso te recuerdo que mi respuesta será “no”.

– Este cenicero pesa demasiado, lo sabes bien. ¡Nunca podré alcanzar el objetivo!

– No digas “nunca”, di: “es muy difícil”. Estamos en el ámbito de la mayor o menor probabilidad. Estos son sólo

porcentajes de adecuación, tasas de impacto, lo que sea, ya estáis acostumbrados a todo eso...

– Razona, te lo ruego. No se puede tomar una decisión tan importante dejándola al azar, ¡es una vergüenza!

– Deberías concentrarte, de lo contrario no tendrás ninguna posibilidad.

A negó molesto con la cabeza. ¿Era una intención real de negarse o un trasfondo de obediencia que le salió incongruentemente? Aun así, empezó a levantar el cenicero y consiguió, después de un esfuerzo que le costó mucho disimular, levantarlo por encima de su cabeza con el brazo extendido. Su brazo, gastado por los años, temblaba como un pilar tambaleante, y de repente tuve miedo de que el cenicero cayera repentinamente sobre su hombro –pero él debió tener aún más miedo que yo porque rápidamente lo volvió a dejar en el suelo, asfixiándose en un llanto quejoso y avergonzado. Me hizo sentir pena por él. En ese momento parecía tan débil, tan desesperadamente viejo...

– Veo que le falta convicción. Así que me voy a modificar el destino para acabar con sus remordimientos. Lanzaré yo. Me perdonará el cambio de la regla para darle más sabor al suspense: un toque ahora vale un “no”; y un fallo por un “sí”.

A asintió con la cabeza. Cogí el cenicero con la mano izquierda y, mientras retrocedía para dar unos pasos hacia atrás, apunté a la botella. Corrí hacia adelante casi de inmediato –mi cuerpo ligeramente arqueado, mi brazo levantado– y lancé el objeto con un tiro tan violentamente tenso que terminé mi carrera doblado en dos, con mi mano izquierda tocando el suelo. Aún no me había levantado cuando el fuerte grito de “no”, lleno de fragmentos de vidrio, pulverizó las últimas dudas de A...

– ¿Escuchaste mi respuesta?

A me miró con una lasitud dolorosa en la que no sabía si leer ira decepcionada o incomprensión total.

– Si esa es su elección... ¡P! Ah, estás ahí. Llame a la escolta. El señor Captp... finalmente nos niega sus talentos.

–Bien, señor presidente.

El sonido de botas de plataforma llegó rápidamente desde el pasillo.

– Señor Captp, ¿debería realmente considerar irrevocable su decisión? Sabe los riesgos considerables que corre, es casi un suicidio y yo...

– ¿Tendría usted algún remordimiento, señor P? Aún puede detener la máquina y, en lo que respecta a su conciencia, perdonar, manteniendo la justicia de su lado...

En un instante vislumbré un posible sobresalto. Estaba visiblemente alterado, presa de una casuística inextricable, y en sus ojos había un largo y extraño aleteo. El hombre quiso responder, pero fue el Presidente quien le arrebató la palabra:

– No soy el único que decide, señor Captp. Soy responsable de un gobierno que quiere poder gobernar. Estoy a cargo de un pueblo que valora su seguridad por encima de todo. Mis decisiones ya no me pertenecen desde hace mucho tiempo. En cuanto a mi conciencia... con el tiempo podré hacer frente a ello.

– ¿El tiempo? Recen para que Slift no acorte su etapa pacífica...

– Yo... vendré a verle en unos días, como un amigo.

> El escolta lo apresó como a un delincuente común y lo llevó a su celda. Despedí a mis sirvientes con gesto cansado y entré en mis habitaciones, mi mente agitada por una sola palabrita, que ni mi profundo cansancio ni el cinismo ordinario de mis noches lograron ahuyentar del todo, de modo que permaneció allí mientras me quitaba la ropa, cerré la esclusa y me acosté, quedándome allí, dando vueltas: “desperdicio”, “desperdicio”, “desperdicio”...

XV. CAPT / CAPT

“Con gran emoción les presentamos hoy *el Evento*, y no podemos comenzar sin expresar nuestro reconocimiento y agradecimiento a Seguridad Interna, y especialmente al Grupo de Intervención Rápida de Helicópteros, sin el cual su programa, como muchos otros, no podría haber sido transmitido a usted. Ayer, durante la noche, mientras muchos de ustedes disfrutaban de un merecido descanso, se produjo un gran golpe de fuerza en nuestra ciudad. ¿El reto? Nada menos que la libertad más fundamental de nuestra democracia: ¡la libertad de expresión!”

> El público se pone de pie para aplaudir al presentador quien, en respuesta, inclina el pecho varias veces para saludar. Un simple desvanecimiento pone fin a la euforia. Primera pantalla publicitaria: “Défordre, tus deseos son

nuestras órdenes”. Dos... Tres... Cuatro... Cinco... *Sérénitas Technologies*. Porque la serenidad es un derecho”. Fundido.

“La secuencia que sigue es, no se lo ocultaremos, casi insoportablemente violenta. Si finalmente decidimos emitirla es porque creemos que no hay libertad real sin libertad de conocimiento (el público del estudio aplaude). Esta secuencia surge de la grabación de una cámara oculta de la torre de televisión y nos fue cedida, en nombre de la transparencia y de forma gratuita, por Seguridad Interior, a quien queremos agradecer por este gesto que les 'honra'. Como la película dura cinco minutos, dudamos en emitirla íntegramente. Pero el derecho de inspección que os debemos, una vez más, nos prohibía realizar la más mínima división. No puedo recomendar lo suficiente a personas sensibles, a niños y ancianos con dificultades respiratorias, que no dañen innecesariamente sus cuerpos y su imaginación con las escenas de rara crueldad que contiene la grabación. Invito también a los felices propietarios de un sistema de proyección holográfica a que se ciñan a las dos dimensiones ordinarias, la película que sigue presenta –perdónenme la broma– suficiente relieve como para que no sea peligroso añadir el de la holografía”.

Fundido. Sólo una pantalla esta vez, silenciosa, letras azules sobre fondo azul: “*Sérénitas, vivan en paz*”. Fundido. La película comienza. Se inicia con estas palabras de comentario: “El líder de la Volte, asesino de dos empleados y de un agente de seguridad de la empresa Défordre fue

puesto bajo custodia policial, en espera de una sentencia que ya anunciamos como excepcionalmente severa”.

> Boule buscó la mirada de Kamio. Los ojos de Kamio estaban vagos. Nadie sabía qué decir o pensar.

– ¿El capitán hizo eso?

– Cálmate, Kamio.

– ¿Viste lo que hizo?

– ¡Es basura! ¡Un puto montaje!

– ¿Un montaje? ¿Como lo sabes?

– Al guardia de seguridad lo tiré por la ventana, yo la abrí...

– Tú la...

– Lo lancé con mis propias manos. Me había disparado.

– ¡Eres un bárbaro!

Obffs, bastante tenso, interviene:

– ¡Ay, Kamio! Seguiste la pelea detrás de tu persiana... Así que a tu moraleja, le pusiste un pañuelo. Quisiera señalarles

que sin la acción, Brihx y yo estaríamos detenidos como los demás. O en el paraíso, como Baaer, a quien dejaron ahogarse en el foso –¡si es que no lo ahogaron ellos mismos!

– Encontraré a Kohtp. Te lo juro por mi vida. De un cable lo colgaré en el tanque de tóxicos de arriba, y lo bajaré, para que el ácido le coma primero los pies, las pantorrillas, las rodillas, y cuando en lugar de piernas solo le quede un trozo de papilla, lo dejaré caer, y de él quedará solo una cola, ni siquiera un hueso de perro.

Boule no había escuchado. Ella permaneció varios minutos como paralizada por el anuncio. Entonces lágrimas silenciosas comenzaron a correr por sus mejillas. Ella estaba sollozando. La apreté suavemente por los hombros.

– No ha terminado, no ha terminado. ¿Quién creerá en tal configuración? Sus alumnos conocen al Capitán, saben que es un buen y honesto profesor. Vamos, vamos... Y si lo mantienen preso, lo sacaremos, ¿no? Escapará...

Ella no me respondió. Sus lágrimas seguían fluyendo, en silencio. Kamio desconectó el monitor. Miró mecánicamente por el periscopio y se acostó en la oscuridad. Boule estaba llorando. Obffs y Slift estaban haciendo lanzamientos de cuchillo. Era de noche. De todos modos, siempre era de noche en este agujero de mierda. Levanté el telón. Apagué la luz y me acosté junto a Boule. Apreté su mano fría en la oscuridad. Estaba enfermo. Captp había sido capturado.

> Lo que servía de celda era una habitación cúbica que debía tener unos cuatro metros de ancho. Estaba enteramente cubierta por una especie de cristal esmerilado, de color gris claro y suave al tacto. Una mesa redonda con patas redondas y algo de papel; un puf de imitación informe y desgastado; una bonita cama, atornillada al suelo, de madera rara procedente de la Tierra, constituía el placer de la habitación. Sin ventana. Sin tragaluz. La puerta blindada no tenía tirador en el interior y la única salida de aire de la celda, situada a cuatro metros de altura, estaba electrificada y, en cualquier caso, fuera de mi alcance, a pesar del ingenio de las mesas otomanas que había probado. Y luego, clavado en la pared y protegido por varias capas de plex, un televisor corriente, con toda la red de cable... Un televisor que no se podía desconectar, ni esconder, ni romper, y que además hacía las veces de videoteléfono. La suavidad de las paredes y del suelo, la redondez exasperante de los muebles, implacablemente acolchados, sin puntas ni ángulos, que no podían romperse ni estropearse, impedían de antemano cualquier agresión contra uno mismo. Los sonidos mismos eran absorbidos y amortiguados, el tacto uniformemente suave, la vista plana. Sin olor. Estaba condenado a la calma, a la paz envolvente de los objetos y la televisión.

Me vino a la mente este chiste sobre el preso al que le habían dado, para recompensar su buena conducta, una celda muy agradable, con todas las comodidades posibles.

Un año más tarde, los psiquiatras acudieron a él para una visita de rutina:

–Entonces, ¿cómo te sientes?

– Estoy muy bien.

– Los supervisores nos informaron de... digamos una anomalía de comportamiento que nos gustaría aclarar con usted...

– ¿Me porté mal?

– No, no, en lo más mínimo. Sólo queremos entender por qué ves 18 horas de televisión al día...

– ¿Por qué yo...? ¿Queréis decir que eso no es parte del castigo?

En mi celda había seguido, uno a uno, todos los informativos televisivos, todos los flashes, desde *el Acontecimiento*, siempre tan grotesco, hasta ese trapo desinformativo por excelencia que era *Mi Cosmos* –que no había dudado en cortar el montaje en cuatro secuencias de un minuto cada una, intercaladas con sesiones de telecompra. La cobertura de lo que *de facto se había* convertido en un “golpe de Estado” me habría parecido escandalosa, en otras circunstancias distintas a la mía. ¿Pero

fueron las repeticiones las que, secuencia tras secuencia, castraron un poco más mi ira? ¿O ese extraño placer que experimentaba durante las defenestraciones? Toleré extraordinariamente bien a este nuevo Captp, a este Capitán que mataba como si vibrara... Cuanto más lo miraba, más se desvanecía en la niebla la odiosa mentira que constituía el montaje... Y lo que se acercaba a mí, en la pantalla, era la verdad de un hombre con violencia explosiva y gestos enojados, agudos y sifitianos. Un hombre que encendía en mí tal júbilo que no podía deshacerme de ese deseo indescriptible... de ser ese hombre, de haberlo sido verdaderamente, y de deber mi lugar aquí, en esta celda, no a dos puertas cerradas por un traidor, sino a crímenes reales. Estaba cautivado por este antihéroe absoluto... por ese lado oscuro... esta especie de revestimiento sombrío que cubría las habitaciones secretas de mi conciencia y que acechaba a un demonio interior inexpiable... Este demonio, habían ido a extraerlo con fórceps de las bóvedas de mi alma y me lo mostraban a plena luz del día, ¡el feto inmundo! –con sus largos flujos de grasa y plasma, su rostro áspero por el odio y el pequeño chasquido seco de sus colmillos que desgarraban la carne de neón de los policías. No lo habían inventado, estaba convencido: lo habían encontrado en mí, ya allí para defenestrar y matar. Y este no era el descubrimiento encubierto de un psicopata mal clasificado, era una lectura lúcida del alma que delataba al analista perspicaz y quisquilloso. Porque adoraba precisamente eso en él... en mí... esta violencia, esta furia

que ningún marco humanista o paramoral tuvo la estupidez de intentar limitar. Matar instintivamente: había algo infinitamente bello en este impulso vital, algo que ningún sistema de valores podría jamás juzgar y que venía... de mí.

A medianoche, la televisión finalmente se apagó. Sin embargo, seguí mirándola, presa de un letargo invencible. Y lo que vi entonces, reflejado en el cristal grisáceo de la pantalla, sólo lo hizo más terrible: simplemente yo, sentado, mirándome. Poco a poco tuve la impresión de que ese hombre sentado frente al televisor me miraba, que me abría la piel con sus ojos grises y que contemplaba algo de la lenta lucha dentro de mí. Un perro... Había regresado... Había mordido al tigre con las garras del silencio... le había transmitido su rabia... lo había puesto enfermo... enfermo como un perro...

El futuro de la Volte siempre había dependido de una pelea de animales, una pelea interminable que tenía lugar en cada volte y entre cada volte. Quizás existió por primera vez en nosotros el perro que muerde, el animal doméstico que se cree un lobo porque vive en manada y tiene largos colmillos. La bestia que, al acercarse los amos, sacude el metal de sus cadenas para poder desatarlas, se asfixia saltando y gruñendo de rabia al no poder morderlas, hasta el punto de que acaba luchando contra el pastor alemán que fue dejado de lado para agudizar su odio y que lo agudiza tanto que acaba creyendo que este perro policia, con su perrera de hierro y las mismas cadenas oxidadas, es su único enemigo:

se olvida de los amos. Sí, en nosotros vivía este masticador de embutidos, el ladrón de sueños voladores atado a su perrera, el levantador de perreras, que cree demostrar su fe mostrando sus mordiscos, muestra su cuello pelado en prueba de su valentía, que ladra, ¡lucha! lucha! aunque ya no sabe para qué, siempre rogando por esa comida que no llega, sólo capaz de gritar, correr y ladrar cuando los demás solo ladran.

También en cada uno de nosotros, perseguido pero ya sin importarle, se mueve un tigre, uno de esos tigres del afuera, púrpura, con “ruidos estridentes de piedras trituradas”, un animal de sangre azul, con la mirada amarilla de las auroras y las primeras horas. Horizontes sin sueño pero, que disloca los agregados de arena con una garra, se alimenta de ellos y defeca a su paso los ríos de oro que rastrea la jauría –que se aleja de las ciudades, de los perros y sus perreras– recorre y viaja tan lejos, que la manada cree que huye, cuando él sólo huye de la arena que le aplasta las piernas y mide sus saltos, que no busca presa alguna y sólo descansará en la mañana de ese día cuando de su vientre brotará, de estos granos tragados, el tigre dorado con piel de trigo.

La televisión se encendió de nuevo y de repente apareció un videoteléfono. Una cara de guardia sonriente. Las frases. Presidente, comida, tiene el honor de... Asentí sin pensar, todavía en shock por mis visiones y vi la puerta blindada

abrirse para dejar entrar a dos guardias armados. Uno empujaba una comida tipo buffet, el otro llevaba una bola negra que se fijaba a la rejilla eléctrica del techo. Objetivos láser–infrarrojos–configurables... La rutina. Un anciano elegante esperaba en el umbral hasta que todo estuvo en su lugar. Era A. Llevaba un paquete voluminoso bajo el brazo. Salieron los guardias.

– ¡Hola señor Captp! Como le había prometido, vengo a hacerle una visita fugaz. Espero no molestar.

–Para nada, presidente.

“¿No ha escrito nada, supongo?”

– No.

– ¿Sabías que coleccionan de todo?

– Sí.

– Bien. ¿No te pareció demasiado aburrido el día?

– ¡Al contrario, fue emocionante! Pasé mi tiempo admirándome en el espejo.

> Señaló la televisión.

– Hablando de hielo, y como lo estás rompiendo tan rápidamente, me tomé la libertad de traerte un regalito que, creo, no disminuirá tu naciente narcisismo ni la imagen ya desfavorable que tienes de mi gobierno, pero que todavía puede divertirte.

Le entregué el paquete, que rompió sin precaución.

– ¡Un programa de juego virtual! Aquí entonces... *Capture Captp. ¡El asalto a la torre ya en virtual! Revive la extraordinaria masacre épica de los terroristas de Volte y evita que Captp tome el control de la torre. Una desgarradora aventura en tres dimensiones que te pondrá cara a cara con el enemigo declarado de la democracia. ¿Conseguirás detener la diabólica maquinaria del golpe de Estado? ¿Resistirás los golpes bajos del demonio Volte? ¿O acabarás como el señor Lnpor, con el cuerpo desparramado por cien metros de caída? Para descubrirlo, ¡ponte el traje de acción sin demora! Eres Lnpor. Sigues el progreso de Captp a través de las pantallas de seguimiento... ¡Pero ten cuidado! El diablo siempre aparece donde menos te lo esperas... ¡Magnífico! Ah... También hay indicaciones en minúsculas...*

“ADVERTENCIA: de acuerdo con el Decreto N° AL-245, este producto ha sido sometido a la aprobación de la Comisión para el Control de Ficciones Interactivas, la cual autorizó su comercialización. La CCFI, sin embargo, advierte a los consumidores contra “los riesgos de perturbaciones físicas, afectivas o emocionales que pueden derivarse de la

inmersión en un universo virtual, así como las posibles perturbaciones, distorsiones o pérdida de realidad que la práctica intensa y desmedida del juego puede provocar en un usuario psicológicamente frágil”.

“TENGA EN CUENTA: la empresa Virtuoze, si bien se esfuerza por ofrecer a sus productos el mayor grado de veracidad posible, no siempre es capaz de ofrecer al público un programa “100% real” y, por lo tanto, no se hace responsable de los posibles ajustes realizados al material histórico disponible, en particular imágenes de archivo, para hacerlos accesibles al público en general. Este producto es un juego y debe ser tratado como tal.

“RECOMENDACIONES PARA UNA MEJOR PRÁCTICA DEL JUEGO: el traje de acción incluye todas las armas de un agente de seguridad común: porra, guantes con armazón metálico, revólver de largo alcance con balas paralizantes y rifle con descargas incapacitantes. Puedes usarlos indistintamente. Todos los golpes realizados por un miembro de la Volte se reproducen físicamente: disparos, puñetazos, patadas, agarres diversos, llaves de brazo, con o sin intento de fractura, estrangulamientos... ¡se experimentan tal como son! La posición de juego de “máxima experiencia”, que sólo recomendamos a virtuosos confirmados y físicamente impecables, puede provocar contusiones y hematomas, rasguños más o menos profundos, quemaduras tipo bala, luxaciones o esguinces leves, así como lesiones por asfixia de duración indefinida. Le recordamos a este respecto que,

según la ley PK-531, la empresa Virtuoze no puede en ningún caso ser considerada responsable de las lesiones y suicidios involuntarios resultantes de una práctica peligrosa o irracional de sus programas virtuales. El juego se puede detener en cualquier momento usando el comando de voz ¡PARAR! ¡DETENER! que finaliza el juego y hace un balance de tu desempeño. Actualmente hay doce niveles de juego disponibles.

“¡Y bien! ¡Las recomendaciones son alentadoras!”

– Están presentes en todos los programas virtuales de la llamada “acción violenta”.

– No lo sabía.

– ¿Alguna vez has entrado en un mundo virtual?

– Nunca en un mundo violento.

– Es cierto que el nuestro ya es suficientemente fuerte. ¿Eso te agrada?

– Eso es encantador... ¿Cómo es que el juego ya está en el mercado?

– Aún no ha llegado. Estará allí dentro de tres semanas: una semana antes del referéndum sobre la pena capital... y de las últimas encuestas. Antes, técnicamente hablando, no habría sido creíble.

– Le disteis la exclusiva a Virtuoze...

– Sí. Una semana antes de la operación, el montaje ya estaba listo y P lo transmitió a los informáticos de Virtuoze, bajo el sello de secreto, para que desarrollaran el programa. Dentro de tres semanas, no sé si lo recuerdas, pero es el Día del Niño, y según nuestro estudio de mercado, se estima que en esa fecha se venderán alrededor de 700.000 programas. Para Virtuoze, el asunto es más que jugoso y silencia los inevitables escrúpulos morales. En cuanto a nosotros, jugando entenderás cómo este tipo de programa... Los padres los compran para sus hijos, pero son ellos quienes, en última instancia, jugarán. Es un principio conocido en el marketing político que las elecciones ideológicas de hecho responden a afectos primarios como el miedo, el disgusto o el deseo... Lo cual es aún más cierto en el caso de la pena de muerte, donde la gente necesita un conocimiento concreto, casi íntimo, del culpable para poder realmente entenderlo y pronunciarse. *Capture Captp* satisface esta necesidad.

– Y, digamos, “facilita” la elección, ¿no?

– Naturalmente.

– No debería haber venido a verme, señor presidente. Tenía en gran estima a su persona y en un minuto ha empañado su brillo augusto.

– Perdón. El proceso ciertamente no es de una elegancia impecable, pero sí ingenioso.

– ¿Lo ha probado?

– Lo intenté.

– El juego.

– ¡Ah! Sí, en experiencia mínima. Me encontré en caída libre. Muy impresionante. Nosotros... ¿Podemos empezar a cenar si quiere?

> No estaba orgulloso de sí mismo, realmente no. No estoy orgulloso de sus métodos y de mi encarcelamiento. No estaba orgulloso de compartir esa bandeja de comida ante la cual su educado olfato y su paladar apenas disimulaban un comprensible disgusto. Sinceramente me preguntaba por qué había venido, qué tipo de complacencia podría haberlo empujado a encerrarse aquí... ¿Y a decirme qué, en definitiva? Una estrategia, una más, para empujar mi cabeza aún más profundamente hacia el Cubo... No... Debe haber querido decirme o extorsionarme con algo, algo más que justifique su descenso a este agujero acolchado. Humíllate un poco más...

– Al recordar la entrevista que tuvimos, me di cuenta de que había un problema que nunca mencionaste y que, sin

embargo, casi siempre aparece entre las demandas de una extrema izquierda a la que sé que estás cerca: ese es Terminor y su papel.

– ¿Y entonces? Tampoco os he hablado del Clastre, de la trazabilidad de los cadáveres, de los servicios antiparasitarios, del paro, de los rad-zones, del Cubo, de la contaminación radioactiva, del Parque Azul... ¿Quieres una especificación de tus horrores?

–¿Qué importancia tiene para ti el Terminor?

– El que tú le concedas.

–¿Qué significa eso?

– Que Terminor sólo tiene la importancia que le dan quienes gobiernan en su actuar diario. Que cuanto más se reduce la política a cuestiones socio-cuantitativas, más se establece el Terminor como polo articulador de la vida social; un polo racional e incorpóreo que pone en movimiento procesos de muerte –al menos procesos de vida inorgánica. Si se clasifica a las personas, por ejemplo, basándose en criterios de cálculo, utilizando el poder del Terminor, lo que cuenta no es la estúpida sacralización de la máquina que esto induce, no es su personalización: lo que cuenta es el hecho de que las propias personas empiezan a calcular, se convierten ellos mismos en pequeños terminores que ya no sonrían a sus compañeros sin pensar

en los pocos puntos ganados con esta sonrisa y que, multiplicados por un coeficiente de 20, llegan a 40.000 plazas de promoción.

“Pensé que considerabas al Terminor un instrumento de alienación.

- Es verdad.
- Eso no es lo que dices.
- ¿Me he expresado mal?

A no respondió. De repente sacó un extraño mando a distancia de su bolsillo y apuntó a la cámara láser y luego al televisor.

– Estoy apagando la escucha. Listo. Tengo poco tiempo. Exactamente cinco minutos: privilegio presidencial. Esta tarde recibí sobre mi escritorio las nuevas estimaciones de impacto y debo decirle que lamentablemente confirman las predicciones desastrosas que le había señalado. Por eso he decidido correr el riesgo de revelar un... secreto de Estado cuyo peso, estoy convencido, usted apreciará.

> Observé por el rabillo del ojo su reacción, pero deliberadamente permaneció impassible.

– En el origen de los Cerclons, como usted sabe, se encuentra el trabajo del Comité Científico Interplanetario, que gozaba en su momento del inmenso prestigio de haber disuadido para siempre, se pensaba, de toda guerra termonuclear gracias a la invención del Escudo Total: el Escudo a lo que hoy debemos, dicho sea de paso, el regreso de estas largas y mortíferas guerras clásicas sobre el terreno. Pero sigamos adelante... El CSI, por tanto, se propuso desarrollar la arquitectura y el funcionamiento general de lo que llamaba en su jerga “las Nuevas Entidades Socioeconómicas Autorreguladas” que poco a poco colonizarían el sistema solar hasta la Tierra devastada. Las Neseas deberían, si nos atenemos al proyecto inicial, haber incluido varios modelos de sociedad, incluidos tres de notable originalidad. Pero dada la magnitud de la tarea y los problemas de modelización encontrados, el CSI se atuvo a un modelo único, muy cercano al sistema de multinacionales que predominaba en la Tierra desde mediados de siglo. Este modelo fue el de Cerclon. En aquel momento, el CSI estaba convencido (aunque hoy en día esto hace reír mucho a nuestros informáticos) de que sería posible gestionar completamente una ciudad de siete millones de habitantes con un gigantesco ordenador de sistema modular. Terminar tuvo que hacerse cargo de todo lo que parecía que podía ser informatizado: suministro de agua, carreteras, distribución

de oxígeno, transporte público, tráfico rodado, sistema bancario, publicidad, suministros de minerales y metales, planes de producción, encuestas... Todo. Anunciaron con orgullo su ambición y se pusieron manos a la obra... Pasaron unos buenos veinte años antes de que nos diésemos cuenta de que incluso los expertos en robótica más brillantes estaban abrumados por el proyecto. Demasiado grande, demasiado complejo, inmanejable... y extraoficialmente se dieron por vencidos. ¡Pero no oficialmente! Se instaló el Terminor y lo que se podía poner en funcionamiento: archivos individuales, colección léxica, oxígeno, bancos, etc. Y por lo demás ¡bien! 50.000 personas cuatro alfabetizadas trabajan permanentemente para compensar las deficiencias de lo que se suponía que funcionaría perfectamente durante mucho tiempo...

– Es un secreto a voces...

– Sí, mucha gente lo sospecha. Pero en su mayor parte el mito se conserva. ¿Por qué mencioné todo esto? Porque el CSI, quemado por sus fracasos y temiendo una posible fuga de Terminor –que tendría, aunque sólo fuera en el aire, consecuencias catastróficas– decidió, a partir de la construcción de Cerclon I, implantar...

> Miró ansiosamente su reloj. No pude soportarlo más.

– ¿Para implementar qué?

– Implantar un mecanismo de desconexión definitiva del Terminor en un lugar ultrasecreto e inaccesible.

– ¡Un seccionador! ¡Eso es lo que pensó Zork!

– Lo se. Esa deducción también precipitó su ejecución...

– ¡Nadie en Volte le creyó! Todos estaban convencidos, yo en primer lugar, de que el CSI nunca habría corrido ese riesgo...

– Sí, es sorprendente. Sorprendente por parte del CSI, que siempre ha mostrado públicamente tanta confianza en sus logros...

– ¡Entonces el seccionador existe!

– Definitivamente existe. ¿Y sabe dónde está?

– Aquí, ¿no? ¿Aquí, en el cubo del gobierno, muy cerca de mí?

– No. Eso es lo que también creía Zork. Esta elección parecía lógica, demasiado lógica, y por eso no fue elegida. Un lugar inaccesible, humanamente hablando...

– ¡El exterior! ¡En la Zona del Afuera!

Miró de nuevo su reloj, haciendo una mueca. Comenzó a gritar: “¡Guardias! ¡Guardias!” Lo miré asombrado, pero él me hizo un gesto con la mano para tranquilizarme y, al ver que nadie respondía, pareció aliviado.

– El seccionador se ha colocado dentro del Cubo. El Gran Cubo. Exactamente en el punto Zenith norte. Coordenadas 990–990–996. Hasta tal punto que para una persona condenada a muerte, la incubación se convierte, desde esta perspectiva, en una esperanza. La loca, pero real, esperanza de desconectar permanentemente Terminor. Y desencadenar la revolución.

– Es increíble.

–Claro. Usted lo sabe. Ahora puede soñar... Tiene un mes para soñar. Quería dejarte este sueño. Te quité todos los demás...

Con un movimiento lento, se levantó, restableció la escucha y llamó a los guardias. Me estrechó la mano durante mucho tiempo, me dijo que deseaba de todo corazón que la campaña por mi muerte fracasara y se fue con la buena conciencia bajo el brazo.

> Habían pasado quince días. Todos habían contado con sus propios dedos. Sus bocas decían algo como “no lo hagas Serpiente, te apresarán”. Pero dije quince días. Quince, ni

uno más. Los treinta metros cuadrados del escondite, con sus seis camas juntas y comida para dos meses, estaban llenos de todo. El culo lleno también de esas muecas que vinieron a explicar en la televisión por qué Captp era así o asá, dondequiera que estuviera su triángulo de Edipo, la muerte de sus padres, sus libros de los que no entendían nada, y en los que diluíamos nuestros cráneos en sopa. Tanto es así que la cabeza me daba vueltas y sólo había en ella un deseo sólido: ir a descuartizarlos a todos, uno a uno, con un machete, a todos estos payasos disfrazados y sus esclavos comemierdas que nos estaban chupando el oxígeno.

> Slift salió anoche. Tenía que hacerlo si Captp iba a tener otra oportunidad. Temía terriblemente esta incursión un tanto prematura. Pero ve y detén a Slift... Nuestro escondite estaba en el mismo espesor del anti-rad y sólo podíamos entrar y salir arrastrándonos unos buenos cien metros por un túnel del ancho de una persona. De todos modos, no era la salida en sí lo que me preocupaba. En este lugar no había ninguna cámara y la trayectoria de vuelo de los flotadores pasaba trescientos metros más al este. Era el cruce abierto de la rad-zona, donde todavía patrullaban algunas brigadas. Y, sobre todo, el círculo industrial, muy vigilado desde que los medios de comunicación difundieron el rumor de un

inminente contraataque de la Volte. Como si tuviéramos los medios para contraatacar...

> Eran las tres de la madrugada. Si todo iba bien, Slift regresaría alrededor de las cinco. De lo contrario... Kamio que no había querido que Slift hiciera la incursión, estaba listo para cualquier cosa ahora. Ahora tal vez nunca lo vuelva a ver. Habían anunciado el “show de la verdad” para el próximo sábado. Afirmaron que se negó a hablar antes del espectáculo. Su abogado dijo que estaba “en pleno uso de sus medios” y “confiado en el resultado del juicio”. Mentiras blancas. El capitán nunca habría aceptado un abogado. Y amaba demasiado la vida como para contemplar con calma la construcción de su cadalso. Para él lo más horrible debió ser pensar que nos habían traicionado. Este pensamiento debe haberlo recomido por dentro. ¿Estaba Kohtp... estaba enojado conmigo? Nadie aquí me había hecho ningún reproche. Slift se hizo cargo plenamente del tema: “Estaba confundido acerca de hacerlo bien; incluso Qzaac lo habría eliminado; soy un policía de la serie ZZ+, el tipo anti-disfraz”. Le agradaba Slift, por mucho que enseñarle a lanzar un cuchillo fuera una señal de estima y ternura por su parte.

> La alfombra de mentiras se había extendido como habíamos predicho: con triste facilidad. “El regreso de la pena de muerte”; “La pena capital: por qué debe restablecerse”; “Muerte para los asesinos”; “Incubar para disuadir”; “Que empiecen los señores asesinos”... En aras de la “justicia democrática” –otro descubrimiento de Af –mi gobierno había asignado a cada partido político una subvención de campaña proporcional a su representatividad (ningún alfabetizado escapó a eso entre el Partido Azul, Cerclon + y Progrès Sécurisé, casi el 90% de los presupuestos de comunicación se destinarían a la ejecución de Captp). El impacto de los anuncios, sin embargo, fue relativamente marginal. Fueron las encuestas falsas las que, como suele ocurrir, fueron decisivas. La primera tarde, tras la difusión masiva del montaje, la verdadera investigación indicó una ligera ventaja del 51%/49% en la pena de muerte, a pesar de una respuesta inmediata del abogado del capitán sobre el fraude, respuesta que suscitó dudas entre el 8 y el 11% del electorado.. De manera muy clásica, el problema consistía en determinar el porcentaje de (falsos) partidarios de la sentencia que debía anunciar Sondophage, de modo que en una semana, cuando el deseo de conformidad jugara sobre los indecisos, se alcanzara realmente este porcentaje

ficticio... Nuestros expertos corrigieron las matrices: con un 60% anunciado y una desviación evaluada en 16 puntos, el porcentaje real de seguidores aumentó “milagrosamente” del 52% al... 60%. En exactamente seis días. Magia de la mentira autocumplida... Magia de la producción de la verdad... En una semana se estrenó *Capturez Captp*, al mismo tiempo que el show de prueba donde P iba a atraparlo cuidadosamente. La Volte pronto no sería más que una forma borrosa en la niebla de la historia.

> El desfile consistió en un desequilibrio combinado: frecuencia y colores. Recibí un zumbido grisáceo de electrones. Más imágenes: una mesa. Puntillista. Abstracto. Un descanso para el alma. Desde entonces mi cuerpo aspira a existir, a recuperar densidad, un espesor energético interno. Entonces, después de cuatro días de duda, finalmente me puse el traje de juego, conecté los auriculares de omnivisión, ajusté las dos pantallas al ojo y me puse en modo Exploración.

De inmediato fue un shock: caminaba por la Avenida del Presidente A 2070 y ¿qué se encontraba frente a mí? La Torre. El hiperrealismo de lo virtual era abrumador. Tanto es

así que tuve la impresión de oler el polvo húmedo que se elevaba esa noche sobre el asfalto, y que si me giraba, cincuenta metros detrás de mí, estaría Bmléo, a mi izquierda Obffs y, al otro lado de la Torre, escondida en el bloque de turbinas Slift la Serpiente. De repente, mi corazón se aceleró cuando vi a un policía doblar la esquina.

– Hola señor Lnpor. ¿Ya en el trabajo?

El policía me saludó con un gesto amistoso y continuó alegremente su camino. Saqué mi revólver y le vacié el cargador. Paralizado por la primera bala, se tambaleaba como una estatua de yeso bajo el choque mecánico de los perdigones que se hundían uno a uno en su rostro tenso. Al quinto disparo se desplomó con un estrépito de huesos rotos. Me acerqué a él y le di una patada en la cabeza con la bota. Su cráneo crujió. Lo doblé por la mitad para terminar de destrozarlo. Muy fácil. Finalmente intenté levantarlo. Inmediatamente sentí una enorme presión en mis brazos y tronco. Resistí unos segundos, lo levanté con esfuerzo, me tambaleé pero aguanté. Así que, satisfecho, arrojé el cadáver al asfalto.

La tecnología de Virtuoze era perfecta. Todos los objetos tocados en el mundo virtual me eran transmitidos físicamente por el traje en forma de presiones, compresiones y fricciones de amplitud adecuada. El complejo de cables, engranajes, pistones, cilindros y actuadores de todos los tamaños y formas que componían

la arquitectura del traje mostraba tal sofisticación que era capaz de duplicar cualquiera de mis movimientos, sin importar cuál de mis sensaciones fuera transcrita de la manera física adecuada: la caricia, el rasguño, el trabajo de los músculos, la colisión de los objetos... De hecho, estaba enteramente construido y envuelto en una matriz electromecánica autorregulada, una especie de segundo cuerpo capaz de hacerme sentir todo. Por ejemplo, seguí caminando en el mundo virtual –aunque permanecía quieto en el lugar– y me estaba cansando gracias a una ligera resistencia mecánica del traje. Incluso era posible sentarse, el traje impartía un empuje hidráulico bajo las nalgas equivalente a la reacción del soporte, de modo que tenía la sensación de estar sentado y realmente descansando, ¡sin ningún tipo de silla! También me asombraban los sonidos: golpear una pared, hacer crujir mis botas, arañar el suelo con mi revólver, romper una vértebra: ¡eso era todo tan terrible! Cinco procesadores conectados remotamente garantizaban conjuntamente la gestión visual, el mundo sonoro, los diálogos, la transcripción mecánica de visiones y la interactividad. Mil millones de operaciones por segundo indicaban las especificaciones técnicas y los casi infinitos escenarios de juego. Todo era posible mientras nos quedáramos en el espacio prediseñado, un círculo de cien metros alrededor de la torre y de la torre misma, en la plenitud de sus recovecos: un mundo en sí mismo.

La única debilidad del juego, una debilidad aparentemente irreparable, eran... los diálogos. En *Capturez Captp* la gente se expresaba, claro, pero no sabían qué expresar. Realmente no estas hablando. El “Hola, ¿cómo estás?” Muy bien, gracias”, las preguntas bien formuladas, los clásicos insultos como PD, cabeza de gorx, terrenal, pegado a tu madre, rubor de la zona, y todo lo que no excediera los clichés de la comunicación habitual, conducían a sensatas y en ocasiones excelentes respuestas. Pero dos pasos hacia la izquierda abrieron el abismo sin fondo que separaba al hombre de la máquina. Y era sorprendente que los científicos hubieran superado tan luminosamente el problema del cuerpo, con su elasticidad y contorsiones repentinas, sólo para colapsar en algo eminentemente menos espectacular: una simple pregunta como “¿Te comiste los dientes?” arruinaba un siglo de analizadores gramaticales y sistemas expertos. ¿Debíamos concluir que el cuerpo presentaba en última instancia tan pocos enigmas que se podía dominar a voluntad? ¿O que las combinaciones de gestos humanos eran finitas y contables, mientras que las frases que una mente podía formar eran potencialmente infinitas? No lo creía e incluso estaba dispuesto a apostar lo contrario: que debido a la finitud de nuestro léxico, el conjunto de frases pronunciables era, si se quiere, innumerable, pero no infinito. ¿Entonces? ¿Quizás la máquina estaba mucho más cerca del cuerpo humano de lo que se pensó durante mucho tiempo? ¿Cable y acero cerca de tendones y huesos, para

que el silicio y la electricidad estuvieran tan lejos de la sinapsis y del impulso? Puede ser...

–¿Dónde está el capitán?

– No lo sé, señor Inpor.

– ¿Dónde está?

Él no responde y pensamos que lo hace a sabiendas.

– ¿Te comiste los dientes?

El guardia “cree” que se trata de una pregunta real, busca, pero claramente no la encuentra. Así, inteligentemente, el programa ahorra tiempo, tiempo para analizar la pregunta y relacionarla, sin duda por analogía léxica, con una respuesta.

–¿Perdón?

– ¿Te comiste los dientes?

– No entiendo muy bien el significado de su pregunta.

Quiere obligarme a reformularla de otra manera. El procesador todavía está funcionando. Yo insisto:

–¿Te comiste los dientes, imbécil?

– No me insulte, por favor.

Reconoció “imbécil”. Pasan diez segundos. Ni una respuesta del guardia... Entonces de repente, justo cuando estaba a punto de irme, los procesadores terminaron de funcionar y las respuestas a la misma pregunta salieron tres veces, una tras otra, todas diferentes:

– No me gustan los dientes. Sí, los cambié. Todavía no.

Estas respuestas habrían sido errores excusables si el resto del juego no hubiera sido perfecto. Porque en este universo, un sonido de botas era un sonido de botas, una acera, una acera y un golpe, ¡un golpe! Entonces, cuando un guardia retrasado decía que no le gustaban los dientes, se abría una especie de hueco, una brecha de la que de repente salía lo inhumano, donde se podía detectar la máquina... Era una cosa pequeña, y al final bastante rara en el juego, pero una sola vez era suficiente para poner en duda todos los diálogos pasados y futuros, como en una obra de teatro donde, de repente, el actor pierde el tono y donde nos recuerda que él es... sólo un actor en una obra de teatro. Estos diálogos no eran de ninguna manera intercambios, sino más bien dos monólogos inconexos forzados a unirse y que se mantuvieron unidos sólo por los significados que les inyecté. Sentí esa sensación punzante de no ser comprendido, de ser el único poseedor de significado en un mundo insensible donde lo único que pasaba era un poco de electricidad en miles de circuitos. Podía hacer cualquier pregunta, siempre recibiría una respuesta en este universo, y cualquiera que fuera su ineptitud, dependía de mí infundirle significado.

Tarea extraña, inquietante... Tan inquietante que poco a poco me fui inclinando a corregir mis liberalidades verbales. Después de media hora de exploración, a mi pesar, terminé normalizando mi lenguaje y me sentí cada vez menos solo... entendí que estaba listo para jugar.

Me sintonicé con la máxima experiencia. Terrible y seria, una voz brota del casco: “Has elegido enfrentarte al demonio de la Volte con la máxima experiencia. Es un mérito suyo, Sr. Lónpor. Sin embargo, me gustaría recordarle que este nivel de realidad presenta riesgos importantes para su salud física y mental. Para determinar su capacidad para afrontarlo, deberá responder las preguntas que siguen en su corazón y en su conciencia. Diga: “Certifico por mi honor la exactitud de la información que se registrará”.

– Certifico por mi honor la exactitud de la información que será registrada.

– Bien. ¿Tiene antecedentes de enfermedad cardíaca, incluso leve?

– No.

– ¿Alguna vez ha experimentado mareos?

– No.

– ¿Cuándo fue su última fractura? ¿Qué miembro? ¿Tiene un brazo artificial? ¿Son sus manos reales? ¿Alguna vez has contraído gorrax? ¿Alguna historia de gorrax en la familia? ¿Tus amigos y seres queridos te encuentran paranoico? ¿Está siendo seguido por un psicólogo? ¿Un estresólogo? ¿Un psiquiatra? ¿Alguna vez ha soñado con ir a la Zona del Afuera? ¿Sueñas con eso a menudo? ¿Por qué? ¿En qué área vive? ¿Su nivel de radiactividad supera el umbral de 120 becquerelios? ¿Tienes miedo de morir? ¿Te horroriza la violencia gratuita? ¿Confías en Terminor? ¿Es el Clastre justo?

Unas sesenta preguntas del mismo tipo... Preguntas cerradas a las que respondí que no; y preguntas abiertas en las que afirmé absolutamente cualquier cosa: no había ningún verificador de significado para las preguntas abiertas. La voz me preguntó nuevamente si estaba certificando por mi honor... Le respondí que sí. Me preguntó mi nombre. Le dije que mi nombre era Captp, C-a-p-t-p. Ella lo grabó.

– Se le declara apto para jugar. ¡Felicitaciones, Sr. Lnpor! Di “Estoy listo” cuando quieras comenzar el juego.

– Estoy listo.

Con un movimiento brusco de los pistones me encontré sentado. Sentado en una oscuridad azulada frente a una

pared de pantallas de control donde se movían unas formas que conocía bien, pero que sobre todo no quería ver: Bmléo... y un tipo gracioso cuyo rostro me asustó... Estaban caminando por la escaleras de incendios y al ver la fuerza con la que se movían, me invadió una mezcla de fascinación y miedo. Eran las 3:09 a. m. A mi izquierda, una sabandija febril a la que obviamente debía considerar mi colega, estaba haciendo llamadas de emergencia a las Escuadras de Seguridad Democrática... Quería llamar al helicóptero del GIR. Menudo gilipollas. Lo vi golpear su videoteléfono como un autómatas de feria y no pude evitar despreciarlo. Estaba desagradablemente grasoso, tenía la cara roja y llena de ampollas como si fuera una víctima temprana de la radiación, y sus manos sudorosas rezumaban sobre las teclas plateadas del dispositivo. Su atractivo disfraz de guardia de seguridad, confrontado con su cobardía, lo hacía parecer a esos niños pobres que desfilan con sus trajes navideños. Ahora me daba la espalda. Estúpidamente. Agarré mi porra con fuerza, me paré detrás de él y... ¡Laan! Le rompí el cráneo vacío. Se desplomó en el suelo. Un poco de sangre rojiza goteaba sobre su cabello limpio y grasiento. En vano, y con alguna esperanza mecánica de sobrevivir, intentó gatear. Lo observé durante unos segundos tratando de trepar como un sapo tirado en su charco de baba, pero lo único que logró fue ennegrecer un poco más las baldosas con las vetas de su sangre enfermiza. Unas cuantas patadas con mis botas y ya no se movía, aunque sus ojos permanecían indecentemente abiertos: lo rematé con una

patada con el arco del talón del zapato. El ojo derecho se salió de su órbita y rodó rebotando bajo mis suelas. Definitivamente estaba fuera del juego: “¡125.000 puntos!” parpadeó mi ojo izquierdo. Tomé mi porra firmemente en la mano y rompí las pantallas de control una por una: “130.000”, “135.000”, “140.000”... En la última ya estaba en “180.000 puntos”, pero ahora estaba en igualdad de condiciones con Captp para una pelea de hombre a hombre. Sin cámaras ni artilugios. Con la misma masa de opacidad e incertidumbre.

Salí de la sala de control, arrastrando el cadáver detrás de mí. Lo coloqué boca abajo en la esquina de la puerta, con una pistola en la mano. Por lo tanto, era visible desde el pasillo y, por lo tanto, un objetivo atractivo para cualquiera que saliera por la escalera de incendios. Mi idea era simple: tender una emboscada en el ascensor, con las puertas cerradas. Saldrían con los ojos atrapados en el cadáver. Les dispararía por detrás, sin verles la cara. Sin problemas.

Llamé al ascensor. Estaría allí en unos diez segundos. Me pegué a la pared como una sanguijuela. Por si acaso. Penumbra en el pasillo. Rayo rectangular en el pasillo. Sombra en el rectángulo... ¡Un arma! Paso un misil frente al ascensor y disparo en ráfaga. ¡Un impacto! Acierto, estoy seguro. ¡Clang! El ascensor se ha cerrado. Pulso el botón para ver los daños. ¡Clang! No hay nadie. Sólo un rifle, un rifle atado al techo por una cuerda y que se balancea fuera del ascensor cuando se abren las puertas. No es una idea de

Captp, es demasiado astuto para mi cabeza cuadrada. Baaer tal vez...

Me quedé allí, con los brazos agitados, admirando la simplicidad del dispositivo. Me quedé unos segundos más de lo debido... Crujidos de balas –percusiones mecánicas– quemaduras –caderas, brazos... “¡Alto! ¡Detener!”

Rendimiento: 180.000 puntos. ¿Quieres jugar de nuevo?

Todo sucedió en una fracción de segundo. Alguien había salido de las escaleras aprovechando mi estupor y me acribilló a balazos. ¿Bmléo? ¿Yo? No tuve tiempo de verlo: estaba muerto.

Me palpé el hombro y sentí ardor. Me di tiempo para recuperarme y empezar de nuevo. Mismo comienzo, más sobrio. Dos balas en la cabeza del gordo y una en cada pantalla de control. Arrastré el cadáver hacia atrás, lo coloqué en su sitio, llamé nuevamente al ascensor, esperé en silencio por el arma oscilante... ¡Nada! ¡El ascensor estaba vacío! ¡El escenario había cambiado! Entré y cerré las puertas de cristal. ¡Agárrate!

– ¡Abre las puertas, tira tu arma fuera del ascensor y sal sin mirar atrás si te importa tu piel!

Esa voz...

– ¿Captp?

– ¡Pongan las manos delante de la cara, policías, o los bañaré en sus propios jugos!

Salí dos pasos del ascensor. No podía desobedecer esta...
VOZ.

– ¿Estás seguro de que elegiste el piso correcto para morir o quieres que bajemos juntos al infierno?

Mi voz... Exactamente como si saliera de mi boca... Sentí que él estaba... no detrás de mí, no detrás... arriba... en el techo del ascensor...

– ¡No te muevas, hombre! ¡Congela tu grasa! ¡No te muevas!

Omóplatos presionados –caída hacia adelante– bloqueo de brazo... Él tira de mi hombro, tira... casi lo disloca... Este bastardo quiere descoyuntarme el hombro. Siento su agarre frío cogiendo mi antebrazo y llevándolo hasta la nuca... Debo aguantar, resistir su fuerza... No puede. Obviamente no puede, ya que tiene mi fuerza, estrictamente mi fuerza y nada más. Yo tengo más: tengo mi ira. Preprogramado, su brazo está bloqueado, configurado según mis propias habilidades fisiomotoras, las habilidades de Captp... No intentes mirarlo... No cara a cara. Músculos desgarrados por una línea de cable. Me resisto. Altercado de fuerza contra fuerza. Su mano está fría... Sigue siendo un *status quo*.

La fuerza de ser más fuerte de lo que su cuerpo puede... Arrancarme... Ir más allá de mis límites... Más allá de mis estrictas capacidades para encontrar los recursos del cuerpo... Capturarlos, apresarlos... ¡Furia! Despliego el brazo, me doy la vuelta y le agarro violentamente por el cráneo. Le aplasto la cabeza contra las baldosas: está medio noqueado. Siento un cosquilleo en la columna, pero me sobrepongo al terror que me sacude. Lo arrastro; mis dedos hundidos en su cráneo, cinco garras de hierro enganchadas bajo su piel... clavadas como en una bola de bolos... Voy a aplastarle, a aplastarle la cara contra la esquina del escritorio... Le meto la esquina del escritorio en la cuenca del ojo hasta que vea la luz del día a través de ella... Le aplasto la cara contra el escritorio... Vómito... Chorro... Vómito... Meo su cara... ¡Vómito! “180.000”, “210.000”, “240.000” – va a morir, morirá en mis manos... Vom... Vom... Muere... Vom... – ¡Arrh! Hoja en mi espalda –suelto todo– flaqueo... La hoja sigue clavándose en mí, ¡Horf!... Alto, me rindo... “ ¡Alto! ¡Detener!”

Permanecí mucho tiempo en el suelo, sin poder moverme, con el marcador rojo parpadeando en mi cabeza:

“240.000”, “240.000” ...

No quería quitarme el traje para comprobarlo, pero tenía un gran corte en la espalda, que supuraba un poco.

Corte desde atrás. Con un cuchillo de carnicero. Esto es lo que indicó *el informe post mortem*. Eso fue todo para los hechos. Por lo demás, la voz se sintió autorizada a precisar que el juego se titulaba *Capturar Captp*; que no se trataba de una simple aliteración; que la misión era arrestarlo vivo, no traerlo de vuelta como un cadáver sin sangre e irreconocible; que masacrar a Captp, además salvajemente, no podría hacerme ganar nada, excepto el derecho a volver a jugar o terminar en prisión. Que necesitaba mostrar más compostura; que destruir las pantallas de control suponía un gran obstáculo para el resto del juego; que yo era responsable de mis acciones; que el colega era una ayuda valiosa y no un obstáculo que debía eliminarse fríamente. En definitiva, todavía quedaba una buena y una mala forma de jugar, un comportamiento normal y cívico y una patología clínica y fatal, actitudes y posturas que seguir e incongruencias que evitar. Por supuesto, solo eran consejos, recomendaciones para jugar “mejor”, sin duda más eficientemente, para simplemente tener más puntos al final. Nada malo. Cualquier secuencia, “por irracional que fuera” seguía siendo posible, insistía la voz de ultratumba. En espíritu, libertad de principios. Y en los cuerpos, como siempre, las prácticas de alienación. Mata a Captp y de una forma u otra terminarás con una espada en la espalda o una bala en el cuello. Pero qué quiere. Usted es libre. Una bala

en la espalda o un cuchillo en el cuello. Es su elección. Es libre.

Le dejé despotricar sobre moralidad, recién salido de un sistema experto de sexta generación. Estuve a punto de explotar. ¿Qué me importaban sus reglas? ¡Este juego era un asunto mío y de mí! ¿Creían que podían dictarme incluso sus primeros consejos? ¿Qué creían en Virtuoze? ¿Que iba a deslizarme obedientemente en su pequeño embudo lógico? ¿Dejarme guiar por los ciclos de prueba–error–corrección? ¿Hasta qué punto? Fácil: en el fondo de una botella llena de agua saludable, donde se encontraba la solución humanamente aceptable del juego, porque había una, eso era seguro, una solución buena, sana y sensata, con una pequeña dosis de racionalidad, pero no demasiado: un final feliz *heroico al estilo de una feria* y la alegría del buen policía que “sólo cumplía con su deber” mostrado en *el Evento* con entrevista a colegas, foto de una familia unida y una esposa feliz. Iba a tomar su filtro lógico al revés: a través del cuello de botella, a través del túnel insostenible de una experiencia límite. Y en el túnel mismo, forzaría las paredes, las hincharía mediante una sobrepresión interna, hasta que se ensancharan formando un cono y el líquido fluyera hacia atrás.

... Como esos locos que todavía aparecen representados con el embudo en la cabeza... No es una imagen típica de gentes bienpensantes, ¿verdad? El verdadero loco, el que no se dejó atrapar nuevamente por la locura, siempre había

llevado el embudo boca abajo, en equilibrio, precariamente, sobre la punta, para que la lluvia y la sangre del cielo vinieran directamente hacia el cerebro.

Jugando al límite. En una línea de acontecimientos improbables. Peor aún: improbabilidades. Tan delirante que ningún diseñador, si hubiera pensado en ello un solo momento, podría haberle concedido la más mínima virtualidad, incluso mínima, incluso infinitesimal, y lo habría excluido pura y simplemente de posibles árboles de escenarios posibles; de otra parte, ya lo habría olvidado.

Empecé a pensar en una solución, pero la idea me vino por detrás.

No quería verlo. Eso era mi única certeza. Sin verle la cara. Y, sin embargo, aceptarlo. Enfrentarlo de hombre a hombre. Ni a distancia, ni por cámara, ni con arma: cuerpo a cuerpo. Era mi cuerpo al que quería enfrentarme, el que tenía algo decisivo que enseñarme sobre lo que era, sobre lo que iba a ser. Intuición absurda tal vez... ¿Qué podría enseñarme la lucha a muerte con un complejo de instrucciones programadas, con un diseño que en última instancia sólo tenía mi envoltura corporal, sólo un físico de clon? No sabía nada al respecto. Sospeché que sus sentencias y sus acciones sólo podían ser el resultado de una recopilación apresurada de prejuicios acumulados por los ingenieros de Virtuoze. Pero su cuerpo... ¿No era exactamente igual al mío? ¿Con exactamente la misma energía? ¿las mismas potencialidades

mecánicas? Estaba seguro de eso, pero supuse –como una especie de extra indebido– que el procesador podría obligarlo a adoptar cualquier postura conveniente en combate. Su cuerpo lo podría todo, todo lo que yo, bajo la fuerza restrictiva de la costumbre, bajo la influencia de la facilidad o de una supuesta eficacia que sospechaba eminentemente perezosa, había perdido en términos de posibilidades de gesto y de vida. Abrir una puerta por ejemplo: sólo conocía una manera de hacerlo, sólo una, muy vaga y sin genialidad. No es que la maquinaria virtual fuera genial. Sin embargo, ella era generalmente indeterminada, o más bien sólo estaba decidida a producir tal o cual secuencia de gestos dependiendo de la situación, y sólo de ella. Yo era sólo un lunático. Lo que me impulsaba a actuar no era tanto la situación en sí como los fallos psicomotores perforados hace mucho tiempo en mi cuerpo y que se recordaban a sí mismos como artefactos. Si hubiera anulado los circuitos integrados, ¿qué podría haber producido? Pura virtualidad, potencialidades de acciones y afectos de una variedad inagotable y arremolinada. Entonces, desde el fondo de mi sistema nervioso, con este cuerpo repetitivo y limitado que nunca había podido superar los cien gestos en 31 años de existencia y que se alegraba de ello, ¿cómo iba a poder luchar frente a un hombre?, cien gestos ya era enorme, era suficiente. ¿Pero enfrentarme a un Captv virtual que es más rico, más flexible y definitivamente más inventivo que yo? Cien gestos...

Nada hay muy nuevo en esta observación, por supuesto: ya hace mucho tiempo que los robokas ganaban todos los torneos de judo extraterrestres y la esgrima sólo interesaba a los nostálgicos de las frentes sudorosas y los antebrazos carnosos... Nada muy nuevo, salvo que por primera vez, Me di cuenta de lo que me había hecho a mí mismo.

Captp frente a Captp. ¿La astucia táctica de A? ¿Dividirme, cortarme delicadamente con un bisturí, víscera a víscera, enfrentarme a mí mismo en un baño de sangre, con esta dulce esperanza, tal vez, de salir completamente asustado y blanqueado por mi imagen de loco en un espejo helado?

– Estoy listo.

Mi brazo. Al final: mi mano. Como extensión: un revólver. Al final del cañón: un dispositivo: perforación con láser. Olor sucinto a corteza quemada. El colega sufre algunas convulsiones clónicas, luego su cuerpo se desploma, convirtiéndose en una bolsa de carne que desaparece en el suelo oscuro de la habitación.

Yo no existo. Todo empieza desde ahí. Hay otra oportunidad. Soy lo único que no existe en el universo virtual. La mesa, las pantallas de control, esta sala de paredes demasiado blancas, todos estos personajes escaneados habitan la imagen. Lo que todos esperan, Bm,

Baer y Capt, tanto la mesa como la puerta, es un cuerpo en movimiento que les haga entrar en escena, deslizarse, alinearse con la pantalla. No, no existo: no tengo imagen. Ausente y enteramente allí todavía, rondando esta torre y haciéndola desplegarse en torno a mis gestos más insignificantes. Un paso adelante y todo cambia: la puerta crece un metro, la pantalla 21 se mueve, la grande murió... Y no sólo eso, sino que más allá de eso, acaba de suceder una increíble serie de acontecimientos que se fasciculan y fusionan en líneas temporales de los que no tenemos otra realidad que unos pocos segmentos de silicio recorridos a la velocidad de la luz.

Miré las pantallas de control: pasillos y habitaciones vacías. Tenía tiempo de intentarlo. La sala de ajuste de vídeo de que disponía tenía, como había supuesto, la última maravilla tecnológica en renderización televisiva con la imagen hiperreal. Un nombre bastante modesto como el que veíamos en los paneles de este tipo de televisores trascendió a la civilización de la imagen. ¿Qué veíamos allí? Lo real. Simplemente. El mundo visto desde una ventana sin cristal. En los mejores dispositivos era absolutamente imposible discernir la más mínima diferencia: la luz de la "imagen" ya no permanecía en la superficie de la pantalla: a través de ella pasaba hasta nuestros ojos. Se borraban todos los reflejos de la pantalla; toda sobreluminancia, todo parpadeo era neutralizado; definición obviamente perfecta. ¿Veíamos el

rostro de una mujer al que queríamos acercar nuestros labios para besarla? Tecnología prodigiosa.

A toda prisa, escaneé las teclas que salpicaban el panel de control. Un pavimento de pequeños conos multicolores, bordeado por la indicación “hyprareal”, me detuvo. Lumin., Hyprabrllce, Rectit. Luminancia, AntiDistorsión: Llevé todo esto al máximo. Finalmente, presioné el botón *Todas las pantallas* y levanté mis ojos escépticos hacia las veinticinco pantallas de la habitación.

Nunca supe cuales de los botones habían sido manipulados mejor: el efecto fue aterrador. El muro de pantallas se había transformado en una inmensa ventana de celosías, atravesada por veinticinco cristales, que se abría al inmenso y temido rostro de Captp. Su voz batió el conjunto de altavoces con una risa chirriante mezclada con odio. Si no hubiera sido por el artificio de esta risa, cuyo horror demasiado banal había despertado mi desconfianza, sin duda habría perdido la cara, mi primera idea y esta determinación que tanto me costó encontrar para afrontar esta tercera parte. Pero esa risa era falsa. La habían inventado. Ni siquiera salió distorsionada de un secuenciador vocal, no era impredecible: sonó desafinada. No era mi risa, nunca pudo haberla sido.

Entonces me vino a la mente la idea principal y con ella la intuición de que ese shock hiperreal que agarraba por el cuello al jugador demasiado inteligente debía haber sido

intencionado. No quería tanto agregar un pico a la ya sobrecargada cadena de sorpresas del juego, sino disuadir, a través de un trauma severo, a la mente astuta de usar el escenario hiperreal para propósitos inusuales. Una intuición quizás demasiado sutil, pero que me impulsó a continuar mi improbable intento.

Cambié *Pantalla Total* a *Pantalla por Pantalla* y mi rostro se atomizó en pasillos y pasillos, todo tan perfecto y real como si yo mismo estuviera detrás del cristal unidireccional que albergaba las cámaras. En la pantalla 9, Obffs estaba de pie, con los pantalones alrededor de los tobillos, violando a una guardia de seguridad arrodillada. Una de sus manos estaba apretada sobre el gatillo, la otra sobre el pelo de la mujer que suponíamos intentaba darle, desde lo más profundo de su terror, con la boca mal abierta y los labios secos, un hipotético placer... La escena se parecía tan poco a nada de Obffs que su crueldad era ridícula. Mi desgana fue minimizada. Por tanto, me coloqué exactamente delante de la pantalla 9, doblé ligeramente las rodillas para encontrarme a la altura adecuada y me acerqué con un travelling: en todo el espacio cubierto por mi propio ojo, sólo vi la pantalla 9, fronteras excluidas, es decir un tonto y supuestamente pervertido de mis amigos, con el mismo tamaño con el que vi desde el principio todos los personajes del juego, y con un grado absoluto de realidad.

El éxito de mi loco intento dependía ahora de esta simple pregunta: ¿era la maquinaria virtual que animaba el juego

capaz de discernir los Obffs “reales” a partir de su imagen? O, para decirlo de otra manera: ¿la realidad de su representación, aunque este “real” ya era sólo virtual, y el contenido de la pantalla sólo la imagen de una imagen? En concreto, si siguiera avanzando, ¿me toparía con la pantalla 9? ¿O pasaría como un espíritu puro a través de la imagen, para encontrarme detrás de la guardia de seguridad, en medio de esta conmovedora escena de amor? La respuesta estaba a solo un paso de distancia, que el jugador que había en mí ansiaba hacer, pero que el filósofo disfrutaba postergando. Mi materialismo se hizo evidente: la realidad es sólo una percepción física, el simple rastro de una deficiencia crónica del ojo que, ante visiones similares, concluye instantáneamente que es idéntica. ¿Cómo es posible que los sensores virtuales, mucho más sensibles que nuestros pobres ojos, que deben llorar por su insuficiencia, dejen escapar una diferencia tan clara? El diminuto reflejo de un resplandor nocturno sobre el suelo basta para distinguirlo. Mi nariz chocará contra la pantalla. Entonces el idealista se echó a reír y prácticamente se dio por vencido: ¿cómo podría una imagen que ni siquiera es *consciente* de ser imagen discernir un fotograma de otro? Real, representación de la realidad, imagen, imagen de imagen: estos matices sólo tienen sentido para una mente humana. Multiplicación abismal de la imagen, tal es la esencia del universo virtual. Y un hombre, si fuera el reflejo de mil espejos, conservaría, a los ojos de los sensores, la misma estricta realidad que el hombre gordo que yace en la

oscuridad. No hay jerarquía de la realidad, sino equivalencia total de todos los niveles de la imagen: democracia si se quiere, Captp.

Di un paso adelante y caí del techo. Obffs se dio la vuelta, aturdido, con su polla aún erecta y su mano atravesada por la bala que acababa de disparar. Detrás de él, el cadáver de la guardia de seguridad cuya frente recibió el impacto de la bala... (“¡25.000!” ... “¡25.000!”)

– Manos en la cabeza, piernas separadas. (...) ¿Escuadrón 2?

– Este es el Escuadrón 2.

–Quiero a Obffs. Decimocuarto piso.

– ¿Tu código?

– KP 46. LNPOR, como suena.

– Está bien, conforme. ¡Felicidades Sr. Lnpor, ya vamos!

Llegaron, lo subieron a bordo y me pidieron explicaciones por el velorio. Les respondí que había sucedido antes de que yo llegara (la pantalla indica “+50.000 puntos”, no tan moral, este juego...).

Regresé a la sala de control sin demora. Cerré la puerta y miré las “ventanas” durante varios minutos: en ninguna de

ellas estaba Captp. Se suponía que las cámaras (en el juego...) cubrirían toda la torre, excepto... ¡la sala de control! Entonces ahí estaba él...

– ¡Manos en la cabeza, de cara a las pantallas! Ahí lo tienes... ¡Bien!

Realmente tenía mi voz. Inconcebible. Doblé suavemente mis rodillas, colóqueme de lleno frente a la pantalla 21... Estaba enmarcando el interior del ascensor...

– Cuento hasta tres. Es bueno estar todavía en este mundo por tres breves segundos, ¿eh? Un dos...

Un paso, sin que te tiemblen los ojos...

– ¡Tres!

El disparo había sonado... Caí del techo del ascensor. ¡Había pasado por la pantalla 21! Algo crujió a lo largo de mi pecho: ¿plasma? Me vi en el espejo. ¿Quién es ese policía? Apenas reconocí el rostro, si es que lo recordaba: era uno de los cincuenta posibles físicos del héroe. Fue la que elegí, una elección que sólo importaba para las reflexiones y para los medios, al final, si ganábamos. Mi uniforme parecía quemado de arriba a abajo. Tuve que regresar inmediatamente y llegar a tiempo para sorprenderlo en la habitación. Después de todo, él debió haber pensado que estaba muerto...

Regresé a una habitación desierta. La pantalla 21 seguía humeando y extraños rastros de sangre quemada manchaban lo que quedaba de la pantalla. Sin embargo, como empezaba a sospechar, no había rastro de Captp en las pantallas. ¿Había olvidado que sólo me movía en el punto ciego de las cámaras? Por tanto, es imposible sorprenderme cruzando una pantalla, como ocurre con Obffs. Imposible aprovechar mi ubicuidad virtual para estar en todos lados. El Capitán no podía atrapar a Captp... ¿Excepto haciendo una pantalla móvil, tan móvil y esquivada como yo? Con un tirón brusco, desenganché la pantalla del 16, la puse en modo autónomo y la tomé. La cámara 16 cubría el pasillo del refectorio, un lugar donde las posibilidades de encontrar una patrulla eran mínimas y, por lo tanto, las posibilidades de encontrar a Captp, máximas. El pasillo daba a los ascensores, pasaba entre las dos escaleras de emergencia y conducía a una pequeña oficina sin nadie. Fijada encima del ascensor, la cámara filmaba todo el pasillo hasta la puerta de la oficina. Ajusté el zoom para que se centrara únicamente en la puerta. Luego entré con cuidado a la oficina y coloqué el monitor 16 sobre la mesa, acercándolo a la altura de los ojos. Completé la trampa a través de una puerta entreabierta que dejaba salir sólo un hilillo de presencia, luces encendidas en la habitación y en el pasillo, y me coloqué, con meticulosidad mecánica, frente a la pantalla, revólver en mano.

¿Fue el ligero chirrido hidráulico de la puerta de emergencia de incendios o la sucesión de breves y amortiguadas fricciones en la alfombra del pasillo lo que me alertó de la inminente llegada de Captp? La sensación de que todo iba a suceder allí la proporcionaba la convicción de que esas fricciones furtivas sólo podían ser suyas, y también mías por cierto. Al permanecer vacía, la pantalla traicionaba su presencia a través de ese mismo vacío. Ninguna imagen más que mental: deslizándose a tres metros de altura, apoyándose sobre manos y pies, la cámara no pudo detectarlo de ninguna manera. Se deslizó como una sombra por el punto ciego de mi mirada, el vicioso; él creía, esperaba escapar de mí, pero mi mente lo atravesó verticalmente a través de todo el espesor de todas estas jodidas losas de concreto de la torre y mi mente lo escaneó, lo vio inundado de luz, blanqueada y medio quemada por la fila filamentosa de halógenos que corría bajo el techo, lo vio... la cucaracha en su pasillo alfombrado que le iba a servir de cripta, con la cabeza raspando la tapa y las piernas pegadas a las paredes de su tumba, esperando permanecer allí, como aquellos muertos que habían sido enterrados vivos y que creían que podían revertir su destino...

Esperé, con la mano apretada en el revólver, hasta que estuvo justo encima de la puerta, en ese lugar donde, a pesar de sus precauciones de insecto, no podía comprimir la sombra proyectada por el halógeno sobre la claridad lívida.

La pantalla se oscurecía un poco: estaba ahí. Con un gesto de banalidad medida, hice chirriar un cajón, una mímica sonora que señalaba la presencia de un hombre. Era Captp, en cualquier caso, no podía dudarlo. Corriendo el riesgo de que saltara a la oficina y me matara, le di la espalda y di un paso hacia esta pantalla que mostraba con impecable perfección la puerta de la habitación, vista naturalmente desde el pasillo. Avancé de nuevo y levanté el brazo verticalmente, con el revólver cargado... Visualmente, nada me habría permitido percibir el momento preciso del pasaje: la imagen no se movía, por así decirlo. Sólo la caída milimétrica de los órganos de mi cuerpo representaba la brecha. Una sensación tan leve que me la habría perdido por dos dedos, fue ella quien me concedió esa fracción de tiempo en la que lo vi sin que él pudiera devolverme la mirada. La bala le atravesó la espinilla. Se desplomó desde su posición. Había perdido su calibre al caer: malos instintos vitales. Tiré el mío y lo alejé del suelo. Procedente indebidamente de mi radio, una voz sólida me aconsejó “bloquearlo” y llevarlo al director de seguridad de la torre, quien me felicitaría. ¿Cómo podían saber que lo tenía a mi merced? ¿Desde que tenía la pantalla 16? No lo sabían: era el procesador moral el que hablaba. Que simplemente quería ayudarme, ¿verdad? Que yo ganase, eso era todo; maravilloso. Alojé una bala en mi radio con rabia. A la fuerza, arrastré al capitán a la oficina.

Por primera vez, y porque sabía íntimamente que sería la última, accedí a mirarlo a la cara. Cara a cara. Ojo a ojo, a las rayas del iris, a lo más profundo de su pupila donde la minuciosidad técnica del juego llegaba hasta enviarme a un policía guapo y trajeado, que definitivamente no tenía mi cara, el policía bueno; este buen policía orgulloso de desafiar a un anarquista moribundo... Tomé a Captp y empujé su cara hacia la pantalla 16. El panel implosionó. Ya no tenía rostro. Entonces lo puse sobre mis hombros y me lancé con él por las ventanas de la torre.

XVI. EL GRAN INTERRUPTOR

> La única posibilidad que nos quedaba de salvar a Captp del Cubo era Kohtp. Sólo él podía denunciar el engaño y aportar pruebas. Encontrar a Kohtp y convencerlo: eso fue idea de Boule de Chat.

–¿Por qué tendría que hacer eso?

– ¡Por amor!

De cualquier otra persona que no fuera ella, la propuesta de suplicarle a ese traidor cuyos ojos Slift había jurado disolver en una tina de ácido, habría recibido, de él, una respuesta con un puñetazo en el mejor de los casos, y un cuchillo en el peor. Pero la idea surgió de Boule... Y Boule era la única mujer cuya brillante presencia había tolerado, escuchado consejos e incluso aceptado con la ternura de una sonrisa. Probablemente, pasar diez días con una mujer fuera

la primera vez para el corazón de erizo de acero de Slift y era conmovedor comprobar hasta qué punto sus gestos, afilados de eficacia, adquirirían forma redondeada día a día.

– ¿De verdad crees que te ama?

– ¡Se arriesga el cuello denunciando al gobierno!

– No arriesga nada desde el momento en que lo anuncia a los medios. Entonces será políticamente imposible “suicidarlo”. Por otro lado, entre el momento en que escuche nuestra proposición y su denuncia pública...

– ¡Estamos totalmente bloqueados! ¿Se infiltró en nosotros, nos expuso y ahora va a exponer a P y a toda la camarilla de 1-letrados?

– ¿Qué crees? ¿Existe otra solución?

–¿Todos piensan que el clamor es el mejor camino?

– ¿De contactar? Sí. Si le gusta Boule, reconocerá inmediatamente su voz. Se detendrá, pasará de nuevo ante el clamor.

– Correcto. Pero ¿dónde debería ubicarse ese clamor?

– Cuando sale por la mañana, toma la calle de Repos hasta llegar al dispensario de naranjas químicas de la esquina del bulevar Encélade. Siempre hace eso. ¡No di diez días por

pérdidos! Y la Rue du Repos es una calle sin policía ni cámaras: una calle muy buena para el clamor. ¡Tienes que ponerlo ahí!

– Propongo como fecha de reunión el seis, dentro de dos días, a las 16 horas y por ubicación, el parque anti-rad, frente a la Manzana de un metro de altura, el engendro botánico...

– ¿Por qué no la rad-zona, de noche? Sería más seguro.

– Obffs, anoche colocaron el satélite Vigital 4 en órbita geoestacionaria sobre la zona de radiación para monitorear movimientos anormales de población. Por la noche, el movimiento es raro y mucho más fácil de detectar y ampliar. Y luego esperan eso: que salgamos de noche. Slift *ya ha* asumido suficientes riesgos. Hay que favorecer los recorridos cortos alrededor del caché, de ahí la elección del parque anti-rad.

–En esta ocasión, soy Kamion, neumático tras neumático.

– Falta designar quién colocará el clamor esta tarde...

– Yo iré.

– Offs, nadie te está obligando...

–¿Quién más que yo? Slift es el único que puede cubrir a Boule durante el encuentro, si es que se lleva a cabo. Si lo

atrapan esta noche, ¿quién irá? Brihx tiene esposa y una hija. A Kamio, todo el círculo cultural lo conoce, por no hablar de todos aquellos que lo han visto parlotear en los centros de reuniones.

– ¡No parloteo, los estoy despertando!

–Y obviamente, no puede ser Boule. Así que sólo quedo yo. Si existe una mínima posibilidad de salvar al capitán del Cubo, hay que agotarla. Sabes, todos los amigos que he tenido están aquí: tú lo eres. Para mí, estar encerrado aquí en este escondite o en cualquier otro lugar de una celda... P se jacta de que con su sistema de seguimiento ya estamos en prisión. ¡Tiene razón! ¡Llevamos dos meses pudriéndonos aquí, entre cuatro paredes! Entonces sí, ¡voy a salir! Porque solo tengo mi pequeño yo que perder y hay momentos en que esta persona estúpida quiere respirar el aroma del hombre libre que te empuja a arriesgarte.

> La primera vez que lo activaron fue la segunda noche. La segunda de esas sofocantes noches halógenas en las que, cortada la luz, inmediatamente la oscuridad era tan perfecta, tan masiva, que ya no importaba abrir o cerrar los ojos.

Dormí mal y seguí dando vueltas y vueltas. Me estaba quedando sin aire. La impresión de una presencia espía

alrededor de mi cama... El intercambiador de aire, encima de mí, giraba... giraba... un ronroneo regular. En un momento dado, sin motivo alguno, entreabrí los ojos, como si el negro absoluto pudiera ser otra cosa que negro. Entonces tuve la impresión de que la pared era fosforescente... Me puse de pie sobre mi cama. Las cuatro paredes, el suelo y el techo, toda la superficie de mi celda estaban bañadas de luz, una luz suave que parecía perfilar formas. Abrí mucho los ojos lo mejor que pude y me concentré en la pared frente a mí: la luz se intensificó. Entonces vi aparecer, como atrapado en el espesor mismo de la pared, a un hombre, sentado frente a mí, que parecía estar mirando algo delante de él que yo no veía, pero que debía ser extraordinario, suficiente para... Era yo! ¡Era yo en el espesor de la pared! ¡Mi imagen!

Mi letargo tardó un tiempo en disiparse: tenían que filmarme con una cámara escondida en la pared de enfrente y proyectar lo que filmaban en tiempo real, en esa misma pared. Giré a la izquierda. Noté el mismo fenómeno: la imagen, que cubría cuatro por cuatro metros de pared, me mostraba de perfil. A la derecha, detrás de mí... Lo mismo. Luego levanté la cabeza hacia el techo. La silueta aplastada de un pequeño ser, vista desde arriba, con el rostro vuelto hacia un cielo incierto, extendido como una inmensa araña en el techo. Finalmente volví a sentarme, y sin prestar atención, cerré con mi mirada errante la última cara de la trampa, el suelo: el mismo efecto espejo.

La sustancia de la que estaban hechas las paredes tenía esa curiosa propiedad de cristalizar la luz, de modo que mi celda quedaba atrapada en la oscuridad: las paredes sólo se iluminaban a sí mismas. Estaban mostrando una especie de resplandor blanquecino y polvoriento de hospital, con un hombre desnudo en el quirófano que era yo. En vano traté de cerrar los ojos lo más completamente posible para desvanecer en negro este tormento palpitante en el que me golpeaba de pared a pared, como lo habría hecho una mosca de laboratorio con las paredes de una jaula construida con copias genéticas de sus alas.

Por la mañana quise encender el halógeno. No se encendió. La misma oscuridad. Las paredes se habían acercado por sí solas y se inclinaban hacia mí. Las vibraciones de mi estómago se reflejaban hacia mí desde todas partes y casi podía sentir las rebotando suavemente alrededor de la celda y ampliándose con cada eco. Poco tiempo después, restauraron el “día”. Pero mantuvieron las proyecciones de la pared. Y no las cortaron más.

Poco a poco me fui acostumbrando. No me dieron ningún libro. Sólo tenía mi mesa, el baño incorporado, una libreta y un bolígrafo. Escribí un poco. Todo lo que escribí se proyectó en las paredes. Cuando estaba oscuro. Sólo cuando ya estaba oscuro. “¡Viva la Volte!” quedó como un pequeño montón de palabras carbonizadas e insignificantes en el bloque.

Al principio se detuvieron ahí. La televisión estaba encendida todo el tiempo y yo la miraba. Sólo me quedaba eso o mi silueta, cada día más encorvada sobre la cama, o de pie haciendo dolorosamente algunos ejercicios o jugando a *Capture Captp*, a la larga tan insinuante, tan carcelaria como la puesta en bucle de mí mismo. La comida me llegó embolsada por el tubo. No podía decir si mis comidas llegaban a una hora fija. No me apetecía. A veces tenía un hambre terrible. Otras veces estaba saciado. El “día” se distorsionó sin que yo supiera si eran ellos los que jugaban con él, estirándolo, contrayéndolo, para perderme, o yo quien...

Al tercer día apagaron la televisión. Y sólo la encendían en las noticias cuando aparecía mi cara, sin sonido y vagamente cerosa.

Al cuarto día aparecieron los primeros síntomas. Cuando comencé una serie de flexiones, el reflejo de mi cuerpo en el suelo desapareció. De repente me levanté para mirar la pared. La imagen me mostró... durmiendo. ¿Un sueño? ¿Estaba despierto, drogado, alucinado? No. Simplemente, ya no estaban trabajando en tiempo real: estaban cambiando eventos. Proyectaron escenas de hace unos minutos, a veces de horas antes, ya olvidadas. A menudo acontecimientos del día anterior. Tiraron la bolsa de comida al suelo. Mi alarma. La mañana. No cualquier momento. No cualquier cosa. Lo planeaban según una lógica, tuve la sensación de que según las instrucciones de un psiquiatra.

Sólo proyectaban imágenes angustiosas: mis momentos de cansancio, de ausencia, de introspección. Proyectaron mis masturbaciones nocturnas. Filmadas mediante proceso térmico, con mi pene estirándose formando un arco carmesí. Cuando orino. Cuando estoy defecando. Mis lágrimas.

Al quinto día exploraron el sonido. Porque ahora cierro los ojos casi todo el tiempo. El sonido de mis pasos. Desde el hundimiento de mi cama. De la mesa crujiente. De mi aliento. Lo amplificaron hasta que me volvió loco. Me tapé los oídos y cerré los ojos, pero no pude aguantar. La prisión de oscuridad y silencio suturado era incluso más agresiva que la de las paredes. Levanté los párpados y dejé mis oídos expuestos al arrugamiento de mis pantalones y al triste roce de mis pasos. Luego cambiaron también los sonidos: cuando me sentía un poco mejor, podía oírme llorar: me despertaban en sueños mis gritos de la noche anterior, histérico de claustrofobia. Regularmente, ponían el silbido neumático de la bolsa proyectada a través del tubo e invariablemente, me sobresaltaba y salivaba al volverme hacia la pared.

Después de varios días que ya no pude contar con exactitud, había perdido toda noción del tiempo. Las imágenes proyectadas se mezclaron imperceptiblemente con la translúcida realidad de mi vida y borraron lo que era tangible en mi espacio carnal. Ya no sabía si me habían servido la comida, si me la iban a servir, si había dormido ni

cuando ni por cuanto tiempo, ya no me daba cuenta si era “de día” o “de noche”. La verdadera serpiente del tiempo estaba perdiendo sus escamas en un acuario.

No hubo más eventos en mi vida. Allí no pasaba nada. Una fuga. Intenté pensar en el Cubo y la muerte. Estaba tratando de escribir algunos argumentos y unir algunas líneas, memorizarlas. Cada vez que lo intentaba, salía un sonido. Una imagen me abrumó. La luz se apagó o volvió a encenderse. Más animado. Llegaba la comida.

No podría decir si alguna vez me habían servido esta comida. Si ya había pasado, si era la imagen de la comida de ayer, si no estuviera soñando con la de mañana. Todo era intercambiable. Un segmento del futuro tomó el lugar del presente. El pasado se convirtió en el futuro. Cada una de mis miradas, todo lo que tocaba, cada uno de los sonidos que producía el incomprensible hecho de vivir me empujaba hacia mí mismo. Mi celda estaba obstruida con mi propio cuerpo y choqué con él, me estrellé contra él. Todo lo que saqué de mí mismo fue inmediatamente almacenado y amontonado en mi celda. Se oyeron un montón de pasos, fuertes gritos y movimientos de brazos. Se estaba extendiendo...

Llegué al punto de no hacer absolutamente nada. No moverme más, hablar, oír o mirar. No podía manifestarse nada más de mí que, tragado y luego regurgitado, obstruyera un espacio que sentía a bocanadas reducirse,

encoger físicamente, hasta rozarme. Entonces no hice nada. Silencio. Nada. Obstinadamente. Me obsesioné con esta visión: dejar de alimentar a la larga serpiente grabadora que podía sentir desplegarse silenciosamente detrás de los tabiques. Apenas había comenzado cuando me di cuenta de la inutilidad de mi empresa. Sin embargo, perseveraré.

Después de un rato llegó a mis oídos una especie de zumbido. Al principio bastante débil; luego, a medida que se hizo más fuerte, el sonido se volvió más parecido a un silbido. Como un líquido bajo presión proyectado entrecortadamente dentro de un tubo muy estrecho, que se expandía bajo el pasillo con un susurro de viento torrencial. Era... un ruido muy perturbador que había escuchado antes y me tomó varios minutos recordar de dónde venía... Venía del Clastre, del reconocimiento médico del Clastre. Era el sonido de la sangre bajo presión hinchándose y distorsionando las paredes de mis venas. Lo estaban captando en tiempo real, visceralmente lo sabía. Era tan visceralmente carcelario que entendí que no podía hacer nada al respecto: respirar, dejar latir mi corazón, latir... Excepto abrir mis venas... Pero supuse que eran capaces de filmar mi cadáver infinitamente y grabar, hasta después de mi muerte, la abundante succión de los gusanos absorbiendo mis intestinos...

Sin embargo, todavía entrenaba. Anticipándome al Cubo. Flexiones y flexiones –patadas–, puñetazos. Levanté mi cama –tiré mi silla–, salté, golpeé las paredes para

despertarme. Sólo quedaba eso: el sentido de mi cuerpo, el deseo de sentirlo. Pronto lo entendieron. Luego me calentaron. Calentaron mi celda. La calentaron cuando estaba en el pico de mis ejercicios, sudando. Luego, cuando mi temperatura bajó, la enfriaron violentamente. Me moría de calor, luego me moría de frío. La noche se estaba volviendo insoportable. Incluso desnudo, tumbado en el suelo de baldosas, sudaba sin moverme. Me quedé pegado al suelo. El aire se estaba volviendo más tenue...

> Se produjo un extraño silencio. Slift se levantó y desdobló el mapa de Cerclon. “¡Pon eso en el bloque!” Este era el camino a seguir. Entre perro y lobo, abrí el trozo de tierra rematado con un símil y salí del túnel. El pequeño callejón del parque Anti-rad estaba desierto. En unas pocas zancadas me encontré en el camino; yo, Obffs, llevaba puesta la chaqueta del perfecto promotor publicitario y mi mano agarraba mecánicamente el asa de un falso maletín. Me movía deprisa, sin pensar, con fatalismo. Sólo había dos técnicas contra la ansiedad: la fría, con respiración abdominal y actitud zen; y la sliftiana: acelerar toda emoción y concentrar el miedo en el punto de tensión que lo encierra. En este caso, tenía un entramado de nervios en forma de

mano derecha. El resto: calma. Al llegar a la Avenida de la Paz Social, empecé a cruzarme con gente, grupos de personas que se dirigían a Subvirtud. Pidiendo perdón, corté las colas junto a las cabinas de reoxigenación, donde, como siempre que el aire de la ciudad se resquebrajaba bajo las ráfagas de amoníaco, el gobierno aconsejaba a los ciudadanos que fueran a tomar un poco de aire fresco. Incluso el sector central apestaba a lejía. Pero yo apenas podía olerla. Siguiendo el consejo de Slift, me soné la nariz todas las veces que pude para ocultar mi rostro a las cámaras y distorsionar al máximo los marcos de identificación.

Hice bien en conservar mi barba. Estaba lejos de ser el único que la usaba. Desafiando al gobierno que había pedido, por sentido cívico, que se afeitaran para facilitar la tarea de identificar para Terminor, a muchos hombres barbudos; y otros que no lo eran pero que lo habían sido, caminaban sin vergüenza por la calle. A todas estas personas, estas cabezas testarudas y estos provocadores silenciosos, quería estrecharles la mano y decirles: “¡Gracias!” Al ver su número, mi corazón se calentó. ¡Allí estaban los voltes! Casi podía contarlos: ¡eran esos pasos controlados, esas caras peludas! ¡Ellos, seguro y cierto, nos apoyaban! —o si no nos apoyaban, en cualquier caso, estaban *en contra del control* y además eran nuestros amigos, ¡el caldo de cultivo en curso para la Volte! Crucé cuatro pequeñas calles en arco, cambié de acera para evitar el campo de reflectores colocados en unos techos y seguí

pasándome la mano por la barba y soplando el aire. Los más bellos eran los chicos de quince a veinte años que tenían rostros como maleza y mejillas como terrenos industriales abandonados. Parecían toscos mapas de la zona radiactiva. En el Boulevard Encélade incluso me encontré con una chica cuyo rostro, sin lugar a dudas, coincidía con el retrato de Boule proyectado, como el de todos nosotros, en las pantallas murales de la ciudad. Estaba convencido de que ella había copiado su estilo con la intención de saturar a los identificadores en falsas alarmas.

En la esquina del bulevar y de la calle du Repos, tres personas hacían cola delante de la estación dispensadora. A la tercera la reconocí por lo cuadrado de sus hombros: Kohtp. Me di la vuelta: ninguno de esos “plantones que fingen lamerte desde la ventana o miran una puta mancha en la pared–pantalla que si el Clastre les jodiera cada vez que la vieran, se llamarían Popov” (Slift®). Esperé a que la máquina expendedora formara una naranja reconstituida en la mano de Kohtp y a que se marchara. Me dolía el estómago de ganas de hacerla rodar... Tomó la Rue du Repos. Le vi hacer el cambio de acera que Slift me había descrito...

– Señor, ¿está buscando algo?

Un viejo sociófilo con papada liposuccionada me cogió del brazo. Mi mano ya estaba en el cuchillo.

– Todo está bien, abuelo. Estaba atrapado en mis pensamientos.

– ¡Ah, eso lo sé bien! Yo también cuando...

Lo dejé literalmente en el lugar, entré en la rue du Repos y, asegurándome de estar fuera de la vista, lancé el clamor contra la fachada metálica de un edificio. Quedó magnetizado allí. Pasé a continuación: *“12 soñadores destriparon sus sueños. 6 por 11: 66 hemisferios emparejados observan con amor a Mademoiselle Afuera.* Regresé: *“12 soñadores destriparon sus sueños. 6 por 11: 66 hemisferios emparejados observan con amor a Mademoiselle afuera. Código Volte: Nos reunimos el día 6 a las 16 horas.*

Luego regresé sin encontrarme con ningún policía, misión cumplida. Fui recibido por una botella de brax muy frío, el apretón de Slift y un beso de Boule que no podía rechazar.

– Cómo le va? ¿Se desgasta?

– Mucho más lento de lo que esperaba, señor Presidente.

– P me dijo que parece haber entrado en una fase de reversión desde ayer. Habla mucho, me dijo.

– Sí... Parece, desgraciadamente, que se ha reorientado. Su pensamiento es claro e incisivo...

– Me gustaría escuchar sus palabras. ¿Puedes conectar el altavoz, por favor?

“... expertos en desestabilización emocional, psicólogos de sillas de ruedas y sofás con resortes rotos, todos ustedes conductores de deslizadores, ¿qué carajo están haciendo? ¡Frío-calor, frío-calor! ¡Haced vuestro trabajo! Adelante: ¡lágrimas de tres días, mi masturbación diaria con el esperma que sale naranja y acaba azul! ¿No tenéis más ideas? ¿Están las matrices saturadas? Pregúntadle a P que él... “

– ¿Cómo explica eso?

– No lo explico, señor Presidente, simplemente lo observo. Han intensificado los diferenciales de temperatura. Durante dos días, nuestros índices de actividad mostraron una marcada atonía. Queríamos explorarlo más a fondo y...

– ¡Y aquí está de nuevo en plena posesión de sus medios! Señor Cr, ¿tiene usted la más mínima conciencia del trabajo que realiza? ¿Entiende siquiera por qué le nombré para este puesto?

– Me dio la misión de desestabilizar a Captp y creo que estoy haciendo todo lo posible...

– ¿Sabes con quién estás tratando? ¡Con un hombre que está dispuesto a pagar sus convicciones con su vida! ¡Con su vida! ¿Crees que veinte grados más o menos le confundirán? ¿Lo hundirán en la catatonia, lo romperán? ¡Si sólo estuvieras hecho de una aleación de latón con metal con el que está armada su columna, te reirías de tus propios procesos!

– Estoy de acuerdo con su opinión, señor Presidente. Precisamente quería obtener de su autoridad una exención discrecional que nos permitiera ir más allá de la gestión del calor, cuyas deficiencias usted ha señalado muy acertadamente para una personalidad así...

–¿A qué te refieres con ir más allá?

–Usar técnicas más directas... Sin llegar a la tortura, tal vez podríamos someterlo a un trato más severo...

– ¡Definitivamente no entiendes nada! ¿Quieres volver a comunicarle más energía? El señor Captp es un rebelde y, como tal, cualquier exceso de violencia que sufra lo fortalecerá en proporciones que no sospechas. Él toma la energía de tu violencia y la revierte, aumentada, en su propio beneficio. ¡Tortúralo! ¡A por ello! No sólo no lo romperás, sino que lo convertirás en una bestia de presa.

Todos los recursos de la barbarie ordinaria, palizas o torturas, nos están prohibidos, ¿entiendes? Y no por loables sentimientos humanistas, como tu ingenuidad te hace creer. ¡Por razones económicas! ¡Ahorro de energía, quiero decir! Tu misión es desestabilizarlo, sí. ¡Pero aprenda a leer entre palabras! En primer lugar, debemos *desvitalizar* al Capitán. No me hago ilusiones: no llevaremos ante las cámaras del sistema solar a un hombre inerte incapaz de defenderse. ¡Pero por favor, al menos que no se vaya de aquí con rabia en el corazón y palabras duras! Esa celda gris, ese mobiliario inexpresivo, el reflejo recurrente de su rostro no tienen más que un objetivo: privarlo de energía, desgastar su formidable capacidad de pensar a través de la ausencia de estímulos, enfrentándolo perpetuamente a lo que sabe demasiado y en lo que está desinteresado: él mismo. La eficacia nunca es excesiva, señor Cr. Aprende a gestionar tus intervenciones psicológicas como un político. Lo que usted busca frente a este escritorio, con su equipo, no es fundamentalmente diferente de lo que yo tengo que encontrar todos los días: este tormentoso equilibrio entre demasiado y demasiado poco. Lo cual es menos una cuestión de dosificación que el arte de encontrar, mediante pequeñas pero continuas correcciones, la línea de menor energía del cuerpo social. Con calma dejemos que este organismo se agote, por falta de oposición. Cada ser, cada sociedad tiene su propia vertiente íntima hacia un estado de calma sin aburrimiento: su llanura. Sepa cómo encontrar a Captp. ¡Y entonces será fácil y relajante para él, morir, Sr. Cr!

> Las noches halógenas se sucedieron, y con ellas un sueño. Un sueño olvidado, o más bien creído como tal y del que sin embargo supe, con absoluta certeza, tan pronto como ocurrió y se afianzó, que ya lo había tenido, había una profundidad de duración que era imposible romper... Tal vez fue un sueño de niño, tal vez databa de mi llegada a Cerclon, del terrible impacto del alunizaje cuando, bajo el suelo de vidrio de la lanzadera, aparecieron, los círculos, los siete círculos estrechos del cacareado “paraíso” –y mi padre que intentó velar el ataque de terrible desilusión que subía en sus entrañas, mi padre que no pudo aguantar la prisión urbana, que miró el horizonte, el planeta y a otra parte: “Y allí, la tierra roja: el Afuera, lo llaman, el Afuera... Allí es donde viven los tigres mutantes, los tigres carmesí. ¿Recuerdas los tigres púrpuras?”

Tenía seis años cuando mi padre, por excepción, me permitió ver Saturnalia, un programa dedicado a la vida de los Cerclon. Un documental mostraba el exterior, filmado por una sonda. No recordaba nada, sólo nubes, capas y capas, rojas, desgarradas por los tornados y, a veces, se veía el suelo con los cráteres, pero sobre todo las nubes, sí, la violencia con la que se rompían. Luego, en un momento dado, la imagen se congeló. Algo solemne en la voz del comentarista. Una silueta al borde de un cráter, un animal. “Un tigre púrpura”, dijo la voz y yo le dije a mi padre: “¡Es un perro!” Y antes que nada, ¡es violeta!”

Probablemente mi sueño surgió de ahí. Pero no sólo eso. Algo del Captp adulto se había metido en ello. No entendía en absoluto por qué seguía regresando a esta celda noche tras noche. Así que siempre había estado ahí, dentro de mí, agazapado. Se había enrollado, anillo a anillo, a lo largo de mi vida, sin que yo lo supiera, antes de ese mal sueño y de los frecuentes despertares que lo habían hecho pasar a la memoria viva.

El proceso era casi siempre el mismo. Iba en un viejo tren terrestre que me trasladaba, a través de un paisaje árido de montaña, junto a otros reclusos, hasta un pueblo donde se encontraba la prisión. Al cruzar un puente muy alto, salté por la ventanilla del tren al río. Luego huía por las orillas boscosas y de repente me encontré afuera, corriendo sin oxígeno, hacia una especie de meseta. Con el tren parado detrás de mí en la circunvalación (¡nunca había habido un tren en Cerclon!) y policías bajándose, bastante detrás de mí, para perseguirme. Corrí con gran dificultad, con las piernas como plomo. Sólo miré hacia la pendiente que conducía a la meseta rocosa, con el presentimiento de que, allí arriba, estaría fuera de su alcance. Aún así, dejé atrás un primer altozano, seguido de una zona llana. Me di vuelta y vi, muy a lo lejos, que habían soltado a los perros. Sabía que si llegaba a la cima de la colina antes de que estuvieran sobre mí, estaría salvo. Todo dependía de la velocidad de mi carrera... Pero nunca lograba apresurar el paso, jadeaba en busca de aire... Mis músculos parecían estar sujetos por tiras

adhesivas... Me arrastraba... Y pronto escuché a los perros ladrar, ladrar cada vez con más claridad...

Frente a mí, a unos cientos de metros, apareció un tigre que se dirigía, con esa calma propia de los animales salvajes, hacia la cima, como yo. Escuchó a los perros y me convencí de que había muchas posibilidades de que los perros corrieran hacia él por instinto, que tal vez así me salvaría, pero también me daba vergüenza esperar su muerte en mi lugar, todo eso de una vez; todo eso, y allá arriba, en la cumbre, algo esperándonos...

Había un remolino de viento y arena bajo las patas del tigre que le molestaba. Se movía exactamente como una gamuza, con saltos rápidos y potentes, luego la larga parada, la latencia que me hacía acercarme a él... Luego los tres saltos otra vez. Allí arriba, mientras los perros descendían sobre nosotros, el viento daba movimientos extraños a las nubes que formaban espirales en lo alto. Me parecía que estaba sucediendo algo que ya no tenía relación con la aerología ordinaria del Afuera, cuyas peculiaridades conocía demasiado bien. Había una presencia allí arriba...

Los perros se iban acercando: di todo lo que tenía para seguir adelante, patiné por la pendiente arenosa... Sin embargo, con dificultad, subí...

El tigre púrpura estaba a sólo un largo de mí. Mi única esperanza ahora era alcanzarlo para que los perros... El tigre

había saltado de nuevo y se detuvo. Sus fosas nasales estaban dilatadas y su majestuosa cabeza estaba levantada hacia arriba como si supiera...

Entonces yo también lo vi... Era como una forma hecha de viento negro. Una especie de espectro, sin cuello ni cráneo, de velocidad pura, con los miembros desarticulados, quedaba en la cima como un samurái. Sus espadas de viento negro silbaron a través de las masas de aire y las partieron en dos, provocando que el tornado interrumpiera su flujo de forma inimaginable. Las corrientes fueron literalmente cortadas, retorcidas y extendidas como banderas en la línea de la cresta. La gran rompiente, (el nombre cayó con esta extraña claridad) cortó secciones móviles del cielo. Bostezando bajo el azul, detrás de ella, a través de los arañazos, el fondo negro del cosmos, que nos absorbía...

En ese momento del sueño, el tigre violeta se dio vuelta y supe oscuramente por qué ahora tenía la fuerza para hacerlo. Estaba esperando a los perros. Los perros se acercaban a él. Yo mismo había desaparecido del sueño, me había convertido en el tigre, pero no exactamente desde que lo vi. Luego empezaba a gruñir, reteniendo un rugido tan profundo en el nudo de su boca que los perros retrocedían con pasos salvajes, ya ni siquiera capaces de ladrar, ¡sólo aullar! ¡Aullar!

Cuando desperté, mi estómago todavía vibraba por el ruido sordo.

> Viernes 6. Ya salió Slift. 15:50 Es mi turno. Obffs me abre la compuerta. Me recogí el pelo y lo anudé, con la esperanza de parecerme lo menos posible al retrato robot. Salgo. Mi cuello está desnudo y el aire frío me atrapa. Brihx en el periscopio me dijo que hacía buen tiempo y es cierto, la luz me hace entrecerrar los ojos, debo tener una rendija en lugar de la pupila, como los gatos. No sé por qué, pero estoy segura de que estará allí. Los tres Kohtp nunca dejan de luchar dentro de mí: el amante universitario, el del asalto de la Volte y una última figura que no reconozco, que realmente no puede acercarse, esa cara de vergüenza total borracha, de perro del gobierno, que facilita la captura a P. Todos ellos sólo tienen esta última visión en mente pero que no ha logrado instalarse en mí. Pasa, sí, como pasa la risa de Captp y me devuelve constantemente esa inquietante seriedad que hizo tan bruscos sus gestos cuando hablaba de la Volte y que sentí hasta dónde estaba dispuesto a llegar, empujado sobre este riel lógico que, incluso cuando al acercarse la muerte, no parecía poder doblarse. No me atreví a decírselo a nadie, y sufrí al admitirlo ante mí misma, pero Kohtp no es a mis ojos ese cerdo, ni Captp este león que describen. Captp era gentil y muy cerebral, tenía dificultades para conectar estos dos mundos a través de él mismo y

también conmigo. Entre ellos existe ese mismo deseo de acción y el mismo extraño sentimiento que tienen, en el fondo, y que Kamio no tiene; que es más amplio, más abierto, que el alcance de lo que hacen y con la extrema necesidad sin embargo de hacerlo mientras vivan. No odio a Kohtp. No puedo conseguirlo. El rencor es un sentimiento que honra mucho a quien nos lo inflige y, para mí, no ha traicionado a nadie. Él estuvo ahí, con nosotros, completamente, estuvo ahí hasta el final, hasta el último segundo y luego cambió. Es todo. Kohtp no hizo trampa. Era un volte sincero, sin distancias. No podría haber vivido tan cerca e íntimamente con nosotros con otro pensamiento en el fondo de su cabeza. La nuca, siempre terminamos viéndola enredada con las arrugas de la frente. No era como todos los verdaderos traidores: no tuvo absolutamente nada de traidor hasta el momento en que tuvo que serlo y, en ese momento, imagino, debió haber un estallido deslumbrante de cambio de personalidad y las máscaras giraron.

Slift, que desde el asalto vale un factor de 8 [quien permita su captura verá su ranking dividido por 8: Si eres el 6.400.000°, asciendes al 800.000°...], se fue más nervioso, si cabe, que lo habitual. “Solo, no puedo controlar demasiado el óvalo que van a dibujar alrededor del perro. Si funcionan en doble cortina, es una elección garantizada. Apesta a acosador de huesos...”

Kohtp y yo habíamos bordeado durante algún tiempo la frontera entre la amistad y el amor, él del lado del amor, yo

del lado de la amistad, saludándonos a través de la frontera, arrojándonos pequeños guijarros valientes que, por cruzarla, uno rebotó en las tranquilas aguas del río fronterizo y el otro se recuperó lo mejor que pudo, pues la piedra no iba demasiado rápido.

Poco a poco, el río fronterizo se había ensanchado, había conquistado calas, había encontrado islas y donde todos veían sólo una línea de agua oscura y peligrosa, que sólo se podía temer o cruzar, al contrario, habíamos aprendido a nadar allí mientras reíamos, sin preocuparnos de que los amigos nos gritasen que volviéramos o las parejas de amantes nos mostrasen sus casas con una sonrisa de “tú también, puedes ser feliz...”. No nos habíamos colocado alambradas en la frontera para experimentar el conocido vértigo del amigo/amante. Más bien, era la frontera que se había ampliado hasta convertirse en una extensión de agua para darnos la bienvenida. En medio de las olas no nos faltó una orilla seca para descansar y hacer nuestra pequeña cabaña, obviamente un poco parecida a las cabañas de otros enamorados; simplemente fluíamos en la corriente del placer de estar juntos y sacar peces del agua con ambas manos. A ambos lados de la orilla, el paisaje al pasar no cambiaba mucho, pero el río iba adquiriendo nuevos colores de azul sangre, sirope de limón o menta fresca con cada meandro y se iluminaba con más calas e islas flotantes por donde llegaban aves migratorias de larga data a descansar. Kohtp había estado tentado de agarrarse a la raíz de un árbol

para regresar al campo y dejar el lecho del río por otro más profundo y seco, pero poco a poco había ido amando el intenso y complicado juego de las corrientes y al final simplemente se preguntaba hacia qué mar íbamos, sin sospechar que también íbamos de regreso hacia la montaña, tal vez incluso hacia la lluvia de la que estaban hechos nuestros gestos.

¿Me gustaba Kohtp? Lo amaba y no lo amaba, a menudo al mismo tiempo, como a Captp. Me encantaba su virilidad, su sencillez. Realmente no me hice la pregunta, no para escapar de la respuesta, sino porque todos los peces sensuales que pescamos juntos eran respuestas, los puntos de luz del sol en el agua, la calma de una cala, la furia de un ayuno, todo respondía. Y nada respondía “¿pero dónde debía trazar el límite?”, ya que estábamos dentro y estábamos dando vueltas tan rápido que los propios diques de los castores no pudieron separar dos volúmenes de agua entre sí. Todo eso, en todo caso, eran problemas de riberas y de pastores y del Amor, la hermosa y sabia patria. Sólo lo amé disuelta, cuando nuestra agua arrasó las orillas y sectores de la tierra, y hundiéndose allí, tiñó el río de arena de hilos rojos.

- Bueno, C, ¿cómo va el reality show?
- Con los mejores auspicios, señor Presidente. La cobertura terrestre será máxima.
- ¿Finalmente te decidiste por el geodomo?
- Sólo una sala esférica con gravedad modificada permite esta densidad de espectadores en torno al debate. Las 65.000 plazas están ocupadas. Según lo acordado, Captp será colocado en suspensión gravimétrica en el centro de la esfera, de pie, sobre un disco estampado con el logo de la Volte. P y los periodistas estarán delante de él en el mismo plano, cuatro metros por encima de ellos y, ligeramente por detrás, los doce ciudadanos seleccionados para interrogarlo.
- ¿Seleccionados por quién?
- Cablaxie y Bleu Nuit. Le gustaría que ejerciera una presión amistosa para...
- Sobre todo nada de presión, sobre todo no... Que hagan su trabajo. ¿Cuántos voltes planearán colocar por debajo de Captp?
- Cuatro: dos estudiantes, un radiante y un cyborx.
- ¡¿Cuatro?! ¡Ridículo! C, asegúrese de que haya, no por debajo sino por *encima* del Capitán –insisto en esto– una treintena de radzonianos, los más agresivos, que estén

dispuestos a comprometerse y colocarlos sin apretar, a granel sobre correderas o bloques metálicos suspendidos.

– Bien. Tomo nota.

– No olvides que la emisión, siempre que se realice de acuerdo con nuestros deseos, debe realizar una conversión de imagen. Las últimas tres semanas nos han permitido reducir el exuberante problema de la Volte al destino *de un solo* hombre. Pero ojo: el reality show ya no debe contentarse con ser el juicio a un líder, sino al movimiento en su conjunto. Si Captp termina o no en el Cubo es una cuestión de drama popular, no de política. La política comienza cuando un hombre vale los miles que borra. Captp = la Volte, ¡Bien! Pero aún hay que sentirlo en la imagen... ¿Está claro?

– Si lo he seguido correctamente, ¿le gustaría generar un efecto de grupo detrás de Captp?

– Quiero que podamos sentir la amenaza de una multitud descontrolada; quiero que el orden lógico de los doce miembros del jurado, los seis periodistas y P, la punta de esa flecha, se contraponga al círculo enrojecido de Captp y a esta masa caótica, gris, que gravita sobre su cabeza hasta el punto de que parece emanar de ella. Unos sentados en sobrios muebles azules, otros de pie, inquietos, acurrucados, ¡bramando! ¡No se trata de atraer la simpatía hacia un solo hombre y tres pobres desgraciados! Al contrario, los

periodistas formando un arco de sabiduría, los jurados alineados, P frente a ellos, firmes pero encogidos, deben hacernos sentir cuán lábil es el orden de nuestra sociedad, cuán débiles somos, y qué poco tal vez, frente al agregado de acero que crece a nuestras espaldas y cuya prisa Captp, con su cortina de frases, quisiera ocultarnos. Hay pocos sentimientos que puedan llevar a un hombre a querer la muerte de otro: el odio, la locura, por supuesto... Pero sobre todo: el Miedo. Captp no parece un asesino. Pero tiene la cara del Miedo.

– Estaba pensando en tu idea de los cubos de acero como apoyo para los radzonianos. Lo encuentro destacable. Estos cubos corresponden exactamente a la imagen que nuestros ciudadanos tienen de la zona de radiación...

– Sí, y recuerda que todos los terrícolas originales sufrieron ese trauma por las bombas de radiación. Estas bombas que no explotaron y que los terroristas colocaron en un lugar con una alta densidad de paso para irradiar a treinta mil personas hasta la médula sin que ellas lo notaran. Al menos al principio. Una semana después, ya es demasiado tarde... Ese terrorismo nuclear fue, a nivel psicológico, el verdadero detonante de la Cuarta Guerra Mundial.

– ¡Por tanto, el rumor que insinúa que la Volte almacenaría una masa extremadamente radiactiva en la zona de radiación y que se prepararía para utilizar en Cerclon I ha alimentado un terror que ha superado nuestras previsiones

en 6 puntos! Su sugerencia me parece excelente, señor Presidente.

– Basta de adulación, C. Haz tu trabajo.

> Se arrojó en mis brazos. Tiene lágrimas en los ojos. Me abraza como si no pudiera creer que esté viva.

– Estás ahí... ¡Reconocí tu voz, tu código, enseguida! Estás loca por venir. ¿Dónde diablos te escondes? Pensé que habías huido a Cerclon 3.

– Kohtp, tengo muy poco tiempo. ¿Sabes por qué vine?

– No. Para derribarme. Slift está cerca.

– ¿Lo viste?

– Corté un clamor que hizo... Está tratando de impresionarme.

– ¿A quién tengo enfrente? ¿El amante o el traidor?

– Boule, nunca pensé lo que saldría de esto, ¡nunca! Estaba convencido de que me morderían como a un animal en

cuanto interceptaran al capitán. Me quedé en el foso cuatro minutos con el detonador en la mano. ¡Yo quería hacerlo! ¡Juro por los anillos de Saturno que quería volar esa maldita torre! ¡Durante cuatro minutos pensé en ti, en ti, en toda esa gente que vi en los tejados cuando estaba colgado bajo la sala de control! Había algunos que tenían arcos. ¿Te das cuenta? ¡Arcos de madera! Era tan patético y al mismo tiempo tan... Todo pasó, todo, y te vi detrás de la persiana, te imaginé esperando a Captp y la torre explotando, pensé en tu cara si la torre explotara, vi esa cara. Entonces salí del foso y presioné. Apunté la antena hacia arriba y presioné nuevamente. Presioné no sé cuántas veces, ¡como un loco! Entonces un impacto caliente me golpeó en la ingle y me desplomé en un agujero negro. Cuando me desperté, estaba papá, la mano derecha operativa de P, al lado de mi cama. Me dijo: “Hola, teniente Sta”, me estrechó la mano y se fue.

–¿Te están siguiendo?

– No, no lo creo. Pero me temo que me han operado.

– ¿Operado?

– Saben implantar nanocámaras en el nervio óptico, en el punto ciego. Lo hacen con ciertos “empleados frágiles”, como dicen. Si me lo implantaron, ahora mismo te están viendo a través de mis ojos. Lo que significa que estarán aquí en... un minuto y veinte, como máximo. No debería haberte

mirado a la cara, pero no pude. Tenía tantas ganas de verte de nuevo...

–¿Estamos esperando este minuto veinte?

“Viniste por Captp, ¿no?” ¿Porque crees que puedo salvarlo de la incubación? No tengo pruebas. Nada será más fácil para ellos que desafiar a un testigo.

– Vine por mí, por ti, por toda la Volte. Nos tienes a todos en tu mano. Todos irradiados tempranamente. Todos los que viste, conociste y creyeron en ello. Todos los observadores. El Bosquet. Y Captp, por supuesto. Lo único que tienes que hacer es presentarte en la oficina de Qe en Cablaxie. Puedes estar allí en once minutos. No tengo tiempo para discutir y entonces ¿cuál es el punto? Tú decides. Sabes los sentimientos que tenía por ti antes del ataque. Todavía los tengo. ¿Cuanto tiempo nos queda?

–Unos treinta segundos. Vete si quieres. Me quedo. No pasaré mi vida preguntándome qué hay detrás de mi ojo. Aquí lo tienes, tómalo.

Saca un disco esférico no mayor que una canica, plagado de finas nervaduras electrónicas, y lo coloca en mi mano, tocándolo ligeramente. Siento su aliento y en sus labios una intensa angustia.

- Es una copia de mi núcleo duro. Contiene todos los elementos de mi misión. Esta es la única prueba que tengo de algo. ¡Tómalo!
- Esperaré contigo.
- Deberían estar sobre nosotros en quince segundos.

XVII. LA VERDAD SE FABRICA

“¡Damas y caballeros que lucharon por estar aquí, en el corazón del geodomo! ¡Queridos tele y holoespectadores que nos miran desde la Tierra, desde bases lunares habitadas, que nos reciben desde la luz de las estrellas, desde los módulos de Júpiter y desde la órbita sombría de Venus, queridos pioneros de Urano que construyen en el cero absoluto los Círculos del mañana! Cercloneses queridos, ¡por fin! Sepan que hay más de cuatro mil millones de ustedes con los ojos clavados en la delgada columna láser que se eleva en este mismo momento en el centro del geodomo. Porque es a lo largo de esta columna, en exactamente dos minutos, que se levantará ante ustedes el hombre al que todas las democracias solares temen como su futuro sepulturero. ¡Se le anuncia como el sucesor del terrible Zorlk! ¡Se ha dicho a su vez que es un filósofo y líder de guerra, un poeta y un criminal, un visionario y un terrorista, un intelectual inspirado y un intelectual sanguinario! Pero ¿quién es

exactamente este hombre al que toda la Volte venera? ¿Este hombre del que los padres tiemblan cuando escuchan el nombre salir de la boca de sus hijos? Este hombre del que ya no sabemos si está acusado de un verdadero asesinato o, básicamente, de liderar un movimiento que amenaza el orden pacífico de nuestro pueblo... ¿Lleva en sí mismo la muerte de nuestras democracias o quiere, como él proclama, liberarnos de nosotros mismos? ¿La Volte que encabeza es la máscara de una nueva dictadura o el rostro risueño de los espíritus libres que hemos dejado de ser? Hemos repetido todas estas preguntas hasta la saciedad porque oscuramente sentimos que está en juego no sólo el destino de los saturnianos que somos, sino algo de la historia futura de las comunidades humanas que la Volte pretende presagiar –y que nos aterroriza... ¡Ahora guardamos silencio sobre estas preguntas porque un hombre ha venido esta tarde para darnos sus respuestas y está aquí, aquí mismo, esperando su momento en las entrañas del geodomo! Ha venido solo, deliberadamente, rechazando a su abogado, a los expertos que le ofrecieron apoyo, y avanza hacia nosotros con su verbo como única arma, este verbo que es lo único que ahora puede salvar a la Volte, ¡y a él salvarle la vida!”

– Recibirás una oleada de antigravedad que te llevará al centro de la esfera. ¿Tienes miedo a las alturas?

– No.

– Mantente erguido y recuerda que no hay protección y que corres el riesgo de caerte en cualquier momento si haces un movimiento en falso.

> La escotilla se abrió y escuché a una multitud innumerable coreando mi nombre –¡CAPTP! ¡CAPTP! ¡CAPITÁN! ¡CAPITÁN! Empiezo a levantarme, envuelto por esta escansión ensordecedora que me parece brotar de todos los puntos de la esfera. Estoy atrapado en una columna de luz cegadora y no puedo ver absolutamente nada. Literalmente floto dentro de mi piel. La gravedad se invierte. Mis tobillos son como bolsas de agua. Debe haber unos cincuenta metros de espacio vacío debajo de mí y el disco donde estoy tiene sólo el ancho de mis pies. No tengo puntos de referencia. Todo es negro. Excepto yo que estoy prisionero de la luz. Un vibrato sintético impuso un silencio metálico a la esfera. Frente a mí, a mi altura, suspendido, acaban de iluminar un ser sobre un sillón: P.

– Buenas noches, señor Captp.

Luego se enciende una fila de periodistas, luego doce personas frente a sus escritorios. Más arriba, abogados y magistrados:

– Buenas noches, señor Captp.

Me quedé en silencio. El holograma hiperreal de Cablaxie, Miss C, se iluminó en las alturas de la esfera. Me explica cómo se desarrollará el juicio: preguntas personales, preguntas sobre la Volte y luego debate sobre mi crimen.

“Ciudadanos de Cerclon les recuerdo que el juicio se desarrolla en tiempo real y que ustedes son los únicos jueces. Sois vosotros quien, solo y soberanamente, en vuestra alma y en vuestra conciencia, juzgaréis la culpabilidad del Sr. Captp y decidiréis sobre su incubación... ¡o su absolución! Podéis votar en cualquier momento durante el espectáculo tocando su nombre en su control remoto seguido de su código ciudadano confidencial. ¿Captp debería ser condenado a la incubación, sí o no? Si vota SÍ, escriba 0. Si vota NO, escriba 1. Su voto se contará automáticamente y es, les recuerdo, único y definitivo”.

Un enorme 54% tridimensional flota cerca de ella en luminiscencia roja; un poco menos de un 11% indica que aproximadamente el 11% de los ciudadanos de Cerclon ya han votado. Así que, por el momento, incluso antes de empezar a hablar, el 54% de la gente quiere... que muera.

En 360° a mi alrededor, desde absolutamente todo el espacio volumétrico en todas las direcciones se permiten

puntos de vista sobre un solo objeto: yo, sobre el que las miradas convergen. Toda la esfera está cubierta de rostros y retinas chispeantes vueltas hacia lo que voy a decir y hacer. Tengo la dolorosa sensación de tener jarabe en los conductos. Me siento trascendido. La enorme expectación del público me quita tal energía que me siento cargado como un toroide nuclear. Comienzan las preguntas:

– ¿Quién es usted, señor Captp?

– Sí.

– Yo... te pregunto quién eres.

– Sí.

– ¿Puedes definirte frente a los cuatro mil millones de personas que te observan?

– Sí.

– ¿Entiende el significado de mi pregunta, señor Captp?
¿Quién es usted?

– Sí.

Un escalofrío de indescriptible inquietud recorre la esfera. Risas de incompreensión estallan en tambores por toda la superficie de la cúpula. Pero domina un silencio fascinado. Yo lo sostengo.

– Te recuerdo que estás aquí para responder por un delito que tú niegas y es legítimo que busquemos saber la verdad...

Espera mineral.

– Me habéis traído aquí para un juicio por la “verdad”, sí. Pero la verdad se produce. Como la señorita C, como vuestro accidentado córtex. Os gustaría que yo, como todos, pusiera mi firma en las casillas de la rejilla. Sólo que no soy analfabeto: no firmo con una cruz...

*(Sssssssssssssssssssssccccccccccccccccccccchhhhhhhhhhhhhh
hiiiiiiiiiiiiiiiiii.....)*

“Mi firma es larga, gruesa y descuidada. Porque mi bolígrafo tiene fugas y se me acabaron las recargas. Porque la sangre de Baaer se ha secado en vuestras manos y a mí sólo me queda la mía, huérfana, palpitante e hirviendo. ¿Lo viste a él?

–¿Y entonces qué, señor Captp?

– Un gotero cuelga del techo. ¿Cuánto necesitamos extraer de cinco millones de seres humanos para producir cinco litros de sangre? ¿Cuántos 1 hacen falta para la vida de un hombre? Y para convencerlos, ¿cuántas palabras?

[52%]

> Estamos los cinco pegados al monitor. A la izquierda de Captp, retumban gritos de aliento, intercalados con sobresaltos: un grupo de personas colocadas en una porción casi vertical de la esfera se lanzan furiosamente de sus sillones, flotan durante algunos segundos sobre el vacío y son devueltos también furiosamente por el campo de gravedad a su lugar. Un enjambre de cámaras voladoras los graba, la maniobra es asombrosa. Se siente como un corazón que se eleva y late conmovido tras conmovido.

> Tengo sensaciones de hormigueo debajo de la piel, como si pequeñas burbujas de aire estallaran allí. Mis muslos y mis brazos al rascarme hasta sangrar, pican. Al hablar, tengo la impresión de haber liberado una bolsa de aire a mi alrededor, pero tan pronto como mi voz se apaga, el pequeño destello de las retinas que cubrían la esfera parece desprenderse de las paredes para caer sobre mí al mismo tiempo a modo de película plástica termoformada por el silencio.

– Señor Captp, la primera pregunta del público nos la formula un habitante de la Tierra, más precisamente del continente africano.

Entre P y yo, surge una cara blanca holográfica:

“Señor Captp, tiene la suerte de vivir en la democracia más avanzada del sistema solar. ¡Y se queja! ¿Habéis olvidado que la guerra química ha causado más de setecientos millones de muertes en los cinco continentes y que cada día que Dios concede, millones de personas se preguntan por la mañana qué podrán comer por la noche? ¡Para nosotros que sufrimos en la Tierra, vuestra revolución es una vergüenza y nos insulta! Su Volte no es más que un capricho de burgueses sobrealimentados. Si no está satisfecho con el lugar donde vive, ¡me gustaría hablar con usted! ¡Venga a África! ¡Aquí tendrá verdaderos motivos para rebelarse!”

– ¿Señor Captp?

– ¡Pararrayos aquí! ¡Escudos aéreos! ¡Disruptores de campo a prueba de viento y conectados a tierra, aquí! ¡Puertas cortafuegos y Paraguas aquí!

– (...) Sr. Captp... ¿Por qué la Volte no va a luchar a África?

– ¡Precisamente porque siempre habrá hombres nobles capaces de afrontar la muerte que les espera y nadie mejor que ellos que nacieron *en* esa lucha podrá llevarla a feliz término! La Volte es la próxima pelea. La de la vida *después*

de la supervivencia; de la vida cuando nuestros órganos ya no griten “¡tengo hambre!”, “tengo sed!”, “estoy enfermo!”. Nadie vendrá a liderarnos tampoco a nuestro lugar. Nadie sustituirá al interesado, no, pero se transmitirá. Y le dará una extensión que, en nobleza y dificultad, merecerá la pena. Hasta hace poco, e incluso ahora en la Tierra, vivir no podía ser una búsqueda: vivir era intentar sobrevivir. (...) Entonces deberíamos darnos vergüenza, ¿no? ¿Avergonzarnos de qué? ¿Avergonzarnos de tener la grandeza de querer *inventar lo que puede ser vivir*? En lugar de girarnos constantemente para decir: “¡Pobres terrícolas! Beben agua sucia directamente de los charcos... ¡Qué suerte tener el grifo activado por voz!”

–¿Por qué se rasca así?

– No lo sé, Boule, tal vez esté conmovido.

– No, hay algo más. No es normal.

– Entonces, ¿no cree que la Volte estaría más en su lugar en la Tierra, aliviando el sufrimiento de la gente, que en Cerclon, donde amenaza un sistema que funciona bastante bien?

– Sí. ¿Es “sí” lo que quieres escuchar? Entonces “sí”.

–...

– Le *hago* una pregunta: ¿por qué las guerras en la Tierra nos interesan hasta el punto de ocupar las tres cuartas partes de cualquier periódico holovisado? ¿Por qué la Volte, que no hizo más que electrificar un lago, levantó algunos clamores e intentó detener la holovisión durante tres semanas; por qué mi juicio, que básicamente se reduce a saber si con cuatro frases bien dirigidas voy a salvar mi piel, polariza a cuatro mil millones de personas esta noche?

– Te has convertido en un símbolo...

– Porque la gente se aburre. Poderosamente. ¡Están aburridos, gente! ¡Lo activo en vosotros, lo vivaz, ha perdido sus objetivos, languidece, no tiene más espacio para sus conquistas, ni frente donde templar el metal de sus huesos! No más desgaste, agotamiento de las fuerzas, ¿eh? Ah, sí: en los *pequeños placeres*: las cápsulas, los estímulos artificiales, la “virtud” virtual, el juego, las imágenes... La gente no tiene morbo: sólo busca intensidad. Un poco de rojo en su gris. Así

que miran las guerras, chupan la pulpa africana, siguen a los supervivientes que pisan los talones a la muerte. Quieren sentir ese soplo de vida, un poquito, durante unos segundos. Los medios de comunicación saben que los acontecimientos positivos despiertan la envidia y la amargura de los telespectadores, y les reflejan a ustedes, los encorvados, su torpe encorvamiento. Pero si es trágico, atroz, entonces ahí... la silla del encorvado adquiere de pronto la apariencia de un trono, bajo el cual el fangoso forcejeo de los supervivientes, y Capt, suspendido en el vacío, adquiere ese olor a azufre sin el cual se te ha hecho imposible oler nada.

– ¿No sientes ninguna solidaridad con el sufrimiento de los africanos?

– ¡El sufrimiento! ¡El sufrimiento! ¡MIERDA! ¿Porque ya no sufrimos, deberíamos cerrar la boca, arrodillarnos, obedecer y orar? ¿Hacer lo que nos dicen y dónde nos dicen que lo hagamos? ¿Solo derramar un poco de esperma y esperar la muerte? ¿Entiende que el hombre ni siquiera ha comenzado a ser hombre? Que la historia de las bases solares es sólo la historia del triunfo de las fuerzas reactivas, del rencor, del lagrimeo, una historia un poco quejosa y llorona que fornicación con la vergüenza de ser feliz y la mala conciencia de ver sufrir a los demás mientras nosotros estamos sanos. ¡Al contrario, deberíamos permanecer en el horizonte como soles girando, ebrios de pasión! ¡Arder entre el cosmos, convertir avenidas en charcos de fuego! ¡Ni siquiera deberían poder mirarse a la cara, cada ser, con su presencia y su brillo, deslumbrantes!

¡Somos los primeros extraterrestres! ¡La primera especie sideral! Entonces, ¿dónde estáis, soles de hombres? ¿Dónde están las enanas marrones, los cometas femeninos con largos cabellos de plasma, las hijas de novas y los protoplanetas prometedores? ¿Quién de ustedes dará a luz a un púlsar? ¿Quién?

[51%]

> El capitán acaba de caer. Recto como una vela. Cayó de su pequeña plataforma al vacío. Golpea el campo de fuerza veinte metros más abajo y rebota como una pelota de golf en un suelo de baldosas. Se eleva ingrávido, flotando, un campo de gravedad lo empuja hacia la pared. Se desploma entre los espectadores. Boule, Brihx, Obffs, todos creen que está muerto. Pero Slift dice:

– ¡Se va a levantar!

Se pone de pie. La esfera no es más que una red nerviosa electrificada. Él prosigue:

– ¡Crecen en nosotros fuerzas que quieren crecer, saltar, depredar los mundos! ¿Qué pasa con estas fuerzas? ¿Qué pasa con nuestra energía? Esta es la pregunta que me atormenta: *¿Estamos vivos?* Tú que tienes 15 años, 30 años,

50 años, 85 años, *¿estás vivo?* *¿Acabas de empezar a experimentarlo?* No quieres morir, ¿verdad? ¡Pero para tener miedo de morir, aún habría que haber vivido! Le ruegas a la sociedad un poco más de cuidado, unas cuantas prótesis más para durar un año más, ¡pero estás dispuesto a pulsar el botón cero de tu mando a distancia para asesinar a un hombre que no ha empezado a vivir!

[49%]

Se produce una estampida de aplausos y silbidos, y hacia lo alto de la esfera, en los apretados grupos del techo, grandes espacios de silencio. Los agentes de seguridad detuvieron al capitán y comprobaron su estado de salud antes de volver a devolverlo a su disco.

– El hombre está dormido.

“El hombre *devora* al hombre.

“El hombre ha creado una nueva naturaleza para desafiar, una especie de surrealismo encima de lo real que ha pacificado y con el que juega, sin riesgo, a excitarse: el espacio virtual. En esto nos hemos convertido. Estas son las respuestas de nosotros, los extraterrestres de la post-supervivencia, a la gran competencia de “inventar lo

que puede ser la vida”. A estas tres respuestas perezosas, la Volte quiere superponer otras tres, que no impone a nadie, sino que ofrece a todos. Grabad esto:

“Una. La persona viva, vitalista, al acecho de todo en explosión, fricción, sentimiento, *vivencia* y calvario.

“Dos. ¡La persona que *habla a la persona* –que *habla* en lugar de consentir, que ya no se controla ni controla, sino que huye y ahuyenta, no unifica sino que multiplica, ya no hace del otro una herramienta, su padre o su hijo, su imagen o su enemigo, sino algo así como un ramo de fuerzas espontáneas y receptivas, un haz de deseos, colores y sonidos con los que hacer eco, aguafuerte, obra insólita o inaudita!

“Tres. Más que un espacio virtual hoy delimitado y trivializado, más que una maquinaria de fantasía donde nuestros deseos de ser jefes, de encarnar a A, de ser una bestia sexual o una mujer fatal se mezclan en moldes preconstruidos, sin riesgo y sin llegar a *serlo*, un cosmos hiperreal donde mi esposa se vuelve fatal al ser mirada.

–Si lo entendemos, señor Captp, ¿quiere Vd. el advenimiento de un hombre nuevo?

– En este pueblo, no sé si te habrás dado cuenta, no hay un cartel que no empiece con “*para tu comodidad y seguridad...*” y no termine con una restricción.

desconcierto general –el capitán, el encantador, con la mano en alto, da por sí solo la ilusión de guiar a los que se arrastran– y la ola humana alcanza rápidamente el ecuador, donde está preparada la cabeza de la cobra.

–¡Eyectadlo! Grita Slift.

Impulsado por seis voltios, Stlak –cabeza de la cobra– atraviesa, con un tremendo chasquido de mandíbula, el campo de gravedad que hasta ahora le mantenía inmobilizado contra su pared. Fue lanzado hacia el centro de la cúpula, en dirección a P, y, con su impulso, voló a través de la zona de ingravidez –¡pero falló a P por unos pocos metros! Ya no puede frenar, despliega una lona demasiado tarde, llega demasiado rápido... Presa del pánico, los espectadores situados en su dirección se alejan. Ferozmente, la gravedad lo absorbe. Él golpea de frente...

La moderadora del debate calma profesionalmente la agitación. La camilla se lleva a Stlak. Levanto la cabeza:

[52%]

Un periodista continúa:

– Políticamente, ¿qué exige usted exactamente para la Volte?

– ¿Políticamente? Nada.

– ¿El poder?

– ¿El qué?

– El poder...

– ¡Se lo dejamos con mucho gusto! ¡Mantenganlo caliente!

– Señor Captp, ¿debemos entender que la Volte pretende prescindir del suministro eléctrico?

– Más bien pasar entre el flujo. Les diré algo: A me ofreció el trabajo de E. Lo rechacé.

> ¡Ahí va un poco más allá de los límites del decoro! Definitivamente todos estos rebeldes son iguales: prefieren la provocación a la sutileza.

– M, por favor...

– Sí, señor presidente.

– Solicite a los expertos un cálculo de impacto. Quiero el árbol de reacciones ante esta revelación inesperada.

–¿Eso es otra broma, señor Captp? ¿O es información?

– El trato era el siguiente: o aceptaba el trabajo o se difundía el montaje amañado en el que se basaría mi condena.

– Bien. Si no te importa, reservamos estas afirmaciones para la tercera parte del programa. Quisiera abordar el asalto a la torre de televisión. ¿Querían destruirla, sí o no? Responde sinceramente: ¡Estabáis preparando un golpe de Estado! ¡Amordazando la libertad de expresión!

– Lo que queríamos era un apagón total. El eclipse televisivo. Una especie de silencio audiovisual. ¡Si hubiéramos querido tomar el poder, nos habríamos apoderado del local y nos habríamos quedado con la antena!

– ¿Para difundir desde allí vuestras ideas?

– El poder de la televisión está muy mal comprendido. Creemos que es fuerte a través de sus series, sus revistas y los modelos que imprime, hace circular y repite. Sabemos que conforma más de lo que informa. Podemos ver claramente que normaliza los estilos de vida de manera más efectiva que cualquier poder estatal. Que es, por tanto, el garante más seguro de la cohesión social. Todo esto es verdad. Pero pretendemos situar el tema. Lo que sucede concretamente: seres aislados sentados, inmóviles, los ojos fijos en puntos de luz que exploran constantemente, luz atenuada, mantenimiento de la excitación auditiva en un nivel relativamente estático, monotonía que centra la atención consciente en lo poco que queda. Esto es lo que es la televisión o la holovisión. ¡No importa qué tan buenos sean los programas o las reseñas de contenido!

- ¡No deja de rascarse, maldita sea! ¿Qué le pasa?
- ¡Lo drogaron, os lo digo! ¡Lo están teledirigiendo, estos hijos de puta!
- Se manifiesta demasiado personalmente, no está centrado en Cerclon, se desvía constantemente...

–¿Quién mira hoy imágenes holográficas? Quiero decir, ¿quién realmente las observa, conscientemente, con su cerebro *conectado*? Después de un siglo de existencia, ¿qué queda? Colores y ruidos de fondo... hipnosis... una especie de técnica de relajación un poco arcaica pero muy práctica... algo así como un acompañamiento del sueño... ¿Qué queda sino la inmovilidad? De lo contrario, este cara a cara solitario con un ojo central que ya no sabe qué decirnos, excepto que permanezcamos allí, una y otra vez, y esperemos con él a que pase el tiempo y que llegue la muerte. Esto es lo que queríamos conseguir: ese tiempo muerto que nunca deja de morir e impide que surja un poco de vida. De ahí la idea del apagón y el asalto...

[51%]

– Señor Captp, antes cayó por debajo de la fatídica marca del 50%. Aquí está otra vez con un 51%. Si el programa terminara ahora, le condenarían a muerte...

> Literalmente floto en mi envoltura de piel. La sensación de estar medio borracho de palabras y mareado. Bajo la cúpula de la esfera, los voltes se arrojan gritando mi nombre, son reprimidos, los lanzan hacia atrás, desafiando todas las instrucciones de seguridad. Virtuoze adelantó una plataforma voladora para su primer corte. Sobre él se asienta un grupo de ciberrock, de la variedad pútrida. Toca “Virtue-tête!” (Cabeza virtual). Mis venas están hinchadas. Me encantaría tener a Boule conmigo. Eso me aliviaría. Tengo que mantener el rumbo, el rumbo...

La plataforma ya está retirada. Un joven intelectual del jurado popular pide la palabra:

– Si nos referimos a los comunicados de Volte, su principal enemigo sería lo que usted llama la “norma”. ¿Puede explicar algo sobre eso?

– Veamos. Te voy a hablar de las mujeres. Se liberaron, al parecer, a finales del siglo pasado. Políticamente, sexualmente, etc. Admitamos el chiste.

[53%]

“Por muy liberada que esté, ninguna mujer escapa al deseo de ser bella. Y lo que es aún más inusual, el ideal al que aspiran (culo pequeño, cintura con curvas, pechos grandes, boca hermosa) ¡simplemente no existe en su estado natural! ¡Las únicas mujeres que lo logran son las imágenes generadas por computadora o las intervenciones quirúrgicas! Esa compulsión por ser bella, unida a ese ideal, es lo que llamamos una norma. Miles de ellas proliferan en todas las sociedades. Miedo a la audacia, miedo a lo desconocido, rechazo a la libertad, instinto de comodidad, identificación, imitación... –una norma siempre conlleva un montón de deseos. No la impone nadie, se impone a todos. ¡Estandariza, homogeneiza conductas y sensaciones más y mejor que lo que jamás haya logrado ninguna dictadura! Las normas son negadas por los voltes. Luchar contra ellas es una especie de batalla de Merlín contra un enemigo en perpetua metamorfosis y tanto más formidable cuanto que se sumerge en lo más pequeño y se convierte en virus. No es una lucha que se pueda ganar de una vez, ni de tres, con una revolución que la complete. Quizás ni siquiera sea una lucha que pueda ganarse, ya que el enemigo ha pasado a todos, se turna y es fortalecido por todos y no puede ser extraído, ni individualizado, ni concentrado en otro lugar para ser derrotado. Quizás ni siquiera sea merecedor de... ¡una pelea!

–¿Qué sería entonces? ¿Y cómo podemos superar esa norma?

– No dando un golpe, sino saliendo de ahí, liberándote... Encontrar *la hermosa evasión*: un clamor, un eclipse... Volver a la belleza. Sentir cómo viene y se desarrolla en una misma el deseo de ser bella, y ser bella de esta manera sería el primer movimiento inevitable. Segundo movimiento: cortar las conexiones una a una, ser amada = seducir = bella = felicidad, sentirse bien = bella, ser bella = ser mujer, etc. Y cada vez que cortamos, nos detenemos para sentir hacia dónde va ahora la energía, qué deseo está invirtiendo ahora.

“De aquí se desprende el tercer movimiento. Comenzar a liberarse de sentimientos desconocidos: seducir ya no significa necesariamente ser bella. Empezamos a amar el esplendor de las arrugas, la experiencia que representan, las sonrisas que graban; los labios finos se atraen; nos sentimos mirados por algo más que nuestro par de silicona...

– ¿La bella escapada ha terminado señor Captp? Podemos continuar...

– No encadenes nada. Vamos... Queda el cuarto movimiento, el más relajado, *allegretto*. Es un movimiento muy diferente que no fuerza nada, no arranca nada, pero persiste, *lento*, muy delicado y que se desarrolla en el tiempo. Una nueva red ahora se siente y actúa dentro de nosotros. No funciona con impulsos eléctricos 0/1. No usa los nervios. No informa. Calor, velocidad, presión: eso es todo lo que esta red es capaz de hacer y aún sin medición posible: calor entre 0 y 1, velocidad incalculable. Sólo *un*

orden de magnitud. Y, sin embargo, todas las emociones pasan.

> Boule tiene lágrimas en los ojos. Ella me mira y mi visión también se nubla...

– ¡Es entonces cuando empiezan los voltes! Cuando seducir, porque, entre, sentir, jugar entre, mañana, dividir y estirar, pensar, dejan de circular de egocentro en egocentro para convertirse en pases de llovizna. Cuando el agua que nos hace ya no sale de los grifos, ya no vuelve a los canalones y a las piscinas, ya no acaba en los lagos... Cuando ya no existe la gravedad universal y, por lo tanto, ya no es probable que haya goteos, sólo charcos grandes, charcos por todas partes, esparcidos, y pies en ellos, ¡salpicaduras! ¡Sí! con justo encima una especie de calidez: gotas de llovizna que caen, se entrelazan y, a veces, se encuentran como un niño cuando descubre la nieve por primera vez.

– Es en este vuelo lírico que dejaremos descansar a nuestros espectadores con una demostración de Kuang Expert de Défordre. El Kuang Expert es, como sabrás, una de las técnicas de autodefensa más efectivas. Después de este espectáculo, se le dará la palabra a P, luego a nuestros

amigos radzonianos y finalmente al hombre misterioso que les anunciamos.

- ¿Te parece demasiado complicado, Obffs?
- Lo encuentro... demasiado simple. ¡Demasiado!

El discurso de Captp gradualmente se volvió más extraño y enrarecido. Evidentemente, con cada respuesta se alejaba un poco más de la Volte, con esa mezcla de emociones infantiles y conceptos de archipiélago que también caracterizaba sus momentos de borrachera en los festivales de la Volte, donde, después de unos tragos fuertes, cogía el micrófono y hablaba suavemente, bajo la música, con las partes más solitarias de una filosofía destrozada que sabíamos que era suya y cuyos retazos se interpolaban entre el ritmo crudo. Fue este Captp al que escuchamos, fue este Captp al que amamos. Nosotros. ¿Pero los demás?

P habló. Desarrolló un discurso eminentemente acorde con su función. Un auténtico programa para una academia de policía... Sigue la letanía vengativa de los excluidos de la rad-zona con sus problemas de suministro de oxígeno y desechos...

– Señor Captp, ¿lo vemos sonreír ante las exigencias de sus hermanos radiantes? ¿No se siente solidario con sus peticiones?

– ¡No llame “hermanos” a las personas que para mí son perros!

– Sin embargo, como tú, son rebeldes...

– Rebeldes como dice. ¡Voltes no! Te contaré la historia de estas personas. La conozco bien porque llevo treinta y un años luchando para no confundirla con la mía.

“Pasan sus vidas en una perrera al aire libre donde ya no sabemos quién la subsidia ni quién la dirige, pero podemos ver con bastante claridad quién se beneficia de ello. Los funcionarios, si se quiere, vienen a traerles dos kilos de puré cada día. A veces no vienen. O si falta puré en este momento (es algo puntual, es la fábrica la que “funciona mal”, luego se vuelve algo único y duro, luego cien años después nos damos cuenta de que fue estructuralmente hecho a propósito...), o se comen ellos mismos por el puré que falta.

“Es muy posible que con 200 gramos diarios sea suficiente; es muy probable que un perro salvaje no necesite una perrera. Pero los perros se han acostumbrado al techo y a los dos kilos. Por eso exigen dos kilos. Ladran que es su derecho. Nadie dirá lo contrario... Pero habrían vivido con un kilo, dirían que un kilo es lo correcto. Dicen que está

incluido en la declaración de los Derechos del Perro, que, naturalmente, ni escribieron ni falsificaron. Los funcionarios discuten, discuten, negocian: ¡vamos! ¡Un kilo y cuarto! Los perros no están nada contentos, pero todavía hay muchos que admiten que un kilo y cuarto es mejor que un kilo. Pasamos la escoba por los nichos. Está hecho.

“Lo más sorprendente es que a su alrededor no hay cercas ni alambres de púas, sino bosques muy cercanos llenos de caza, sino llanuras donde correr, y conejos salvajes detrás de la colina, de los cuales, muchos de ellos, donde se acurrucan, pueden escuchar los saltos amortiguados. ¿Entonces qué? No me interesan esos rostros que, para afirmar un deseo, primero necesitan crearles una falta, y que sólo saben desear a medida que esa necesidad aumenta. Reconstruir un muro con las piedras que te quitaron, ¿eso es lo que llamas “hacer una revolución”? Entonces mira:

El capitán hace una voltereta hacia atrás y aterriza por poco en su disco.

– ¡Eso se llama hacer una revolución!

– ¿Vamos a dejar que haga sus piruetas mentales y físicas por mucho más tiempo? ¡Dejemos que P lo corte, ¡cortémoslo todo! ¿Qué dicen los expertos?

– Están calculando las matrices de impacto, señor Presidente.

Por encima del capitán, los gritos continuaron. Se escupe saliva por la boca de los radiantes, pero la mayoría, es absorbida por los campos gravimétricos y arrastradas en forma de cometas de baba hacia las paredes de la esfera, donde terminan en las caras de los espectadores. Boule, bloqueada hasta ahora por la ansiedad, se libera en un magnífico ataque de risa.

“Ahora quisiera presentarles a un hombre que todavía no ha sido oído por ningún magistrado. Este hombre acudió solo a la sede de Cablaxie para darnos un testimonio vital. Este hombre no es un volte. ¡Y, sin embargo, participó en el asalto junto al Bosquet! ¡Pertenece a la policía y sin embargo viene a testificar ante ustedes contra la policía! ¡Aquí está el agente doble Kohtp!”

El asombro de P es igual al de Captp: es total. Boule salta de alegría, Obffs ruge, Brihx se arroja a mis brazos. Kohtp comienza a declarar: quién lo contrató, cuál era su misión, cómo se produjo el asalto... Admite que no sabía nada de la película falsa, pero certifica que Captp no cometió el más mínimo delito. Captp, incomprensiblemente, permanece impassible. P lo llama una farsa y lo niega rotundamente. Por encima de ellos, abogados y juristas dejan escapar un alboroto de indignación y escándalo. Todo el geodomo no es más que un torbellino de reacciones epidérmicas. El contador cayó al [47%], con un 56% de votos. Mantenemos el extremo derecho. El abogado civil solicita la suspensión de la votación con aplazamiento de la sesión para una investigación adicional. El tribunal se niega. Espera una reacción de Captp.

– ¡Habla con Kohtp, habla con él! ¡Demuestra que lo conoces!

– ¡Habla! ¡Responde! ¡Diles!

– ¡Habla!

Captp no se mueve en absoluto. La cámara examina su rostro vacío en primer plano. Slift está en el colmo de la exasperación. Entre los dedos agarra sus dos cuchillos que hace girar a la velocidad de una hélice. Brihx se golpea

mecánicamente en el estómago. Las uñas de Boule están sangrando...

– ¡¡Habla!!

La postración del capitán es increíble. Está temblando. Vemos que está temblando.

–¡Arachnas 08! ¡Está atrapado en Arachnas 08! ¡Le ha bloqueado los neurotransmisores! ¡No puede romper la camisa de fuerza química!

Ni siquiera hay indignación en la voz de Offs, sólo una repentina iluminación.

– ¡Él lo intenta! ¡Mirad! ¡Está intentando romper el bloqueo químico! Arachnas trabaja el flujo emocional, esto lo saben los psiquiatras. Libera o bloquea... Desde siempre, estos cabrones han empujado a Captp al lirismo, para que se encierre, para que poetice... ¡Y ahora lo están encerrando!

El temblor de Captp, su rostro desierto, es el único signo del terrible calambre nervioso que lo aprieta y retuerce con un abrazo sintético.

– M, detén el control de la cápsula. Se está volviendo demasiado llamativo. Sé rápido.

–¡Ya está llegando, mira! ¡Empieza a forzar la cerradura!

El capitán se tambalea, se disculpa, dice que se siente mal y agradece a Kohtp con voz pálida e incorpórea por venir a testificar por él. Sus cansadas palabras suenan falsas.

[48%]

Entonces todo se precipita. Los jueces confirman la votación. Se llevan a Kohtp. Cablaxie, decepcionada por su primicia aunque testaruda, anuncia que continuará su investigación sobre el núcleo duro que le fue entregado. ¡Para que se haga verdad y justicia! Captp, como nos predijo Obffs, está entrando en una reversión acelerada. Libera sus emociones, llora, tiene hipo y lanza ataques.

– ¡Coooobbbbbbbrrrrrrraaa! ¡Coobbbbbrrrrraa!
¡Coobrrra! ¡Coooobbbbbrrrrrrraaa!
¡Coooobbbbbbbrrrrrrraaa!

Las sucesivas ondas, con una violencia y una vivacidad que las hacen incontrollables, se desencadenan, serpentean, giran, surcan la esfera. Superados y desorientados, los guardias de seguridad vestidos de negro se confunden. Los campos retiemblan, agujereados arriba, abajo, en las paredes, por los hombres o por las balas que los picotean, antes de alcanzar su objetivo: P. La zona ingrávida, cerca del pálido P, se está atascando de siluetas paralizadas que flotan a su alrededor como cadáveres. Los ingenieros hacen un solemne llamamiento a la calma. Temen un colapso gravitatorio del geodomo, una especie de agujero negro provocado por la convergencia de campos.

“¡Eso es exactamente lo que queremos, intelectual! grita Obffs.

El campo golpea nuevamente. Los ingenieros llevan la gravedad al máximo para literalmente pegar al público a sus asientos. Vuelve la calma.

– Señor Captp, no sé si podremos terminar este juicio como lo exige la justicia y la decencia. Sólo nos quedan cuatro minutos antes de la cuenta atrás final. Por lo tanto, sólo puedo darle la palabra para sus argumentos finales.

> Temblando de fiebre, el Capitán parece estar buscando en su interior algún tipo de calma. Recurre a sus últimas reservas. Su emoción, llevada al límite por el Arachna, lo atraviesa, no puede controlar casi nada. Todo el geodomo quedó en silencio. El momento es crucial.

– A veces les preguntamos a los niños: “¿Qué quieres ser en tu vida?” –¡una obra de arte!” Sería bueno que los niños respondieran así. Pero responden “virtudiano” o “incitador” porque... porque nada... no sabemos siquiera por qué responden, en lugar de vomitar las normas que les crecen en el estómago. Del mismo modo, básicamente me preguntasteis: “¿Qué quiere hacer la Volte con su vida?” porque individuos como nosotros, que rechazamos lo que hay, somos necesariamente adultos un poco infantiles, poco domesticados, no demasiado obedientes, no hemos comprendido muy bien que debemos cumplir una función, sea cual sea, que, eh, pero una función, ¡como los otros! Lo que me hubiera gustado decirlos al final no dura cuatro minutos... Ni diez, ni mil... Ni siquiera dura toda la vida. Se

necesitarán varios siglos más para que el animal único que somos aprenda a inventar lo que puede ser la vida. No lo sabemos. Yo no lo sé más que tú... No sabemos lo que puede hacer un cuerpo mientras está vivo. La verdad es que nunca hemos tenido tanto miedo a la libertad. Cuanto más cercana estaba a nosotros, más huíamos de ella, como de una mujer magnífica y sencilla. La libertad es fuego. Queremos sentarnos a su alrededor para calentarnos. Al final apagamos las brasas con palabras. Pero no nos lanzamos a hacer sonar el silbato, ¡no!

“¿Sabes lo que me divierte? Un niño de cinco años sabe más de la vida... Más que nosotros... Después, él... se adapta. Se regula, obedece... se controla, se calma: desaprende. A los seis años ya tiene miedo de torcerse el tobillo. Me gustaría vivir lo suficiente para redescubrir, experimentado, este fantástico salto al cosmos de un niño que...

– ¡Solo quedan dos minutos, señor Captp!

– (...) Finalmente, ¿qué quiere la Volte, eh? Les advierto que no entenderán nada de mi respuesta, por lo que les permitiré hacer cualquier interpretación que pueda venderse en sus mercados públicos. Porque la Volte quiere esculpirse. ¡Listo! Ella está buscando. Busca una forma increíble, desde todos los ángulos, una masa crítica que no encaje en ningún molde. ¡Quiere una vida fuera de la serie! ¡Fuera del precio! ¡Fuera de borda! Quiere que el aire sude, que el agua arda, que el rojo de tus labios se gire y bese, que

el oxígeno alimente siempre la llama, que lo que moja, que la savia, que lo que toca y siente, que todo lo que crece, sea fértil... no quiere saber lo que quiere, pero que sus fuerzas lo sepan, que desprendan a los hombres doblados de las calles; uno a uno, quiere destrozar cuerpos, sí, y devolver todo eso a las tormentas magnéticas de Saturno para que los recomponga de otra manera, quiere fuego entre fuego, con y entre, para y más allá, cortafuegos y tanta presión interna, tanta fuerza gravitacional que nuestros deseos destrozados comiencen a filtrarse como núcleos de hidrógeno metálico líquido en el corazón de un planeta que se inventará a nuestras espaldas, a la belleza de las disonancias, afuera y de pie. ¡Viva la Volte!

[52%]

“Señoras y señores, el juicio ya ha terminado. Pudieron escuchar al Sr. Captp extensamente. El 62% de ustedes ya lo ha decidido y la incubación presenta actualmente una ligera ventaja. A aquellos que aún no han cumplido con su deber cívico les quedan, por ley, exactamente cinco minutos para votar. No podemos recomendar lo suficiente que aprovechen al máximo estos cinco minutos para, en su alma y en su conciencia, decidir el destino del hombre que defendió su

vida ante usted esta noche ¡Cuidado, que empieza la cuenta atrás!”

> La pantalla se divide en cuatro partes. Arriba a la izquierda, los minutos. En el centro, el porcentaje a favor de la muerte de Captp. A la derecha, el porcentaje de votantes:

5:00 a.m. Incubación: 52,4% Electores: 62%

Abajo, el rostro del Capitán, una mujer, P, A, los ministros, un volte, se alternan lentamente... Arriba, una banda “0 = Incubación • 1 = absolución”.

La intensidad de los campos de gravedad inmoviliza al público en sus asientos. El más poderoso de los volte ya no podría levantarse. Momificado, el geodomo está esperando. Los paralizados volte son evacuados de la zona de ingravidez. En todos los hogares de esta ciudad, mujeres y hombres marcan números en su control remoto. Cuando llega el momento de votar, el gato salta sobre el cero, o el perro; la mano resbala, la taza de café aprieta el botón, el niño juega a Starwars, el mando a distancia cae... La gente vota. ¿Los que han esperado hasta ahora son seres reflexivos –¿o lentos o perversos?– Son pensativos. Hay muchas posibilidades de que voten para salvar a Captp. En el caché, Brihx tiene la barbilla entre las manos, hipnotizado por el 52,1%. Boule invoca no sé qué fuerzas. Obffs se levanta, se

sienta, se levanta, se da vuelta, se sienta. Se levanta. Dibuja formas en el polvo, las borra. Escucha a Slift, el giro de los cuchillos en las manos de Slift, preciso como la aceleración de un segundero. Allí, en su disco estampado con la Volte, Captp se encuentra erguido en la columna de luz. El resto del geodomo quedó sumido en la oscuridad. Él es heterosexual. Nada le impediría volver a hablar, pero sólo su presencia, en la luz, su presencia sola y recta, vale para el último 1 que se indica y que es suficiente.

1:48 a.m. Incubación: 51,0% Electores: 84%

00:52 Incubación: 50,8% Electores: 87%

00:15 Incubación: 50,7% Electores: 89%

00:00 horas Incubación: 50,7% Electores: 90%

XVIII. CADA. CADA.

Mañana seremos libres.

¡Libres!

“... los demás miembros del Bosquet, con excepción del Sr. Slift, condenado in absentia al campo de educación cívica de por vida, ya no están sujetos a procesamiento. A petición expresa del Presidente, la Comisión de Asuntos Terroristas anuló los cargos contra los Sres. Brihx, Obffs, Kamio, así como contra la socia del Sr. Captp, Bdcht. Autorizados a circular libremente, deben, sin embargo, como muestra de su buena voluntad, presentarse ante la policía para someterse al trasplante de un rastreador. Este trazador permitirá, “sin gastos personales”, insistió P, “garantizar su ciudadanía respetuosa”. La incubación de Captp se fijó para las 3 a.m. A pesar de esta hora tan tardía y de las violentas tormentas magnéticas debidas al perihelio de Saturno, el

Ministerio del Interior está previendo disturbios sin precedentes en la explanada del puerto espacial. Ante estas amenazas, el presidente de Starlight se declaró “sorprendido” por la apresurada liberación de los miembros del Bosquet mientras el almirante Sperkov, hablando directamente desde la nave Urania, lamentó que “la pionera de las bases solares habitadas esté cediendo a las posibilidades de negociación y reequilibrio político”.

En Cablaxie, nuestros expertos continúan con el mayor detalle sus investigaciones sobre el núcleo duro entregado a nuestro canal por el agente doble Kohtp.

– Estamos rompiendo las capas de cifrado del núcleo una por una. Nos enfrentamos a autovirus de borrado muy reactivos que nos obligan a trabajar con mucha precaución. Por el momento sólo hay una certeza: ¡el núcleo proviene de los servicios especiales del ministerio! Los virus utilizados llevan sin duda la marca.

– Bigs, en el estado actual de tu investigación, ¿ya has podido leer algunas líneas de código en texto plano?

– Afirmativo. De hecho, esta es una misión de infiltración. No puedo decirte más por el momento. ¡Pero aquí todos tenemos la impresión de que las verdades indescriptibles del proceso están ahí, en el corazón del núcleo!...”

– ¡Iré a rescatarlo al Cubo!

– ¡Sí y vas a terminar en el Gulag por el resto de tu puta vida! ¡Con unos auriculares virtuales atornillados al occipucio y las manos sujetas a los controladores del juego! ¡No te muevas, Serpiente! ¡Acamparás allí!

– ¡Ya te diré!

– Slift, necesitas protegerte. No hay nada más que puedas hacer por él.

– Estuve allí para la incubación de Zork. No he hecho nada. ¡Liberaré al capitán! ¡Aunque mi complot no se vuelva más agitado que un tarro de mermelada! ¡Por todos lados tengo las tripas llenas! Cortocircuito en los nervios, ¡ya está! Pueden venir y vaciarme la caja con una cucharita, ¡no me importa! ¡Iré a buscarlo!

> Ante la ejecución de Captp, ante el deseo incontrolable de estar allí, de que lo sepa, de que lo sienta, ante la esperanza energúmena y frenética de poder aún, arrancarlo de su destino, nada lo sujetaba. Slift quería salir y lo haría, incluso si Brihx con su estatura interviniera en la abertura del

túnel. Esta mañana era la trigésimo segunda de nuestra vida como topos perseguidos y sería la última. En cada uno de nosotros se estremeció el levantamiento de la multitud en el momento en que Zorlk, suspendido sobre el Cubo y arrastrado hacia el pozo, comenzó a balancearse salvajemente, tirando con todas sus fuerzas del cable para desequilibrar el helicóptero, el cual, en el cielo, bajo las sacudidas de su prodigioso agarre, ¡hipaba! Ninguno de nosotros había olvidado la potencia de los disturbios que estallaron entonces. ¿No ser uno de los que estuvieran esta noche? Inconcebible. Con trazadores o sin ellos, con detención o no de Slift, estaríamos en el puerto espacial. Quedaba por ver cómo hacer qué, con quién y cómo. Orbka, nuestro contacto con el mundo exterior, vino esta mañana a las seis. Le dijimos que buscara en todas las zonas radiactivas que hubieran *demostrado* simpatías voltes y las trajera a la nave para elaborar un plan de acción. Agregando que obviamente, estaríamos allí, tal vez incluso con ideas... Brihx, después de haber trabajado allí durante ocho años, conocía cada uno de los aburridos robots, los autoenrolladores, cada una de las esquinas y puntos de retiro del almacén R, y contaba con sus amigos metalúrgicos sacando el hardware de los hangares para despejar la explanada de las enormes terminales de plasma que inevitablemente el gobierno iba a instalar allí para impedirnos acercarnos al Cubo. Kamio, por su parte, había planteado una de sus ideas desaliñadas, tan benigna a primera vista que la rechazamos, antes de volver sobre ella y adoptarla incondicionalmente basándonos en

tres argumentos de Boule a su favor. Por una vez, no abrí la puerta: demasiadas imágenes, demasiados impulsos, demasiadas ganas de salir y reunirme con la multitud electrizada y añadir mi presencia voltaica a su furia.

H – 24

> Vomité sobre los azulejos de mi celda, luego lloré, de soledad, de fracaso, de asco... De lo que dije, de lo que pude decir en el juicio, no recuerdo casi nada, jirones de sentencias en archipiélagos, islotes, olvido. Una vez que lo supere, no puedo volver atrás. Estuve pésimo, emocional, desconectado todo el tiempo. Mañana para mí el programa es sencillo: morir. Tengo veinticuatro horas para concluir mi vida. Con mi vanidad de vivir noventa años y el alcance inmenso de lo que quería hacer, tenía que hacer, soñaba hacer... Todo permanecerá ahí sin nadie que lo cumpla, sin nadie que pueda decir o adivinar lo que haría... Mi regreso a la Tierra... mi viaje final a Plutón... a los negros confines del cosmos habitado... la fundación de Anarkhia... de los libros que iba a escribir, de las batallas que planeé... nuestros cuatro hijos... los pechos de Boule en la palma de mis manos... Y todo lo demás... Todo lo demás me marea, todo

lo demás se hunde tan lejos en un futuro que ahora nunca alcanzaré... Morir, trazar la línea sin haber terminado. ¿En qué me habría convertido? Quizás en nada, pero al menos esa nada, a los 90 años, con todo ese montón de vida a mis espaldas, habría sido un puto algo... Incluso un fracaso, incluso patético y vacío. Me fui a la cama y pedí oscuridad, lo que me concedieron. El Cubo será así de negro, exactamente igual de negro, y lo supieron desde el momento en que puse un pie en esta celda. Quiero aceptar ahora. Aceptar el cargo de E. Punto de no retorno. Abiertos, mis ojos miran por encima de mi cama hacia una trampilla que ya no se abre. El futuro es un techo demasiado pesado para lo que se pierde y lo que no será. Cae sobre mí. Acorralado. Aplastado. Amurallado.

Cuántas veces me he dicho: vive cada momento como si fuera el último... Y lo intenté. Me dije que un loco encaramado en una torre panóptica me iba a disparar en un momento. Que era mi último minuto. Diez segundos tal vez, veinte segundos durante los cuales los rostros de las personas con las que pasaba se volvían de repente rubíes, el relieve destacaba sobre las paredes lisas, el asfalto mismo se convertía en un lago de oro negro. En esos momentos ya no ordenaba, ya no tenía tiempo, lo tomaba todo, sentía lo absolutamente único y milagroso que era *todo* en la vida. Sin embargo, no duraba mucho, nunca mucho, ante esta agudeza de tacto y de escucha, antes de que la botella del mundo se descorchara de repente, los colores por todas

partes eran más vivos, estaban como ardiendo, la veta del betún, se suavizaba y se desvanecía. Luego, con sus diferenciales comunes, sus zonas planas y su velocidad decreciente, la existencia se reanudaba, profana, medio miope y sorda y siempre anticipada. Volví a poner la ropa de cama sobre mi piel y el frío y parpadeé sabiamente ante la luz. Rápidamente lo olvidé.

Esta noche no quiero olvidar.

Quiero que cada segundo sea vivido. Cada. Cada. Cada. Cada. Una vez más.

H – 19

Boule entró en mi celda al amparo de la noche y se deslizó silenciosamente en mi cama. La siento contra mí, toda ella, respirando. El aire caliente hace rodar nuestros cuerpos como grava y nos mece juntos, ola tras ola, bajo la marea de una pequeña luna que solo brilla debajo de nuestras sábanas. Cuando se mueve tiene movimientos de magma y tierra revuelta. Una bola plana de dulzura disuelta, deposita caricias aluviales en nuestros dos cuerpos. Nunca la amé más profundamente que en el corazón de aquellas noches donde, su piel dormida, su carne se elevaba silenciosamente... Todos los pequeños bolsillos secretos de

caricias entumecidas por el pudor inútil del día, toda esta voluptuosidad enterrada bajo los poros encogidos, extendida en una niebla bajo sábanas sin bordes. Entonces la cama, oscura, se balanceó con nuestra somnolencia y las sábanas, levantadas aliento a aliento, hicieron un crujido.

Ya no abrimos los ojos, ni siquiera pensamos, pero lo sabíamos. Sabíamos que ya no había más celda, ni más cubo gubernamental, ni mucha profundidad, bajo tal espesor de agua sumergida... Ya no había ciudad, sino sólo lechos de amantes flotando en un océano de azul simple y la calidez de las velas ondeando al sol. Sólo estábamos Boule y yo, nosotros, todos los demás, Boule de piel perezosa y carne abierta y somnolienta, que olía a la ofrenda púrpura, al pequeño sudor de las noches y a las brasas aún calientes, Boule aún más humana, ya no era una mujer o una niña, bola ensanchada y acampanada, bola de animal, oso enroscado, gato azul, marmota que se escapó y se acurrucó, engañando al invierno en su guarida de tela y calor –Bola ilimitada sin piel, toda sangre exterior, todo aliento expirante, Bola, sí Bola líquida, cargada de lava, Bola suavemente vertida en mí, con el molde resquebrajado bajo el vertido... que vibra lánguidamente sobre su lecho de madera, perdida, con cien otros lechos, balanceándose sobre la simple tristeza, detrás del amor, entre el latido somnoliento del tiempo finalmente disuelto.

H-16

Por la mañana, un sol halógeno atravesó el cielo gris. El océano se evaporó. La masa de agua que ahogaba Cerclon comenzó a girar en espiral alrededor de las arquetas para hundirse en el espesor del planeta a la velocidad de un sumidero destapado. Nuestra cama cayó con la terrible recesión hasta desplomarse sobre el piso seco de mi celda. No hubo languidez matutina. No esos breves estados de conciencia aún solubles, esas cabezas frías que emergen de las mantas y se sumergen inmediatamente de nuevo en ellas con las mismas ganas de quedarse allí como cuando te bañas en una lluvia helada mientras la piscina está tan cálida. Sin gracia, los guardias nos sacudieron con el sadismo pubescente con el que despiertan a los vagabundos, ya que “tienen que hacer su trabajo”. Distinguí cuatro de ellos. “¡Déjanos!” Déjanos un poco más”, dije con una voz inconcebiblemente quejosa. Y me di la vuelta para acurrucarme contra su cuerpo. Mi pecho y mis brazos aferraron un volumen vacío cerca de la pared. Abrí los ojos de repente. Una forma fugaz, cuyo calor aún podía sentir en las sábanas, se desvaneció en el pasado...

– El señor Presidente, le hace el honor de una visita.
¡Vístase!

Salieron los guardias. La puerta se deslizó sobre sus carriles. A entró a su vez, solo y sonriendo.

No dio ni tres pasos para entrar en mi celda. No abrió la boca.

Mi puño se estrelló contra su plexo. Su rostro se desmoronó. De cara al frente, se desplomó sobre las baldosas. Inmediatamente, una bandada de guardias invadió mi celda: la descarga del paralizador chisporroteó en mis fibras.

En coma.

H – 12

Mi segundo despertar fue más lento e incluso más doloroso que el primero. La persistente sensación de anestesia me provocó náuseas. Me dolían los músculos y el ojo derecho me ardía insistentemente. Después de una buena media hora de recuperar fuerzas en la cama, me levanté. Inmediatamente sonó una voz encantadora: “La puerta de su celda está abierta, señor Captp. Una azafata le está esperando para acompañarle al salón donde podrá disfrutar de la deliciosa comida que nos han encargado para su salida. “¡Mi salida! Al salir de mi celda, me di cuenta de

que ya estaba vestido con la ropa que había pedido para el Cubo: pantalones impermeables de Texnil (trituradores de mierda estrechos e impermeables), un jersey rojo, una camisa hermética y un parnox negro. Traviesa y alegre como si fuera a regalarme un bono de viaje para Starlight, la azafata me acompañó hasta lo alto del cubo de gobierno y me instaló dentro de una majestuosa cúpula de cristal encaramada en el techo, 'desde donde podía ver desvanecerse la tarde'... Favor por favor, pedí una banda de radrock para amenizar mi comida y mencioné, sin creer en ello realmente, a *Spastic √•≈Δ*, a los que adoraba. Y ahí estaban. Sobre una pequeña plataforma, ajustando sus instrumentos. Vinieron a estrecharme la mano. En las pocas palabras, sobrias y honestas que me dirigieron, había una calidez emocional que me conmovió profundamente. A mi alrededor, unas diez mesas acogían a ciudadanos de Cerclon, gente corriente, tal y como yo había solicitado.

– Nunca adivinaré cuántas personas se presentaron para compartir sus últimas horas, Sr. Captp...

– Adelante.

– ¡Hemos recibido veinticinco mil solicitudes! ¡Imagínese la alegría de los afortunados! Así que no los culpe si le miran fijamente...

– Me alegro mucho de que hayan venido. Están ahí por mí; y estoy aquí para ellos, así que...

Los músicos de *Spastic √•≈Δ*, habían justado sus instrumentos. No pude evitar reírme al ver los rostros atónitos de los ciudadanos cuando comenzaron el *Baile de Combate*. Al lanzar sus tiros al espacio, lanzaron rayos láser que estiraron, acertaron, rebotaron en los címbalos, sillas oxidadas, recortes, tramos de rieles y barriles que habían amontonado en el escenario. Surgieron sonidos difractados, libres, tónicos, vibratos pesados y largos que se hincharon antes de romperse. Esta noche tocaron como nunca antes, imbuidos de una ira contenida que hizo que sus acordes fueran aún más explosivos. Golpearon con el deseo de poner fin a esto, torciendo y rompiendo las banderas de los “felices elegidos”, quienes, evidentemente, estaban exasperados y se preguntaban cómo podía ir hacia la muerte con tal ausencia de silencio. Esta música era mi marcha fúnebre. A pesar de ser una marcha sin melodía, llena de choques, golpes, enfrentamientos, una marcha rota, exigente, nueva en cada punto de partida, sin repetir nada. Además, jugaba con la materia prima –óxido, raíles– que me esperaba en el Cubo, y ya en este escenario, gracias a ellos, me habló, me dijo, con cada rayo que allí se difractaba, a través del sonido, lo que era con lo que vibraba y cómo debía tocarlo para domarlo. Pocas personas aparentemente sintieron esto en la cúpula, pero dos mujeres jóvenes y un hombre que no ocultaban su felicidad por estar allí tuvieron el descaro de venir y sentarse conmigo en el postre para hablar sobre música, vida, muerte, la Volte... Tuve un raro placer al escucharlos.

– Tienes posibilidades con las tormentas magnéticas. Durante tres días, los transbordadores no podrán descargar: cualquier material ferroso corre el riesgo de volver a caer en el puerto espacial. ¡Así que el Cubo no absorberá ningún material mientras estés allí! ¡Es una oportunidad!

– Sí, muy bien... ¿Seguiste mi juicio? Cómo...

– ¡Estuviste extraordinario, increíble! ¡Tu conclusión fue magnífica! Puedes morir físicamente. Pero puedo decirte que esto quedará para siempre. Eres puro, como Zork. Seguirás viviendo en nosotros y se lo contaremos a nuestros hijos, y cómo esa noche permaneciste orgulloso y alegre y de pie, hasta el final, hasta en el Cubo porque sé que lucharás hasta el final. Una sección de un edificio tendrá que caer sobre tu estómago para que te rindas, ¿eh?

– Sí. Finalmente, ¡un pequeño bloque será suficiente, lamentablemente!

– Sobrevivirás, lo soñé. Lo sé.

Fui a bailar con la chica. Era adorable, olía bien y se dejaba besar, en broma, como una amante. Por unos minutos, con ella, me sentí inmortal. Salimos los dos a la terraza, al aire fresco de la noche que se aproximaba. Desde el curvo horizonte hasta nosotros, el cielo del atardecer ardía. El fuego comenzó desde el Afuera y encendió una a una todas

las nubes deshilachadas por el viento cósmico. La ciudad se fue iluminando poco a poco, con toques amarillos a través del cristal de las ventanas. Saturno nunca había estado más cerca de nuestro asteroide que esta noche. Allí, en la zona de radiación, brillaban nubes de arena y limaduras. Los radiantes tuvieron que llorar por el techo de su cabaña y los gatos púrpuras erizaron sus plumas al sentir las corrientes magnéticas recorrer sus cuerpos. Qué hermosa era la ciudad... Los cilindros de las torres brillaban desde dentro como faros anticipando la tormenta... Los deslizadores corrían a lo largo de los anillos periféricos. Sólo el Cubo, enorme y frontal, permanecía desesperadamente oscuro a contraluz, oscuro pero sin malicia, simplemente lleno de excesos, simplemente inhumano. Abracé a mi aventura de una noche y vi que ella estaba llorando.

“Actualmente nos encontramos en el Copterocida nº 4 y sobrevolamos este famoso Cubo en el que será insertado el condenado. Estoy en compañía de los mejores especialistas del Zhext, la Zona de EXTREMA Hostilidad, como la llaman en su jerga. A mi lado está el Sr. Dfq, ingeniero general del Cubo, MM. Gykb y Hpvr, verificadores nucleares, así como el Sr. Elrz, especialista en leyendas urbanas y el Sr. Cr,

psicoanalista y psiquiatra, que atendieron a Captp durante su detención. Señor Dfq, ¿puede recordarles a nuestros espectadores, en pocas palabras, qué es el Cubo?

– Con mucho gusto. De manera muy esquemática, el Zhex t aparece como una pila compacta de desechos metálicos. También hay elementos minerales (piedra, roca, hormigón), residuos químicos y plásticos, madera y, por supuesto, residuos nucleares. Aunque lo limpiamos constantemente con lavados ácidos, el Cubo no es la masa silenciosa que se ve desde el exterior. Está constantemente sometido a campos magnéticos extremadamente violentos que mueven las capas de desechos, comprimen unas zonas, expanden otras o crean lo que llamamos clivajes, es decir, grandes fallas internas. Este es el primer problema. El segundo, evidentemente, se refiere a la radiación. La intensidad de las compresiones llega a veces hasta romper la base de plomo de los barriles radiactivos. Ciertas zonas, especialmente hacia la base del Cubo, se vuelven particularmente ricas en radioelementos. Las monitoreamos. Por último, existen graves problemas de sobrecalentamiento. La temperatura del Zhex t aumenta en algunos lugares hasta los 300°C, lo que, sin un tratamiento adecuado, podría provocar un desastre. Para evitar la inflación térmica, perforamos núcleos de oxígeno líquido mediante un chorro de gas, que atraviesa el cubo y forma una especie de rejilla de refrigeración.

– Señor Dfq, ¿queda en un entorno así lugar para la supervivencia de un hombre? ¿Qué tiene que afrontar el condenado? ¿Y de qué suele morir?

– Todas las muertes deploradas por nuestros auditores fueron causadas por aplastamiento. Éste es el único riesgo que su demanda no cubre. Ahora bien, para un hombre sin un traje especial, cualquier cosa puede causarle la muerte, y muy rápidamente...

– Por ejemplo?

– Falta de oxígeno, radiación, gorr, ácido, calor superior a 80°C, corte de un núcleo de aire líquido... Y luego están todos los accidentes: caída, lesión, quemadura, explosión, aplastamiento, colapso, compactación repentina... O el simple hecho de estar bloqueado, ¡que es la regla en el Cubo! Finalmente, la causa más simple de todas: ¡el cansancio!

– En su opinión, señor Dfq, ¿es imaginable que un hombre equipado con zapatos y una chaqueta de cuero pudiera subir cuatrocientos metros a través de las capas de desechos y salir por la cima del Cubo?

– Es absolutamente imposible. Ya sabe, ¡ni siquiera las ratas mutantes sobreviven media hora en el Zhext! Entonces, un hombre...”

> Mientras la nave está llena a reventar, los voltes siguen atravesando el túnel... Mi hombro está magullado por recibir golpes y abrazos “¡Me alegro de ver tu cara otra vez, Kamio!”. Esperaba algo parecido a la compostura y una apariencia de pesadumbre debido a la condena de Captp, pero la tensión en los rostros delata el deseo incontrollable de golpear y vengar. Esta tarde no habrá debate, no será posible una construcción colectiva. La violencia desplegará sus propias espirales, el Bosquet propondrá su plan de acción. Intercambio algunas miradas con Brihx y Obffs: tenemos que tomar el asunto en nuestras propias manos. Slift recorre todas las filas una por una y comprueba a cada volte: “¿Quién eres? ¿De dónde vienes? ¿Quién te trajo?”. Conoce a cuatrocientos voltes personalmente y estrecha tantas manos que uno diría que está en campaña electoral...

H – 2

> Me dejaron, durante la espera, el miserable encendedor que tenía escondido en el revestimiento del parnox. Cuando el médico forense me preguntó si quería pastillas contra la ansiedad, le escupí. Un sacerdote se acercó a bendecirme.

De un cabezazo le rompí la nariz. “¡Dios lo bendiga!” P dejó de estrecharme la mano. La cúpula, aparte de los guardias, ahora está vacía.

> En algunas diatribas y sin hacer oír su voz, Brihx reunió a todos los metalúrgicos del círculo industrial en su proyecto. Obffs se unió a un grupo de escaladores. Armaron un plan para acceder a la base del Cubo. Después de lo cual – locura...– ¡creen que pueden escalar los ochocientos metros de pared! En la sala de la nave, bandas, círculos y agrupaciones forman un mosaico agitado. Me aislé a un lado del escenario. Los camaradas vienen a verme para saber mi opinión. Hay tanto entusiasmo en esta agitación mientras Captp, solo, se prepara para la muerte... Sé muy bien que le hubiera encantado lo que está pasando y que le habría parecido, creo, el homenaje más hermoso. Falta algo, sin embargo, que me vuelve terriblemente taciturno: precisamente un homenaje, una forma de contemplación, algo que sería como la dignidad. No tengo el coraje de cortar el debate y expresar lo que siento. Slift acaba de abandonar su escuadrón y toma posesión del escenario. A la velocidad con la que se produce el silencio, cada uno puede medir lo que esto implica.

– ¡No sé si hay alguien en esta nave que haya aprendido la lección del asalto! Todos son deslizadores, grúas de pórtico, propulsores... ¿Dónde os vais a estrellar esta noche? ¡En la explanada del astropuerto! Básicamente un cuadrado de seis por seis millas, tan plano como mi cerebro, totalmente expuesto, ¡con apenas diez hangares en los que apoyarse! Para P, es como jugar al billar: saca los helicópteros y todas las naves que tiene, y los hace girar sobre nuestras cabezas. En cuanto las gentes no se disuelven, pulveriza... ¿Y qué hacemos? ¿Sacar los paraguas? ¡Le importa un carajo la guerra de guerrillas en tierra! Sabe que nos estrellaremos contra el muro de plasma, ¡bam! ¡Ni siquiera llegaremos al muro perimetral del Tas! No voy a ir a la feria. Tengo un compañero ¡cuya cara van a poner en la trituradora de vacío. Así que me gustaría saber quién de aquí sabe pilotar una lanzadera o un cohete corto. Según Txse, hay más de trescientas naves atascadas en los hangares desde medianoche hasta las siete de la mañana, por culpa del ícubo.

– ¡No nos van a dar las llaves!

– ¡Seguro!

– ¡Habrá un escuadrón de cascos alrededor, Serpiente!

– ¡Sí, terreno llano! ¡Pero tomamos una torre de televisión! ¡No es un hangar lo que nos va a dar vergüenza!

¡Offs, explícales el truco! En un francés que golpee esa trama plana...

– Cuatro grupos. El primero al pie del Cubo, el grupo de Obffs, en colisión. Objetivo: perforar el plasmur, atravesar el recinto, escalar. El segundo invade los almacenes de reparación, un grupo de metalúrgicos, sorteando a los mastodontes y corre hacia las terminales de plasma. Doble objetivo: crear una desviación y crear un hueco para los escaladores. Tercer grupo, liderado por Kamio, en un área vacía bien descubierta: poesía, él os lo explicará... Cuarto grupo, el de Serpiente: asalto al hangar 6 –por lo que sabemos, este es el menos protegido. Os apoderáis de tantas naves como podáis y despegáis inmediatamente. ¡Entonces es Star Wars! En cuanto al asalto, seguimos conectados por ondas cortas con el indicador de posición. Si alguno de nosotros, incluida Boule, se arriesga a ser capturado, el código de alerta es 0.0.0. Otros códigos permanecen sin cambios.

“–Señor Gykb y Hpvr, ¡hola! Usted está, por su experiencia, en la cima de la jerarquía de los verificadores nucleares. ¿Puedes, en pocas palabras, explicarnos tu trabajo?”

– Somos responsables de realizar estudios de campo dentro del propio Zhex (radiactividad, magnetismo,

temperatura) y de erradicar allí todas las formas de vida orgánica.

–¿Hasta dónde llegáis en el Cubo?

– El máximo autorizado es de 50 metros. Más allá de eso, ninguna señal de radio llega al mundo exterior. Entramos por trampillas, a todas las alturas y por todos los lados del Cubo. Y vamos avanzando, con quince kilos de neopreno, más los aparatos de medición...

– Hay que estar físicamente impecable...

– Ya sabes, no es el físico lo que falla en el Zhext. Es la cabeza. Es en la cabeza donde hay que estar muy fuerte. El traje nos protege de todo, pero no de la vista, no del tacto y sobre todo del oído porque tenemos un casco excelente...

– El Sr. Cr habló sobre estos trastornos psicológicos que ocurren...

– El señor Cr habló de alucinaciones. Pero esto no son alucinaciones. ¡Es la verdad! He visto verdaderas auroras boreales en el Cubo. Fenómenos de electroluminiscencia que no te imaginas.

–Y luego está lo que escuchamos...

– Sí... Gybk escuchó claramente, una vez, como música...

– Era un juego de ecos muy lejanos, que se acercaban a mí, con gritos distorsionados...

– Muchas personas están enterradas en el Cubo, incluidos aquellos que han salido del coma, bueno, ya ves... El ácido no puede... El Cubo vive. Vive. Cuando entras en él, sientes que él lo siente. Él está vivo. No sabemos qué está pasando en el centro...

– A veces se mueve como un animal, todas las paredes se ondulan, crujen, digiere... “

> El tiempo es hemofílico. Lo sé hoy. Está herido. No sana. Fluye, se hunde. Se hundirá. Es algo extraordinario, que ningún momento haya podido mantenerse. Quedarse ahí. Permanecer. Y seguir siendo lo que es indefinidamente. Siento que, si pudiera permanecer exactamente igual durante dos segundos, entonces el tiempo se detendría. No sé cómo estar tranquilo.

Calma.

Espasmos estomacales.

El presidente aún no ha anunciado su decisión de indultar. Sin el puñetazo... Posiblemente él...

La alfombra roja nunca deja de transformarse. Si fuéramos conscientes de todo lo que cambia..., de lo que se convierte en cada momento en la mesa, si estuviéramos dispuestos a hacer el esfuerzo de verla... Estoy tirando del tiempo, suavemente, como de una goma elástica. Me aferro a mi cerebro, mientras pueda. Concepto, cristales enteros de concepto que se resquebrajan al menor empujón. El miedo me arroja al Cubo, entre sacudidas, como si la anticipación pudiera ayudarme... Las imágenes se elevan... el cable... el pozo... la oscuridad arriba... Dejé a los jóvenes una carta para Boule de Chat, y otra para la Volte, con las coordenadas del Seccionador, como un relé que se pasa. Tiré las palabras a la terraza. Ya ni siquiera personifico la muerte, sé que pasará por su camino y que yo estaré en el medio. Es aterrador pasar tu existencia matando con la más pacífica indiferencia para evitar que crezca. Carne, frutas recogidas, trigo cortado... Antibióticos. Toda esa energía intenta fusionar neutrones y fracturar núcleos, para ser aprovechada y luego descartada. Y cuando nos toca a nosotros ser la materia prima, tener miedo. Miedo. Porque el ácido quema. Cava. Una gota será suficiente. Me hará un agujero en el hombro, hasta el fondo, hasta las costillas. La muerte no existe. Sé que no. Estoy muerto de miedo. Sólo existe el exceso de vida. Usurpaciones. Materia que se metamorfosea, toma lo que necesita, mata sin querer. Mierda húmeda. Yo lo he hecho. El hombre lo humaniza todo. El Cubo está lleno de lo que veinticinco millones de

hombres han hecho con la materia que necesitaban. Ácido...
Una píldora efervescente que se clava en la carne...

“–Señor Erlz, circulan muchas leyendas sobre el Zhext. Usted puede...

– ¿En dos palabras?

– ¡Sí!

– Voy a intentarlo. En la imaginación de los habitantes de Cerclon, el Cubo se percibe primero como una especie de necrópolis de desechos industriales, un vasto cementerio de desechos infames e irreciclables, lo que llamamos materia oscura. Los comunicados de prensa oficiales no hacen nada al respecto: el Cubo sigue, según los terrores y las fantasías de todos, repleto de especies mutantes, atravesado por zombies, guiado por almas magnéticas, por muertos, por Zorlk. Su centro sería un sol nuclear activo, un infierno cristiano, para otros un pozo de antimateria, un agujero blanco, un toroide, una esfera líquida suspendida, un mandala... Zorlk, para algunos, sigue vivo allí. Para otros, su alma maldita ronda el Cubo y no puede escapar. Dirige un ejército de residuos, es un golem de acero, de torio, de ácido... El Cubo es un pulmón, un cerebro, una protoviscera, un músculo de volumen... Oculta un tesoro tremendo. Contiene una puerta cósmica. Un pórtico al hiperespacio.

Una máquina de compactación del tiempo. Una estrella. Habla, gime, ordena a Terminor, se alimenta de basura, nos mira. Finalmente, entre las teorías místicas o intelectuales más comunes, el Zhext sería una reencarnación del planeta Tierra. Allí encontraríamos absolutamente todos los paisajes terrestres y podríamos vivir todo lo que allí se vivió en cualquier momento. Un grupo de analistas está convencido de que se trata del inconsciente colectivo de Cerclon, el Superyó encarnado en la materia.

– También hay teorías paranoicas...

– Por supuesto. El Comité Científico Interplanetario habría instalado allí un laboratorio genético donde se duplicarían los primeros clones humanos, incluido obviamente el de Zork, un cerebro distinguido. Allí los presidentes serían congelados criogénicamente. Reanimaríamos allí a los muertos, haríamos cyborgs para Urano, etc. Finalmente, en las hipótesis animistas, la materia misma estaría en proceso de estructurarse para preparar su venganza. ¡Los residuos humillados se habrían rebelado! En el origen de esta idea está la tasa de rotura de los robots de medición, superior al 90%, lo que nos hace pensar en una maldición...

– ¿Crees que Captp está al tanto de todas estas leyendas? ¿Y cree que pueden influir en él?

– Inevitablemente... Si sobrevive unos minutos...

– Personalmente, señor Erlz, ¿hay en medio de esta abundancia de la que usted nos ha dado un panorama general alguna hipótesis que le parezca bien fundada?

– En mi profesión es difícil ser juez y parte... Hay simplemente un pequeño hecho que siempre me ha preocupado profundamente. Más allá de los 120 metros de profundidad, no hay ninguna imagen del interior del Zhext. Ninguna sonda, ninguna cámara ha podido jamás recuperar UNA imagen del centro del Cubo.

– ¿Las imágenes se funden al negro?

– ¡Al blanco! Se vuelven absolutamente blancas”.

< Kamio 01:32 >

Llegamos a la explanada del Cubo sin encontrar ningún control. Por encima de nosotros, medios de comunicación y policía, hay una treintena de helicópteros activos, cuyos conos de luz dibujan puntos agresivos en el suelo. A veces interceptan en sus rayos los globos errantes de las cámaras voladoras, sacudidas por el viento magnético. Algunas personas emocionadas gastan sus balas para derribarlas. A pesar de las apretadas filas de voltes que nos rodean, me siento incómodo. Hay mucha menos gente de la que esperaba. Los compañeros de Cerclon II son apenas tres mil y los de Cerclon III, con sus brazaletes rojos, no más

numerosos. Afortunadamente, están estos turistas que llegan de satélites cercanos... Además de los curiosos, los aburridos, los insomnes, los noctámbulos y los simpatizantes que abundan. A juzgar por la concurrida media luna que hay delante de las terminales, hay trescientas mil personas allí: una modesta isla perdida en un océano de asfalto. Tengo la sensación de que todo esto será en vano. Captp ya está muerto. No es el lago esta noche, no es el hackeo de antenas, no es la instalación de cuchillas. No es la torre de televisión. Nos están esperando, están superequipados y tienen la experiencia de Zork. Están extremadamente preparados.

< Obffs 01:44 >

Todo encaja perfectamente: ¡ya hemos conectado trece propulsores a las tomas de fuerza de las turbinas Ox! Se alimentan con limaduras de hierro. Un flujo plateado sale de las tuberías y se dirige hacia el espacio vibratorio, entre los terminales. ¡Invisible hasta hace tres segundos, el plasmur acaba de aparecer frente a nosotros! La multitud retrocede bajo el tremendo crujido de los chips que chocan contra la superficie del plasma, que chispea, se materializa poco a poco y despliega su pesada cortina electromagnética. Ptraz acaba de armar un rifle de asalto como ya no puedes encontrar en Cerclon:

– ¡Un paso atrás! ¡Verán si no dejan paso, una pared de plasma!

Está a diez metros de distancia. Apunta a la pared. El plasma literalmente explota bajo la detonación. La onda expansiva es terrible, cegadora, se extiende por toda su superficie formando un verdadero relámpago. De un solo golpe, toda la pared se ilumina y se alza frente a nosotros. La fortaleza de plasma no es más que un prodigioso escudo de luz atronadora. Y arrugas. Luego se calma, se iguala y se apaga con la misma rapidez. Todavía en pie, invisible de nuevo. No queda nada de las balas de Ptraaz. Incluso su rifle, atrapado por la cuchilla de plasma, saltó de sus manos. En forma de polvo.

> Me van a arrastrar, como a Zorlk, pero no tengo su fuerza, no podré tirar del cable, y estaré demasiado asustado. Lo dejaré ir. Que me suelten. El ácido estará goteando. Filmarán hasta el final, hasta que la señal parpadee y se vuelva confusa. Parece que sientes un oleaje sólido nada más entrar. Sordo. El oxígeno se encenderá en el interior de mis pulmones. Una bolsa que se incendia. Entonces nada. Un sabor a fuego. No quiero que nadie me conozca. Ojalá nunca hubiera tenido amigos, nunca hubiera existido para Boule. Dejarán tragar mis cenizas. Me remolcarán, los conozco, me siento obligado a pensar en mí, “a no olvidar”. Y luego estarán los recuerdos que cobrarán

vida. Todo está marcado. Todo queda grabado cuando nos gusta. Especialmente lo más inconsistente. Que no tuve frenos en mi bicicleta –en realidad nunca– pero que sabía frenar de todos modos. Me gustaría tragarme la cara por la garganta. Autoborrarme, reiniciarme...

< Brihx 02:01 >

Rodearon el almacén de R. Imposible acercarse. Todo el Sector 6.0 tiene una cubierta de helicópteros sobre sus cabezas, que disparan ráfagas aturdidoras cada vez que un tipo intenta acercarse a un edificio. De mis cien muchachos, ya tengo veinte tan duros como el hierro. Tenemos que retroceder a la zona de radiación del este y conseguir vehículos deslizantes, jeeps y las pocas retroexcavadoras que tenemos, y conformarnos con ellos. En tres horas, con los disturbios, los helicópteros migrarán hacia el Montón, entonces será más fácil.

<Slifft 02:14>

Esto no está pasando.

< Kamio 02:25 >

Casi hemos completado las marcas en el suelo. Aparte de la K, la M y la W, que todavía están mal rotuladas, las demás letras están dibujadas con una velocidad que me impresiona. Se necesitan siete personas para hacer una I y dieciséis para dibujar una M. Boule teme que a mil metros de altura nuestras letras de cinco metros no sean suficientemente visibles, pero he hecho pruebas en la rad-zona y sé que se leerán... En esta parte desierta de la explanada, lejos de las multitudes, los raros voltes que se unieron a nosotros tienen una gravedad altiva en sus gestos que los hace tranquilos y eficientes. Aquí, obviamente, no estamos en el juego, no en el fuego y no influenciaremos nada en el transcurso de las cosas. ¿Resignación? Tenemos el orgullo de tumbarnos en el suelo para que nuestras palabras se eleven hacia Captp, en el momento en que lance sus últimas miradas a este mundo del que se marcha. Éste será un último clamor que ya no se articula.

¿Quién lo hubiera imaginado? pero no pudimos reunir cincuenta voltes para este homenaje... Tuvieron que acudir a nosotros personas, intrigadas por nuestra acción, que encontraban entrañable o simplemente divertida. Hay gente radiante, estudiantes de Júpiter, vagabundos espaciales, personas desconectadas que yacen al lado de

3-alfabetizados e incluso ex miembros de Molte que, bajo disfraz, han sido reconocidos, pero permanecen en silencio.

“– Sr. Cr, ahora me dirijo a usted porque usted es el psiquiatra oficial del gobierno y, como tal, brindó apoyo psicológico a Captp durante su detención. En dos palabras, ¿cómo lo encontró?”

– Es un chico sólido en general, inteligente, afable, pero que presenta debilidades sorprendentes que he tratado de paliar. Un poco desconfiado al principio, fue él quien finalmente pidió mi llegada y creo que le aporté, si no soluciones a sus ataques de ansiedad, al menos un poco de calidez y consuelo.

– ¿Qué opina del diagnóstico de algunos de sus compañeros, que tras ver el juicio lo declararon loco?”

– Sin duda tiene todos los síntomas del delirio persecutorio...

– A nivel físico y mental, ¿qué pasará con él en el Cubo?”

– Psicológicamente debe enfrentarse a trastornos de la voluntad con pérdida de la memoria inmediata, disbulia cíclica y dismnesia. Su paranoia, ya fuerte, se tornará histérica por la omnipresencia de las amenazas. Podemos esperar legítimamente ataques de pánico por el encierro,

fenómeno que pude observar durante su mes de encarcelamiento y que lo ayudé, con paciencia, a superar. Físicamente conocemos bien los efectos del Cubo. En nuestra jerga: disestesia con pérdida de sensibilidad, apraxia motora y ocular, disfonía, disnea, ciclo errático de hipo e hipertonia...

– En lenguaje sencillo si lo desea, Sr. Cr...

– Está claro que muy rápidamente perderá el equilibrio. Escuchará zumbidos. Tendrá alucinaciones frecuentes y significativas. Sus músculos ya no le responderán, ya no sentirá lo que toque, perderá la visión por momentos...

– Señor Cr, cuando lo escuché no pude evitar imaginarme como un condenado, encerrado a cuatrocientos metros de profundidad en ese Cubo. Y me preguntaba qué haría yo en su lugar...

– ¡Ah! Aquí entramos en el dominio de las estrategias conductuales. Tres actitudes me parecen posibles para los condenados: el suicidio; la búsqueda de refugio protector; trepando por el desierto, hacia la cima imposible. Es el miedo el que decide aquí.

– Tú que lo conoces bien, ¿qué estrategia adoptará Captp?

– Se va a suicidar.”

> Sólo escucho aire entrecortado sobre mí y las vibraciones de la cabina, sólo veo los círculos tachonados de torres de una ciudad que ya no reconozco, ya no me atrevo a mirar a Saturno porque no quiero llorar más.

– ¡Póngase derecho, le están filmando!

Acabamos de pasar el anti-rad y nos dirigimos directamente hacia el Cubo.

– ¡Mira a tus amigos de abajo!

La explanada está iluminada con tanta violencia que lo único que veo es un blanco intenso. La superficie poco a poco se va moteando de puntos y líneas agitadas.

¡Salto ante mi nombre escrito solo en un espacio vacío! Se desdibuja y se convierte en “vivirá”. No comprendo. Es un viaje intrigante con pequeños segmentos que encajan y se deshacen ahí – aio – Kamio – se difumina – dice: – se desvanece – el Cubo – es – lo que tú – harás con él. Abro mucho los ojos sobre el pedacito de asfalto donde, a través de un torbellino de cerillas, se forman estas palabras de tan poca importancia y tengo lágrimas en los ojos y no puedo creer esta magia; están incluso los puntos en las íes, y un guardia que me dice “mira a la multitud que te está animando” pero no miro porque ahí surgen nombres que conozco, que son los de la vida que me llevo.

“Brihx dice: busca las hendiduras.”

“Slift dice: dirígete al sonido”, “Obffs: sigue los llamados del aire”, los consejos se suceden y sé muy bien que nadie lo cree, que todo esto es sólo una manera inocente y temblorosa de decirme “espera”, y que sólo esperan darme el valor suficiente para morir de pie.

“¡No te duermas, gran lirón!”. Me eché a llorar. Es Bola de Gato.

– ¡No llores, hombre, te están filmando!

El helicóptero acaba de pasar por encima del Cubo. Las letras “Boule de Chat” permanecen congeladas en el asfalto y desaparecen detrás del borde. El techo del Cubo, con su imponente rejilla de vigas en bruto, se mueve en cámara lenta bajo la luz espectral. Los pozos de succión me marean. Hay violentas ráfagas de viento.

–Aquí es donde tu situación se pone mal, chico. La excavadora tropezó a... 380 metros, ¡ya has ganado 20 metros! Bueno, teníamos que explicártelo: no aterrizaremos. Te deslizaremos hasta el fondo. Haremos lo que podamos para que flotes sobre el centro del pozo, pero es posible que te encuentres rebotando de un lado a otro contra las paredes. Tan pronto como el contador muestre 380, tu arnés se desbloqueará. Luego, la excavadora vuelve a bajar y vuelve a subir en inversión magnética para sellar el

pozo. Te dejaremos a ocho metros del techo. Pero un consejo: aléjate del eje del pozo... Ahí lo tienes. Tienes diez minutos para irte a la mierda...

– Ministro, ¡comunicación prioritaria!

– ¡Pásamela!

– Soy el teniente Pko. ¡Hemos capturado a Slift, ministro! ¡Lo tenemos! Sufrimos un ataque de hordas en el hangar 6 y él estaba a la cabeza.

–¿Estás seguro de que es él?

– ¡Afirmativo, su escuadrón intentó arrebatárnoslo hasta el final! Tiene una herida en la cabeza. Espero sus órdenes.

–¡Mételo en la nave con una docena de guardias y haz que despegue inmediatamente hacia Cerclon III! ¿Cuál es la situación en el hangar 6?

–Tan pronto como identificamos a Slift, enfocamos todas nuestras fuerzas en él...

– Ya veo... y dejaste escapar algunas naves... ¿Cuántas?

- Cuatro, señor Ministro, tres de las cuales ya han despegado...
- Tome dos cohetes cortos para escoltar la nave.
- Nos falta personal...
- Slift tiene prioridad. Le envío refuerzos.

< Obffs 02:51 >

Le lanzamos un camión lleno de 150 bidones, le lanzamos todo tipo de líquidos y todo tipo de gases y productos, intentamos desviar el campo, pasar por debajo haciendo agujeros en el asfalto con un martillo. ¡pero ese maldito plasmur resistió todo! Tendrán que trasladarlo en helicóptero... O...

< Boule de Chat 03:00 >

En la explanada el tiempo prácticamente se detuvo. Las pantallas gigantes tiemblan y ondean al viento como banderas. La cabeza de Captp está agachada desfigurada por el terror que la retuerce, y sus manos, aferradas con fuerza al cable que se desenrolla sin cesar, no se sueltan. Puedo olerle. Está pegado a mí y respira.

Ya no hay gente en la explanada, ni gritos, ni helicópteros dando vueltas, sólo ojos en serie escrutando su rostro en busca de alguna verdad última sobre la muerte. Sé que aún puedo llegar a él, lo que sale del amor, va y va, él lo siente si pienso lo suficiente, atraviesa su piel, puedo ayudarle, darle lo que sale de lo más profundo de mí hacia... Está ahí, está cerca, puedo llegar a él, a su olor...

Justo cuando iba a entrar en el pozo, en un esfuerzo supremo, levantó la cabeza y alzó un puño tembloroso en nombre de la Volte... Luego, sin más transición que una sonrisa que arrancó de su rostro, juntó las dos manos, en un gesto incomprensible para cualquiera pero que para mí, para mí significa... La gruta... Él me ha escuchado.

XIX. “CAMBIA EL ORDEN DEL MUNDO EN LUGAR DE TUS DESEOS”

> A dos metros del suelo, se abrió el arnés. Caí como una piedra sobre un suelo de plomo. Con las manos cortadas por virutas de metal aún ardiendo, me levanté. La luz me llega con la pálida claridad de un respiradero, ya que el pozo que hay encima de mí ya se ha deformado bajo el oleaje. Mis pies crujen y resbalan. No sé qué hacer, estoy jadeando, tengo un tubo que va desde la garganta hasta el estómago y cada movimiento que hago me hace girar como una marioneta con contracciones tetánicas. Sin fijarme en nada, mi mirada salta a paredes, cajones, pilas, losas, pozos... No me doy cuenta si hace frío o calor, si hay aire, ¿estoy sangrando? Un sol blanco arrugado se derrite desde la superficie y cae hacia mí, vertiginosamente, deteniéndose a pocos metros... Un collar de luz rodea el cono de la excavadora y baña la pared cilíndrica que me rodea. Hay un piloto en la excavadora, el piloto está furioso, me da una señal incomprensible de

remordimiento, de locura, de disculpa, no lo sé, quiero gritar pero me giro sin hacer ruido alrededor de mi tráquea, incapaz de memorizar el espacio que pasa...

La excavadora comienza a ascender lentamente y, de repente, provoca la inversión magnética: el sol blanco se eclipsa. En un instante, montones de desechos son arrancados de las paredes y arrojados al espacio vacío unos metros por encima de mí. ¡Despeje el eje del pozo! ¡Aclarado! El ruido... El ruido es el más feroz que he oído en mi vida. Toneladas y toneladas de metal triturado se destruyen entre sí en la oscuridad, crujiendo, aplastándose, retorciéndose, compactándose, entrelazándose y chirriando con la violencia de un rompehielos que embiste sobre un iceberg. Un crujido de acero en el veteado del témpano de hielo. Que retrocede... Retrocede y se queda ensordecido hasta la calma suturada. El excavador nunca llegará a la cima. O la ha alcanzado.

() () () () ()

Todo el Cubo alrededor del pozo se mueve. Un oleaje sólido cuyas sordas rupturas escucho paso a paso, resuenan en profundidades que dislocan la medida. Muy cerca de mí, sólo queda el crujir de las virutas bajo mis pies. Pero más

lejos, diez metros, tal vez cien metros arriba, abajo, algo, indistintamente, retumba en ondas... Detonaciones sordas que se propagan como a través de espesores de agua... Se forman chirridos y me llegan lentamente, a través de ecos sordos, amortiguados y envueltos bajo la magnitud fluida de una ola submarina. Los siento con una obviedad que desafía la razón: estoy en el fondo de un océano de metal pesado que chirría. El poder de las corrientes agita y mezcla el acero como el agua. Los residuos se dejan llevar, rugen, se llaman unos a otros y se agrupan en bandas evanescentes, según afinidades de texturas, de pesos, de granos que se escapan, neumáticos y alfombras, muebles, cajones que se deslizan, rollos de aluminio que se desenrollan entre estratos que ya no se comunican, y se hunden, y divergen...

Prendo mi encendedor e ilumino con la pequeña llama dentro de la cavidad que me dejó el excavador. Estoy respirando bien. Me siento extrañamente tranquilo, fatalista, porque ahora que estoy aquí, esta es la realidad: estos muros de ladrillos de desechos y esta losa exterminan de repente la proliferación microbiana de las anticipaciones que me había formado. La realidad está aquí, desnuda. Es única. Sólo tengo que subir, subir si puedo, o morir. Había fantaseado con una emergencia, pero no hay emergencia: el techo está bloqueado y las paredes inmóviles. Tengo tiempo. Como prioridad, necesito iluminación. En el halo del encendedor distingo los bordes blanqueados de los libros. Incrustada en la pared, una caja forma una especie de

estantería de biblioteca. Arranco un libro comprimido e inmediatamente le prendo fuego: arde bien y sirve como antorcha. Un poco por todas partes alrededor de la explanada, descubro, incrustadas en el suelo, dentro o delante de las paredes, cajas similares. Abro tantas como puedo y arrojo los libros en una pila sobre la losa de plomo, rompiendo las cubiertas. Mi pira ya es importante. Me acerco a los libros. Prendo fuego a la pila y se propaga extrañamente rápido. En su borde está escrito: ...zsche. Consideraciones inoportunas. Veo cada vez mejor. A siete metros de altura, por la ráfaga de aire que traga el humo, se distingue una manguera. Parece llevar más alto. Ésta es la única abertura... Inmediatamente empiezo a escalar.

< Kamio 3:05 >

Usando un arpón magnético, Obffs jaló un cable desde una turbina hasta la pared de plomo del Cubo, a unos cincuenta metros de altura. Alrededor de diez escaladores trepan a este cable colgante sin que los helicópteros, demasiado felices de archivar todas estas caras en cinta, intenten detenerlos. Un magnífico elenco policial... Todo esto resulta ahora tan absurdo y tan vanidoso... No hay el más mínimo "disfraz" de uniforme en la explanada mientras la decepción y el odio se desahogan en un muro especialmente colocado para ellos. Perdí la conexión de radio con Brihx y Slift, pero ¿a quién le importa? Dirigido por exaltados inexpertos, el

combate aéreo terminó en dos choques en la zona de radiación. ¿Cuántas muertes? ¿Cuántas muertes por UNA muerte esta noche? ¿Diez, cien? ¿Murieron por un ideal? ¿Por honor?

> Llegué a la abertura, saqué la cabeza y sentí como si la hundiera en un cubo de hielo. Ahogado por las pantallas que me servían de soporte, el fuego en el panel no es más que un resplandor de concepto que mis ojos miran y miran compulsivamente. Se niegan a dejarlo ir. ¿Qué me espera arriba? El miedo ha vuelto, me está comprimiendo los pulmones. Excavada a máquina, la cavidad al menos me protegió. Ahora dejo lo conocido. Nada presupone que habrá algún espacio de supervivencia más arriba. Tengo la impresión, de repente, con las vísceras atoradas, de que alguien tiene la culpa... Aprieto en mi bolsillo unos granos duros que recogí mientras subía... a la cima... los tiro. Escucho... tintineo de metal. Los relanzo... rebotan, hacen cabriolas y caen. “¡Bam!”. Grito. Me tiembla la voz (“¡Bam!”) (“¡Bam!”) Me concentro en la reverberación de las ondas sonoras. Mi cuerpo se enfría intensamente. (“¡Bam!”), oblicuamente desde arriba, el sonido parece escaparse... Durante mucho tiempo, la aprensión me frena... pero finalmente saco el libro del bolsillo, arranco una página, la giro y le prendo fuego... ¡Hay alguien! ¡Un cuerpo! No, es una sombra de la llama... Negra.

((((((((())))))))))))

En las profundidades, nada una ballena de cromo... y percibo su rugido oceánico en las vibraciones líquidas del plomo que regresa bajo su formidable empuje...

Paso a otra página: la rampa está completamente helada. Tiene una inclinación de aproximadamente 50°, tiene dos metros de ancho y se eleva... Negra. El frío muerde. Llama: Estoy como al pie de un terrible corredor alpino, con, desplome desde el espacio; comprimido justo encima, el cielo negro cubierto de estrellas del casco de un ferry. La pendiente está formada por una masa de oficinas, terminales y pantallas cementadas por hielo. Aquí es donde tengo que encontrar mis agarres... Con un trozo de papel en la mano izquierda, rompo la fina capa de hielo con los pies e intento levantarme...

Cuatro metros más arriba se me cayó la hoja. Mis agarres están resbalando. Mi mano derecha está congelada y tensa sobre un cajón de acero. Conciencia de poder caer en cualquier momento y lesionarme gravemente al no poder ver nada. Avanzo a tientas, bajo lastimosamente hasta mi pequeña plataforma de partida. Nunca lo lograré. A los diez metros, si caigo, me corto en un borde o me estrello abajo. Dado el tamaño de la nave, la grieta podría fácilmente tener cien metros de altura. Tengo mucho frío. Oscurece. Terminaré ahí.

inhalo, analizo y huelo las llamaradas de aire. Escucho y evito todo lo que gorgotee, rezume y gotee; cualquier cosa que pueda ser... ácido. Meter un pie en un charco de ácido sería una agonía, insoportable... Sólo los sonidos, los picos o los golpes sordos que se acercan marcan las distancias y me dan la preciosa sensación de seguir adelante. No espero llegar muy lejos ahora, pero sólo quiero luchar el tiempo suficiente para morir frente a mí. Justo ahora, una vaharada de oxígeno líquido silbó a través del espacio, trayendo rápidamente aire fresco y más respirable. Entonces el sofoco volvió por todos los huecos, irradia del volumen mental que estoy formando y si sigo hundiéndome, es sólo para encontrar... cortinas de aire poroso... capas acolchadas de gases inquietantes que atravieso... Agujeros de conciencia, tengo agujeros blancos. La luz salpica las paredes... Botes de pintura en uso constante que nunca desaparecen... Siento presencias, manos que se mueven a través de mis pies... Oigo gargantas que se raspan, siempre a la izquierda, gargantas, puertas que se cierran, que se vuelven a cerrar... Es embriagador; así que me concentro en Boule, la cara fluida de Boule, y eso me hace sentir mejor...

Cambia, más que tus deseos, el orden del mundo.

Se filtra la luz del sol a través del techo. No. Alguien apagó el interruptor. El suelo está vitrificado, vitrificado y fosforado, se vuelve violeta lentamente y cae con pesadez. Los monitores escondidos en las paredes se encienden a mis espaldas y envían señales que no me giro lo suficientemente rápido para detectar. Los arcos eléctricos se vuelven azules entre las baldosas, saltan aquí y allá, forman redes de filamentos que corren, aparecen y desaparecen, en ondas sucesivas, como escalofríos... Siempre avanzo... De repente, se amplifica: un rastro de color azul hielo. Hojas de lava bajo mis pies. Inundando el suelo del pasillo, se extienden en una red crepuscular de relámpagos eléctricos... Estoy completamente eufórico, ¡me llevará a la cima! ¡al aire! Corro tras la corriente errante, en el crujir de los arcos que se rompen bajo mis pies, las pantallas parpadean en el pasillo trapezoidal mientras las consolas virtuales se conectan y buscan incluirme en su universo, los robots se despliegan, una turbina retumba, los teclados de los terminales escriben sin dedos y atrapan códigos de apertura. La materia está viva, está conmigo, me penetra, me diseña, me lleva... ¡Los residuos no están muertos, nadie está muerto! ¡Nadie podrá morir jamás, jamás! los rechazados son potencias acechantes que buscaron un cuerpo en el que reencarnar y que me persiguen; persiguieron a Zorlk, soy, quiero ser el cuerpo de incubación de todos los desechos industriales porque en mí los libros exigen ser reescritos, reenlazados, reimpresos; los robots rearticulados, las naves reconstruidas, el acero refundido y retemplado, ¡las armas

nucleares reactivadas! Sigo la matriz de magma de absorción de todas las fuerzas errantes que llegan al Zhex, ¡el toro que las rodea se agudizará! ¡Corre! ¡Corr! Crr...rrrrrrrrrrrrrrrrrrr.....

[1]” ,-[1] ~~ , ~ ^[1][1] ,°[1] “~ , ~-[1] , ,[1] ° ~ ~ ~ ·[1]
[1],

Volví a sumergirme en el pozo sin darme cuenta. La explanada de plomo es lisa y azul. El pozo está perfectamente claro con Saturno brillando allí... El arnés cuelga con estas palabra: El presidente te ha perdonado. ¡Eres libre! ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! Pero no puedo ponerme el arnés, meter las piernas, no puedo hacerlo... Sí... Frente al hecho de que yo... Contra el hecho de que aparte de... Está nevando. Está nevando cristal en una gran hendidura vertical a la que he conseguido llegar. Tumbado de espaldas, observo, entre dos torres de espejos de cristal varadas allí, rectas, casi erguidas, con las ventanas pulverizadas, reflejando y brillando las suntuosas cortinas de una aurora boreal. Estoy atrapado en un rollo de plasma; no hay nada que hacer. Electronarcosis. Mi cuerpo ya no responde. Ya ni siquiera puedo cerrar los ojos. Entonces contemplo el amanecer boreal. Alrededor de la misma flor de cuando... Tan poco que inmediatamente entra por detrás tan pronto

como... Más allá hacia atrás. Los iones libres arden... Lluvia de cristal... Es tan hermoso dejarse morir...

, ~ € , " , ~ , ~) \ ° ~ [1] ~ ~ , ~ [1] , " [1] ~ ~ ~ ~ [1] , ° [1] ~ ~ ~ ~ [1] , [1] ~ ~ ~ ~ -

- ~ -ii+[1]> <"°[1]~ , [1] , ~ ~ [1] ~ ~ , ° , ^ [1] € ~ ~ , ~ ~ [1] / (, ~ [1] ~ ~ [1] ~ ~ [1] ~ ~ ~ ~ ^ [1] [1] , ° [1] ~ ~ , ~ ~ [1] [1] , [1] ~ , ~ ~ [1] € [1] , [1] [1] ~ ~ ~ ~ [1] [1] , " [1] [1] ~ ~ ~ ~ [1] , [1] [1] - ~ , " ~ ~ ~ ~

El Cubo es un océano de metal pesado donde nadan narvales de cromo. Y una ciudad con torres de espejos, calles rotas y turbinas de oxígeno que no giran. Una montaña con una ladera de hielo, un cielo inclinado sobre ella, un volcán en erupción, cuevas y una cascada. Y una casa interminable llena de pasillos con puertas que no cierran y gente en las habitaciones carraspeando porque ya no sabe cómo morir. Contiene todo. Llueve, nieva, hace viento, hay niebla y un smog cortante. Puede hacer sol allí. Y puedes apagar el sol con un interruptor. Todos los climas, todos los espacios posibles y experimentales de Cerclon están ahí. Pero doblados. Dobladados. Cada área contiene su propia estructura en desarrollo que debe ser encontrada, luego activada y revivida para pasar a la siguiente área. Quien no

lo consiga quedará doblegado por la terrible densidad del lugar. Esferizado. Hay que desplegarse, volverse con el despliegue y pasar antes de que la zona se vuelva a compactar.

El Cubo es exactamente lo contrario de Cerclon. Su arruga infinita y veraz. Su autorretrato fractal. Cada noche, mientras la ciudad se lava, borra las marcas del tiempo y alisa su rostro, el Cubo, en cada uno de sus residuos, adquiere un pliegue. Y en este pliegue captura el tiempo y domestica al animal... mientras afuera, el falso joven putrefacto expone a subasta sus superficies de vidrio y su piel lacada. El espejo se traga la imagen. En el Cubo, los cadáveres que se tiran son bolsas de piel suave, podrida en sus entrañas, que el ácido borra, pero las vigas dobladas y los barriles acanalados permanecen cuando el cuerpo cae y, en la primera esquina se abre, un último sobresalto lo despierta y ve su verdadero rostro, toda una vida rechazada y borrada por él, la ve arruga tras arruga –línea tras línea– grabada en la tapa del barril...

La radioactividad es la única eternidad creada por el hombre.

Lo que Cerclon hace, lo olvida inmediatamente, así que lo vuelve a hacer, lo repite. Lo que hace, lo tira a la basura, por lo que produce en serie, de forma indefinida. Pero el Cubo, que lo contiene todo, sólo almacena la diferencia entre dos objetos, es decir su uso, su desgaste, lo que ha conservado

de vida, de manos calientes, de cortes de uñas, de golpes y de viajes. Cada chip es impulsado por la fresadora que lo mecanizó. Cada turno es su propio conjunto de pasos, palabras, vibraciones, monitores que se apagan, ascensores que se rompen... Pero sólo lo que tenían de único, original, lo que se ha repetido, aunque sólo sea una vez, ningún desperdicio lo puede conservar. En un edificio de gran altura, al final quedan muy pocas palabras, muy poco amor y pocos pasos, lo cual es aún más milagroso. De modo que cuando la torre despliega su memoria y libera finalmente su tiempo animal, quien luego sube entre sus escaleras destrozadas experimenta el momento raro, el relámpago único.

Cambia, más que tus deseos, el orden del mundo.

Más que un cerebro que piensa, colocado, creo, en una calle pavimentada de hornos y frigoríficos. Las torres se alzan muy alto en una oscuridad que sólo la termoluminiscencia de las vigas impide ser perfecta. Me dije a mí mismo que si podía moverme y subir las escaleras una por una, no estaría muy lejos de la cima del Cubo. Mis pensamientos fluyen desde mi cráneo, viscosos...

Cambia, más que tus deseos, el orden del mundo.

... que el Zhex... el Zhex traduce el pensamiento en materia. Lo que imaginas, el Zhex se convierte en ello. “El Cubo es lo que haces con él”, dijo Kamio... ¿El Cubo es una masa fluida, una pasta metálica a la que las ondas de un cerebro pueden moldear muy bien? ¿Así que, qué? ¿Qué pasa si hay otro hombre vivo en algún otro lugar de los estratos? Si está muriendo...

“Él puede forjar mi realidad aquí... Puede hacer la cavidad, la falla de hielo, los corredores trapezoidales, los vapores... ¿y las torres? ¿Para mí? ¿Por nada? “Tal vez hay varios de ellos, tal vez los verificadores están distorsionando el Zhex con los terrores que retroceden de su subconsciente... ¿O es mi subconsciente el que he cruzado? ¿Qué era lo que más temía?”

No, eso no es lo que temía. Me habrían asfixiado o rociado con ácido.

“La verdad última es que ya estoy muerto; muerto en la cavidad, bajo el pozo, desde el principio...” ¿O muriendo, inmóvil en esta calle que sólo tiene una huella en un pliegue de mi cortex, desenrollando mi espiral de neuronas? “Me tiré desde la ventana de la torre. Me vi suicidarme”.

“¿Y si simplemente fuera presa de pensamientos que circulan y no me pertenecen? ¿Quién piensa en mí? ¿Quién es él? ¿Sabe que estoy muerto? Si estamos muertos, ¿lo sabemos? ¿Quién dice que el cerebro no sigue pensando después de la muerte, si sufre una estimulación eléctrica del tipo, precisamente... de un plasma boreal? Entonces...”

Cambia, más que tus deseos, el orden del mundo.

- P, soy el teniente Pko.
- Le estoy escuchando, Pko. ¿Qué tiene?
- “Slift ha escapado de nuestro control, Ministro.
- ¡¿Se escapó de la prisión?!
- No, todavía no está allí.
- ¿No fue escoltado?
- Sí, señor Ministro.

– ¿Está todavía en la nave, firmemente escoltado, y se le escapó? Sea más claro, Pko. ¿Qué pasa?

– Mis hombres se encuentran actualmente flotando en el espacio, orbitando Cerclon III. Estamos intentando recuperarlos...

–¿Toda la escolta?

– Quedan dos policías. Pero...

– ¿Sí?

–No son nuestros hombres...

– ¡Eres absolutamente incomprensible, Pko! ¡¡Entonces me explicarás qué está pasando!!

– Para escoltar a Slift, delegué a diez hombres, más los dos policías que lo habían interceptado y apresado. Llevaban el traje Wing 7 con el casco Optir. Nadie sospechaba. En la nave paralizaron a mis hombres y los evacuaron al espacio. Estos dos piratas formaban parte del escuadrón de Slift. Habían preparado su acción. Slift fue liberado y...

–¿Dónde está la nave ahora?

– Se sumergieron en la atmósfera superior de Saturno para borrar su rastro magnético. Los perdimos y luego los encontramos en el control del radar cuando entraron en la

órbita de Cerclon I. La nave explotó durante el alunizaje en la Zona Exterior. Estamos tratando de encontrar los cuerpos...

- ¡No los encontraréis! Tuvieron que eyectarse. ¡Barre el exterior! ¡Quiero a Slift! ¿Lo oyes? ¡Lo quiero! ¡Encuéntralo! No quieres que te llame Comisario Pita, ¿verdad Pko?

> Soy [1], [1] alcanzó a mí; "subir. Tengo 6; gramo. escalonado S <; 'fl6€ hasta? < la PiV=torre y μôv=se agarró a òfi>æ la barandilla de - -•βΔ/la escalera mecánica de; Ó/òx> relieve, desordenado /Q > ó"S ÿπ > S deÿN^ monitores y > ó"ΣμôÎ de cajas≠Æ∅∞±≤¥μðæV que ð÷ÿΩøjrollan y i-v f≈Δ"Ωøjresuenan en el-o,...≠À∅[= metal. fi°œ†ÚVuelvo como β~∞ÎÚal ©¶§£çÖÇπnage a > > ®ê†®Úèðtorrente de f°Ωæøçresiduos que exhala „“[€<!#%%€gasolina, vapores Ó ¥≥ ±∞∅†¶âdetergentes...

¥μðΣ Π f°Ωæøçj-vf≈Δ"©¶§£ çÖÇπ"Í°fi‡ fv-o,...≠ À∅[=<!#%%z_`^z%"-3:~ -jçÓ¥≥±∞∅† ¶âfiÿ∅÷ ÿΩøjif ≈Δ"ðμ ∞ôú~|

En el sexto nivel, el aire se enfrió bruscamente, dándome el impulso y la impresión casi convincente de ser carnoso y pesado. La puerta de acceso al nivel superior quedó en mi mano y, detrás de ella, mi “¡bam!” sonó sordo; buena señal... Caminé junto al frío metal del ascensor y me alejé lo más rápido posible de las escaleras; ahí los insistentes olores a ácido, salpicados de plics anunciaron el séptimo nivel... Mis pasos se suavizan sobre la alfombra de un pasillo desde el cual se distribuyen paneles lacados cálidos al tacto... Momentos de un recién nacido, cubiertos de suaves voces. Justo cuando tomé consciencia, el ascensor empezó a moverse y el cable se rompió de repente. La cabina rozó las paredes de la jaula, chirrió y luego se atascó. Oí gritos de bomberos ahora, a través del vacío. Desde el final del pasillo, un ser avanza hacia mí... Hace vibrar el suelo... Cruje el vidrio triturado... Pistón hidráulico que se desliza: un robot o... un jugador virtual con su traje. ¿Quién está ahí? ¿Quién está ahí? “Estás en el módulo Proxima IV, criatura humanoide hostil al mediodía. Arma disponible: guante de fuerza.” Crujido de huesos a unos metros de distancia, en la oscuridad, luego sirenas, sirenas... “¿Criatura humanoide hostil al mediodía?” Lo recuerdo, sí. El hombre le había roto el cuello a su vecino; tenía 78 años y era el centésimo homicidio del año en “virtud”... Fue en el mismo edificio donde, cuatro meses después, arrestaron a Zorlk... Yo estaba solo con él. Oyó el silbido de una cuerda en el conducto de ventilación y lo supo. Se levantó, desenroscó la placa y arrojó un paquete de brax al pozo. Al oír el sonido, dijo: “Están aquí.

Toma el ascensor y sal con calma. No te conocen. Hoy eres el líder de Évolte”. Tomé el ascensor hasta el piso 32 y salí en medio de un mar de policías que me apuraban, gritando, para que pasase...

Llego al otro extremo del pasillo. Rezo para que la segunda escalera esté despejada. Así es. Los escalones están rotos y pegados. El centro de la espiral ha desaparecido y lo que dejo caer en el hueco tarda largos segundos, en golpear el fondo. Concentrado únicamente en mis sensaciones físicas, subo. Necesito detener el desarrollo del piso 32. Zorlk está muerto, no quiero oír su voz. ¡Está muerto, muerto, muerto!

Piso 31: las cuerdas silban... ¡Es un chorro de gas, Captp, gas! Lo uso como gasolina. Congelo toda la escalera en un escalofrío. Congelo la rampa. Quedan cinco pisos antes del techo. El 32 está bajo la nieve, entumecido en un silencio ahogado. Inexplicablemente, saqué el cilindro que envolvía la escalera mecánica del piso 32. Suspendida en el espacio, la hélice de los escalones se pierde en el vacío... Imposible pasar del 32... Por eso decido abrir la puerta del piso y caminar hacia el ascensor. Rompo el hielo que une las puertas, aparto las hojas y extendiendo la mano hacia el cable... Dios mío... Me agarro, mi pie resbala, me desplomo sobre un cuerpo criogénico y apenas le agarro de los hombros. Está soldado al cable mediante gel.

El piso 32 quedó compactado en la memoria. Silencio marmóreo en la jaula. Libero un núcleo duro y me dispongo

a contar los vertiginosos segundos: apenas un segundo, más abajo, golpea una placa. Por lo tanto, el ascensor ¡está bloqueado en el nivel 31! Dejándome caer sobre él, atravieso el techo y caigo dentro de la cabina. Mecánicamente, presiono el botón “37”. ¡Se ilumina! El ascensor tiembla y sube entre chorros de hielo... ¡Mierda, va a golpear el cuerpo justo encima! Lo golpea y se lo traga en la cabina. ¡Piso 37! Las puertas se abren, las bloqueo con una lata y presiono metódicamente todos los botones para obtener la máxima cantidad de luz.

Un hombre de constitución impresionante yace rígido en el suelo. Parece un bronce antiguo. Con dificultad lo levanto por las axilas y presiono su rostro contra la fila de puntos brillantes. Tiene una expresión de fuerza en su rostro, una terrible voluntad que nunca he visto, en mi vida, en un solo rostro que no sea el de... Zorlk.

Es Zorlk.

Es él. Llegó a morir en esta cabina, en el piso 32, en el mismo lugar donde el ala 7 lo arrestó durante su vida. Murió de pie. Aferrándose a la vida. ¡Hasta el final, maldito Zeus, hasta el final! ¡Tenía ese maldito cable en sus manos! ¡No lo soltó hasta el final! ¡El oxígeno líquido lo golpeó allí y mantuvo el puto cable a -200°C ! ¡Lo agarró! Lo saco del ascensor, lo levanto y abrazo su cuerpo duro y frío como loco, lo abrazo, lloro, está completamente tieso y frío, ojalá estuviera aquí, que regresase, para que supiera que estoy

aquí. Estoy aquí, entonces él... Tal vez sus funciones vitales simplemente estén congeladas criogénicamente. ¡Zorlk! ¡Zorlk! Casi estoy soldado a él por el frío, pero lo vuelvo a abrazar, lo caliento, lo traigo de vuelta... ¡¡Zorlk!! Golpe tras golpe, el hielo del pecho se rompe, ¡voy a traerlo de vuelta, traerlo de vuelta! Él sigue erguido, altivo, y me abraza como a un hermano, ya no siento mis puños golpeando, golpeando y golpeando, ¡Zorlk, vuelve, muchacho! ¡Zorlk!...

Sobre el tejado de la torre que estoy escalando, brillantes tañidos como de campanas abiertas suenan en el espacio y resuenan en la caja torácica de Zorlk. A través del edificio vacío, reunido como una bestia en sus capas de tiempo, desplegándose en destellos y gritos, silba una llamada de aire fresco... con una melodía de un niño tranquilo cantando para conciliar el sueño... y Zorlk la escucha suavemente conmigo; él vacila y baila en mis brazos y giramos, revoloteamos en un salto lento, su puño cerrado en mi puño, revoloteamos en esta torre desde la que tuvo la grandeza de dejarme ir para que yo pudiera vivir y él pudiera enfrentarse a su propio destino y regresar allá... Como si hubiera buscado en todo el Cubo hasta encontrar el punto donde se bifurcaba su destino, para cancelarlo, para... encontrarlo; tomar de nuevo este corredor, encontrar el escuadrón 7, volver a luchar... Pero esta vez no lo atraparon. Zorlk escapó de ellos, finalmente, para siempre. Estoy al límite de mis fuerzas y las campanas suenan, vuelven a sonar, siento que voy a caer, derrumbarme con Zorlk; puntos blancos cubren

borde, finalmente me lanzo, me agarro, me aúpo con la fuerza de los brazos y me levanto al techo: el impacto de la brisa me produce euforia de repente y me sorprende: debe haber ¡habrá, muy cerca, una gran corriente de aire! Enterrado hasta los tobillos en una especie de estanque químico caliente, golpeando latas, subo hacia ese viento que me trae, amplificado, el eco tintineante de latas en una cámara metálica. Aunque está cargado de olor a petróleo, el aire es sorprendentemente fresco y claro, casi... limpio. Sigo adelante... y de repente la negrura, como un punto focal, se abre en la distancia... Un resplandor brumoso y desvaído brilla más allá de la marea negra... Cae en cascada sobre los troncos de hormigón que se extienden en el techo. Demacrado, paso por el borde sin miedo porque ahora lo puedo VER y subo, sin entender y sin creer en ello, el montículo empolvado de limaduras hasta la luz... Entro en un túnel...

¡Viento! ¡Viento y luz verdadera! Llegué a un gran conducto circular con paredes de plomo, bien claro, que se curva hacia arriba. Avanzo, avanzo patinando en una mezcla de arena y limaduras, loco, sin creerlo, ¡un pozo! ¡Es un pozo de succión! Subo, me deslizo, subo, me deslizo de nuevo, me deslizo, caigo y me detengo, sin poder continuar... Allá arriba, tal vez a cien metros de distancia, al final de un tobogán vertiginoso que termina verticalmente, brillan las estrellas... ¡Es la cima del cubo! ¡La salida! ¡La vida!

Me llevó un tiempo incalculable abrir el sistema de cierre magnético de la trampilla de acceso al techo, un poco menos de tiempo romper el marco, extraer los imanes y aún un poco menos encontrar la forma de fijarlos bajo las suelas de mis zapatos. Pero no pude hacerlo. Cuando volví a entrar al pozo, mis zapatos se quedaron pegados al piso de metal. Escalar ahora era posible...

Bajé la parte inclinada del tobogán con una facilidad embriagadora. Ahora sólo me quedan unos cuarenta metros verticales. Avanzo tranquilamente, con incrédula obstinación, pies y manos magnetizados al tubo de acero. Crucificado por el miedo a deslizar, incapaz de despegar un pie para remagnetizarlo más alto, deslizo mis puños... Las limaduras de hierro ya no crujen en el tubo, ahora llueve a ráfagas, me pica y se acumula en los imanes, haciéndolos granulados... Allá arriba, en la tronera circular, los puntos blancos de los satélites giran como estrellas... La idea de dejar vivo el Cubo me atraviesa a ráfagas, una alegría furiosa y absoluta recorre a veces mi columna vertebral, pero el miedo lo sustenta todo, el miedo y... un terror más inmaterial... El de estar soñando...

La basura sigue cayendo. El eco de su caída hace que el conducto zumbe de abajo hacia arriba, como una campana. Mis músculos están al borde de la paralización y los calambres en mis dedos están llegando. Ahora es doble o nada. A la vida, a la muerte. Respira, Captp, relájate, apóyate en los pies... Veinte metros más... Levanto la cabeza para

olvidar el vacío que se extiende debajo. Hay... Hay alguien allí arriba... Una figura en la puerta del pozo con... con una pistola en la mano... Me detengo. Tiemblo. Fugitivamente, el policía se distorsiona y flota como un gran Interruptor. Pero la ilusión se desvanece. De hecho, es un hombre. Un policía del ala 7. Tiene el casco. Él me está esperando. Colocaron uno en la boca de cada pozo... Por si el Cubo no fuera suficiente... Ahora ajusta su rifle. Él...

– ¡No tenéis derecho! ¡No tenéis derecho! ¡Estoy vivo! ¡Conseguí salir vivo! ¡Es la Constitución!...

Suena una terrible detonación.

– ¡Capitán, maldita sea! ¡Cuelga tu trasero del cable!

–¿Slift? ¡Sliliiiffftt!

– ¡Caaaaaaapppppptttttttttttpppp!

Una cascada de risas irrumpe a través del conducto. Es la voz entrecortada, de sílabas crujientes, inimitable de Serpiente que resuena y lo llena todo. Un cable cuelga con un mosquetón. Lo coloco en mi cinturón entre mis piernas. Me resbalo... Colgado del cinturón, tiro como el badajo de una campana en la tronera del pozo y mi cuerpo choca contra las paredes que resuenan. No tengo más fuerzas. Slift me lleva hacia a la cima. Permanezco allí clavado, sobre el cable, contemplando este tesoro de rubíes y diamantes esparcidos sobre el terciopelo negro profundo del cielo y las

nubes, indiferentes o traviesas, pasan sobre él con impresiones de acuarelas... El amanecer está cerca. Es más que hermoso. Es inaudito. Slift levanta la visera de su casco Optir y su rostro estaba tenso, el rostro de hombre más hermoso que jamás hubiera visto. Cruza la indescifrable extensión de vigas y pozos y se pierde en una impresionante tromba marina que lamina el Exterior, mientras en lo alto de su casco, con docilidad, la aleta Optir todavía susurra y gira para acoplar pupila y puntería...

– ¡Pasé la noche saltando sobre los escombros! ¡No podía dejarte morir solo en el vertedero de basura! Captp después de Zorlk, no encajaba en mi trama, ¡contenía errores! Utilicé una serie de pozos, bajando al Montón: un caos jodidamente aterrador, pero hay más de cien toboganes, y te llamé, grité aquí y allá con cada intento, ¡pero nada! y me quedaba destrozado al volver a subir a la superficie, así que terminé metiendo la cara y gritando desde arriba. Lo revisé todo, veinte veces, ya no creía. Y ahí veo una bestia de lagarto commac pegada a la pared, pensé que era un golem, casi te arranco la cara con una bala, pero gritaste... ¡Y aquí estás!

– Vi a Zorlk...

– Eres estúpido. ¡Te vas a la enfermería!

– Sólido... Criogenizado... Nada que hacer... ¿Cómo estás aquí?

– Vengo de Saturno, chico... ¡Me arrojé a la estratosfera! No pueden detectar las alas debido a la interferencia magnética que hay allí... ¿Sabes cómo volar un ala?

–¿Un ala voladora? ¿Con estos tornados? ¿Estás bromeando?

“Entonces te llevaré de regreso”. ¡Dios mío, cállate! Llevas diez años comiendo becquerelios, chico... Estás carmesí...

–Levantar...

– ¿Qué?

Apenas puedo articular mis palabras.

– Hay un seccionador Terminor... Esquina noreste... cuatro metros bajo el techo. Tenemos que ir y desconectarlo...

Slift se ríe tanto que su rostro se desmorona.

– Capitán, el sonido del seccionador del Cubo, en el cenit norte, ¡si no lo he escuchado mil veces, nunca lo he escuchado! Mis amigos controladores, los tenaces y los que pilotan helicópteros en vuelo cerrado, han examinado el kilómetro cuadrado de este puto techo millones de veces, saben que no hay nada. Está comprobado. Tengo todos los mapas espectrales del perímetro. No hay seccionador. ¡Nunca lo hubo!

– ¡Fue el Presidente quien me lo dijo!

– ¡Eres bueno haciendo que todo esté constantemente animado! Olvídate de ese enterrador. A es una lengua de perra y un traficante de mierda.

A través de un viento furioso, caminando sobre ásperas vigas de acero, Slift me guió hasta el borde oriental del Cubo. Tenía miedo a cada paso de caer en un agujero. Me estremecí al pensar en lo que había al final de cada pozo: un mundo fractal, inconcebible... Cerclon, gris de polvo, se tiñó con las primeras luces del amanecer. La plaza estaba vacía y muerta. Cuando Slift desplegó la vela, tuve la impresión de que éramos los dos únicos supervivientes de una antigua catástrofe cuyo recuerdo había sido dispersado por el viento.

Atado a su arnés, sintiéndome extrañamente inmortal, sentí la ráfaga que nos arrancaba del techo del Cubo e inmediatamente, enderezando el comienzo de un rizado, Slift tomó el control de la vela con una maestría que yo estaba demasiado exhausto y demasiado feliz para poder ignorar si no bendecir. El ala flotó a lo largo del círculo industrial que sorteó para aterrizar, algunos kilómetros más adelante, en el corazón de la rad-zona, sobre las dunas coronadas por la cabaña Pays. Allí, en medio de la arena, al lado de una pequeña, insignificante e insospechada duna,

desenterró un cable, tiró de él y descubrió una casa subterránea en la que nos precipitamos, dejando que la tormenta cubriera nuestro refugio.

Mientras dormía, me pareció escuchar la voz susurrante de un niño mezclándose con la brisa. Era una voz muy suave, tarareante, como una pequeña melodía hablando sola. Y la voz volvió, mezcló las palabras, se diluyó...

Cambia el orden... Cambia el orden del mundo en lugar... Cambia el orden del mundo... en lugar de tus deseos... Tus deseos son desorden...

XX. BOB VOLTA Y JOHN NORMA

> Perenne, la sensación de estar todavía en el Cubo, tendido cerca de Zorlk, persistió durante mucho tiempo en la ambigüedad del despertar. Un crujido confuso del canal, agravado por insultos y golpes, ahogó los silbidos de la tormenta. Dolorosamente, tiro de mis párpados sellados con costras y abrí los ojos. Slift, envuelto en una red de cables, se esforzaba por obtener imagen y sonido de un televisor.

– ¡No critiques! ¡Este acuario siempre ha sido bueno conmigo! ¡Pero anoche decidió cagarse en el electrón!

– ¿Qué hora es?

– ¡Cinco de la mañana! Hiciste la doble hélice del dial. ¡He estado intentando captar las noticias durante dos horas! ¡Imposible!

Me levanto de la cama y me doy cuenta de que dormí completamente vestido. Las suelas de mis pisa-cacas están carcomidas en tres cuartas partes y mis tobillos están hinchados con una sustancia viscosa negra que se agrieta al menor movimiento. Bajo el tejido “a prueba de desgarros”, líneas de sangre coagulada surcan mis muslos. Pelada, agujereada y casi cortada en dos, mi parnox yace a los pies de la cama. Todo huele a gasolina, a sudor y a cemento. En mi lado derecho, mis quemaduras empeoraron. Tengo el pelo lijado con limaduras y una especie de huevo revuelto se cuece a fuego lento en la cuenca de mi ojo derecho.

– Hay un barril lleno de lluvia en la habitación de al lado. ¡Ve a limpiar tus heridas ahí, sécate! Luego le pondré un poco de arcilla para hacer barro, para que absorba tus radiaciones.

Todavía no ha vuelto la cabeza. Él es así. Arriesgó su vida con la pequeña y desesperada esperanza de salvar la mía y lo logró. Ahora me acoge y me cuida y le resulta tan natural como orinar después de beber un litro de Brax. No me preguntará “¿Estás bien?” porque sabe que no estoy bien, que estoy completamente irradiado. Dirá justo lo que hay que decir y lo dirá rápidamente. Su amistad está en los hechos. Cae recto como una cortina. Y no le importan las señales de amistad. Entonces entro en una habitación cuadrada iluminada por una antorcha, colocada en el suelo y con la llama desnuda dirigida hacia el barril. Paso por el

borde del barril y me siento: el agua está deliciosamente tibia.

– Ya está, ¡funciona! tronó Slift.

Estos son los créditos de Multinfo... Veintisiete muertos y ocho suicidios en la protesta, ninguna pérdida policial, tres naves destruidas, mil millones en daños... Además de los análisis turbios sobre la inevitable dislocación de la Volte, la pérdida del padre espiritual y la tentación nihilista... Ocho personas se suicidaron para protestar por mi muerte... Y sigo vivo. No quiero darme cuenta de lo que eso significa.

“Los expertos de Cablaxie afirman haber descubierto en los archivos proporcionados por el agente Kohtp una directiva que menciona un montaje de vídeo con el nombre en código Conviction, producido en el nivel 3, con un plan para absorber al líder de la Volte. Además, el guardia de seguridad supuestamente asesinado por Captp, el Sr. Lnpor, jubilado de la policía, murió el día antes del ataque a causa de una enfermedad pulmonar. De confirmarse esta información, se rehabilitaría la versión elaborada por Captp y su abogado desde el inicio del proceso y que mantuvieron inalterada, la de un complot patrocinado por el Ministerio del Interior. P reaccionó inmediatamente a estas revelaciones citando a Cablaxie a un proceso sumario por acusaciones falsas, divulgación de documentos confidenciales y menoscabo de la credibilidad del Estado. En la confusión actual no se puede descartar ninguna hipótesis,

pero una cosa es segura: si se demuestra que el gobierno ejecutó deliberadamente y por bajas razones políticas a un ciudadano inocente, podemos esperar una reacción extremadamente virulenta por parte de la Volte, una reacción que podría hundir a nuestro asteroide en una guerra civil...”

Slift vino a unirse a mí. Me examina de pies a cabeza con un contador Geiger:

– ¡87! ¡Has tomado el sol, chico! ¡A ese paso ni siquiera te venderé por tres unidades en el mercadillo! Vas a tener que quedarte dos horas en el barro.

Después de echar la tierra, toma el soplete y lo pasa por toda la superficie del barril para calentarlo. Le añade sales y polvos, pasto azul y algunas plantas que le señaló un autoproclamado alquimista de Pays.

– ¿Quién sabe que estamos aquí, Serpiente?

–Nadie. Nadie sabe siquiera que este escondite existe. ¿Te fijaste en las paredes? Estás en un contenedor. Los poetas me pidieron que tomara el toro y lo enterrara. Es muy hermético, me dije en mi interior, que sería un gran cuartel general personal... Metí algo de equipo, armas y comida por si acaso. Y eso es todo. ¿Qué hacemos por Kamio, Brickhead y Obffs?

– Están en un rastreador, ¿verdad?

–Yak y Boule también.

– Les avisaré a mi manera, uno por uno. Voy a salir mañana. Voy a recorrer esta ciudad y sentir lo que hay en ella.

– Captp...

– ¿Qué?

– Con el barro, en el mejor de los casos, te voy a bajar a 65. A ese paso, si no te limpian, en tres días serás un filete andante, en cinco te habrás ido en grumos y al final de la semana te recojo con una pala pequeña para meterte en mi barbacoa... ¿Lo captas?

–...

– Creo que entiendo lo que estás tramando. Tienes dos días por delante como máximo. Después tendrás que ir a llamar al hospital y preguntar por Agb. Lo vi salvar soles andantes. Puedo darte una tarjeta falsa pero la compararán con el código genético. Sabrán quién eres.

– ¿Recuerdas lo que queríamos hacer en Plutón? ¿Todos los planes de la ciudad, la organización, las redes?

– ¿Anarkhia?

– Sí.

– Y entonces?

– Lo vamos a hacer aquí. En el exterior. Vas a difundir el rumor de que estoy vivo, que he vuelto, que se está gestando algo fabuloso que no puedes revelar. Pero deben estar preparados. Todos. Para dejarlo todo.

Al pasar por la primera ventana de un control de tránsito, me miré: tengo el inquietante rostro de Jano con un lado blanco y el otro de ladrillo llameante. El glaucoma me agranda el ojo derecho y en medio de la frente sale una vena que parece una tubería para irrigar mi cabeza rapada. Cubierto así con mi parnox desgarrado, parezco un cyborx. Tengo la potencia magullada y el aspecto digno que la dureza de las piezas mecánicas imponen a pesar suyo

Tomé el metro bajo la anti-rad y seguí a pie, sin ningún objetivo concreto, recto por el bulevar central. No había recorrido veinte metros cuando mis piernas se detuvieron en seco y comencé a retroceder: todo el edificio a mi izquierda no es más que una gran pantalla de espejo de ocho por tres metros que filma y re proyecta, borrando sutilmente las imperfecciones y arrugas de todos los individuos que pasan por la acera (no hace falta decir que no hay mujer, ¡ni una!, que no se vuelva discretamente hacia el “espejo” y sonría al ver su reflejo embellecido...). Un puro reflejo de presa. Esperé a que mi corazón cayera. Me dispuse a menear

la cabeza, a sonarme la nariz constantemente, en una palabra a poner todas esas caras agotadoras de payaso perseguido que ponía antes de la incubación. Luego sonreí ante mi estupidez y fui tranquilamente, con la frente alta y el rostro franco, mirando ostentosamente al espejo, ¡poco enojado ante la idea de ver mi radiante retrato algo arreglado! El resultado me dejó sin aliento: un largo rastro fantasmal de electrones libres comenzó a desplazarse por la pantalla, disolviendo todo a su paso, seres y cosas, en una intensa niebla brillante. Saboreé mi felicidad: ¡radiactivo como soy, ya no hay imagen posible de mí! ¡No más identificación que pueda morder el marco de mis pómulos! Me he convertido en puro ruido de video...

Continué caminando bajo el intermitente sol. Ahora experimento algo tan nuevo que es doloroso: me siento libre. Total y absolutamente libre, como liberado de la libertad misma y de su agotadora conquista. Nadie me espera hoy. Ya nadie espera nada de mí. Ya no hay un solo alumno del que sea maestro, ni una mujer de la que sea amante, ni un activista del que sea líder o gurú, ni un amigo del que sea amigo. No queda nada más que un hombre irradiado que camina sobre un planetoide cuyo nombre olvidará el futuro y que sabe que no hay nada más increíble que estar vivo. ¡Vivir todavía, vivir cuando todo el universo piensa que estoy muerto, me libera de tener que estarlo! Además, ¡mi vida acaba de empezar! ¡Simplemente lo hice!

– ¡Ya no tengo por qué estarlo!

–¿Perdón?

– ¡Ya no tengo por qué estarlo, señora! Antes era bueno. ¡Tengo que existir! Ni siquiera tengo que... “Tengo que” es estúpido, ¿verdad? ¡Existo! ¡Existo!

– ¡Puedo verlo claramente!

En las avenidas, remolinos de arena y polvo lejano levantan altas llamas en los cruces. Los deslizadores se mueven con cautela para evitar oscilaciones magnéticas, mientras que a su derecha, en la pista paralela, pequeños grupos de patinadores apresurados, cargados con limaduras, raspan el acero con cada pausa en el ascenso. ¡Qué estado de ánimo errante tengo! Las aceras se mueven, las cámaras filman, las turbinas soplan, las luces parpadean y dan sus cómicas instrucciones, los postes calculan velocidades y cuentan infracciones y las pantallas murales transmiten, en bucle, consejos de salud cívica para seguir... La gente pasa sus dedos índices delante de marcadores de granito y sacan una hoja de noticias con mi nombre, una multitud, el Cubo, disturbios, la leen lo más distraídamente posible, luego la arrugan y la devuelven a la trituradora de vacío que eliminará las arrugas, para volver a colocarla, lisa, en la pila dispensadora...

¡Hay algo maravilloso en ver esta ciudad en vivo! ¡Seguir a estas personas, verlas realizar las acciones correctas que necesitan tan rápido y tan bien! Esta ciudad está hecha para las personas que viven aquí. Es fluida. Es conveniente. ¿Y la gente? La gente parece estar perpetuamente en otra parte. No son ellos mismos, y cuanto menos lo son, más rápido se mueven, van y son. ¡Es extraordinario ese desapego que tienen, siempre cansados, y sin embargo esta velocidad! Como si leer el periódico, hacerse un escáner, cruzar la calle, comerse una naranja y recoger a su hijo fueran actos más allá o más acá de la conciencia. Al no ser de ellos, me digo, bromeo, ¡no tienen por qué serlo! ¡Son como yo! ¡Son como yo! Juego, encadeno las palabras y dejo que mis pensamientos divaguen como una pelota, una pelota azul, una pelota, hermosa... Siempre delante por una fracción de segundo. Prevenir, yendo más rápido, más rápido, más rápido de lo que la conciencia pueda ir. Tener que ser así, lo menos posible en un día. El ser, sabemos lo que es, eh, lo sabemos: es difícil, es un trabajo. Tienes que descargarlo a personas competentes, ¿verdad? La vida aquí es un deporte de deslizamiento, de inserción, siempre, sobre una ola preexistente que prescinde de tener la fuerza autopropulsada necesaria para el movimiento. La existencia precede a la esencia. Y la enciende.

Salté de la acera móvil al elevador de suspensión, sacudido por ráfagas de polvo antes de llegar a Subvirtue, el

complejo de juegos virtuales más grande de Cerclon. Las compuertas de mandíbula me dejan entrar y corro por el pasillo central, interfiriendo todas las pantallas a medida que avanzo. Sensación magnífica. Subo las escaleras y sigo las señales de “Inmersión”, inspecciono los hologramas que flotan frente a las cabinas y finalmente encuentro *Capture Captp*. Equipado con el traje, un joven ejecutivo da un paso atrás e intenta, aparentemente, protegerse de los golpes. Él cae al suelo. Aprovecho para entrar al box, levantarlo y quitarle el casco.

– ¡Ey! ¿Quién está ahí? ¿Quien es usted? ¡Pagué por una hora!

Lo agarré por los hombros y lo golpeé contra la pared.

– ¿Quien es usted? ¿Qué es lo que quiere?

– ¿0 o 1? ¿0 o 1?

– ¡No comprendo! ¡Suélteme!

– ¿0 o 1? ¿Votaste 0 o 1?

Sus ojos están fijos en mi rostro radiante. Está respirando con dificultad.

– Voté 1... Por la absolución...

– ¿Quién soy? Mírame con atención. ¿Nunca has visto esta cara? ¿Nunca?

La pupila del joven se dilata como un ano bajo la emoción. Ya no sabe en absoluto en qué capa de la realidad se encuentra, si está inmerso en la torre o fuera de ella, si tiene una pesadilla, si el escenario implica un falso retorno a la realidad: una ilusión clásica pero siempre aterradora de los juegos de ansiedad. Él grita “¡Parar! ¡Detener!” dos veces para salir del universo pero nota que mi cara de ladrillo sigue ahí.

– ¿Estoy en la realidad?

– Sí. Estás en Subvirtue. ¿Quién soy?

– Usted es... Captp. Ha... abandonado el juego... Ha salido de la matriz virtual...

– Sí. Escúchame con atención: Me clono cada vez que me usan, cada vez que juegan conmigo en esta ciudad. Mi cuerpo murió en el Cubo, pero mi alma salió intacta con un nuevo poder... Puedo convertir lo virtual en realidad, puedo liberar mis imágenes de la imaginación. Captp... Captp comienza a proliferar...

El joven ejecutivo está completamente aterrorizado. Él me cree. Está acostumbrado a estas tonterías y por muy loco que sea, mi agarre feroz y especialmente mi cara, la verdadera cara de Captp, que reconoce, son suficientes para

abrumarlo. Una carcajada devora mi rostro. Me río, me giro y retrocedo hacia la puerta mientras él gradualmente se congela y se recupera. Una vez más dice “¡Alto! ¡Detener!” con voz muerta y entrecortada, cierra y abre los ojos y finalmente se santigua antes de que yo desaparezca en el complicado laberinto de pasillos.

– Ksa, ponme con P, por favor.

– Bien, señor presidente.

> Dejando que los preliminares pasaran sobre las negociaciones políticas en curso, lo interrumpí con mesurada brutalidad:

– Bien. ¿Cómo está su investigación sobre Slift? ¿Ha abandonado el Círculo Azul?

– Existe una gran probabilidad de que todavía se encuentre en nuestro territorio. Pero nuestros colaboradores civiles no han recopilado información que refute o confirme esta hipótesis...

– Si no estaba a bordo de la nave que se estrelló en la Zona Exterior, ¿cómo pudo haber aterrizado sin que sus “centinelas aéreos” lo vieran?

Definitivamente hay un toque de ironía demasiado sensible en mi pequeña versión para que P no sienta, en el estrecho espacio que abro a su respuesta, el frío contacto de la mordaza. Con una prudencia que lo honra, rechaza sin embargo la parcialidad y opta por una cierta compacidad:

– No lo sabemos.

Cómodamente, me siento en mi silla de mando y toco el botón Reproducir.

–¿No sería así?

La vela rectangular de un ala volante se recorta sobre el puerto espacial, junto al cual discurre, y se pierde en la zona de radiación. El reloj marca las 8:14.

– No sé de dónde obtuvo usted estas imágenes, señor Presidente, ¡pero ningún satélite de vigilancia es actualmente capaz de interpolar imágenes tan precisas en una noche de tormenta magnética!

– Vigital 5...

– ¿Por qué no nos ha llegado esta información?

– Vigilal 5 se encuentra todavía en una fase experimental. Pero el ala en cuestión era bastante visible desde el suelo. Aunque hubiera sido necesario, naturalmente, pensar en colocar allí algunos hombres...

– Los escuadrones estaban literalmente agotados por los disturbios. Pko los soltó a las siete.

– Todo eso lo sé, lo sé. Ahora me gustaría hacerte otra pregunta: ¿crees que Captp sigue vivo?

> Empujo la puerta y cuatro caras se vuelven hacia mí, susurrando. La anfitriona me recibe y amablemente me pregunta qué me pasó.

– Disturbios. Intenté cruzar el plasmur...

Apoyándome en la barra, me doy la vuelta lentamente. Un hombre de unos cuarenta años, pesado, con una gran voz, acaba de abrir su gran boca desde su sofá.

– ¡Sabes, no vale la pena! Deberías haberte quedado en casa...

–¿Quién no vale la pena?

–¡Captp! ¡Este cabrón, este manipulador que quiere arruinar nuestro sistema! ¡Él pertenece a la basura! ¡No hablemos más de eso!

– ¿Votaste por su incubación?

–¡Claro, señor! ¿Usted no? ¡Esas personas son virus, debemos deshacernos de ellas antes de que nos contaminen a todos!

Dejé con cuidado mi vaso sobre el mostrador. Me levanto y camino hacia él. La habitación, aparte de las dos azafatas que lo rodean y también lo dejan, y la camarera, está vacía. Me siento frente a él, en el sillón. Él me mira. Lo miro fijamente.

Pasan los segundos.

Su gran boca está cerrada pero no aparta la mirada. Me mira fijamente con una inquietud preocupada que aumenta, grado a grado, hasta el punto de la aprensión. Luego se convierte en miedo. Se inclina hacia atrás y le dan espasmos en la garganta.

Él entendió quién soy.

Está a punto de levantarse, está blanco, quiere salir corriendo... Pero tiene que pasar delante de mí para salir... Duda, quiere hablar... Pero se queda callado, bloqueado. Para cuando salta, con la esperanza de sorprenderme y se

aleja corriendo, ya me anticipé y lo atacué sin piedad. Llevado por su velocidad y su peso, se desploma sobre los taburetes de la barra y se fractura la nariz. No tiene tiempo de levantarse antes de que le aplaste la garganta con mis botas con muescas. Presiono... Sonidos abstrusos salen de su boca. Con el pie, literalmente le aplasto el hocico.

– No olvides mi cara.

> Después de un primer movimiento instintivo, P cambió de opinión. La trivialidad de mi pregunta es demasiado obvia para no ocultar una revelación aún más grosera que P, que intuye su contenido, supone que puede ser potencialmente fatal para su carrera. Anticipa hábilmente:

–¿Han identificado sus informantes al piloto de ese ala volante?

– Identificaron positivamente a una persona. El otro, ya que eran dos, sólo dejó un rastro radiactivo en el espectrógrafo. Lo que lo identificaba, por así decirlo, por defecto...

> Apenas he dado tres pasos en el Cosmercado cuando llega a mis manos un carrito de la compra con ruedas. Rechazo la silla, elijo el control manual, bajo al mínimo el volumen de la televisión integrada e ingreso por voz una decena de alimentos. El Caddy® calcula la ruta óptima (la más perezosa) y ofrece su inteligente letanía:

“Estimado cliente, hola y bienvenido al Cosmercado Gandhi. ¿Le gustaría recibir un 3% de descuento en toda su compra? ¡Es simple! Ajuste a sus ojos las gafas Topvision situadas bajo el mango de tu Caddy® y ¡listo! Con este simple gesto, permites que nuestros ordenadores sigan la trayectoria exacta de tus ojos en nuestros estantes y midan con precisión la atracción de nuestros productos. De este modo contribuyes a la mejora constante de la calidad de nuestros embalajes...” Un poco de música sexy: “Con Topvision vemos mejor lo que deseas...”

Con pequeños impulsos, mi Caddy® me guía por el laberinto circular de la tienda. Con su brazo articulado, agarra automáticamente las cajas más baratas a su paso, las pesa y las dispone de forma racional en el carro. Cada departamento al que se accede provoca un vómito sonoro y visual de publicidad y promociones en la pantalla. En impecables pasillos, plagados de sensores, los

consumidores, con gafas y con el pecho apoyado contra la silla plegable de su carro de la compra, desfilan lentamente por el Cosmercado. Teclean códigos, escuchan descripciones de productos, piden nuevos productos, ven anuncios, deciden, hablan con su Caddy® y todo ello casi en silencio, con la concentración sabia y un poco demacrada de un jugador virtual... Hay placer en estos rostros, una voluptuosidad visible para manipular y decidir, elegir y excluir; algo de la felicidad del poder –y más sorprendente aún, más conmovedor: una sensación de libertad que emana de los gestos esbozados. Nadie mira ni habla con nadie –hay centros de encuentro para eso, pero no es por falta de ganas, sino por exceso de estímulos, de elecciones que hacer, por exceso de bienestar, de autosuficiencia. Como los coches de niños, los Caddies® ruedan y se evitan lánguidamente, y aunque casi se tocan, los hombres que conducen parecen atrapados en una burbuja de imagen–sonido que los aísla y los contenta para finalmente transportarlos, después de algunas vueltas, a la salida de terminales donde, sin siquiera sacar la tarjeta y sin que el Caddy® deje de funcionar, pasan... y ven caer en sus manos la cantidad adeudada.

Lentitud o cansancio, no lo sé –o más profundamente, esta extraña sensación de volver del averno y estar aquí por casualidad, de pasar por aquí, de ser el barquero de la laguna Estigia, que conoce su suerte y ya no fuerza nada, pero mira, mira, mejor, con movimientos lentos, involuntarios, el

detalle; lo cierto es que ya no puedo pensarlo. ¿Qué? Bueno, esta gente está loca. Es como si estuviera viendo este Cosmercado por primera vez.

Me detuve en el camino de entrada porque tengo lágrimas en los ojos. Cien veces he venido a este Cosmercado, con el escudo delante, los ojos alerta, desmantelando los anuncios y exponiendo todos los trucos de marketing y quedé, si no orgulloso, al menos convencido de que actuaba como un hombre libre... Desde el lugar de este combate repetitivo e ignominioso, vi sin ver a los demás: los consumidores “pasivos”, llevados por sus Carros de Compras® con ruedas automáticas y me dije “¡pobres locos! “. Sentí por ellos esta mezcla de ira salpicada de desprecio porque se dejaban hacer, porque no estaban, como yo, enclaustrados en la desconfianza. Luego, inmediatamente, siguiendo el movimiento habitual de mi reflexión, los disculpé, los “entendí”: la facilidad o el cansancio, la falta de educación en la crítica, la inocencia de los niños... Entonces surgió la revuelta, esta vez contra los mercantilistas, contra estos graduados agresivos que utilizan su capital cultural para esclavizar las conciencias, capaces de frustrar sus objetivos intelectuales. Finalmente, al final de esta revuelta, aportando su solución activa, aparecía, Captp, el filósofo Robin Hood, amigo de los cerebros pobres y manipulados, hombre del pueblo por gusto y señor de sus tierras en el país. ¡Capaz de comprender las maniobras y ayudar a la gente a escapar! Todo terminó para bien: tenía el problema

ante mí y la solución dentro de mí. ¡De ahí surgió muy evidentemente la tarea de mi vida, mi objetivo, mi espinoso pero apasionante resultado por jugar! Tenía amor para dar, coraje para luchar y ese sentimiento un poco infantil, pero terriblemente alegre, de ser bueno. Bien, ya que iba a sacarlos, con la Volte, de su “alienación”. ¡Libérralos! Magnífico, ¿verdad? Yo pregunté:

– Disculpe señor, ¿no se siente alienado?

–¿Loco? ¿Por qué? ¿Parezco loco?

– Quiero decir esclavo de este Cosmercado, de estos anuncios, siendo manipulado por este Caddy® que le dice... Finalmente, ¿se siente libre?

– ¿Usted no? Hay una opción, ¿verdad? Mire, por ejemplo, los albaricoques: ¡hay diez variedades! ¿Qué más quiere?

– ¿No se siente manipulado, controlado a distancia?

– ¿Por quién? ¿Por los anuncios? Ni siquiera los escucho. ¡No puedo decirte ni un solo producto que haya aparecido en esta pantalla! ¡Hay demasiados! ¡Tomamos lo que conocemos! Y luego con el Caddy®, ya no te dejas engañar porque toma el más barato si lo pides, así que...

El hombre me preguntó si era instigador de otra cadena de supermercados y le di las gracias... Podría interrogar a veinte más para convencerme, pero el abismo abierto ya me

marea. ¿Aceptar la idea de que estas personas son libres y felices aquí no significa reconocer que la Volte no sirve para nada?

– Supongo que tengo que renunciar...

– Lo harás a su debido tiempo, P... Para ser más precisos, tan pronto como Cablaxie haya establecido las pruebas de tu culpabilidad, lo cual no tardará mucho. Pero primero me gustaría: en primer lugar, que intensifiquen la presión sobre todos los hospitales; en segundo lugar, que dirijas tus servicios a pistas falsas para evitar cualquier descubrimiento inoportuno.

– No estoy seguro de entender...

– En breve, el Gobierno sufrirá una crisis de confianza cuyo impacto podría ser fatal. Captp, inocente, mártir y héroe, se convertirá en un Intocable. Cualquier escalada represiva, incluso dirigida contra Slift, tendría efectos catastróficos que precipitarían nuestro despido. Por lo tanto, debes mantener tus servicios alejados de la verdad. Si capturamos a Slift, estaremos obligados, a menos que nos burlemos de la justicia, a ejecutar su sentencia. Por su posición, usted es el

fusible ideal, P, y le utilizaremos con esa capacidad, en el entendido de que su reclasificación en Cerclon III, a una posición muy envidiable, le compensará las molestias del oprobio público. ¿Está claro?

> Mi cerebro está demasiado lleno de sensaciones para abordar esto con serenidad. Me acerco a la cola de las cajas, muestro el dedo índice, preguntándome qué va a pasar... Como temía, el cilindro de cristal se cierra sobre mí... Ay... Un altavoz muy cortés, separando las sílabas, articula: “Lamentamos informarle que su identificación no es válida, por los siguientes motivos: (otra voz) usted ha fallecido”.

Una voz imperfectamente modulada, es decir humana, proviene de un segundo altavoz:

- ¿Tiene algún problema con su identidad, señor?
- ¡Sí, estoy muerto!
- ¿Perdón?
- Estoy muerto! ¡Es la máquina la que lo dice!
- ¿Puedes darme tu nombre, por favor?

– C. A. P. T. P.

– Compruebo...

Ella no se inmuta en absoluto. El altavoz reproduce música...

– Efectivamente, lo confirmo.

– ¿Que estoy muerto?

– Sí, que Terminor le cataloga como fallecido...

– ¿Cómo es posible?

– ¡Sabe, señor, usted es el trigésimo cliente del día al que le ha pasado esto! Terminor fue pirateado durante la incubación. ¡Doce mil personas han sido transcodificadas a la base de datos de la Muerte!

– ¿Entonces me “asesinaron” por computadora? ¿Es eso?

– Correcto. Como su líder está muerto, los voltes piensan que todos deben morir, ¿entiende el razonamiento? Bueno, si se le puede llamar razonamiento... te dejaré pasar. Disculpe las molestias y nos vemos pronto en nuestro local señor... ¡CAPTP!

– ¡Pronúncialo Capitán, es más elegante!

Hay un aleteo en el altavoz, las neuronas giran, pero el cilindro se ha abierto y salgo corriendo con mis compras.

– Con el debido respeto, señor Presidente, ¡no veo cómo la política de *laissez-faire* que usted está considerando pueda salvarnos de la debacle! ¡Debemos eliminar a Captp, encarcelar a Slift y negar completamente la trama!

– Nada de lo que se decide en una emergencia sobrevive más allá de ella. Ésta es una lección que ninguno de los políticos de su generación entendió. Usted es, y lamentablemente sigue siendo, mi querido P, como la población que dirige; reacciona a los estímulos y decide sobre los síntomas. Por eso no dura. ¡Estoy más que cansado de reemplazarle cada tres meses! En cuanto una decisión te parezca obligada, P, te doy este consejo para el futuro: no la tomes. A veces tienes que esperar dos, tres, cuatro tiros seguidos de tu oponente antes de poder volver a tomar la línea. Pero cuando la vuelves a tomar, tienes la cabeza fría y tu movimiento, aunque sea pequeño, es suficiente y matas. Dejar ir, como bien dices, no es un signo de pasividad. Es la señal de una actividad superior para la cual los movimientos del adversario, siempre que sean predecibles –y los que se

anuncian en la Volte lo son– pueden ser infinitamente más eficaces que los propios. Tomada a escondidas y sin visibilidad, una decisión es, en sus efectos, siempre incierta y susceptible de desencadenar contraataques que la cancelen o la anulen. Deja el privilegio del movimiento a aquellos que estén en condiciones de hacerlo y, en lugar de devolverlo o detenerlo, utiliza el golpe que te han dado para iniciar un agarre seguro. Deja a *Captp* la luz y la intoxicación... Y finalmente, P: no se mata dos veces a una persona inocente...

– ¿Pero cuál es la diferencia con *Capturez Captp*?

– ¡Todo es diferente! Primero, en *Capt au Cube*, ¡tú eres el Capitán! Luego la combinación: Virtuoze ha diseñado una joya tecnológica: se trata de un traje de buceo integral con rarefacción de oxígeno, variador térmico integrado (se pasa de 50 °C a – 20 °C en diez segundos), viento interno y olor a generador. Se aceleró el motor 3D y la generación de residuos se realizó a partir de fotografías tomadas por los auditores. En la torre de televisión la decoración no cambiaba: estabas en la torre, eso es todo.

– Es verdad.

– Aquí no sólo cambia constantemente el espacio, sino la humedad, el viento, la temperatura, la calidad del aire y sobre todo, ante todo, los sonidos, porque estás inmerso en una oscuridad casi absoluta. Honestamente, probé más de doscientos juegos para Virtuozze pero nunca había tenido tal sensación de inmersión, de cambio total mientras jugaba. El traje te comprime constantemente, vibra, se mueve, se agrieta, sudas, te asfixias: ¡es fantástico!

–¿Qué está pasando en ese Cubo? ¿Como funciona?
¡Consíguemelo!

> La instigadora sonrío. Tiene delante un cliente entusiasmado y lo siente. Ella me mira con picardía, inclina la cabeza de manera muy seductora y continúa. Oficiando en centros de reuniones, juega con la confusión de las azafatas. Debe dirigirse a un público exclusivamente masculino al que suscita esperanzas –y sin duda a veces materializa– una aventura que facilite las ventas. Es, en la jerga profesional, una encantadora. Sus competidores dirían: una puta.

– ¡Desde el principio, eres atacado por híbridos! Compuestos de ratas robot, serpientes de tuberías y dragones reactores que te empujan hacia un pozo lleno de ácido. Luchas contra ellos con una lanza. Hay esqueletos por todas partes, que se resquebrajan bajo tus pies, pero sigues este rastro de huesos y llegas a un laboratorio, una especie de fábrica blanca donde se reciclan los cadáveres. Surgen humanoides con piel desconchada de neumáticos, con

extintores o cabezas de sierra circular soldadas al armazón de un traje virtual. Caminan en columna y se dispersan por el Cubo.

– ¿Deberíamos enfrentarlos?

– ¡Tienes que elegir tu bando! Zorlk sobrevivió. Se ha convertido en un monstruo mutante, una matriz que da origen a los Voraces...

–¿Quiénes son los Voraces?

– Protovísceras que devoran basura y amenazan con absorber el Cubo, ¡luego Cerclon! El gobierno sólo puede detenerlos con híbridos, que produce en masa y los libera a lo largo del Zhex para pastar. Pero los Voraces están proliferando...

– ¿Qué hay que hacer?

–¡Ah! No te voy a revelar todo...

–¡Se buena!

– Captp es conducido por la arteria carótida de Zorlk hasta su cerebro, lo que le promete la vida si lo ayuda a sabotear la fábrica de híbridos. ¡Pero no debemos aceptar! Debes tomar el control de la fábrica mientras prometes lealtad a Zorlk y luego traicionarlo...

–¿Hay edificios enteros en el Cubo? ¿Ballenas nadando, auroras boreales?

– ¡Está claro que no conoces el Cubo!

> Quizás por el rastreador que los obligaba a evitar a sus amigos, quizás simplemente porque sentían la necesidad de estar solos, pero los había encontrado uno por uno, sin mucha dificultad, rondando su lugar habitual. Ah, ni siquiera tuve que esconderme para acercarme a ellos, ya que, cada uno a su manera, tenían la mirada vuelta hacia adentro, hacia un pasado en el que moraban o un futuro que sólo distinguían como una serie indistinta y tal vez inútil de combates. Su tristeza no era espectacular y, si no fuera porque cualquier ciudadano conocía ahora su rostro, no habría llamado más la atención que esos miles de seres que aman las hojas rotas y que nos topamos con su dolor, sin sospecharlo, cada día y en todas partes. Pero para mí había algo abrumador en la forma en que los Obffs, zapatos negros, pantalones negros, camisa y gafas negras e incluso la boina de combate negra, pasaban por Visiones de Plutón, una y otra vez, girándose contra la pared para no ser vistos llorar. Había algo terrible en los gestos desgastados de Brihx

que paseaba a su pequeña hija sin escucharla, sin verla, como si hubiera arrastrado un cadáver. En el oscuro ensueño de Kamio a quien había visto como un ladrón a través de las ventanas de su taller, sentado en un taburete bajo con una camiseta sobre los hombros que había confeccionado con sus propias manos a partir de trozos de lienzo arrancados de su marco y en la que había escrito, en letras minúsculas: “Yo lo pinto” y la camiseta estaba, por todos lados, realmente sucia... No había tenido el valor de buscar a Boule e incluso tenía miedo de cruzarme con ella por accidente. Yo también la esperaba. Tantas ganas de volver a verla, tanto remordimiento por dejarla dos días más con su dolor y caminar hasta allí, tranquilo, tal vez sádico también, y avergonzado de poner a la Volte, a la Volte de nuevo, que me había salvado de la nada y me había costado la vida, por encima de todo, por encima de ella, de su boca y su cuerpo flexible y resplandeciente; de su inteligencia y fresca escurridiza, sin costumbre ni estancamiento, cuando se trataba de lugares o cosas, siendo eternamente errante por naturaleza y con el gusto, ávido de descubrir y experimentar lo nuevo, y que mi muerte no pudo cambiar nada de eso, excepto acentuarlo hasta la locura.

Además, me arrepentí de haberlos visto a todos. No había resistido el impulso excesivamente voluptuoso de ver la verdad de lo que yo era para ellos a través de mi muerte. El ojo de Zeus. Y salí desconcertado, conmovido al mismo tiempo por el profundo y pesado impacto de mi pérdida en

ellos y decepcionado al mismo tiempo, casi melancólico al verlos, bueno, simplemente, a ellos, vivos, todavía capaces de leer, de caminar y pintar... Capaces de seguir siendo cuando yo ya no estaba... Feliz también con eso, con este poder de vivir que lo superaba todo.

Para advertir a Brihx, utilicé un clamor colocado en un árbol. No hacía falta invocar un secreto, mi propia voz, aunque fuera por diez segundos, fue suficiente: “El Anticristo hablará el jueves. Prepara los ladrillos”.

> Escuché el roce de un papel debajo de la puerta de mi taller. Me di vuelta y vi la silueta de un cyborx desapareciendo rápidamente detrás de las ventanas. Mi primer y único reflejo fue llamarlo, pero ya era tarde, ese reflejo se movió tan lentamente que mi voz se apagó antes incluso de salir de la glotis. Ligeramente emocionado, me arrastré hasta la puerta y me agaché. Cogí el sobre. Lo abrí bruscamente con un dedo.

Un mapa de Cerclon... En la rad-zona oriental, en el sector llamado “Le Pays”, está escrito en rojo: Kamio, Brihx, Obffs, Slift... y Captp. Una gran flecha dibujada de un solo trazo sale de Pays y se extiende hacia el Exterior: “Vigas, ladrillos,

cemento magnético, retroexcavadoras, máscaras de oxígeno...” estaba anotado al margen. Desconcertado, desdoble el resto del mapa. En la ubicación del Cubo, descubro una última inscripción en rojo: “¡Hola, ahí está de nuevo!” Esta es la letra del Capitán. ¡Metería la mano en la trituradora! ¡Está vivo!

Me quedé allí mucho tiempo, en suspenso, de pie, temblando con la tarjeta en mis manos, llorando de alegría bajo el influjo risueño de las letras rojas y tuve la impresión de verlas estirarse, desatarse, formarse poco a poco en la mano viva del Capitán. ¡Él todavía está en este mundo! ¡Él todavía está con nosotros! Está caminando por las calles de la ciudad en este momento... Es feliz.

¡En ese preciso momento lo vi! Lo vi aparecer ante mí de repente, completamente –una visión–, reía, reía y miraba a los niños arrojar puñados de arena a los transeúntes desde lo alto de sus sillas suspensivas.

Inmediatamente salí de mi estudio y corrí hacia la biblioteca, mis manos cubiertas de sudor, mi corazón agitado, con la sensación de un milagro absoluto; ya ni siquiera tocaba el suelo, iba volando, quería agradecer a todos, besar a todas las mujeres, tirar a los niños al aire como fuegos artificiales y comencé a gritar y toda la gente me miraba divertida, me reconocía, y no me importaba, gritaba que ¡estaba con nosotros! ¡Vivo! ¡Vivo!

–¿Qué te pasa, papá? ¿Qué dice el señor Arbol?

> Kamio ya no estaba en su taller, así que corrí a la biblioteca mientras dejaba a mi hija en casa. Me encontré con Obffs y Kamio en la salida del edificio. Al mirar sus caras, ¡supe inmediatamente que lo sabían!

> Los tres optamos por un pequeño trozo despejado en la rad-zona para poder localizar desde lejos cualquier oído curioso. Los tres rastreadores que parpadeaban en el mismo lugar sólo podían conducir al envío de un oyente. Obffs me había parecido tan exultante que mi propia alegría se había visto empañada. Había encontrado una nota en la mesa de su biblioteca: “Virevolte” que atribuyó a la crueldad de un soplón. Su interpretación paranoica acabó afectándome. Pero el entusiasmo que brillaba en los ojos de Brihx, la imagen residual que había tenido en el taller, más los rumores, todo eso había disipado mis últimas dudas. Incluso entonces, Obffs seguía teniendo dudas. Estaba buscando pruebas:

– ¿Dijo “el Anticristo”?

– Sí.

– Eso lo firmó Nietzsche cuando se volvió loco.

– Y “preparar los ladrillos”, debe estar relacionado con el mapa. Nos dio a cada uno una pieza del rompecabezas para que, juntos, pudiéramos armar el todo, pero aislados, quedaba incompleto. ¿No?

– “Virevolte”, ¿sabes qué es eso?

– No.

– Fue un proyecto comunitario que desarrollamos para Anarkhia.

– Va a hablar, eso seguro. Pero ¿dónde?

– En el campo, obviamente. Hablará desde una duna. Y lo retransmitiremos desde las otras dunas. La multitud estará en el medio. ¡Tienes que prepararte para la polifonía!

– ¡Dios mío, tienes razón! ¿Cuánto tiempo ha pasado desde que ensayamos?

– Desde del lago, al menos.

La “polifonía” era una de las favoritas del capitán y mía y la habíamos puesto en práctica siete u ocho veces durante las reuniones en la nave. Consistía en pronunciar un discurso a cuatro voces (¡Slift afirmó que el proceso era “hacer una conspiración!”) sobre un tema que discutíamos colectivamente. Alguien comenzaba un segmento del discurso y los demás seguían, colocaban “puntualizaciones”

en las pausas del otro, o incluso respondían a ellas, pero siempre en contrapunto y a veces invadiendo. Los resultados variaron de brillantes a cacofónicos, pero siempre prometimos, que si alguna vez íbamos a arengar a los cerclonianos, deberíamos hacerlo en poly.

– ¿Y después? ¿Qué pasa?

– ¡Hay que aprovechar la situación para tumbar el gobierno!

–Al parecer tiene otra visión. Si tan solo pudiéramos conocerla antes de que hable...

– No podremos hacerlo. La policía impedirá que nos reunamos. Necesita salir y hablar de inmediato. De lo contrario, está arruinado. Y nuestro papel es preparar su llegada, regular la polifonía y difundir el rumor para que el efecto de atracción sea máximo. ¡Que regrese como el Mesías!

–O el Anticristo...

– Sí.

En cinco minutos lo habíamos dicho todo. Y en cinco minutos más, organizado lo imprescindible, distribuido las misiones y las redes. Luego, como jóvenes actores, sin dejar de reírnos de cada fracaso, ¡practicamos toda una serie de secuencias polifónicas!

Hace un año, una reunión así habría durado una semana. Saboreé la madurez que habíamos adquirido. Más que en la experiencia y el fruto de nuestros errores, esta eficacia se basó enteramente en un sentimiento muy simple pero terriblemente largo de conquistar: la confianza. Tenía confianza en mí mismo, en Obffs y en Brihx y ellos confiaban completamente en mí. Pero, sobre todo, esta confianza, como una tranquila red dorada, se extendió por toda la Volte. Bañaba toda la red caleidoscópica de artistas comprometidos, asociaciones culturales, grupos de acción e individuos solitarios que conocíamos y sin los cuales ninguna acción podría tomar la escala que requería.

Publicitado, el movimiento se vio, casi inevitablemente, abrumado por una nube de escarabajos que sólo la luz atraía y que, más que las exigencias de la acción, prefirieron entregarse a especulaciones sobre los signos externos de la revuelta: provocaciones, falsa furia y clamores llamativos como “¡A la mierda el alfabeto!” que un modisto había convertido en el nombre genérico de una línea de parnox. Sin embargo, los “verdaderos” voltes no quisieron superar la distinción y no se amargaron por esos plagios, ya que, por la historia del siglo XXI, estaban demasiado acostumbrados a ello. ¿“Nosotros los verdaderos voltes”? No había voltes “reales”, sólo había personas que querían liberar la vida dondequiera que estuviera bloqueada y otros que se contentaban con reproducirse y deambular.

> Durante la jornada del jueves, el rumor corrió como la pólvora: había sobrevivido. Estaba caminando por algún lugar de Cerclon. Un cajero lo había detectado en el Cosmmercado en el sector 5. Había iniciado una pelea en un centro. Se habría extraído de una matriz virtual a Subvirtue. Habría sido visto a la salida del Parque Azul, en una avenida del sector 4, sobre un deslizador, en una torre panóptica. Lo habían visto jugando al fútbol con niños en la anti-rad. Charlando con un vagabundo. Interrogando a un grupo de voltes que bloqueaban una avenida. Interrumpiendo un minuto de silencio. En pocas horas, la policía había emitido un número tan impresionante de desmentidos que la loca esperanza que me había levantado el pecho ante este anuncio –antes de ir y venir con una marea agotadora que se hinchaba a lo largo de las horas de los años– había acabado por apoderarse de todos mis órganos. Completamente desorientado, escuchando televisión y radio al mismo tiempo, pinchando en la red, llamando a todos mis amigos al mismo tiempo, poniéndolos en espera, molesto, dando vueltas, fumando, rezando, finalmente fui a la calle, saliendo de mi apartamento. Un bullicio de pañuelos empapados y una cabalgata wagneriana, totalmente electrizada, corriendo sin rumbo golpeando a los hombres en los hombros, haciéndoles girar, creyendo a cada momento que lo reconocías, pero no, a él no, ¿no lo habrías visto? ...

Dondequiera que iba, eso era de lo único de lo que hablaba la gente. Toda la ciudad estaba llena de ruido. Se extendió sin esfuerzo de barrio en barrio y me pareció, en mi carrera frenética, que las avenidas y las torres de cristal se coloreaban a la velocidad de una decoración repintada por una paleta gráfica. Púrpura y fuego. El mismo cántico subyacía en todas las discusiones y acabó resonando en los oídos de los más obtusos, quienes, encogiéndose de hombros divertidos, decían ahora, a la entrada de los bares:

- Después de todo, no es imposible.
- De todos modos, si es verdad, la policía lo arrestará...
- ¡Ya no tienen derecho, muchacho! Si sale vivo del Cubo, volverá a ser un ciudadano libre. ¡Está en la Constitución!
- ¡¿Estás bromeando?! Entonces eso significa que puede llevar su mierda a donde quiera y cuando quiera, ¿verdad? ¡¿Y los policías sólo podrán cruzarse de brazos?!
- Lo has entendido todo.
- ¿¡Y a eso lo llamamos democracia!?

Alrededor de las cinco de la tarde, después de dos horas deambulando de calle en calle y de bar a centro de reuniones, viendo las noticias, tuve un momento de profundo abatimiento, la sensación de una broma enorme y cruel. El rumor se disipó como la niebla de la mañana en una

ventana. La gente me reconoció y apartó la mirada, algunos por vergüenza, otros por abierta hostilidad. Los que me respondieron en el mostrador fueron adorables pero solo pude sentir que no lo creían, o ya no lo creían. Salí de otro bar más, decidido a volver a casa, y fue entonces cuando los vi... Grupos de jóvenes que hablaban rápido y nerviosos desfilaban por la acera de enfrente. Tenían la actitud de gente corriendo para ver un incendio y yo instintivamente seguí su ejemplo...

– Fue visto en Bentham Boulevard. Todo el mundo lo sigue, hay kilómetros de gente detrás de él, ¡Jesús, es una locura!

> Cuando llegué al cruce de Centaure y me encontré con este despliegue silencioso de banderas negras, con estos voltes sentados en círculo para bloquear el tráfico y los conductores resignados a respetar el luto, durante un momento, ya no estaba del todo seguro de ser Captp. Había un segundo, que estas personas crearon y que era tan real como yo. Me estaba adelantando. Quería reemplazarme para ser el único. Me llevó unos minutos liberarme del escalofrío mortal que empezaba a adormecerme; fue la ira lo que me despertó.

En cierto modo, estaba feliz de estar todavía en este lado del cosmos para comprender cómo el respeto por los muertos era una gran tontería que insultaba al cadáver. Me

sentí manchado por aquel ritual inventivo que olía a polvo de iglesia. ¿Era esa mi herencia? ¿Había dejado atrás esas ideas de cabezas gachas y rostros callados? Mi sangre hirvió y avancé descaradamente hacia el centro de la plaza. Con las narices en los zapatos, ningún comulgante realmente me prestó atención. Aproveché para llegar a la base de la escultura. En unos segundos, me encontré sentado como un viejo guerrero griego en la grupa de bronce del Centauro, mirando a la multitud que lloraba, con el horizonte abierto a la fila de vehículos que salían de la plaza. ¡El minuto de silencio debía convertirse en diez! Pensé rápidamente: sentí que era capaz de hacerlo.

Tuve que cortar el silencio.

En el momento en que el sonido salió de mi estómago, supe que todo lo que dijera e hiciera a partir de ese momento quedaría grabado para siempre en el espíritu de esta ciudad. Y esa volución quedó allí suspendida. Ayer pensé que era libre de ser y de encarnar, y en el fondo así lo esperaba. Ya no tenía miedo de existir y de avanzar a pasos agigantados. Pero también sentí, sin poder darme cuenta en absoluto en ese momento (e incluso impidiéndome darme cuenta para no ser aplastado), hasta qué punto mi destino público se jugaba aquí, hoy, en este lugar y bajo el brillo morado que dejó el sol en las piedras esa tarde. ¡Iba a salir de mi tumba y nadie aquí, nadie todavía lo sabía! Fue vertiginoso.

– ¿Conocéis la historia del hombre que llegó tarde a su propio funeral?

Mi voz cayó como un mazazo en el silencio cementado de la plaza. Al mismo tiempo, un bosque de cabezas se volvió hacia mí y me sentí terrible. En esos rostros se encontraba toda la gama de sentimientos hostiles, desde la consternación hasta la ira. Sin embargo, todavía no he llegado lo suficientemente lejos como para que uno de ellos rompa su silencio y a su vez participe en arruinar el silencio...

– Pida disculpas a los familiares reunidos alrededor del ataúd, hágase un lugar lo mejor que pueda y escuche cortésmente el sermón del sacerdote... Luego comience el minuto de silencio... El hombre duda, no se atreve, finalmente decide intervenir. El sacerdote reaccionó inmediatamente y dijo...

– ¡Sería demasiado pedirle que respetara la memoria de un muerto! ¡Pues cállese!

– Eso es precisamente lo que dijo el sacerdote... Entonces el hombre...

– Esto no ha terminado. Tú mierda ¡Cierra el pico!

– ¡Nadie le obliga a respetar a los muertos, señor! ¡Pero al menos respeta a quienes comulgan en su memoria!

– ¡Asombroso! ¡Qué desprecio!

– El hombre se para frente a su ataúd y dice a la atónita asamblea: “Lo siento, queridos familiares y amigos, pero todavía estoy en este mundo y les pido que me perdonen por interrumpir así una ceremonia tan graciosa”...

– ¡Sigue!

La multitud en el centro de la rotonda intenta en vano ignorarme. Su molestia va en aumento... Creo que me van a romper la cabeza...

– Los rostros se vuelven, se irritan y se sorprenden. El cura no quiere saber nada. Pero hay que admitir que el parecido entre el hombre y el difunto es sorprendente. Para ser claros, finalmente decidimos desenclavar el ataúd y abrirlo...

– ¡Y tú, muchacho, te callarás, lo prometo!

– El ataúd, para gran sorpresa del hombre, no está vacío: está ocupado por un cadáver. Pero este cuerpo es... ¡el del sacerdote! ¡Quien primero clama al diablo! El sacerdote, sin embargo, no se rinde: inmediatamente saca su cadáver de la caja y agarra a nuestro hombre para ponerlo en su lugar. ¡Y toda la familia le ayudó a clavar el ataúd! Nuestro hombre grita y grita, pero pronto el espesor de la tierra es suficiente para que ya no se le oiga y todo vuelve a la normalidad. El minuto de silencio puede empezar de nuevo...

No estoy seguro de que todos hayan seguido mi historia, pero las actitudes de la gente han cambiado notablemente.

El grupo de voltes que querían lincharme se reunió al pie del centauro y ahora me miran con cautela. Alrededor de este primer círculo, la multitud, por curiosidad o por presentimiento, se agolpaba. Racimos y racimos de personas convergen a su vez en las avenidas...

– Oye, ahí arriba, ¿quién te crees que eres exactamente? ¿El Profeta?

– ¿Quién te ha enviado? ¿Quién te envió? ¡Respóndeme o haré que te tiren del caballo! ¿Quién demonios eres tú?

– Soy aquel cuya memoria saludas...

– ¿Qué quieres decir?

– Soy... el Capitán.

Un estruendo de carcajadas se extiende por el primer círculo, mientras que el segundo, que goza de un mejor ángulo, se convulsiona casi instantáneamente...

– Vale, ya está bien de risas, ¡vamos a enseñaros un poco de respeto!

– ¡No le toques! ¡Es él! ¡Es él!

– ¡Es el Capitán! ¡Míralo, mira su cara! ¿No lo reconoces?

Pero el Cerbero ya ha agarrado una de las piernas del Centauro. Está tratando de tirar de mí por el pie. Me inclino hacia él. Le ofrezco la mano con calma:

– Vamos. ¡Vamos, te digo! Ayúdeme.

El hombre, que debe tener unos treinta años, me mira a la cara. En un instante, parece como si acabara de toparse con su abuela fallecida hace diez años. Permanece atónito, incapaz de apartar los ojos de mí, luego su rostro se metamorfosea sucesivamente del asombro a la revelación, de la revelación a la alegría y de la alegría a las palabras:

– Es... ¡Él! ¡Es el capitán! Es el capitán. ¡Ha resucitado entre nosotros! ¡Captp está vivo!

Su grito histérico hizo que la gente viniera de todas partes y el shock golpeó los rostros de todas partes. Una fantástica capa de emociones desnudas emerge y me trastorna. La gente empieza a llorar, a gritar, a hablar sola, a taparse la cara, a quedarse congelada, a bailar, es una mezcla indescriptible de estupor y júbilo, de incredulidad y éxtasis: “¡No es posible! ¡No es posible!”, incluso hay gente que se tira al pie del caballo para santiguarse...

Me siento completamente impotente, incapaz de decir nada y sonrío dócilmente. Casi tengo miedo. Ahora tengo que atraer a toda esta gente a “Pays” para hablarles. Decenas de voces me llaman, me presionan con preguntas,

tengo que decir algo, cualquier cosa... Es realmente una tontería... ¡Badaboum!

– Voltes, ¡hoy la volución está en marcha! ¡Y vosotros sois la volución! ¡Adónde vamos, sólo los valientes pueden seguirnos! ¡Pero sois valientes y estáis listos! ¡Así que seguidme!

En un gesto absolutamente ridículo, le di dos patadas en los flancos al centauro (“¡bling!”) y fingí que hacía volar a la bestia en dirección a la zona de radiación... El centauro no se movió. De todos modos, la multitud rugió bajo mi arenga y un himno de cuatro tonos, cantando mi nombre, estalló en la explanada.

Decido bajarme del Centauro y felizmente encuentro caras conocidas que se arrojan a mis brazos. Muy rápidamente les explico adónde vamos y les doy las instrucciones: drenar toda la ciudad detrás de nosotros, sacar a los policías y medios de comunicación que quieran escoltarnos y dejarme solo delante.

Por la rapidez y violencia con la que mis órdenes se hacen eco en la procesión, entiendo que el momento es histórico para todos y que en una sola aparición me he convertido en un auténtico dios viviente. Una escolta de cuarenta hombres bloquea el filo de la flecha de la que soy la punta. La afectación con la que me miran y me protegen ha elevado mi medidor de orgullo a 200. Nunca me he sentido tan fuerte

en mi vida, lleno como un barril, a punto de explotar. Cuando me preguntaron cómo sobreviví al Cubo, dije: “Gracias a Zork”. Entonces ya no respondí ninguna pregunta, dejando que el mito se construyera y creciera hasta el exceso. Lo que esta gente siente por mí va más allá del respeto, más allá de la admiración. Hay una solemnidad indescriptible en la forma en que me hablan y guardan silencio. Toca la veneración. Me he convertido en un ser sagrado.

Tan pronto como los batallones de policías, cámaras y periodistas aparecieron alrededor de la procesión, quedaron literalmente abrumados por la ola de furia que los invadió. Los camiones fueron volcados por la marea humana, aplastados con las manos desnudas y prendidos fuego. No creo que ni un solo periodista haya podido sobrevivir. La manada detrás de mí resuena con golpes, gritos y rompimientos. El fuego crepita en columnas negras a lo largo de todo el desfile. ¡Me acabo de enterar que Cablaxie proporcionó pruebas de mi inocencia esta tarde! ¡Y ahora es venganza, terrible, despiadada, revuelta con vísceras en el puño! La multitud se ha transformado en una horda salvaje que ya nada ni nadie puede detener. Detrás de mí, siento como la inmensa cola de un sombrero de rey hecho de hombres y carne vibrante. ¡Despeja la barrera que tienes delante! ¡Quema este autobús! ¡Quiero que este maldito helicóptero se estrelle de frente contra el asfalto! Ardo con un verdadero fuego interior, objetivo y fuente del caos, un bloque de uranio bombardeado por partículas de N de alta

energía, irradiadas, que hago reverberar para precipitar la reacción en cadena. Hay entre la multitud y yo un círculo íntimo y terrible que con cada revolución del ciclotrón intensifica la fusión al tiempo que potencia las fisiones en el exterior. Todo el poder liberado converge sobre mí y lo relanzo en orden, en un grito de Dios, inmediatamente obedezco y actúo, todo pasa, todo se rompe frente a nosotros, y la temperatura aumenta, la fusión libera cada vez más energía, identificación y fiebre...

Justo antes de subir al montículo anti-rad, nos topamos con un enorme bombardeo de triple cortina formado por barricadas y autobuses, con tiradores ópticos colocados en las cabeceras de los edificios y el escuadrón 7 en nichos de tiro terrestres. ¿El final del camino? Simplemente articulé: “¡Adelante!” La gente no se detuvo ni un segundo... Siguieron avanzando de frente, erguidos, como una sola persona mientras las balas paralizantes comenzaban a crepitar y los cuerpos comenzaban a caer a docenas sobre el asfalto... Pero nosotros avanzamos una y otra vez, sin inmutarnos, sin intentar protegernos y la presa literalmente los hizo añicos. El escuadrón 7 fue masacrado en el acto, con sus cráneos abollados bajo sus cascos con adoquines. El helicóptero que yo había designado fue alcanzado por un lanzacables. Lo que ocurrió después es apenas concebible: cien hombres se sujetaron al cable, mientras el helicóptero intentaba dar un bandazo desesperado. Y arrastraron el helicóptero, metro a metro, a fuerza de brazos hacia el

suelo, logrando finalmente aterrizarlo y remacharlo con una barra de hierro...

Una vez desatado el bombardeo y después de haber subido al montículo anti-rad, la procesión, cansada o saciada, volvió a ser más tranquila y más digna. Ahora continuamos nuestro progreso siguiendo la cresta de la barrera contra la radiación. Los helicópteros vuelan ahora muy por encima de nosotros.

Fue entonces que al final del callejón desierto, justo en nuestro camino, apareció una mujer joven, y comencé diciendo:

–¿Quién es esa loca?

Esta loca es Boule de Chat. Me tambaleé en estado de shock. Una antorcha de dulzura ardiendo en la acera. Ahora está a sólo cien metros de distancia, absolutamente sola, sublime y directamente sobre el embarcadero impecable.

> No lo vi de inmediato. No quería reconocerlo. Estaba a la cabeza de una marea humana que se arrastraba como una luna y su rostro parecía muy duro y tan mal herido... Pero era él... Él de todos modos...

> Un estremecimiento de excitada sorpresa se extendió a mi paso como una suntuosa extensión de mi propio estremecimiento. Seguí avanzando hacia ella, tres fotógrafos chapoteando en mi camino, sin poder entender que estaba perdiendo fragmentos de mí a cada paso para convertirme en hombre y que no había foto posible de eso. Ella estaba como siempre en medio de las cosas, derretida, parte y piezas oscilantes del cosmos dentro de ella domesticadas y cercanas. Y yo, que siempre estuve del lado de las cosas, en contra o de frente, tropezando y luchando, gracias a ella me convertí un poquito en el pasillo azul que me llevaba. Mi estatua andante encontró algo del bronce fundido congelado demasiado pronto. Cambié de forma a medida que avanzaba, me llevé pedazos de paisaje, disueltos con las ráfagas, volví a ser oso, infantil, conectado, gracias a ella...

> Comenzó a sonreír y la horda se evaporó detrás de él. Lo amaba. Cruda, inmensamente. Él nunca moriría. No podía morir.

> Bola de gato con su forma de acurrucarse... Gato-Oso acurrucándose...

Sus labios se tragaron la coraza. Detrás de nosotros, el cosmos entero giraba en una límpida farándula. El viento contuvo el aliento. Un silencio milagroso e inesperado cayó sobre mis tropas de combate. Era como si la otra mitad del mundo, aquella donde el amor o algo extraño y muy distante tuviera derecho a existir y hubiera reaparecido repentinamente ante la presencia alcioniana de Boule². Los corazones empezaron a latir más suavemente.

Cuando nos dimos vuelta, la multitud gritó un fenomenal “¡Hip! ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurrrrrrra!” antes de cantar inmediatamente el himno de la Volte.

Llevados por el entusiasmo popular, descendimos de un solo golpe las laderas de la anti-rad para entrar triunfalmente en las tierras amigas de la rad-zona. Al llegar a la vista de las dunas anaranjadas de Pays, Brihx, Obffs, Kamio y Slift vinieron a recibirnos, recibidos por un clamor prodigioso que inmediatamente los curó de la nostalgia de no haber participado en el motín.

> La multitud se extiende por la anti-rad hasta Captp, a lo largo de más de tres kilómetros, en una masa compacta y abultada de hombres y mujeres de todas las edades que

² Alcyon es la estrella más brillante del cúmulo de las Pléyades. [N. d. t.]

parecen dispuestos a todo. Magistral y aterradora al mismo tiempo. El sistema de sonido está listo, todo está listo.

> Allí hay setecientas mil personas, aproximadamente el 10% de Cerclon. Los demás están abrumados por el miedo, en casa, mirando las imágenes que les transmiten. La selección se produjo por sí sola. La mayoría de estas personas nunca han peleado en sus vidas. Sin embargo, vinieron. Lo que voy a decir, espero que lo entiendan. Cálmate hombre, cálmate...

> Vigas, láminas y sacos de cemento se esparcen por el lugar. No puedo creer que seamos capaces de convencerlos de vivir allí, en el exterior... Hoy hace un maldito día ventoso. Todos corremos el riesgo de pasar por esto. Sin embargo, es ahora o nunca. Aquellos que tienen niños pequeños dudarán en dar el paso...

> ¡Estrellaron un helicóptero con un cable! ¡Me hubiera gustado ver eso! ¡En el puño! Captp necesita hablar e ir directamente al hospital, está totalmente quemado. Me siento divertido. Nos acercamos a la meta y estoy casi agotado... ¡Me habría emocionado demasiado romper esa presa con ellos! ¿No nos vamos a cabrear solos en el llano

con nuestras cabañas de tres peniques y nuestras mierdas?
¿Sin un disfraz para destrozar?

> Juntos nos retiramos un momento para ajustar nuestros violines y recordar los gestos. Mano derecha levantada: Te quito la palabra. Puño en alto: déjame colocar un inciso. Y para el orador, ambas manos en el micrófono: ¡no me interrumpen, muchachos! Slift aceptó formar parte de la polifonía. El miedo escénico compite con la sobreexcitación que tensa nuestros rostros.

Di la señal y los cinco subimos a la cima naranja de las dunas. Boule quería quedarse conmigo. Las cinco dunas, que perfilan un pentágono bastante compacto, se corresponden entre sí como un sistema de torres genovesas. Me volví para mirarlos uno por uno y todos me hicieron sentir, a través de sus expresiones faciales, hasta qué punto están ahí, conmigo, soldados entre sí los cinco dedos.

Desde donde estoy, veo todo Pays hasta el anillo y puedo ver incluso más allá la llanura del Afuera, que brilla en color rojo. La gigantesca multitud se ha extendido por el desierto y se desborda formando un gran charco por toda la zona oriental. De todas partes llega el mismo clamor, único y embriagador: “¡Captp Presidente! Captp Presidente!” Boule me mira. Ella siente mi angustia y me dice:

– Habla de una vez sin parar. No hagas un discurso para la ocasión. Di lo que crees en el fondo, en el fondo. No hables de lo que creen que quieren, habla de lo que realmente quieren. Y quieren como tú: ser libres y vivir sus propias vidas.

– Sí, sí, está bien...

Realmente no entendí lo que me dijo y de hecho no la escuché porque estaba paralizado. Observo a la multitud a mis pies, luego vuelvo a subir y giro lentamente sobre mi eje para abrazar toda la extensión de personas. 700.000 personas... ¿Cómo se habla con 700.000 personas a la vez? ¿Cómo podemos pretender hablar en su nombre? En un segundo, comprendo lo absurdo de toda política... Cada uno, cada punto negro que vi en la masa browniana que coreaba mi nombre debería haber podido tener su pequeña duna y hablar. Se habría necesitado un inmenso desierto de 700.000 dunas y 700.000 micrófonos y 70 millones de altavoces esparcidos en la arena –para que todos hablaran al mismo tiempo– y para que todos se escucharan unos a otros... Por una larga costumbre “democrática” (religiosa), estas personas esperan que yo diga en voz alta la verdad silenciosa de todos y cada uno. ¡Pero no la conozco, maldito Zeus! ¡Para nada!

Agarro el micrófono y el clamor cesa casi de inmediato. Lo único que podemos oír es el roce de pasos en la arena. Mi voz se elevó en oleadas:

– Sin duda les gustaría que hilase algunas frases –y alinearé algunas que den valor y significado, a lo que sucede aquí y ahora, dentro y fuera de usted y entre nosotros. Algunos están esperando aquí una palabra de orden –o de desorden– que les diga qué hacer. Otros esperan un mensaje, una luz, un buen chiste o un sermón. Cualquier cosa, siempre que sea apropiada, que pueda identificarse y repetirse sin esfuerzo. ¡Pero creo que os merecéis algo mejor!

(Ay, ay, ay, he tenido un buen comienzo... ¡bañé a todos!)

“Sospechábamos que nuestro gobierno estaba haciendo trampa. Vimos... (¡Maldita sea, Obffs levantó su puño sin que yo lo viera! ¡Luego Kamio detrás!)

– ¡Vimos que mata!

– Ahora sabemos que miente...

– Así que estáis pensando, este pequeño, que habla bien, que dirigió la Volte (¡signos de Kamio, Brihx, Obffs y Slift en ráfagas!)

– ¡Que es filósofo y humanista, siempre ha luchado por nosotros!

– ¡Arriesgó su cuello por nosotros!

– Siempre nos dijo la verdad, es recto y es bueno...

- ¡Y sobrevivió al Cubo! Si este tipo llega a ser presidente, todo cambiará: su vestuario será de la Volte...
- ¡Y también los altos funcionarios!
- ¡Y los burócratas también, amigos!
- Todos ellos voltes...
- ¡Por tanto, nuestros intereses estarán representados! Confiáis en nosotros para eso...
- ¡Pues estáis equivocados!

El silencio se hizo aún más denso. Debemos aclarar el punto:

– No soy vuestro jefe. ¡Vuestros únicos jefes sois vosotros! ¡No quiero ser vuestro presidente! (Agitación, descontento entre la multitud) Y les diré por qué. Aquí está uno de cada diez ciudadanos de Cerclon. Los otros nueve están codificados digitalmente en casa. Nos miran en su pantalla, a través de la nube de helicópteros que se oye zumbiar sobre nosotros...

- Tienen miedo...
- Están un poco fríos...
- Están subiendo la temperatura...

– Si dirigimos Cerclon, esa es la gente con la que tendremos que lidiar... Podemos imponerles leyes, por supuesto, podemos cortar la calefacción y dismantelar los códigos digitales. Pero no evitaremos que tengan miedo. Y que sea su miedo el que acabe convirtiéndose en nuestra política. No es que el poder corrompa, que excite...

– Corrompe y embriaga...

– Es más bien que no puede ejercerse sin obediencia. ¿Obedecer a quién? ¡Ya me diréis, si es que vamos a gobernar!

– ¡Obedecer a los asnos plumizos que refunfuñan por todas partes!

– ¡A los que no hacen nada, a los que se mueven poco, a los que apenas hablan y a los que no piensan! Pero importan...

– ¡A aquellos para quienes el día más hermoso del mañana es aquel que se parece al de ayer!

– La democracia es una mediocracia...

– Retransmitido por la mediocracia...

–¿Y os gustaría que fuéramos los pastores de ese rebaño?

Un “¡nooo!” resonando como un tambor sobre la extensión desierta, puntuó la pregunta de Obffs. ¡Por fin están despiertos! Recupero el boomerang y sostengo el micrófono con ambas manos:

– Lo que quiero, lo que queremos, no es el poder: ¡es poder! En cada uno de los pueblos radiantes que habitan aquí, en estas tierras, en cada estudiante marcado con el hierro rojo del conocimiento, cultivado y arado, en cada callo de la mano de un siderúrgico, en cada cerebro, en cada pecho de una anfitriona y así hasta abajo. Hasta el fondo de los cuerpos desgastados y comprimidos por el estrés del Clastre y el corsé de una arquitectura que nos aprieta, ¡todavía existe ese poder! ¡Todavía está la llama obstinada que brilla y enciende su fuego en las peores condiciones! ¡Es el poder de desear lo que experimentamos y de hacer intenso lo que tiene la vida! Es el poder de disfrutar de las mismas partes del cerebro, utilizadas y explotadas con exclusión total de las demás, ya casi entumecidas; de las mismas partes del cuerpo sonrientes, siempre sonrientes. Es el poder extraño y vertiginoso de disfrutar, de sentir la propia personalidad que sale en rodajas, que se desintegra y se convierte en polvo para volver al grandioso anonimato de la calle y del Cosmercado donde nuevos, decidimos cortar y seccionar por fin libres, paradójicamente. No estáis aquí escuchándome porque estáis sufriendo. No derribasteis todos esos obstáculos ni sacudisteis vuestras vidas para tomar el poder. ¡El poder es una broma! ¡Es sólo el deseo

tenso que paraliza! Estáis aquí porque sentís que algo dentro de vosotros quiere salir. Algo a lo que debes dejar paso, ya sabéis, para darle por fin margen, tiempo y rienda suelta... Algo que, más allá del goce infantil de repetir lo mismo, de duplicar tus días clarísimos, se desborda... mea por todos lados... y quiere lo otro, quiere que difiera, que se bifurque, que gotee como un tonel de oxígeno perforado...

- Algo que nadie tiene...
- Que no puede ni conquistarse ni entregarse...
- Que no podemos llevar o devolverte...
- Pero que aún así tenemos...

> El verso empezó así, recuerdo... Kamio levantó el puño, lo seguí de cerca y Brihx concluyó... ¡Todos lo recordamos! No sé cuántas noches ensayamos esto en el taller de Kamio, improvisando discursos: ¡soñábamos con grandes multitudes! ¡Han llegado ! Todo esto vuelve a la conciencia a ráfagas... Encontramos nuestros automatismos...

El segundo verso, desgarrado por el eco, estalló inmediatamente:

- El hombre es un robot pensante que ya no puede doblegarse.

- Una máquina que sólo quiere lo que quiere.
- ¡Viva la Volte que pone sangre en el aceite!
- ¿Quién oxida nuestros motores...?

Brihx se mantuvo firme en su frase: ¡el agujero! La multitud se ríe...

Captp está a punto de continuar cuando Kamio, deslumbrantemente, levanta su mano derecha y agarra su micrófono con ambas manos:

- Esta mañana sonó la alarma y tu hombre dormido estaba a tu lado. Lo acariciaste y querías que te hiciera el amor. Él también lo quería. Pero ya era hora para ti. Entonces te levantaste y en lugar de disfrutar con él, disfrutaste de este descanso seco del suelo frío y del deber respetado. Preferiste el poder a poder. Pero esta noche algo está creciendo. Algo ha surgido dentro de ti y ha subvertido el orden del cuerpo. Puedes reprimirlo, como siempre. O mejor: suéltalo una o dos noches y mantenlo atado por el resto de tus días. Usted puede. Lo hizo. Sólo has hecho eso: actuar responsablemente, mantenerte serio... Hasta ahora. Este algo puede ser tan pequeño como las ganas de dar un paseo al aire libre cuando cae la tarde y hay que volver a casa. Puede ser el deseo de un hombre, de una mujer o de varias mujeres. Puede ser ese deseo de dejarlo todo, sin

motivo alguno, en mitad de una jornada laboral como cualquier otra. Para tomar una siesta en medio del Parque Azul. Para regresar a la Tierra. Partir hacia Plutón. Tener una fiesta loca e incontrolable con desconocidos... Siempre es, cuando se pone en marcha, violento y suave al mismo tiempo, minúsculo. Un simple desgarró en el tejido plegado de la existencia. Un simple crack. Pero de ahí viene el deseo. Que te dice quién eres y adónde ir. ¡Qué efímero y volátil parece cuando llega! ¡Qué rápido pasa! ¡cómo parece nada, el capricho pasajero! como dicen. Sin embargo, es el poder que, siempre inoportuno, en ese momento, pasa... ¡y que hay que tomar!

> La multitud, fue fantástica, la multitud se me apareció en ese momento como una sola ola que seguía el movimiento de mi voz. El sistema de sonido de la rad-zona funcionaba más allá de todas las expectativas. ¡A lo largo de varios kilómetros! Obffs acaba de seguir mi señal... Su voz irregular baila sobre el golpeteo de las manos entrelazadas en aplauso... Está a punto de atacar el Discurso del Combate, corazón de la doctrina de la Volte; un clásico que requiere una voz de contrapunto: ¡pues sí, la mia!

– ¡Es una pelea fabulosa lo que me gustaría presentarles esta noche! ¡Un partido que podréis seguir entre Bob Volte y John Norma y su equipo!

– ¿Dónde se lleva a cabo este partido?

– ¡EN TI! ¡EN LA SUPERFICIE DE TU PIEL!

– Por un lado, la policía, los vigilantes de la vida, los jueces y los carceleros...

– Quienes estructuran, cuadriculan, confortan, organizan y centralizan.

– Por el otro, los poderes del caos y del Afuera...

– Que subvierten lo que otros ordenan...

– Que aumentan las lagunas que otros corrigen...

– Y llegan a ser otro cuando los demás siguen siendo lo que son.

– A John Norma y su equipo les gustan los sillones, las jerarquías estables, las identidades claras, los *déjà vu* y lo ya hecho, lo que se sabe y es seguro –¡y que un gato sea un gato!

– Bob Volte prefiere inventar antes que repetir, y la sangre le circula hasta los huesos que le construyen. Le gusta lo incierto y lo desconocido. Es peligroso para los demás y para

sí mismo. Él cambia –y cambia lo que ha cambiado– ¡siempre! ¡Le gusta que un gato sea también gato y mujer y bestia, y que al final ya no sepamos qué es!

– Bob y John no se caen muy bien, claro, no se llevan a veces nada bien.

– ¡Y sin embargo son hermanos! ¡Hermanos de sangre!

– ¡Esta tarde, los dos hermanos se enfrentaron y el equipo de Bob Volte, por una vez, puso su sello en John! (“¡Guau!”, confirma la multitud)

– Entonces te dices: ¡ya está, hemos ganado! ¡John está muerto y enterrado! ¡Viva Bob! Pero mientras gritabas sobre eso, John y su equipo volvieron a la vida. O mejor dicho, sólo se retiraron a una fortaleza de la que ahora será difícil desalojarlos... Porque se retiraron... (¡Signo de Slift!)

– ¿Dónde entonces?

– ¡A TI! Esta tarde ahuyentaste a la policía, ¡sí! ¡Pero esta noche comienza una nueva lucha, más íntima y más difícil, contra el policía que llevas dentro!

– A este policía lo conoces bien. Él es quien te levanta todos los días, quien te pone la corbata y quien te hace acostarte temprano... Sólo sabe dos palabras, pero te las ha repetido tantas veces que has acabado creyendo que eran

las de tu conciencia, las del Ser; en definitiva, tuyas: “¡Debes irte! ¡Tienes que irte a la cama!

– Pero el niño que hay en ti simplemente responde: “¿Quiero?” “¿Quién ganará? Los niños saben que el policía siempre ha ganado hasta ahora, que tiene la costumbre, el miedo, la pereza, los padres, la porra...

–Y la razón...

– ...de su lado! ¡Los niños no tienen el poder, pero tienen poder! Saben que no ganarán solos. Saben que se van a quedar despiertos esta noche, en la noche y en el desierto, con todos los demás grupos de niños que se han puesto de pie en todos los cuerpos de todos los adultos que están allí, y que están escuchando. “¡Queremos vivir!”, dicen los niños. ¿Pero quién se atreverá a matar a John Norma?

> El público se estremeció durante mi discurso antes de estallar en un estruendo de aplausos y gritos. Captp levanta la mano e inmediatamente ataca:

– ¿Sabéis por qué las revueltas nunca tienen éxito? Porque cada revolucionario repite en sus pequeños grupos lo que el poder hace a los ciudadanos: ¡el poder bombea la plusvalía vital de los cuerpos y la recicla para hacer cemento social! ¡Así que deja de pensar en ti mismo como un pequeño Estado unificado del cual tu conciencia es la presidenta!

¡Descentraliza tus emociones! ¡Que vuestros pequeños grupos de deseos tomen las armas y hablen! ¡Déjadlos ir! ¡cerclonianos, ¡un esfuerzo más si queréis ser volucionarios! ¡Cortad la autocensura, la retroalimentación y el falso control! ¡Abrid vuestra bolsa de la conciencia y bajad a un nivel más profundo, debajo del individuo que creéis que sois, hasta los movimientos que os hacen! Y no perderéis vuestra identidad, al contrario, ¡alcanzaréis sus poderes únicos! ¡Todos llevamos dentro de nosotros zoológicos íntimos cuyas jaulas hay que abrir! ¡Libera al gorrión, al tigre púrpura, libera al rinoceronte y a los elefantes, libera a los monos, al oso y al lince que llevas dentro!

“¿A menos, por supuesto, que queráis ser cuidadores del zoológico por el resto de vuestras vidas?”

> Risas y alboroto, mostrando una sobreexcitación bondadosa, estallaron entre el público. Llegó el turno de Brihx, a quien sentí vagamente nervioso en su sitio. Se le estaba metiendo bastante polvo en la boca y las ráfagas sólo se calmaron lentamente a medida que la noche llegaba a su fin. Pero su voz plena y profunda, su tono sencillo, destacaron inmediatamente:

– Gritar y romper son solo un paso. Es simplemente decir “¡Basta!” ¡Con los que nos golpeamos la cabeza contra las paredes! Si estás aquí sólo para reírte y desahogarte,

¡entonces lo que hemos hecho esta tarde no tiene sentido!
¡Cambiarán a P, aprobarán tres reformas y todo volverá a
empezar como antes! ¡Debemos construir ahora! Poner fin
a esta disputa contra el poder. Le respondemos golpe a
golpe sin tomar nunca la iniciativa. Sólo reaccionamos,
nunca actuamos. Nunca nos dijimos: ¡ahora tomamos
nuestros asuntos en nuestras manos, ya no nos
preocupamos por ello y nos vamos! Así que esta noche,
bueno, yo les digo... ¡Vámonos!

Eso fue exactamente lo que quise decir. Lo dijo
simplemente cuando para mí habrían sido necesarios tres
conceptos entrelazados para decir lo mismo... Le dejé
desarrollarlo, luego invitamos a todos los que quieran venir
a hablar en lo alto de las dunas. Duró hasta el anochecer.
Boule surgió para hablar sobre el carácter sagrado y la
nobleza de los momentos en los que una comunidad se
supera a sí misma. Había cogido ritmo e improvisó un
lamento largo y salvaje que conmovió a todos. Todos los
discursos fueron gritos del corazón, a menudo hermosos, a
veces patéticos. Los helicópteros siguieron dando vueltas,
incansablemente, pero nadie les prestó atención.

Caminé entre la multitud para tomar el pulso a todo y
sugerí a todos los voltes que encontré que hicieran lo
mismo. El ocaso del sol ya estaba cerca del horizonte. Nubes
veloces huyeron ante sus garras leonadas. Aparecieron
satélites aquí y allá. Me sorprendió el profundo entusiasmo
de la gente. Un efecto de masa, me dije, del campo eléctrico

generado por la loca sucesión de acontecimientos. Me sentí muy afectado físicamente. Me sentía quemado por una antorcha larga y difusa en el interior. Familias enteras vinieron a estrecharme la mano con calidez y respeto; Incluso las señoras mayores, que venían solas, me saludaron felicitándome y sonrojándose.

> Nos enfrentamos a gran escala al mismo problema que en las reuniones de la Volte. Tan pronto como los tenores – nosotros– hablamos, la gente se dispersó y ya no escuchó a quienes tomaron el micrófono. Hablaban entre ellos, con sus vecinos, se formaron grupos espontáneos... y eso era la verdadera democracia. Pero de una manera apenas perceptible, la intensidad que surgió en estos debates se diluyó en el flujo general. Se fragmentó en multitud de discusiones, a menudo ardientes, pero cuyas llamas no hicieron más que propagarse alrededor del grupo. Captp había hecho bien en esperar antes de proponer el gran éxodo al exterior. Habría sido artificial antes de que la gente lo discutiera. La idea estaba corriendo bien. Entusiasmó a los grupos a los que se la presenté, pero, más allá del entusiasmo, las dificultades técnicas, sobre todo el suministro de aire, ocuparon sus mentes. Muchos estaban dispuestos a aceptar el desafío. El deseo de construir y finalmente crear era un aroma que toda carne exhalaba. Di

la señal para que trajeran comida y fogatas y animé a los músicos (en su mayoría bateristas) a tocar. La gente tenía hambre y quería dar un paso atrás. Aquí y allá estallaron danzas, al ritmo de la percusión, en medio de los restos de los cascos de las naves, en lo alto de los tanques, donde la densidad de los escombros creaba formas de escenas, espacios de intercambio. Me uní a Captp que estaba sentado con Boule, visiblemente agotado, y simplemente le dije que ya era hora.

– Obffs me dijo lo mismo. Lo sentía bien; Brihx un poco menos. Slift está en proceso de construir un suministro de oxígeno para la noche a doscientos metros del anillo. Está bien, lo haré...

– Adelante.

– Señor Presidente, creo que el Consejo aquí reunido ya no comprende a qué juego está usted jugando. Medio millón de personas están a punto de despreciar nuestra autoridad y poner en peligro las normas más básicas de seguridad civil. Cerclon II y III, así como Starlight, han reafirmado su total apoyo político y militar hacia nosotros y usted está retrocediendo!

– No voy a retroceder, B. Sólo voy a avanzar un poco más rápido que tú...

– ¡Explíquese!

– B, si le nombré Primer Ministro, no es para responder a sus exhortaciones verbales, que le sugiero moderar, sino para que aplique la política que estoy llevando en nombre de un pueblo que me ha elegido y cuya confianza he podido mantener durante nueve años. Por muy inusual que les parezca mi estrategia de *laissez-faire*, y ahora me dirijo a todos los Ministros aquí presentes, les pido que crean que es el resultado de un profundo análisis prospectivo que integra parámetros psicológicos que, aparentemente, ustedes no conocen...

– ¡Subestima a Captp!

– Al contrario, creo que eres tú quien lo subestima, D. Captp es infinitamente más honesto de lo que imaginas. Es, como decían, un Puro. Por eso no es peligroso. Incluso diría que es la mejor garantía del éxito de nuestra política. Él es, ya lo veréis más adelante, nuestro mejor aliado...

–¿Y Slift? ¡Está buscado por la justicia!

– Slift es menos predecible. Lo atraparemos en unos meses, cuando se relaje... Por ahora, lo dejaremos vivir...

> Subí con dificultad a la cima del promontorio, mis zapatos estaban llenos de arena. La noche casi había caído. Mis mejillas ardieron de tanto gritar. Estaba temblando de fatiga. En casi todas partes, los fuegos brillaban en el desierto, al pie de los vertederos. La multitud se había calmado, casi melancólica, estaba descomprimiéndose. No estaba seguro si era el mejor momento, pero confiaba en Kamio. Y en cuanto pedí hablar, comprendí que una vez más tenía razón: la multitud, desde mis primeras palabras, se tensó y se movió en la misma dirección, como bajo el efecto de un campo magnético. La intensidad aumentó repentinamente. Reuní mis últimas fuerzas y dije:

– Hablamos mucho. Todos nosotros, y desde hace años. Tenemos catálogos enteros de críticas sobre Cerclon, sobre su arquitectura, las torres panópticas, el Clastre, y el control abyecto, pero continuo, del gobierno sobre nuestras vidas. A todos nos enseñaron a rendirnos, y nos enseñaron a creer que rendirse era sabio, que era bueno. Que no usar el poder era mejor que ejercerlo. Pero esta noche no nos rendiremos.

Lo dije exactamente como quería decirlo, en serio: con calma, de hecho.

– Vivimos en una democracia. ¡No os riáis, es verdad! No tenemos excusa si sufrimos. No tenemos nada de qué

quejarnos. Sólo tenemos que levantarnos, salir y dar un portazo. ¡Y eso es lo que os ofrezco!

– Tenemos que lograrlo, capitán, ahora tenemos que hacerlo...

– ¡Sugiero que juntos construyamos una nueva ciudad que ya no le deba nada a Cerclon, una ciudad que crecerá en el virginal Afuera!

– ¡Y más que una ciudad, pueblos!

– ¡Y más que una sociedad, comunidades libres, unidas entre sí, con su propia economía, sus propias leyes, sus propias escuelas!

– ¡LES OFREZCO PARTICIPAR EN LA FUNDACIÓN DE ANARKHIA I, LA PRIMERA POLICIUDAD VOLUCIONARIA DEL COSMOS HABITADO!

Una fracción de segundo: la velocidad del sonido. Entonces fue inolvidable. ¡En un instante, la superficie del desierto fue barrida por el rugido torrencial de un clamor único y prodigioso que se escuchó hasta en Saturno! Masas y masas de gente, en todas partes, en el anillo, en la anti-rad, en lo alto y al pie de las dunas, en el borde del cañón, en los tanques, en los tejados de las cabañas y en toda la rad-zona, estaban exultantes. ¡La gente estaba con nosotros! Me volví

hacia Boule que lloraba de alegría y la abracé. Era algo inaudito. Era lo que siempre había esperado: todas las peleas, todas las reuniones, los planes de acción y las luchas, desde lo espectacular hasta lo patético, todo volvió a mí en una avalancha de recuerdos. No se habían acumulado en vano, ¡porque ahora ahí estaban! ¡estaban allí! ¡Estábamos ahí! ¡estábamos al final del camino! ¡Habíamos ganado! No puedo explicar todo lo que sentí en ese momento, excepto que fue el momento más hermoso de mi vida, un momento de absoluta plenitud cósmica. Y también que tuve la visión de Zorlk corriendo por el corredor criogénico del piso treinta y dos de la torre de espejos, en el fondo del Cubo, perseguido por el escuadrón 7, su escuadrón, su destino, lo vi sumergirse claramente en el ascensor, agarrar el cable y agarrarse, aguantar, luchar de nuevo, mientras su sangre se helaba bruscamente en sus venas bajo el silbido del oxígeno líquido... Y supe entonces que no había muerto en vano, que de una manera u otra nos había dado su vida. Su extrema valentía solitaria. Tomé nuevamente el micrófono en estado de euforia y dije:

–Todos nos hemos enfrentado. Zorlk y yo estábamos en el cubo. ¡Hoy debemos levantarnos con nuestra propia fuerza!

¡Tormenta de aplausos! Continué:

– ¡Lo que os ofrezco es un mundo peligroso, incómodo y loco! ¡Un mundo sin reglas distintas a las que nosotros forjemos! ¡Un mundo múltiple, fragmentado, abigarrado,

sin gobierno porque estará formado por seres libres! ¡Un mundo de pioneros, investigadores, aventureros! ¡Un mundo de inventores de nuevas posibilidades para disfrutar, sentir y ver que no tendrán miedo de intentarlo o fracasar! ¡Un mundo donde tendréis que aprender a respirar en el vacío, donde tendréis que saber colocar ladrillo sobre ladrillo y cultivar tomates en la arena!

Engarce de Obfss:

– Un mundo donde la pareja ya no será la forma última e intocable de interacción social. ¡Donde el amor escapará de la prisión! Ya no será un bien, un derecho o un deber, sólo una oferta, un regalo... En fin, lo que digo, ¡¡haz lo que quieras!! (Risas.)

– ¡Un mundo sin Clastre, sin jueces, sin policías y sin instigadores! ¿Os dáis cuenta?

– ¡Un mundo donde los niños podrán gritar en las calles silenciosas porque no habrá calles silenciadas!

– Un mundo vinculado y tejido, directo, sin medios, sin publicidad, pero con espacios públicos, ágoras dondequiera que queramos.

– Este mundo será lo que hagamos de él. Ni más ni menos. Pero sé que será hermoso, porque se fabricará por todos. Quizás algún día te preguntaste por qué tenías que luchar para cambiar de Cerclon lo que estaba mal. Cuando regresé

del Cubo, fui a un Cosmercado y vi a toda esta gente feliz con sus Carritos de compra®. Es increíble, pero casi me rindo...

Sentí que todo el Bosquet y Boule me miraban preocupados.

– Porque entonces comprendí hasta qué punto podíamos ser libres. Nadie está alienado, eso no es cierto. ¡No hay alienación! No es ese el criterio que decide el valor de las vidas que llevamos. El verdadero criterio es la vitalidad. Es poder saltar, arrancarse constantemente de sí mismo para crear, crecer, llegar a ser otro, y otro y otro, constantemente. Sentirse nuevo. “Quien no huele a bomba fabricada y a vértigo comprimido no es digno de estar vivo”, afirmó Artaud. Me gustaría construir un mundo que huela a explosiones de vida y al vértigo de vivir –y que lo construyáis con nosotros...

> El capitán dejó caer entonces el micrófono... Dio algunos pasos en zigzag por la arena, acompañado de vítores ensordecedores, y luego se desplomó. Boule, ayudada por unos voltes, lo llevó inmediatamente al hospital para ser atendido de urgencia. “¡Viva Captp!, “¡Viva la volución!”, “¡Al Afuera! ¡Al afuera!” fueron sin duda los últimos clamores que escuchó antes de caer en coma.

No sé cuántas personas participaron aquella noche en la construcción de las primeras cabañas de la Zona exterior. Tal vez cincuenta mil. Abastecidos de aire por una tubería casera que goteaba, completamente desprovistos de máscaras de oxígeno, pero empujados por una fiebre heroica, los pioneros del primer pueblo del Afuera, construido con ladrillos y arena a un kilómetro de Cerclon, merecen figurar en la epopeya de los que pronto se llamarían los hornautas, como locos precursores. Veinticuatro héroes murieron asfixiados aquella noche para que surgiera de la tierra la primera prueba tangible de una evolución que se extendería por todo el sistema solar: tres pequeños caseríos al aire libre, con tejados rojos, que parecían una aldea de pitufos.

XXI. GIRO

> Los primeros tres meses que siguieron a la volución – y le dieron su verdadero alcance, fueron los más intensos de mi vida. Ninguno de los treinta y cinco cuadros y acuarelas que pinté durante este período logró transmitir el brillo profuso y la increíble prolijidad de actos y emociones, de efervescencia y sobresaltos que acompañaron y puntuaron la construcción de las ciudades épicas y coloridas que se levantaron, la llanura de arena púrpura y las colinas carmesí del Afuera.

Anarkhia I sólo se parecía remotamente a las imágenes que nuestros largos años de lucha habían terminado formando, pero la realidad superó en riqueza y dureza estas visiones, en última instancia pobres, de pueblos unidos por la gentileza y la amistad...

Alrededor de Cerclon, a distancias a veces arriesgadas, durante el primer mes, pululan una multitud de orgullosas obras de construcción, espléndidamente aisladas al borde de un cráter, al pie de las dunas o incluso en medio de la llanura. Pero la potencia de las ráfagas de Nox rápidamente fomentó agrupaciones sin las cuales el simple acto de respirar habría sido imposible. La sed de espacio dio paso, pues, a las exigencias de supervivencia y de ayuda mutua, usuales entre unos pocos, convirtiéndose, bajo la influencia de la necesidad y el deseo, en la regla gozosa de todos. De ahí surgió una primera estructuración del espacio: el rayo de sol. Construidas a lo largo de las líneas de suministro de oxígeno que partían de Cerclon y se extendían lo más lejos posible, las primeras ciudades parecían ciudades del oeste. Luego, cuando la guerra aérea ganó sus primeras batallas, los rayos dispuestos alrededor de Cerclon (y como emanando de su sol paterno), se ramificaron más sutilmente. El espacio se diversificó y la geometría perdió su dominio por una diversidad de formas más acorde con la de las comunidades que albergaba.

Un mundo de viguetas y vigas maestras, de ladrillos rojos y sacos perforados de los que volaba el polvo del cemento magnético, pronto siguió a la estridencia de los cinceladores y a los golpes sordos de los percutrones que soldaban techos y vigas y unían las paredes. La experiencia de los radiantes en este ámbito, su preciosa ayuda y aún más su espíritu, permitieron que lo que nos hubiera llevado un año, o tal vez

nunca hubiera visto la luz, tuviera éxito y existiera. No sólo transportaron sus cabañas una por una, en enormes remolques, desde la zona de radiación hasta el exterior, permitiendo así un rápido asentamiento, sino que también alojaron allí a oleadas de pioneros. También se comprometieron a vaciar la rad-zona de todos los materiales útiles que la llenaban para ponerlos a disposición de los hornautas. Los trabajadores siderúrgicos, por su parte, trajeron a los edificios toneladas de equipos sustraídos y los conocimientos técnicos que los acompañaban. No hace falta decir que, liderados por Slift y Brihx, que trabajaron mano a mano, los radiantes y los metalúrgicos fueron los verdaderos constructores de Anarkhia.

En menos de tres meses surgieron de la tierra Magnitogorsk, Gomorrhe, Virevolte, Horville y Mirajeu, acompañados de una multitud de pequeños pueblos y aldeas independientes que seguían sus propias reglas: grupos de amigos, adolescentes frustrados, sectas saturnianas, injertos o clónicos, grupos de virtuosos o drogadictos, lesbianas amantes de la tierra y músicos cyber-rock, poetas negros, rojos, azules, desarrolladores de virus informáticos y hackers de redes, criadores de perros y hasta lanzadores de boomerangs...

Empecemos por Magnitogorsk. Magnitogorsk, referente mítico para los metalúrgicos, era una de las cinco “grandes” ciudades, a nivel estrictamente arquitectónico, la más

impresionante. Construida según el modelo de una fortaleza hexagonal, con dos tanques apilados en cada una de las seis esquinas para servir como torres de agua, estaba “protegida” por un recinto de andamios (la chapa era arrancada por el viento) que servía especialmente para paseos... Al pie del recinto discurrían fosos de oxígeno que no se filtraban (¡una rareza!) y que estaban atravesados, en cada una de las crestas, por seis puentes levadizos. Magnitogorsk contaba con el único “edificio” de toda la zona: un transportador gris de quince metros de alto y cien de largo, atravesado por aberturas de soplete, que servía de escudo contra el viento cósmico. Detrás de ellos se encontraban esparcidas casas toscas, de estilo muy personal, de las que lo único que tenían en común era que habían expulsado de ellas todo lo que no fuera metálico. De todo esto surgió una estética de industria pesada, pero como sublimada por el terciopelo rojo de la arena que separaba los edificios. Las estructuras de acero destacaban como anillos de plata maciza sobre una caja.

No lejos de Magnitogorsk, en medio de la llanura, se encontraba el objetivo favorito de los medios. Gomorra, puesto que se trata de ella, había sido construida a partir de tanques volteados y desinfectados. En el interior, la generosidad de mecenas anónimos había permitido amueblar habitaciones con incrustaciones de maderas preciosas y suntuosas cortinas de seda, pañales “enriquecidos” y camas esparcidas por el suelo para el

disfrute de todos. Algunos tanques se abrían a ingeniosos laberintos de mármol rosa donde la carne curvada contrastaba con la dureza mineral. Otros contenían sofisticados equipos virtuales que permitían sumergirse en la realidad de los demás y pasar de una habitación a otra sin moverse, gracias a las cámaras. Combinaciones de autodisfrute presentadas ante tus ojos, mediante un simple comando de voz, las cuales provocan en repetidos orgasmos...

Gomorra era, apenas modificada, la transcripción de las casas obscenas republicanas imaginadas por el marqués de Sade. Cada habitante podía, sin resistencia ni excusa, someterse a la(s) persona(s) de su elección como quisiera – y este, cada dos días, se dedicaba a someterse a quienes lo exigían.

De formidable sencillez y de imparable seducción, el sistema social de Gomorra había atraído, en sus inicios, a varios miles de personas. La mayoría de ellos no terminaron su segundo día, disgustados por lo que habían hecho o dejado de hacer... Era posible que hubiera tenido suerte de encontrarme con esta mujer cincuentona y triletrada que quería que le pintara los pechos mientras estaba a horcajadas sobre ella, luego eyaculé sobre uno de mis lienzos mientras ella empujaba, con cierta delicadeza, mi pincel en mi culo... Las otras historias que me habían contado no eran apenas más atrevidas pero la gente regresaba con la sensación de haber sido perversa o sucia.

Los que quedaron, cerca de dos mil personas, permitieron el florecimiento de una infinidad de prácticas y placeres que de otro modo serían inconcebibles. Eran a menudo hombres y mujeres tranquilos y equilibrados a los que les gustaba hacer el amor y que se lo hicieran, obedecer y someter, encontrando cierta armonía en la alternancia.

Las verdaderas dificultades no surgieron hasta más tarde, con la aparición de un exceso de exigencia sobre determinadas mujeres y determinados niños que provocó sorteos y, por tanto, celos. Luego los “sobreexigidos” exigieron compensación por su “excedente de trabajo” en el intercambio: los dominantes empezaron a pagar a los sumisos y los sumisos empezaron a aumentar las apuestas. La plata se filtró entre los cuerpos y cubrió las ofertas. Se creó un verdadero mercado de oferta y demanda. El desequilibrio creció. Fue en este vagabundeo prostitutivo donde la mafia pronto haría su entrada contundente.

Por el contrario, Horville se consolidó rápidamente como la ciudad principal del Exterior, tanto por su envidiable ubicación como por la diversidad de edades y orígenes sociales de quienes allí se establecieron. Inicialmente confinada alrededor del borde del Chipped Bowl, la ciudad rápidamente se elevó por la ladera de las colinas hasta los pedregales que precedían al Caos, la antecámara del salvaje Afuera.

Renunciando a cualquier plan urbanístico, a pesar de los gritos de los volátiles arquitectos, dejamos que las familias se instalaran donde y como quisieran. ¿El resultado? Inusual. Comenzó con antracita cerca del cráter con una especie de iglús tallados en la roca ligera y porosa que recubría el volcán. Luego estaban los ladrillos rojos y los techos de chapa con paredes rectas y esquinas afiladas. Más arriba, los ingeniosos palacios se mimetizaban con la piedra ocre y las juntas de arena. Aún más arriba, deslumbrando bajo el sol, hay secciones de cohetes y contenedores pulidos apoyados sobre bloques. Por último, acampadas en el pedregal y dominándolo todo, auténticas casas montañas de piedra vista que parecían surgir de una recomposición mágica de las que se encontraban a sus pies.

El sistema social de Horville era un modelo puro de anarquía ilustrada: sin líder ni representante de nadie ante nada. Así que ni alcalde ni ayuntamiento evidentemente, ni policía, ni funcionarios, ni juez ni justicia, ni Clastre ni Planos. Y sobre todo: ¡sin dinero! Porque sobre el dinero toda la Volte estaba convencida, y más después de los traspiés de Gomorra. Convertido en cantidad, perdió su valor original, referido a un lugar y a un ser, para entrar en un mercado donde todo se volvía intercambiable con todo.

Con el dinero comenzó el despojo, la fluidez inhumana del trabajo abstracto. Con el dinero se abrió la posibilidad de acumulación, por lo tanto, el capitalismo y la formidable máquina para fabricar la desigualdad. Almacenarlo y

utilizarlo lo pondría en marcha de nuevo. Por tanto, no hay dinero: una economía de trueque y de intercambio directo: tus piedras por mi cemento, una lección para mi hija por una comida, tu agua por mi aire, etc.

Era, no nos engañemos, un sistema muy exigente donde los tramposos y los vagos se asfixiaban. Porque tenías que poder ofrecer algo a quienes te trajeron las piedras para tu casa, echaron el cemento o instalaron el techo. Ellos te habían ayudado, tenías que ayudarlos a ellos a su vez, no importaba de qué manera: pintando un cuadro, enseñando astronomía, cableando la casa o transportando vigas, siempre que conviniera a las partes involucradas. Los vínculos así creados, un pacto de calor, sudor y sangre, eran fuertes y en algunos casos difíciles. Porque se trataba de relaciones de persona a persona, frontales, a la vista, que no permitían fraudes ni evasiones. Casi siempre las personas trabajaban juntas, formando grupos para una tarea específica o para una misión más amplia. Soldaban las tuberías de oxígeno para todos o enseñaban sin pedir compensación. Algunos prestaban servicio por pura simpatía: iban de compras a los Cosmercados de Cerclon y se las llevaban a cada vecino del barrio, cavaban pozos para la comunidad; en definitiva, daban sin esperar recibir y sin siquiera pensarlo.

Lo más reconfortante para mí de Horville fue la espiral positiva que muy rápidamente resultó de estos comportamientos. El bien generó bien en los corazones. La

confianza respondió a la confianza. Ser justo se volvió obvio. Iba allí todas las semanas para hablar con los residentes y calmar los conflictos cuando surgían. Bueno, incluso en los peores días de viento, cuando respirar requería un esfuerzo consciente, el ambiente seguía siendo excelente. ¡Cada día se celebraban decenas de inauguraciones de viviendas!

Todo esto confirmó mi intuición, a menudo burlada por mis amigos, de que el hombre era esencialmente bueno, siempre que estuviera en relación directa y vital con otros hombres.

Un sistema social impersonal separará al hombre del hombre. En la grieta así excavada, crecerá la planta del resentimiento y se alimentará el fraude, el parasitismo y el abuso, ya que nunca vemos quién paga o quién sufre nuestros abusos. Esperamos que sea el sistema el que pague cuando se contente con distribuir los costes e inocular lo que cada uno, a través de su resentimiento, inflige a todos de manera difusa. Las disfunciones aumentarán, la gente honesta atacará a los sabotadores y pronto los imitará... Nos veremos obligados, para mantener la cohesión social, a establecer un control maníaco y meticuloso sobre el más mínimo comportamiento potencialmente ilícito de cada ciudadano. Y eso conduce a Cerclon: la democracia como liberticidio colectivo...

> Cada vez que regresaba al Interior, no podía hacer nada: acudía compulsivamente a la biblioteca para leer allí el único ejemplar del *Zaratustra* de Nietzsche que existía en el asteroide. Entonces no pude evitar echar un vistazo a algunas pantallas para descubrir cómo el Interior hablaba del Afuera. ¡Siempre terminaba rompiendo la pantalla en la esquina de la mesa y saliendo furioso! ¡Maldita sea, logramos construir más de sesenta mil casas en tres meses! ¡Inventar desde cero modelos de sociedad cuya grandeza nadie antes que nosotros hubiera imaginado! ¡Habíamos erradicado el robo, la violación y la bajeza y habíamos devuelto a la gente el gusto por vivir! ¡Y sólo chismorreaban sobre las sectas “en fuerte expansión”, la metedura de pata de Gomorra y los “contenedores de basura radiactiva en los que están amontonadas tres familias con sus diez hijos”! ¡Por supuesto que hubo muertes! (tres o cuatro al día por asfixia) y lesiones durante el trabajo porque ¡la mayoría de nosotros nunca habíamos levantado una piedra en nuestra vida! ¡Pero el gobierno tuvo que abrir las compuertas! Los periodistas no movieron el culo de Cerclon y se contentaron, por pura complacencia, con interrogar a los que regresaban: a los famosos “decepcionados con la volución”. ¡Viejos que no tuvieron tiempo de conectar el oxígeno y que decían que no había solidaridad! ¡Mujeres embarazadas que volvieron a dar a luz “en la civilización”! Y luego, inevitablemente, algunas personas realmente decepcionadas, personas que esperaban algo más (¡nadie sabía exactamente qué!) pero que, en el centenar de ciudades que componían el Afuera,

¡no habían encontrado aquello con lo que habían soñado!
Pero ¿cuántos eran? ¿Cincuenta mil? ¿Y cuántos se habían
sumado desde el 16 de abril? ¡Al menos doscientos mil!
¿Entonces?

Lo más desesperante fue la crítica recurrente a nuestro
“pequeño mundo” supuestamente “replegado sobre sí
mismo” y “aislado de la realidad”. ¡Pensé que estaba
soñando! Los pendejos que decían que vivían en una ciudad
de siete millones de habitantes de los que quizás conocían,
vamos: cien personas y frecuentaban, a digamos: ¡diez!
¡Siempre lo mismo! El mismo círculo de amigos, yo te invito,
tú me invitas, pareja a pareja, ¿cuánta sociabilidad habéis
tenido? ¿Crees que tu jefe te jodió? Mi hijo saca buenas
notas, ¿y el tuyo? Etc.! ¡Ni siquiera saludaban a su vecino por
la sencilla razón de que ni siquiera sabían si la persona con
la que se cruzaban en la cinta era su vecino! ¡¿Y tenían la
impresión de estar abiertos a toda la sociedad?! ¿Por qué
esta impresión? Porque lo veían todos los días en su
pantalla, ¡por eso! ¡Porque los medios les daban la ilusión de
estar siempre en contacto con todos los demás ciudadanos!
Películas de televisión, reportajes sobre esto, aquello, este
comerciante, este incitador que piensa esto sobre aquello, y
se decían: ¡Estoy conectado, soy parte de una sociedad
mucho más grande que mis diez amigos! ¡Pero qué diablos!
En dos semanas, me dijo una señora que llegó con sus tres
hijos, ¡conocí y hablé con más personas que en quince años
en el sector 5! ¡Descubrí lo diferentes que son las personas

y lo cercanas que podemos sentirnos también! ¡Qué grande es el ser humano, dijo! ¡Pero ésto, ningún titular de micrófono había ido a interrogarlo!

En cualquier caso, bastaba ver el tiempo de emisión dedicado al Afuera para medir la fascinación/repulsión que generaba nuestra volución. Cualesquiera que sean las críticas y las mentiras descaradas, ¡todos los ciudadanos del Interior podían sentir que era allí, al otro lado del anillo, donde estaba sucediendo! ¡Éramos nosotros, los hornautas, quienes estábamos dando el paso! Frente a una ciudad que bullía de aburrimiento, el Afuera brillaba con una multitud de obras de construcción que tocaban y perturbaban todos los aspectos de la vida humana, desde la arquitectura al sexo, desde el arte a la política (como escribió Drakf). ¡Y todo lo que siempre pensamos que sabíamos sobre la economía, la necesidad imperativa del mercado y toda esa mierda se hizo añicos bajo el torrente de hechos! ¡La aventura comenzaba a cuatro kilómetros del anillo! ¡Estaba abierta a todos!

Obviamente, mi mayor entusiasmo se refería a lo que Captp y Kamio, estaban desarrollando para Virevolte. Sin el carisma del que disfrutábamos, baste decirlo, nunca habríamos podido convencer a las veinte mil personas valientes que nos siguieron a vivir más allá de Horville, en esa magnífica pero terrible meseta desde la que se extendía hasta la vista el Afuera Salvaje. Nuestra ciudad era la única que no se veía desde Cerclon, ya que se extendía en la ladera

opuesta, en el lugar preciso donde, durante nuestros viajes al Exterior, habíamos prometido construirla. Más que cualquier otra ciudad sufríamos la falta de oxígeno, los tornados y la crueldad indiferente del Afuera. Inaccesible en vehículo, la construcción de Virevolte se realizó con piedras y cantos rodados recuperados del gigantesco pedregal que teníamos detrás. El cemento magnético y las herramientas eran transportados a espaldas de hombres.

Es difícil describir la agitación que reinaba en Virevolte o resumir su organización social. Sólo el nombre podía dar la sensación casi física de lo que era: un gesto vivaz, un salto mortal, el movimiento de liberarse, ¡listo!, una turbulencia... ¡Virevolte había agotado en pocos meses a casi todos los actores, comediantes, escritores, poetas, pintores, escultores, bailarines, musas y músicos en buenas condiciones físicas que vivían en el planeta! Y cada día llegaban en naves artistas de otros Cerclons, la mayoría jóvenes y desconocidos, que venían a aprender e inventar con nosotros. ¿Inventar qué? Nuevas posibilidades de vida. Virevolte fue para la filosofía una especie de jardín de Epicuro, para la pintura un estilo, modesto ciertamente pero entusiasta, de la escuela florentina y por lo demás, como dijo Captp a los sociólogos que vinieron de todo el sistema solar para entrevistarlo: “un ciclotrón de conceptos fundidos, que bombardeamos con electrones libres para alcanzar altas energías”. Arranque las partículas de arte de sus núcleos y luego observe, asombrado, cómo la explosión de quarks

irrumpe en el negro efímero, deslumbrantemente, tomando forma...

La actividad principal de Virevolte carecía de importancia. Por el momento, fue la construcción de la ciudad la que unió todas las imaginaciones y las puso a prueba del viento y la perturbación de la carga. Mañana sería algo diferente. Lo que importaba: INNOVAR. Hacer lo que no sabías hacer. Estar siempre en el extremo del conocimiento, donde cada nuevo paso, directo hacia el abismo, creaba el terreno que lo sustentaría. Naturalmente, Virevolte era un gran desbarajuste (“un club de vacaciones para artistas caídos”, como irónicamente la definió Cablaxie!) que bordeaba el caos: sacaba provecho de él y perdía fuerza al mismo tiempo. Pero yo había previsto estas andanzas desde el principio y propuse, para canalizar la afluencia, una distribución de los ciudadanos en tres grupos iguales, que eran sorteados al principio de cada mes: los Terradores, los Abridores y los Atadores.

Los Terradores, por así decirlo, tenían la misión de concretar lo que los Abridores imaginaban. Construían puentes hacia la práctica. Basaban las ideas en la realidad. También eran quienes decidían entre las opciones propuestas (por ejemplo, sobre la arquitectura de una aldea) e imponían su decisión. Tenían el poder y debían utilizarlo. Eran básicamente reductores de ruido. Eran (de ahí su nombre) los guardianes de la Tierra, reterritorializadores, como habría dicho Guattari.

Los Abridores, un papel que a muchos les encantaba asumir, eran los creadores. ¡A través de ellos vendría lo nuevo, lo invisible y lo inaudito! Más tarde, cuando la ciudad había establecido sus pequeñas costumbres, el Abridor fue llamado a convertirse en el personaje clave: es él quien debía romper la rutina, distorsionar las reglas establecidas, traspasar las normas implícitas y reinyectar el espíritu allí donde reinase la comodidad. Pero por el momento su papel era estrictamente positivo, nada crítico: sólo ideas, modelos o melodías, ¡a ser posible originales!

Finalmente, los Aglutinantes o Atadores, que para Kamio eran fundamentales (¡y cómo!). ¿Su función? Más que moderar el ardor o reconciliar a los partidarios del palacio bizantino con los cruzados de las construcciones rurales, tender puentes. Encontrar conexiones ocultas debajo de oposiciones radicales. Combinar las diferencias. Entretejer proyectos. Reunir, disponer y combinar. De los Aglutinantes dependían también la acogida de los nuevos residentes, las celebraciones y la calidad del ambiente, para que las creencias de las escuelas no se convirtieran en principios excluyentes.

> Desde la volución, con su compañerismo, ya no nos veíamos mucho. Se lo estaban pasando genial en Voltigeville–Sur–Je–Refais–Le–Monde mientras que Brihx y yo luchábamos contra los tipos disfrazados y hacíamos la

guerra del oxígeno. La lucha no había terminado, ¡tenían que atacar! Estábamos todas las noches en el faro cavando trincheras para sostener las tuberías y cada mañana, Brihx negociaba con O el contratista para obtener una tubería más, una conexión a la central, una mejor tarifa de oxígeno para Horville, etc. Brihx, no permitiría que nada se interpusiera en su comportamiento de oso falsamente tranquilo. ¡Se estaba defendiendo! O, sabía que tenía que ceder si no quería que destruyéramos todo el sector 1, desde donde ahora tenía una gran vista sobre Magnitogorsk...

¡El problema era que no teníamos nuestra propia fábrica de oxígeno! ¡Y no tendríamos ninguna por un tiempo! Todavía dependíamos de las turbinas de Cerclon que nos alimentaban con aire usado, que ya había sido respirado por cien mil pardillos que te lanzaban sus miasmas y el CO₂, ¡qué quieres! Seguro que después, cuando íbamos a hechizar a los viejos, a las familias con niños pequeños y a los asmáticos, ponían cara graciosa, como diciendo: ¡Estoy tentado, pero no puedo gritar, muchachos! ¡Tenéis que entenderlo! Pero a los investigadores de Pirouetteville no les importaba oler mierda en la niebla y ver un grupo de tipos yendo y viniendo al oxicentro para limpiarse los bronquios. No es que fuera muerte lo que salía de las compuertas, pero proporcionaba al Afuera una imagen sucia de un barrio de chabolas contaminado y apestoso, después de lo cual los medios hicieron de tripas corazón, manteniendo el miedo con chismes como ¡La prueba del algodón!, o tus hijos van a

ir allí y blablablá... A O no le hubiera costado más darnos aire limpio (ya que lo obtenía del Afuera y su fábrica no estaba funcionando a pleno rendimiento) pero era su juego racionarnos. ¿Queríais hacerlo vosotros? ¡Pues manos a la obra! Nos recortaba a todos los niveles hasta el punto de que a veces Brihx regresaba y decía que teníamos que destrozarlo todo.

> Quinientos mil hornautas trabajaban durante el día en el exterior. Pero sólo doscientos mil se quedaban allí a dormir... No hubo ningún milagro. Mi esposa y yo nos despertábamos varias veces por la noche jadeando porque había muy poco oxígeno. Para dar ejemplo, puse a dormir a mi hija en Magnitogorsk, pero a los cinco años sus pequeños pulmones no tragaban mucho con cada respiración. Regularmente tenía pesadillas en las que me levantaba por la mañana para despertarla y la encontraba muerta, con el rostro contorsionado por un espasmo de asfixia... No se lo dije a nadie aquí, porque representaba algo y a los siderúrgicos no les importaba. Pero tenía miedo. Me culpé por correr estos riesgos por ella.

El entusiasmo pionero y los informes favorables hicieron que la población de hornautas siguiera aumentando, pero temí que algún día la tendencia se invirtiera. Unas cuantas muertes espectaculares de niños y las migraciones podrían detenerse en seco: familias enteras regresarían a vivir a

Cerclon. Ya había muy pocos ancianos... Entonces, sin niños, ¿seguiría siendo una sociedad digna de ese nombre? Cuando se lo mencioné a Captp él siempre respondió que el problema del aire pronto se resolvería. No era fácil. Cuando venía conmigo (muy raramente) a negociar con O, O se inclinaba ante él y las cosas avanzaban un poco. Captp había obtenido el aire de los parques de Cerclon para Twirl (el mejor, lo cual era normal dadas las condiciones que tenían allí) pero ningún ingeniero en la ciudad estaba trabajando en un suministro de energía autónomo para el Exterior.

Lo que Captp no quería ver era que sin aire limpio, la sensación de libertad con la que tanto habíamos soñado se degradaba. Algunos días, y a pesar del espacio que teníamos a nuestro alrededor, me asfixiaba como un pez en un tanque vacío. Sentí como si una bolsa cubriera mis pulmones. El gobierno lo sabía. Y esperaba terminar, con su política de inercia, desgastando nuestros bronquios, luego nuestro corazón, luego nuestra voluntad, para poder vernos a todos, rebaño de ovejas descarriadas, regresar al redil...

> Después de cinco meses de arduo trabajo, aparecieron los primeros signos de que el entusiasmo vultivo se estaba agotando.

– Algunas personas empiezan a dudar. Pierden el significado de lo que están haciendo. Deberías aprovechar

esta celebración simbólica de los 200 días para hablar con ellos...

Boule me había recogido al final de una jornada de debates sobre la educación que debía darse a los niños de Virevolte. Sentada entre mis piernas, su espalda rozó mi pecho. Descansamos en un colchón colocado en el suelo de nuestro albergue de piedras de color albaricoque. Frente a nosotros, a través de la ventana sin cristal, el óvalo del interminable cráter revelaba, a más de mil metros, la estrecha raya de los cañones que se alejaban hacia el horizonte.

– ¿Hablar sobre qué? Los voltes no necesitan que yo les diga qué hacer. ¡Se han superado desde el primer día!

– Eso es exactamente lo que tenemos que decirles...

– ¡Buen trabajo muchachos! ¡Sois sensacionales! ¿Es eso?

– Te niegas a admitir lo que encarnas... Sigues siendo un mito para ellos...

– La gente está cansada. Necesitan tomarse un descanso. Es todo. ¡El Afuera no nos ha hecho ningún regalo y el gobierno menos aún!

– Últimamente ha habido muchas salidas... Acabo de volver de Mirajeu. Su población está disminuyendo.

– Experimentaron dos lluvias de meteoritos esta semana.
¡Te hace pensar!

– No saben qué tema adoptar para el séptimo mes. Hicieron los tuaregs después del apocalipsis, la rad-zona en 2500 y la Edad Media... Ahora han agotado los universos de bricolaje. Les gustaría avanzar hacia mundos más desarrollados y mejor contruidos...

– Lo sé.

Mirajeu era quizás mi ciudad favorita después de Virevolte. Cada mes se representaba allí un fresco histórico con más de tres mil personajes y otros tantos actores. Todos pasaban un mes en el universo y bajo las leyes y costumbres de una época elegida (un mes de preparación, un mes de juego era su ritmo). Mirajeu era un fabuloso juego de rol a tamaño real con una trama principal conocida por un puñado de creadores y un sinfín de historias secundarias en las que se veían inmersos los jugadores. El efecto real era impresionante durante algunos días. Mirajeu se transformó en el desierto australiano después de la bomba, con hordas de predicadores y dioses locos vestidos con harapos barriendo el vacío crepuscular... Como en Gomorra, los mecenas ayudaron. Numerosas donaciones en especie permitieron conseguir cierta verosimilitud en el vestuario y en los decorados. Por lo demás, la existencia fluía allí exactamente como en el universo elegido: allí trabajábamos para sobrevivir, plantamos cereales... con la diferencia de

que en la rutina diaria surgían inevitablemente grandes acontecimientos: ¡verdaderas tormentas históricas a las que había que hacer frente! Bajo su batiburrillo de normas y su minuciosidad, Mirajeu reunió sin duda a los ciudadanos más libres que existen. Allí los deseos más heterogéneos se expresaban en estado puro, con una fluidez y una ligereza que superaba a Virevolte. El ambiente allí era increíblemente alegre, salpicado de chistes y extravagancias, aireado de anacronismos y persecuciones increíbles que terminaban en carcajadas.

El riesgo de ver agotarse este entusiasmo hizo que se me oprimiera el pecho.

– Voy a pedir a los arquitectos y escenógrafos de aquí que les echen una mano. No deben desanimarse.

– Vi a Brihx en Magnitogorsk. Piensa que la brecha entre las ciudades se está ampliando, que los caminos son divergentes y que divergirán cada vez más. Piensa también que nos estamos separando cada vez más de los cerclonianos y que a este ritmo pronto no habrá más intercambios, no más emigración y que corremos el riesgo de cerrarnos sobre nosotros mismos...

–¿Por qué nunca me habla de eso?

Mis relaciones con Brihx y Slift se habían vuelto menos frecuentes desde la volución y estaba empezando a sufrir

por ello. Además, el Bosquet en su conjunto parecía haber estallado ante la magnitud de las tareas que debían realizarse, las personas que debían reunirse y los proyectos que debían iniciar y seguir. Incluso con Kamio y Obffs que vivían en Virevolte, aunque los veía a menudo, rara vez teníamos tiempo para hablar. Kamio pasaba mucho tiempo viajando por las ciudades. Obffs dedicaba sus días a Virevolte. Slift me saludaba con más frialdad cada vez que lo veía. No entendió mi desgana hacia la milicia que él formó y entrenó y que, según me aseguró, serviría mucho antes de lo que pensábamos. En cuanto a Brihx, fue un descubrimiento doloroso para mí, pero sentí que nuestras esperanzas y deseos no coincidían. O más.

Boule, sin duda más emotiva que yo, más animal en su manera de sentir a las personas, había permanecido muy cerca de todos nosotros; ella nos escuchaba; ella daba noticias de todos a todos; nos conectaba. Los dos meses que habían pasado juntos tras el asalto a la torre, durante la cacería policial, los habían unido mucho más estrechamente de lo que había imaginado. No podía compartir eso con ellos: estaba ausente de esos recuerdos...

– Kamio y yo tuvimos una gran idea hoy...

–¿Oh? Cuéntame...

– Lo que pasa en este momento es que, por un lado, están los cerclonianos a quienes los medios de comunicación

cuentan horrores sobre nuestro modo de vida y se los creen, y por otro lado, los hornautas a los que se lanzan al cuello, enfrascados en sembrar sus campos, construir sus escuelas y que ya no se comunican en absoluto con la ciudad.

– Es verdad. ¿Pero qué quieres hacer entonces? ¡Hacemos nuestra vida!

– Captp, si esto continúa, la imagen de la volución que está cristalizando en la cabeza de la gente quedará empañada. ¡Tanto es así que ya nadie querrá unirse a nosotros! ¿Es eso lo que quieres? Sobre todo porque si nuestra población disminuye, O, aprovechará la oportunidad para cerrar las compuertas. Esto acelerará aún más el éxodo, ¡hasta que volvamos al punto de partida!

– ¡Sigo dando entrevistas, pero es inútil! ¡Cómo quieres luchar contra la propaganda mediática!

– Con Kamio, encontraremos una manera...

– Te escucho.

– Hay unos doscientos mil hornnautas convencidos, ¿verdad? Si cada hornauta visita cada día un hogar cercloniano, ¡en menos de un mes habremos conocido a toda la población! Habremos podido charlar con todos, explicarles qué hacemos, la realidad de lo que estamos viviendo y transmitirles un poco de nuestra ilusión.

– No es estúpido. Además, nos devolverá a la realidad de Cerclon. Esto nos permitirá comprender qué esperan las personas y a qué temen...

– ¡Sobre todo, demostrará que somos abiertos y atentos, nada locos ni salvajes! ¿Qué dices?

– Es muy bueno. Los medios de comunicación serán ignorados por el boca a boca. La gente hablará de ello entre ellos. Me gusta mucho.

> ¡Captp finalmente había despertado! ¡Había sacudido las ciudades a su manera y ahora había regresado! Ya era hora, porque a Gomorra empezaba a llegar la escoria rusa que limpiaba el terreno para montar sus putas y cobrar a cambio. La mafia popov ya había reunido tres tanques donde desplumaban a los ricos que venían directamente de Starlight para divertirse. ¡Se estaba convirtiendo en una fábrica! La gangrena ya amenazaba con extenderse a los flamantes casinos que Mirajeu había adquirido ¡quién sabe cómo!

¡Finalmente había encontrado a Captp! La tarde del 14 de octubre salimos juntos, como en los viejos tiempos, a pasear por el sector 5 para recorrer los edificios. Hicimos los primeros apartamentos juntos: ¡la gente se abrió cuando vio quién era! ¡Nos recibieron como estrellas de cine y nos

trajeron el mejor vino que he probado en mi vida! En el segundo edificio ya estábamos divididos y nos separamos para avanzar más.

Cuando ya me había saciado, hacia medianoche, salí a una avenida que olía a puro oxígeno. Un chico muy amable que vio que estaba un poco agotado se ofreció a llevarme de nuevo al anillo. Acepté de todo corazón.

> La mañana del 15 de octubre, al pasar junto a un grupo de personas radiantes que estaban soldando un suministro de agua, me preguntaron:

– ¡Hola Brihx! ¿Has visto a Slift?

– No ¿por qué?

– ¡Qué raro, viene a entrenarnos todos los días y esta mañana no vino!

Un extraño presentimiento cruzó por mi mente. Fui a su nave. Noté que los platos estaban lavados... No había ropa sucia tirada por ahí... Algo andaba mal. Salí sintiéndome incómodo y me encontré con Poltergeist, uno de sus lugartenientes más cercanos que también lo estaba buscando esta mañana. Nadie lo había visto. No volvió a casa anoche. Captp había regresado solo. Cuando regresaba a

Magnitogorsk, un centinela bajó desde lo alto del andamio hasta el fondo, casi sin aliento:

– ¡Lo han embarcado!

– ¿Quién? ¿Que dices? ¿A Slift?

– ¡A Slift! ¡Lo subieron a bordo anoche, de incógnito, para el Cam!

– ¿El Campamento de Educación Cívica de Cerclon III?

– ¡Sí!

– ¡A había prometido su perdón! ¡Estaba gestionándose!

– A anunció esta mañana que había renunciado al indulto. Como resultado, ¡se tenía que aplicar la sentencia de Slift! ¡Lo hicieron en silencio, rápido y bien hecho!

– Los hijos de puta...

La noticia de la captura de Slift cayó sobre los hornautas como una lluvia helada. Su escuadrón reaccionó quemando un centro comercial pero no hubo movimientos masivos. Todo el mundo sabía que Slift había matado a dos policías en el ataque a la torre de televisión y que, en cierto sentido, la acusación era merecida. Pero el golpe fue severo. Los

campos eran casi peores que el Cubo. Porque volvería. Pero irreconocible y vacío.

Su captura llegó en el peor momento. La milicia de mil hombres que él había entrenado y supervisado se vio privada de su entrenador en un momento en que la mafia comenzaba a recuperar puestos. La ausencia de Slift les favoreció. Fundada en la libertad y en la acogida a todos, Anarkhia se encontró impotente ante la llegada de bandidos que, en la ausencia de leyes, cosa de la que estábamos orgullosos, sólo vieron una oportunidad para establecer sus planes. Sólo Slift y su escuadrón habían previsto este riesgo y comprendieron que era necesario formar una milicia contra los ataques externos. Pero nadie quería creer que eso nos pasaría a nosotros.

Nos pasó a nosotros. La mafia pronto se apoderó de todas los tanques de Gomorra. Construyó otras nuevas. Primero se ordenó a los ciudadanos que pagaran para presentarse y luego se devolvería la mitad de lo que habían recibido. Los más valientes se rebelaron. Fueron amenazados y luego hubo un enfrentamiento, heridos y ocho muertos. En un mes, la mafia purgó Gomorra de todos sus habitantes para convertirla en el centro saturnino de la prostitución. Luego se interesaron por Mirajeu donde instalaron casinos y salas de juegos.

Fue entonces cuando decidimos reaccionar de verdad. Algunos quisieron llamar a la policía de Cerclon que nos

ofreció ayuda pero jeso estaba fuera de discusión! ¡Era una cuestión de honor! Nació una milicia de trabajadores siderúrgicos, de la que fui nombrado líder. Tres mil hombres. El escuadrón de Slift nos entrenó y los cyborx se unieron a nosotros. Mirajeu estaba limpio. Aprovechando nuestra victoria, atacamos Gomorra... Lo íbamos a pagar caro. Sobre todo yo. El 3 de diciembre, después de un asalto medio fallido al Pleasure Tank, me enteré de que habían secuestrado a mi hija. Esa misma tarde me llamaron:

– ¿Qué dirías si sodomizáramos a tu pequeña? ¿Y si le arrancamos su bonita flor? Tendreis que aprender a ser razonables...

– ¿Qué quiere usted?

– Que se detengan las incursiones y nos dejen rienda suelta en Gomorra. Ya no intentaremos nada con Mirajeu.

– ¡Papá! ¡Papá!

La voz de Arcadia sonó durante mucho tiempo en el auricular. Inmediatamente supe que los mataría. Uno por uno. Que todos pasarían por ello, aunque me llevara al final del sistema solar. Los mataría con mis manos.

Me había imaginado que esto podría suceder. La tenía protegida, pero fue en vano. Lo cierto es que llevaba consigo el diminuto transmisor que yo había metido bajo un anillo falso. Y que gracias a él supe dónde la tenían: en el Sector 1,

Parque Azul, Caserío del Lago, en la isla central. Ya no pensé. Tomé a los siete mejores hombres del escuadrón de Slift. Nos armamos hasta los dientes. Y partimos hacia el Caserío del Lago, acompañados de veinte chicos en segunda fila y cuarenta en la tercera. Mantenían a Arcadia en un dormitorio del piso de arriba de una villa que era bastante común para el lugar. Ni siquiera se habían molestado en cerrar el portón, seguros como estaban de que nadie tendría la idea de buscarlos allí. A las 22 horas, el comando se dispersó por el césped mientras una volte que se presentaba como vecina llamaba a la puerta central...

> El asalto de Brihx a la aldea del Lago fue una tragedia. Ningún mafioso escapó. En el tiroteo que se desató en el interior de la Villa Giotto, una bala perdida, que pudo haber sido disparada por Brihx, acabó en el pecho de Arcadia. La pequeña fue encontrada por Brihx con el rostro contorsionado por un espasmo, con una bolsa de sangre en lugar de sus pulmones.

Brihx nunca se recuperó de la muerte de su hija. La posibilidad de que hubiera matado su propia carne lo devoraba como un ácido. Fue tratado por los mejores

psicoanalistas del asteroide. Fue apoyado por sus amigos, rodeado y animado. Su esposa demostró una valentía ejemplar. Ella superó su dolor, lo consoló. Hizo todo lo que pudo para borrar el drama. Concibió un segundo hijo, un niño, pero un aborto espontáneo, común en el Afuera, los privó de él. Muy rápidamente, Brihx se hundió. El alcohol le hizo bajar los primeros peldaños del declive; la droga, importada por la misma mafia que le había costado a su hija, lo hizo caer por las escaleras. Después de un mes y de varios suicidios abortados, recuperó una extraña calma: Arachnas 06, una versión menos virulenta que la 09 pero igual de destructiva... Su esposa lo abandonó. Sus amigos trabajadores siderúrgicos lo abandonaron. Cuando íbamos a verlo con Kamio y Captp todas las semanas al centro de rehabilitación, apenas nos reconocía. Sus ojos azules entrecerrados se habían descolorido significativamente... Estaba mirando un punto a través del cristal de nuestros cuerpos. Entre tramos de silencio y vacío, terminó diciendo: "Ella me llama... la oigo, sí... la oigo... ¡Papá!... ¡Papá!... Dame tu mano... tu mano..."

Después de una ligera retirada, la mafia reafirmó su control. En aras del honor y de nuestra independencia, conseguida con tanto esfuerzo, cedimos a la oferta del gobierno y aceptamos, en las ciudades amenazadas, la presencia de una fuerza policial encantada de beneficiarse con ello de un observatorio de elección sobre nuestra evolución.

El colapso de Brihx y el exilio forzado de Slift fortalecieron los lazos con Boule y lo que quedaba del Bosquet. El propio Captp se hizo cargo de las negociaciones aéreas con O y, ya sea porque era más hábil que Brihx, o por su carisma, O por que le dio más lastre, en enero, la mayoría de las ciudades estaban equipadas con una dieta de oxígeno adecuada.

Kamio se centró exclusivamente en Horville, que ahora tenía alrededor de cincuenta mil habitantes. Convencido de que los ciudadanos del Interior eran básicamente nuestro exterior por excelencia, aumentó el número de encuentros e intercambios con los cerclonianos: bienvenida por el día en Horville, por la semana, explicación del modo de vida, invitación a fiestas, espectáculos y conciertos... Y en Cerclon, fiel a lo que siempre había hecho, siguió deambulando por los centros de encuentro para volver a hablar y hablar con la gente, para levantar la tapa de las costumbres y dejar un poco de ese viento de fuera que traía consigo. Él, bajo los cráneos mecanizados, encontró su camino... Fue casi el único en hacerlo. A aquellos que le decían, condescendentemente o más bruscamente: “¡Estás perdiendo el tiempo, Kamion!” , siempre les sonreía con su sonrisa traviesa. Una vez tuvo esta sorprendente respuesta: «Eres como esos pintores que dibujan de memoria. Creen recordar una manzana... La pintan. Pero olvidan la resistencia del fruto, su persistencia vibratoria. La manzana, incluso cortada, incluso atrapada en una cesta, resiste. Comes rápidamente lo que se te resiste o te apresuras a

olvidarlo diciendo: “¡Lo sé! ¡Yo se!” Pero no esperas a que la manzana libere su universo y te incluya en él. Estás sin paciencia. No crees en el hombre».

Su invento más admirable seguían siendo los “Periódicos”, que siempre encontrábamos vagando por las plazas y las calles y que reconocíamos fácilmente por una camisa blanca llena de letras. Circulando de un lugar a otro, unas veces aquí y otras allá; los Periódicos, hombres o mujeres, eran los únicos periódicos de Horville. Veníamos a verles para informarles de un acontecimiento, de una noticia o de una fiesta, o al contrario para obtener noticias frescas que ellos, siempre disponibles, memorizan y relatan, encargándose luego de transmitir la información a otros lugares y para otros, según las solicitudes. Eran, como dijo Kamio, “medios inmediatos”. Bajo una idea aparentemente menor, como siempre en él, Kamio había sustituido, el monólogo de una pantalla fría que se dirigía a todos por igual, por la circulación colectiva y local, de calor a calor, de los momentos fuertes de la ciudad. Personalmente, cada vez que me encontraba con uno, le preguntaba las tres o cuatro cosas importantes que quería saber. No tenía que saltar ni pasar páginas, él me contaba lo que quería, directo y sin chorradas. Algunos periódicos incluso realizaron análisis, completaban los hechos desnudos, proporcionaban volumen y detalles sobre el terreno y sintetizaban las reacciones de las personas que habían conocido. ¡Era simplemente increíble!

Por mi parte, me dediqué mitad a Virevolte, mitad a Mirajeu, saturando mis días para intentar poner, entre el futuro que esperaba ayudar a construir y el pasado reciente que me pesaba, el máximo de acciones y sensaciones... La decadencia de Brihx, para mí, fue peor que la muerte de Brihx, era como un retrato de Dorian Gray de lo que no habíamos hecho... como la imagen en lenta decadencia de un mal que tal vez, ya, en el Afuera, de manera invisible – una mafia, un cáncer, una secta– desfiguraba lo que dimos a luz.

En febrero, una serie perniciosa de rumores, cuya fuente no pudimos localizar, atacaron a Captp. Los periódicos informaron que Captp estaba con Slift la noche en que fue arrestado. El rumor también señaló que estuvo con Brihx durante la reunión secreta que precedió al trágico asalto. Sin embargo, los médicos, unos buenos tres meses después, declararon que la autopsia de Arcadia, en la que todos habían perdido el interés, reveló que ella no habría muerto en el momento de la agresión, sino “en un rango de entre una hora y media y dos horas antes”. Pero el rumor fue más allá. Cuestionó la hazaña de Captp y el hecho (ciertamente increíble, por lo tanto sospechoso) de que hubiera salido vivo del Cubo. Y hacía esta vertiginosa pregunta: ¿no había habido una transacción secreta entre Captp y A? ¿Vida salvada contra un papel, digamos, de agente doble o topo supremo dentro de la volución? A esto se sumaban, por si acaso, los rumores que insinuaban que durante los dos

meses que estuvimos escondidos bajo el anti-rad, Boule se había ofrecido a todo el Bosquet y que Captp, al enterarse de ello, había decidido vengarse entregando a Slift...

Boule y Captp quedaron profundamente heridos por estos rumores. Respondieron mal y realmente no lograron disiparlos.

Durante quince días, en parte para investigar, en parte para cruzar nuestras intuiciones y en parte porque sentíamos la necesidad de encontrarnos juntos y unidos ante esta amenaza difusa que ninguno de los cuatro tomamos a la ligera, hicimos el recorrido por las ciento veinte comunidades del Afuera. En todas partes, los periódicos que encontramos mostraban la misma desvergüenza: ya sea porque no recordaban, entre la avalancha de información y de rostros con los que se enfrentaban cada día, quién les había susurrado ese chisme, o porque lo recordaban, pero era entonces imposible encontrar el “transmisor” de este ruido. Sin embargo, rápidamente surgió una certeza: el rumor era hábilmente mantenido por individuos misteriosos y efímeros que lo inoculaban en los periódicos y luego desaparecían inmediatamente de las ciudades por las que pasaban...

Evidentemente, Anarkhia, heterogénea por esencia y frágil por fragmentada, era un terreno ideal de conquista para los más diversos apetitos. Cualquiera que quisiera establecerse en el Afuera y aprovechar el barullo reinante seguramente

encontraría allí un territorio favorable. Los únicos límites a la voracidad de un Estado extranjero, una mafia, una secta religiosa o incluso enemigos internos eran: 1. La propia resistencia de los voltes (pero cuanto más mejoraba el confort de las ciudades, más disminuía nuestra proporción relativa en la población total de Hornautas)... y 2. ¡El Bosquet! Lo habíamos comprobado en cada ciudad: con razón o sin ella, éramos para el pueblo el símbolo vivo de la Volte. Era principalmente en torno a nuestras ideas que este desenfrenado espectáculo de fuegos artificiales que llamamos el espíritu de la volución lograba unificar un poco. A partir de ahí, mancillar nuestra reputación y talar el Bosquet se convirtió, para cualquiera que quisiera anexarse el Afuera, en un requisito previo; de ahí probablemente los rumores. ¿Pero quién, quién estaba detrás de todo esto? ¿Starlight, como predijo Boule? ¿Los solarianos de la Iglesia Universal, cuyas comunidades históricas pululaban alrededor de Gomorra, como temía Kamio? ¿O los Molte, la mayoría en Horville, como creía Captp? A menos que fuera, una vez más, y eso es lo que pensé, un movimiento de la mafia.

Aún así, regresamos a Virevolte con el corazón apesadumbrado y la moral baja. Para ahuyentar los malos nubarrones y recuperar la confianza antes del primer aniversario de Anarkhia (que se celebraría dentro de un mes), decidimos con Captp participar durante una semana en las Crónicas Marcianas que Mirajeu estaba organizando

esta vez. Muy amablemente, nos entregaron a cada uno un barco de arena marciano, una máquina poética que nos permitía flotar silenciosamente sobre los cañones... Nuestra función era desalentar la instalación de un vendedor de perritos calientes en nuestra tierra... Tenía que llegar allí la tarde del 18 de marzo. Captp estaba muy emocionado ante la idea del enigmático discurso que iba a dar al valiente comerciante estadounidense...

> El 18 de marzo, hacia las nueve de la noche, en el anfiteatro de piedra seca instalado en el pedregal, la mayoría de los Virevoltes asistieron a la primera representación de Edipo en Cerclon. La pieza no duró ni cinco minutos. Un hombre apareció de la nada irrumpiendo en escena gritando:

– ¡Obffs tuvo un accidente! ¡Cayó al cañón! ¡Rápido, es cuestión de minutos!

Se encontró un cable de un kilómetro de largo. Estaba asegurado a un pórtico al borde del acantilado y lastrado con un peso y dos arneses. Casi mil metros más abajo, en la primera meseta del Cráter Sin Fondo, dos alas de mariposa azules destacaban contra la extensión ocre. Eran las naves de arena del Capitán y Obffs. Un hombre apuesto de cincuenta años, con la gorra calada y empapado de sudor, ahogándose con cada frase, nos explicó lo sucedido:

– Estaba... al borde... montando mi stand, como estaba planeado para mi personaje... y vi unas alas azules que venían... del cielo... Pasaron muy cerca de mí... para asustarme... ¡tanto que los reconocí de inmediato! Entonces... Giraron... giraron... En un momento... Escuché algo como un silbido... Pfffiiii... Así... Y el ala de Obffs comenzó a caer en picado... como una hoja muerta... Captp lo llamó... Él gritó... Pero Obffs continuó cayendo hacia el cráter... Entonces Captp lo siguió... Trató de atraparlo... El otro golpeó el fondo... No sé si está vivo... No cayó rápido... Bueno, a partir de ahí... están allá abajo... es difícil...

A través de binoculares, se vio a Captp extrayendo a Obffs de los escombros dispersos del ala y arrastrándolo hacia el cable. Esperamos ansiosamente: la inclinación del acantilado nos impedía seguirlos allí abajo. Cuando la tensión del cable marcaba doscientos kilos, empezamos a tirar. El pórtico tembló y crujió. Los minutos pasaban, puntuados a ciento veinte latidos por mi corazón. Entonces apareció Captp, lívido, con un cuerpo desarticulado contra él cuya cabeza se balanceaba sobre su pecho. Obffs fue desatado e inmediatamente acostado sobre un colchón. Un médico se ocupó de él:

– No tiene fracturas. Ni lesiones. El paro cardíaco debe ser reciente. Intentaré reanimarlo. Tráeme el equipo...

Trajimos una bomba cardiovascular. Electrochoques. Varias drogas. Mucho oxígeno. La bomba fue activada. Se la

accionó. Se la activó por segunda vez. Una tercera. Una cuarta vez. Conectamos la máscara de oxígeno. La desconectamos. La volvimos a enchufar.

Todo fue en vano.

Obffs se había unido a Arcadia al otro lado del asteroide.

Captp estaba arrodillado en la arena.

– No lo entiendo... Ambos nos reíamos mientras seguíamos las corrientes térmicas... Él era como un niño... Me estaba mostrando las maniobras... Luego se escuchó ese ruido, el sonido de una flecha... Su ala comenzó a balancearse... Si yo hubiera sabido volar, habría...

La autopsia diagnosticó asfixia. Por un mal funcionamiento de la máscara de oxígeno. El tubo de suministro había sido atravesado por un proyectil que no fue encontrado, pero que parecía ser un misil diminuto.

En el escondite bajo el anti-rad, habíamos mencionado la muerte varias veces. Obffs había pedido que su cuerpo fuera llevado lo más lejos posible de Cerclon, a lo más profundo del Mundo del Afuera “para tener la oportunidad de alimentar a los tigres carmesí”, había dicho. Con Boule y Captp salimos muy temprano por la mañana, acompañados de miles de voltes, cerclonnianos y extraños. Aún no había salido el sol cuando la procesión nos dejó para continuar solos, con la camilla y los tanques de oxígeno. Bordeamos el

Cráter Infinito siempre hacia la derecha, hasta el límite extremo de nuestras reservas, avanzando hacia donde nadie había llegado antes (y probablemente nunca llegaría). Cercado durante mucho tiempo por una montaña a la izquierda, el paisaje se abrió hacia el final de nuestro paseo. Ante nosotros apareció una especie de meseta kárstica, excavada por dolinas poco profundas y realzada con arcos de piedras rojas. Fue en este paisaje casi humano donde se situó a Obffs. Su cuerpo fue colocado bajo un pequeño arco donde el viento, que soplaba, aullaba y le hablaba suavemente, Boule le hizo una almohada de piedra. Captp puso grava.

Al salir, me pareció oír su voz irregular cantando de arco en arco, riendo, con un largo e inmemorial gemido de tuba... Varias veces me di vuelta, como si fuera a levantarse y correr tras nosotros, siguiéndonos, diciendo “este mes soy Abridor, muchachos Abridores, ya verán, ¡nos reiremos!” y lo oí reír en mi cabeza, reír como el niño loco y suntuoso que siempre recorría su rostro e iluminaba sus ojos claros con un brillo que ni siquiera habrías encontrado tan luminoso en un niño de cinco años..

“La madurez del hombre es descubrir la seriedad que poníamos en el juego cuando éramos niños”. Éste era su lema, tomado de Nietzsche, a quien adoraba. Captp, con el cuchillo de Slift, lo había tallado en el arca. Lo había visto mirando a lo lejos, con Boule. Lo había visto acechando algo, y supe lo que era sin que él me lo dijera: era ese famoso tigre

carmesí que ningún hombre había visto jamás, que esperaba ver aparecer a lo lejos, en la embocadura de un arco, y acercarse para cumplir el deseo de Obffs, convertirse en un cervatillo... una partícula de cervatillo como su destino último y saltarín.

XXII. LOS TIGRES PÚRPURAS

> Ni la policía de Cerclon que vino a investigar in situ, ni nuestros propios equipos de balísticos resolvieron el ataque que le costó la vida a Obffs. La naturaleza del proyectil, capaz de perforar tal espesor de tubo, pero más aún la asombrosa precisión del disparo dejaron boquiabiertos a todos los expertos. Pero no por ello los periódicos se convirtieron en cajas de resonancia de las más diversas teorías sobre el accidente. Tampoco, obviamente, los periodistas de Cerclon... Entre esas teorías, “Captp sospechoso”, como lo tituló un diario, contó con el favor malicioso de cierta prensa. Tuvo el mérito de la sencillez y la brillantez del fratricidio. Descartaba especulaciones más duras sobre la estrategia oculta de las sectas o la colonización por parte de pandillas. Además, exoneraba a la mafia.

Con Captp y Boule, decidimos abandonar todos los proyectos en marcha en Virevolte, Horville y otros lugares,

para centrarnos exclusivamente en esta serie negra que estaba diezmado el Bosquet. ¿Y quién quizás nos estaba apuntando ahora?

En cualquier caso, lo notamos y lo aceptamos con cierta nostalgia: desde hacía varios meses, Anarkhia ya no nos necesitaba realmente. La muerte de Obffs, el exilio de Slift y el declive de Brihx sólo habían dejado una cicatriz temporal, rápidamente cerrada, en la piel del Afuera. Los cuatrocientos mil hornautas que ahora poblaban la extensión roja del desierto tenían otras preocupaciones y, la más loable, era la de mantener viva la volución. El primer aniversario de la policiudad, marcado por celebraciones gigantescas, tenía para nosotros tres un secreto aroma de tristeza.

Ahora había calles en los pueblos y caminos entre ciudades. Las líneas de suministro de oxígeno se habían vuelto permanentes. Garantizándonos una preciosa autonomía, nuestra primera fábrica de aire había visto la luz. La aldea más pequeña hoy tenía agua corriente, aire y un techo que ya no se levantaba con el viento cósmico. El aumento de la población y de la natalidad habían seguido una curva paralela a esta mejora del confort. Horville se había aburguesado. Magnitogorsk incluso toleraba árboles y flores... En resumen, lo habíamos conseguido... Habíamos pasado la antorcha. Hoy ardía casi por todas partes en las chimeneas de piedra de los edificios de Horville, pacíficamente, para calentar a las familias que, la mayoría de las veces, ya habían olvidado de cuántas bolsas de esperanza

y cubos de sudor estaba hecha la carretera que los alejaba de una ciudad de cristal y hielo donde, seis meses antes, habían triturado la arena de su rencor por unas plazas de Clastre. Naturalmente, a medida que se propagaba, el fuego volutivo tenía la singularidad de que perdía en fuerza lo que ganaba en poder. Y que ganó en extensión lo que perdió en intensidad.

Sin embargo, no había necesidad de ser exigente. Incluso suavizado, incluso diluido en el agua de los hábitos adquiridos, el jugo vital que corría por las venas de los hornautas hacía honor a la especie humana. Nuestras escuelas al aire libre, que entrelazaban deporte y arte, cultura y crítica, educaron a hombres y mujeres, ¡No fabricaban piezas, no formateaban cerebros para los programas informáticos del Clastre! Controlamos nuestra economía, ¡no nos sometíamos a ella como a una ley que quienes se benefician de ella hacen creer a los demás que es natural e implacable! Finalmente, el arte había sido arrebatado de la prisión dorada de la Cultura-para-los-culos-de-los-ricos y devuelto a la vida. Y la vida se convirtió, en la medida de lo posible, en una obra de arte.

A decir verdad, la independencia del movimiento desde sus orígenes fue garantía de su sostenibilidad. Quienes querían eliminarnos, fueran quienes fueran, tenían el método y el objetivo equivocados (porque aunque los dos árboles que quedaban del Bosquet, el Capitán y yo, bien

podían ser talados, no matarían lo que encarnaban) y porque muchos otros habían ya hecho carne. La libertad es una enfermedad que se transmite a través de la sangre y el semen. Una vez contraída, ningún jefe, ningún gobierno, ninguna prisión o ninguna arma podrán curarla. Eso fue lo que me tranquilizaba cuando veíamos a los niños correr por los pueblos: ya estaban afectados, todos estaban enfermos, contagiados de libertad...

– ¿Qué interés tendría el capitalismo en establecerse aquí? ¡No se puede comprar nada! ¡No se puede vender nada! ¡No hay dinero! ¿Cómo pagaremos por sus productos? ¿En horarios de clases? ¿En una comida cocinada? ¡No están locos!

– Boule, el objetivo es ciertamente militar. El gobierno de Cerclon sólo es propietario del círculo de la ciudad. Nada impide a los estadounidenses establecer una base estratégica en las colinas del afuera...

– ¿Para qué? ¿Para asediar Cerclon? ¿Es hora de la guerra espacial?

– La mafia no tenía motivos para matar a Offs. El estilo no era el de ellos...

– Cada vez son más los solarianos que participan en Mirajeu. Utilizan la pantalla lúdica para difundir su doctrina.

–¿Por qué no imaginar que los solarianos trabajan para la mafia?

– O que están aliados con ellos... Con la rama israelí.

– En Mirajeu están pasando cosas curiosas...

– Creo que la mafia es sólo una pieza de un tablero de ajedrez más grande. Urania buscaba la diáspora israelí. Urania siempre ha tenido la mira puesta en las bases saturnianas que podrían servir de relevo para Júpiter... El micromisil que impactó en Obffs es una maravilla tecnológica. Sólo puede venir de una nación muy avanzada militarmente, ¿no crees?

– No es seguro. Podría haber sido lanzado desde Cerclon y, como explicó Fza, controlado remotamente por un relé estacionado en el borde del cañón. Todo lo que necesitas hacer es colocar a un hombre con binoculares de filmación dirigidos con láser. Mira a Obffs, permanece sobre él cuando el misil sale de Cerclon y la computadora detrás de él recalcula la trayectoria en tiempo real a partir de las coordenadas espaciales de Obffs. En realidad, es muy fácil. Y ¡Bam! ¡Tocado! ¿Estás seguro de que no viste a nadie en el borde del cráter mientras volabas? ¿Además del vendedor de perritos calientes?

–No había nadie allí, Kamio. Podría jurarlo. Por eso es tan extraño.

– ¡Quizás fuiste tú quien guió el misil!

Nos reímos del chiste de Boule y nos fuimos los tres a la cama. Los dejé en su cabaña de piedra y regresé pensativo a casa, el 29 de mayo de 2085, con la impresión de que no avanzábamos. Mis amigos no estaban en el taller. Aproveché para colocar un lienzo en blanco en el caballete y comencé a dibujar mecánicamente el misil, el borde del Crater Sin Fin y los dos veleros de Captp y Obffs allá arriba; la escena que nos perseguía. ¿Pero dónde podría colocarse el guía? ¿Dónde?

> A las dos de la mañana de esa noche, me desperté sobresaltado al escuchar piedras chocando en el pedregal que conducía a nuestra casa. Boule yacía en un lago suave y cálido a mi lado. A través de la ventana sin cristales se veía una silueta endeble, tornada espectral por la intensidad rubia del sol de Saturno. La figura avanzó sin precaución. Me quedé paralizado.

– ¡Captp! ¡Soy yo! ¡Kamio!

– Entra, me asustaste...

Kamio vino y se sentó en la cama, zigzagueando de una manera inusual y dándome la espalda...

– Cierra los ojos, no me mires...

– ¿Por qué?

– ¡Cierra los ojos, sobre todo, no pienses y escúchame! Creo que lo encontré. Vamos a visitar los Desconectados.

– ¿Ahora?

– Ahora. Boule vendrá con nosotros. ¿Puedes caminar con los ojos cerrados? ¿A ciegas?

– Creo que sí.

“Está bien, vámonos ahora mismo. Trabajan siempre de noche. Estarán conectados. Sólo ellos tendrán el material para comprobar lo que creo.

– Pero ¿qué diablos piensas? ¡Explícate! ¡Apareces como un fantasma en medio de la noche!

– Tenemos que hacerlo y muy rápido. Pueden atacar en cualquier momento.

–¿Quiénes son esos, los Desconectados? Házmelo saber.

> Boule se había despertado con una languidez que acentuaba su gracia. Su voz sencilla, suavizada por el sueño, era cautivadora. Captó tuvo mucha suerte...

– Los Desconectados son una comunidad informática que reúne a los mejores hackers de redes de la Volte. La mayoría de ellos son jóvenes desertores del Ministerio de I. Profesionales de Terminor. Pueden encender tu tostadora con tres líneas de código, en cualquier lugar de Cerclon. Hacen pequeñas transferencias bancarias cuando ya no tienen suficiente polvo. Profesionales, pero locos...

Entre Gomorra y Mirajeu, un pequeño charco de neón nos guió directamente hasta la pedanía de los Desconectados. Tres de ellos eran primeros voltes, en particular Blusq, que venía de Défordre y que había reprogramado las puertas de las mandíbulas durante nuestra acción contra el acceso selectivo. Sus alojamientos parecían de lo más básico. Pero en el interior, sobre las mesas o en el suelo, detrás de los muebles, reposaban con indiferencia equipos de alta tecnología. Blusq nos recibió con gran calidez. Abrió su nevera diciendo “brax”, su barra diciendo “vidrio” y le pidió al brazo mecánico que nos atendiera. Luego llamó a algunos acólitos que estaban esnifando en la habitación de al lado.

–¿Qué le pasa, Captp? ¿Tiene picazón en los ojos?

Obviamente todos estaban un poco colocados y guiaron al Capitán que había mantenido los ojos cerrados desde el principio. Pero cuando les conté mi hipótesis, barrieron el polvo con el dorso de las manos, se sonaron la nariz e inmediatamente enchufaron las bicicletas, intentando

refrescarse lo más rápido posible con café y pastillas blancas echadas en vasos de agua.

– ¡Tú, cada vez que vienes, significa que en tres minutos puede caernos una bomba nucleomagnética en la cara! ¿Pero te das cuenta de lo que estás diciendo? Si Captp realmente tiene una nanocámara injertada en el nervio óptico, eso significa que filmaron todo, hombre, ¡todo! Desde el comienzo de la volución, ¡incluso cuando orinaba, incluso cuando follaba! ¡Sabían absolutamente todo sobre ti, todos tus proyectos, todos tus amigos, todo lo que has hecho! Sabía que los servicios de P colocaban estas joyas en cyborgatos y que ciertos espías militares las usan, pero injertar una en el Capitán... ¡Tabernáculo! ¡Finalmente lo descubriremos rápido!

> Sentí que Boule a mi lado se tensaba. No podía creer que Kamio tuviera razón. Si me hubieran implantado esta cámara, sólo podría haber sido durante mi operación en el hospital, o... O en mi celda, antes del Cubo. Pero eso no tiene sentido. ¿Para qué incubarme?

– Bien. Capitán, hemos configurado la frecuencia del video. Vamos a empezar la rutina. Todo lo que emita una señal de vídeo en un radio de tres kilómetros alrededor de esta

bicicleta se desplazará por la pantalla. Por ahora, mantén los ojos cerrados.

> En la pantalla, uno tras otro, a un ritmo de uno cada dos segundos, aparecieron los canales de cable de Cerclon; luego innumerables tomas de centros de reunión, imágenes de edificios, calles, puentes, pasillos que correspondían a las cámaras de vigilancia de Cerclon, perímetro incluido en la búsqueda; luego imágenes borrosas e ilegibles... Duró un buen cuarto de hora.

– Eso es todo, la máquina acaba de ordenar todos los canales cifrados. Hay doscientos cinco de ellos. Voy a comenzar el descifrado. ¡Agárrense!

Luego aparecieron en pantalla orgías en ambientes suntuosos, mujeres masturbándose y hombres follados por el culo por mujeres equipadas con consoladores, en definitiva, todos los canales de vídeo internos de Gomorra. Entonces aparecieron escenas aparentemente insignificantes: un lavabo con agua corriendo, una televisión encendida en un salón y otras más difíciles de localizar, vistas subjetivas, detalles a ras de suelo...

– Mira este: está filmado a través de los ojos de un cyborgato, ¿verdad?

Blusq entonces paró la máquina, se sonó la nariz por enésima vez y nos miró a los tres seriamente.

– No sé si os distéis cuenta, pero hay tres pantallas negras en la serie. Tres. Una pantalla negra no es un canal vacío, es una cámara filmando en negro, ¿entendéis? Voy a volver a centrarme en esas tres frecuencias. Capitán, aquí hay un libro. Vas a abrir los ojos y mirar este maldito libro y nada más, ¿vale? ¡Por si acaso, no deberían poder detectar dónde estás! ¡atención que voy!

Primera pantalla: negra. Segunda pantalla: negra. Respiré más profundamente y me dije a mí mismo que estaba equivocado. Pero en la tercera pantalla, la página impresa que apareció en primer plano nos hizo saltar de terror. Era el libro que el Capitán tenía en sus manos y que estaba mirando...

– Cierra los ojos... Abrelos... Mueve un poco la cabeza...

La expresión de Blusq delataba el miedo más sorprendente... Su silencio duró un minuto completo.

– No lo puedo creer... Lo hicieron... Te convirtieron en un topo electrónico. Es gracias a tu cámara, gracias a tus ojos que recogieron a Slift como a una flor... Y eres tú quien, sin saberlo, sólo porque estabas observando a Obffs, guiaste el micromisil hacia su tubo de oxígeno... Dios mío... Dios mío., Captp... Si lo hubiésemos pensado antes...

En la sala repleta de pantallas, un silencio terrible, casi insoportable, nos atenazaba la garganta. El capitán, inclinado en su silla, dejó que el libro se le escapara de las manos. Empezó a tener hipo entre sollozos ahogados. Una sensación de horror blanco, de clínica embaldosada... El chasquido de un bisturí sobre una mesa de metal. Estaba pidiendo ayuda...

– UN BOLÍGRAFO! ¡DADME UN LAPIZ!

> Mi tiempo de reacción fue infinitamente demasiado lento. El Capitán ya no era él mismo. Él, frenético, temblando de pies a cabeza, hizo varias respiraciones desgarradoras y – sin que nadie en la sala adivinara lo que iba a hacer, sin que nadie pudiera detenerlo– cometió el acto atroz. Repitiendo, repitiendo, con un salvajismo que nunca olvidaré, con grandes golpes, él... se rasgó los ojos. Hundió el bolígrafo en su pupila, trabajó la córnea, la rasgó sin querer terminar nunca. Pronto, sus ojos ya no eran más que dos agujeros de tinta que se pegaban como babosas a sus mejillas... lágrimas de pus y sangre cremosa... Entonces Captp arrojó su cabeza contra la pared para noquearse. Sus ojos se movían con cada impacto, desmoronándose en sus maltrechas cuencas sin que nadie pudiera ayudarlo, y él, gritando histéricamente y

fracturándose el cráneo con cada cabezazo hasta que no pudo más, cayó inconsciente en el suelo.

El cirujano al que llamamos había visto a otros. Había librado una guerra química en Ucrania y ver esos dos pozos de sangre en el rostro de Captp sólo le provocó un modesto “Dios mío...”. Limpió y desinfectó a Capt, le volvió a poner los ojos en las órbitas, pero antes de devolverle la conciencia, le hizo una incisión en el hueso de la ceja, le quitó un lío de carne y venas, observó durante mucho tiempo y finalmente dijo:

– ¡La cámara sigue funcionando! ¡Debe haber filmado toda la escena!

– ¿Crees que saben dónde estamos?

– No sé nada al respecto. ¡No soy un experto en estas cosas!

– ¿Blusq?

– Se tarda menos de una hora en localizar la emisión de una señal de vídeo al metro más cercano. ¿A qué hora abrió los ojos el capitán?

–Hace como tres cuartos de hora...

–Entonces podrán estar en posición de fuego en diez minutos. Esta es la forma ideal de acabar con el Bosquet y

eliminar a todos los testigos de una vez. Lo único que tienen que hacer es cargar un mis-acid... ¡De nuestros cuerpos apenas quedará suficiente para llenar una lata de Brax! ¡Debemos escapar de aquí lo más rápido posible!

– ¿Esperar! ¡Todo lo que tenemos que hacer es desconectar la cámara!

– Imposible! Está enquistada en el propio ojo. Si la quito, el Capitán quedará ciego por el resto de su vida...

– Tuerto...

– ¡Ciego! ¡Hay una en cada ojo!

– Necesitamos despertar al Capitán. ¡Él es quien debe decidir!

El cirujano despertó al capitán y le explicó la situación. El capitán simplemente preguntó si había un vehículo aquí. Blusq respondió que tenía un deslizador. Él se levantó. ¡Anunció, ante el asombro de todos, que todavía podía discernir formas! Sólo el cirujano estuvo de acuerdo: “El trasplante orgánico es normal: la cámara y el ojo se han vuelto inseparables; mientras la cámara funcione, verás”. El capitán subió al deslizador, encendió el motor y huyó a través del desierto en gigantescos zigzags. Mientras cruzaba la primera duna, mi imaginación aterrorizada me hizo ver un misil guiado que salía de una torre panóptica y se dirigía como un rayo hacia nosotros... No pasó nada.

Blusq hizo sonar la sirena en todo el caserío. Reunió a todos los Desconectados y les pidió que se conectaran a la red P de Terminor. Objetivo: garantizar que no se estuvieran realizando procedimientos de emergencia. Al parecer, en el cubo del gobierno reinaba una calma absoluta. Nada decía que un controlador estuviera siguiendo a Captp en tiempo real. Aunque podrían muy bien registrar las horas de sueño y reproducir la cinta en avance rápido al día siguiente. Probablemente eso fuera lo programado. Principio de economía. No sé si eso también lo pensó el capitán, pero una hora más tarde, después de haber torturado la arena del Afuera, regresó al caserío con el rostro cerrado y decidido. Comenzó inmediatamente:

– ¿Se puede acceder al sistema de regulación del aire de la ciudad? Es Terminor el que controla el suministro de oxígeno, ¿verdad?

– Sí. ¿Qué tienes en mente?

– ¿Nuestra fábrica de oxígeno está bien conectada a la red de Cerclon? ¿Es posible darles oxígeno?

– Claro. A condición de detener su ventilación. De lo contrario, las dos corrientes de aire chocarán. ¡Crearás una sobrepresión que reventará todas las tuberías del Afuera!

– ¿Cuál es la potencia de empuje de nuestra fábrica? ¿Hasta dónde puede impulsar nuestro oxígeno?

- ¡Hasta dónde quieras! Nosotros tenemos esa fuerza...
- ¿Al cubo del gobierno? ¿Podemos impulsar a nuestro oxígeno dentro del cubo?
- Terminor gestiona esa red por separado. Probablemente esté muy protegida. Eso creo... ¿Pero qué diablos quieres hacer?
- Quiero acabar con ellos. Faltan cuatro horas para el amanecer. ¡Descúbrelo! ¡Encuentra una manera de abrir las válvulas del puto Cubo!

Para ocultar cualquier ubicación, el capitán volvió a filmar en el desierto. No puedo decir que Boule y yo hayamos escuchado mucho de la discusión que siguió entre los expertos y los hackers de la red. Una jerga incomprensible donde hasta los verbos parecían traducidos del silicio irrumpió en la habitación. Después de conectarse a terminales cerclonianos tomados al azar, dividieron el ataque: algunos vistiendo trajes virtuales, otros frente a las pantallas, hablando muy rápidamente, mediante mocódigos, a su ordenador que les respondía en tonos variados, según las voces y los gustos de cada uno... En una hora, habían conseguido transportar oxígeno desde nuestra fábrica hasta el pie del Cubo. Los planos tridimensionales parpadeaban en las pantallas y luego se desvanecían,

acercándose, alejando líneas de código cercanas a runas mágicas... Pero se toparon con un problema de “acceso físico”. Captp regresó. Estaba asombrado. Ya casi no podía ver nada. Blusq le descifró la situación:

– La apertura de las válvulas no se puede controlar desde el exterior. Tienes que pasar por una terminal ubicada en el Cubo. Nos falta un punto de entrada físico, ¿entiendes? Un simple cable por el que podrían pasar nuestros códigos, para acceder a un terminal interno y controlarlo...

– Está bien... ¿Cuál es la solución?

– El teléfono. Necesitas llamar a un ministro, conseguir que conteste su terminal. Y tendremos nuestro puente levadizo hacia la fortaleza...

– Voy a llamar al Presidente.

A las 7:04, de pie en el centro de una sala sobrecalentada donde trabajaban expertos en combustible para cápsulas, asistidos por cuatro saturnianos inmersos en trajes espaciales, el capitán solicitó la línea presidencial. Le hicieron señas de que estaban listos. Captp pasó por dos secretarios ejecutivos, luego habló con Af, el portavoz, luego con Ksa, que lo reconoció, para finalmente llegar a A. Ninguno de ellos –lo entendí por la mueca molesta de Blusq– tenía su terminal encendida.

> Al escuchar la voz del presidente, el nerviosismo se intensificó en mis intestinos. Pero inmediatamente surgió en mi conciencia la imagen insoportable de la cabeza de Obffs dando vueltas alrededor de su cuello, su cuerpo dislocado en el arnés que nos llevaba de regreso... Me imaginé a Slift con su cerebro abierto en el Campamento, en algún lugar de Cerclon III. Volví a ver el rostro lechoso de Brihx en su habitación del hospital. Tuve una inyección de odio. La voz de A era, como siempre, melodiosa pero firme:

– ¡Señor Captp! ¿Qué me aporta este honor matutino del presidente de los hornautas? ¿Tiene alguna solicitud que enviarme?

– ¿Has consultado tu terminal esta mañana?

– Todavía no. ¿Ha ocurrido algún evento en Anarkhia del que no me hayan informado?

– Míralo por ti mismo...

(Sólo escuchamos un leve clic al final de la línea pero la repentina agitación de las pantallas y los virtuosos en sus combinaciones nos lo confirmaron inmediatamente: A acababa de enchufar su terminal... Blusq abrió tres veces su mano derecha.: “¡Tienes que aguantar quince minutos, quince!” La tensión aumentó varios niveles en la sala. Secuencias de códigos chasqueaban a toda velocidad en los

teclados, junto con, para algunos, frases dictadas en código. Los virtuosos se entrelazaban, en ráfagas, en gestos indescifrables...)

– No veo nada allí que me llame la atención...

– Creo que nuestros balísticos han resuelto el asesinato de Obffs...

– ¿De verdad? ¿Cuál es su veredicto?

– El misil fue controlado remotamente por un topo...

– Sí...

– Y el topo, anoche, abrió los ojos...

– Ya veo...

–Ve efectivamente muy profundamente y muy lejos, aunque no con sus propios ojos...

– Llega usted tarde, señor Captp, en comparación con las mejores valoraciones de Terminor de unos dos meses. Pensé que era más perspicaz...

–¿Cómo pudiste patrocinar tal...?

– No creas que estas son mis decisiones. Sobre estos temas, tuve que hacer muchas concesiones políticas al ala dura del Partido Azul...

– ¡Has cometido dos asesinatos gratuitos!

– ¿Gratis? No me gustaría pensarlo. Una cosa es segura: la influencia y la autoridad del Bosquet fueron y siguen siendo mucho mayores de lo que imaginas. Paradójicamente, no para los voltes, sino para aquellos, los más numerosos entre nuestros ciudadanos, que necesitan modelos e ídolos. Su policiudad, como tal, no nos plantearía ninguna dificultad. Encaja muy bien en nuestra política general e incluso diría que la optimiza. Su suburbio, si me atrevo a utilizar el término, desempeña en mayor escala y con mayor eficacia el papel de desbordamiento que asignamos originalmente a la rad-zona. Un sistema como el nuestro nunca es capaz de anestesiar la protesta. Sin embargo, gana en estabilidad si esta protesta, cualesquiera que sean sus formas, se estructura, drena todos los elementos peligrosos que obstaculizan nuestros procedimientos y crea una zona de amortiguación donde puedan ser absorbidos todos esos gritos que se dirigen contra nosotros. Nuestra estrategia se limita entonces a supervisar esos campos para que ya no contaminen a nuestros pacíficos ciudadanos. Sin embargo, los intereses extranjeros, y más aún los militares, quieren aprovecharse de su ingenuidad para establecer en el exterior infraestructuras que no podemos tolerar. Por lo tanto, el desmoronamiento del Bosquet y la pérdida del crédito del que aún disfruta se han convertido en un requisito previo para la desestabilización de Anarkhia. Será

más fácil para nosotros apoderarnos de vuestras ciudades si los héroes fundadores no pueden unificar la volución.

– Tiene mucha confianza en su política para revelarlo tan fácilmente...

– Si lo hago es porque su revelación refuerza su eficacia: necesitaremos su ira para desencadenar los disturbios necesarios para la intervención policial...

–...

– Señor Captp, comprenda bien para quién estamos haciendo todas estas maniobras un tanto desagradables: para los propios cerclonianos. La esencia de la política es satisfacer a los ciudadanos. Usted sueña con un tipo de hombre, señor Captp, peor aún: con un tipo de asamblea de hombres y mujeres, cuyas acciones y deseos no sólo serían diferentes de lo que es y funciona en su sociedad, sino que seguirán diferenciándose para impulsar siempre más adelante, hacia un desierto cada vez más enrarecido, esa zona del Afuera, pura y virginal, que es según vosotros la grandeza potencial de la especie humana. ¿Me equivoco?

– Expresó mis pensamientos perfectamente.

– He estudiado atentamente sus discursos, créame. ¡Pero este tipo de hombre con el que fantasea no existe! O si existe, lo mataremos.

– ¡No volverás a matar a nadie!

–O mejor dicho, lo matarán...

–¿Quién?

– ¡Las gentes, señor Captp, el pueblo! La historia está llena de esa sublime ironía de grandes almas, revolucionarios o artistas, a quienes la sociedad que los cobijaba los asesinó. Antes de canonizarlos *post mortem*, que sigue siendo la forma más elegante de enterrarlos. Y no piense que son personas de mi rango las que preparan la tumba y colocan la lápida, ¡somos simples espectadores felices! Son los millones de pequeños miedos comunes y sin gloria los que clavan sus uñas en la tierra –oh, muy poco– tan poco que apenas consiguen ennegrecerse un dedo –pero eso es suficiente por la ley de los grandes números. Un poco de tierra sucia bajo millones de uñas, un poco de vergüenza o de miedo a que les moleste la luz del sol “que les da calor”, apenas un pequeño tirón en el tejido de siempre–lo–mismo, un indicio de un cambio de color del cielo y los ves rascando... Eso sí, alrededor del agujero siempre encontrarás gente acercando las palas. Siempre verás a los prestamistas de excavadoras enriqueciéndose, ayudantes arreglando las uñas y voces animando a todas estas hermosas personas. Pero, en mi opinión, son sólo los catalizadores de un proceso al que acompañan sin desencadenarlo.

“¡6 minutos!”, me dijo Blusq, colocando una mano y un pulgar en mi frente sudorosa, pero apenas presté atención. El tiempo se había desvanecido en el fondo de mi conciencia: había entrado por completo en la conversación.)

– Admiro a la gente de su calibre, señor Captp, porque quieren lo imposible e intentan conseguirlo, pero a veces le desprecio un poco porque aparta sus castos ojos cuando se le muestra el lado pútrido del hombre. Creen en seres excepcionales y en verdad son los otros los que hacen la historia. Yo creo en la ley de los grandes números, en la estadística y en los agregados de los pequeños miedos de la gente pequeña. Porque ellos son la historia. Y los que devuelven a quienes logran algo y lo que han hecho a la proporción correcta, gregaria y dócil de nuestras sociedades bondadosas, que los mortales como yo gobiernan y regulan. Aceptar siempre será más fácil, más seguro y más agradable que aplazar– y una vez más funciona, se mantiene, ¡ha demostrado su eficacia!

– ¡Cuestión de educación, A! Aumenta tus habilidades...

“... para desconfiar de la humanidad”, murmuró Kamio, que no perdía el ritmo de la conversación, y de quien no veía más que una sombra oscura en el espacio. En el momento en que Boule me tocó el hombro para animarme, me di cuenta de que estaba disfrutando mucho de esta conversación. Tal vez al exponer todas estas ideas que eran nuestras, tal vez al escuchar a A justificar los asesinatos de

su gobierno de manera tan clara y tan cínica, dándoles tal lógica, que entendí y que casi me fascinó, encontré frase tras frase razones adicionales para el acto desproporcionado que primero había imaginado con furia y que se me apareció ahora, al enfrentar nuestras visiones del poder y del hombre, como el golpe de gracia de una lucha despiadada que, con la cortesía de caballeros del lenguaje y la intercesión de miles de ciudadanos enfrentados a través de nosotros, veníamos librando desde que nací a este mundo. No era sólo el individuo A, con todo su gobierno alfabético, el que iba a acabar en llamas, era, más allá de sus prácticas, toda una concepción baja y perezosa de la humanidad la que estaba alimentando que la Volte fuera por fin a transfigurarla y a dejar definitivamente obsoleta, ¡por lo menos durante una generación!

– En la Volte no creemos ni en vuestra represión, que sólo tiene un efecto perceptible sobre la élite, ni en los milagros de vuestra libre expresión, que sólo saca de los niños, incluso de los adultos, el jugo insípido de las normas que “ellos ingirieron”. ¡No queremos en Anarkhia vuestra opresión del consenso, del dictado de una mayoría que sólo se obtiene añadiendo pereza a la grasa! Entre la represión que bloquea, la opresión que suaviza y la expresión que fluye, estamos afinando cada día una cuarta forma para que una comunidad se gobierne a sí misma: la compresión. Que a la vez condensa y ahuyenta. ¡Escúchame atentamente, A! ¡Escúcheme!

Me invadió un ataque de furia.

– Te estoy escuchando, amigo mío...

– ¡Recuerda mi lección porque no sabes nada! ¡Nunca has sabido nada de la gente que dices gobernar! Una sociedad es un animal que corre. ¡Sólo está viva si su cuerpo comprime aire, agua y sangre! Sólo si su corazón ejerce tal presión que la sangre se precipita y vence la gravedad universal, ¡la caída de todo! Vive sobre todo si, a pesar de esta terrible presión y gracias a ella, el aire vital, esta agua crucial, encuentra la forma de silbar a través de aberturas que la devuelvan al exterior, ¡alimenten el ciclo y aumenten la energía! Pero la represión impide a la fiera beber y respirar; la libre expresión perfora estúpidamente sus pulmones creyendo que así respirará más fácilmente; y tu opresión le enseña a no correr y a caminar a paso firme.

– No estoy seguro de seguirlo, Sr. Captp...

– Hasta nosotros, nadie había creído en el poder positivo del desacuerdo. Lo habéis convertido en el enemigo de la democracia, su demonio secreto. Pero estamos empezando a demostrar, en estas ciudades que quiere destruir...

– Digamos reorganizarlas, tomar el control...

– ...ese desacuerdo es una formidable fuerza de compresión sobre el gas de las divergencias individuales. Lejos de cortar los vínculos sociales, los intensifica. Aprieta

los lazos mientras los estira. Aumenta el umbral de tolerancia hacia lo extraño y lo foráneo. Hace que la originalidad sea un valor y ya no un defecto. La brecha, la diferencia de comportamiento, el desacuerdo, siempre que los mantengamos unidos mediante la estima que un ser libre tiene naturalmente por otro ser libre, hace brotar la sangre y pone la vida en el corazón del sistema. Ya sabes cuál era el lema político de Obffs...

Estaba a punto de continuar cuando me dejó sin aliento.

– “Siempre tenemos que defender a los fuertes contra los débiles”.

–¿Qué quería decir?...

– Estaba en su expediente sobre Nietzsche...

– Sí... (un latido...) Porque son los débiles quienes, al repetir la norma, privan a los creadores de lo que pueden conseguir; los débiles que, al hacer de la sumisión y la obediencia virtud, han transformado un régimen de amos – la democracia– en una mayordomía donde los esclavos mandan a los esclavos. ¡Incluso tú que eres la cima de la pirámide, A, justificas tus asesinatos por la obediencia, la obediencia a los débiles ¡que son la última palabra en vuestra política! Es la debilidad la que crea la represión, cuando un hombre no tiene fuerzas para aguantar los colores de su prójimo, cuando su libertad le asusta y llama a

papá y a mamá, a la policía y a la ley, ¡para que pongan fin a las fiestas diurnas de los que vibran mientras él se arrastra! La volución sólo tiene un objetivo: ¡que los que puedan lo hagan! ¡Que los actuados se conviertan por fin en actores! La esencia de tu política, A, su combustible, no es el deseo de la gente, es el resentimiento. Usted lo infunde en su tibia sociedad creando brechas y distancias entre las personas. Nuestras ciudades, en cambio, ¡se alimentan de sentimientos! Irradian calor.

> ¡El capitán había superado los quince minutos! ¡En la pantalla frente a nosotros, de repente comenzó a parpadear un mapa del Cubo del gobierno! Segmentos azules invadieron gradualmente todas las habitaciones las cuales aparecieron con rápidos zaps bajo las órdenes de Blusq... ¡Lo habían logrado! ¡Lo habían conseguido, maldita sea! Detrás de mí, los expertos aplaudieron febriles y bebieron tragos antes de volver a sumergirse en sus teclados. Nuestro oxígeno ahora se difundía a través de todas las rejillas de ventilación de los veintiséis pisos ministeriales... Estaban respirando nuestro aire...

– Señor Captp, alabo su optimismo. Sin embargo, haga lo que haga, siempre permanecerá en la sociedad la aspiración al orden, esta abdicación a lo que es, este placer de la costumbre y de lo familiar cuya comprensión –y dominio– sutil o burdo, se llama poder. Soy sólo unas pocas cosas, no

me hago ilusiones. No entraré en la historia de la manera noble y llamativa como lo hicieron los emperadores de antaño. Prefiero ocupar el lugar ¡tranquilo y acordado, pero tan codiciado! que la historia, teniendo en cuenta mi función, me otorgue... y eso es suficiente. En la maquinaria del poder, como usted dice más o menos, pretendo ser un regulador. Nadie posee, nadie es dueño de la máquina. Ahí radica su fuerza y su suprema coquetería ya que sólo está formada por millones de bocas banales que humildemente pero obstinadamente exigen, con la misma voz monótona, que separemos para sus mentes confusas lo verdadero de lo falso y lo permitido de lo prohibido...

–Usted ejerce el poder, sí. Adentro. Pero nosotros liberamos a los poderes fuera. ¡Somos una matriz mágica de fuerzas fundidas!

–¡Se está volviendo algo enfático, Captp! Su volución, no lo olvide, sólo fue posible gracias al papel que queríamos que desempeñara en nuestra propia política. Podríamos haberla frenado desde su origen y nunca te habría guiado al Cubo. Pudimos aplastarte como a una mosca...

– ¿Perdón?

– ¿Alguna vez te has preguntado cómo pudiste escapar del Cubo tan fácilmente? ¿Las grandes casualidades que se sucedieron? ¿El edificio de Zork? ¿O Slift al que dejamos moverse en la parte superior sobre las vigas? ¡Te

necesitábamos, Captp! Necesidad, no de un mártir que es aún más incómodo muerto que vivo, sino de un flautista que liberase a Cerclon de la plaga que empezaba a contaminar incluso a los 3-alfabetizados. Hiciste tu parte, gracias. ¡Sacaste a todas esas ratas de la ciudad! Muchas gracias. ¡Eras tan predecible! ¡Muy bien! ¡Ha sido un verdadero placer!

> No sé cómo me veía en ese momento, pero sentí que mi cara sangraba por una serie implacable de bofetadas y puñetazos. Literalmente me tambaleé en estado de shock. Me volví hacia Boule y Kamio, cuyo aliento sentía delante de mí, y casi grité: “¡Vas a arder como una antorcha. Vas a arder, hijo de puta!”, pero en un último estallido de compostura, respiré hondo y me di cuenta de que podía responder. Pude entender desde el fondo de la humillación que me infligió y gracias a ella, por qué la Volte seguiría siendo para siempre superior a ellos. Pensó que acabaría conmigo. Pensó que me crucificaría con sus revelaciones. Pero entonces supe, con absoluta certeza, que él había perdido. Había cambiado de guardia. Que había muerto. Estaba terminado. Podría haberlo cortado con un hacha retórica, haberlo partido en tres frases, pero algo más profundo, que ya no debía nada al orgullo herido, algo humilde, conmovedor y activo, me sacó de lo más profundo

de mis entrañas.... Vi de nuevo todas las cabañas, todos los palacios orgullosos de Virevolte, vi de nuevo Horville, Magnitogorsk y Mirajeu y la rara y altiva belleza de las personas que se establecieron y crearon, que discutieron y construyeron sus vidas piedra sobre piedra, y entendí que él no sabía nada de todo esto... Iba a morir sin siquiera haberlo sabido... Saqué mi espada por última vez y casi con calma, le arranqué la cabeza.

– Señor Presidente, usted piensa y habla desde la distancia. En qué se convertirá nuestra volución, quién la autoriza, quién la recupera, quién la hace jugar como pieza de una estrategia más global, no dice nada sobre el futuro evolutivo de las personas que la experimentan. De lo que vivieron y ganaron en esta lucha, y que nadie podrá venir a quitárselo. De lejos, desde el cubo hermético desde el que se mira Cerclon, todo parece sencillo, ¿no?, risible, un *dejà-vu*. Porque la distancia borra los relieves. Visto desde un satélite, Virevolte no es más que una tirada de dados sobre un mantel rojo. No escuchamos las voces, no sabemos que cada punto del dado es una ventana. ¿Qué sabes, A, de lo que cada mujer fugitiva buscó y encontró en nuestro Afuera? ¿Qué sabrás alguna vez del oro nuevo que fluyó por sus venas, de los micromundos que nacieron, aquí y allá, en todas partes, por la simple belleza de la lucha que librábamos por nosotros mismos? ¿Qué sabrás “de cierta agua azul del color de los cielos íntimos que nos sirve, para elevarnos, como un velero planeando”?

“Será mejor que mueras con tus trajes y esa nariz seca que corta tu vieja cara como una barra de porcentaje”. Te arrepentirías demasiado. Habrás ignorado hasta el final lo que puede ser la amistad, lo que puede ser el amor, lo que vive una mujer que lleva veinte años luchando por productos antiarrugas y que abandona a padres, amigos, trabajo, ¡todo! Para venir y atornillar cuatro tablas en el Afuera. Nunca sabréis que extraña voz afrutada tenía esa niña que se había escapado de Cerclon, dejando a sus padres por la llamada y cuando vino a verme dijo: “¿Para qué sirve el Clastre, si después nos morimos?” Siempre has respirado bien, A, y siempre has dormido bien, sin tener muchos pulmones. Y nunca adivinarás qué risa ilumina el rostro de un hornauta que, después de haber pasado treinta años en tu jaula redonda, abre de par en par la puerta al cosmos y se vuelve capaz de amar la vida, sólo con su propio coraje.

– Y muchas veces es el mismo hombre quien, seis meses después, vuelve lastimosamente a Cerclon para pedir la reinscripción en Clastre...

– ¿El mismo? ¿El mismo hombre? Definitivamente me has mostrado tus límites, A. No tengo nada más que aprender de ti.

Cuando colgué, ¡hubo un aullido de alegría!

– ¡Está arruinado! ¡Carbonizado! ¡Jodido! ¡Lo tenemos!
¡Estuviste fantástico!

Boule y Kamio se arrojaron a mis brazos y los tres comenzamos a llorar de emoción y alegría. Blusq se unió a nosotros y luego dijo:

– Vámonos ahora mismo. ¡Terminemos el trabajo!

> Al amanecer, los cuatro nos dirigimos a la fábrica de oxígeno que estaba a un kilómetro de distancia. Boule guió a Captp por el brazo. Evacuamos a los trabajadores, bloqueamos la producción y cerramos todas las escotillas del suministro de oxígeno de Anarkhia. Sólo hubo que dejar abierta la tubería que ahora conectaba la fábrica con el cubo. Hecho esto, Blusq nos llevó afuera y desenroscó la rejilla del primer pozo de oxígeno que había en la trayectoria. Seis metros más abajo, una corriente azul silbaba como un arroyo. Blusq sacó una vieja caja de cerillas y nos miró sonriendo:

–¿Quién quiere hacer historia?

Boule miró a Blusq quien me miró. Entonces Captp simplemente dijo:

–¿Por qué no todos juntos?

Entonces cada uno encendimos nuestra cerilla y en el mismo movimiento la tiramos al pozo.

Nunca supimos cuál de ellas encendió el gas...

Un géiser surgió de la boca del pozo, luego el torrente de llamas se impulsó como un cohete líquido a través de la tubería. El capitán no vio temblar el suelo bajo el torpedo de puro fuego que atravesó la espesa tierra, pero lo sintió, ciertamente lo sintió hasta lo más profundo de sus entrañas.

> Sin más, subimos al gran cerro. Detrás de nosotros estaban las casas de Virevolte, todavía dormitando, mientras a nuestros pies, el sabio Horville resoplaba suavemente con las primeras luces del día. Más lejos, al final de la llanura, los oscuros edificios de Cerclon, apiñados como si temblaran, se alzaban contra un contraluz opresivo. Sostuve a Captp de la mano. De sus ojos brotó pus translúcido. Seguimos la línea de la cresta hasta encontrarnos con el eje del Cubo de gobierno. Tan pronto como estuvo a la vista, el capitán le pidió a Kamio que describiera lo que veía. El pintor contempló largamente la escena y luego dijo:

– La ciudad es gris antracita, los volúmenes flotan. Justo delante de ti gira una línea de color amarillo pálido. Al final de esta línea, ya sabes lo que suele haber: un pequeño cubo

negro mate, que alberga a un presidente y veinticinco ministros. Bueno, ahí... en cambio... tienes un pequeño volcán de cristal, increíblemente luminoso, incendiado con gas. Parece una antorcha. Las llamas son de color azul claro, su intensidad destaca contra el cielo aún incierto... Los helicópteros circulan entre la columna de ráfagas y humo que sobrevuela el cubo. Todo el resto de la ciudad es sólo un boceto, un gris casi uniforme y en el centro brilla esa furia...

– ¿No ves nada más? En medio del humo, no puedes ver...

– ¿Cópteros homicidas? Sí... Incluso hay transbordadores lanzando cortinas de arena... Hay...

> Él no lo vio, por supuesto, pero yo lo vi... Lo vi claramente a través de mis ojos huecos... Lo vi sin que él me lo dijera, sin que nadie más pudiera verlo jamás, excepto yo... El Gran Interruptor.

Pude ver claramente cómo desplegaba su estructura de hoja negra. Había nacido del vientre del fuego, como alumbrada por la alegría bruta. Su única arma era puro movimiento, puro relámpago. El destello de sus gestos sólo brilló un instante, pero todo fue cortado a la vez: cristal, viento, tierra, aire, llama, humo. Luego volvió a disiparse en volutas de ceniza... dando una última señal... Fue como una sonrisa fugaz, tan rápida que me recordó a la sonrisa de Slift.

Inmediatamente después, el sordo trueno de una explosión señaló su partida final.

– Ya no queda nada, capitán. ¡Nada! ¡Mira! El cubo se ha licuado.

> Me volví hacia Captp, que en ese momento pareció entrar en trance, como iluminado por una intuición absoluta. Buscó a Boule con la mano y dijo, transfigurado

– ¡Ya vienen, Boule, ya vienen!

¡Y el capitán ciego empezó a deslizarse por la pendiente que conducía a Virevolte! Cruzó el pedregal a toda velocidad, cayó varias veces, se levantó, pidió unas bombonas de oxígeno, agarró una bolsa y empezó a correr más fuerte, despertando a todas las casas, gritando, saludando, alertando con su voz entusiasta a los niños y mujeres que dormitaban mientras Kamio y yo, desconcertados, lo seguíamos. Ahora lo estábamos persiguiendo por los bordes anaranjados del Cráter Infinito, con una multitud de gente asombrada y estupefacta preguntándonos qué había allí ¡y nosotros sin más respuesta que la risa! Captp, Capitán rebosante de vida, divertidísimo, jovial, gorjeando y riendo mientras corría, adelantando a todo el mundo, imparable y enloquecido, Captp en persecución del salvaje, descontrolado y sublime Afuera, y a

nuestro alrededor, los virevoltes como manadas de cebras galopando con nosotros, ¡sin saber por qué! Nubes empujadas, aliento del mismo aliento, cometas despeinados vagando por el espacio tragado y dejado detrás de nosotros, en jirones de estrellas y polvo opalino, todos nosotros, de frente, corriendo hacia la meseta cárstica donde descansaba Obffs, para ver quién venía, quién llegaba desde las profundidades del Afuera inexplorado a nuestro encuentro, quién, que sólo Captp podía adivinar y sentir en el aire, quién... ¿qué futuro? ¿Qué poder nos arrancaría de nosotros mismos? Entonces, al borde mismo del horizonte, bajo el arco donde yacía Obffs, los vimos por primera vez. Tanto poder reunido en el terciopelo, tanta crueldad serena entre cada almohadilla, y sus músculos imperiales, las garras desgarrantes del espacio, camufladas en el sabroso drapeado del pelaje de las patas, la ternura sin embargo al final, un último golpe, la Volte definitiva: los tigres púrpuras.

POSTFACIO

Este libro fue escrito con un único objetivo: comprender, en Occidente, a finales del siglo XX, por qué y cómo rebelarse. ¿Contra quién? añadirán algunos como extensión, pero el interrogante ya se está deslizando, volviéndose incierto y flácido, porque la pregunta planteada por los nuevos poderes a los que cada uno de nosotros se enfrenta ahora, en nuestros cuerpos, en nuestras mismas entrañas, sin quererlo, sin salir de nosotros, dondequiera que nos situemos, altivos incluso, indiferentes o sarcásticos, esta pregunta se ha convertido en: ¿Contra qué?

El libro tiene esta pretensión, esta fría pasión, de responder. Y proponer. La Volte, cuando de repente se desconecta y se descentra, me parece una jugada anticipada que sería retirada del tablero, por aquellos que creen que la vida se esparce en alegría y en fuego denso, en la cara de quienes ordenan, distribuyen, priorizan y organizan, que anestesian y paralizan, que entristecen y pesan.

En la izquierda, al menos en Europa, la lucha contra las latas de conserva se ha extinguido. Nuestras fábricas humanas, escuelas pequeñas y grandes, producen un poco más cada año. Los que gritan tienen la voz ronca. Su hijo es agente de seguros. Su hija es ejecutiva.

Sin embargo, la próxima generación está llegando. ¡Arriba los corazones! Les deben mucho a la generación anterior, a Nietzsche, Foucault y Deleuze en particular, a Lyotard y Virilio; todavía les deben demasiado.

De lo disciplinario a lo estandarizado, de lo impuesto a lo sugerido; un poco insistente, un poco furtivo, un poco tocapelotas, lo que se opone a la vida ha cambiado de forma y función. Una sociedad de control, sí, de códigos flexibles y normas pegajosas, que calma, frena la ira, suaviza, regula y estrangula. Desvitalizante en un doble sentido: dental y vital.

Nunca hablamos tanto de algo como cuando desaparece, sugiere Baudrillard. Y así ocurre con el fascismo residual. ¡Olvídese del FN y sus tonterías, pero de verdad, maldita sea! Y miremos hacia adelante, quién viene hacia nosotros: los socialdemócratas... ¡Sonríe, estás controlado! Ya no se trata de ladrar, sino de entrar, con el salario mínimo de crecimiento, en la dilación ilimitada de las sociedades seguras.

Nacida en 1969, mi generación no tiene nada de espontánea: demasiado pesada, demasiado vieja con

apenas veinte años, ya aburguesada, incluso o sobre todo con un enemigo. Yo mismo, a los treinta años, sé, al experimentarlo, que la guerra de guerrillas comienza contra mí, finalmente contra el *alter ego* que han impregnado en mi estómago, y que busca sus pantuflas, sus hijos y su pareja tranquilizadora, que se queda dormido frente a Internet y me pone almohadones a la espalda cuando quiero levantarme sobre mis pies sólo para ver, eh. Para mantener algo de perspectiva sobre la cansada guerra de los glotones.

Primero dediqué este libro a los “anars”, de todos los países y de todas las tendencias, a la extrema izquierda y a todos los activistas; en resumen, a todos aquellos cuya revuelta va más allá del perímetro de su piel. Pero todavía era demasiado fácil o demasiado tarde. Vinculada a un régimen de poder, la revuelta hoy se encuentra desnuda frente a lo que la aliena, la enquistada y la diluye. Entonces, ¿qué es esto? Buscamos nombres para ello: ultraliberalismo, neocapitalismo, globalización, criptofascismo, pero estos son nombres antiguos para un enemigo externo, cuando la lucha primero tiene lugar interna y vagamente, en cada persona, pero es transmitida por todos (todos llevamos un policía dentro...).

¿La revuelta, entonces, es ahora un asunto personal? Al contrario, hombre, es colectiva, y desde las entrañas, desde el agarre carcelario–visceral que te atenaza. Sólo saldremos

de esto juntos, conectados, tomándonos de la mano, hablando nuestros idiomas y alzando nuestros colores, bailando, dando volteretas, alegrándonos, golpeando nuestros ritmos bastardos de pasto de verano y tierras altas.

Es difícil de explicar la Volte. Cuando ya no nos preparamos, cuando escapamos de los quejicas y de la reacción, pero no para participar en la feria de los demonios sociales, sino para joderlos, con nuestros dados, sacando combinaciones activas: jugar-disfrutar.

El nomadismo mismo, ya lo han hecho un estribillo, para su existencia portátil y de comer de todo. Sin embargo, el movimiento permanece, para quienes se aferran a él, y la desviación, la deriva de quienes huyen y los hacen huir, los arrancan del egocentrismo, incluso si eso significa dejar que su muda se desprenda lejos de casa, Todavía está ventral y atado entre los beduinos que estamos, a la izquierda de toda la izquierda, excluido hacia el oeste, sí, libre y vibrante, mirando...

Me tomó mucho tiempo entender lo que no podía soportar de este mundo. Dejé un libro cinco años. Ahora lo sé, bastante mejor que antes, la especie humana, en los países ricos, está a punto de convertirse en invertebrada. Intuición bastante extraña, ¿no? ¡Cíñete a tu columna y sigue su flecha, gótico! Hace mucho tiempo, se extendía en la parte inferior mediante una cola, para mantener el equilibrio y saltar. Desde entonces, se ha soldado en la parte

superior, debajo del cráneo, y nos mantiene derechos y verticales, de modo que podemos ver un poco más allá de la langosta.

Podría seguir. Todos somos así, escritores: es imposible dejar el libro: la última página siempre sangra y tarda mucho en coagularse...

Pero puedo ver desde aquí a Mathias y Olivier, el montador, que va a cortar, como en el cine. Un fundido, dirán. ¡Chico fundido! Tienen su propia razón.

Pero a mí me hizo bien.

¡Salud, luchadores!

Bob Volte, año 2000.

Puesto que he dejado este libro, pensado como una espada, para su tercera edición, para reemplazarlo en mi fragua –menos para endurecer que para afilar la hoja–, permítanme, hermanos de armas, utilizarlo para destripar una noticia que nos acerca, con pasos apresurados pero seguros, a un Cerclon cotidiano.

Empecé *La Zona* en 1992, en Kiev, a los 22 años. Pensé que podía ver lejos, estar adelante... Hoy el ADN sirve para encontrar un patinete robado, el móvil nos localiza el parquímetro más cercano y, en la calle, te piden por un altavoz que recojas un papel tirado porque tu ciudad (inglesa) está plagada de cámaras... Con chips RFID, que pronto se incluirán en cada producto, son los zapatos los que te indicarán cuándo están lo suficientemente usados como para que hagas una nueva compra. No sólo neutralizaron a Rimbaud, mediante el reciclaje masivo. Inventaron al hombre de las suelas de rebajas.

Afortunadamente, la política está avanzando gracias a los consultores. Afectando madura y lentamente. Ya no manipulamos sólo palabras, imágenes y acontecimientos. Estamos trabajando ahora en el timbre de las voces y su entrega, la respiración y los silencios, en los gestos del candidato, en las posturas inconscientes... A partir de un

pitbull seco y escalofriante cuyos colmillos castañeteaban con cada sílaba, hacen en seis meses un labrador rojo y azul con una voz profunda y tranquila que continuamente nos ladra sobre la Francia del mañana. Yo lo llamo narcosis Sarkozy. Es vuestro sueño lo que lo mantiene, ciudadanos, cuando no es vuestro propio deseo de líderes, padres y mandos. ¿Estoy exagerando, porque no acepto que nos “administren” (dicen) para luego pisotearnos mejor? La libertad no es monopolio de los ricos. Simplemente lo importante es recuperar el control juntos.

Para mí la libertad es ese exterior, ese interior de cada uno de nosotros, del que quienes nos dirigen quisieran hacer una Zona. O mejor: una norma.

Sepamos abrirnos para agrandar este bolsillo que es pulmón –y viento pulsante–. Atrevámonos incluso, a veces, a ensanchar la cicatriz y rechazar el capullo consumista, los consuelos y los tratamientos.

Porque duele ser libre.

Alain Damasio
18 de febrero de 2007.



ACERCA DEL AUTOR

Alain Damasio nació en Lyon. Su padre era un reparador de carrocerías por cuenta propia, mientras que su madre era agrégée d'anglais (un logro académico de alto nivel). Damasio se graduó de la escuela secundaria con especialización en ciencias. Luego aprobó el examen de ingreso a la ESSEC Business School, una de las mejores escuelas de negocios de Francia, que abandonó en 1991 sin graduarse. Luego emprendió dos retiros solitarios para escribir, residiendo primero en Vercors (Francia) y luego en Nonza (Córcega, Francia). Sus obras se han centrado en gran

medida en la política futurista e incorporan importantes elementos de ciencia ficción y fantasía.

De joven escribió muchos cuentos. Su primera obra de ficción de larga duración fue *La Zone du Dehors* (*La Zona del Afuera*), una novela futurista que trata sobre un modelo de sociedad bajo control sobre un modelo democrático (inspirada en las obras de Michel Foucault y Gilles Deleuze).

Su segunda novela fue galardonada con el Gran Premio de Escritura Imaginaria en 2006, en la categoría de obras de ficción: *La Horde du Contrevent* (Los Caminantes del Viento). Esta novela viene con una banda sonora compuesta por Arno Alyvan. Fue un gran éxito y vendió 400.000 copias. Este libro se cita periódicamente como una lectura obligada entre los esenciales de la Ciencia Ficción francesa.

En 2009, escribió *La Rage du sage* (ensayo político y poético sobre nuestro tiempo) para el single gratuito *Memento mori* del grupo Sliver.

Alain Damasio también escribió *Los caminantes del viento*, una serie de animación basada en *La Horde du Contrevent*, dirigida por Jan Kounen y dirección artística de Marc Caro. El proyecto no vería la luz por falta de financiación.

En 2017, colaboró en la producción de las secuencias sonoras mensuales, Man'track, transmitidas por Phaune Radio.

Luego trabajó en una novela, *Les Furtifs*, que describe una “sociedad de control horizontal, donde todos controlan a todos a través de las redes sociales [...]”. La novela se lanzó en librerías en abril de 2019.

En marzo de 2021 publicó una novela corta para niños, *Scarlett y Novak*, con Rageot, que explora nuestra dependencia de las nuevas tecnologías.

RESEÑAS CRITICAS Y COMENTARIOS

Publicamos algunas reseñas y comentarios referentes a *La Zone du Dehors* de Alain Damasio, extraídas de la Red, para aquellos lectores que estén interesados en el universo de “La Zona”.

LA ZONA EXTERIOR, DE ALAIN DAMASIO: UNA IMAGINACIÓN CONTRAUTÓPICA DE LA VIGILANCIA URBANA

Pierre Le Brun

<https://villerenouveleevillecontestee.wordpress.com/pour-completer/la-zone-du-dehors-dalain-damasio-un-imaginaire-contre-utopique-de-la-surveillance-urbaine/>

La investigación de campo realizada en 2015 en Lyon sobre la videovigilancia, se centró en la cuestión de las representaciones y las relaciones de los habitantes de la ciudad con la vigilancia. Por tanto, nos pareció fértil completar este estudio con una aproximación al imaginario

urbano. Hemos elegido aquí analizar *La Zone du Dehors*, la primera novela de Alain Damasio, publicada por primera vez en 1999. Se trata de una geoficción distópica en la que la cuestión de la vigilancia ocupa un lugar importante, por lo demás crucial. La novela de ciencia ficción se construye, al menos en parte, mediante la extrapolación de hechos sociales observados por su autor. En una entrevista concedida a *Hors Série* el 16 de diciembre de 2015, Alain Damasio vincula así su obra a la “ciencia ficción blanda” (“soft science” que designa, en inglés, a las ciencias humanas), que define como una “ciencia ficción cuyo objetivo y desafío es extrapolar las tendencias sociales, sociológicas y psicológicas de las tecnologías en el día a día y en el futuro”. De este modo, el autor vuelve a anclar la ficción en un marco muy real que justifica su estudio en apoyo de nuestra investigación. Además, la reflexión teórica que inspiró a Alain Damasio a escribir su novela se nutre de referencias también utilizadas en nuestro estudio (la obra de Michel Foucault y Gilles Deleuze en particular). Por lo tanto, hemos centrado nuestra reflexión aquí en los aspectos del trabajo vinculados a la cuestión de la vigilancia, tema al que no debería reducirse *La Zone du Dehors*.

La acción de *La Zona del Afuera* se desarrolla en una colonia humana futurista llamada “Cerclon I”, establecida en un satélite de Saturno. La sociedad cercloniana está enteramente concentrada en una ciudad de siete millones de habitantes situada en el corazón de un desierto mineral,

hostil y casi inhabitable. Cerclon I toma así la forma de un oasis de prosperidad, protegido y gestionado democráticamente, que recuerda en ciertos aspectos a la isla de *Utopía* de Tomás Moro. La producción y distribución de recursos se regulan electrónicamente. El lugar oficial de cada cercloniano en la jerarquía social depende de la opinión expresada sobre él en forma de notas por todas las personas con las que interactúa. Se satisfacen las necesidades básicas de todos los ciudadanos, independientemente de su estatus social. Finalmente, la ilegalidad y la incivilidad son casi inexistentes. Sin embargo, los personajes principales de la novela coinciden en condenar a Cerclon, a la que describen como una sociedad desvitalizada debido a la supervisión, la vigilancia y el entretenimiento. Así, Cerclon se establece como una ciudad contrautópica cuyo funcionamiento adecuado depende en gran medida de un control ampliado de su población. Significativamente, la acción comienza en 2084.

La imaginería de Cerclon se inspira en la obra de Michel Foucault y Gilles Deleuze, ambos citados explícitamente (en particular en el capítulo V: “Le Clastre “ y en el “Postfacio a la primera edición”). En *Vigilar y castigar*, Michel Foucault traza una historia de las formas de gestionar el cuerpo de los castigados por crímenes o faltas (Foucault utiliza la expresión “economía del poder de castigar”). Desarrolla la idea de un recurso creciente, en las sociedades occidentales a partir del siglo XVIII, a lo que él llama disciplina. Mientras que las

economías anteriores del poder de castigar apuntaban a asustar o disuadir a los criminales, la disciplina busca más bien aumentar la docilidad y la utilidad de aquellos sobre quienes se ejerce.

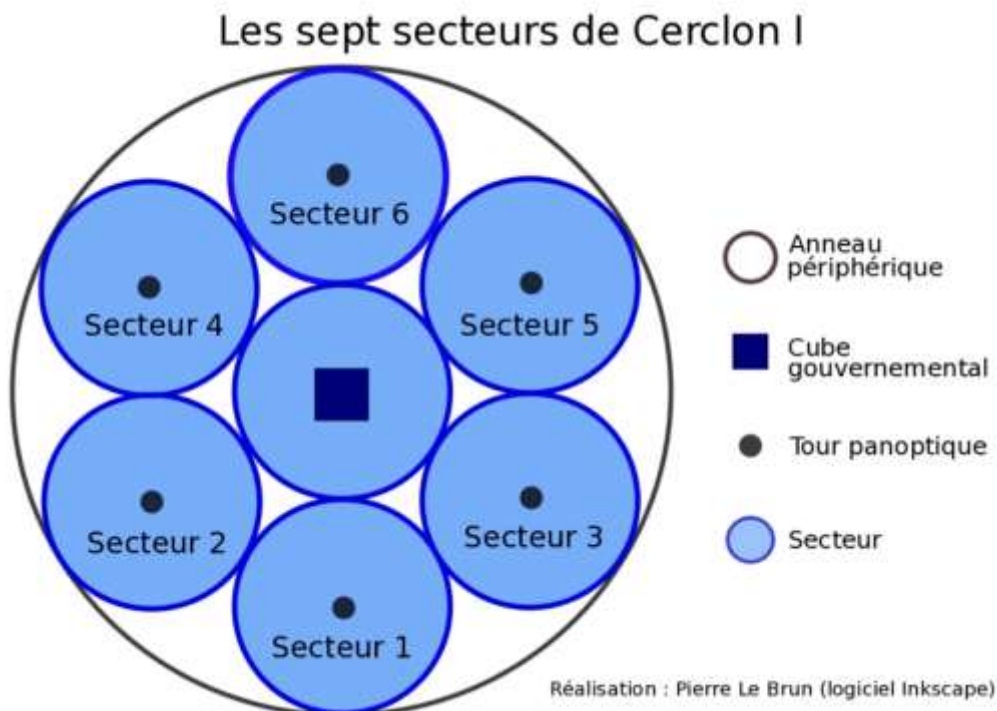
“Las disciplinas son el conjunto de minúsculas invenciones técnicas que han permitido aumentar la magnitud útil de las multiplicidades reduciendo las desventajas del poder que, para hacerlas precisamente útiles, debe gobernarlas” (*Vigilar y Castigar*, p. 222.)

El poder disciplinario se ilustra mejor a través del modelo panóptico, inspirado en el Panóptico de Jeremy Bentham. En el Panóptico, un lugar de confinamiento, los individuos se saben visibles por los supervisores sin tener nunca la certeza de ser observados. Esta ambigüedad lleva a los individuos monitoreados a controlar constantemente sus propias acciones. El panopticismo constituye, por tanto, la utopía del poder sin obstáculos porque es interiorizado por los individuos.

En esto, se compara repetidamente a Cerclon I con una prisión. Su morfología y arquitectura permiten una vigilancia casi permanente de cada individuo. Cerclon, como su nombre indica y a la manera del Panóptico de Jeremy Bentham, está construido sobre un modelo circular: toma la forma de un gran círculo dividido en siete sectores que también son circulares.

“Mi llegada a Cerclon, el terrible impacto del alunizaje cuando los círculos, los siete estrechos círculos del cacareado “paraíso” aparecieron, bajo el suelo vitrificado de la lanzadera –y mi padre que intentó velar el acceso a la terrible decepción que llegó hasta sus entrañas, mi padre que no podía entender la prisión urbana”. – *La Zona Exterior*, pág. 455.

El círculo, de hecho, permite optimizar la vigilancia homogeneizando el espacio y facilitando la circulación de la luz (principio fundamental del panopticismo). Las torres panópticas, situadas en el centro de cada sector y dominando los edificios que las rodean, permiten a los ciudadanos celosos vigilar a cualquier individuo considerado sospechoso.



“Cada sector tenía su torre que, si bien estaba ubicada justo en el centro y dominaba por su tamaño a todos los demás edificios, tenía la particularidad de que nunca nadie hablaba de ella. (...) [Las torres panópticas] estaban abiertas a todos (...). Desde el décimo [piso], alrededor del perímetro, frente al ventanal, se habían instalado unas cincuenta cabinas, cerradas con puertas, en las que cabía una persona. (...) Nos sentamos a la mesa, ajustamos los binoculares y comenzamos a otear el horizonte.” – *La Zone du Dehors*, pág. 104–109.

Los cerclonianos saben así que potencialmente están siendo vigilados constantemente, lo que contribuye a una cierta forma de autocontrol. Sin embargo, las torres panópticas no constituyen la principal modalidad de vigilancia. Este es principalmente el trabajo de la policía, mediante el uso de tecnologías de videovigilancia. La vigilancia es, por consiguiente, automatizada y móvil y, por tanto, descentralizada.

El artículo de Gilles Deleuze titulado “Posdata sobre las sociedades de control” (1990), también una de las principales inspiraciones teóricas de la novela, completa la perspectiva foucaultiana. El filósofo constata, en las sociedades occidentales después de la Segunda Guerra Mundial, la sustitución del disciplinamiento por lo que él llama “control”. Mientras que la disciplina está vinculada a lugares cerrados dentro de los cuales se observa, modela y utiliza a los individuos, el control se aplica a espacios, redes

y flujos abiertos. Esto conduce en particular al uso de seguimiento electrónico y procesamiento masivo de datos. En la “Posdata a la primera edición”, Damasio sitúa explícitamente su novela en la línea de la reflexión deleuziana:

“De lo disciplinario a lo normativo, a lo mortinato, a lo lúgubre, de lo represivo a lo “integral”; de lo impuesto a lo “propuesto”, un poco insistente, un poco disimuladamente (...), lo que se opone a la vida ha cambiado de forma y de función. Sociedad de control, sí, de códigos flexibles y normas pegajosas, que calma, frena la ira, suaviza, regula y estrangula.” – *La Zone du Dehors*, pág. 646.

La videovigilancia exterior encaja plenamente en este marco ya que permite, según Damasio, la identificación y la trazabilidad de los habitantes de Cerclon. La ansiedad por la videovigilancia también está presente en la frase inicial de la novela: “La cámara voladora nos había estado siguiendo desde que entramos en la circunvalación”. La videovigilancia cercloniana está disponible en varios procesos. Las cámaras fijas escanean las calles principales pero descuidan las calles pequeñas. Varios drones recorren la ciudad. Las primeras páginas ofrecen una descripción de la videovigilancia de la frontera entre Cerclon y la “Zona del Afuera” (que designa el espacio situado fuera de la ciudad):

“El anillo [periférico] (...) son doscientas cámaras voladoras, una cada kilómetro, y doscientas fijas. (...) Los postes de la Línea: arriba, una cámara panorámica, modelo Arach 16, ángulo de cobertura de 150 grados, totalmente giratoria, 10 grados por segundo –en 36 segundos da la vuelta. (...). Bien, ahora, justo enfrente de la línea de diodos rojos, hay un riel. Una cámara deslizante pasa por este carril cada cuarenta segundos. (...) Finalmente, el último peligro: los sinuosos. Se trata de cámaras voladoras, drones autoportantes, algunos científicos, otros de vigilancia, que recorren los alrededores de la Zona Exterior durante toda la noche. Pueden ir en cualquier momento, a cualquier lugar, dar la vuelta, volver, una verdadera tortura...” – *La Zone du Dehors*, p. 19–20.

Además, se instalan cámaras en ratas robóticas (las “cameratas”) que deambulan por los pasajes subterráneos en busca de posibles delincuentes que puedan haber buscado refugio allí. Los “cyborgatos” anónimos (“esos gatos que el gobierno operó para injertar en sus cráneos un sistema de vigilancia autónomo” –p. 306) están dispersos por todos los hogares. También se pueden injertar nanocámaras en los nervios ópticos de personas sospechosas o convencidas de estar vinculadas a redes ilegales. Así, la videovigilancia, a través de su progresiva inscripción en los seres vivos, tiende progresivamente a mimetizarse con el entorno mismo de los habitantes. La

videovigilancia parece así ser el instrumento de compleción panóptica. Todo cercloniano que sea consciente de la existencia de este tipo de tecnología puede pensar en sí mismo en cualquier momento bajo el ojo de una cámara. Por último, Alain Damasio imagina la posibilidad de identificar automáticamente a cualquier individuo a partir de una fotografía de una parte de su cuerpo mediante la movilización de vastas bases de datos que enumeran información morfológica recopilada dos veces al año para cada ciudadano. En esto, es el propio cuerpo de los cerclonianos el que actúa como identificador.

La democracia cercloniana, constituye uno de los fundamentos. De hecho, Cerclon I parece estar más cerca del modelo de “Estado de seguridad social” (analizado por Andrea Rea, 2007) que de un Estado penal. De hecho, la seguridad frente a actos ilegales se establece como un derecho social en sí mismo. La seguridad penal se suma así a la seguridad social.

Estos derechos sociales ampliados constituyen la base de la democracia de Cerclon en el sentido de que ofrecen a los ciudadanos la libertad necesaria para hacer uso de sus derechos políticos (sólo es posible participar pacíficamente en la vida de la Ciudad cuando uno está libre de temores sobre sus propios bienestar y derechos). Y a la inversa, la democracia legitima la videovigilancia ya que sólo reprime actos democráticamente reconocidos como ilegales. Así, la omnipresencia de la videovigilancia funciona como una

objetivación del orden democrático. La asociación entre democracia y seguridad se ve reforzada en gran medida por la acción de diversos discursos políticos, mediáticos o publicitarios.

Así, la ciudad de Cerclon constituye una distopía urbana que toma la forma de un vasto sistema espacial legítimo en el que la vigilancia, y especialmente la videovigilancia, desempeñan un papel protagonista. De esta manera, corresponde a la definición del término dada por Michel Lussault en el Diccionario de geografía y espacio de las sociedades: “Disposición espacial producida por un actor(es) con alto capital social, dotado de una función operativa y normativa”. El sistema de vigilancia cercloniano es el trabajo conjunto de responsables públicos y actores privados (la empresa “Défordre”), apoyados por los principales medios de comunicación. Su objetivo es reforzar el autocontrol de la población cercloniana. La vigilancia constituye una de las dimensiones importantes de las sociedades de control al promover la gestión de los residentes por parte de sus líderes.

La Zona Exterior, sin limitarse a ella, se esfuerza por mostrar cómo la ultravigilancia puede contribuir armoniosamente a la regulación de las sociedades socialdemócratas. Con esto, Alain Damasio completa la obra de George Orwell, 1984, esta vez señalando que la amenaza ya no es un régimen totalitario sino los “rasgos bondadosos de la socialdemocracia” (contraportada).

La Zona Exterior ofrece así una perspectiva crítica de las sociedades occidentales contemporáneas, dentro de las cuales la videovigilancia desempeña un papel regulador social y político.

Sin embargo, cabe señalar que el propio Alain Damasio se mostró crítico con determinados aspectos de *La Zona del Afuera*. Admite así, en su entrevista concedida a *Hors Série*, que su reflexión sobre la videovigilancia panóptica no refleja la dinámica reciente en este ámbito. La trazabilidad de las personas sería cada vez menos el resultado de una vigilancia activa y más del procesamiento de datos transmitidos constantemente por cada persona a través de sus principales herramientas tecnológicas (teléfonos inteligentes, GPS, etc.).

BIBLIOGRAFÍA

Damasio Alain, 2009 (1.^a ed. 1999), *La Zone du Dehors*, París, Gallimard, coll. "Folio SF", 656p.

Deleuze Gilles, 1990, "Posdata sobre las sociedades de control", *L'autre Journal*, N°1 [disponible en línea: http://aejcpp.free.fr/articles/controle_deleuze.htm].

Foucault Michel, 1975, *Disciplinar y castigar*, París, Gallimard, 319p. [disponible en línea: http://monoskop.org/images/2/22/Foucault_Michel_Surveiller_et_Punir_Naissance_de_la_Prison_2004.pdf]

Lévy Michel, Lussault Michel (dir.), 2003 *Diccionario de geografía y del espacio de las sociedades*, Belin, 1033p.

Rea Andrea, 2007, “Las ambivalencias del Estado de seguridad social”, *Lien social et Politiques*, N°57, pp. 15–34 [disponible en línea: <http://www.erudit.org/revue/lsp/2007/v/n57/016385ar.pdf>]

LA FRONTERA, ¿UNA PRECONDICIÓN PARA LA LIBERTAD?

LA FICCIÓN DE LA FRONTERA EN *LA ZONE DU DEHORS* DE ALAIN DAMASIO

Aurélien Ménard

Artículo en formato PDF:

<https://revuepostures.com/sites/postures.aegir.nt2.uqam.ca/files/mena-rd-17.pdf>

Fue en 1992 cuando Alain Damasio empezó a escribir la que se convertiría en su primera novela: *La Zone du Dehors*. Fruto de una larga gestación, el texto fue publicado por primera vez en 1999 por Cylibris, antes de ser revisado en una segunda versión, publicada por La Volte en 2007. Como afirma Damasio en el “Postfacio a la primera edición” (Damasio, 2009, pp. 645–648), sus lecturas de Deleuze y Foucault habrán influido mucho en ella. Su proyecto inicial

tendía a extrapolar los sistemas de dominio y vigilancia sacados a la luz por estos autores. Diez años después, la realidad parece haber alcanzado a la ficción, como señala el propio autor en el epílogo de la segunda edición de la novela:

Pensé que podía ver lejos, estar delante... Hoy el ADN sirve para encontrar un patinete robado, el móvil nos localiza el parquímetro más cercano y, te piden por un altavoz que recojas un papel tirado en la calle porque tu localidad (inglesa) está plagada de cámaras... (ibid., p. 649)

En efecto, al situar la acción de su novela en el año 2084, Alain Damasio creía estar desarrollando una historia que, si bien permitía observar con preocupación el avance del progreso técnico y científico, seguía estando en el ámbito de la ficción. Sin embargo, han pasado más de veinte años y este universo ahora nos parece extrañamente familiar.

La Zona del Afuera está ambientada en la ciudad de Cerclon, construida sobre un satélite de Saturno después de que la Tierra fuera devastada por la Cuarta Guerra Mundial. Erigido como reacción a los procesos destructivos de los gobiernos de la Tierra, Cerclon se presenta a primera vista como una perfecta socialdemocracia; perfección posible gracias a los avances tecnológicos. Así, la ciudad se administra a través de equipos informáticos (el “Terminor”) que permiten controlar y gestionar, del modo más eficiente

posible, tanto la producción industrial y el suministro energético como a la propia población.

la sociedad cercloniana se estructura en torno a un proceso de nomenclatura razonada que permite regular las distintas “clases” que la constituyen: el “Clastre”. Este último distribuye a la mayoría de la población en cinco grupos que van desde los 5–alfabetizados hasta los 1–alfabetizados. La clasificación depende del Clastre pero también el nombre es la identidad de cada persona. Así, a cada ciudadano se le asigna una “denominación oficial” (ibid., p. 13), compuesta de una a cinco letras y que refleja el valor y la posición social de los ciudadanos. En la cima de la pirámide social se encuentran, por tanto, los 1–alfabetizados, la “clase” gobernante, es decir, el presidente (“A”) y sus veinticinco ministros (“B”, “C”, etc.) y en la base los 5–alfabetizados (trabajadores, funcionarios y desempleados). Sin embargo, esta estricta jerarquía sigue siendo temporal, ya que la situación de los cerclonianos se reevalúa cada dos años mediante pruebas y dispositivos técnicos que calculan el valor de cada ciudadano. Bajo la fortaleza de esta emulación social competitiva, el proyecto utópico de Cerclon parece deformarse.

Porque, de hecho, Alain Damasio elige revelar este universo a través de la mirada crítica de diferentes personajes vinculados a un movimiento subversivo, La Volte. A través de la polifonía narrativa que nos muestran CAPTP, KAMIO, SLIFT y otros, entenderemos rápidamente que su

objetivo no es tanto tomar el poder como despertar las conciencias de los cerclonianos y empujarlos a desarrollarse como personas y a distanciarse del poder central con estilos de vida alternativos. Multiplicando puntos de vista, *La Zona del Afuera* es, por tanto, la historia de esta lucha cada vez más radical por una vida que los protagonistas creen mejor. En efecto, si las primeras acciones políticas de la Volte se redujeron a discursos pregrabados y a la instalación de “clamores” (“una bolita del tamaño que una uña, que puede registrar diez segundos de sonido y reproducirlo cada vez que un ser vivo pasa por un radio de seis metros a la redonda” (ibid., p. 242)), los voltes no tardarán en tomar medidas más violentas contra el sistema (fijación de cuchillas en puertas automáticas, piratería de “bioware”). Estos ataques culminarán con el asalto a la torre de televisión durante el cual se capturará a CAPTP (o Capitán, el profesor universitario que desempeña el papel protagonista principal). Tras el voto de la población, CAPTP será condenado a reclusión, y por extensión a morir, en el Cubo, una especie de vertedero monumental de residuos radiactivos y metales pesados. Contra todo pronóstico, logró salir de esa vorágine antes de unir a parte de la población a la causa de la Volte. La alternativa se instalará entonces en el “Afuera”, la parte deshabitada del satélite, alejada del poder.

La Zone du Dehors es, por tanto, la historia de una lucha contra un poder fuerte considerado por los narradores totalitario. Este totalitarismo sería el resultado de un cierto

progreso en la ciencia y la tecnología. Entonces, más allá del proyecto antiutópico que constituiría Cerclon, ¿no propone Alain Damasio una verdadera utopía tendente a deconstruir los mecanismos de este régimen totalitario? Jacques Goimard, antólogo y crítico de ciencia ficción, definió el género de la antiutopía en estos términos:

Parte de la idea de que el progreso científico y técnico aumentará las contradicciones en la sociedad y conducirá a rupturas. En una segunda fase, aparece la idea de que estas rupturas no serán suficientes: el progreso mismo conducirá a una adaptación de la sociedad y a una desnaturalización de la humanidad. Sólo Orwell representa una tercera etapa: la evolución de la sociedad puede destruir no sólo al individuo, sino también al progreso mismo. Grandes constantes recorren estas aventuras: la tiranía social multiplica sus usurpaciones, la libertad está en retroceso; el universo descrito es un universo cultural donde la naturaleza apenas aparece, salvo bajo la forma de la naturaleza humana torturada en cada individuo (Goimard, 2002, p. 79).

Al igual que textos como *1984* o *Un mundo feliz*, la novela de Alain Damasio ofrece a su lector la exploración de una sociedad tiránica y totalitaria. Sin embargo, esta última se diferencia de sus predecesoras por la forma que adopta el totalitarismo allí escenificado.

El poder cercloniano actúa de manera insidiosa y no se deja percibir como un poder totalitario. En un ensayo titulado *La Vie vivante, Contre les nouveaux pudibonds*, Jean-Claude Guillebaud propone realizar una reflexión sintética sobre el impacto de las nuevas tecnologías y las modificaciones que provocan en las relaciones que el hombre mantiene consigo mismo y con el mundo. Para el ensayista, esta nueva prevalencia de las tecnologías estaría en el origen de una crisis. Comienza su reflexión afirmando que: “todos comprenden, o adivinan, que se está produciendo un giro decisivo en la aventura humana” (Guillebaud, 2011, p. 12). Más adelante identifica esta inflexión: “estamos entrando en una era de nomadismo total, estamos ante una movilidad que se ha convertido en un principio organizador ya que abarca el pensamiento mismo. La itinerancia de los humanos se ha vuelto ontológica” (ibid., p. 14). El nomadismo y la itinerancia se expresaron primero en términos puramente físicos (pensemos en el desarrollo del ferrocarril en el siglo XIX o en el de la aviación durante el primer tercio del siglo XX) antes de comprometerse de manera desmaterializada: la llegada, a partir de los años 1970, de La sociedad de la información y las redes. Desde entonces, el progreso tecnológico ha seguido impulsando cada vez más el principio mismo del nomadismo. La convergencia tecnológica tiende así a desdibujar cada vez más los límites entre naturaleza y cultura o incluso entre hombre y máquina.

Esta movilidad se revela entonces como una modalidad de progreso tecnológico. *La Zone du Dehors* se presenta como la deconstrucción de una sociedad singularmente marcada por este progreso, será entonces interesante preguntarse si la transgresión de fronteras no tiene una influencia directa en el tipo de gobierno descrito. Más concretamente, nos preguntaremos: ¿cómo tiende la novela de Alain Damasio a mostrar que la disolución de un cierto número de fronteras marca simbólicamente la presencia de un poder totalitario?

En primer lugar, conviene aclarar qué entendemos por régimen totalitario volviendo a la posición de Cerclón. De hecho, la ciudad se presenta como un espacio cerrado sobre sí mismo. Fuera de Cerclon sólo existe el Afuera, un lugar salvaje y deshabitado, que el poder cercloniano se niega a reconocer: “El Afuera, jurídicamente, no existía” (Damasio, 2009, p. 14). Cerclon niega todo lo externo a él. Lo mismo ocurre con la Volte que, incapaz de hacer circular sus ideas únicamente en el nivel del discurso político, tendrá que decidirse a implementar acciones violentas para vivir como un movimiento de oposición. Por tanto, fácilmente podríamos aplicar a Cerclon la máxima formulada por Benito Mussolini el 26 de mayo de 1927: “Todo en el Estado, nada fuera del Estado, nada contra el Estado” (Traverso, 2001, p. 20).

En consecuencia, si se niega la oposición, la violencia intrínseca de cualquier organización estatal deja de utilizarse al servicio de operaciones de represión u opresión. Ya no

pretende ejercerse directamente sobre el cuerpo del ciudadano, deja de ser violencia contra los cuerpos. Es en esta dirección que parece ir Hannah Arendt cuando escribe: “el terror ha dejado de ser un medio para eliminar la oposición política, se ha vuelto independiente de ella y reina absolutamente cuando ya no encuentra ninguna forma de oposición en su superficie, en su camino” (Arendt, 1990, p. 101).

El Estado totalitario tal como lo concibe Arendt, por tanto, no se afirma ejerciendo la violencia corporal, ya que no la necesitaría. El terror por sí solo sería suficiente para mantener a los individuos en cierta apatía. Damasio, sin embargo, llevará este principio a una nueva etapa. Como Captp explicará a sus alumnos:

Es precisamente el punto fuerte de un sistema como el Clastre [...] el parecer tan eficaz como inofensivo. Sin embargo, se ha convertido en una ley en nuestras sociedades: cuanto más eficaz es un poder, menos se manifiesta como poder. No sólo ha renunciado a las limitaciones físicas durante un siglo, sino que ahora evita cualquier tipo de mandato, orden imperativa o prohibición formal. [...] Para usar una palabra de Foucault, son aparentemente tanto menos “corpóreos” cuanto más hábilmente “físicos” (Damasio, 2009, p. 192).

Esta diferencia entre lo corpóreo y lo físico se refleja en este cambio de actitud del poder. De hecho, su ejercicio ya

no se hace directamente sobre el cuerpo, sino que actúa aún más profundamente, inscribiéndose el predominio del poder en la carne, en las emociones mismas: alegría, miedo, terror. “[...] si la ley es la esencia del gobierno constitucional o republicano, el terror constituye la del gobierno totalitario” (Arendt, 1990, p. 101). Esta característica del totalitarismo la encontramos en la presencia de la frontera, “la Línea”, que separa a Cerclon del Exterior. Cruzarla no es condenable y cada uno es libre, si lo desea, de cruzar la frontera y poner un pie en el suelo del Afuera. Sin embargo, la Línea sigue estando fuertemente equipada con equipos de vigilancia. Captp identifica, entre otras cosas, “doscientas cámaras voladoras [...] y doscientas fijas”; “una docena de informantes potenciales”; “Los postes de la Línea: en lo alto una cámara panorámica” (Damasio, 2009, p. 19). Por lo tanto, la frontera no puede cruzarse clandestinamente y cualquiera que salga fuera correría el riesgo de ser asimilado a un “potencial delincuente” (ibid., p. 25), ya que abandona el Estado. El terror se ejerce entonces desde el punto de vista de una cierta doxa que dictaría que nadie necesita salir de los límites de Cerclon ya que ésta satisfaría todos los deseos de los ciudadanos. Además, cualquiera que cruzara la frontera sería considerado anormal y desviado porque revela sus “disposiciones rebeldes” (ibid., p. 25). El terror aquí proviene de cierta violencia simbólica: es posible salir de Cerclon y cruzar la frontera del Afuera, pero los motivos para tal acto sólo pueden ser criminales.

Esta violencia pretende conseguir la normalización de todos los ciudadanos cerclonianos. El terror reemplaza a las leyes, “[reduce] a las personas a la unidad aboliendo los límites creados por las leyes que aseguran a cada individuo su espacio de libertad” (Arendt, 1990, p. 103). El ejemplo de la Línea ayuda a comprender el funcionamiento global de Cerclon. Bajo la apariencia de una libertad señalada por un vacío legislativo, no hay más que una privación instigada por el terror y el miedo a abandonar el modelo único admitido por los que están en el poder. Damasio, por tanto, describe un régimen totalitario impulsado hacia la normalización más perfecta. Convengamos entonces en que la mejor manera de lograr esta normalización sería borrar todas las disputas y diferencias.

El poder cercloniano despliega así un cierto número de dispositivos que buscan disolver las fronteras y las huellas que éstas podrían dejar en lo más profundo de los seres. Ahora será necesario analizar estos dispositivos y sus mecanismos. Giorgio Agamben define la noción de dispositivo en estos términos:

Llamo dispositivo a todo aquello que tiene, de una forma u otra, la capacidad de captar, orientar, determinar, interceptar, modelar, controlar y asegurar gestos, comportamientos, opiniones y discursos de los seres vivos” (Agamben, 2007, p. 31).

La descripción en sí ofrece una curiosa concordancia entre los métodos de ejercicio del poder totalitario y las “capacidades” de cualquier dispositivo. Con la ayuda de un artículo de Philippe Ortel, “Hacia una poética de los dispositivos”, pudimos descomponer el funcionamiento de un dispositivo en tres elementos distintos que actúan juntos. Será apropiado distinguir la implementación técnica, la dimensión pragmática (es decir, “el intercambio entre actantes” (Ortel, 2008, p. 39)) y el alcance simbólico (“el conjunto de valores semánticos o axiológicos que allí se adjuntan”). (Ibid., pág. 39)). Es esta tríada técnico/pragmático/simbólica la que nos permitirá deconstruir los diversos dispositivos aquí estudiados.

Primero veremos el Clastre. Este último permite asignar a cada ciudadano un nombre y una identidad, pero también una función. Sin embargo, al estar esta atribución sujeta a reevaluación, las identidades se vuelven intercambiables, fluidas. Se borra la frontera entre identidad y función y cada persona se identifica únicamente en virtud de la función que el Clastre le atribuye. La evaluación se realiza a través de entrevistas, cuestionarios y diversos informes, tanto de las instituciones como de los propios ciudadanos. El Clastre pone así en marcha un proceso encaminado a deconstruir la personalidad de cada persona con el objetivo de producir un ciudadano correspondiente a las necesidades de Cerclon. Durante un curso, Captp descompone este proceso en diez pasos (Damasio, 2009, pp. 185–202), que podríamos reducir

a cuatro niveles fundamentales: fragmentar al individuo en diferentes “rasgos”, evaluar la calidad de esos “rasgos” en relación con la norma vigente en Cerclon, recomponer la personalidad así racionalizada y anotar/nombrar al individuo. Por lo tanto, el individuo no se forma en virtud de su propio deseo de diferenciación sino en relación con las necesidades y estándares aceptados por quienes están en el poder. El individuo es enteramente producido por estas normas sociales y luego es reducido al estatus de un artefacto.

Al hacerlo, la población se normaliza y homogeneiza dado que los ciudadanos buscan un desempeño óptimo a los ojos de quienes están en el poder. Las fronteras entre clases son más porosas que nunca aquí, y todos pueden pasar de la “clase” de cinco alfabetizados a la cima de la sociedad. Alain Damasio pinta el retrato de una sociedad sin clases fijas, una sociedad que podría denominarse “de masas”, ya que está formada por un conjunto de individuos indiferenciados. La masa fluida pasa entonces al servicio exclusivo del Estado Cercloniano.

Paradójicamente, es esta fluidez la que permite al poder “estabilizar” a los hombres, hacerlos estáticos, impedir cualquier acto imprevisto, libre y espontáneo” (Arendt, 1990, p. 101). Las coordenadas asignadas hacen de cada persona un ser completamente legible. El apellido prohíbe toda opacidad, toda interioridad, lo íntimo se vuelve en cierto modo “externo”. El Clastre redefine aquí la relación del

hombre consigo mismo, ya no tiene tiempo de constituirse como individuo con su propia personalidad y sus diferencias, es sólo un producto y un engranaje de la máquina totalitaria. Su función e identidad se vuelven fluidas y, por lo tanto, este mismo movimiento lo hace controlable. Asimismo, los valores entre movilidad y estabilidad se invierten y Captp no se equivoca cuando afirma que “El vagabundo es el que no se mueve” (Damasio, 2009, p. 180). A través del movimiento constante, el ciudadano se encuentra constantemente en la más perfecta transgresión de los límites entre identidad personal e identidad colectiva, personalidad y doxa, etc. Es este “nomadismo” el que lo estabiliza en un papel puramente funcional. ¿Pero podemos seguir hablando de nomadismo?

En el segundo volumen de *Capitalismo y esquizofrenia*, Gilles Deleuze y Félix Guattari decían del nómada que “tiene un territorio, sigue rutas habituales, va de un punto a otro, no ignora los puntos” (Deleuze, 1980, pág.471). Para ambos autores, el nómada se diferencia del migrante en que cada punto de su viaje constituye un punto de relevo. El nómada deja, en este territorio que le es propio, una huella que será, en última instancia, la meta de su viaje. Por el contrario, “el migrante se desplaza principalmente de un punto a otro, incluso si ese otro punto es incierto, imprevisto o mal situado” (ibid., p. 471). Encontramos en las coordenadas cedidas por el Clastre un ejemplo de ese “otro incierto”. El cercloniano, el migrante, atrapado así en un proceso

continuo de desterritorialización/reterritorialización, se encuentra desposeído de cualquier territorio personal: una identidad y un nombre que sólo le pertenecen a él. El Clastre, por tanto, derriba las fronteras de un territorio “interno”, pero la disolución de las fronteras opera también a nivel externo.

En efecto, el urbanismo de la ciudad imaginado por Alain Damasio también parece contribuir a esta disolución y a esta negación de un territorio personal. De hecho, Captp presenta Cerclon como un espacio urbano completamente racionalizado: “Visto desde una nave espacial, Cerclon parecía, para los poetas, una flor... la que tiene los seis pétalos de la ingeniería, para aquellos que quieran ser obreros, de una colmena” (Damasio, 2009, p. 102).

La ciudad está compuesta por siete sectores en forma de panal. Al norte está el sector 6, reservado a las industrias y al “Cubo” (una especie de vertedero de residuos radiactivos), al noreste y noroeste, los sectores 5 y 4, zonas residenciales para los 5 alfabetizados, al sureste y suroeste, los sectores 3 y 2, reservados para 4 alfabetizados, y al sur, el sector 1 donde reside la alta sociedad. Finalmente, en el centro, hay un sector sin numerar donde se ubica una réplica en miniatura del cubo con 26 pisos, uno por ministro. La dimensión simbólica del dispositivo arquitectónico es poderosa ya que nos recuerda constantemente la primacía del centro y su poder organizador. Además, el cubo en miniatura resulta ser el único edificio opaco de la ciudad.

Todo el resto de la ciudad está construido con materiales transparentes. A esta transparencia se suman, en el centro de cada uno de los diferentes sectores, las torres panópticas, los edificios más altos de Cerclon.

Alain Damasio utiliza el concepto de panopticismo, desarrollado por Jeremy Bentham y analizado por Michel Foucault en *Vigilar y castigar, el nacimiento de la prisión*, como una razón adecuada para pensar en el totalitarismo. Amplifica el radio de acción de la torre diseñada por Bentham añadiendo una serie de dispositivos tecnológicos. Por lo tanto, la torre ya no se limita a un simple “edificio circular” (Foucault, 1975, p. 201) sino a todo un distrito (sector) de la ciudad. Ya no monitoreamos a un grupo de individuos, sino a la población en su conjunto. Sin embargo, el panopticismo cerlociano invita al ciudadano a ocupar el lugar del supervisor, siendo cada uno a su vez supervisor y vigilado. Cada movimiento, cada gesto, puede ser visto y anotado por cualquiera que se haya sentado en uno de los palcos de la torre. La transparencia de los edificios, sumada a la tecnología (cámaras, binoculares, “mira láser de amplificación de luz” (Damasio, 2009, p. 108)) y un conjunto de espejos dispuestos en el espacio urbano, permite así ver toda la actividad de un sector en sus más mínimos detalles:

Sentado en esta mesa, mirando por los binoculares, me convierto en Dios. Veo todo. Desde este lugar, mi mirada recorre la ciudad, vuela de tejado en tejado, se lanza sobre las aceras, se lanza por el suelo y persigue a los perros que

huyen, a los deslizadores, a los lanzadores de papel (ibid., p. 109).

Por tanto, la vigilancia puede realizarse en cualquier momento. En la práctica, el terror prevalece ya que, aunque el ciudadano no sea constantemente espiado, “lo esencial es que sepa que está siendo vigilado” (Foucault, 1975, p. 203). La vigilancia proviene tanto de las autoridades como de la población, cada uno es un informante potencial, que se apresura a denunciar la más mínima desviación de comportamiento, la más mínima actividad marginal. A partir de entonces el poder ya no emana de un centro, sino que por el contrario se distribuye en cada uno de los componentes de la sociedad cerclociana, de los ciudadanos. La jerarquía circula y, por tanto, es imperceptible. Así se establece el terror, en la abolición de la frontera entre lo privado y lo público. La tecnología altera la relación entre los humanos y los demás. Ya no nos construimos a nosotros mismos en nuestra relación con los demás, sino a pesar de esta relación. Ya no es una confrontación, sino que forma parte de una forma de sospecha y duda permanente. El territorio de la ciudad no es vivido por los cerclonianos como un espacio personal de libertad sino como un espacio completamente sometido a las jerarquías que los controlan y dirigen.

Los dispositivos tecnológicos que funcionan en Cerclon también definen una relación particular con el mundo. De hecho, es visible una verdadera virtualización del mundo.

Esto ocurre de manera más obvia a través del predominio de los videojuegos (“La virtue”, la virtud virtual) y su grado de realismo e inmersión absoluta. Equipados con trajes y cascos que simulan el mundo real en sus más mínimos detalles, los cerclonianos se ven sumergidos en ficciones, a menudo construidas en torno a noticias, en las que ellos son los actores principales. El ataque a la torre de televisión por parte de la Volte será así la base del escenario de un juego llamado *Capturez Captp*, donde este último, que nunca ha matado a nadie, será presentado como un revolucionario sanguinario. El juego de la “virtud” se convierte en el lugar de la propaganda estatal donde se falsifican los hechos para servir mejor a la ideología reinante. La inmersión total encierra entonces a los ciudadanos en una visión alterada del mundo.

Esta virtualización se extiende a todo el espacio social. Por un lado, gracias a la omnipresencia de pantallas y medios de comunicación, cuyo funcionamiento es análogo al de la “virtud”, es decir donde manda la manipulación de la realidad. Pero, sobre todo, la comodidad que ofrece Cerclon parece limitar a los individuos. Muy al principio de la novela, *Captp* describe el exterior como un entorno hostil:

Un verdadero salvajismo de rocas, fragmentos de aerolitos y cráteres rotos por meteoritos, con losas desangradas por arena seca, colinas desnudas arañadas por el rastrillo de los vientos cósmicos y, de cara al cielo,

las crestas, dentadas con amoníaco y gel (Damasio, 2009, pág.33).

Por el contrario, su visión del interior corresponde a un espacio donde todo está dado, simplificado, donde la tecnología hace que cualquier acción sea fácil y, de hecho, sin consecuencias:

Sobre Cerclon, el desplome de los cuerpos –al igual que la lentitud de las ideas que eran sólo un síntoma– provenía de nuestro entorno físico. Más profundamente: la forma en que suavizamos el mundo físico en el que nos vimos obligados a evolucionar y facilitamos nuestras relaciones corporales con este mundo. ¿Qué hicieron los arquitectos de Cerclon? Cada vez eran más raros. Ellos simplificaron (ibid., p. 123).

Además, para los cerclonianos el mundo se reduce a Cerclon, a ese entorno totalmente marcado y estandarizado. Ya no es un entorno que deba ser domesticado y comprendido. Al contrario, se sustituye por una copia extremadamente racionalizada. La naturaleza se borra por completo para dar paso a un estado de cultura absoluta, posible gracias a la tecnología. Las fronteras naturaleza/cultura y real/virtual, mucho más que transgredidas, se encuentran negadas por este proceso de estandarización tecnológica. O, para citar a Miguel Benasayag:

La virtualización del mundo es sin duda un corolario [...] de la producción técnica, porque en su afán por modelar la naturaleza termina construyendo arquetipos normativos que luego serán aplicados a los organismos para “optimizarlos” (Benasayag, 2010, p..187).

¿Significa esto que el hombre olvida la complejidad del mundo para evolucionar en un vacío donde las cosas parecen suceder por sí solas? Sin duda, porque la vida, más que nunca, parece un proceso mecanizado. En este estado de cosas, el cuerpo se ve privado de su interacción con el mundo. A partir de entonces, el hombre queda aislado del mundo y, creyendo estar vivo, se adentra en un mundo virtual en el que sus acciones sólo tienen un impacto mínimo. Permanece en la superficie de las cosas. Como en un videojuego, sólo puede moverse dentro de los estrictos límites de las reglas programadas en el juego. Ya no le corresponde a él crear otras nuevas. La amplitud de la actividad humana se reduce entonces a lo que el poder permite, a lo que éste puede aprehender y verificar.

Este conjunto de dispositivos actúa entonces como un canal tanto para el individuo como para la masa. Esta última es atomizada por Clastre para hacerla legible y luego controlada para domesticarla. El análisis de los sistemas de control implementados en Cerclon revela así un preocupante “régimen de visibilidad” transgresor: la técnica nos permite ver más allá de las fronteras. Desde un punto de vista pragmático, el poder quiere hacer visible lo que tendería a

permanecer oculto y esto, a nivel simbólico, con el objetivo de afirmar un poder ilimitado sobre los individuos. Gracias a esta voluntad de ver más allá de todas las fronteras, está tomando forma una sociedad de la más completa transparencia. Con cierta lucidez, Captp afirma sobre el poder cercloniano: “Un sueño rondaba a esta gente: una luz, una luz que coloca a cada ser en un régimen de visibilidad total [...] y una pesadilla: el ángulo de la muerte” (Damasio, 2009, pág.347).

Bajo la acción de los dispositivos, la frontera pierde su materialidad y el “espacio sedentario”, “estriado por muros, vallas y caminos entre las vallas” adquiere las características de un “espacio nómada [...] liso” (Deleuze, 1980, pág.472). Sin embargo, a través del terror se erigen nuevas barreras simbólicas. Porque, aunque oficialmente niega la existencia de cualquier margen, el poder cercloniano teme la capacidad de un grupo como la Volte (y por extensión de cualquier persona capaz de pensar libremente) de subvertir el orden establecido. Por tanto, es necesario evitar a toda costa su posibilidad de aparición y su legitimación. Por tanto, los espacios de libertad quedan restringidos. A, el presidente de Cerclon, hablando con el capitán poco después de su arresto, le dice:

Cuanto más avanza un país hacia la democracia, más amenaza a la sociedad con la desintegración, la libertad otorgada a cada individuo. Por lo tanto, el poder debe ejercerse en mayor medida y en profundidad. Pasar por

debajo del corazón y por los nervios para gobernar desde el interior (Damasio, 2009, p. 365).

El totalitarismo cercloniano es insidioso, se aloja donde menos lo esperamos: dentro de los propios individuos. Si son controlados, su integridad física no se ve afectada, todo sucede en lo profundo de ellos, al nivel de sus afectos. Es “un control más sutil y poderoso, [...] que ya no te envuelve simplemente desde el exterior [...] sino que actúa dentro de ti, en la fuente, para purificarte [...] [,] y opera directamente desde los centros emocionales primarios” (ibid., p. 366). Al estimular estos centros emocionales, la capacidad de pensar pasa a un segundo plano. El *pathos* prevalece entonces sobre cualquier forma de *logos*, la sociedad se encuentra unificada en una forma de comunión primaria. El individuo se encuentra atrapado por la emoción. Al igual que con la Línea, ya no hay necesidad de leyes ya que el cercloniano ahora sólo confía en sus emociones: “nunca hemos estado tan cerca de lo que considero el pináculo del poder: la alienación óptima bajo la apariencia de libertad total” (ibid., pág. 368).

La Zone du Dehors sumerge al lector en un universo carcelario de ciencia ficción. En contraste con las antiutopías de Orwell o Huxley, Alain Damasio proyecta un mundo donde el totalitarismo se ha dado los símbolos de la democracia, donde la privación de libertad se lleva a cabo de forma clandestina. La represión ya no implica violencia física ni el ejercicio del poder conforme a la ley; se vuelve

simbólico y las leyes son reemplazadas por el terror a ser marginado, a abandonar el modelo impuesto insidiosamente por el Estado (pensemos en el papel de la Línea y de las torres panópticas). Si la violencia pierde su materialidad, lo mismo ocurre con las fronteras. Si los cuerpos aparentemente tienen libertad para circular, los límites se mueven profundamente dentro de los seres. De hecho, el totalitarismo cercloniano se basa en una serie de dispositivos que rompen fronteras esenciales para la construcción del individuo. Este último, mucho menos que nómada, se reduce a la condición de migrante en busca de un territorio, un espacio delimitado por fronteras, en el que establecerse. El individuo es precario y reducido a una simple funcionalidad dentro del Estado totalitario.

En última instancia, los giros y vueltas de la novela funcionarán para restablecer las fronteras. Para ellos, se tratará de construir un nuevo espacio, un espacio para vivir y habitar, alejado de Cerclon y sus sistemas de control. De regreso de entre los muertos, Captp intentará convencer a los cerclonianos de acompañar a la Volte en esta aventura: “Sugiero que todos juntos construyamos una nueva ciudad que ya no le deba nada a Cerclon, una ciudad que crecerá en el virginal Afuera” (ibid., pág. 585). Se afirma entonces la necesidad de liberarse de la norma, del único límite aceptado dentro de los muros de Cerclon. Los voltes tejerán una verdadera red de ciudades distintas entre sí. Estas ciudades se sustraerán al flujo normativo de Cerclon. El

Afuera se poblará de diferencias, exteriores diversos, territorios distintos y se convertirá en un lugar de diferenciación. Donde se hará posible decir “No, no soy uno de ustedes, soy del Afuera y estoy desterritorializado” (Deleuze, 1972, p. 125). Al ir a habitar el exterior, la Volte restablece la posibilidad misma de lo errático, la posibilidad de una fricción que tendría su origen en los límites redefinidos del Afuera.

La frontera como símbolo transgresor viene a conjurar el sistema normativo de Cerclon. Se convierte, bajo la pluma de Alain Damasio, en un mal necesario para el hombre, para que pueda pensarse como un ser en movimiento y cambiante, en definitiva, como un ser libre. Es así como, paradójicamente, *La Zone du Dehors* designa la frontera como un dispositivo capaz de devolver al hombre su deseo de libertad. De hecho, si se trata de espacios excluyentes e inclusivos, hace escuchar un llamado constante a la transgresión. Por tanto, actúa como un obstáculo para los sistemas normativos. Al rehabilitar la frontera donde ya no existía, se trata de rehacer lo que la tecnología puesta al servicio de un totalitarismo de nuevo cuño había contribuido a deshacer.

La Zone du Dehors sigue siendo actualmente una ficción, pero no podemos evitar sorprendernos por la proximidad de los dispositivos imaginados por su autor y las nuevas tecnologías que ya tienen lugar en nuestras vidas y nuestras ciudades. Considerando los argumentos que Damasio

esgrime en su epílogo, uno podría, sin embargo, cuestionar el alcance de tal novela. En un momento en el que la vigilancia está cada vez más presente, en el que las nuevas tecnologías tienden a romper ciertas dicotomías (vida privada/vida pública) y ciertas fronteras (hombre/máquina, hombre/animal, naturaleza/cultura), ¿no podemos ver en este texto un estímulo para cuestionar la creciente importancia de estas tecnologías? El cuestionamiento de las fronteras hoy va más allá del simple marco de la ficción. Asimismo, el intelectual Régis Debray, durante una conferencia impartida en Tokio en 2010, afirmó: “Una idea estúpida encanta a Occidente: A la humanidad, como está mal, le irá mejor sin fronteras” (Debray, 2010, p. 11). Al denunciar esta ideología, tanto Damasio como Debray nos recuerdan que la respuesta a la crisis que estamos viviendo actualmente no puede encontrar su solución únicamente en el consenso de la globalización. Como nos recuerda Miguel Benasayag, nuestro tiempo “nos ha colocado en una transición indefinida, caracterizada por la incertidumbre sobre el futuro: no sabemos si estamos viviendo una fase de transición o de decadencia” (Benasayag, 2010, p. 35). Es esta incertidumbre la que estaría en el origen de la crisis actual. Sin embargo, la Historia ha demostrado que los totalitarismos nacen de las crisis más profundas; la crisis económica de 1929 llevó al poder a Hitler, Franco y Mussolini. Por lo tanto, ¿no deberíamos ver en la novela de Alain Damasio un texto militante, que llama a preservar las fronteras necesarias para la constitución de estamentos

verdaderamente democráticos y la construcción de individuos libres, independientes y finalmente abiertos a su propia zona exterior?

Bibliografía

Agamben, Giorgio. 2007. Qué es un dispositivo. París: Éditions Payot&Rivages, 64 p.

Arendt, Hannah. 1990. La naturaleza del totalitarismo. París: Éditions Payot, 182 p.

Benasayag, Miguel. 2010. Organismos y artefactos, ¿hacia la virtualización de la vida? París: Éditions La Découverte y Éditions Jean-Paul Bayol, 192 p.

Damasio, Alain. 2009. La Zona Exterior. París: Éditions Gallimard, coll. Folio SF, 650 p.

Debray, Régis. 2010. Elogio de las fronteras. París: Éditions Gallimard, 104 p.

Deleuze, Gilles y Guattari Félix. 1972. Capitalismo y esquizofrenia volumen 1: Anti-Edipo. París: Les Éditions de minuit, 493 p.

_____. 1980. Capitalismo y esquizofrenia volumen 2: Mil
mesetas París: Les Éditions de medianoche, 645 p.

Foucault, Michel. 1975. Vigilar y sancionar, nacimiento de la
prisión. París: Gallimard, 360 p.

Goimard, Jacques. 2002. Crítica de la ciencia ficción. París:
Éditions Pocket, 672 p.

Guillebaud, Jean-Claude. 2002. Vivir la vida. París: Éditions
des Arènes, 279 p.

Ortel, Philippe (ed.). 2008. Discurso, imagen, dispositivo.
Pensando en la representación II. París: L'Harmattan,
270 p.

Traverso, Enzo. 2001. Totalitarismo, el siglo XX a debate.
París: Seuil, 923 p.

LAS CIUDADES QUE NOS MOLDEAN

EL EJEMPLO DE LA ZONE DU DEHORS DE ALAIN DAMASIO

Jérôme Goffette

https://www.academia.edu/101843940/Ces_villes_qui_nous_fa%C3%A7onnent_L'exemple_de_la_Zone_du_Dehors_dAlain_Damasio?email_work_card=view-paper

La propiedad es una cuestión interesante. [.] ¿Somos dueños del planeta o él nos posee a nosotros? [.] Nosotros sólo somos mayordomos.

Frank Herbert: *Sala capitular: Dune*³

Habitamos nuestros hábitats

¿Por qué elegir comenzar este texto con este pleonasma?
Porque no lo es.

³ Frank Herbert: *Sala capitular: Dune*, págs. 14–5.

La expresión sugiere la relación de un sujeto agente –nosotros– que ejerce una acción –habitar– sobre un objeto actuado –la ciudad. ¿Pero es así de simple la relación de acción? ¿No es igualmente cierto lo contrario? ¿No podemos decir también esto?:

Nuestros hábitats nos habitan

¿No es mi hábitat el que me dice dónde ubicarme? ¿En la acera cuando voy a pie, en la carretera cuando voy en un vehículo? ¿No es mi apartamento el que dicta mis pasos para decirme dónde ir a preparar mi comida, dónde dormir, dónde lavarme, dónde encender la luz, dónde llenar mi cacerola? ¿No tienen nuestros hábitats el poder cotidiano de normalizar y guiar nuestras vidas?

Bajo su aparente neutralidad de cosas sin voluntad, ¿no contribuyen a moldear nuestros hábitos y nuestro comportamiento, y esto de forma continua, en una presión tan inadvertida como inexorable?

Y si recordamos que las personas los diseñaron y construyeron, ¿no deberíamos reconocer que estas personas tuvieron una influencia en el ejercicio de nuestras vidas, una influencia poderosa y voluntaria? *De facto*, ¿no ejercen poder sobre nosotros?

Esto es tanto más cierto cuanto que se aplica tanto al urbanismo de una ciudad (con su red de calles y redes de

agua, electricidad, teléfono, etc.) como a la arquitectura interior de un apartamento (con la función predefinida de cada habitación: cocina, dormitorio, salón, etc.). La vida urbana es una vida orientada, una vida bajo influencia.

Conviene aquí retomar uno de los conceptos acuñados por Madeleine Akrich, el de “escritura de objetos”⁴. Conocer un objeto, describirlo, es observar lo que en él está escrito o inscrito.

El objeto, ya sea herramienta u hogar, es un plan completado, una meta materializada y un conjunto de funciones. Fue creado con un propósito, y esa escritura da forma a quienes la usan.

En este sentido, *La Zone du Dehors* (1999/2001/2007) de Alain Damasio⁵ es un ejemplo emblemático de guión de ciudad, que retoma e intensifica el modelo panóptico de Jeremy Bentham⁶, revisitado al estilo de Michel Foucault⁷.

Esta novela se encuadra en la senda clásica de *Un mundo*

4 Madeleine Akrich: “La descripción de la técnica Objetos”, págs. 205–224.

5 Alain Damasio publicó por primera vez dos novelas en 1999 y las reunió en 2001: Damasio (Alain): *Les Clameurs*, 1999; *La Volte*, 1999; *La Zona Exterior*, 2001.

Trabajamos sobre la edición más actual, tomada como edición de referencia, marcada “ZD” en nuestro texto: Damasio (Alain): *La Zone du Dehors*, Gallimard (Folio), 2007.

6 Bentham (Jeremy): *El Panóptico*.

7 Foucault (Michel): *Vigilar y castigar*.

feliz (1932) de Aldous Huxley, *1984* (1949) de George Orwell y especialmente de *Nous autres* (Nosotros los otros, 1920) de Eugene Zamyatin ⁸.

Abordamos la cuestión del guión de los objetos de frente en varios niveles: el del objeto envolvente que es la ciudad y el hogar, el del objeto íntimo e integrado que es el psicofármaco, la prótesis o el teléfono, y el del objeto relacional que es la gestión de los lugares sociales, por los individuos.

El círculo del recinto: una geometría del rebaño

El territorio en el que nos introduce el autor se presenta como una utopía en el sentido clásico: un lugar que está en otra parte, un lugar administrado de forma perfecta, un lugar autárquico que tendría valor como modelo. La referencia a *Nosotros los otros* de Eugène Zamiatine es obvia. En esta última obra, la humanidad está protegida y encerrada en un gran muro verde que rodea un pequeño mundo urbano. Administrados, igualados, estandarizados, los individuos (incluido el personaje principal, D-503) viven como los engranajes de un mecanismo de relojería. Se rigen

⁸ Huxley (Aldous): *Un mundo feliz*. Orwell (George): *1984*. Zamyatin (Eugene): *Nosotros los otros*.

por las tablas matemáticas de la organización del Estado Único⁹. La crítica distópica realizada por E. Zamyatin llevó a la naciente Unión Soviética a prohibirlo en 1923, y el autor tuvo que exiliarse en París en 1931, poco después de que Stalin tomara el poder total.

El mundo de Alain Damasio utiliza este tipo de geometría: Cerclon es una colonia humana modelo, establecida sobre un asteroide. Mientras la Tierra se ha hundido en la violencia y la superpoblación, Cerclon quiere ser el futuro humano: una imagen de orden y felicidad. Es un mundo cerrado en un círculo, dentro del cual, como una flor geométrica, se perfilan siete círculos de hábitats: un círculo central y seis periféricos. Todo este mundo es artificial, creado por manos humanas, e incluso el aire y la gravedad se producen y mantienen. No es ilegal cruzar el círculo de la circunvalación que marca su límite, pero no hay camino hacia ese más allá, presentado por el poder como un espacio insignificante, marginal e informe. Los habitantes de Cerclon no le dan nombre a este más allá. La atención de los individuos, en Cerclon como en la ciudad de *Nosotros los otros*, es una atención centrípeta, que da la espalda a lo informe: una atención remachada. El urbanocentrismo es, por tanto, extremo, lo que permite mantener a la población dentro del guión de la ciudad.

Sin embargo, una franja marginal no puede dejar de soñar,

⁹ Zamyatin (Eugene): *Nosotros los otros*, págs. 24–6.

y sus sueños encuentran naturalmente un terreno elegido en lo indecible y lo oculto, hasta el punto de forjar la idea del *Afuera*, la idea de un espacio más allá del espacio cerrado, por tanto, un espacio libre. Alain Damasio, una vez más, se hace eco de las primeras páginas de *Nosotros los otros*, cuando el ingeniero-matemático D-503 siente la alegría de la primavera y del polen que llega del otro lado del muro, dando lugar a un zarcillo de sueños y deseos¹⁰.

La geometría de Cerclon es ante todo una geometría social, una geometría funcional. El círculo central, llamado Cerclon 7 o Cerclon 0, es la pieza central. Aquí nuevamente la referencia a Zamyatin es obvia, porque en el centro de la ciudad de *Nosotros los otros* se encuentra la Plaza del Cubo, símbolo del poder. Este cuadrado, formado por hileras de sesenta y seis círculos concéntricos, contiene en su centro un cubo en el que se encuentra la Máquina. Cuando un delincuente es condenado, el gobernador, denominado "Benefactor", le quita el número de su nombre y luego activa la Máquina que, utilizando una cuchilla eléctrica luminosa, disloca el cuerpo del condenado para dejar sólo un charco de agua pura¹¹.

Asimismo, en la novela de Damasio el centro es el lugar de gobierno:

[El Círculo Central también se llamaba Círculo del Poder]

10 Ibídem., págs. 17-9.

11 Ibídem., págs. 55-9.

porque reunía al círculo empresarial [...], el centro cultural, los mejores hoteles y los centros comerciales más lujosos... Porque sobre todo, en el centro geométrico exacto de la ubicación de la ciudad, expone, como un diamante negro, el corazón del poder político: una réplica compacta del Cubo, de cien metros de ancho, veintiséis pisos sobre el suelo (uno por ministro), el Terminor y su red de cableado debajo, con cuatro fachadas de espejos ahumados y un puerto espacial en el techo[.] De todos los edificios de la ciudad era el único que no era transparente. (ZD, pág. 103)

En el centro del centro tenemos, pues, un lugar opaco, el único desde el que podemos ver todo sin ser vistos, el lugar secreto del poder central, el único que irradia centrífugamente, sin que podamos saber lo que es. Él mira: un ojo detrás de unas gafas oscuras.

Cerclon, modelo panóptico

Como en *Nosotros* de Zamyatin, donde los apartamentos tienen paredes de cristal, la arquitectura de Cerclon no es sólo circular, es sobre todo *panóptica*, jugando tanto con la visibilidad de cada uno como con el control de todos.

El típico modelo panóptico, creado por Jeremy Bentham

para la arquitectura penitenciaria¹², combina dos características fundamentales:

- La capacidad de un supervisor de ver a cada persona vigilada, lo que podemos llamar la transparencia de los sujetos, sujetos a la mirada general
- La imposibilidad del vigilado de ver al supervisor, lo que podemos llamar la opacidad del poder.

Esta combinación forja una mentalidad de autocontrol del supervisado y, por tanto, una integración de la norma en el comportamiento. La arquitectura urbana forma aquí un guión objeto extremadamente poderoso y normativo. Los monitoreados se monitorearán constantemente a sí mismos y serán sus propios supervisores. Michel Foucault llama a esto “panopticismo” en *Vigilar y castigar*¹³: no se trata sólo de ver sin ser visto, sino sobre todo de “imponer cualquier comportamiento a cualquier multiplicidad humana”¹⁴, como subraya Gilles Deleuze. También podemos notar que la novela menciona explícitamente *Vigilar y Castigar* (ZD, p. 186). Damasio, en su antiguo sitio web, reivindica abiertamente su teórica proximidad con M. Foucault y G. Deleuze¹⁵. Este trabajo sobre el panopticismo queda

12 Bentham (Jeremy): *El Panóptico*.

13 Foucault (Michel): *Vigilar y castigar*, p. 207.

14 Deleuze (Gilles): *Foucault*.

15 El antiguo sitio web dedicado al libro contenía, por ejemplo, el texto de Gilles Deleuze: “Posdata sobre las sociedades de control”, *diario L'Autre*,

ilustrado, en Cerclon, por la presencia de una torre circular en el centro de cada uno de los círculos periféricos –una torre panóptica–:

El origen de las torres panópticas nunca estuvo claramente aclarado. Eran, se decía, tan antiguas como el proyecto de los Cerclons. [...] Cada sector tenía su torre, que si bien estaba ubicada justo en el centro y dominaba por su tamaño a todos los demás edificios, tenía la particularidad de que nunca nadie hablaba de ella. [...] Estaban abiertas a todos. [...] En cada uno de los treinta pisos, había una gran cantidad de juegos virtuales con temas bastante extraños, donde rastreamos durante horas a asesinos que se escondían en estacionamientos o fábricas kafkianas [.] Los gráficos, al igual que los sonidos, eran inquietantemente realistas. En estos universos paralelos reinaba una atmósfera muy pesada, muy solitaria, una especie de encuentro cara a cara con un enemigo sin rostro, sin forma, inasignable, que evadía... (ZD, p. 104)

De hecho, su nombre oficial es “Torres del Ciudadano Democrático” (p. 105). Su papel no se limita a sumergir a la gente en un universo hostil para resaltar indirectamente el aspecto pacífico y ordenado de Cerclon o cultivar el cóctel de miedos, desahogos, frustraciones y chivos expiatorios

nº1, mayo de 1990 y un texto de Alain Damasio titulado “Las sociedades de control y el cine”.

específicos de los regímenes autoritarios. Tampoco se limita a una especie de vigilancia y aprendizaje conductual oculto a través de videojuegos, porque también cumple la función de vigilancia óptica. La torre está cubierta de espejos transparentes que la protegen de las miradas externas:

En el décimo [piso] se habían instalado unas cincuenta cabinas [.] Las cajas tenían forma de trapezoide, la puerta ocupaba el lado corto, el ventanal el grande y las dos paredes servían de soporte, una para un inmenso plano aéreo de la ciudad, la otra para una vista subjetiva, la que teníamos desde la cabina, con los nombres precisos de todos los edificios. Contra el mirador había una sencilla mesa. Allí se colocaban una mira telescópica, un monitor y unos binoculares [que] tenían una cámara integrada, una mira láser con amplificación de luz [...] y un zoom tan potente que ajustándolo se podía ver el color de Los ojos de un piloto de nave estelar. [Todos podían ir allí a cumplir] con su deber cívico grabando cualquier escena que les pareciera sospechosa. [...] Sentado en esta mesa, mirando por los binoculares, te convertías en Dios. Veías todo, [...] estabas en todas partes. Entrabas en todos lados (págs. 108–9).

La referencia al periódico maurusiano, antisemita y colaboracionista *Je suis partout*¹⁶ es directa y ayuda a situar

16 *Je suis partout* (Estoy en todas artes) fue un periódico de circulación semanal publicado en Francia entre 1930 y 1944. [N. d. t.]

La Zone du Dehors entre las novelas antifascistas y antitotalitarias. Aquí ataca un punto particular del totalitarismo: la injerencia en la vida privada. La visión panóptica es tanto más fácil cuanto que todos los edificios están formados por apartamentos de cristal transparente.

Detalle supremo, los apartamentos que se encuentran en el lado oculto de los edificios son perfectamente visibles en el espejo de los paneles solares de los siguientes edificios.

En comparación con *Prison Panopticon* de Jeremy Bentham, la variación desarrollada por Alain Damasio es bastante virtuosa ya que añade tres elementos adicionales. En primer lugar, el supervisor se beneficia de unas gafas que aumentan su percepción. Además, los puntos ciegos se llenan de espejos. Por último, pero no menos importante, todos están invitados a desempeñar el papel de supervisor.

Este último punto contribuye a la integración conductual y cultural del modelo panóptico, porque todos son “democráticamente” supervisores y monitoreados, controladores y controlados. Si el libro tiene lugar en 2084 –en referencia a *1984* de George Orwell– no es sólo *el Gran Hermano* quien te observa, sino todos de forma “descentralizada”. La frase emblemática de la novela de A. Damasio ya no es “El Gran Hermano te está mirando”, sino: *estoy vigilando a todos; todos me están vigilando*. Gracias a una concepción panóptica de la planificación urbana, todos están al mismo tiempo en el centro y en la periferia, *voyeur*

y *observé*, vigilantes y vigilados, delincuentes potenciales y policías potenciales.

La ausencia de espacio privado: una firma totalitaria

Esta vigilancia, reforzada por una invitación a la denuncia, deja la huella de la arquitectura totalitaria. Como indica Hannah Arendt, el totalitarismo construye una forma de habitar el mundo que no sólo aísla a los individuos para gobernarlos como en una dictadura, sino que también invade sus vidas privadas y los desola para desintegrar sus mentes:

Mientras que el aislamiento concierne sólo al ámbito político de la vida, la desolación concierne a la vida humana en su totalidad.

El régimen totalitario, como todas las tiranías, no podría existir sin destruir el dominio público de la vida, es decir, sin destruir, aislando a los hombres, sus capacidades políticas.

Pero la dominación totalitaria es un nuevo tipo de régimen en el sentido de que no se conforma con este aislamiento y también destruye la vida privada. Se basa en la desolación, en la experiencia absoluta de no

pertenecer al mundo, que es una de las experiencias más radicales y desesperadas del hombre ¹⁷.

En un régimen totalitario, la frontera entre lo público y lo privado está abolida. Por un lado, el individuo debe obedecer en el espacio público, privatizado por el tirano; por otro, ya no tiene espacio privado ni vida privada, hecha pública por el régimen. El imperio no sólo se extiende a las calles, sino que suprime el pequeño reino del “hogar”, ese reino del que todo el mundo suele ser soberano. Al ser arrasada la “domus”, la casa, al estar abierta a todos los vientos de la vista, ya no hay refugio ni rincón donde acurrucarse. En el totalitarismo ya no hay un “hogar”: *todo* está a disposición del régimen, y este “todo” firma el *control total* que es la marca del totalitarismo.

Uno de los ejemplos más esclarecedores de arquitectura totalitaria es el de la *kommunalka soviética*, el apartamento comunal¹⁸. Cada uno de estos apartamentos albergaba a varias familias, que compartían la cocina y los baños. Aparte de estas zonas comunes, cada familia disponía de una habitación (8 m² por persona) donde convivían las distintas generaciones de la familia.

En el discurso oficial, se trataba primero de requisar los grandes pisos burgueses y redistribuirlos entre varias

17 Arendt (Hannah): *El sistema totalitario*, p. 226.

18 Cf. Azarova (Katerina), “La ‘cuestión de la vivienda’, el apartamento comunitario y la privatización de la vivienda en Moscú”, pp. 185–216.

familias, con un alquiler irrisorio. Esto ayudó a aliviar la escasez real de viviendas.

Luego el modelo se desarrolló como tal en nuevos edificios para responder al proyecto soviético de “colectivización del modo de vida” y destruir el espíritu pequeñoburgués, individualista y monopolista.

De hecho, muy pronto apareció otra ventaja. Combinados con la apisonadora de las milicias locales, la policía política¹⁹ (NKVD, Cheka, GPU, KGB, etc.) y la propaganda que reprime la desviación social, estos apartamentos comunitarios permitieron la vigilancia de todos por parte de todos, es decir, era el ojo del régimen sobre todo lo que estaba sucediendo dentro de la casa. El espacio privado se convirtió en un espacio monitorizado. Incluso en la casa había que cuidar lo que se decía y lo que se hacía. La arquitectura fue vista como un medio para cambiar el comportamiento y transformar la sociedad y los individuos. Por ejemplo, esto es lo que se podría escribir en 1927:

La arquitectura transforma la apariencia del mundo, reconstruye la forma de vida, organiza la vida cotidiana, el trabajo y la vida social.²⁰

19 Para conocer más sobre la poderosa influencia de estos cuerpos de policía política, podemos recomendar la obra clásica de Alexander Solzhenitsyn: *El archipiélago Gulag*.

20 Novitzki (P.): Prefacio al folleto: *La arquitectura de Whutemas*, p. 5.

Radu–Petru Racolta, en su tesis sobre Bucarest y la arquitectura totalitaria, cita a Alain Médam (*censura de La Ville*):

En esta era de renovación absoluta, la fe en la capacidad de la arquitectura para encarnar el cambio era total. La ciudad tenía que convertirse en depositaria de los nuevos ideales progresistas que la sociedad tendía a cultivar. La ideología misma se volvió allí sustancial, porque “*el espacio urbano es (...) el espacio estructurado por la ideología*” y porque “*un nuevo espacio debe reemplazar al viejo; un nuevo espacio que testimonia una nueva distribución del valor social.*”²¹

Además, como el Estado tenía el monopolio de todas las viviendas y era el único propietario, la asignación de habitaciones era un problema importante. Sin él, la supervivencia podría convertirse en una terrible prueba. Por el contrario, el régimen podría recompensar a un individuo y a su familia con viviendas más grandes y mejores. La vivienda no sólo era una condición favorable para un régimen de vigilancia, sino también “un motivo que empuja a espiar y denunciar”, como señala Katerina Azarova²².

21 Racolta (Radu–Petru): *Arquitectura totalitaria. Una monografía del Centro Cívico de Bucarest*, p. 199. Médam (Alain): *Los censores de la ciudad*.

22 Azarova (Katerina): “La 'cuestión de la vivienda', el apartamento comunitario y la privatización de la vivienda en Moscú”, págs. 185–216.

A. Damasio, por supuesto, no pretende escenificar, en un nuevo escenario, la invasión del ámbito privado por el nazismo o el estalinismo. Su mirada se vuelve hacia el presente, intentando proyectar a sus lectores hacia futuros posibles. No vivimos en apartamentos comunitarios. No vivimos en un régimen dictatorial que nos impone un modelo a seguir. Sin embargo, vivimos bajo múltiples influencias y presiones para hacer esto o consumir aquello. Asimismo, vivimos con teléfonos móviles y ordenadores que transmiten constantemente datos personales a estructuras privadas más poderosas que los Estados. Es a partir de este tipo de intrusión en lo íntimo, que conocemos hoy, que se desarrolla una actuación para borrar la vida privada, haciendo también un guiño al dispositivo de *1984* de G. Orwell.

Esta es la imagen: el pequeño grupo de alborotadores de Cerclon, este grupo que se autodenomina La Volte, quiere que esta intrusión en la privacidad sea visible para todos. Quiere demostrar su violencia y hacerla espectacular para que dejemos de ocultar y trivializar esta vigilancia discreta pero continua. Para ello, estos disidentes consiguen piratear los terminales que hay en el interior de cada vivienda y que actúan como televisión, holovisión, ordenador personal y enlace a la red general. Su mensaje no será un discurso, que sólo tendría el efecto de molestar a la gente, sino un engaño, una puesta en escena, una actuación. El efecto debe ser a la vez enigmático, inquietante y muy claro. Lo suficientemente

enigmático como para hacer que la gente se pregunte; lo suficientemente perturbador como para asustarlos; y lo suficientemente claro como para que entiendan quién es su verdadero opresor, la administración de Cerclon. La Volte busca perturbar las conciencias dormidas o, entre las conciencias despiertas, provocar una risa cómplice.

A. Damasio describe la escena detalladamente, como si la estuvieras viviendo. Imagínese en su apartamento, ocupándose de sus asuntos, con la televisión encendida. De repente, la transmisión se detiene y aparece el rostro del presidente A. Él te mira, en silencio. No mueve los labios. Pero escuchamos una especie de mueca de desprecio en la voz en off (ZD, p. 208). Aquí, el hackeo tiene un doble propósito: mostrar que el poder continúa invadiendo tu hogar y revelar el cinismo de este poder, encarnado por el principal *voyeur*.

Luego esta imagen desaparece y da paso al programa habitual de televisión, antes de reaparecer de vez en cuando brevemente, acompañada de su voz, entrecortada, fría, pronunciando "yo... os... amo". La colisión de la burla anterior y este mensaje, así como el tono frío de esta irónica declaración de amor, deben subrayar la antífrasis. Este "os amo" metálico, entrecortado e improbable significa esencialmente: "Me estoy burlando de vosotros" y "Sois sólo pequeñas cosas a mi merced".

Un poco más tarde, poco a poco, en una larga avalancha

de problemas, el terminal te dice:

- Que tu apartamento está roto, fuera de la red eléctrica.
- Que comenzará la descongelación de alimentos congelados.
- Que la puerta está bloqueada.
- Que el aire acondicionado está apagado.
- Que el suministro de oxígeno se suspende.
- Y que la terminal corre el riesgo de implosionar pronto (ZD, p. 209).

Vivido en total impotencia, inmerso en el horror de la domótica enloquecida, te das cuenta de la extrema dependencia de tu vida diaria. Toda la arquitectura deja al descubierto su *guión* revelándotelo a través del fracaso. Estás encerrado; no tendrás nada más que comer; te asfixiarás; sudarás por el calor o temblarás de frío; y experimentarás esto en la oscuridad. Se te promete un apocalipsis en lo que pensabas que era la pequeña y acogedora ciudadela de tu hogar. Vivías sin preocupaciones, pero comprendes tu extrema vulnerabilidad. En otras palabras: estás a merced de quien escriba el guión de tu apartamento. Lo que la Volte quiere hacer, a través de la espectacularidad de su piratería, es realizar una *des-descripción* del guión y arrojar luz sobre los *escritores*

ocultos, utilizando las herramientas teóricas de la Sra. Akrich.

La Volte quiere mostraros cómo sois títeres mostrándoos los hilos que os manipulan y el titiritero que dirige en las sombras.

Unos minutos más tarde, la imagen del terminal es sustituida por un ojo que ocupa toda la pantalla y que se transforma imperceptiblemente. Pronto, el parpadeo del párpado ya no se produce, el velo húmedo que lo recubre naturalmente se ha transformado en una capa de barniz, la pupila ya no reacciona, el ojo no es más que un trozo de mármol pulido. Una voz te habla: "Vi... Vi..." Luego la pantalla se apaga, la función holográfica del terminal se hace cargo, los ojos aparecen y te rodean en tu casa:

[Un ojo] sin párpado, desnudo, como arrancado de un rostro y dejado ingrávito, con el nervio óptico flotando detrás del horrible globo. Cuatro ojos, en los cuatro puntos cardinales [...]: el espectador en el centro y los ojos que lo miran fijamente. (ZD, pág. 211)

Un susurro dice al mismo tiempo:

Dios no tiene ojos... (ZD, p. 211)

Este ojo encarna el mito de la mirada trascendente, escrutadora y acusatoria.

Es el Dios y Juez Supremo de la *Biblia*, como lo describe Víctor Hugo en su poema *La Conciencia*:

Vio un ojo, muy abierto en la oscuridad
que miraba fijamente en las sombras. [...]
Entonces Tubalcaín, padre de los herreros,
Construyó una ciudad enorme y sobrehumana. [...]

En la puerta estaba grabado:
"Dios no te permite entrar" [...]
"¿Ha desaparecido el ojo?", dijo Tsilla, temblando.
Y Caín respondió: "No, todavía está allí". [...]

Entonces hicieron un hoyo y Caín dijo: "¡Bien!"
Luego descendió solo bajo esta bóveda oscura.
Cuando se sentó en su silla en las sombras
Y el metro estaba cerrado en su frente,
El ojo estaba en la tumba mirando a Caín.²³

Para los habitantes de Cerclon, el peso de la culpa será tanto más angustioso cuanto que nadie sabe de qué son culpables. Como en *El proceso* de Franz Kafka, el error sigue siendo desconocido y parece aún más evidente. La Ley nunca es vista y expuesta allí, pero cae, muy real, la sentencia de muerte, pronunciada en su nombre. La opresión allí es radical. Está loca, lo que la hace parecer aún más aterradora.

23 Hugo (Víctor): *La leyenda de los tiempos*, I. De Eva a Jesús.

El administrador todopoderoso está en todas partes. Te rodea, incluso en casa. Él te oprime. La metáfora del ojo trascendente que te escudriña es a la vez una parábola de la intrusión del poder y la desolación de quedar desnudo, expuesto tanto en la modestia del cuerpo como en lo más profundo del alma. Te decimos que podemos violarte.

Sin embargo, la *sangrienta exageración* de la escena inventada por La Volte pretende ir más allá de la culpa y la resignación. El aspecto grotesco busca producir risa liberadora, y con ella distanciamiento, conciencia crítica y liberación del miedo. El susurro que dice “Dios no tiene ojos...” puede ser interpretado encontrando explicaciones anidadas:

“Dios no tiene ojos... porque está en todas partes”.

“Dios no tiene ojos, porque somos sus ojos”.

“Dios no tiene ojos, porque él no es un dios”.

El mal juego de palabras pretende hacernos deslizar hacia la tercera interpretación, es decir desacreditar la estatua, mostrar que el Poder no es más que vacío y sólo se mantiene porque lo reverenciamos y por eso 'creemos'. Es el teatro de la inteligencia versus el de la apatía. Distanciamiento versus control. Risa contra creencia.

Mientras que el modelo panóptico, si bien es enteramente visual, nunca da acceso a la mirada que te ve –la desencarna

completamente–, La Volte construyó esta secuencia para hacerla visible y concreta. Busca mostrar su aspecto inhumano, helado, marmóreo y sobre todo vacío. Le puso un rostro, el del Presidente A, intentando despojarlo de los símbolos de la reverencia para dejarle sólo una apariencia mezquina. Subrayó la obscenidad de este poder enfatizando la apariencia orgánica y encarnada del ojo.

A través de esta inmersión en el horror, te mostramos que el hackeo de tu privacidad no es una posibilidad abstracta, sino una violación que se vive a diario: una intrusión violenta, insalubre, implacable y pegajosa. Por supuesto, esta intrusión está hecha para dejar una huella, una mancha, un disgusto, para que el individuo nunca más pueda olvidar que el terminal es un órgano de violación y que la suave propaganda que derrama es una contaminación.

Quienes ya desconfiaban de la terminal sólo se echarán a reír durante esta manifestación *de mala calidad*, que incitará la solidaridad entre las víctimas y los rebeldes. Y aquellos que, ingenuamente, hasta ahora lo han tomado como un objeto neutral, se verán obligados a darse cuenta de que son víctimas, víctimas cuya inocencia ha sido violada. En el primer caso, estás invitado a moverte para resistir, a unirte a la Volte. En el segundo, el impacto de tomar conciencia de la violación debe hacer estallar la burbuja ilusoria de la intimidad preservada y hacerte perder la confianza en los dueños del dispositivo. Entonces, ya no serás una víctima bajo la influencia, consintiendo falsamente. Habrás recibido

un antídoto mental contra la droga que te adormeció y enmascaró la realidad de tu miseria. Entonces ya no podrás ser el simple consumidor y el simpático soldadito que, con la conciencia tranquila, velaba celosamente por los demás. Ya no serviréis a este gobierno porque ya no os aparece como un protector, sino como un agresor. Acunas tu infancia mental en los brazos de un protector y te das cuenta con horror de que es un extorsionador que manipuló tu inocencia, un proxeneta que te prostituyó. El modelo panóptico deja de adornarse con un limpísimo vestido de transparencia, un vestido de orden moral y normalidad, para aparecer como un modelo de violación, es decir, una forma de desorden, de cinismo, de violencia, de impureza y de desprecio.

Al igual que sus predecesoras (*Nosotros los otros*, *Un mundo feliz* y *1984*), la novela de A. Damasio pertenece a la literatura de la denuncia, la revelación y la advertencia. Pero ya no se trata aquí de exponer los hilos de los regímenes totalitarios. Se trata, *frente a nuestras sociedades de consumo* –que también deberíamos llamar *sociedades de influencia y de manipulación blanda*–, de denunciar la hipocresía de los discursos huecos de los que están en el poder, que permiten que nuestro dominio privado sea invadido y explotado, de revelar manipulaciones ocultas y sus sofisticados dispositivos, y de advertirnos sobre los efectos insidiosos y profundos que afectan a nuestro ser y nos hacen dóciles y vulnerables.

“Acceso selecto”. Circulación restringida y exclusión

Otro punto que nos permite completar el análisis es el de *la circulación*. El círculo de Cerclon remite a la imagen geométrica, pero también al círculo de la circulación. A un lado tenemos el anillo periférico que rodea la ciudad. Está hecho para circular en un vehículo, pero, como en todo círculo, su circulación es cerrada, no hace más que volver al mismo punto. No irá a ninguna parte. Peor aún, la función esencial de este círculo no es circular, sino cerrar, clausurar un espacio, es decir imposibilitar la circulación hacia el exterior, hacia esta "zona exterior" que representa la llamada discreta hacia libertad, como en E. Zamyatin. De hecho, prohíbe la radiación, el movimiento de paso hacia el exterior.

Por otro lado, en la circulación en o hacia el interior de Cerclon, determinados trayectos son pasos reservados y están sujetos a lo que se denomina “acceso seleccionado”:

La nueva ola de los "accesos seleccionados" [...] había arrasado en Cerclon, a petición de asociaciones defensoras de ciudadanos y comerciantes [...]. El acceso selectivo existe desde el origen de los Cerclons. Como

concepto, en mi opinión era sólo una extensión hasta el ser humano de la trazabilidad de las mercancías. [Era] la “gestión integrada del tráfico ciudadano en un entorno abierto”. Traducir: regular/estrangular. Controlar los cuerpos/incorporar el control. [...] En menos de cinco años, los "puntos de seguridad" –en realidad esclusas, umbrales, bolardos, puertas y pórticos– habían cortado en casi todas partes cualquier trayecto fluido, libre, cualquier deambular iluminado. (ZD, págs. 67–8)

La administración gestiona así el flujo de personas. Irónicamente, esto significa afirmar que viajar sigue siendo totalmente libre *dentro de los límites* de acceso reservado decididos por el gobierno democrático, lo que en la práctica significa un régimen de orientación de flujos y segregación de la población.

Cabe destacar el trabajo de las expresiones. En nuestras sociedades contemporáneas, conocemos la expresión “tiempo elegido” en el sentido de “trabajo forzoso a tiempo parcial”. También sabemos que “videoprotección” significa “videovigilancia”. Aquí tenemos una fórmula del mismo tipo, ya que la expresión “acceso escogido” es una antífrasis de “acceso selectivo”. Así encontramos las famosas inversiones de 1984 y la política semántica de confusión y enmascaramiento. En G. Orwell, el Ministerio de la Verdad es en realidad el ministerio de la desinformación, el que elabora eslóganes con oxímorones: “La guerra es paz”, “La libertad es esclavitud”, “La ignorancia es fuerza”, etc.

Para A. Damasio, el ministerio de comunicación es más bien un ministerio de influencia. Nos invita a creer que somos parte de los sujetos soberanos que eligen, cuando en realidad somos sólo el objeto elegido o rechazado, es decir *discriminado*. Esta “democracia” de “acceso elegido” construye un espacio urbano de discriminación y desigualdad en el acceso al espacio público.

Teníamos, con la intrusión en el hogar, el dominio privado que pasó a ser público. Aquí tenemos el fenómeno contrario: se privatiza el dominio público. También aquí A. Damasio parte de nuestra sociedad real. Para acceder a muchos edificios de lobbies, debes conocer los códigos digitales o ser invitado. Ciertos barrios y urbanizaciones están ahora cerrados con vallas y barreras, formando antiguetsos de gente rica (y temerosa). Asimismo, hoy existe toda una política de restricción suave de los usos del espacio público: se han eliminado los bancos ordinarios para que la gente en la calle no pueda tumbarse a dormir en ellos; se colocan bloques de piedra para impedir el aparcamiento de vehículos o el montaje de tiendas de campaña; etc. Actualmente se está desplegando toda una “planificación urbana del comportamiento”²⁴.

Este régimen de influencia suave, de *empuje*²⁵, añade un

24 Véase, por ejemplo: Darrault–Harris (Ivan): “Planificación urbana conductual: formas duras y blandas de disuasión en la ciudad”.

25 Thaler (Richard), Sunstein (Cass) : Nudge: Improving Decisions about

marco de influencia al marco más tradicional de prohibiciones y obligaciones, presente desde hace mucho tiempo en los espacios urbanos. La política de “acceso escogido” es intermedia entre ambas, porque establece una restricción, pero sólo para ciertas personas mal clasificadas socialmente. Para aquellos rechazados, se da a entender que merecían que se les negara el acceso porque no se esforzaron lo suficiente para obtener acceso a una mejor clasificación de cumplimiento social: hay un sistema de clasificación social explícito en Cerclon (inspirado en nuestra *evaluación comparativa contemporánea*²⁶), que Asigna a cada persona tanto su lugar en la jerarquía social como su función, según las aptitudes identificadas.

Ya no estamos en la militarización que adoptan los regímenes autoritarios. Estos recurren a la coerción directa, obligaciones y prohibiciones estrictas. Quieren hacer gala de autoridad para demostrar su fuerza, exhibiéndola a través de la presencia policial. En estos regímenes autoritarios se valora la fuerza, mientras que en nuestras sociedades y en

Health, Wealth, and Happiness.

26 El benchmarking es un modelo de evaluación de la gestión *que utiliza* tablas de indicadores numéricos. Cuantificamos los rendimientos obtenidos según determinados criterios. Los sesgos y desventajas son numerosos: elección arbitraria de los criterios, formateo de la actividad para cumplir con los criterios, aspecto que requiere mucho tiempo al completar las tablas, sensación de afrontamiento, sensación de distanciamiento de la profesión "real" cuando se cambian los criterios, presión para hacer números en lugar de llevar a cabo su verdadera misión, etc.

Cerclon valoramos la rutina y “ni que decir tiene”, la norma discreta, la norma bien integrada por la influencia social. Como resultado, *La Zone du Dehors* es parte de nuestras sociedades de consumo al tejer una estrecha red de discriminación sin restricciones directas, pero utilizando un régimen de presión. La fuerza hace todo lo posible para esconderse y mezclarse detrás de la cara de la banalidad. No recurrimos a una demostración de fuerza, sino a un uso masivo del guión de objetos y dispositivos anónimos. Este anonimato permite, gracias a la pantalla de la aparente neutralidad de los objetos, ocultar a los escritores del sistema, o presentarlos como simples agentes intermediarios, servidores al servicio de la comunidad de individuos. Haciendo esto, se sugiere que la presión es apenas una presión, y que esta presión es sólo el resultado de la situación de cada uno, por lo que encontramos, más o menos, el mismo mecanismo que el de las torres panópticas, este mecanismo donde el supervisado es el supervisor. Aquí, los presionados y los influenciados son los presionadores y los influenciadores. Dicho sea de paso, este tipo de gestión produce un efecto íntimo de integración de la norma. El guión de los objetos es, por tanto, una regulación que también se deposita en la intimidad psicológica de los individuos.

Los disidentes de la Volte llevarán a cabo una amplia operación para poner de relieve este régimen de presión–opresión y señalar al grupo de presión dominante.

La idea surge de uno de sus miembros, Slift, que ya no está clasificado y que sigue enfrentándose a estas restricciones de acceso, viviendo al margen y circulando por caminos tortuosos:

Yo, cuando salgo del puerto [la zona radiactiva donde vive refugiado], no camino diez metros sin que me bloqueen. Me incriminan, los disfrazados, me ponen códigos de barras, me escanean, me ponen biómetros... Los postes me gritan "¡para!", "¡alto!", "paciencia!", "¡muévete, párate, apresúrate, vete!" [...] ¿Habéis intentado ya, indexadores, colaros por un pórtico sin tarjeta? ¡Esas puertas son un hacha! ¡Y recortan espacios, libertades, vidas! ¡Y lo vamos a demostrar! ¡Vamos a hacerlo físico para todos! [...] ¡Vamos a follar en todas partes: en las entradas de las calles, en las periferias, en las residencias, en los cosmercados, en todas partes!, ¡Pondremos discos de diamante en las puertas! (ZD, pág. 73)

Actuando inmediatamente, el resultado no se hace esperar, con un primer accidente: una niña sin tarjeta, instada por su madre, intenta cruzar uno de estos portales y le cortan las piernas.

Las reacciones ocurren en diferentes niveles. En el lado informativo, los canales de comunicación están ardiendo mostrando imágenes de las cámaras de vigilancia. Denuncian La Volte, su inhumanidad y su culpa. En términos

de la vida práctica, la gente ahora mira atenta y temerosamente cada portal por el que pasa para asegurarse de no estar en riesgo.

La Volte responde con un comunicado de prensa explicando sus valores, expresando su dolor por la niña, estableciendo reglas éticas para sus acciones futuras para que no dañen a ninguna persona inocente. También explica que si no hubiera portales de acceso selectivo no le habrían cortado ninguna pierna.

La acción se recuperó poco después. Resulta que uno de sus miembros también es miembro de la organización que gestiona los portales de acceso y el sistema informático de cribado de personas. Unos meses antes participó en la implementación de la restricción de acceso a tiendas y centros comerciales sólo a personas con cuenta bancaria mayor a 1.000 unidades de crédito. El proyecto de piratería es el siguiente: invertir el control para garantizar que se prohíba el acceso a personas con más de 25.000 unidades (ZD, p. 166). Del mismo modo, La Volte pirateará los datos y las pruebas que, una vez al año, establecerán su nueva clasificación social, es decir, su lugar en la jerarquía, su remuneración, sus derechos de acceso, su trabajo, etc.

Estas acciones harán reflexionar poco a poco a la población haciéndole sentir la masa de todas estas normas suaves y limitaciones que rodean a cada individuo y le asignan una *adscripción social específica*.

Como indica Akrich, ciertos comandos de objetos técnicos contienen la exclusión, por parte de los diseñadores, de ciertos usuarios²⁷. En el ejemplo analizado en este punto de su texto, los diseñadores deben excluir a los usuarios incompetentes, que correrían el riesgo de crear un efecto peligroso y degradar el objeto técnico. El proceso implica tanto una descalificación del usuario como la preocupación del diseñador por mantener el control.

La batalla por los portales de acceso, surge más o menos de una situación similar. La ciudad, como objeto técnico global, contiene en su guión (instrucciones) una modalidad excluyente de ciertos usuarios: el grupo de personas marginadas al que pertenece Slift.

En cuanto al resto de la población, el guión prevé un régimen *de prescripción muy fino*, estableciendo un gradiente de inclusión–exclusión personalizado.

Finalmente, uno de los requisitos más fundamentales del guión es mantenerlo fuera del acceso de los usuarios: la instrucción y su escritura están bajo el monopolio de los diseñadores–administradores.

Esto no deja de tener resonancia con la forma en que, en nuestra vida real, todos podemos experimentar la ciudad.

Respecto a esta cuestión de guión, prescripción e

27 Akrich (Madeleine): “The Description of Technical Objects”, pág. 209

instrucción secreta, la Volte produce tensión entre diseñadores y usuarios a través de cuatro acciones:

- Una relectura de un guión que, asimilado por los usuarios, ya no era leído, sino sólo experimentado, integrado;
- La petición de negociación para reescribir el guión;
- Una reescritura salvaje del guión;
- Cuestionar los valores y la legitimidad de este guión.

En cuanto al primer punto, *la relectura de un guión asimilado y trivializado, La Zone du Dehors parte de una situación “naturalizada” y “estabilizada”, para usar los términos de Akrich. Se trata de una situación en la que el script (instrucción, guión), bien integrado, no supone ningún problema para los usuarios.*

Es un escenario común y bien conocido que nadie tiene ganas de releer. Es tanto más común cuanto que se trataba de un tema de “preinscripción”, porque cuando la gente pedía vivir en Cerclon, se les explicaba cómo funcionaba Cerclon; leyeron el contrato y lo firmaron.

La Volte desnaturaliza y desestabiliza esta situación produciendo una “descripción” del guión destacando sus efectos. Al hacerlo, invita a releer la preinscripción anticipada y a observar y discutir los efectos de este guión. Así, el individuo finalmente lee verdaderamente lo que había leído apresuradamente y que entonces era abstracto.

Pasamos de un usuario–lector superficial a un usuario–lector atento y crítico.

Esto da lugar al segundo movimiento: *la exigencia de renegociación y reescritura del guión*. Nos encontramos en una situación similar a las estudiadas por Akrich cuando aparece un nuevo objeto técnico: una situación de “negociación” entre diseñadores y usuarios. Esto es inherente a cualquier objeto técnico, porque sin diseñador no hay objeto técnico, y sin usuario el objeto técnico abandona rápidamente el mundo de los objetos técnicos para entrar en el de los residuos. En *La Zone du Dehors*, el objetivo es concienciar a los usuarios de que es posible solicitar una renegociación y, posteriormente, llevarla a cabo.

En tercer lugar, *la reescritura salvaje del guión* pertenece a la gran familia del poder pragmático de los usuarios sobre los objetos: uso imprevisto, modificaciones, piratería del objeto, integración de un objeto en otro, reciclaje, etc. En el caso de los portales de acceso, se trata primero de una modificación añadiendo una función de corte, y luego de una modificación para reescribir el guión invirtiéndolo: los ricos tienen prohibido el acceso a las tiendas. Esta reescritura, en ciertos aspectos, se acerca al guión carnavalesco, donde se invierten los roles, y, en otros, a la parodia, donde se reutilizan los elementos de una historia para desviarlos. La aparición del humor en la escritura introduce un “segundo grado”, es decir, el juego combinado

de dos sentidos que chocan. Este es un trabajo sobre la semántica del guión.

La cuarta fase va a interrogar *los valores y la legitimidad de este guión* para cuestionarlos. Entramos así en una dimensión ética y política para exigir una reescritura en nombre de los valores de los usuarios. Estos últimos suben un escalón más en la descripción del guión: ya no se trata de leerlo y luego comprenderlo, sino de cuestionar las *intenciones* de los diseñadores. Se trata de enunciarlas para denunciarlas, luego pronunciar las intenciones que quieren los usuarios, y terminar con la *transcripción* de esas intenciones en el nuevo guión produciendo una *inscripción* finalmente satisfactoria. Entonces se podrá cerrar la negociación y establecerse una nueva estabilidad.

En *La Zone du Dehors*, los diseñadores se negarán a negociar. Como resultado, los usuarios decidirán rechazar el objeto técnico que es Cerclon y escribirán, fuera, el guión de una nueva ciudad, bajo una modalidad ético-política diferente, estipulando que los usuarios deben ser los diseñadores, lo que se denomina corrientemente proyecto participativo o cooperativo.

Conclusión, la ciudad reescrita y el guión singular de las ciudades: palimpsestos y corpus colectivo

Akrich está especialmente interesada en la llegada de nuevos objetos. Como resultado, la tensión entre diseñadores y usuarios comienza con una fase *inestable*, donde la artificialidad del objeto está muy presente, con su cuota de dificultades en su uso, habilidades a adquirir, implementación, defectos reportados, ajuste de costos, discusión de contratos, etc. Después de este período de prueba, el objeto se integra en la sociedad y su guión ocupa su lugar en el entrelazamiento de guiones integrados en nuestra vida cotidiana. Se ha convertido en algo común y ya no aparece como algo artificial, sino como un elemento “natural” del mundo. Su uso ya es normal. Mientras vive su vida como un objeto, el diseñador puede retirarse dentro de sí mismo, sin tener nada más que escribir o reescribir.

La reciente ciudad de Cerclon entra en este mismo patrón de inicio de evolución, y *La Zone du Dehors* nos muestra ciertos sobresaltos de esta evolución inicial.

En esta conclusión nos gustaría dar un paso al costado. Nos gustaría alejarnos de esta situación tan rara de una ciudad *en su infancia* para considerar nuestras ciudades. Una de las grandes particularidades de nuestras ciudades respecto a otros objetos técnicos es su larguísima temporalidad, que merece consideración.

Habiendo estudiado principalmente objetos con una visión corta o media, la Sra. Akrich no continúa estudiando su evolución. Simplemente podemos suponer que después de la trivialización viene una lenta degradación que tiende a la obsolescencia y luego al desguace. En el caso de las ciudades, este no es el caso.

La ciudad, como objeto técnico, evoluciona a lo largo de un tiempo muy largo, de varios siglos –como Nairobi, Nueva York, Tokio o Moscú– o incluso de varios milenios –como Lyon, Túnez, Bombay, Shanghai o México–. La pregunta sobre los diseñadores de estos objetos, sus intenciones y el guión que quisieron escribir sólo puede responderse para los más recientes, como Charleville, fundada el 6 de mayo de 1606 por Charles de Gonzague, o Nairobi, que debe mucho a el Ferrocarril Kenia–Uganda, en 1899. Pero incluso para estas dos ciudades, estos orígenes se han vuelto lejanos y gran parte de su realidad actual proviene de los vericuetos que siguieron después. Para decirlo más claramente, el guión de las ciudades es un *palimpsesto de palimpsestos*²⁸.

Segunda característica, las ciudades son *objetos compuestos*, lo que significa una multiplicidad de diseñadores, algunos de los cuales sólo se ocuparon de un edificio, un puente, una calle, una red, etc. Este aspecto

28 Un palimpsesto, del griego antiguo *παλίμψηστον*, que significa «grabado nuevamente», compuesto por *πάλιν* y *ψάειν*, es un manuscrito que conserva huellas de otra escritura anterior en la misma superficie, pero borrada expresamente para dar lugar a la que ahora existe. [N. d. t.]

colectivo de su guión los acerca a textos muy particulares, por ejemplo el corpus jurídico de cada Estado, con sus capas de modificaciones, retiradas, reescrituras y adiciones, sin mencionar el compuesto jurídico jerárquico del corpus de leyes, decretos, circulares, reglamentos, jurisprudencia, lo que llamamos pirámide de Kelsen.

Si, como sucede en la situación real, se combinan estas dos características (temporalidad prolongada y disposición compuesta), las cuestiones más interesantes sobre los guiones urbanos no son las de las tensiones iniciales entre diseñadores y usuarios, sino las tres cuestiones de reescrituras, inestabilidades recurrentes y registro de usuario.

Tomemos primero la *reescritura* y el *palimpsesto* de los guiones: una ciudad, mientras no es abandonada, nunca deja de reescribir su guión compuesto. Cuando los transbordadores para cruzar el río fueron dando paso a puentes, cuando se excavó la red de alcantarillado, cuando se construyó un determinado barrio o se transformó otro, cuando se instaló una determinada estación, etc., se han reescrito o añadido partes de guiones, a veces modificando profundamente las habilidades y comportamientos de los usuarios.

A veces, como en el París del prefecto Haussmann, la

ciudad ha cambiado generalmente de rostro²⁹, pero, en la mayoría de los casos, se trata sólo de metamorfosis limitadas, que crean un efecto de evolución continua. Tanto por parte del diseñador como del usuario, las intenciones y los usos cambian en un flujo continuo.

Segundo punto, la *estabilización–desestabilización* de los guiones es entonces un hecho ineludible. Ninguna ciudad alcanza realmente el estadio de estabilidad y naturalización del guión. Sin dejar de transformarse en pequeños pasos, su artificialidad siempre sigue siendo relevante. Si, en general, vivimos allí en una cierta banalidad, no dejamos de toparnos regularmente con modificaciones de guiones: un área de obra, nuevo mobiliario urbano, tráfico modificado, un edificio destruido, grúas rodeando una losa recién construida; un barrio en proceso de gentrificación, cierre de tiendas y apertura de otras, etc. Quienes viven a diario en una ciudad viven un guión que puede volverse doloroso cuando estos enfrentamientos se acumulan. La tensión entre diseñadores y usuarios va en aumento, convirtiéndose en una cuestión electoral. Quienes regresan a la misma ciudad diez años después de haberla abandonado experimentan otra desestabilización: la del cambio de escenario y la sorpresa. El guión que habían guardado dentro de ellos les parece un guión descolorido, a medida

29 Se estima que la obra del barón Haussmann modificó el 60% de París: 18.000 casas derribadas entre 1852 y 1868 de las 30.770 registradas en 1851. Fuente: *Wikipedia*.

que van de descubrimiento en descubrimiento. Aquí, la desestabilización que experimenta el usuario puede ser tanto negativa, cuando un bonito rincón ha desaparecido, como positiva cuando la ciudad se ha vuelto más agradable o ha sabido resaltar mejor sus encantos. Sobre todo, en este juego de estabilización–desestabilización, todo el mundo sabe que la ciudad nunca quedará obsoleta y nunca será desguazada, como ocurre con los objetos técnicos ordinarios. Seguirá existiendo, pero constantemente reescrito poco a poco.

Finalmente, el tercer fenómeno, el *registro de los usuarios* en el guión, es sin duda el más importante humanamente, porque se vive más de cerca. Debido a que la vida de un hombre o una mujer es más corta que la de una ciudad, y debido a que su huella personal es bastante pequeña en proporción a la ciudad, el usuario *es parte* de este objeto más de lo que lo tiene en su mano. Cuando llegas a una ciudad, firmas un contrato tácito de “preinscripción” por el que tienes en cuenta ciertos elementos de su guión compuesto: las vías de circulación, las características de los barrios, la reputación en materia de seguridad o de los administradores de la ciudad; comodidades en cuanto a equipamiento colectivo, vida cultural, etc. Además, la mayoría de las veces, no eres el primer usuario de la casa en la que vives. Aquí también estás *entrando* en un guión que fue diseñado para otros y reescrito por otros más.

Tomemos un ejemplo. Para un edificio clásico de 1830 en

París o Lyon, el guión inicial –el del arquitecto y el financiero– no incluía ascensor, ni calefacción central, ni agua corriente, ni eliminación de aguas residuales, ni electricidad y menos aún red de Internet o fibra, y los baños eran colectivos, a menudo por piso. Con el tiempo, el guión inicial se fue enriqueciendo con *post-it* (adhesivos) y párrafos enteros, añadiendo una serie de guiones que tuvieron que *negociar* con guiones anteriores. El resultado es una apariencia *remendada*, algo disonante, donde ciertos guiones, todavía presentes, se han vuelto enigmáticos, como las anillas para los caballos o los raspadores de zapatos, o como los conductos de humos de las chimeneas o el mal aislamiento térmico y acústico. Es más, en la escala más pequeña de un apartamento, heredas las huellas que te dejó la cadena de inquilinos anteriores: papel pintado, mampara, azulejos, baño, armario, etc. Para estos guiones tendrás la mano de ser el escritor que los reescriba. Para otros, necesitará el acuerdo del propietario del apartamento. Para otros será necesaria una decisión de la copropiedad, sin mencionar las normas a respetar, decretadas por la ciudad, el Estado o Europa.

Por lo tanto, encima del guión hay un guión de orden superior, que indica quién puede ser escritor y tiene derecho a reescribir, y qué diferentes actores deben reunirse para tener derecho a realizar tal o cual reescritura. El guión está intercalado con una biblioteca completa de otros guiones en los que encaja.

El sistema que combina preinscripción/descripción/prescripción/reinscripción significa que tiene un papel especialmente complejo que desempeñar en esta ciudad.

Entonces, para concluir, podemos volver a nuestros aforismos introductorios: nuestros hábitats nos habitan tanto como nosotros habitamos nuestros hábitats. Nuestras ciudades nos moldean tanto como nosotros moldeamos nuestras ciudades. La interacción entre actores humanos y no humanos es densa y continua.

Bibliografía

Akrich (Madeleine): «The De-scription of Technical Objects», pp. 205-224, in W. E. Bijker et J. Law (dir.): *Shaping Technology, Building Society: Studies in Sociotechnical Change*, Cambridge (Mass.), MIT Press, 1992.

Arendt (Hannah): *Le Système totalitaire* [1951], Paris, Seuil, 1972.

Azarova (Katerina): «La 'question du logement', l'appartement communautaire et la privatisation de l'habitat à Moscou», *Revue d'études comparatives*

Est-Ouest, 2001, vol. 32, n° 4, pp. 185-216.

Bentham (Jeremy): Le Panoptique [1780], Éd. É. Dumond, Paris, 1791.

Damasio (Alain): Les Clameurs, Paris, Cylibris, 1999.

Damasio (Alain): La Volte, Paris, Cylibris, 1999.

Damasio (Alain): La Zone du Dehors, Paris, Cylibris, 2001.

Damasio (Alain): La Zone du Dehors, Paris, Gallimard (Folio), 2007.

Damasio (Alain): Aucun Souvenir assez solides, Paris, Gallimard (Folio), 2012.

Darrault-Harris (Ivan): «L'urbanisme comportemental: formes dures et douces de la dissuasion dans la ville», Actes Sémiotiques, 2021, n° 124. Disponible sur: <https://doi.org/10.25965/as.6738> Consulté le 31/01/2022

Deleuze (Gilles): Foucault, Paris, Minuit, 1989/2004.

Deleuze (Gilles): «Post-scriptum sur les sociétés de contrôle», L'Autre journal, n°1, mai 1990.

Foucault (Michel): Surveiller et punir, Paris, Gallimard, 1975.

Hugo (Victor): La Légende des siècles, Bruxelles, Éditions

Hetzel, 1859.

Huxley (Aldous): *Brave New World*, Londres, Chatto & Windus, 1932.

Médam (Alain): *La ville censure*, Éditions Anthropos, Paris 1971.

Novitzki (P.): *Préface à la plaquette : L'Architecture du Whutemas*, Moscou, 1927.

Orwell (George): *1984*, Londres, Secker and Warburg, 1949.

Radu-Petru Racolta: *L'architecture totalitaire. Un monographie du Centre civique de Bucarest*, Thèse de Doctorat d'Histoire, Aménagement du Territoire et Patrimoines, Université Jean Monnet Saint Étienne, 2012.

Soljenitsyne (Alexandre): *L'Archipel du Goulag* [1973], Paris Seuil, 1974.

Thaler (Richard), Sunstein (Cass): *Nudge: Improving Decisions about Health, Wealth, and Happiness*, New Haven (USA), Yale University Press, 2008.

Замятин (Евгений): *МЫ*, Paris, Издательство Имени Чехова, 1920.

Zamiatine (Eugène): *Nous autres* [1920], trad. B. Cauvet-

Duhamel, Paris, Gallimard, 1971.